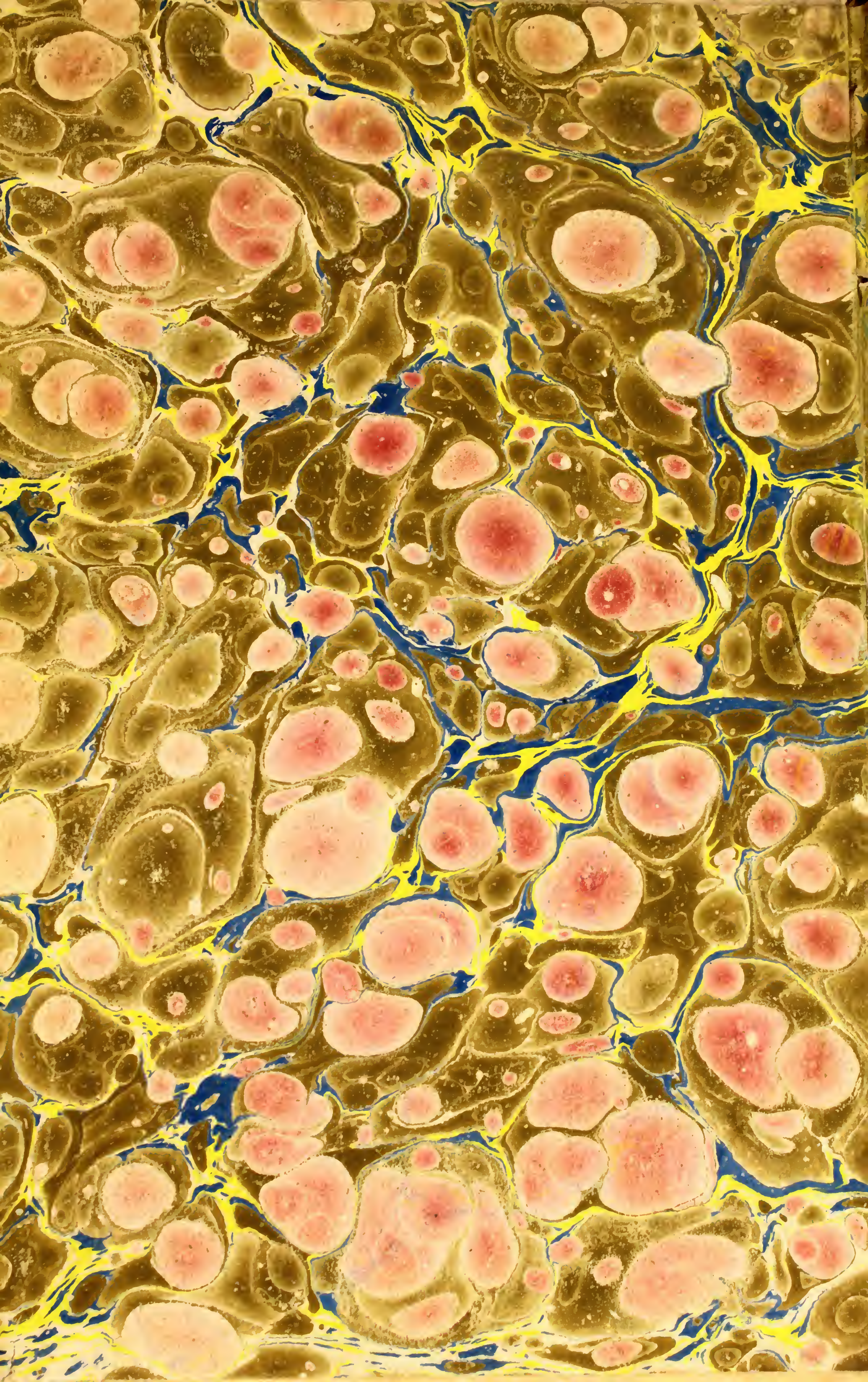
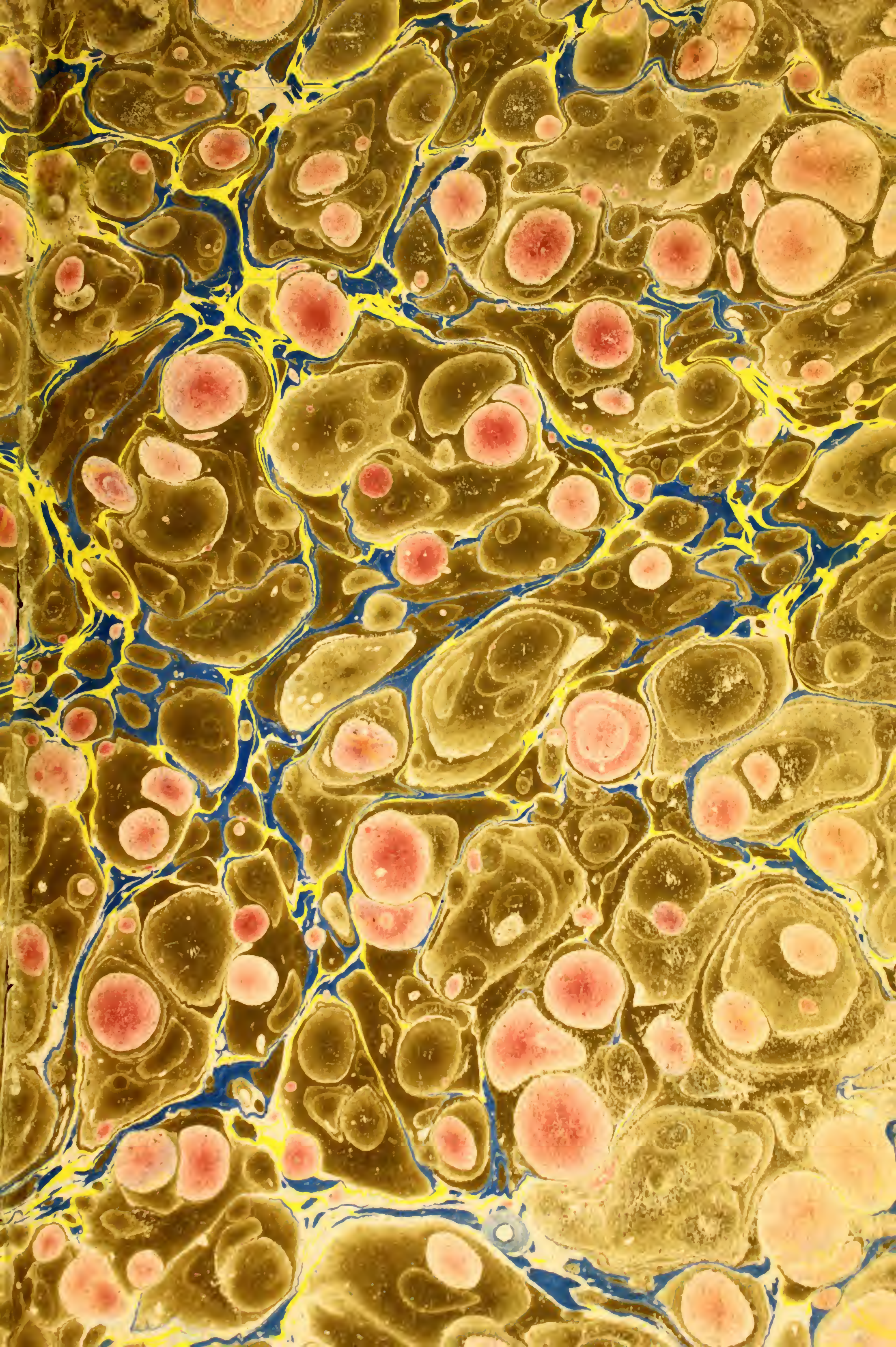






HISTORIA

DE LA

DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO.

HISTORIA

DE

LA DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO,

POR

EDUARDO GIBBON;

TRADUCIDA DEL INGLÉS DE LA RECIENTE DE H. H. MILMAN, CON TODAS LAS NOTAS DEL AUTOR Y LAS DE AQUEL Y GUIZOT;

POR DON JOSÉ MOR DE FUENTES.



BARCELONA.

IMPRENTA DE DON ANTONIO BERGNES Y COMPAÑIA.

1842.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Estudió el célebre Eduardo Gibbon en una de las principales universidades de Inglaterra, de cuya enseñanza habla él mismo con poquísimo aprecio. Aficionóse sin embargo á los clásicos latinos, y aprendió consumadamente el griego y los idiomas modernos. Dió á luz de muy mozo en francés, y tradujo á poco tiempo en inglés, un ENSAYO SOBRE LA LITERATURA, dedicado á su padre, en que manifestó desde luego aquella atinada perspicacia que es el realce distintivo de su obra maestra, la que tradujeron desde luego todas las demás naciones, y que es el objeto de nuestra empresa.

Era de la clase que llaman en Inglaterra de ESCUDEROS, que vienen á ser como unos hidalgos de segunda ó menor jerarquía; y hallándose aun en la flor de su edad, fué nombrado diputado de la Cámara de los Comunes. Sobresalian allí á la sazon los eminentes oradores Pitt y Fox, y luego Sheridan, Burke, Windham, etc.; y nuestro Gibbon, con sus ínfulas literarias, prorumpió por dos ó tres veces en discursos repentinos, tan poco acertados, que desde entónces enmudeció para siempre en el congreso.

Acongojado con tan amargo desengaño, dejó la Inglaterra, pasó á Paris y luego á Roma, donde ideó su historia, y recojiendo aquella inmensidad de materiales que campean, así en el texto como en las notas, se retiró á Lausana, pueblo de Suiza, donde se vinculó todo en su inmortal intento.

La grandiosidad romana, que abulta aun sobremanera, embarga y asombra la humana fantasía; y los reinos modernos de Europa, Asia y Africa aparecen como meras provincias para los ámbitos inmensos de aquel ajigantado poderío.

Como quiera, dedicóse Gibbon á historiar los acontecimientos espantosos y las interioridades que fueron arrollando el estado entero, hasta aniquilarlo con la toma de Constantinopla por los Turcos. En este espacio de mas de mil años, van asomando naciones diversas en índole, ci-

vilizacion y costumbres; y así Persas, Jermanos, Godos, Árabes, etc., todos quedan tan al vivo retratados, que la vista embelesada está presenciando sus personas y sus hechos en aquella galería de cuadros, en aquel verdadero panorama, en aquel anfiteatro pintoresco de mil decoraciones, con las pinceladas y subidos matices que realzan á individuos, pueblos, paises, el universo entero.

Si me es dado manifestar mi opinion acerca de esta obra, la conceptúo absolutamente la mas instructiva y provechosa de toda la literatura antigua y moderna. Moral, política, elocuencia, todo se encumbra hasta la esfera mas eminente que puede abarcar el entendimiento humano.

Quizá no todas las opiniones del autor merecerán la aprobacion de algunos; pero el conjunto de obra tan grandiosa y tan sublime triunfará siempre de la censura y de los reparos de lectores mas ó menos preocupados.

Quizás adolece á trechos de la propension irónica de Voltaire, ajena de la gravedad de un historiador imparcial; pero prescindiendo de este lunar, el raudal siempre grandioso de la narracion, los vivos retratos de sus personajes, la filosofía profunda, las contraposiciones poéticas de sus cuadros sublimes, y por fin la elocuencia de sus cláusulas: todo la constituye magnífica, escelente, incomparable.

En Inglaterra, desde su primer asomo, así escritores particulares como periodistas, todos se aunaron para vitorear al autor, calificándolo de REY DE LOS HISTORIADORES. Pero sea lo que fuere en cuanto al merecimiento mas ó menos cabal de dictado tan esclarecido, parece siempre innegable que la obra sobresale entre las mas eminentes de esta clase.

¡Ojalá que el desempeño del traductor (en el idioma de suyo mas entonado, mas histórico y mas oratorio de Europa) corresponda colmadamente á sus deseos, y antetodo al mérito del orijinal!

Solo falta advertir que la presente traduccion se ha hecho de la última edicion inglesa por Milman, con las notas de este y de Guizot, segun podrá verse por el prólogo de aquel que sigue á continuacion, y enterará al lector del mérito de la obra y del objeto de las anotaciones.

Barcelona 1.° de julio de 1842.

PRÓLOGO DEL EDITOR INGLÉS

H. H. MILMAN.

Imprescindible se hace para todo amante de la historia la obra grandiosa de Gibbon, pues la literatura europea no ofrece equivalente á la «DECADENCIA Y RUINA DEL IMPERIO ROMANO.» A derecho de lejítimo ocupante vino á posesionarse del ámbito dilatadísimo que abarca, y si bien hay puntos investigados mas cabalmente, dicha historia es en la jeneralidad del conjunto la única autoridad indisputable á la cual se refieren todos, siendo poquísimos los que acuden á los escritores orijinales ó á recopiladores mas modernos. El interés innato del asunto y el ahinco con que está desempeñado; el engarze de materiales tan inmensos, su colocacion acertada; aquel lenguaje, aunque uniforme en su entonacion perene, y tal vez cansado por su esmerada maestría, pero de estremo á estremo brioso, acalorado y mas ó menos pintoresco, está siempre embargando la atencion y retratando siempre sus conceptos con enerjía, y describe con sin igual propiedad, y jeneraliza con tino incomparable cuanto va espresando: prendas todas sobresalientes que hasta ahora le han merecido, y al parecer le afianzan para en adelante su asiento encumbrado en la literatura histórica.

La obra tan conceptuosa y aquel conjunto magnífico en que ha vaciado la decadencia y ruina de la civilizacion antigua, la formacion y el nacimiento de este nuevo órden de acontecimientos, aun prescindiendo del sumo desempeño de aquella tarea, ensalzan la *decadencia y ruina del Imperio romano* á una cumbre inasequible para los historiadores venideros.

Segun los rasgos elocuentes del nuevo editor francés del Gibbon, Mr. Guizot, — « La decadencia sucesiva de la dominacion mas prepotente que jamás invadió y avasalló el orbe; el vuelco de aquel imperio inmenso, encumbrado sobre los escombros de tantísimos reinos, repúblicas y naciones, ya bárbaras, ya civilizadas, para venir luego á plantear con su desmembracion un sinnúmero de estados, repúblicas y reinos; el esterminio de la relijion de Grecia y de Roma; el principio y engrandecimiento de las dos relijiones nuevas, que se partieron las rejiones mas pingües de la tierra; la decrepitud del mundo antiguo con la perspectiva de su ajada nombradía y costumbres bastardas; la niñez del mundo moderno, el cuadro de sus primeros progresos y del nuevo rumbo que tomó el hombre en su índole y en sus alcances; » — tamaño asunto no puede menos de llamar la atencion y mover el interés de todos, pues no cabe desentenderse de aquellas épocas memorables, en las cuales, segun la espresion discreta de Corneille,

Raya y se acaba un destino
Impensado y peregrino (1).

Descuella con efecto la obra de Gibbon sobre todas las historias con la grandiosidad acorde y cabal de su conjunto, alzando allá un puente sobre la sima entre los tiempos antiguos y modernos, y enlazando así entrambos mundos inconexos. Los autores clásicos logran sobre los modernos la suma ventaja de la unidad en su plan, proporcionada en gran parte por el ámbito mas reducido de su conjunto. Escepto Herodoto, los demás historiadores principales de la Grecia (escluyendo á otros recopiladores mas modernos, como Diodoro Sículo) se ciñeron á una temporada, ó por lo menos, al campo limitado de los negocios griegos. Solo al traspasar los *Bárbaros* el lindero griego, entraron en el gremio de la historia griega, mas para Tucídides y Jenofonte, escepto el avance á Persia del segundo, en la Grecia se cifraba el orbe; y así aquella unidad tan sencilla venia á estrechar su narrativa al órden cronolójico, escaseaban los episodios, y aun eran brevísimos. Espedito y deslindado se mostraba tambien el rumbo á los historiadores romanos, como que su capital era el centro de aquella unidad que iba ensanchando el círculo de la dominacion romana, á cuyo arreglo la política ceñia el plan que Polibio ofrece como el campo de su historia romana, con los medios y el camino por donde el orbe entero quedó avasallado á Roma. ¡Cuán diversa es la intrincada política de los reinos europeos! pues para escribir cumplidamente una his-

(1) « Un grand destin commence, un grand destin s'achève. »

toria nacional, hay hasta cierto punto que historiar la Europa toda; es indecible hasta qué sitios tan lejanos hay que acudir para investigar el oríjen de los acontecimientos domésticos, rastreando, de paises al parecer inconexos, el rumbo de los negocios.

A imitacion de sus dechados clásicos, coloca Gibbon en Roma la base donde estriban sus investigaciones y como centro invariable de sus pasos; mas ¡ cuán inconmensurable es el ámbito de su carrera! ¡cuán revueltas, enmarañadas, y al parecer inasequibles, las causas que propenden á la decadencia del Imperio romano! ¡Cuán innumerables los enjambres de naciones que hierven y mezclan sus rancherías, variando mas y mas y confundiendo á cada paso sus linderos! A primera vista, todo aquel plazo y el estado entero del orbe se ofrecen al parecer como el cáos de Milton;— siempre es el estado de inevitable desconcierto, retratado al vivo en las pinceladas del poeta :—

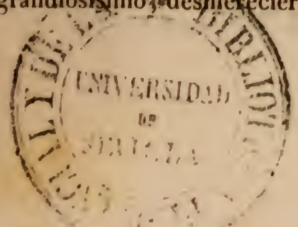
Piélago lóbrego y allá sin término,
De alto, ancho ni largo, ni tiempo, ú sitio,
Donde el cáos y la noche al orbe todo
Dieron el sér, y en anarquía eterna
Con el estruendo de perene guerra
En fiera confusion revueltas reinan (1).

Se está viendo desde luego que la unidad armónica de aquella narrativa, que abarca el plazo de la desorganizacion social, es toda parto de la maestría metódica é iluminadora del historiador. La sobresalencia sin par de Gibbon se cifra en aquella sublimidad de su arquitectura gótica, en aquel ámbito interminable, en aquella variedad infinita y en aquel abultamiento, á primera vista intempestivo, de partes inconexas, que se aúnan luego todas en el intento capital de su obra. Agolpa allá por su rumbo el caudal de sus materiales, va colocando los hechos con pinceladas de mas ó menos realce, desviándose del órden cronolójico para seguir el enlace moral ó político; va deslindando los plazos de la redoblada decadencia; adelanta mas y mas por partes separadas y paralelas de la historia, mostrando siempre el empuje, ya pausado, ya violento, de las innovaciones civiles y relijiosas :—y aunque el sistema de composicion requiere sumo ahinco de parte de los lectores, es el único

(1) . . . . «A dark
Illimitable ocean, without bound,
Without dimension, where length, breadth, and height,
And time, and place, are lost: where eldest Night
And Chahos, ancestors of Nature, hold
Eternal anarchy, amidst the noise
Of endless wars, and by confusion stand»

capaz de estampar en el ánimo el raudal y la entidad relativa de los acontecimientos. Para enterarse á derechas de la superioridad de Gibbon en su lúcida colocacion, no hay mas que emprender los anales encajonados y cansadísimos de Tillemont, y aun los tomos menos abultados de Le-Beau. Atenidos entrambos al órden cronolójico, resulta que es forzoso desviarse y acudir veinte veces, para anudar el hilo de seis ú ocho guerras, á diversos puntos del Imperio; dejar colgada una operacion militar tras una tramoya palaciega, azorarse corriendo de un sitio á un consejo; y una pájina idéntica nos arrebata de una campaña contra los bárbaros á las lobregueces de una contienda teolójica. No siempre se hace obvio en Gibbon el retener puntualmente las fechas; pero el engarze de los acontecimientos está siempre patente y despejado: su maestría es la de un caudillo consumado que allá desde parajes lejanos, y aun contrapuestos, hace mas y mas acudir sus tropas al punto debido, que es el nombre y el poderío ya menguante de Roma. Al ir siguiendo los adelantos de relijiones enemigas, al acaudillar desde las costas del Báltico ó del confin de la China, huestes y huestes de bárbaros, aunque no bien se encumbra y estrella una oleada, cuando ya se entumece y asoma otra; todo sin embargo va siguiendo el mismo rumbo, y la mella que hace sobre la grandiosidad ya vacilante de la mole romana enlaza sus movimientos lejanos y mide la trascendencia relativa que les cabe en aquella historia vividora. Se atraviesan luego episodios mas bonancibles y especulativos sobre la lejislacion romana, y aun pormenores de historia eclesiástica, que proporcionan algun desahogo y division entre los diversos plazos de la invasion bárbara. En suma, aun en el desvío de las dos capitales, y luego en su separacion terminante del Imperio, el tino imponderable de la colocacion conserva siempre su rumbo metódico y arreglado. Al esplayarse nuestro horizonte para sacar á luz las tormentas que se van allá formando muy lejos del confin de la civilizacion, siempre están abultando los objetos, aunque estrechos y remotos, y los estamos presenciando en su asomo sucesivo sobre la raya despavorida: aunque luego desmembrados, ó bien destrozados en porciones, formando estados y reinos aparte, se deslinda no obstante su relacion efectiva con el Imperio; y aun cuando ya la dominacion romana ha venido á reducirse á la mera provincia de Tracia, cuando el nombre de Roma queda en Italia concentrado en el recinto de la ciudad, es aun la memoria, la sombra de la grandiosidad romana la que está abarcando los ámbitos que el historiador ofrece en su anchurosa narrativa: todo se agolpa en aquella unidad, y es imprescindible para entrambas catástrofes de su gran trajedia.

Mas todo aquel ensanche, magnificencia y armonía del conjunto, aunque grandiosísimo, desmereciera nuestra admiracion, á no estar desempe-



ñado el pormenor con despejado esmero. Jamás se analizó con mayor ahinco á escritor alguno sobre este particular que á Gibbon. Triplicado ha sido el asalto, ya por el afan del encono teolójico, ya por zelos literarios, y luego por aquella vanagloria ruin y envidiosa que se complace en sacar á luz los lunares de un escritor de esclarecida nombradía. Procesado el reo, debemos alegar testimonios adecuados antes de manifestar nuestro propio concepto.

Mr. Guizot, despues de sentar en su prólogo que en Francia, Alemania, al par que en Inglaterra, en las partes mas ilustradas de Europa, se cita invariablemente á Gibbon como autoridad respetable, continúa:

«He tenido proporcion, en mi tarea, de ir consultando escritos de filósofos que han tratado de la hacienda en el Imperio romano; de eruditos que han investigado la cronolojía; de teólogos que se han engolfado en las honduras de la historia eclesiástica; de lejistas que se han dedicado á la jurisprudencia romana; de orientalistas que han estudiado los Arabes y el Alcoran; de historiadores modernos que se han afanado estensamente con las cruzadas y su influjo: unos y otros han ido notando en *la Historia de la Decadencia y Ruina del Imperio romano* tal cual descuido, tales cuales miras equivocadas, omisiones por supuesto voluntarias; han rectificado hechos, impugnado con ventaja proposiciones, pero jeneralmente su estribo se cifra en las investigaciones y pensamientos de Gibbon, para comprobar sus doctrinas ó las nuevas opiniones que adelantan.»

Sienta luego Mr. Guizot su concepto al leer la historia de Gibbon, y ninguna autoridad será de mayor peso para cuantos están ya enterados del esmero y estension de sus investigaciones históricas:—

«Tras una lectura primera y veloz, que no dejaba cabida mas que para el interés de la narrativa, siempre enardecida, y, en medio de tal estension y variedad de objetos como se están presenciando, siempre despejada; me fuí empeñando en examinar los pormenores que la constituyen, y el concepto que vine á formar fué á la verdad en estremo riguroso. Llegué á descubrir en cierto capítulo yerros que me parecieron de entidad y en número suficiente para conceptuar sumo desaliño en aquellos casos: en otros me repugnó cierto viso de parcialidad y preocupacion, que trascendia á los hechos, con falta de verdad y de justicia, y como lo espresan atinadamente los Ingleses con su voz *misrepresentation*. Citas truncadas, pasos omitidos de intento ú sin él, desconceptuaban la buena fe del autor; y así su contravencion á la primera ley de la historia se fué abultando con el ahinco que puse en frases, notas y reflexiones, viniendo á parar en un juicio sobrado riguroso de toda la obra. Medió algun tiempo, y volví al intento, me hice cargo del conjunto, de las notas del autor, y de las que me habia parecido del caso ir añadiendo, y me desengañé de que habia abul-

tado en demasía los cargos que Gibbon merecia en realidad: me impresionaron los mismos desaciertos y la idéntica parcialidad sobre ciertos puntos; pero habia estado muy ajeno de hacer justicia á la inmensidad de sus investigaciones, á la variedad de sus conocimientos, y ante todo á aquel tino verdaderamente filosófico que juzga lo pasado como juzgaria lo presente, que no se ciega con el nublado que el tiempo va tendiendo sobre los difuntos, y que nos imposibilita el ver que con la toga y con el traje moderno, en el senado como en los consejos de ahora, fueron los hombres como son en el dia, y que los acontecimientos de hace veinte siglos sucedieron como están sucediendo en nuestro tiempo. Entónces me hice cargo de que su obra será siempre un monumento en medio de sus lunares, y que cabe irlos enmendando y combatir sus preocupaciones, dando por sentado que poquísimos han acertado á combinar, si no en tan sumo grado, en términos tan aventajados y cabales, los requisitos de un historiador.»

El editor actual ha ido siguiendo en gran parte los pasos de Gibbon, leyendo sus autoridades con referencia constante á sus pájinas, y tiene que espresar su admiracion por su esmero jeneral. Inevitables eran muchos de sus yerros por el arreglo estrechísimo del conjunto, pues se hacia á veces imprescindible el embutir en una cláusula alguna pájina entera de un cronista bizantino difuso y desaliñado. Quizás se habrá así traspuesto alguna especie de entidad, y sus espresiones no abarcarán todo lo sustancial del paso compendiado, pues á veces los límites de su instituto le precisan á bosquejar, y entónces no tienen cabida por entero los pormenores de un cuadro acabado. Le sucede tambien el haber de atenerse á las resultas principales, y se requiere sumo ahinco para enterarse de que los acontecimientos de una guerra, reducidos al parecer á una campaña sola, se estienden á algunos años. Pero aquella maestría pasmosa en ir entresacando y abultando los puntos importantes y trascendentales: su contraposicion de luz y de sombras, aunque tal vez lo descarrien de cuando en cuando, es uno de los primores sobresalientes del método histórico de Gibbon; y se hace tanto mas reparable, cuanto al recorrer sus autoridades, trabajosas, nimias y pesadas con la individualidad de sus circunstancias, un solo concepto que desatendemos atesora la moralidad y política del conjunto.

Aquel sistema despejador y retratista de los acontecimientos encamina al parecer á descarríos, pues lo que esperamos presenciar en un paraje á lo mejor asoma en otro: y así el concepto que estamos formando estriba en el equilibrio esmerado del contenido en pasos remotos de la obra, y sucede el tener que enmendar é descreer en un capítulo opiniones ya sentadas en otro. Es de admirar sin embargo cuan pocas veces se tropieza en

contradicciones, pues allá la mente del autor tenia ya entonado el conjunto por el rumbo de la certeza ó la probabilidad; y así la impresion jeneral viene á resultar toda en armonía. Tambien se han sindicado las citas de Gibbon; pero por lo mas he tenido que celebrar su puntualidad, en vez de tildarlas de confusas ó incompletas, y cuando encierran alguna tacha, es por afan de abreviar, ó por empeño de estrechar sus notas, comprimiendo toda la sustancia en rasgos agudos y sentenciosos, y no por engaño estudiado y anhelo torpe de faltar á la verdad.

Estos reparos recaen principalmente sobre el esmero y fidelidad del historiador en los hechos, pero entretanto las ilusiones del historiador merecen fizcalizarse. No cabe deslindar el intento avieso y descarriado, la equivocacion estudiada ó el yerro inocente del historiador. Abultan mas ó menos, crecen ó menguan los acontecimientos para quien de antemano está ya predispuesto para su mayor ó menor trascendencia y para el concepto que le ha de merecer cuanto va leyendo. Los Cristianos como Mr. Guizot y nosotros mismos verán á muy diversa luz los idénticos objetos ó individuos en el historiador de la *Decadencia y Ruina*. Nos condolerémos de aquella direccion desacertada, nos precaverémos de toda asechanza para descaminarnos, y ansiarémos el precaver igualmente á los demás de tamaño escollo; mas no hay que equivocar este descarrío indeliberado con el empeño formal de estrellarse con la veracidad, únicamente acreedora á nuestra confianza. Se puede dar por muy sentado que rarísima vez incurre Gibbon en la omision de algun hecho trascendental para el concepto de algun individuo; quizás, con afan al parecer enconado, abulta los yerros ó delitos, ó desaira las prendas de ciertos sujetos; pero jeneralmente nos presenta los materiales adecuados para conceptuar atinadamente los sucesos; y aunque no despreocupado, ni tampoco, hablando sin rodeos, desapasionado, hay que confesar candorosamente que su fanatismo filosófico no es mas injusto que la parcialidad teolójica de aquellos escritores eclesiásticos que estaban en posesion inconcusa del campo de la historia.

Venimos ahora á parar al destemple capital que se echa de ver en toda su historia, esto es, á su concepto equivocado de la naturaleza y el influjo del Cristianismo.

Pero en este punto debe mediar de antemano cierta cautela, no sea que se espere en esta nueva edicion lo que no cabe desempeñar por entero, pertrechándonos desde luego con el único preservativo seguro contra la impresion descaminada que de suyo debe producir la lectura de Gibbon, viendo á las claras la causa positiva de aquel descarrío. La primera cautela se irá apuntando breve y oportunamente en su debido lugar, pero tambien se puede puntualizar desde ahora con alguna estension. La maña

de Gibbon, ó á lo menos la mala impresion resultante de sus dos capítulos memorables, se cifra en andar mezclando en un solo vaciado el *oríjen* y la propagacion *apostólica* de la nueva relijion y sus progresos *posteriores*. No cabe argumentar, abogando por la autoridad divina del Cristianismo, con mas brio y elocuencia que eslabonando su desarrollo primitivo, inasequible bajo otro concepto, con su oríjen celeste, y su velocísima estension por muy crecida parte del Imperio romano. Pero este mismo argumento, de innegable prepotencia, ciñéndolo á sus debidos límites, se va debilitando, haciéndose controvertible, al paso que se aleja de la patria, por decirlo así, de la relijion. Al ir adelantando el Cristianismo, se le iban tambien incorporando mas causas meramente humanas en su carrera, y se hace indisputable que aun los motivos manifestados con tan mañosa esclusion por Gibbon concurrieron esencialmente en su establecimiento. Sucede con la revelacion cristiana lo que en el mundo material, pues en uno ó en otro, la Divinidad, como la gran causa primera, se aparece palpablemente de manifiesto. Allá los cuerpos celestes, disparados de una vez arregladamente por los ámbitos del espacio, relacionados todos en sus respectivas propiedades de peso y atraccion recíproca, van desempeñando su carrera segun las leyes secundarias que dan razon de su constante y sublime jiro: así el Cristianismo está pregonando á su Hacedor Divino, principalmente con su oríjen y su engrandecimiento. Recibido su ímpetu del Altísimo, infundido en los ánimos de sus primeros maestros, *pudo quedar* (y no cabe en el Cristiano racional el deslindar el *cuándo sucedió*) encaminado con su fuerza nativa bajo el empuje secreto y sentado de los ajentes de la Omnipotencia. Gibbon orilló maestramente, ó concedió con aparato, la cuestion fundamental del *oríjen divino* de la relijion: su plan le proporcionaba el empezar á historiarla *mas acá de los tiempos apostólicos*; y solo con la fuerza de su lóbrego colorido, retratando al vivo los yerros y devaneos de siglos posteriores, vació allá ráfagas sombrías de duda y sospecha sobre la temporada primitiva del Cristianismo.

«El teólogo, dice Gibbon, puede complacerse en la tarea halagüeña de describir la relijion apeándose del empíreo, centellando de pureza nativa; empresa menos apacible cabe de suyo al historiador, pues tiene que deslindar aquel embolismo revuelto de cohechos y errores con que se fué contajiando en su dilatada residencia por la tierra entre una ralea de vivientes frájiles y bastardos.» En descargando este pasaje del saetazo escarnecedor, mal encubierto con el tenor subsiguiente de aquella investigacion, pudiera muy bien encabezar unos anales cristianos historiados con ánimo candoroso y cristiano. Mas como el historiador, aparentando respetos, va mañosamente confundiendo los linderos del territorio sagra-

do, con la mira de apuntar que todo es un paraiso ideado por la fantasía teolójica; como insinúa, mas bien que afirma, que la temporada de tanta pureza cristiana viene á reducirse como á una poética edad de oro; así el teólogo, por engolfarse de mas en el piélago histórico, ha tenido que andar batallando por puntos en que por maravilla podia alcanzar victoria, y que negar hechos positivos y evidentes, para luego retirarse, no con el bochorno de la derrota, pero sí con éxito dudoso ó incompleto.

Paley, de suyo perspicaz, se enteró desde luego de lo arduo que se hacia el contestar á Gibbon por el rumbo corriente de las contiendas; y así aquella sentencia suya conceptuosa «¿quién es el que impugna un escarnio?» encierra tanta verdad como agudeza. Mas por muy trascendental que sea aquella espresion, aun no lo abarca todo: el desentono con que se rasguean los progresos del Cristianismo, en *cotejo* con lo demás de obra tan esplendorosa y en estremo engalanada, es la nulidad fundamental de la *Decadencia y Ruina*. Solo el Cristianismo no recibe ningun atavío de la májia del habla de Gibbon; yerta asoma su fantasía para aquella dignidad moral, apeándola al contrario de su asiento con un raudal de encono, ó desairándola con la esposicion trabajosa de una temporada lóbrega y bastarda. Hay pasos sin embargo donde su humanidad ardiente y acendrada, cuando allá su benéfico influjo lo avasalla y entona, prorumpe en los ímpetus acostumbrados; pero jeneralmente se aletarga de nuevo; *aparentando* una imparcialidad ostentosa, va zahiriendo los yerros del Cristianismo con escarnio malicioso; y mal de su grado, con escepciones y reservas, llega tal vez á celebrarlo. Aquella propension enmarañada trasciende hasta en su estilo. Al paso que los demás asaltadores del Imperio romano, ya guerreros, ya relijiosos, van asomando con embeleso casi dramático, como el Godo, el Huno, el Arabe, el Tártaro, Alarico y Atila, Mahoma, Jenjiscan y Tamerlan, tan solo el triunfo del Cristianismo se aparece bajo el aspecto de yerta y crítica investigacion. Sobresalen la pujanza bárbara y el brio irracional en aquellas pinceladas primorosas, mientras la preponderancia moral de la benevolencia cristiana, el heroismo de su plácido aguante, su pureza irreprensible, el menosprecio de toda nombradía criminal y de los timbres destructores del linaje humano que con el realce de la filosofía salieran á luz de gran gala: en suma, las *glorias* del Cristianismo no encarnan en el pecho del escritor; yerta yace su fantasía, y sus palabras, aunque siguen su acostumbrada majestad y entonacion, son ya frias, contenciosas y exánimes. ¿Quién intentará empañar ni una pincelada de aquel rebosante colorido que realza los rasgos del ya moribundo Paganismo? ¿ó bien deslucir un solo párrafo en su grandiosa perspectiva del principio y progresos del Mahometismo? pero si fuera tambien justo con el Cristianismo, su perspicacia fi-

losófica manifestara igualmente su estampa efectiva y su influjo profundo y trascendental, retratándolo por un rumbo mas llano, mas sentado, y aunque menos florido, brioso siempre y halagüeño. Pudiera muy bien desentenderse de aquella mole de patrañas eclesiásticas que está nublando la historia primitiva de la iglesia, desmochar las leyendas anoveladas, y sacar á luz los hechos en su nativa sencillez y desafeite, acompañándolos con la gala de su elocuencia ardorosa que negó á ellos solos. Hubiera podido anonadar toda aquella máquina de milagros tras apostólicos, dejando ilesos de su insinuacion escarnecedora los del Nuevo Testamento; hubiera podido prescindir, con Dodwell, de toda la caterva de mártires, parto de la inventiva inexhausta de tiempos muy posteriores: pero pudiera dar mas ensanche y esplayarse con su acostumbrado garbo en los padecimientos de los testigos innegables de la verdad cristiana, los Policarpos y los mártires de Viena.

A la verdad, si el presenciar los primeros pasos del Cristianismo melancoliza y humilla, no hay que achacar por entero aquel cargo á la infidelidad del historiador. Necedad, y aun bastardía, es el negar ó sobredorar la depravacion temprana del Cristianismo, y su desvío sucesivo y veloz de su pureza y sencillez primitiva, y mas de su mente de amor universal. Podrá no ser leccion infructuosa para el orbe cristiano el que semejante cambio, acaso inevitable, pero encubierto y siempre aciago, se haya rasgueado por una diestra parcial, ó sea enemiga: la Cristiandad debe estar en todos tiempos sobre aviso para no incurrir, con miras apocadas, por falta de cordura y de caridad, en el mismo tropiezo de un historiador venidero y desafecto que desaire la causa de la relijion verdadera.

La edicion presente es correctiva y suplementaria: las enmiendas van con notas (conceptuándolas desapasionadas y candorosas, al intento de venir á despejar la verdad) sobre las equivocaciones ó desaciertos que se van advirtiendo, particularmente en órden al Cristianismo, para contrarestar así, en cuanto alcance la correccion, el embate impropio y opuesto á la relijion que hayan podido hacer; y en cuanto á los aumentos, añadiendo aquel caudal de especies que ha suministrado al editor su lectura, por documentos y libros orijinales, ignorados en tiempo de Gibbon.

Resultó esta empresa del ejercicio del editor con ir apuntando al márjen de su ejemplar de Gibbon reparos é ilustraciones sobre los puntos que ventila el autor; creciendo y abultando las notas hasta el punto de conceptuarlas provechosas para otros. Igualmente se han juzgado las anotaciones de Mr. Guizot acreedoras á darlas á conocer.

Las obras que principalmente han franqueado al editor este nuevo caudal son las siguientes: I—La traduccion francesa con notas de Mr. Guizot, segunda edicion, Paris, 1828, colocándolas aquí casi todas. En no

estando acorde con él, por respeto á la erudicion y concepto del escritor, ha conservado sus doctrinas, aun cuando le parezcan desconformes, espresando los fundamentos que han motivado aquellas opiniones. Ha tomado todas las notas de Mr. Guizot, relativas al Cristianismo, persuadido de que en esta materia la autoridad de un Francés, como estadista y cristiano sincero y discreto, pareceria mas independiente y desapasionada, y por tanto mas eficaz, que la de un clérigo inglés. No ha escrupulizado el editor en colocar aquí las anotaciones de Mr. Guizot, por cuanto el celo por todo jénero de conocimientos que rebosa en todas las obras de aquel historiador sobresaliente le ha inducido á opinar que serian apreciadas por los lectores ingleses. Van todas con esta señal G.

II. — La traduccion alemana con las notas de Wenck. Falleció por desgracia aquel sabio traductor al completar tan solo el primer tomo, desempeñando lo restante otra mano menos aventajada. Apreciables en estremo son las notas de Wenck, y muchas han sido prohijadas por Mr. Guizot; llevan por distintivo la letra W (1).

III. —La nueva edicion de la «Historia del Bajo Imperio por Mr. Le-Beau, con notas de Mr. Saint-Martin y Mr. Brosset.»—El sobresaliente alumno armenio Mr. Saint-Martin (hoy muy desgraciadamente ya difunto) ha ido añadiendo mucho caudal por los escritores orientales, particularmente por los armenios, y luego por otras fuentes mas jenerales; y muchos de sus reparos se han conceptuado tan aplicables á Gibbon como á Le-Bean.

IV. — Se ha enterado el editor (aunque en verdad con poquísimo provecho) de las varias contestaciones que se entablaron con Gibbon al salir su historia la primera vez á luz, pues se hacinaron jeneral y atropelladamente por escritores vulgares y ya olvidados, esceptuando al obispo Watson, cuya apolojía en suma es un argumento continuado sin exámen de los yerros. Algo mas suena para algunos el nombre de Milner, pero merecerá poquísimo peso al verdadero indagador de la historia.

V. — Han salido á luz obras clásicas y fragmentos desde la publicacion de la Historia de Gibbon, á que se va acudiendo en sus respectivos lugares, y se ha utilizado, especialmente para los últimos tomos, cuanto se ha ido granjeando en literatura oriental. No presume el editor haber seguido á su autor en esta *rebusca* por todo el ámbito de sus investigaciones; quizás habrá pasado por alto, ó no le ha cabido disponer de

(1) Siente en el alma el editor el no habérsele proporcionado la traduccion italiana, mencionada con aprecio por el mismo Gibbon. No está en nuestras bibliotecas grandes Bodleyana y del Museo, y ningun librero de Lóndres ha llegado á verla.

obras que hubieran arrojado mas luz sobre estos puntos; pero confia que su tarea será provechosa al estudioso de las verdades históricas.

Advierte además el editor que, en cuanto á otros pasos tachables que no acarrean trastorno ú descarrío, de intento los ha trascordado, sin pararse á criticarlos con especialidad.

Las notas del editor van señaladas con M.

Una porcion considerable de las citas (harto enmarañadas algunas en las últimas ediciones) se han comprobado y correjido por las mejores ediciones de los respectivos autores.

HISTORIA

DE LA

DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO.

CAPITULO PRIMERO.

Estension y fuerza militar del Imperio en tiempo de los Antoninos.

En el segundo siglo de la era cristiana, abarcaba el Imperio de Roma la parte mas florida de la tierra y la porcion mas civilizada del linaje humano. Resguardados los confines de tan dilatada monarquía con la fama antigua y el valor disciplinado, el influjo apacible y eficaz de leyes y costumbres habia ido gradualmente hermanando las provincias. Disfrutaban y abusaban sus pacíficos moradores de las ventajas del caudal y el lujo, y conservábase todavía con decoroso acatamiento la imájen de una constitucion libre. Poseia al parecer el senado romano la autoridad soberana, y trasladaba á los emperadores la potestad ejecutiva del gobierno. Por el espacio venturoso de mas de ochenta años, manejó la administracion pública el pundonoroso desempeño de Nerva, Trajano, Adriano y los dos Antoninos; y tanto en este como en el siguiente capítulo, vamos á describir la prosperidad, y luego, desde la muerte de Marco Antonino, á puntualizar las circunstancias mas abultadas de su decadencia y ruina: trastorno para siempre memorable y todavía perceptible entre las principales naciones del orbe.

Las grandiosas conquistas de los Romanos fueron obra de la república, y los emperadores se solian dar por satisfechos con afianzar los dominios granjeados por la política del senado, la emulacion de los cónsules, ó el marcial entusiasmo del pueblo. Rebosaron los siete siglos primeros

de incesantes y ostentosos triunfos; pero quedaba reservado para Augusto el orillar el ambicioso intento de ir avasallando la tierra entera y plantear el sistema de la moderacion en los negocios públicos. Propenso á la paz por temple y situacion, érale obvio el echar de ver que á Roma ensalzada á la cumbre le cabian muchas menos esperanzas que zozobras en el trance de las armas; y que en el empeño de lejanas guerras, dificultábase mas y mas el avance, aventurábase mas el éxito, y resultaba la posesion en estremo continjente cuanto menos provechosa. La esperiencia de Augusto fué dando mayor gravedad á estas benéficas reflexiones, y vino á persuadirle que con el atinado brio de sus disposiciones afianzaria desde luego cuanto rendimiento requiriesen el señorío y la salvacion de Roma por parte de los bárbaros mas desaforados. Ajeno de esponer su persona y sus lejiones á los flechazos de los Partos, consiguió, por medio de un tratado honorífico, la restitucion de los pendones y los prisioneros cojidos en la derrota de Craso (1).

Intentaron sus jenerales, en el primer tercio de su reinado, sojuzgar la Etiopia y la Arabia Feliz, y marcharon mas de trescientas leguas al sur del trópico; pero luego el ardor del clima rechazó la invasion y apadrinó á los desaguerridos moradores de tan arrinconadas rejiones (2). El norte de Europa no era acreedor á los gastos y fatigas de la conquista; pues las selvas y pantanos de Jermania hervian con una casta brava, despreciadora de la vida sin libertad, y aunque en el primer encuentro aparentaron ceder al empuje del poderío romano, luego, por un rasgo de desesperacion, recobraron su independencia, y recordaron á Augusto las vicisitudes de la suerte (3). Al fallecimiento de aquel emperador, leyóse públicamente en el senado su testamento, que dejaba por herencia de entidad á sus sucesores el encargo de ceñir el Imperio en aquellos confines que la naturaleza habia colocado al parecer como linderos ó baluartes permanentes; al poniente, el piélago Atlántico; el Rin y el Danubio al norte, y los arenales desiertos de la Arabia y del Africa por el mediodía (4).

Felizmente para el sosiego humano, acosados de vicios y zozobras, aviniéronse sus inmediatos sucesores al plácido sistema reencargado por la cordura de Augusto. Embargados en sus liviandades y tiranías, apenas asomaron los primeros Césares por sus ejércitos ni provincias, ni les era jenial el tolerar que sus lugartenientes entendidos y esforzados se engriesen con unos triunfos que desatendia su flojedad. La nombradía militar de un súbdito llevaba visos de invasion desmandada contra las ínfulas imperiales; y todo jeneral romano, á impulsos de su obligacion y de su interés, tenia que resguardar los confines que le competian, sin aspirar á conquistas cuyo paradero no fuese menos aciago para él mismo que para los bárbaros avasallados (5).

El único aumento que cupo al Imperio en el primer siglo de la era cristiana se redujo á la provincia de Bretaña. Solo en este caso, los sucesores de César y de Augusto se dejaron llevar por las huellas del primero antes que por el mandato del segundo. Su inmediacion á la costa de la Galia estaba convidando á sus armas; y el concepto halagüeño, aunque dudoso, de una pesquería de perlas cebaba su codicia (6); y como la Bretaña se aparecia allá como un mundo aislado y diverso, apenas se miraba su conquista como escepcion del jeneral sistema del arreglo continental. Tras una guerra como de cuarenta años, entablada por el mas negado (7), sostenida por el mas disoluto, y terminada por el mas medroso de todos los emperadores, quedó la mayor parte de la isla sujeta al yugo romano (8). Las tribus diferentes de Bretones poseian denuedo sin tino, y ansia de libertad sin concordia. Tomaron las armas con bravío desenfreno, y las arrojaron luego, ó bien las volvieron unos contra otros, y mientras peleaban separadamente y sin teson, vinieron á quedar avasallados todos. Ni la fortaleza de Caráctaco, ni la desesperacion de Boadicea, ni el fanatismo de los drúidas acertaron á evitar la servidumbre de su patria, ni á contrarestar el ahinco de los caudillos imperiales que seguian afianzando la gloria nacional, mientras horrorizaba el trono la afrenta de la mas rematada bastardía. Al propio tiempo que Domiciano, emparedado en su alcázar, adolecia del pavor que estaba infundiendo, sus lejiones, á las órdenes del pundonoroso Agrícola, arrollaron las hacinadas fuerzas de los Caledonios, á las faldas de la serrania Grampia, y sus escuadrillas, arrojándose á navegaciones azarosas y desconocidas, ostentaron las armas romanas en torno de toda la isla. Conceptuábase ya coronada la conquista de Bretaña, y era el intento de Agrícola el acabalar y afianzar su logro con el allanamiento muy obvio de la Irlanda, para lo cual bastaba una lejion sola con algunos auxiliares (9). Podia aquella isla occidental encumbrarse á posesion apreciable, y los Bretones se avendrian con menos repugnancia á cargar con su cadena, en retrayendo de su vista la presencia ejemplar de la independencia.

Pero la esclarecida sobresalencia de Agrícola motivó luego su remocion del gobierno de la Bretaña, y acarreó para siempre el malogro de aquel atinado y grandioso plan de avasallamiento. Antes de separarse el cuerdo adalid, habia providenciado el afianzamiento de aquel dominio, pues hecho cargo de que la isla viene á quedar dividida en dos porciones iguales por los golfos contrapuestos, llamados en el dia los Freos de Escocia, atravesando el corto trecho de unas doce leguas, fué planteando una línea fortificada de puntos militares, que se robusteció, en el reinado de Antonino Pio, con un malecon de cesped, alzado sobre un cimiento de piedra (10). La muralla de Antonino, á corta distancia al frente de las ciuda-

des modernas de Edimburgo y de Glasgow, vino á ser el lindero de la provincia romana. Los Caledonios siguieron conservando, al estremo septentrional de la isla, su desaforada independencia, que estribaba no menos en sus escaseces que en su denuedo. Rechazáronse con repetidos escarmientos sus correrías, mas nunca vino á quedar el pais sojuzgado (11). Los dueños de climas amenos y colmados daban con menosprecio la espalda á serranías lóbregas azotadas por aguaceros tempestuosos, á lagos encapotados con cerrazon pardusca, y á unos yermos helados y yertos sobre los cuales huian acosadas las alimañas del bosque por una cuadrilla de bárbaros desnudos (12).

Tal era la situacion de los confines romanos, y tales las máximas del sistema imperial desde la muerte de Augusto hasta el advenimiento de Trajano. Educado aquel príncipe activo y virtuoso á la soldadesca, y dotado de las prendas de caudillo (13), trocó el ocio pacífico de sus antecesores en trances de guerra y conquista; y por fin las lejiones, tras larguísimo plazo, se gozaron capitaneadas por un emperador militar. Estrenó sus hazañas Trajano contra los Dacios, nacion belicosísima que moraba tras el Danubio, y que en el reinado de Domiciano, insultaba á su salvo á la majestad de Roma (14). Hermanaban con la fiereza y pujanza de bárbaros el menosprecio de la vida, dimanado de su entrañable concepto de la inmortalidad y la trasmigracion de las almas (15). Acreditóse Decébalo, su rey, de digno competidor de Trajano, sin darse por desahuciado hasta apurar el postrer recurso de su entereza y desempeño (16). Esta guerra memorable, con brevísimas temporadas de suspension, duró cinco años; y árbitro el emperador de concentrar todas las fuerzas del estado, tuvo por paradero el absoluto rendimiento de los bárbaros (17). Tenia la nueva provincia de Dacia, que formaba la segunda escepcion del encargo de Augusto, hasta cuatrocientas leguas de circuito, siendo sus límites naturales el Teis ó Tibisco, el Niester, el Bajo Danubio y el Ponto Euxino. Rastréase todavía el camino militar desde la orilla del Danubio hasta las cercanías de Bender, paraje muy sonado en la historia moderna, como el confin actual de los imperios de Rusia y Turquía (18).

Ansioso estaba Trajano de nombradía; y mientras sigan los hombres vitoreando mas desaladamente á sus verdugos que á sus bienhechores, el afan de la gloria militar será siempre el achaque de los ánimos mas encumbrados. Las alabanzas de Alejandro, entonadas por historiadores y poetas, habian encendido una emulacion peligrosa en el pecho de Trajano. A su ejemplo, emprendió el emperador romano una espedicion contra las naciones de Oriente; pero se lamentó suspirando de que su edad avanzada cortaba los vuelos á su esperanza de igualar la nombradía del hijo de Filipo (19). Descolló sin embargo Trajano, aunque pasajeramen-

te, con gloria muy sonada. Los Partos, ya dejenerados y exhaustos con sus discordias intestinas, huyeron á su presencia, y bajó triunfalmente por el Tigris desde las cumbres de Armenia hasta el golfo Pérsico. Logró el timbre de ser el primero y último jeneral romano que llegó á navegar por aquellos lejanos mares. Talaron sus escuadras las costas de Arabia, y engrióse equivocadamente Trajano de haberse asomado hasta los confines de la India (20). Atónito el senado, estaba todos los dias oyendo nuevos nombres de naciones rendidas á su prepotencia. Participáronle que los reyes del Bósforo, Cólcos, Iberia, Albania, Ofroene, y hasta el monarca mismo de los Partos, habian recibido sus diademas de la diestra del emperador; que las tribus independientes de las sierras Carducas y Medas habian implorado su dignacion, y que los opulentos paises de Armenia, Mesopotamia y Asiria quedaban reducidos á la clase de provincias (21). Enlutó la muerte de Trajano tan esplendorosa perspectiva, y era fundadamente de temer que tantas y tan remotas naciones sacudirian allá el recien uncido yugo, en no permaneciendo enfrenadas por la prepotente mano que se lo habia impuesto.

Prevalecia la tradicion inveterada de que, al fundarse el Capitolio por uno de los reyes romanos, el dios Término (que presidia á los linderos, y se representaba al estilo de aquel tiempo con una gran piedra) fué, de todas las deidades inferiores, la única que se negó á ceder su sitio al mismo Júpiter. Infirióse favorablemente de su pertinacia, interpretada por los agoreros que era un presajio positivo de que jamás vendrian á cejar los confines del poderío romano (22). Por espacio de largos siglos la prediccion, como suele suceder, cooperó para su logro; pero el propio Término, que contrarestó á la majestad de Júpiter, se doblegó al mandato del emperador Adriano (23), pues el descarte de todas las conquistas orientales de Trajano fué el estreno de su reinado. Devolvió á los Partos la eleccion de su soberano independiente, retiró las guarniciones romanas de las provincias de Armenia, Mesopotamia y Asiria, y en desempeño del encargo de Augusto, restableció en el Eufrates el lindero del Imperio (24). Zahiérense los actos públicos y los motivos recónditos de los príncipes, y así se tildó de envidiosa la disposicion de Adriano, que fué tal vez parto de su moderacion y cordura. Los varios temples de aquel emperador, capaz á un tiempo de bastardías y de corazonadas grandiosas, suministran alguna márjen á la sospecha ; pero no cabia encumbrar mas el esclarecimiento de su antecesor que confesándose inadecuado para el intento de resguardar aquellas conquistas.

Contraponíase la gallardía ambiciosa de Trajano con la moderacion del sucesor; pero descollaba aun sumamente la actividad incesante de Adriano, en cotejo del sosiego apacible de Antonino Pio. La vida de aquel se re-

dujo á un viaje perpetuo ; y atesorando al par el desempeño de guerrero y de estadista, iba regalando su curiosidad con el cumplimiento de sus obligaciones. Desentendiéndose de diferencias de climas, andaba á pié y descubierto por las nieves de Caledonia y los arenales abrasadores del Alto Ejipto ; ni quedó provincia en todo el Imperio que, en el discurso de su reinado, no se honrase con la presencia del monarca (25). Pero el sosegado temple de Antonino Pio se vinculó en el regazo de Italia, y en el espacio de los veinte y tres años que empuñó el timon del estado, las peregrinaciones mas dilatadas de aquel apacible soberano fueron tan solo del palacio de Roma al retiro de su quinta en Lanuvio (26).

En medio de la diferencia en su conducta personal, atuviéronse igualmente Adriano y ambos Antoninos al sistema jeneral de Augusto. Afanados por sostener la grandiosidad del Imperio sin dilatar sus límites, valiéronse de arbitrios decorosos para ofrecer su amistad á los bárbaros, y se esmeraron en patentizar al mundo todo que el poderío romano, encumbrado sobre el apetito de mas conquistas, tan solo se profesaba amante del órden y de la justicia. Logró su ahinco afianzar uno y otro por el período venturoso de cuarenta y tres años, fuera de tal cual hostilidad pasajera que ejercitó provechosamente las lejiones fronterizas, ofreciendo los reinados de Adriano y de Antonino Pio la perspectiva halagüeña de una paz incesante (27). Reverenciado el nombre romano por los ámbitos de la tierra, solia el emperador arbitrar en las desavenencias que sobrevenian entre los bárbaros mas bravíos; noticiándonos un historiador contemporáneo haber visto desairados algunos embajadores que venian á solicitar el timbre de alistarse entre los vasallos de Roma (28).

El terror de las armas romanas robustecia y encumbraba el señorío y comedimiento de los emperadores, conservando la paz por medio de incesantes preparativos para la guerra ; y mientras la equidad era la norma de sus pasos, estaban pregonando á las naciones que se desentendian al par de cometer y de tolerar tropelías. La fuerza militar, cuya mera planta fué suficiente para Adriano y el Mayor de los Antoninos, tuvo que emplearse contra los Partos por el emperador Marco. Provocaron los bárbaros hostilmente las iras del monarca filósofo, y en desempeño de su justísimo desagravio, lograron Marco y sus jenerales señaladas y repetidas victorias, tanto en el Eufrates como en el Danubio (29). La planta militar que en tal grado afianzó el sosiego y poderío del Imperio romano se nos ofrece desde luego como objeto grandioso y digno de nuestra atencion.

En la primitiva y castiza república, vinculábase el uso de las armas en aquella jerarquía de ciudadanos amantes y defensores de su patria y haciendas, y partícipes en la formacion y cumplimiento puntual de las leyes. Mas al paso que la libertad jeneral se fué menoscabando

con tantas conquistas, vino á encumbrarse la guerra á sistema y arte, asalariándola torpemente por otra parte (30). Las lejiones mismas, cuando ya se estaban reclutando en provincias lejanas, se suponian compuestas de ciudadanos castizos; distincion que solia considerarse, ya como atributo legal, ya como galardon del soldado; pero el ahinco se cifraba principalmente en las prendas de edad, fuerza y estatura militar (31). En todo alistamiento, eran antepuestos los individuos del norte á los del mediodía, y para el manejo de las armas, los campesinos merecian la preferencia ante los moradores de las ciudades; y aun entre estos, se conceptuaba atinadamente que el ejercicio violento de herreros, carpinteros y cazadores debia proporcionar mas brio y denuedo que los oficios sedentarios y dedicados á los objetos de mero lujo (32). Orillado el requisito de propiedad, acaudillaban siempre los ejércitos romanos oficiales de nacimiento y educacion hidalga; pero los meros soldados, al par de las tropas mercenarias de la Europa moderna, se alistaban entre las heces, y aun con frecuencia entre los mayores forajidos que afrentaban el linaje humano.

La virtud pública, que los antiguos llamaron patriotismo, nace del entrañable concepto con que ciframos nuestro sumo interés en el arraigo y prosperidad del gobierno libre que nos cupo. Este despertador incesante del incontrastable denuedo de las lejiones republicanas alcanzaba ya escasamente á mover el ánimo en los sirvientes mercenarios de un déspota; y se hizo forzoso acudir á aquella quiebra con otros impulsos de igual trascendencia, á saber, el honor y la relijion. El labriego y el menestral sentian la preocupacion provechosa de ir á medrar en la esclarecida profesion de la milicia, donde sus ascensos y su nombradía serian parto de su propio valor; y aunque las proezas de un ínfimo soldado suelen ser desconocidas, su peculiar desempeño puede tal vez acarrear timbre ó afrenta á la compañía, á la lejion, y acaso al ejército de cuyos blasones es partícipe. Empeñaban, al alistarse, su juramento con ostentosa solemnidad, para nunca desamparar sus banderas, rendir su albedrío al mandato de los superiores, y sacrificar su vida á la salvacion del emperador y del Imperio (33). El pundonor y la adhesion se daban la mano para vincular mas y mas la tropa con sus pendones; y el águila dorada, que encabezaba la lejion esplendorosamente, era objeto de su devocion entrañable, conceptuándose no menos impío que afrentoso el abandonar en el trance la insignia sacrosanta (34). Dimanaban aquellos estímulos de la fantasía, y se robustecian con los impulsos mas eficaces de zozobras y esperanzas. Paga puntual, donativos accidentales, y premios establecidos tras el plazo competente, aliviaban las penalidades de la carrera militar (35), al paso que no cabia á la desobediencia ó á la cobardía el evitar sus severísimos castigos. Competia á los centuriones el apalear, y á

los jenerales el imponer pena capital, y era máxima inflexible de la disciplina romana que un buen soldado debia temer mucho mas á sus oficiales que al enemigo. A impulsos de estas disposiciones, realzóse el valor de las tropas imperiales con un teson y docilidad, inasequibles con los ímpetus de los bárbaros.

Estaban además los Romanos tan persuadidos de la inutilidad del valor sin el requisito de la maestría práctica, que una hueste se apellidaba con la voz que significa ejercicio (36), y los ejercicios militares eran el objeto incesante y principal de su disciplina. Instruíanse mañana y tarde los bisoños, y ni la edad ni la destreza dispensaban á los veteranos de la repeticion diaria de cuanto ya tenian cabalmente aprendido. Labrábanse en los invernaderos tinglados anchurosos para que su tarea importante siguiese, sin menoscabo ni la menor interrupcion, en medio de temporales y aguaceros, con el esmerado ahinco de que las armas en aquel remedo fuesen de peso doble de las indispensables en la refriega (37). No cabe en el intento de esta obra el esplayarse en el pormenor de los ejercicios, notando tan solo que abarcaban cuanto podia robustecer el cuerpo, ajilitar los miembros y agraciar los movimientos. Habilitábase colmadamente el soldado en marchar, correr, brincar, nadar, portear cargas enormes, manejar todo jénero de armas apropiadas al ataque ó á la defensa, ya en refriegas desviadas, ya en las inmediatas; en desempeñar varias evoluciones, y moverse al eco de la flauta en la danza pírrica ó marcial (38). Familiarizábase la tropa romana en medio de la paz con los afanes de la guerra; y espresa atinadamente un historiador antiguo que peleara contra ellos, que el derramamiento de sangre era la única circunstancia que diferenciaba un campo de batalla de un paraje de ejercicio (39). Esmerábanse jenerales y aun emperadores en realzar estos estudios militares con su presencia y ejemplo, y nos consta que Adriano, al par de Trajano, solia allanarse á ir instruyendo á sus bisoños, galardonar á los sobresalientes, y á veces competir con ellos en primor y brio (40). Descolló científicamente la práctica en aquellos reinados, y mientras conservó el Imperio alguna fuerza, mereció la enseñanza militar el concepto de cabal dechado de la disciplina romana.

Nueve siglos de guerra habian ido introduciendo en la milicia varias novedades y mejoras. Las lejiones, segun las describe Polibio (41) en tiempo de las guerras púnicas, se diferenciaban sustancialmente de las que consiguieron las victorias de César, ó defendieron la monarquía de Adriano y de los Antonínos. La planta de la lejion imperial puede manifestarse en pocas palabras (42). La infantería recia, que constituia fundamentalmente su fortaleza (43), se cuarteaba en diez cohortes y en cincuenta y cinco compañías, á las órdenes de sus correspondientes tribunos y centuriones. La primera cohorte, poseedora del sitio mas honorífico y del res-

guardo del águila, constaba de mil ciento y cinco soldados, descollantes en lealtad y valentía : las otras nueve se componian de quinientos cincuenta y cinco cada una, y el cuerpo total de la infantería lejionaria ascendia á seis mil y cien hombres. Eran sus armas iguales y asombrosamente apropiadas al intento : celada abierta con erguido creston, peto, cota de malla, grevas para las piernas, y en el brazo izquierdo un broquel anchuroso, cóncavo y prolongado, de cuatro piés de largo y dos y medio al través, labrado de madera liviana, y resguardado con cuero de buey y chapas de cobre. Además de una lanza lijera, empuñaba el infante su pavoroso *pilo*, venablo pesado que solia alargarse hasta seis piés, terminado por un bote triangular de acero de diez y ocho pulgadas (44). Inferior era á la verdad este instrumento á nuestras armas de fuego, pues solo se desembrazaba á la distancia de diez ó doce pasos, pero disparado por una diestra pujante y atinada, no se daba caballería que se arriesgase á su alcance, ni escudo ó coraza que contrastase su poderoso empuje. Desembrazado el pilo, desenvainaba el Romano su espada, abalanzándose al enemigo. Era su espada una hoja española de dos filos que hacia veces de alfanje y de estoque; pero el soldado estaba impuesto en usar mas bien el arma de punta que de corte, pues así resguardaba su cuerpo y causaba mayor y mas certera herida á su contrario (45). Solia formarse la lejion á ocho de fondo, y como tres piés de espacio venian á quedar á cada individuo, así entre las hileras como entre las filas (46). Un cuerpo de tropas acostumbrado á conservar este órden desahogado, en dilatado frente y en el ímpetu del avance, estaba siempre hábil para desempeñar el movimiento que requeria el trance y disponia el caudillo. Cabíale al soldado el trecho necesario para manejarse con sus armas, y se franqueaban además intermedios adecuados, á fin de que pudieran ir acudiendo refuerzos para relevar á los que se iban imposibilitando (47). Fundábase la táctica griega ó macedonia en otros elementos, pues la pujanza de la falanje estribaba en diez y seis órdenes de lanzones apuntados en rastrillo (48) ; pero luego se echó de ver, por la reflexion y la práctica, que el poderío de la falanje no alcanzaba á contrarestar la actividad de las lejiones (49).

La caballería, sin la cual quedaba la prepotencia de la lejion descabalada, se dividia en diez trozos ó escuadrones : el primero, como acompañante de la primera coborte, constaba de ciento treinta y dos hombres, al paso que los otros nueve se reducian á sesenta y seis individuos; y su planta entera venia, hablando á la moderna, á formar un rejimiento de setecientos veinte y seis caballos, embebidos de suyo en su lejion respectiva, pero separados á las veces para obrar en línea y componer parte de las alas del ejército (50). No constaba ya la caballería de los emperadores, como en tiempo de la república, de la mocedad hidalga de Roma é

Italia, que desempeñando su servicio de á caballo, se iba habilitando para los cargos de senadores y cónsules y se granjeaba los votos venideros de sus compatricios (51). Con el estrago de costumbres y gobierno, los mas acaudalados del órden ecuestre se engolfaban en la administracion de justicia (52); y si se alistaban para las armas, se les conferia inmediatamente el mando de un escuadron á caballo ó de una cohorte de infantería (53). Formaban Trajano y Adriano su caballería de las idénticas provincias y de la misma clase de individuos con quienes reponian las filas de la lejion. Las remontas salian de España y de Capadocia jeneralmente; y los jinetes romanos menospreciaban aquella armadura cerrada donde se encajonaba la caballería oriental, siendo sus armas preferentes celada, broquel prolongado, cota de malla, y un chuzo y espada larga y ancha para ofender, pues tomaron al parecer el uso de lanzas y mazas de los bárbaros (54).

Cifrábanse principalmente en las lejiones la salvacion y la gloria del Imperio, pero aveníase la política romana á echar mano de cuanto fuese conducente para la guerra. Aprontábanse reclutas comunmente por las provincias que todavía no se habian hecho acreedoras al distintivo de la ciudadanía. Varios príncipes dependientes ó pueblos fronterizos gozaban su libertad y seguridad mediante el feudo de su servicio militar (55); y aun tercios selectos de bárbaros enemigos tenian que estar consumiendo su azaroso denuedo por climas lejanos en beneficio del estado (56). Comprendíanse todos estos bajo el nombre jeneral de auxiliares, y por mas que fuesen variando segun el nombre y las circunstancias, por maravilla abultaban menos que las lejiones (57); y aun los cuerpos sobresalientes de los mismos auxiliares iban á las órdenes de prefectos y centuriones, quienes los adiestraban esmeradamente en el pormenor riguroso de la disciplina romana; pero la mayor parte seguian guerreando con las armas idénticas y jeniales de su pais, á cuyo uso estaban adecuadamente avezados. Bajo este sistema, cada lejion, con sus competentes auxiliares, contenia en sí todo jénero de tropas lijeras y armas arrojadizas, y se hallaba hábil para pelear con cualquiera nacion sin menoscabo de armas y de disciplina (58). Tampoco carecia la lejion de cuanto en el idioma moderno se llama artillería, constando de diez máquinas de mayor y cincuenta y cinco de menor cuantía, y unas y otras disparaban oblícua ú horizontalmente á raudales piedras y flechas con ímpetu irresistible (59).

Asomaba un campamento romano con muestras de verdadera fortaleza (60). Delineado el sitio, acudian los cavadores ejecutivamente á despejarlo y allanarlo en cuadrada y debida forma; y se computa que el recinto de unas mil varas abarcaba á veinte mil Romanos, al paso que, con las tropas nuestras, este crecido número ofreceria al enemigo hasta triplicado frente. Descollaba en medio el pretorio, ó vivienda del jeneral,

sobre las demás, ocupando la caballería, la infantería y los auxiliares sus respectivos lugares. Sus calles ó andenes eran desahogados, rectos, y dejaban un espacio de cien piés en derredor entre las tiendas y el muro. Este solia tener doce piés de altura, con su recia y entretejida estacada y un foso de doce piés tambien de hondo y de ancho. Este afan corria á cargo de los lejionarios mismos, tan duchos en el manejo del azadon y del zapapico cual en el de la espada ó el pilo. Cabe ser nativo el denuedo; pero tan sufrido esmero solo puede ser parto del sumo ejercicio y consumada disciplina (61).

Al sonido del clarin se rompia la marcha, viniendo instantáneamente abajo el campamento, y encajonándose la tropa en sus filas sin revueltas ni demora. Además de las armas, que para los lejionarios no servian de estorbo, iban cargados con el ajuar de cocina, la herramienta de fortificacion y el abasto para varios dias (62). Con tanto peso, que abrumara á todo soldado moderno, estaban adiestrados en andar ordenadamente como siete leguas en seis horas (63); y al asomar el enemigo, deponian su carga, y con prontas y desahogadas evoluciones, pasaban de la columna de marcha al órden de batalla (64). Escaramuzaban al frente los honderos y flecheros; formaban los auxiliares la primera línea al arrimo del recio de las lejiones; ceñia los costados la caballería, y quedaban las máquinas á retaguardia.

Tales eran las artes guerreras con que resguardaban los emperadores romanos sus dilatadas conquistas, y seguian atesorando aquel brío militar, cuando ya todas las demás virtudes yacian bajo el cieno del lujo y del despotismo. Si en el pormenor de sus ejercicios, tras el bosquejo de su disciplina, tratamos de puntualizar su número, carecemos de datos para conseguirlo. Puédese regular sin embargo que la lejion, constando de seis mil ochocientos treinta y un Romanos, ascendia, con sus competentes auxiliares, á doce mil y quinientos hombres. El total sobre el pié de paz por Adriano y sus sucesores componia hasta treinta de tan formidables cuerpos, y formaban probablemente una fuerza constante de trescientos setenta y cinco mil individuos. En vez de encerrarse en el recinto de ciudades muradas, que los Romanos conceptuaban de asilos para la flaqueza, acampaban las lejiones por las riberas de los rios mayores, ó en los confines de los bárbaros; y como estos apostaderos solian ser invariables, cabe el ir delineando la distribucion individual de la tropa. Bastaba una lejion para Bretaña; pero la fuerza principal cubria el Rin y el Danubio, consistiendo en diez y seis lejiones bajo la proporcion siguiente: dos en la Jermania Baja, y tres en la Alta, una en Recia, otra en la Nórica, cuatro en Panonia, tres en Mesia, y dos en Dacia. Defendian el Eufrates ocho lejiones, seis acuarteladas en Siria, y las otras dos en Capadocia. En cuanto al Ejipto, Africa y España, por cuanto estaban des-

viadas del teatro principal de la guerra, acudia una sola lejion á conservar el sosiego de cada una de estas provincias. Ni carecia tampoco la Italia de su resguardo militar. Mas de veinte mil soldados selectos y señalados con los títulos de cohortes ciudadanas y guardias pretorianas, celaban dia y noche y custodiaban al monarca y la capital. Promovedores de cuantas revoluciones vinieron á desencajar el Imperio, los pretorianos han de llamar y aun embargar nuestra atencion; mas no echamos de ver ni en su planta ni en su armamento circunstancia alguna que los diferencie de las lejiones, sino su boato é indisciplina (65).

Aparece allá la marina de los emperadores como desproporcionada á su poderío; mas era suficiente para acudir á las urjencias del estado. La ambicion romana era toda continental, y así jamás descolló aquel pueblo guerrero con la gallardía de Tiro, Cartago, y aun Marsella, que ansiaban dilatar mas y mas los linderos del orbe, y cuyos navegantes llegaron á descubrir las costas mas recónditas del Océano. Aterró siempre mas que halagó el piélago á los Romanos (66); y volcada Cartago y esterminada la piratería, vino á quedar el Mediterráneo entero cercado por sus provincias. Ciñóse pues la política imperial á ejercer el señorío de este solo mar, apadrinando el comercio de sus industriosos súbditos. Bajo este sistema tan moderado situó Augusto dos escuadras fijas en los puntos mas adecuados de Italia, una en Ravena sobre el Adriático, y la otra en Miseno dentro de la bahía de Nápoles. Llegaron por fin los antiguos á palpar con la esperiencia que en sobrepujando las galeras á dos, ó lo mas, tres órdenes de remos, venian á reducirse á mero boato, sin el menor servicio efectivo; y el mismo Augusto habia presenciado en la victoria de Accio la superioridad de sus fragatas veloces (llamadas *liburnias*) contra los empinados y torpes castillos de su competidor (67). Compuso ambas armadillas de Ravena y Miseno con estas liburnias, apropiadas para dominar, una la division oriental, y otra la occidental del Mediterráneo, aplicando la competente marinería á entrambas. Además de los dos puertos, que eran los apostaderos principales de la armada romana, situáronse fuerzas considerables en Frejus sobre la costa de Provenza, quedando el Euxino con el resguardo de cuarenta bajeles y tres mil soldados. Hay que añadir la escuadrilla conservadora de la comunicacion entre las Galias y Bretaña, y un crecido número de barcos apropiados al Rin y al Danubio para infestar el territorio y atajar el tránsito á los bárbaros (68). Redondeando la reseña jeneral de las fuerzas imperiales en caballería é infantería, en lejiones, en auxiliares, guardias y armada, el cómputo mas crecido nos franquea apenas en los estados de mar y tierra mas de cuatrocientos y cincuenta mil hombres; poderío militar en verdad formidable, pero que vino á igualar un monarca del siglo anterior, cuyo reino se reducia á una sola provincia del Imperio romano (69).

Hemos ido manifestando, tanto la fuerza que sostenia como el sistema que entonaba el poderío de Adriano y de los Antoninos : vamos ahora á delinear con algun método y despejo las provincias allá enlazadas bajo un mismo señorío, y deslindadas actualmente en estados independientes y aun enemigos.

España, al estremo occidental del Imperio, de Europa y del mundo antiguo, ha conservado invariablemente en todos tiempos los mismos linderos naturales, á saber : el Pirineo, el Mediterráneo y el Océano Atlántico. Esta península grandiosa, dividida en la actualidad tan desigualmente entre dos soberanos, quedó repartida por Augusto en tres provincias, Lusitania, Bética y Tarragonesa. Abarca ahora el reino de Portugal el pais belicoso de los Lusitanos, y el cercen que tuvo aquel por levante queda compensado por su aumento de territorio hácia el norte. Granada con todas las Andalucías, corresponde á la antigua Bética. Lo restante, de España, Galicia, Asturias, Vizcaya y Navarra, Leon y ambas Castillas, Murcia, Valencia, Cataluña y Aragon, estaba embebido en el tercero y mayor de los gobiernos romanos, el cual, por el nombre de su capital, se llamaba provincia de Tarragona (70). Los Celtíberos eran los mas poderosos, así como los Cántabros y Astures los mas indómitos de todos los bárbaros. Al abrigo de sus riscos, fueron los últimos que se rindieron al yugo romano, y los primeros en sacudir el de los Arabes.

La antigua Galia, abarcando cuanto media entre el Pirineo, los Alpes, el Rin y el Océano, era mas dilatada que el actual reino de Francia. A los dominios de esta poderosa monarquía hay que añadir, además de sus nuevas adquisiciones de Alsacia y Lorena, los cantones suizos, los cuatro electorados del Rin y los territorios de Lieja, Luxemburgo, Henao, Flándes y el Brabante. Cuando Augusto fué imponiendo leyes á las conquistas de su padre, planteó una division de la Galia, no menos adecuada al avance de las lejiones que á las corrientes de los rios y á los principales distintivos nacionales, que comprendian hasta cien estados diversos (71). Apellidáronse por la colonia de Narbona el Langüedoque, la Provenza, el Delfinado, y la costa del Mediterráneo ; esplayábase el gobierno de Aquitania desde el Pirineo al Loira ; llamábase Galia Céltica todo el pais situado entre aquel rio y el Sena, que luego tomó su nombre de la célebre colonia de Lugduno ó Leon. Estaba la Béljica allende el Sena, y ceñíala el Rin en tiempos anteriores ; pero los Jermanos, poco antes del tiempo de César, á impulsos de su valor desmandado, se apropiaron una porcion considerable del territorio belga. Abalanzáronse los conquistadores romanos á proporcion tan halagüeña, y aplicaron á la Galia fronteriza del Rin, desde Basilea á Leida, los nombres grandiosos de Jermania Alta y Baja (72) ; y así, en tiempo de los Antoninos, las seis

provincias de la Galia fueron la Narbonesa, la Aquitania, la Céltica ó Leonesa, la Béljica, y ambas Jermanias.

Tuvimos ya motivo para mencionar la conquista de Bretaña y deslindar su provincia romana, que comprendia toda la Inglaterra, Gáles y los territorios bajos de Escocia hasta los freos de Dunbarton y Edimburgo. Antes del avasallamiento de la isla, estaba desigualmente dividida en treinta tribus bárbaras, siendo las mas notables los Belgas al poniente, los Brigantes al norte, los Silures al mediodía en Gáles, y los Icenos en Norfolk y Sufolk (73). En cuanto cabe rastrear por la semejanza de habla y costumbres, pobláronse España, Galia y Bretaña por la misma casta de salvajes valerosos; pues antes de rendirse á las armas romanas, batallaron por el campo y renovaron la lid repetidamente, y aun despues de avasallados, vinieron á formar la division occidental de las provincias europeas, esplayándose desde las columnas de Hércules hasta la muralla de Antonino, y desde el desembocadero del Tajo hasta los manantiales del Rin y del Danubio.

Antes de la conquista, el pais llamado ahora Lombardía no se conceptuaba como parte de Italia, pues se hallaba ocupado por una colonia poderosa de Galos, quienes, poblando las orillas del Po desde el Piamonte hasta Romania, dilataron sus armas y su nombre desde los Alpes al Apenino. Habitaban los Ligures la costa peñascosa que forma en el dia la república de Jénova. No asomaba todavía Venecia, pero el territorio suyo que cae á levante del Adijio pertenecia ya á los Venetos (74). El centro de la península, que compone ahora el ducado de Toscana y el Estado Pontificio, tuvo en lo antiguo por moradores á los Etruscos y Umbrios, siendo deudora la Italia á los primeros de sus asomos primitivos de civilizacion (75). Besaba el Tíber las faldas á los siete cerros de Roma; y el pais de los Sabinos, Latinos y Volscos, desde aquel rio hasta los confines de Nápoles, fué el teatro primero de sus victorias. Merecieron los primeros cónsules sus triunfos en aquel sitio decantado, donde engalanaron luego sus quintas los sucesores, y allí mismo su posteridad ha fundado conventos (76). Correspondian á Capua y la Campania el territorio inmediato de Nápoles, habitando lo demás del reino varias naciones guerreras, Marsos, Samnitas, Apulios y Lucanios, y floreciendo la costa con sus colonias griegas. Es de notar que, al dividir Augusto la Italia en once rejiones, la corta provincia de Istria quedó tambien agregada al centro de la soberanía (77).

Resguardaban el Rin y el Danubio las provincias europeas de Roma, y este grandioso rio, que brota solo á la distancia de diez leguas del otro, corre por espacio de cuatrocientas leguas, jeneralmente hácia el sudeste, y se acaudala mas y mas con el fruto de sesenta corrientes navegables, hasta que por fin desagua por seis bocas en el Euxino, pudiendo abarcar

apenas aquel aumento de aguas (78). Apellidáronse luego Ilíricas, ó la raya ilírica, las provincias del Danubio (79), conceptuándose las mas belicosas del Imperio: pero merecen diferenciarse individualmente con los nombres de Recia, Nórica, Panonia, Dalmacia, Mecia, Dacia, Tracia, Macedonia y Grecia.

La provincia de Recia, que vino luego á estinguir el nombre de los Vindelicios, se estendia desde la cima de los Alpes hasta las orillas del Danubio, desde su nacimiento hasta su confluencia con el In. La mayor parte de las llanuras pertenecen al elector de Baviera; la ciudad de Augsburgo es ahijada de la constitucion jermánica; guarécense los Grisones en sus montañas, y el pais del Tirol se cuenta entre las provincias numerosas de la casa de Austria.

El dilatadísimo territorio ceñido por el In, el Danubio y el Sava, Austria, Suiza, Carniola, Carintia, la Baja Hungría y la Esclavonia: todo se apellidaba antiguamente Nórica y Panonia, cuyos adustos naturales, allá en su estado primitivo de independencia, vivian estrechamente hermanados. Siguieron á temporadas unidos bajo el Imperio romano, y permanecen todavía como patrimonio de una sola familia. Son ahora la residencia de un príncipe aleman, con el dictado de emperador de los Romanos, formando el centro y la pujanza del poderío austríaco. No estará de mas el advertir que, fuera de Bohemia, Moravia, los derrames septentrionales del Austria y parte de la Hungría entre el Teis y el Danubio, todos los demás dominios de la casa imperial quedaban embebidos en la estension del Imperio romano.

La Dalmacia, á la cual correspondia mas adecuadamente el nombre de Iliria, era una especie de faja entre el Sava y el Adriático, y su mejor porcion por la costa, que conserva todavía su antiguo nombre, es una provincia de Venecia y el solar de la pequeña república de Ragusa. Su interior ha tomado los nombres esclavones de Croacia y Bosnia: el primero á las órdenes de un gobernador austríaco, y el otro á las de un bajá turco; pero todo el pais está acosado por tribus de bárbaros, cuya independencia bravía apenas señala con alternativas el lindero variable de la potencia cristiana y mahometana (80).

Engrandecido el Danubio con las aguas del Teis y el Sava, apellidábase, á lo menos entre los Griegos, el Ister (81), dividiendo la Mesia y la Dacia, conquistada la última, como hemos visto, por Trajano, y única allende aquel rio. Si nos paramos á examinar el estado actual de aquellos paises, hallaremos que á la izquierda del Danubio, el Temesvar y la Transilvania, tras varias revoluciones, se han agregado á la corona de Hungria, al paso que los principados de Moldavia y Valaquia reconocen el señorío otomano. Por la derecha del Danubio, la Mesia, que en la edad

media quedó separada en los reinos bárbaros de Servia y Bulgaria, yace de nuevo bajo la servidumbre turca.

La denominacion de Romelia, que aplican todavía los Turcos á los dilatados paises de Tracia, Macedonia y Grecia, está así conservando la memoria de su antiguo estado bajo el Imperio romano. En tiempo de los Antoninos, las rejiones belicosas de Tracia, desde las cumbres del Hemo y Ródope, hasta el Bósforo y el Helesponto, quedaron constituidas en provincias, pero á pesar del cambio de dueños y de relijion, la nueva ciudad de Roma, fundada por Constantino sobre la márjen del Bósforo, ha seguido siendo la capital de una gran monarquía. El reino de Macedonia, que en manos de Alejandro avasalló al Asia, se granjeó ventajas mas positivas con la política de entrambos Filipos, y con sus dependencias de Epiro y Tesalia se fué dilatando desde el mar Ejéo hasta el Jónico. Al recapacitar la nombradía de Tébas y Argos, de Esparta y Aténas, se hace trabajoso el conceptuar que tantas repúblicas inmortales de la antigua Grecia vinieran luego á perderse en una provincia sola del Imperio romano, la cual se titulaba Acaya, por el influjo preponderante de la liga Aquea.

Tal era el estado de Europa bajo los emperadores romanos. Las provincias de Asia, sin esceptuar las conquistas pasajeras de Trajano, están embebidas en el poderío turco; pero en vez de ir siguiendo los arbitrarios descuartizamientos del despotismo y de la idiotez, será mas acertado y entretenido el atenernos á la estampa permanente de la naturaleza. Aprópiase con fundamento el nombre de Asia Menor á la península que, ceñida entre el Euxino y el Mediterráneo, se adelanta desde el Eufrates hácia Europa. La porcion mas estensa y floreciente, al poniente del monte Tauro y del rio Halis, se engrandeció por los Romanos con el dictado esclusivo de Asia, cuya jurisdiccion abarcaba las antiguas monarquías de Troya, Lidia y Frijia, los paises marítimos de los Panfilios, Licios y Carios, y las colonias griegas de Jonia, que igualaban en artes, aunque no en armas, la gloria de la metrópoli. La parte septentrional de la península, desde Constantinopla á Trebisonda, pertenecia á los reinos de Bitinia y Ponto; mas por la parte opuesta, la provincia de Cilicia terminaba en las cumbres de Siria, y el interior, deslindado por el rio Halis del Asia romana, y de la Armenia por el Eufrates, formó allá en su tiempo el reino independiente de Capadocia. Debemos reparar aquí que las playas septentrionales del Euxino, allende Trebisonda en Asia, y el Danubio en Europa, reconocian la soberanía de los emperadores, recibiendo de sus manos ya príncipes tributarios, ó ya guarnicion romana. Budzak, la Tartaria Crimea, la Circasia y la Mingrelia son las denominaciones modernas de aquellos paises bravíos (82).

Bajo los sucesores de Alejandro, la Siria era el asiento de los Seléucidas, quienes reinaron en la Alta Asia, hasta que la rebelion triunfadora de los Partos estrechó su señorío entre el Euxino y el Mediterráneo. Avasallada la Siria por los Romanos, sirvió de confin oriental á su imperio: ni le cupieron á esta provincia en su mayor ensanche mas lindes que la Capadocia al norte, y por el sur los confines del Ejipto y del mar Rojo. Agregáronse á temporadas la Fenicia y la Palestina á la jurisdiccion de Siria, siendo la primera una costa estrecha y peñascosa, y la segunda un territorio muy poco aventajado á Gáles en estension y fertilidad (*a*); pero descollarán entrambas para siempre en la memoria humana, puesto que América, al par de Europa, recibió las letras de la una, y la relijion de la otra (83). Un desierto arenoso, igualmente falto de arbolado y agua, va ciñendo sesgamente la Siria, desde el Eufrates hasta el Mar Rojo. La vida vagarosa de los Arabes corresponde á su independencia, y donde quiera que en tal cual sitio menos estéril que los demás se arrojaban a plantear alguna morada, quedaron tambien avasallados al Imperio romano (84).

Solian los jeógrafos antiguos mostrarse dudosos acerca de la parte del globo en que debian colocar el Ejipto (85). Hállase aquel decantado reino por su situacion en la península inmensa del Africa, pero es únicamente accesible por la parte del Asia, cuyas revoluciones en todas épocas ha ido rendidamente siguiendo. Señoreábase un prefecto romano en el trono esplendoroso de los Tolemeos, y un bajá turco está ahora empuñando el cetro de hierro de los Mamelucos. Atraviesa el Nilo el pais por espacio de cerca de doscientas leguas desde el trópico de Cáncer hasta el Mediterráneo, y va señalando por ambas márjenes el ámbito de la fertilidad por la estension de su riego. Cirene, situada al poniente por lo largo de la costa, fué al pronto colonia griega, luego provincia de Ejipto, y desapareció por fin on el desierto de Barca (*b*).

Dilátase la costa de Africa, desde Cirene al Océano, por el trecho de quinientas leguas; pero la ciñen tan estrechamente el Mediterráneo y el Zahara ó el arenal, que viene á reducirse á veinte ó veinte y cinco leguas de ancho, y la parte oriental era la que conceptuaban los Romanos como la provincia propia y peculiar de Africa. Habitaron el pais fértil, hasta la llegada de las colonias fenicias, los Libios, sumamente bozales. Emporio y centro fué del comercio bajo la jurisdiccion inmediata de Cartago; pero ahora ha venido á parar el pais en los estados débiles é incultos de Túnez y de Trípoli. El despotismo militar de Arjel está tiranizando la dilatada Numidia, unida por algun tiempo bajo Masinisa y Yugurta; pero estrecháronse sus linderos en la época de Augusto, y mas de dos tercios del pais se apellidaron Mauritania con el sobrenombre de Cesariense. La Mau-

ritania lejítima ó pais de los Moros, que por la antigua ciudad de Tinji ó Tánjer se distinguia con el nombre de Tinjitania, es ahora el reino de Fez; y Salé, á orillas del Océano, tan disfamado en el dia por su sentina de piratas, se apuntaba por los Romanos como el sumo estremo de su poderío y casi de su jeografía. Asoma todavía una fundacion suya junto á Mequinez, que es la residencia de un bárbaro que nos allanamos á apellidar emperador de Marruecos; mas no aparece que sus dominios mas meridionales y el mismo Marruecos y Sejelmesa quedasen nunca comprendidos en la provincia romana. Los ramales del monte Atlas se van internando por la parte occidental del Africa, empinando allá sus cumbres y fomentando la fantasía de los poetas (86) bajo un nombre que abarca el dilatado piélago que separa el antiguo y el nuevo continente (87).

Terminado ya el jiro del Imperio romano, notarémos que España está separada del Africa por un estrecho de tres ó cuatro leguas, por el cual se introduce el Atlántico en el Mediterráneo. Las columnas de Hércules, tan decantadas en la antigüedad, eran dos montañas que al parecer fueron sajadas por alguna convulsion de los elementos, y la fortaleza de Jibraltar está ahora situada á la falda del peñasco europeo. Abarcaba el señorío romano toda la estension del Mediterráneo con sus islas y costas. Entre las islas mas crecidas, las dos Baleares, Mallorca y Menorca, que traen su nombre de su magnitud respectiva, con la de Iviza, pertenecen á España (*c*). Córcega corresponde á la Francia (*d*), y dos soberanos de Italia toman su rejio dictado de la Cerdeña y Sicilia. Creta ó Candía, con Chipre y las mas de las islillas de Grecia y Asia, yacen avasalladas por lo Turcos, mientras el peñasco de Malta ha estado burlando su poderío, y descolló bajo una órden militar con decantada opulencia (*e*).

Esta larguísima lista de provincias, cuyos trozos han ido formando tantos reinos poderosos, debe en parte inclinarnos á disimular el engreimiento y la ignorancia de los antiguos. Deslumbrados con el dilatado señorío, la pujanza incontrastable y la moderacion positiva ó aparente de los emperadores, tenian á bien menospreciar, ó tal vez trascordar las desviadas rejiones que se avenian á dejar en el goce de su bárbara independencia, y fueron por puntos adoptando la aprension de equivocar la monarquía romana con el globo de la tierra (88); pero los alcances y el pulso de un historiador moderno requieren otro estilo mas esmerado y sensato; y podrá estampar un concepto mas atinado de la grandiosidad de Roma, anotando que el Imperio tenia mas de seiscientas leguas de ancho desde la valla de Antonino y los linderos septentrionales de Dacia hasta las cumbres del Atlas y el trópico de Cáncer, estendiéndose por su largo en el espacio de mas de mil leguas, desde el Océano Occidental hasta el Eufrates; que estaba situado en la parte mas preciosa de la zona

templada, entre los veinte y cuatro y cincuenta y seis grados de latitud boreal, y que se suponia contener mas de quinientas mil leguas cuadradas, por lo mas, de terreno fértil y bien cultivado (89).

NOTAS

correspondientes al capítulo primero.

(1) Dion Casio (l. LIV, p. 736) con las anotaciones de Reimaro, que ha ido agolpando cuanto la vanagloria romana dejó sobre este particular. El mármol de Ancira, sobre el cual esculpió Augusto sus propias hazañas, atestigua que *precisó* á los Partos á que le devolvieran las insignias de Craso.

(2) Estrabon (l. XVI, p. 780), Plinio el Mayor (Hist. Nat., l. VI, c. 32 y 35), y Dion Casio (l. LIII, p. 723, y l. LIV, p. 734), nos particularizan curiosamente aquellas guerras. Los Romanos se enseñorearon de Mariaba ó Merab, ciudad de la Arabia Feliz, muy conocida entre los Orientales (véase Abulfeda y la jeografía Nubiense, p. 52) (*). Llegaron hasta tres jornadas (**) del pais de la especiería, objeto ansiado de su espedicion.

(*) En esta ciudad de Merab cuentan los Arabes que residia Belkis, reina de Saba, la deseosa de ver á Salomon. Con el derribo de un malecon que atajaba un pantano, fracasó la ciudad inundada, de la cual sin embargo quedan todavía rastros. Confinaba con un pais llamado Adramonte, donde crece una planta aromática y particularísima, por cuya razon leemos en la historia de la espedicion romana, que llegó á tres jornadas del territorio de las especias.—G. Compárese *Malte Brun*, *Jeogr.* Reiske ha ventilado anchamente un punto de aquella inundacion. (*Program. de vetusta Epocha Arabum, ruptura catáractœ Merabensis.*) Adel. Johannsen, Hist. Yemanœ, p. 282, Bonn, 1828; y véase Gibbon, nota 16, al cap. L.—M.

(**) Dos, segun Estrabon. La razon circunstanciada de Estrabon trae el malogro de la invasion ante Marzuaba, que no cabe sea la misma que Mariaba, pues advierte Ukert que Elio Galo no debió fracasar por falta de agua ante

(3) Con la matanza de Varo y de sus tres lejiones. Véase el libro primero de los anales de Tácito, Sueton in August., c. 23, y Veleyo Patérculo, l. II, c. 117, etc. No recibió Augusto la aciaga nueva con la entereza y comedimiento que correspondia á su temple.

(4) Tácito, Anal., l. II, Dion Casio, l. LVI, p. 833, y la arenga del mismo Augusto en los Césares de Juliano. Queda muy despejada con las notas eruditas de su traductor francés Mr. Spanheim.

(5) Jermánico, Suetonio Paulino y Agrícola, siempre atados, y luego depuestos en la carrera de sus victorias; Corbulon, quitado de en medio, acreditan el dicho admirablemente espresado por Tácito de que toda sóbresalencia militar era en su sentido estrechísimo *imperatoria virtus.*

(6) El mismo César encubre aquel móvil tan ruin, pero lo menciona Suetonio, c. 47. Eran sin embargo las perlas bretonas de poquísimo valor, por su matiz empañado y cárdeno; y Tácito repara fundadamente que era un defecto inherente. «Ego facilius crediderim, naturam margaritis deesse quam nobis avaritiam.»

(7) Claudio, Neron y Domiciano. Asoma en Pomponio Mela, l. III, c. 6, que escribia en tiempo de Claudio, allá una esperanza de que, progresando las armas romanas, la isla y sus salvajes luego se llegarian á conocer mejor. Hace harta gracia el estar leyendo tales pasos en medio de Lóndres.

(8) Véase el compendio asombroso que trae Tácito en la vida de Agrícola, ilustrado copiosa, aunque no tal vez cabalmente, por nuestros anticuarios Camden y Horsley.

(9) Los escritores irlandeses, siempre quisquillosos en punto á timbres nacionales, se amostazan sobremanera por este motivo con Tácito y con Agrícola.

(10) Véase Horsley's Britannia Romana, l. I, c. 10 (*).

Mariaba. (Véase la nota de Guizot, arriba). Y así, ó eran parajes diferentes, ó se equivoca Estrabon. (Ukert, *Jeografía de Griegos y Romanos*, tom. 1, p. 181). Estrabon con efecto menciona á Mariaba como diversa de Marzuaba. Sigue Gibbon á Plinio, contando á Mariaba entre las conquistas de Galo; pero se engaña indudablemente, por cuanto Galo no se acercó á la capital de Sabea. Compárese la nota del editor de Estrabon en Oxford.—M.

(*) Fortificó Agrícola la línea desde Dumbarton á Edimburgo; y por consiguiente, dentro de Escocia. El emperador Adriano, residiendo en Bretaña por el año 121, levantó un malecon entre Newcastle y Carlisle. Habiendo Antonino Pio alcanzado nuevas victorias contra los Caledonios con el desempeño de su jeneral Lolio Urbico, construyó un nuevo malecon entre Edimburgo y Dumbarton. Ultimamente, Séptimo Severo levantó una valla de piedra, paralela al malecon de Adriano, y en el mismo asiento. Véase el Vallum Romanum de

(11) El poeta Buchanan encarece con brio y elegancia (véase su Silvæ V) la independencia intacta de su patria; pero si el testimonio único de Ricardo de Cirencester bastase para formar una provincia romana de la Vespasiana al norte de la Valla, aquella independencia quedaria reducida á estrechísimos ámbitos.

(12) Véase Apiano (in Proœm), y la uniforme lobreguez de las Poesías de Osian, que bajo todos conceptos son parto de un Caledonio castizo.

(13) Véase el Panejírico de Plinio, que estriba al parecer en hechos.

(14) Dion Casio, l. LXVII.

(15) Herodoto, l. IV, c. 94. Juliano en los Césares, con las observaciones de Spanheim.

(16) Plinio, Epist. VIII, 9.

(17) Dion Casio, l. LXVIII, p. 1123, 1131. Juliano in Cæsaribus. Eutropio, VIII, 2, 6. Aurelio Victor in Epitome.

(18) Véase una memoria de M. D'Anville sobre la provincia de Dacia, en la academia de Inscripciones, t. XXVIII, p. 444—468.

(19) Los sentimientos de Trajano están brotando al vivo en los Césares de Juliano.

(20) Eutropio y Sexto Rufo se esmeran en perpetuar aquel embeleso. Véase una disertacion agudísima de M. Freret en la academia de Inscripciones, t. XXI, p. 55.

(21) Dion Casio, l. LXVIII; y sus abreviadores.

(22) Ovid. Fast., l. II, vers. 667. Véase Tito Livio y Dionisio Halicarnáseo, al reinado de Tarquino.

(23) Se complace en gran manera San Agustin con la flaqueza de Término y la vanidad de los Agoreros. Véase de Civitate Dei, IV. 29 (*).

(24) Véase la Historia Augustana, p. 5; la Crónica de San Jerónimo y todos los Epitomistas. Es de estrañar que tan memorable acontecimientonoasome en Dion, ó sea en Xifilino.

(25) Dion, l. LXIX, p. 1158; Hist. August., p. 5, 8. Aun cuando faltasen todos los historiadores, bastarian las medallas, inscripciones y otros monumentos para comprobar los viajes de Adriano (*).

Juan Warburton, y la historia y antigüedades de la Valla Romana. Lóndres, 1754, 4°.—W. Véase tambien una nota apreciable de Lingard sobre la misma Valla, en su Historia de Inglaterra, tom. 1, p. 40, edic. en 4°.—M.

(*) El jiro de la sentencia de Gibbon es de San Agustin.—«Plus Hadrianum regem hominum, quam regem Deorum timuisse videatur.»—M.

(**) Delinea Solvet los viajes de Adriano en una nota de su traduccion de Hejevisco. Ensayo sobre la época de la historia romana mas feliz para el linaje humano. Paris, 1834, páj. 123.—M.

(26) Véase la Historia Augustana y los Epítomes.

(27) Hay que recapacitar sin embargo que en tiempo de Adriano se desenfrenó una rebeldía de los Judíos con saña relijiosa, mas en una sola provincia. Pausanias (l. VIII, c. 43) menciona dos guerras precisas y venturosas, capitaneadas por los jenerales de Pio. Primera, contra los Moros errantes, arrinconados por las soledades del Atlas, y la segunda contra los Brigantes de Bretaña, que habian atropellado la provincia romana. Una y otra suenan con otras varias hostilidades en la Historia Augustana, p. 19.

(28) Apiano de Alejandría, en el prólogo á su Historia de las Guerrasromanas.

(29) Dion, l. LXXI; Hist. August. in Marco. Las victorias párticas franquearon campo á un sinnúmero de historiadores despreciables, cuya memoria rescató del olvido Luciano ridiculizándolos crítica y traviesamente.

(30) La ínfima soldadesca gozaba cerca de cuatro mil reales (Dionisio Halicarnáseo, IV, 17), paga altísima; escaseando tanto el metálico, que una onza.de plata equivalia á setenta libras de cobre (*). Escluido el populacho por la constitucion antigua, logró alistarse indistintamente con Mario. Véase Salust. de Bell. Jugurth., c. 91.

(31) Formó César su lejion Alauda de Galos y estranjeros; mas solo fué con el afan de la guerra civil; y tras la victoria, les dió en premio la ciudadanía.

(32) Véase Vejecio, de Re Militari, l. I, c. 2-7.

(33) Renovábase siempre por año nuevo el juramento de la tropa por el servicio y fidelidad al emperador.

(34) Llama Tácito á las águilas romanas Bellorum Deos. Colocábanse en el campamento, dentro de su capilla, y la tropa las acataba al par de las demás divinidades (**).

(35) Véase Gronovio, de Pecunia vetere, l. III, p. 120, etc. Subió el emperador Domiciano el estipendio anual de la tropa lejionaria á doce piezas de oro, que en su tiempo venian á equivaler á mil reales. Esta paga, algun tanto mas alta que la nuestra, habia ido y fué despues creciendo segun los medros en riqueza de aquel gobierno militar, siempre en aumento. A los veinte años de servicio, recibia el veterano tres mil dena-

(*) Sobre la incertidumbre de estos tanteos y la dificultad en deslindar el valor relativo del cobre y la plata, cotéjese á Niebuhr, tom. I, páj. 473, etc. Segun él, aquella desproporcion provino en gran parte de la suma abundancia del cobre.—M.

(**) Véase tambien á Dion Casio, XL, c. 18.—M.

rios (como diez mil reales, ó bien un pegujar de tierra proporcionado á esta cuota. La paga y adehalas de la guardia venian á ser duplicadas que en las lejiones.

(36) *Exercitus ab exercitando*. Varro, de Lingua Latina, l. IV. Ciceron en las Tusculanas, l. II, 37. Hay campo para una obra interesante en la hermandad del idioma con las costumbres de las naciones (*).

(37) Vejecio, l. II, y lo restante del primer libro.

(38) La danza pírrica está cabalísimamente ilustrada por M. Le Beau, en la Academia de inscripciones, t. XXXV, p. 262, etc. El sabio académico, en una serie de memorias, ha ido recojiendo cuanto dice relacion en los antiguos á la lejion romana.

(39) Joseph. de Bell. Judaico, l. III, c. 5. Debemos á aquel Judío pormenores curiosísimos acerca de la disciplina romana.

(40) Plin. Panegyritc, c. 13; Vida de Adriano en la Historia Augustana.

(41) Véase una digresion asombrosa sobre la disciplina romana, en el libro sexto de su historia.

(42) Véjecio, de Re Militari, l. II, c. 4, etc. Una porcion abultada de su enmarañado compendio se tomó de las pragmáticas de Trajano y Adriano: y la lejion, segun la particulariza, no puede corresponder á otra temporada alguna del Imperio romano.

(43) Vejecio, de Re Militari, l. II, c. 1. En el lenguaje castizo de César y Ciceron, la voz *miles* venia á vincularse en la infantería, mas luego, allá en Oriente y en tiempo de la caballería, se solia aplicar á la jente de armas que peleaba á caballo.

(44) En tiempo de Polibio y de Dionisio Halicarnáseo (l. V, c. 45), el bote acerado del *pilo* parece que era mas cumplido; en el de Vejecio, menguó hasta un pié, y aun á nueve pulgadas. Yo me atengo á un medio término.

(45) En cuanto á las armas lejionarias, véase Lipsio, de Militia Romana, l. III, c. 2-7.

(46) Véase el arrogante símil de Virjilio, Jeorjic., II, v. 279.

(47) M. Guichard, Memorias militares, t. I, c. 4; y Nuevas Memorias, t. I, p. 293—311, ha ventilado el punto como literato y como oficial.

(*) No me consta la existencia actual de obra semejante; pero las observaciones recónditas del difunto Guillermo Humboldt en la introduccion á su Ensayo, póstumamente publicado, sobre el idioma de la isla de Java (über die Jawisprache, Berlin, 1836), nos debe apesadumbrar que un erudito tan consumado y universal no completase aquella tarea.

(48) Véase la Táctica de Arriano. Con la verdadera parcialidad de Griego, antepuso el describir la falanje que habia leido, á la lejion que estaba mandando.

(49) Polib., l. XVII.

(50) Vejecio, de Re Militari, l, II, c. 6. Con su testimonio positivo, que pudiera evidenciarse, debe enmudecer quien defraude á la lejion imperial de su cuerpo apropiado de caballería (*).

(51) Véase jeneralmente Tito Livio, y particularmente XL, II, 61.

(52) Plin., Hist. Natur., XXXIII, 2. El concepto positivo de aquel paso curiosísimo se deslindó despejadamente por Mr. de Beaufort, República Romana, l. II, c. 2.

(53) Como en el ejemplar de Horacio y de Agrícola. Parece que era nulidad fundamental en la disciplina romana, y Adriano trató de obviarla fijando la edad del tribuno (**).

(*) Véase tambien Josefo, B. J., III, 2.—M.

(**) No puntualiza bien estos pormenores. Aunque en la última temporada de la república y con los primeros emperadores, ascendian los jóvenes romanos y nobles, con mas facilidad que en lo antiguo, al mando de un escuadron ó cohorte, no solian alcanzarlo sin mediar servicios militares mas ó menos dilatados. Solian al pronto entrar en la cohorte pretoriana encargada de la guardia del jeneral; se les admitia de camaradas (contubernium) de algun oficial superior, con quien se iban imponiendo en la milicia; y así Julio César, aunque de alcurnia esclarecida, empezó á servir como contubernal del pretor M. Termo, y despues con Servio Isáurico. (Sueton., Jul. 2. 5; Plut., in Par., in 516. Ed. Froben); sin que arguya nada el ejemplar de Horacio que trae Gibbon en cuanto á entrar los caballeros jóvenes desde luego en clase de tribunos, pues en primer lugar no era Horacio caballero, siendo hijo de un liberto de la Apulia, empleado en recaudar el producto de las subastas ó embargos (Sat. I, VI, 45 y 86). Además, al nombrar tribuno al poeta, Bruto, con su ejército, casi todo de Orientales, iba dando aquel título á cuantos Romanos de alguna suposicion se le incorporaban. Escrupulizaban todavía menos los emperadores sus nombramientos, aumentando los tribunos y franqueando el dictado y los honores á los que apetecian incorporar en su corte. Augusto fué concediendo á los hijos de senadores, ya tribunados, ya mandos de escuadrones. Claudio iba dando á los caballeros, al entrar en el servicio, primero el mando de una cohorte de auxiliares, despues el de un escuadron, y por fin de una vez el tribunado (Suet. in Claud. con las notas de Ernesti). El abuso que vino á resultar ocasionó el edicto de Adriano, que fijó la edad en que se debian alcanzar aquellos honores (Spart. in Had., etc.); observándose despues aquella disposicion, pues el emperador Valeriano, en su carta á Mulvio Galicano, prefecto del pretorio, se disculpa de haberla quebrantado á favor del jóven Probo, luego emperador, al cual habia concedido tempranamente el tribunado, en atencion á sus prendas sobresalientes (Vopisc. in Prob. IV.)—W. y G. Agrícola, aunque revestido ya del dictado de tribuno, estuvo de contubernal en Bretaña con Suetonio Paulino. Agr. V.—M.

(54) Véase la Táctica de Arriano.

(55) Tal era con especialidad la situacion de los Bátavos. Tacit., Germania, c. 29.

(56) Precisó Marco Antonino á los Marcomanos y Cuados á aprontarle un cuerpo crecido de tropas, y lo envió en seguida á Bretaña. Dion Casio, l. LXXI.

(57) Tácit., Annal., IV, 5. Cuantos se atienen á una cuota de infantería, duplicando la caballería, equivocan los auxiliares de los emperadores con los aliados italianos de la república.

(58) Vejecio, II, 2. Arriano en su formacion de marcha contra los Alanos.

(59) Desempeña el caballero Folard el punto de la maquinaria antigua con agudeza y conocimiento (Polibio, t II, p. 233—290), anteponiéndola bajo varios conceptos á la artillería moderna. Hay que reparar que menudeó mas aquel uso en campaña, al paso que fueron menguando en el imperio romano el valor personal y la intelijencia guerrera, supliendo la escasez de jente con el acopio de máquinas. Véase Vejecio, II, 25. Arriano.

(60) Acaba Vejecio su libro segundo y el pormenor de la lejion, así entonadamente: «Universa quœ in quoque belli genere necessaria esse creduntur, secum legio debet ubique portare, ut in quovis loco fixerit castra, armatam faciat civitatem.»

(61) En cuanto á la Castrametacion romana, véase Polibio, l. VI, con Lipsio, de Militia Romana. Joseph. de Bell. Jud., l. III, c. 25; Vejecio, I, 21—25, III, 9, y Memoria de Guichard, t. I, c. 1.

(62) Ciceron, Tuscul. II, 37.—Joseph., de Bell. Jud., l. III, 5. Frontino, IV, I.

(63) Vejecio, I, 9. Véanse las Memorias de la Academia de Inscripciones, tom. XXV, p. 187.

(64) Véanse las evoluciones perfectamente esplicadas por Mr. Guichard, Nuevas Memorias, t. I, p. 141—234.

(65) Tácito (Anal. IV, 5.) nos rasguea un estado de las lejiones con Tiberio; y Dion Casio (l. LV, p. 794) con Alejandro Severo. He tenido que esmerarme en plantear un medio adecuado entre aquellas dos temporadas. Véase igualmente Lipsio, de Magnitudine Romana, l. I, c. 4, 5.

(66) Procuraron los Romanos encubrir, socolor de asombro relijioso, su ignorancia y espanto. Véase Tácito, Germania, c. 34.

(67) Plutarch. in Marc. Anton.; y con todo, si nos atenemos á Orosio, aquellos castillos tan ajigantados sobresalian solo diez piés al agua; VI, 19.

(68) Véase Lipsio, de Magnitud. Romana, l. I, c. 5. Los diez y seis capítulos últimos de Vejecio son relativos á la Náutica.

(69) Voltaire, Siglo de Luis XIV, c. 29; mas hay que recordar como la Francia está todavía adoleciendo de aquel estraordinario ahinco.

(70) Véase Estrabon, l. II. Es obvio el suponer que Aragon se deriva de Tarraconensis; y varios modernos que han escrito en latin, usan aquellas voces como sinónimos. Es sin embargo positivo que el Aragon, riachuelo que se despeña del Pirineo y desagua en el Ebro, dió su nombre al pronto á una comarca y luego á todo un reino. Véase D'Anville, Jeografía de la edad media, p. 181.

(71) Asoman ciento y quince *ciudades* en la Noticia de la Galia, y es muy sabido que se apellidaban así, no solo las capitales, sino tambien todo el territorio de un estado. Pero Plutarco y Apiano suben el número de las tribus á tres ó cuatrocientas.

(72) D'Anville, Noticia de la Galia Antigua.

(73) Whitaker's History of Manchester, vol. I, c. 3.

(74) Los Venetos Italianos, aunque se suelen equivocar con los Galos, eran probablemente de oríjen ilírico(*). Véase Mr. Freret, Memorias de la Academia de Inscripciones, t. XVIII.

(75) Véase Maffei, Verona illustrata, l. I (**).

(76) Ya repararon los antiguos la contraposicion primera. Véase Floro, l, 11. La segunda tiene que sorprender á todo viajero moderno.

(77) Plinio (Hist. Natur., l. III) va siguiendo la division de Italia por Augusto.

(78) Tournefort, Viajes por Grecia y Asia Menor, carta XVIII.

(79) El nombre de Ilírico, allá en lo primitivo, correspondia á la costa del Adriático, y los Romanos lo fueron estendiendo desde los Alpes hasta el Ponto Euxino. Véase Severini Pannonia, l. I, c. 3.

(80) Un viajero veneciano, el Abate Fortis, nos ha participado últimamente tales cuales noticias de aquel pais tan arrinconado; pero hay que esperar únicamente la jeografía y antigüedades del Ilírico occidental de la munificencia del emperador su soberano.

(81) Nace el Sava al confin de la *Istria*, y los primeros Griegos lo conceptuaban como la corriente mayor sobre el Danubio.

(82) Véase el Périplo de Arriano, pues anduvo visitando las costas del Euxino, siendo gobernador de Capadocia.

(*) Oliburnio, segun Niebuhr, tom. I, p. 172.—M.

(**) Añádase Niebuhr, tom. I, y Otofredo Muller, *los Etruscos*, que contienen cuanto consta y mucho de lo que se conjetura acerca de aquel pueblo notable. Tambien Micali, Storia degli antichi popoli Italiani. Florencia, 1832.—M.

(a) Está recargado este parangon , por lo visto, para desautorizar á la Biblia , què encarece la fertilidad de la Palestina. Las únicas autoridades de Gibbon fueron la de Estrabon (l. XVI) y el estado actual del pais. Pero Estrabon habla tan solo del éjido de Jerusalen , llamándolo árido y estéril por dos ó tres leguas de las cercanías; pues en otros pasos trae un testimonio favorable sobre la feracidad de varias partes de Palestina, y así dice : « Hay junto á Jericó un soto de palmeras , y su comarca por cuatro leguas hierve de manantiales , siendo muy populosa.» Además , Estrabon jamás vió la Palestina , hablando de oidas , y pudo descaminarse , como acerca de la Jermania , donde Cluverio le ha descubierto un sinnúmero de yerros. Cluv. Germ., III, 1. Finalmente, se le contraponen otros autores antiguos y las medallas. Dice Tácito , hablando de Palestina : « Son sus moradores sanos y briosos ; las lluvias moderadas y el terreno fértil» (Hist., V, 6). Dice tambien Amiano Marcelino : « La postrera de las Sirias es Palestina, de estension considerable, de terreno abierto y bien cultivado, y contiene algunas ciudades hermosas y competidoras entre sí por su igualdad.» XIV , 8. Véase tambien el historiador Josefo, Hist., VI, 1. Procopio de Cesarea , quien vivió en el siglo sexto , dice que Cosroes, rey de Persia, estaba ansioso de apoderarse de Palestina, por *razon* de su fertilidad estraordinaria , su opulencia y crecida poblacion. Así opinaban los Sarracenos, y temieron que Omar, con el embeleso de aquella fertilidad de suelo y pureza de ambiente, tratase de no volver á Medina (Okley , Hist. de los Sarr., I, 232). La suma importancia que cifraban los Romanos en la conquista de Palestina , y los tropiezos que se les atravesaron, comprueban igualmente la riqueza y poblacion del pais. Acuñaron Vespasiano y Tito medallas con trofeos , en que se representa á la Palestina con una mujer bajo una palmera , para significar lo pingüe del pais, con este rótulo: *Judœa capta*. Otras medallas están simbolizando tambien esta fertilidad, por ejemplo , con Heródes alzando un puñado de racimos, y con Agripa ostentando frutos. En cuanto al estado actual del pais, dicho se está que no cabe argüir contra su fertilidad antigua ; sus desastrados vaivenes , el gobierno que lo está desangrando y el temple de sus moradores, harto dan razon del aspecto inculto y montaraz del terreno , donde asoman sin embargo parajes pingües y florecientes, segun testimonio de los viajeros, entre ellos, Shaw, Maundrel , La Roque, etc.—G. El Abate Guenée, en sus *Cartas de algunos Judíos á Voltaire*, apuró el asunto sobre la fertilidad de la Palestina, por cuanto Voltaire se habia igualmente esplayado en escarnios sobre el particular. Asaltaron á Gibbon, acerca de este punto, no á la verdad Davis, quien apunta taimadamente que se contuvo por patriotismo, co-

mo natural que era de Gáles, de lastimarse con el parangon, sino otros escritores. En su desagravio, despeja antetodo el acierto de su medicion de la Palestina, computándola en unas siete mil y seiscientas millas cuadradas, al paso que Gáles tiene siete mil y once. En cuanto á la fertilidad, prorumpe en el siguiente paso: —« Al emperador Federico II, enemigo y víctima del clero, se le tilda de haber dicho á su regreso de la cruzada, que el Dios de los Judíos menospreciara su tierra de promision, en viendo una vez los reinos de Sicilia y Nápoles» (Véase Giannone, Istor., Civ. del R. de Napoli, II, 245). El chiste, que la malignidad achaca tal vez mentirosamente á Federico, es ajeno de certeza y de relijiosidad; confesemos sin embargo que el terruño no es de suyo tan inexhausto y brotador como el ámbito del Nilo, las campiñas de Sicilia y las llanuras de Polonia. El Jordan es el único rio navegable de Palestina: parte considerable de la estrecha faja está cuajada, ó mas bien perdida por el *Mar Muerto*, cuyo aspecto, pavoroso en estremo, desagrada y aun horroriza. Como tal asoma en los distritos, y luego los linderos con la Arabia son, como ella, areniscos y estériles. Escepto la costa y la cañada del Jordan, es todo serranías, jeneralmente de peñascos rasos y estériles, y en todo el éjido de Jerusalen se escasea positivamente de entrambos elementos, agua y tierra. (Véase Viajes de Maundrel, p. 65; y la Palestina de Reland, I, 238—395). Estas desventajas, que en el dia predominan de recio, se contrarestaban en lo antiguo con el afan de un pueblo crecido y el empuje atinado de un gobierno eficaz. Cuajaban los pendientes sendos malecones, se recojia el agua en aljibes, y corria en cañadas por sus respectivos conductos á todos los territorios áridos. Se acudia, donde el terruño no era laborable, á la ganadería, y todos los parajes tenian que aprontar algun jénero de producto para el consumo del vecindario (Véanse los mismos testimonios y observaciones de Maundrel y de Reland).

Pater ipse colendi
Haud facilem esse viam voluit, primusque per artem
Movit agros; curis acuens mortalia corda,
Nec torpere gravi passus *sua Regna* veterno.
Gibbon, Misc., IV, 540.

Mas Gibbon aquí soslaya la cuestion sobre el terreno «rebosante de leche y miel.»—Se ciñe á describir la Judea, sin abarcar la Galilea y las dehesas lozanas allende el Jordan, que suenan aun proverbialmente por su ganadería (Véanse los viajes de Burckhardt y la Hist. de los Judíos, I, 178). Se conceptúa arreglado el cómputo siguiente: — « Debe tomarse

en cuenta la feracidad estraordinaria del conjunto. No habia yermo, y eran escasos los bosques inservibles; malecones artificiales cuajaban los cerros mas pingües, otros aparecian enramados con verjeles y frutales, el viñedo verdeaba por lo mas árido y pedregoso, y aun ahora mismo, ni las guerras ni el desgobierno han llegado á esterilizar la feracidad nativa del suelo. La Galilea, dice Malte Brun, fuera un paraiso, si lo habitase una poblacion industriosa bajo un gobierno atinado. Ningun pais pudiera prescindir así de todos los demás, pues aprontaria de suyo cuanto requiere un pueblo labrador para su mantenimiento y regalo. Era sano el clima y constantes las estaciones; las primeras lluvias, que eran por la otoñada, predisponian el terreno para la sementera, y las últimas, por marzo y abril, le daban prontísima pujanza; y se recojia, en cesando las lluvias, por mayo. Era el estío seco y caluroso, pero se templaba con el copioso rocío de la noche. Prosperaban con abundancia toda especie de granos, centeno, cebada, mijo, guijas, y el trigo solia rendir el treinta por uno. Se vendimiaba por setiembre. Además de la vid y el olivo, almendros, higueras de varios jéneros, palmeras, naranjos, granados, y otros varios frutales descollaban con lozanía. Abundaba la miel. La balsamina, ó árbol del opobálsamo, era un ramo considerable de comercio, introducido probablemente de la Arabia, en tiempo de Salomon, prevaleciendo por Jericó y Jilead.»—Milman, Hist. de los Judíos, I, 177.—M.

(83) Sabidos son los progresos de la relijion. El uso de las letras se introdujo entre los montaraces de Europa, como mil y quinientos años antes de Cristo, y lo llevaron los Europeos á América, quince siglos despues de la era cristiana; pero en un plazo como el de tres mil años, recibió el alfabeto fenicio notables alteraciones, pasando por manos de Griegos y Romanos.

(84) Dion Casio, l. LXVIII, p. 1131.

(85) Tolemeo y Estrabon, con los jeógrafos modernos, deslindan el Asia y el Africa con el istmo de Suez. Dionisio, Mela, Plinio, Salustio, Hircio y Solino se atienen al brazo occidental del Nilo, y aun al gran Catabatmos ú bajada; y así los últimos adjudican al Asia, no solo el Ejipto, sino tambien parte de la Libia.

(b) Trae el editor francés una nota larga y escusada sobre la historia de Cirene. El tomo del capitan Beechey rebosa de pormenores interesantes sobre el estado actual de la costa y del pais. El Ejipto, en el dia independiente y en fomento, se aparece, bajo el réjimen emprendedor de Mahomed Alí, dispuesto para desagraviar la opresion anterior del poderío caduco del imperio turco.—M.

(86) La cordillera dilatada, la elevacion mediana y declive suave del

monte Atlas (véanse los viajes de Shaw, p. 5) se asemejan poco á una cumbre solitaria que se engolfa por las nubes, en ademan de sostener el cielo. Al contrario, el pico de Tenerife se empina legua y media sobre la haz del mar, y frecuentándolo allá los Fenicios, debió llegar á noticia de los poetas griegos. Véase Buffon, Historia natural, tom. I, p. 312. Historia de los Viajes, t. II.

(87) Mr. de Voltaire, t. XIV, sin arrimo histórico ni probable, ha franqueado dadivosamente las Islas Canarias al Imperio romano.

(c) Perdióse Menorca por la Gran Bretaña en 1782. Véase el Rejistro anual de aquel año.—M.

(d) Los gallardos conatos de Córcega por su independencia con Paoli se terminaron en el año de 1769. Este tomo se publicó en 1776. Véase Botta, Storia d'Italia, t. XIV.—M.

(e) Es casi inútil decir que Malta está en poder de los Ingleses. No hemos creido necesario dar noticia de los cambios acontecidos en el mundo político, desde la época de Gibbon.—M.

(88) Bergier, Historia de las Carreteras, l. III, c. 1, 2, 3, 4; coleccion utilísima.

(89) Véase la Reseña del Globo por Templeman, pero desconfio al par de la erudicion y de los mapas del doctor.

CAPITULO II.

De la union y prosperidad interior del Imperio romano en tiempo de los Antoninos.

No debemos atenernos á la rapidez y estension de las conquistas para conceptuar el poderío de Roma, pues mayor porcion del globo está señoreando el soberano de los desiertos rusos; y Alejandro, á las siete campañas despues de su tránsito sobre el Helesponto, encumbró sus trofeos macedonios en las márjenes del Hífasis (1). En menos de un siglo, el incontrastable Zenjis y los príncipes mogoles de su casta fueron pasajeramente asolando, desde los mares de China hasta los confines de Ejipto y Jermania (2), todas las naciones intermedias; pero el grandioso edificio de la potestad romana se fué siempre elevando y robusteciendo á impulsos de la atinada esperiencia. Hermanaban las leyes y engalanaban las ar-

tes las provincias sumisas á Trajano y á los Antoninos, y en medio de los padecimientos parciales por alguna autoridad subalterna, el rumbo jeneral del gobierno era cuerdo, sencillo y benéfico. Gozaban de la relijion de sus padres, é iban optando y ascendiendo en la escala de los honores civiles y demás ventajas del estado, al par de sus conquistadores.

I. La política de los emperadores y del senado, en punto á relijion, se daba la mano con el sistema de los sabios y con el hábito de la superstición inveterada. Conceptuábanse los varios cultos que abarcaba tan anchuroso señorío igualmente ciertos por el pueblo, falsos por el filósofo, y útiles por el majistrado, produciendo la tolerancia, no solo condescendencia mutua, sino concordia relijiosa.

No enconaba á la supersticion popular achaque alguno teolójico, ni la aherrojaban tampoco sistemas especulativos. El politeista devoto, por mas prendado que estuviera de los ritos nacionales, se avenia cumplidamente á las varias relijiones del orbe (3). Temor, agradecimiento, sueño ú agüero, dolencia estraña, ó viaje dilatado, todo labraba en él artículos de nueva creencia y aumentos de patronos. La telilla tenue de la mitolojía se iba entretejiendo y recamando con variedad y armonía. Satisfechos de que sabios y héroes que habian vivido ó bien muerto en realce de sus respectivas patrias se habian encumbrado á la inmortalidad y al poderío, conceptuábanlos acreedores á la adoracion, ó á lo menos al acatamiento del linaje humano. Millares de selvas ó rios disfrutaban, endiosados pacíficamente, su peculiar influjo, ni cabia que un Romano, implorando el desenojo del Tíber, se mofase del Ejipcio que tributaba su ofrenda al númen benéfico del Nilo. La potestad patente de la naturaleza, plantas y elementos era por donde quiera idéntica; y toda virtud, todo vicio se apersonaba con atributos de divinidad, al par de los patronos de artes y profesiones, cuyos timbres en todo tiempo y lugar merecieron el culto de sus respectivos veneradores. Una república de dioses, de intereses y temples tan encontrados, estaba requiriendo en todo sistema la diestra enfrenadora de un majistrado supremo, que con rendidas lisonjas vino á endiosarse con las escelsas perfecciones de un Padre Sempiterno y de un Monarca Todopoderoso (4). El ánimo apacible de la antigüedad era de tal temple, que hacia menos alto en las diferencias que en las semejanzas de su culto. El Griego, el Romano y el Bárbaro, al encontrarse ante sus respectivas aras, se hacian cargo desde luego de que, bajo diversos nombres y diferentes ceremonias, estaban adorando las idénticas divinidades. La vistosa mitolojía de Homero vino á entonar un sistema grandioso y casi armónico del antiguo politeismo (5).

Los filósofos griegos solian derivar la moralidad de la naturaleza humana, mas bien que de la divina, conceptuando sin embargo á la Divi-

nidad objeto grandiosísimo de investigacion, y en sus recónditos desvelos, pusieron de manifiesto la fuerza y la flaqueza de nuestros alcances (6). De las cuatro escuelas mas esclarecidas, los Estoicos y los Platónicos se afanaron en hermanar los encontrados dictámenes de la razon y de su relijiosidad. Tuvieron á bien dejarnos las demostraciones mas sublimes de la existencia y los atributos de una causa primera; mas como no les cabia calar el arcano de la creacion de la materia, segun la filosofía estoica, no acertaban á deslindar el artífice y el artefacto, al paso que, por el contrario, el Dios todo espíritu de los Platónicos tenia mas visos de ideal que de positivo. En concepto de los Académicos y Epicúreos, estaba de mas la relijiosidad; mas al paso que la modesta ciencia de los primeros los encaminaba á la duda, la ignorancia terminante de los segundos los arrebataba á negar la Providencia y el Ordenador supremo. El afan investigador, con el estímulo de la competencia, y al arrimo de la libertad, dividió el sistema de enseñanza en varias sectas opuestas; pero la juventud fina, que de todas partes acudia, tanto á Aténas como á los demás parajes de instruccion en el Imperio romano, aprendia indistintamente en todas las escuelas á desechar y menospreciar la relijion de la muchedumbre. ¿Cómo cabia, con efecto, que un filósofo conceptuase de verdades divinas las consejas hueras de los poetas, con las tradiciones disparatadas de la antigüedad, y que adorase como deidades á entes imperfectos, menospreciados en clase de hombres? Contra tan indignos contrincantes se avino Ciceron á valerse de la razon y de la elocuencia; pero la sátira de Luciano fué arma mucho mas adecuada y eficaz para el intento. Podemos dar por sentado que un escritor versado en el mundo jamás se arrojara á escarnecer públicamente los dioses del pais, si no yacieran ya menospreciados interiormente para la parte culta é ilustrada de la sociedad (7).

En medio de la liviandad irrelijiosa que privaba en tiempo de los Antoninos, merecian siempre algun miramiento el interés del sacerdocio y la credulidad del vulgo; y así los filósofos, escribiendo ú conversando, se atenian á la gallarda independencia de la racionalidad, pero acudian en sus jestiones al desempeño de la ley y de la costumbre. Sonriéndose lastimados y avenibles á los interminables errores de la jeneralidad, se esmeraban en practicar el ceremonial de sus antepasados, frecuentando fervorosamente los templos de sus divinidades; y haciendo su papel en el recinto de la supersticion, solian encubrir opiniones de ateistas con los ropajes sacerdotales. Tan desengañados discursistas mal podian avenirse á contiendas de respectiva creencia ó culto. Érales indiferente la traza de los desvaríos vulgares, y se postraban, con el propio menosprecio íntimo y el mismo acatamiento esterior, ante el Júpiter Libio, Olímpico ú Capitolino (8).

No se alcanza cuál pudo ser el principio del sistema de persecucion que se entabló en el réjimen de los Romanos. No cabia en los majistrados el adolecer de un ciego, aunque decoroso fanatismo, siendo todos ellos de suyo filósofos, y habiendo las escuelas de Aténas impuesto leyes al mismo senado. No podia incitarles ambicion ó avaricia, puesto que la potestad temporal y la eclesiástica paraban en las propias manos. Nombrábanse pontífices los senadores mas esclarecidos, y la dignidad de Supremo Sacerdote estaba vinculada en los emperadores mismos. Comprendian y apreciaban las ventajas de la relijion por su entronque con el gobierno civil. Fomentaban las funciones públicas como medios adecuados para desbastar las costumbres plebeyas, ejecutaban el arte de la divinacion y acataban como vínculo eficaz de la sociedad el concepto provechoso de que, en esta vida ó en la venidera, quedaba á cargo de los dioses vengadores el castigar el delito horrendo del perjurio (9). Pero al reconocer las ventajas sumas de la relijion, vivian persuadidos de que todo jénero de culto era igualmente á propósito para tan benéfico intento, y de que en todo pais la traza de supersticion arraigada con el tiempo y la esperiencia era la mas propia del clima y de sus moradores. En las provincias, solia la avaricia ó la aficion despojar á las naciones vencidas de las estátuas primorosas de sus dioses y de los esquisitos realces de sus templos (10); pero en cuanto al ejercicio de la relijion heredado de sus mayores, podian contar con la condescendencia y aun el abrigo de los conquistadores romanos. Aparece, y quizás solo en la apariencia, esceptuada la provincia de la Galia de la tolerancia universal; pues, socolor de abolir los sacrificios humanos, los emperadores Tiberio y Claudio destruyeron el poderío de los Drúidas (11); pero los mismos sacerdotes, dioses y aras subsistieron en su apacible arrinconamiento hasta el vuelco total del paganismo (12).

Hervia Roma, la capital de tan gran monarquía, de súbditos y estraños de todos los ámbitos del orbe (13), que disfrutaban sus predilectas y recientraidas supersticiones de sus respectivos paises (14). Cada ciudad del imperio conservaba á su salvo el réjimen de sus antiguas ceremonias, y el senado romano, en virtud del ensanche jeneral, á veces trataba de enfrenar aquella inundacion de ritos estranjeros (*a*). La supersticion ejipcia, la mas rastrera y despreciable de todas, estuvo repetidamente vedada: arrasáronse los templos de Serápis y de Isis, desterrando de Roma y de Italia á sus adoradores (15); pero el ahinco del fanatismo arrolló los tibios y endebles conatos de la política, y volviendo los desterrados, se agolpaban los secuaces, se restablecian los templos con subido esplendor, y por fin, Isis y Serápis (*b*) se entronizaron al par de las deidades romanas (16). Ni desdecia tanta avenencia de las máximas inveteradas del go-

bierno, pues allá en los tiempos mas acendrados de la república, habíase brindado á Cibéles y Esculapio con embajadas solemnes (17), y era costumbre el cohechar á los protectores de pueblos sitiados con la oferta de honores mas preeminentes de los que estaban disfrutando en su pais nativo (18); y así Roma se fué por sus pasos encumbrando hasta ser el alcázar jeneral de sus súbditos, agraciando tambien con su ciudadanía á los dioses todos del jénero humano (19).

II La menguada política de conservar intacta la sangre castiza de los ciudadanos antiguos atajó el engrandecimiento, y atropelló la ruina de Aténas y de Esparta. El carácter dominante de Roma, sacrificando la vanidad á la ambicion, conceptuó mas atinado y aun honorífico el avecindar la virtud y el mérito por donde quiera que asomasen, entre esclavos, estranjeros, enemigos ó bárbaros (20). En la temporada mas floreciente de la república de Aténas, el número de los ciudadanos fué seguidamente menguando (21) desde treinta hasta veinte y un mil (22), y si por el contrario vamos computando los aujes de la república romana, echarémos de ver que, en medio de las bajas incesantes por guerra y fundacion de colonias, los ciudadanos, que en el primer empadronamiento de Servio Tulio, solo llegaban á ochenta y tres mil, fueron ascendiendo, antes de la guerra social, hasta el número de cuatrocientos sesenta y tres mil individuos, dispuestos para tomar las armas en servicio de su patria (23). Cuando los aliados de Roma clamaron por igual goce en honores y prerogativas, el senado antepuso ciertamente el trance de las armas á la desdorosa concesion, imponiendo gravísimas penas á los Samnitas y Lucanios por su temeridad, pero admitiendo en el regazo de la república (24) á los demás estados italianos que fueron volviendo á sus banderas, lo que vino luego á redundar en la destruccion de la pública libertad. Ejercen los ciudadanos en el gobierno democrático la potestad soberana, y abusando luego de su prepotencia, naufraga la soberanía en manos de la muchedumbre desmandada. Pero abolidas las asambleas populares con el réjimen de los emperadores, diferenciábanse únicamente los conquistadores de los vencidos como súbditos de la primera y mas encumbrada jerarquía, y aquel atropellado crecimiento no acarreaba ya los mismos peligros; pero los príncipes mas atinados que profesaban las máximas de Augusto escaseaban cautelosamente la dignacion de la ciudadanía, y repartieron con cuerdo miramiento las franquicias de la capital (25).

Hasta tanto que las regalías de Romano se fueron progresivamente estendiendo á todos los individuos del imperio, estuvo descollando el distintivo grandioso de Italia sobre las demás provincias, pues se la conceptuaba como centro de la unidad pública y base de la constitucion. Vinculábase en Italia el nacimiento, ó á lo menos la residencia de los em-

peradores y del senado (26). Exentos de toda pecha, los Italianos se desentendian de las arbitrariedades de los gobernantes. Al remedo de la capital (*c*), los cuerpos municipales eran los encargados, bajo la inspeccion inmediata de la potestad suprema, de la ejecucion de las leyes. Desde la falda de los Alpes hasta el estremo de la Calabria, todos los naturales de Italia eran ciudadanos natos de Roma, y sus deslindes peculiares quedaron allanados hasta entroncarse imperceptiblemente en una grandiosa nacion reunida por idioma, costumbres é instituciones civiles, y equivalente á un imperio poderoso. Blasonaba la república de su política jenerosa, y lograba con frecuencia la recompensa del mérito y los servicios de sus hijos adoptivos. Si vinculara el distintivo de Romanos en las familias antiguas de su primitivo recinto, defraudara á su nombre inmortal de sus mas preciosas galas. Virjilio era de Mantua, y Horacio titubeaba entre llamarse Pullés ó Lucanio: descolló en Padua un historiador dignísimo para rasguear la serie majestuosa de las victorias romanas. Floreció en Túsculo la patriótica familia de los Catones, y el pueblecillo de Arpino se engrió con el timbre duplicado de dar á luz á Ciceron y á Mario, acreedor el segundo al dictado de tercer fundador de Roma, tras Rómulo y Camilo, y el primero, sobre salvar á su patria de los intentos de Catilina, le proporcionó el competir con Aténas en la palma de la elocuencia (27).

Carecian las provincias del imperio (cuales se han ido describiendo en el capítulo antecedente) de poderío público y libertad constitucional. En Etruria, Grecia (28) y Galia (29), se esmeró el senado en disolver confederaciones tan azarosas, porque estaban pregonando que si las armas romanas sobrepujaban con la desavenencia, se podian contrarestar con la union de sus enemigos. Aquellos príncipes á quienes, aparentando agradecimiento, permitian empuñar un cetro volandero, quedaban apeados de sus tronos, luego que se redondeaba la tarea de irlos amoldando al yugo de las naciones vencidas. Los estados ó ciudades libres que se habian hermanado con Roma paraban, tras una alianza de nombre, en yacer por via de galardon en una verdadera servidumbre, pues la autoridad pública, ejercida por los ministros del senado ó de los emperadores, era absoluta é ilimitada (*d*). Pero las idénticas máximas saludables de gobierno que afianzaron la paz y la obediencia de Italia vinieron luego á estenderse á las provincias mas remotas; y fuése así labrando incesantemente en las provincias una nacion de Romanos, á impulsos ya de las colonias, ya de la admision de los mas leales y beneméritos súbditos á la libertad de Roma.

« Por donde quiera que triunfe el Romano, para en avecindarse, » es sentencia muy atinada de Séneca (30), conformada por la historia y la

esperiencia. Los naturales de Italia, halagados por el deleite y por el interés, se afanaban tras las ventajas de la victoria, y podemos afirmar que á los cuarenta años del avasallamiento del Asia, fenecieron ochenta mil Romanos en un solo dia por disposicion del inhumano Mitridátes (31). Estos desterrados voluntarios solian ser traficantes, labradores ó asentistas de rentas; pero avecindadas ya las lejiones por los emperadores, pobláronse las provincias de una jeneracion de soldados; y los veteranos, ó bien quedasen pagados en tierras ó en metálico, por lo mas se arraigaban con sus familias en el pais donde honrosamente habian consumido su juventud. Por todo el imperio, mas con especialidad en el occidente, reservábanse los territorios mas pingües y las situaciones mas aventajadas para plantear colonias, ya de especie civil, ya militar. Remedo cabal venian á ser todas de la metrópoli en costumbres é institutos, y estrechándose con los naturales con vínculos de intimidad y parentesco, iban en realidad dilatando cierta veneracion al nombre romano, é infundiendo el anhelo, que no solia malograrse, de participar, tras el correspondiente plazo, de sus timbres y ventajas (32). Las ciudades municipales se fueron imperceptiblemente igualando en señorío y realce con las colonias, y se controvertió en el reinado de Adriano cuáles se aventajaban en condicion; si los vecindarios nacidos ó los incorporados en el regazo de Roma (33). El derecho latino, pues tal era su nombre (*e*), llevaba consigo mayor privanza, y aunque los majistrados solos al espirar sus cargos eran acreedores al dictado de la ciudadanía, como todos los años se renovaban, iban jirando en breve todas las familias principales (34). Los provinciales que alternaban con las lejiones (35), los que ejercian algun empleo civil, y en fin, cuantos desempeñaban algun servicio público ó manifestaban alcances sobresalientes, solian quedar agraciados con una fineza, que iba desmereciendo con la liberalidad incesante de los emperadores. Pero aun en la edad de los Antoninos, cuando ya la ciudadanía se habia repartido á la mayoría de los súbditos, iba siempre acompañada de ventajas importantes. La jeneralidad con el dictado se granjeaba el logro de la lejislacion romana, especialmente en los puntos trascendentales de casamientos, testamentarías y herencias, franqueándose la fortuna á cuantas pretensiones iban acompañadas de privanza ó merecimiento. Los Galos, nietos de los que habian sitiado á Julio César en Alesia, mandaron lejiones, gobernaron provincias, y llegaron á sentarse en el senado de Roma (36). Su ambicion, ajena de trastornar el estado, estaba intimamente enlazada con su salvamento y grandiosidad.

Estaban los Romanos tan persuadidos del influjo del idioma en las costumbres nacionales, que se afanaron en dilatar al igual de sus armas la lengua latina (37). Los dialectos antiguos de Italia, sabino, etrusco y ve-

neto, se hundieron en el olvido; pero en las provincias, no fueron las de Oriente tan avenibles como las de Occidente á la voz de sus victoriosos maestros. Esta diferencia patente deslindaba las dos mitades del imperio con subidos matices, los cuales, aunque apagados en la esplendorosa cumbre de la prosperidad, se hacian sin embargo mas reparables al ir esta anocheciendo por el mundo romano. Civilizáronse los paises occidentales por las mismas manos avasalladoras, y apenas se fueron amoldando á la obediencia los bárbaros, esplayáronse sus pechos con las luces y la cultura; y así el idioma de Ciceron y de Virjilio, aunque algo adulterado, se jeneralizó en Africa, España, Galia, Bretaña y Panonia (38), en términos que los escasos rastros de las lenguas púnica y céltica tan solo se iban conservando en las serranías y entre los campesinos (39). A impulsos de la educacion y del estudio, conjeniaban mas y mas los moradores con los Romanos, y la Italia fué comunicando leyes y costumbres á los provinciales latinos. Solicitaban con mas ahinco y lograban con mayor ensanche la libertad y los timbres del estado; engalanaban con sus letras el señorío nacional (40), robusteciéndolo con las armas, y luego, en la persona de Trajano, produjeron un emperador á quien los Escipiones no desconocieran por paisano. Diferenciábase en gran manera la situacion de los Griegos de la de los bárbaros, como civilizados y corrompidos muy anteriormente. No cabia en su acendrado gusto orillar su idioma, ni en su engreimiento el avenirse á instituciones estranjeras. Conservando las preocupaciones, y destituidos de las prendas de sus antepasados, aparentaban menospreciar la tosquedad romana, al paso que tenian indispensablemente que reverenciar su sabiduría y poderío (41). Ni se redujo el predominio de idioma y afectos griegos á la estrechez de aquel decantado territorio, pues su imperio, con los adelantamientos de colonias y conquistas, se habia ido dilatando desde el Adriático hasta el Eufrates y el Nilo. Cuajóse el Asia de ciudades griegas, y el reinado duradero de los reyes macedonios habia venido á introducir calladamente una revolucion en la Siria y el Ejipto. Hermanaban aquellos príncipes en sus lujosas cortes el boato oriental con el primor ateniense, y á su remedo y respectiva distancia hacian otro tanto las primeras jerarquías de sus vasallos. Sobre la division jeneral del imperio en idioma griego y latino, cabe deslindar en tercera clase los naturales de Siria, y con especialidad del Ejipto. El uso de sus antiguos dialectos, atajándoles el roce de las demás naciones, contrarestaba los adelantos de estos bárbaros (42), y la afeminacion de los primeros les acarreaba el menosprecio, como la adustez bravía de los otros estimulaba la ojeriza de los conquistadores (43). Habíanse rendido estas naciones al poderío romano, pero por maravilla apetecian ó devengaban la ciudadanía; y se reparó, que habian mediado mas de

doscientos y treinta años despues del derribo de los Tolemeos, antes que un Ejipcio llegase á entrar en el senado de Roma (44).

Reparo fundado, aunque obvio, es que Roma victoriosa quedó avasallada por la culta Grecia; y aquellos mismos escritores inmortales que tienen todavía pasmada la Europa moderna, vinieron luego á ser dechados predilectos de las provincias occidentales. Mas los recreos primorosos de los Romanos no tuvieron cabida para alterar su sistema político. Embelesábanse con el griego, pero ateníanse al señorío de su idioma latino, cuyo uso inalterable seguia privando en los cargos civiles y militares (45). Predominaban respectiva y deslindadamente ambas lenguas de estremo á estremo del imperio, la griega como científica, y la otra como gubernativa en todas las jestiones públicas. Manejábanlas al par cuantos hermanaban el estudio con los negocios, y no cabia casi hallar en provincia alguna individuo romano lego en ambos idiomas.

En virtud de tales instituciones, fuéronse imperceptiblemente refundiendo las naciones del imperio en el nombre y pueblo romano; mas habia aun en todo su ámbito y en el interior de las familias una porcion de individuos recargados con el peso, y escluidos de los beneficios de la sociedad. En medio de los estados libres de la antigüedad, sobrellevaban los esclavos caseros los rigores antojadizos del despotismo; y los Romanos, antes de consumar su establecimiento, estuvieron por siglos ejercitando el robo y la violencia. Solian ser los esclavos unos cautivos bárbaros (*f*), cojidos á millares en los trances de la guerra, comprados á ínfimo precio (46), acostumbrados á su nativa independencia, y ansiosos de romper sus grillos con escarmiento. En contraresto de tan internos enemigos, cuyos desesperados alzamientos arrollaron á veces la república hasta los bordes de su esterminio (47), la tirantez (*g*) mas estremada (48) y las sumas tropelías venian á sincerarse con la suprema ley de la propia conservacion. Pero enlazadas ya las naciones principales de Europa, Asia y Africa con las leyes de un idéntico soberano, iban escaseando los manantiales de nuevos refuerzos, y los Romanos quedaron reducidos al método mas apacible, si bien muy pausado, de la propagacion casera (*h*). En sus crecidísimas familias, y con especialidad en sus dilatadas provincias, trataron de fomentar los casamientos de sus esclavos (*i*), y los impulsos naturales, el esmero de la educacion y la posesion vinculada de aquella especie de propiedad fueron suavizando los quebrantos de la servidumbre (49). Un esclavo vino á ser ya una prenda de valor, y aunque su bienestar dependia del temple y circunstancias del dueño, la humanidad de este, en vez de menoscabarse con las zozobras, se fomentaba con el convencimiento del propio interés. Fué progresando la cultura á fuer de la virtud ó política de los emperadores; y merced á los

edictos de Adriano y de los Antoninos, fueron las leyes apadrinando hasta lo mas ínfimo del linaje humano. Quitóse el derecho de vida y muerte sobre los esclavos á los particulares, vinculándolo en los majistrados. Vedáronse las mazmorras, y en virtud de querella por tratamientos indebidos, se desagraviaba al esclavo con su rescate ó con dueño mas apacible (50).

La esperanza embalsamadora de nuestros quebrantos acudia tambien al esclavo romano, y con tal que se le rodease coyuntura de hacerse grato y provechoso, podia desde luego prometerse que con el afan y la lealtad de algunos años se granjearia el galardon incomparable de su libertad. Lográbase la privanza con el dueño á impulsos de la vanagloria y la codicia, en términos que tuvo la lejislacion que acudir á enfrenar, mas bien que estimular, una liberalidad indirecta y descompasada, que podia dejenerar en abuso pernicioso (51). Era máxima sentada de la antigua jurisprudencia que el esclavo carecia de patria; así que su rescate le franqueaba la puerta para alternar en la sociedad á que pertenecia su amo, y por consiguiente la regalía de ciudadano iba á desdorarse con el turbion de una ralea torpe y desconocida. Planteáronse pues algunas escepciones oportunas: aquel realce honorífico se reservó únicamente para los esclavos que fundadamente y con la anuencia del majistrado vinieron á recibir solemne y legalmente su manumision; y aun estos mismos libertos quedaban reducidos al mero derecho de ciudadanía, y escluidos de todo timbre civil y militar. Aun sus hijos, con méritos esclarecidos y cuantiosos haberes, se conceptuaban inhábiles para ascender al senado, ni se borraba por entero el rastro de alcurnia servil hasta la tercera ó cuarta jeneracion (52). Sin mezclar las jerarquías, vislumbraban allá en remota lejanía libertad y blasones aquellos mismos á quienes la altanería y la preocupacion casi escluian de la casta humana.

Llegó á tratarse de diferenciar á los esclavos con un traje peculiar; pero se temió fundadamente que seria tal vez arriesgado el noticiarles su propio número (53). Sin ceñirnos á las grandiosas denominaciones de lejiones y miles (54), afirmarémos desde luego que el conjunto de los esclavos regulados como propiedad ascendia mucho mas que el de los sirvientes, considerados por costosos. (55). Aficionaban al estudio á cuantos muchachos asomaban con injenio, computándose su precio por su talento y habilidad (56); y así la casa de un senador opulento abarcaba todas las profesiones, tanto mecánicas como liberales (57), creciendo los instrumentos del boato y la sensualidad en términos que se hace inconcebible hasta á la lujosa liviandad de los modernos (58). Era mas ventajoso al menestral ó al fabricante el comprar que el alquilar sus operarios, y empleábanse en las campiñas los esclavos como mas baratos y aventajados para las faenas de la labranza. En confirmacion de esta doctrina jeneral,

y para evidenciar el sinnúmero de esclavos, podemos ir citando varios ejemplares terminantes. Con cierto motivo doloroso se vinieron á contar hasta cuatrocientos esclavos mantenidos en una sola morada de Roma (59), é igual número pertenecia á la hacienda que una viuda africana de mediana esfera cedia á su hijo, reservándose para sí mucha mayor porcion de patrimonio (60). En el reinado de Augusto, un liberto cuyos haberes habian padecido hartos quebrantos en las guerras civiles testó en tres mil y seiscientas yuntas de bueyes, doscientas y cincuenta mil cabezas de ganado menor, y, lo que venia á comprenderse en los rebaños, cuatro mil ciento diez y seis esclavos (61).

El número de súbditos que reconocian las leyes de Roma, el de los ciudadanos, provinciales y esclavos, no cabe puntualizarse en el dia con el esmero que seria del caso en tan importante materia; pero consta que, ejerciendo el emperador Claudio el cargo de censor, empadronó á seis millones, novecientos cuarenta y cinco mil ciudadanos romanos, los cuales, con el número proporcionado de mujeres y niños, ascendian como á veinte millones de almas. Variaba la muchedumbre de súbditos en la clase inferior, pero haciéndonos cargo de cuantas circunstancias pueden inclinar la balanza del justiprecio, se hace probable que en tiempo de Claudio habia duplicado número de provinciales que de ciudadanos de ambos sexos y de todas edades, igualándose los esclavos con los libres (*j*), y así la suma de este cómputo no cabal ascenderá á ciento y veinte millones de individuos, poblacion que tal vez sobrepuja á la de nuestra Europa (62) moderna, y constituye la sociedad mas numerosa que se hermanó jamás bajo un mismo sistema de gobierno.

Concordia y plácido sosiego eran las consecuencias naturales de la política grandiosa y comedida que entablaron los Romanos. En volviendo la vista hácia las monarquías del Asia, tropezamos con el despotismo en el centro, y el desmayo á los estremos; la recaudacion de impuestos y la administracion de justicia al arrimo de una hueste; gavillas enemigas avecindadas en el interior; sátrapas hereditarios, usurpadores del señorío de las provincias, y vasallos propensos á la rebeldía é inhábiles para la libertad; al paso que en el mundo romano, la obediencia era acompasada, voluntaria y permanente. Las naciones avasalladas, desleidas ya en un pueblo grandioso, orillaron la esperanza y aun el deseo de recobrar su independencia, y apenas acertaban á considerar su propia existencia como distinta de la de Roma. La autoridad arraigada de los emperadores se esplayaba sin embargo de estremo á estremo de su señorío, y prevalecia al par en las orillas del Támesis y del Nilo que en las del mismo Tíber. Militaban las lejiones contra el enemigo público, y por maravilla llegaba el majistrado civil á necesitar su auxilio (63). En esta situacion desahogada, el ocio y la opulencia del príncipe y del pueblo se vinculaban en las mejoras y realces del imperio romano.

Entre un sinnúmero de monumentos de arquitectura fabricados por los Romanos, ¡ cuántos y cuántos yacieron sin asomar por los historiadores, y cuán pocos contrastaron la asolacion del tiempo y de la bárbarie ! pero los mismos escombros desparramados por la Italia y las provincias están proclamando que todos estos paises fueron algun tiempo el solar de un imperio culto y poderoso. Acreedores son su grandiosidad y su belleza á nuestra suma atencion, pero las realzan todavía mas las circunstancias que enlazan la historia amena de las artes con la mas provechosa de las costumbres humanas. Construyéronse varias de estas moles á espensas de particulares, dedicándolas al beneficio público.

Se deja suponer que los mas de los edificios, y ante todo los descollantes, eran obra de los emperadores que disponian arbitrariamente de caudales y de individuos; y Augusto solia vanagloriarse de que halló la capital de ladrillo, y la dejó de mármol (64). La estremada economía de Vespasiano condujo á su magnificencia, y las obras de Trajano llevan estampado su númen. Cuantos monumentos públicos fueron realzando las provincias en tiempo de Adriano se alzaban, no solo por su órden, sino tambien bajo su propia inspeccion, pues siendo de suyo artista, profesaba cariño á las artes como engrandecedoras del monarca. Fomentábanlas los Antoninos como conducentes para el bienestar del pueblo; mas aunque encabezaban los emperadores el gremio, no eran los únicos arquitectos de sus dominios. Remedábanlos jeneralmente sus principales súbditos, que pregonaban sin reparo su gallardía en idear y su opulencia en llevar á cabo descollantes empresas. Al asomar el encumbrado Coliseo en Roma, viéronse dedicar igualmente edificios, aunque en escala menor, del propio diseño y materiales para el uso y á costa de las poblaciones de Capua y Verona (65). La inscripcion del asombroso puente de Alcántara está espresando que abarcó el Tajo á espensas de tal cual concejo de Lusitania. Encargado Plinio del gobierno de Bitinia y Ponto, provincias ni acaudaladas ni de consideracion en el imperio, halló las ciudades bajo su mando en desalada competencia tras obras grandiosas y utilísimas, acreedoras á la curiosidad de los forasteros y al agradecimiento de los conciudadanos. Tenia entónces el procónsul que acudir con auxilios, afinar el gusto, y á veces enfrenar tan ardorosa emulacion (66). Engreíanse los senadores acaudalados de Roma y las provincias, mirando como decoroso y preciso el realzar la brillantez de su época y de su patria; y el influjo de la moda solia tambien hacer veces de aficion y de jenerosidad. Del sinnúmero de bienhechores particulares cabe entresacar á Heródes Atico, ciudadano de Atenas, contemporáneo de los Antoninos; y prsecindiendo de los motivos, su magnificencia era verdaderamente réjia.

Entroncaba la alcurnia de Heródes, al menos despues de su engrandeci-

miento, con Cimon y Milcíades, Teseo y Cécrops, Eaco y Júpiter; mas la posteridad de tan esclarecidos héroes yacia en el desemparo. Habian ajusticiado á su abuelo, y su padre Julio Atico iba á fenecer en la escasez y el menosprecio, cuando descubrió un riquísimo tesoro en una casilla ruinosa, postrer reliquia de su patrimonio. Pertenecia, segun el tenor de la ley, al emperador; y el cuerdo Atico, por medio de una manifestacion cabal, precavió los siniestros oficios de los delatores. Imperaba el justiciero Nerva, y se desentendió de su porcion, encargándole que disfrutase á sus ensanches el bríndis de la suerte. Insistió el advertido Ateniense en que el tesoro venia á ser demasiado cuantioso, y no acertaria á *usarlo; abusadlo pues*, replicó el monarca con un enfado bondadoso, puesto que es vuestro (67). Opinarán muchos que Atico se atuvo literalmente al postrer encargo del emperador, por cuanto gastó la mayor parte de sus haberes, acrecentados en gran manera con un enlace ventajosísimo, en beneficio público. Proporcionó á su hijo Heródes la prefectura de las ciudades libres del Asia, y el majistrado mozo reparando que la ciudad de Troas escaseaba de agua, obtuvo de la munificencia de Adriano tres millones de dracmas (como medio millon de duros) para la construccion de un nuevo acueducto; pero el costo ascendió á mas del doble del presupuesto, y los dependientes de la tesorería empezaban á motejarle, cuando los hizo enmudecer solicitando que le dejasen tomar sobre sí todo el recargo de la empresa (68).

Brindóse á los maestros mas afamados de Grecia y Asia con galardones peregrinos, para que se encargasen de la educacion del mozo Heródes, y correspondió el alumno acreditándose luego de orador eminente en la retórica vana de aquel siglo, que confinada en las escuelas, se desentendia del foro y del senado. Logró el timbre del consulado en Roma, pero pasó la mayor parte de su vida en su retiro filosófico de Aténas y de sus quintas inmediatas, encabezando una caterva de sofistas que desde luego reverenciaban la superioridad de competidor tan rico y jeneroso (69). Fenecieron los partos de su númen, pero algunos escombros están todavía manifestando su gusto y su munificencia, pues algunos viajeros han medido los restos del estadio que construyó en Aténas, resultando seiscientos piés en su largo, todo absolutamente de mármol blanco, capaz de contener todo el vecindario, y concluido en cuatro años, siendo Heródes el presidente de los juegos atenienses. Dedicó á la memoria de su esposa Rejila un teatro descollante entre todos los del imperio, sin que hubiese en él otra madera que la de cedro esquisitamente labrado. El Odeon (*k*), destinado por Péricles para sinfonías y ensayos de trajedias nuevas, campeaba como trofeo de la victoria de las artes contra el poderío bárbaro, pues las vigas de toda su construccion eran las arboladuras de la escuadra persa; pero á pesar de los reparos de

bidos á un rey de Capadocia, estaba de nuevo ruinoso; y Heródes le devolvió su primitiva brillantez y magnificencia. Ni se ciñó su largueza al recinto de Aténas, pues los realces suntuosos del templo de Neptuno en el Ismo, un teatro en Corinto, un estadio en Delfos, un baño en las Termópilas, y el acueducto de Canusio en Italia no alcanzaron á desmoronar su opulencia. Los pueblos del Epiro, Tesalia, Eubea, Beocia y el Peloponeso participaron de sus finezas, y varias inscripciones conceptuosas en las ciudades de Grecia y Asia están agradecidamente apellidando á Heródes Atico su padrino y bienhechor (70).

En las repúblicas de Aténas y de Roma, la sencillez modesta de las viviendas particulares pregonaba su condicion igual de independencia, al paso que centelleaba la soberanía del pueblo en los majestuosos edificios dedicados al uso del público (71), sin que feneciese este temple republicano con la introduccion del monárquico boato, pues los emperadores señalados echaban el resto de su magnificencia en moles honoríficamente nacionales. Movió á justísima ira el alcázar dorado de Neron, pero el dilatado solar usurpado por su lujo delirante quedó luego mas airosamente empleado con el Coliseo, los baños de Tito, el pórtico de Claudio, y los templos consagrados á la diosa de la Paz y al númen de Roma (72). Estos monumentos de arquitectura, propiedad del pueblo romano, se ostentaban engalanados con los primores de la pintura y estatuaria griega, y franqueóse en el templo de la Paz una librería preciosa á la curiosidad de los estudiosos (*l*). Hallábase á corto trecho el Foro de Trajano, cercado de un pórtico grandioso de forma cuadrangular, descollando en el centro una columna de mármol, cuya elevacion de ciento y veinte piés estaba demostrando la altura de la cumbre de donde se habia tajado. Esta mole, que permanece todavía en todo su primor, está allí representando al vivo las victorias de su fundador en la Dacia. El veterano solia recordar sus propias campañas, y por un embeleso muy obvio de vanagloria nacional, el pacífico ciudadano venia tambien á hermanarse en los timbres del triunfo. Hermoseaban los demás barrios de la capital, y aun todas las provincias del imperio, grandiosos rasgos de magnificencia pública, y sobresalian con teatros, anfiteatros, templos pórticos, arcos triunfales, baños y acueductos, conducentes todos, ya para la sanidad, ya para la devocion ó bien el recreo del mas ínfimo ciudadano. Este último jénero de edificios se hace muy acreedor á nuestra atencion, por su arrojo, su solidez y su provecho, constituyéndolos realmente los monumentos mas esclarecidos del númen y poderío romano. Descuellan los acueductos de la capital; pero el viajante discreto que, sin el antecedente de la historia, se pare á contemplar los de Espoleto, Metz y Segovia, inferirá desde luego que estos pueblos subalternos fueron en lo antiguo residencia de potentados. Los yermos de Asia y Africa flo-

recieron allá con ciudades populosas, merced á los raudales perennes y artificiales de agua saludable (73).

Hicimos ya un cómputo de los habitantes, con una reseña de las obras públicas en el imperio romano; y el ir ahora notando el número y grandeza de sus ciudades conducirá para acabalar lo primero y adicionar lo segundo. Amenizarémos la materia entresacando ciertos ejemplares descarriados, pero propios del intento, sin olvidar sin embargo, que ya por vanagloria nacional, ya por pobreza del idioma, se apellidó vagamente ciudad desde Roma hasta Laurento. Cuéntase que la Italia antigua contenia mil ciento noventa y siete ciudades, y á cualquiera época de la antigüedad que se aplique la denominacion (74), no cabe suponer el pais menos poblado en tiempo de los Antoninos que en el reinado de Rómulo. Comprendíanse los estados cortos del Lacio en el recinto de la metrópoli cuyo predominio los habia incorporado (*m*). Aquellas mismas partes de Italia que por tan largo plazo han estado sujetas á la cobarde tiranía de sacerdotes y vireyes, habian solo padecido el azote mas llevadero de la guerra; los primeros síntomas de decadencia que padecieron quedaron luego grandiosamente compensados con las rápidas mejoras de la Galia Cisalpina. Rastréase la esplendidez de Verona por sus mismos escombros; pero decantábanse mas Aquileya, Padua, Milan y Ravena. II. Trasmontó los Alpes el afan de las mejoras, trascendiendo hasta las malezas de Bretaña, que se fueron despejando para dar cabida á viviendas cómodas y primorosas. Era York el solar del gobierno; descollaba ya Lóndres por su comercio, y sonaba allá Bath por lo provechoso de sus aguas medicinales. Blasonaba la Galia de sus mil y doscientas ciudades (75); y aunque á los confines septentrionales, muchas y el mismo Paris se reducian á pueblecillos toscos y atrasados de un pais recien civilizado, las provincias del mediodía eran un remedo de Italia (76). Varias eran las ciudades de la Galia, Marsella, Arles, Nimes, Narbona, Tolosa, Burdeos, Autun, Viena, Lion, Lángres y Tréveris, cuyo antiguo esplendor podia parangonase quizás aventajadamente con su actual estado. En cuanto á España, floreció como provincia y decayó como reino; pues desangrada por el abuso de su poderío por la América y por la superstición, quedaria tal vez ajado su engreimiento, si se le pidiese el padron de las trescientas y sesenta ciudades que menciona Plinio bajo el reinado de Vespasiano (77). III. Vinieron á reconocer un tiempo hasta trescientas ciudades la autoridad de Cartago (78), y no es de suponer que menguase su número con los emperadores, pues la misma Cartago descolló mas esplendorosa sobre sus cenizas, como tambien Capua y Corinto recobraron muy presto cuantas ventajas caben fuera de la independencia y soberanía. IV. Contrapónese por las rejiones de oriente la magnificencia romana á la barbarie turca, y los escombros desparramados por tantísimos yermos, y

atribuidos por la idiotez al poder májico, apenas ofrecen ya resguardo al acosado viandante ó al árabe vagaroso. Bajo el reinado de los primeros Césares, el Asia propia contenia quinientas ciudades populosas (79), favorecidas con atributos naturales y esquisitos artefactos. Compitieron á un tiempo once ciudades de Asia por el timbre de alzar un templo á Tiberio, y el senado fué contraponiendo sus méritos respectivos (80). Orilláronse cuatro desde luego como inhábiles al intento, y entre ellas se contaba Laodicea, cuya suntuosidad está todavía sobresaliendo en sus escombros (81), como que disfrutaba pingües rentas con su ganadería, decantada por sus finísimas lanas, y acababa de recibir un legado de mas de medio millon de reales por el testamento de un ciudadano jeneroso (82). Puesto que tales eran las escaseces de Laodicea, ¿cuál seria la opulencia de aquellas ciudades cuya solicitud se conceptuó mas fundada, y con especialidad de Pérgamo, Esmirna y Efeso, que tanto batallaron entre sí por la primacía de Asia? (83). Encumbrábanse aun á mayor jerarquía en el imperio las capitales de Siria y del Ejipto, pues Antioquía y Alejandría miraban allá con sobrecejo un sinnúmero de ciudades subordinadas (84), haciéndoseles todavía cuesta arriba el rendir parias á la misma soberana Roma.

Enlazábanse todas estas ciudades por medio de carreteras, que desde su arranque en el Foro, atravesaban la Italia, y penetraban por las provincias hasta topar con los confines del imperio. Al delinear esmeradamente la distancia desde el malecon de Antonino hasta Roma, y desde allí á Jerusalen, se echará de ver que el grandioso eslabonamiento de comunicacion entre los estremos noroeste y sudeste del imperio se dilataba por unas mil y trescientas leguas (85). Señalaban sus postes ó milleras de trecho en trecho las distancias que corrian directamente de pueblo en pueblo, desentendiéndose de tropiezos, ya naturales, ya de oposicion privada. Barrenábanse las montañas, y arrojados puentes abarcaban rios rápidos y anchurosos (86). Descollaba el lomo del camino en forma de terrado que oteaba la campiña inmediata, fundado todo sobre capas argamasadas de ripio y arena, pavimentadas con sillares, y á las cercanías de la capital, de granito (87). Las uma solidez de las carreteras romanas ha venido á contrastar el embate de quince siglos. Además de hermanar á los súbditos, tenian por objeto preferente el franquear la marcha de las lejiones, si no se conceptuaba de todo punto avasallado un pais, hasta que por todas partes se manifestase abierto para las armas y el dominio del conquistador. La ventaja de recibir ejecutivamente avisos y comunicar igualmente órdenes indujo á los emperadores á plantear postas perpetuas de estremo á estremo de su señorío (88). Las paradas de dos en dos leguas estaban surtidas de cuarenta caballos, por cuyo medio se andaban por la carretera facilísimamente veinte y cinco leguas al dia (89) *(n)*.

Franqueábanse las postas á cuantos traian patente imperial; pero aunque su instituto era para el público, se solian conceder para los negocios y la comodidad de los particulares (90). No menos espedita campeaba la comunicacion de todo el imperio por mar que por tierra, pues abarcando las provincias el Mediterráneo, se adelantaba allá la Italia á manera de grandiosísimo promontorio sobre las olas del anchuroso lago. Carece por lo jeneral Italia de bahías seguras, pero el ahinco humano acudió á suplir el disfavor de la naturaleza, y especialmente el puerto de Ostia, todo artificial y situado á la embocadura del Tíber, labrado por el emperador Claudio, era un monumento utilísimo del poderío romano (91). Desde este puerto, á cinco leguas de la capital, un soplo favorable solia conducir los bajeles en siete dias á las columnas de Hércules, y en nueve ó diez á Alejandría en Ejipto (92).

Por mas quebrantos que por convencimiento ó empeño se achaquen á todo señorío dilatado, fuerza es confesar que acompañaron al poderío de Roma consecuencias provechosas para el linaje humano, y el mismo ensanche que jeneralizó los vicios fué tambien derramando mejoras en la vida social. Dividióse allá en lo antiguo el orbe en trozos desproporcionados, poseyendo el Oriente, desde tiempo inmemorial, artes lujosas; poblaban el Occidente belicosos y tosquísimos bárbaros que menospreciaban ó desconocian totalmente la labranza. Al arrimo de un gobierno poderoso, los frutos de climas apacibles y el afan de las naciones cultas se fueron por puntos internando por los ámbitos occidentales de Europa, y sus naturales lograron á tan poderoso impulso mejoras en el cultivo y el comercio de productos y artefactos. No cabe especificar todos los renglones del reino animal ó vejetal que se fueron trayendo de Asia y Ejipto (93); pero no desdirá de la gravedad y mucho menos del provecho de una obra histórica el apuntar de paso algunos de sus ramos principales. I. ¡Cuántas flores, yerbas y frutas que se crian en nuestros jardines europeos, vienen á ser forasteras, como suelen acreditarlo sus propios nombres. Ca manzana es italiana; pero apenas los Romanos llegaron á paladear el regalado zumo del albaricoque, del melocoton, de la granada, del limon y la naranja, no hicieron mas que ir apellidando estos nuevos frutos con el nombre jenérico de manzana, deslindándolos con el adjetivo de sus propios paises. II. Crecia en tiempo de Homero por la isla de Sicilia el agraceјo ó vid silvestre, como probablemente por el continente inmediato, mas ni se perfeccionó con la maña de los moradores, ni halagaba sus cerriles paladares (94); pero mil años despues podia blasonar la Italia de que mas de dos tercios de sus ochenta decantados vinos jenerosos eran solariegos (95). Trascendió este logro á la provincia Narbonesa de la Galia, mas era tan intenso el frio al norte de las Cevenas, que en vida de Estrabon era imposible que llegasen á sazon las uvas por aquella parte (96); fuese

sin embargo allanando á pausas este contraste, y hay fundamento para opinar que los viñedos de Borgoña son contemporáneos de los Antoninos (97). III. La aceituna por el Occidente fué siguiendo los pasos de la paz simbolizada por el olivo. Desconocíanla Italia y Africa dos siglos despues de la fundacion de Roma; pero luego se fué connaturalizando y cundiendo hasta el interior de España y la Galia. La aprension medrosa de los antiguos respecto á su requisito de cierto temple suave que le imposibilitaba el alejarse de la marina se fué imperceptiblemente orillando con el afan y la esperiencia (98). IV. Trájose de Ejipto á Galia el cultivo del lino, y enriqueció el pais, á pesar de lo mucho que de suyo estraga el terreno (99). V. Jeneralizóse la práctica de los prados artificiales por Italia y las provincias, con especialidad la alfalfa, que debió su nombre y oríjen á la Media (100). El abasto de pienso para el ganado en la invernada lo acrecentó sobremanera, abonando además y fertilizando por este medio las campiñas. En realce de tantas mejoras se acudió á las minas y á las pesquerías, que empleando un sinnúmero de manos laboriosas, afianzan los recreos del pudiente y la manutencion del menesteroso. El tratado elegante de Columela está retratando la gallarda labranza española en el reinado de Tiberio, y se hace reparable que por maravilla asomaron en el dilatado imperio aquellas hambres que en tan gran manera contrastaron los principios de la república, pues la escasez eventual de alguna provincia quedaba inmediatamente remediada con la abundancia de sus mas bien librados vecinos.

Es la agricultura el cimiento de las artes, ya que estas se reducen á labrar los productos naturales; y en el imperio romano, el afan de un pueblo solícito é injenioso se esmeraba á toda hora y por varios rumbos en halagar á los acaudalados. Trajes, mesas, viviendas y alhajas, todo se agolpaba en manos del poderoso para su regalo selecto y su primorosa esplendidez, incensando al par su engreimiento y halagando su sensualidad. En todo tiempo los moralistas han tildado tales afeites con el baldon de lujosos, y seria tal vez mas conducente para la virtud y la bienandanza del linaje humano el que cada cual disfrutase lo necesario, y nadie lo superfluo para la vida. Pero en la estragada dislocacion de la sociedad, por mas que el lujo sea un aborto del vicio y devaneo, parece el correctivo único para la desigualdad de fortunas. El afanado menestral y el artista eminente, ajenos de toda finca, logran un feudo voluntario de los hacendados, quienes, á impulsos del interés, van perfeccionando aquellas posesiones cuyos réditos les proporcionan de continuo nuevos deleites. Este vaiven, cuyo resultado se echa de ver en toda sociedad, era mucho mas eficaz en el dilatado ámbito del imperio. Pronto quedaran exhaustas las provincias, si las artes lujosas y su respectivo comercio no hubiesen ido reponiendo á los industriosos súbditos cuantas

sumas les arrebataban las armas y los impuestos de Roma. Mientras este trueque se mantuvo ceñido á los confines del imperio, activó el jiro de la máquina gubernativa, y sus resultas, á veces ventajosas, nunca redundaban en el menor quebranto.

Mas no cabe confinar el lujo en los ámbitos de un imperio, y los paises mas lejanos se desangraban para abastecer el boato y la afeminacion de Roma. Desembocaba la Escitia preciosas pieles; trajinábase el ámbar por tierra de las costas del Báltico al Danubio, y pasmábanse los bárbaros al recibir precios tan subidos por jéneros futíles (101). Hacíanse pedidos de alfombras de Babilonia y otros artefactos del Oriente, pero el tráfico mas costoso y arruinador era el que se traia con la Arabia y la India, pues todos los veranos una flota de ciento y veinte velas zarpaba de Mios-hormos, puerto de Ejipto en el mar Rojo, y con los soplos periódicos de los monzones atravesaba el piélago como en cuarenta dias. La isla de Ceilan ó la costa de Malabar solia ser el paradero de la navegacion (102), á cuyas ferias acudian los traficantes de lo mas remoto del Asia. Por diciembre ó enero era el regreso á Ejipto, y trajinado el precioso cargamento á lomo de camello desde el mar Rojo al Nilo, y bajado luego por su corriente hasta Alejandría, desembocaba sin demora en la capital del imperio (103). Reducíase el comercio oriental á fruslerías esplendorosas: seda, comprada al peso del oro (104), piedras preciosas, descollando en valor las perlas tras los diamantes (105), y una variedad de aromas para el culto relijioso y el boato de los funerales. Increible era el producto del trabajoso y arriesgado viaje, pero recaia todo el desembolso únicamente sobre los súbditos romanos, y unos cuantos particulares se enriquecian á costa del público; por cuanto estando los Arabes é Indios satisfechos con sus propios frutos *(o)* y artefactos, el jiro por parte de los Romanos quedaba casi meramente reducido á su plata. Lamentábase fundada y solemnemente el senado de que en dijes y galas mujeriles se empozaba para siempre el caudal del estado allá entre naciones estrañas y aun enemigas (106). Segun el cómputo de un injenio apurador, aunque severo, regulábase el quebranto anual en mas de cuatro millones de duros (107); pues así se lamentaba un ánimo aprensivo de la indijencia. Cotejando sin embargo la proporcion del oro con la plata en tiempo de Plinio, y cual se fijó en el reinado de Constantino, resulta en este intermedio un aumento cuantioso (108). No cabe suponer que escasease mas el oro; antes bien, se deja inferir que habia ido á mas la plata, y que por mucho que abultase la esportacion de Arabia y la India, estaba muy ajena de apurar la opulencia romana, acudiendo de sobras el producto de las minas á henchir los pedidos del comercio.

En medio del prurito inveterado de ensalzar lo pasado y desdorar lo presente, apreciábase entrañablemente y se manifestaba sin rebozo la bo-

nanza del imperio, tanto en Roma como en las provincias, pues se confesaba desde luego «que los verdaderos principios de la vida social, lejislacion, labranza y estudios, partos de la sabiduría de Aténas, habian logrado ahora arraigarse con el poderío de Roma, bajo cuyos eficaces auspicios los bárbaros mas bravíos habian venido á hermanarse en un mismo idioma y un idéntico gobierno. A impulsos de las artes, añadian, se va multiplicando la especie humana; decantan la brillantez de las ciudades, la amena gala de las campiñas, realzadas á manera de inmensos pensiles, y el regocijo perpetuo de la paz se disfrutaba por infinitas naciones, ajenas ya de enconos y zozobras para lo venidero (109).» Por mas desconfianza que se tenga de este viso de retórico encarecimiento que sobresale en tales pasos, concuerda sin embargo sustancialmente con la veracidad histórica.

En el esplendor de tanta ventura, encubrióse á la vista de los contemporáneos el móvil recóndito de quebranto y menoscabo. Aquella paz dilatada y el plácido réjimen de los Romanos fué introduciendo la ponzoña lenta y oculta en las entrañas del imperio; y apocándose los ánimos hasta el menguado nivel de todos, apagóse la hoguera del númen, y se aventó el denuedo militar. Esforzados eran de suyo los Europeos, y España, Galia, Bretaña y el Ilírico estaban surtiendo á las lejiones de soldados escelentes, donde realmente estribaba el poderío de la monarquía. Descollaba su valentía personal, mas sin el arrimo de aquel teson público que nace del amor á la independencia, de los impulsos del pundonor nacional, de la presencia del peligro y del ejercicio del mando. Repartiales el gobierno á su albedrío leyes y caudillos, y cifraba su defensa en ánimos asalariados, pues la posteridad de tantos afamados adalides se daba por satisfecha con el predicamento de ciudadana y vasalla. Los pechos mas gallardos se avenian á la corte y sus banderas, y las provincias desamparadas, sin fuerza ni concordia, se fueron hundiendo gradualmente en la postracion é indiferencia de la vida privada.

La aficion al estudio, de suyo compañera de la paz y la cultura, privaba entre los súbditos de Adriano y de los Antoninos que descollaban en finura y en letras. Prevaleció aquel ahinco por todos los ámbitos del imperio: fuéronse apasionando á la retórica las tribus mas arrinconadas de Bretaña; copiábanse con estudioso empeño Homero y Virjilio por las márjenes del Rin y del Danubio, y cuantiosos galardones salian al encuentro á los menguados asomos de todo mérito literario (110). Cultivaban aventajadamente los Griegos así la medicina como la astronomía, y se están aun estudiando los escritos de Galeno por los mismos que, mejorando sus descubrimientos, han venido á enmendar sus yerros; pero esceptuando al inimitable Luciano, aquella gran temporada de flojedad se traspuso sin dar á luz un solo escritor de númen, «ó que sobresaliese en

el artificio y la elegancia de la composicion (*p*). Campeaba todavía en las escuelas la autoridad de Platon y Aristóteles, de Zenon y Epicuro, y sus sistemas, trasladados á ciegas y de rodillas de alumnos en alumnos, atajaban todo arrojo gallardo para esplayar las facultades y ensanchar los ámbitos del injenio humano, pues los primores poéticos y oratorios, en vez de infundir iguales impulsos, acarreaban remedos exánimes, y si tal cual se desentendia del recinto de aquellos dechados, su paradero era la impropiedad y la ridiculez. Al renacimiento de las letras, la lozanía juvenil de la fantasía tras largo adormecimiento, la competencia nacional, nueva relijion, idiomas nuevos, y hasta un nuevo mundo, despertaron el númen por la Europa entera; pero los provinciales de Roma, labrados con una educacion encajonada y forastéra, se veian comprometidos en lid desigual con aquellos osados antiguos que, al prorumpir en los sentimientos jenuinos de su idioma nativo, se habian ya entronizado en sus respectivos solios. El dictado de poeta vino á quedar olvidado, usurpando el de orador los sofistas: un enjambre de compiladores, críticos y comentadores nublaba el ámbito de la literatura, y así la mengua del númen trajo luego consigo el estragamiento del gusto.

El sublime Lonjino, que algun tanto despues, y en la corte de una reina siríaca, abrigaba los alientos de la antigua Aténas, advierte y deplora la bastardía de sus contemporáneos, que desdoraba las prendas, quebrantaba el brío, y ahogaba los injenios. «Al modo, decia, que algunos niños se apigmean fajándoles sus miembros ternezuelos, así nuestros tiernos entendimientos, aherrojados con las vulgaridades y los hábitos de una estrecha servidumbre, se hallan imposibilitados de esplayarse y alcanzar aquella estatura proporcionada que estamos acatando en los antiguos, quienes, disfrutando un gobierno popular, escribian con el mismo ensanche que obraban (111).» Esta menguada estampa del linaje humano, ateniéndonos á la misma alegoría, iba mas y mas achicándose por dias y desdiciendo del antiguo marco; y el mundo romano se fué realmente poblando de pigmeos, cuando las ajigantadas fieras del Norte se dispararon y acudieron á mejorar la enana casta. Restablecieron el denuedo varonil de la libertad, la cual, tras el intermedio de diez siglos, vino á ser la madre del buen gusto y de la sabiduría.

NOTAS

correspondientes al capítulo segundo.

(1) Se alzaron al comedio entre Lahor y Dehli. Vinculáronse las conquistas de Alejandro por el Indostan en el Punjá, pais bañado por los tres rios caudalosos del Indo (*).

(2) Véase M. de Guignes, Historia de los Hunos, l. XV, XVI y XVII.

(3) No hay escritor que retrate tan al vivo el temple verdadero del politeismo como Herodoto, cuyo mejor comentario es la Historia Natural de la Relijion por M. Hume, y la contraposicion mas descollante la Historia Universal de Bosuet. Allá se rastrea algun tanto el destemple intolerante de los Ejipcios (véase Juvenal, Sátira XV); y tanto Cristianos como Judíos, súbditos, del Imperio romano, componian una escepcion harto abultada; en tanto grado, que su averiguacion requiere capítulo aparte en la presente obra (**).

(*) El Hífasis es uno de los cinco rios que se incorporan con el Indo ú el Sind, despues de atravesar la provincia de Pendj-ab, nombre que significa en persa *cinco rios*.—G. Son estos cinco: 1.º el Hidaspes, ahora Chelum, Behni ó Beduta (*Sanskrit*, Vitastha, Saeta veloz); 2.º el Acesias, el Cenab (*Sanskrit*, Chandrabhaga, Don de la Luna); 3.º Hidraotes, el Ravey ó Iraoty (*Sanskrit*, Iravati); 4.º Hífasis, el Beyá (*Sanskrit*, Vepasa, Desaherrojado); 5.º el Satadra (*Sanskrit*, el Cien Arroyos), el Sudledj, conocido de los Griegos por primera vez en tiempo de Tolemeo. Rennel, Vincent, Comercio de los antiguos, libro 2; Lassen, Pentapotam, India de Wilson, Diccionario Sanscrit, y la memoria reciente y apreciabilísima del teniente Burnes, Diario de Lóndres, Sociedad Jeográfica, tom. III, páj. 2, con los viajes de aquel escritor sobresaliente. Cotéjese la nota del mismo Gibbon, c. LXV, n. 25.—M. sustit. por G.

(**) M. Constant, en su obra muy sabia y elocuente «Sobre la Relijion,» con sus dos tomos añadidos «Del Politeismo Romano,» ha ido reseñando la historia del politeismo con un temple filosófico, que, sin atenernos á todas sus opiniones, no podemos menos de encarecer. «La decantada tolerancia del politeismo no estribaba sobre el respeto que ha de tributar toda sociedad á la opinion individual. Las naciones politeistas, aunque mutuamente tolerantes como estados distintos, no dejaban de ignorar el principio sempiterno, la base única de la to-

(4) Los derechos, potestad y pretensiones del soberano del Olimpo se hallan despejadamente puntualizados en el libro XV de la Ilíada, se entiende en el orijinal griego, pues M. Pope, sin echarlo de ver, ha ido mejorando la teolojía de Homero (*).

(5) Véase por ejemplo á César, de Bell. Gall., VI, 17. A un siglo ú dos, los mismos Galos andaban aplicando á sus dioses los nombres de Mercurio, Marte, Apolo, etc.

(6) La obra asombrosa de Ciceron, de Natura Deorum, es el hilo mas certero para servirnos de norte en aquel abismo lóbrego y hondísimo, pues va rasgueando desembozadamente, y aventa con agudeza los dictámenes de los filósofos.

(7) No afirmo que en este siglo tan irrelijioso, el pavor tan obvio de la superticion, allá con sueños, agüeros y apariciones, carezca ya de trascendencia.

(8) Sócrates, Epicuro, Ciceron y Plutarco encargaban mas y mas un acatamiento decoroso á la relijion de su patria y del jénero humano. Era la devocion de Epicuro puntual y ejemplarísima. Diojen. en Laerc., X, 10.

(9) Polibio, l. VI, c. 53 y 54. Juvenal, Sat. XIII, se lamenta de que en su tiempo aquellas aprensiones se habian ido en gran manera amortiguando.

(10) Véase la suerte de Siracusa, Ambrasia, Tarento, Corinto, etc., la conducta de Verres en Ciceron (Accio, II. Orac. 4.); y la práctica corriente de los gobernadores, en la Sátira VIII de Juvenal.

(11) Sueton., in Claud. — Plin., Hist. Nat., XXX, 1.

(12) Peloutier, Historia de los Celtas, tom VI, p. 230-252.

lerancia ilustrada, de que cada cual es árbitro de adorar á Dios en la forma que mejor le parezca. Los ciudadanos, al contrario, tenian que conformarse con la relijion del estado, no siendo árbitros de prohijar estrañas relijiones, por mas que se franqueasen dentro de su propio recinto para los estranjeros que las profesaban.» —Sobre la Relijion, V, 184. Del Polit. Romano, II. 308. Por aquel tiempo, yendo á mas la indiferencia relijiosa, y jeneralizándose el réjimen del Imperio, los Romanos, que, como estranjeros, abrigaban todos los ritos, sin alistarse en ninguno, ocasionaron un ensanche grandísimo. En suma, la intolerancia era indudablemente la teoría de las leyes griegas y romanas, cuyo asunto se ventilará en otro lugar.

(*) Se hermanan preciosamente las espresiones de Gibbon con las del recien descubierto tratado de la República de Ciceron, aunque van por encontrado rumbo, lib. I, c. 36. «Sive hæc ad utilitatem vitæ constituta sint à principibus rerum publicarum, ut rex putaretur unus esse in cœlo, qui nutu, ut ait Homerus, totum Olympum converteret, idemque et rex et pater haberetur omnium.» —M.

(13) Séneca in Consolat. ad Helviam, p. 74., Edic. Lips.

(14) Dionysius Halicarn. Antiquitat. Roman., l. II.

(a) Sin embargo se apadrinaba en Roma tan solo el culto de los dioses estranjeros para los naturales de sus paises, y los Romanos se encargaban únicamente de los empleos sacerdotales con los dioses de sus padres; pues Gibbon, en todo el bosquejo antecedente, desentraña el motivo que los retraia de enconos relijiosos y de sus resultas. Pero por otra parte, el estado interno de aquellas relijiones, la infidelidad é hipocresía de las clases principales, su despego de toda relijion, aun en lo selecto de la plebe, en la temporada postrera de la república y con los Césares, y los principios estragadores de los filósofos, habian acarreado un influjo perniciosísimo para las costumbres, y aun para la constitucion.—W.

(15) En el año de Roma 701, quedó demolido, por disposicion del senado, el templo de Isis y de Serápis (Dion Casio, l. XL, p. 252), y aun por mano del cónsul (Valerio Máximo, I, 3.) (*). Muerto César, se restableció á espensas públicas (Dion, l. XLVII, p. 501). Hallándose Augusto en Ejipto, reverenciaba la majestad de Serápis (Dion, l. LI, p. 647); pero en el éjido de Roma, hasta cerca de media legua, vedó el culto de los dioses ejipcios (Dion, l. LIII, p. 679, l. LIV, p. 735.) Siguieron sin embargo muy de moda en su reinado (Ovid., de Art. amand., l. I.), y en el de su sucesor, hasta que provocaron las iras de Tiberio, quien providenció severísimamente (Véase Tácito, Annal. II, 85. Josefo, Antiquit., l. XVIII, c. 3). (**).

(16) Tertul. in Apologetic., c. 6, p. 74. Edit. Havercamp. Me inclino á atribuir aquel establecimiento á la devocion de la familia Flavia.

(17) Véase Tito Livio, l. XI y XXIX.

(18) Macrob. Saturnalia, l. III, c. 9, nos trae una fórmula de evocacion.

(19) Minucio Félix, in Octavio, p. 54; Arnobio, l. VI, p. 115.

(20) Tacit. Annal., XI, 24. El Orbis Romanus del erudito Spanheim

(*) Confunde aquí Gibbon dos acontecimientos, entre los cuales mediaron hasta ciento y sesenta y seis años. Sucedió en el año de Roma de 535 que habiendo dispuesto el senado la demolicion del templo de Isis y del de Serápis, ningun operario quiso entablar la empresa, y el cónsul L. Emilio Paulo mismo (Valer. Max., I. 3.) enarboló el hacha para descargar el primer golpe. Atribuye Gibbon esta particularidad al derribo segundo, que ocurrió en el año de 701, conceptuándolo como el primero.—W.

(**) Véase en las pinturas de las paredes de Pompeyo la representacion de un templo y culto isíaco. Se han rastreado en la Galia muestras de un culto Ejipcio, y se refiere que han asomado algunas en Bretaña por las escavaciones recientes de York.—M.

es una historia cabal de su admision progresiva del Lacio, Italia y las provincias á la libertad romana (*).

(21) Herodoto, V, 97. Siguió sin embargo al parecer un tanteo anchuroso y popular.

(22) Athenæus Deipnosophist., l. VI, 272. Edit. Casaub.; Meursio de Fortuna Attica, c. 4 (**).

(23) Véase una coleccion esmerada de los empadronamientos en M. de Beaufort, República Romana, l. IV, c. 4. (***).

(24) Appian, de Bell. civil., l. I.; Veleyo Patérculo, l. II, c. 15, 16, 17.

(25) Aconsejárale Mecenas que declarase por un edicto ciudadanos á todos sus súbditos. Mas es de maliciar que el historiador Dion es el autor de un consejo, muy jenial para su siglo, pero ajeno para el de Augusto.

(26) Tenian que poseer los senadores un tercio de sus haciendas en Italia. Véase Plinio, lib. VI, ep. 19; pero Marco redujo la cuota al cuarto, pues desde el reinado de Trajano, habia venido á adocenarse la Italia al par de las provincias.

(*c*) Puede dudarse de si el gobierno municipal de las ciudades era ó no la constitucion antigua italiana, mas bien que un remedo de la de Roma. Advierte Savigny que el gobierno libre de las ciudades era el distintivo descollante de Italia. Historia del Derecho Romano, I, p. 16.—M.

(27) La parte primera de la Verona Illustrata del marqués Maffei está retratando despejada y estensamente el estado de Italia con los Césares (****).

(28) Véase Pausanias, l. VII. Se avinieron los Romanos á consentir aquellos nombres de juntas que ya no habian de ser azarosas.

(29) Suele mencionarlos César. Se empeña el abate Dubos, con poquísimo acierto, en probar que las juntas de los Galos siguieron en tiempo de los emperadores. Historia del Establecimiento de la monarquía francesa, l. I, c. 4.

(*d*) Quizás está esto recargado. Conservaron los mas de los pueblos el

(*) Repara Denina (delle Revol. d' Italia l. II, cap. 1,) que los estados democráticos son los que mas escasean las regalías de ciudadanos, pues monarquías y oligarquías aumentan gustosas el vecindario. Los mayores aumentos de pujanza en Roma, con la incorporacion de conquistas, se verificaron con el gobierno rejio y el patricio, y aun con el imperial.

(**) Acerca del número de ciudadanos en Aténas, cotéjese Bæckh, sobre la Economía pública de Aténas (trad. ingl.), p. 45 y sig. Fynes Clinton, Ensayo sobre los Fastos Helénicos, tom. I, 381.—M.

(***) Despeja Niebuhr todos estos puntos con suma novedad (Historia Romana, tom. I, p. 464). Se desentiende por fabuloso del empadronamiento de Servio Tulio, tom. II, p. 78 y sig., y plantea el principio de que el padron abarcaba todas las ciudades confederadas como conciudadanas.—M.

(****) Compárese Denina, Revol. d' Italia, l. II, c. 6, p. 100, ed. en 4.°

nombramiento para los cargos concejiles; algunos siguieron con sus cuantiosas regalías, y Aténas, por ejemplo, era siempre en cuanto á la forma, ciudad confederada (Tac. Ann., II, 53). Pendian á la verdad aquellos privilejios del albedrío absoluto del emperador, quien los revocaba y reponia á su antojo. Véase Waltha, Historia del Derecho Romano, I, 324, compendio asombroso de la historia constitucional de Roma.—M.

(30) Seneca, in Consolat. ad Helviam, c. 6.

(31) Memnon apud Photium, c. 33. Valer. Máxim., IX, 2. Plutarco y Dion Casio abundan la matanza hasta 150,000 ciudadanos; mas conceptúo el número menor harto suficiente.

(32) Planteáronse hasta veinte y cinco colonias en España (véase Plin., Hist. Natur., III, 3, 4, IV, 35), y nueve en Bretaña, de las cuales Lóndres, Colchester, Lincoln, Chester, Gloucester y Bath aun permanecen pueblos considerables (véase Ricardo de Direncester, p. 36, y Whitaker, Historia de Manchester, l. I, c. 3).

(33) Aulo Gell., Noctes Attica, XVI, 13. Manifestó el emperador Adriano estrañeza de que las ciudades de Utica, Gádes é Itálica, en el goce ya del derecho de *municipios*, solicitasen el dictado de *Colonias*. Hízose sin embargo de moda aquel ejemplar, y rebosaron por el imperio las colonias honorarias. Véase Spanheim, de Usu Numismatum, Dissertat. XIII.

(*e*) Se cifraba en el derecho del Lacio una exencion del gobierno del prefecto de Roma, como despejadamente lo está manifestando Estrabon, l. IV, p. 295, edic. de Casaub. Véase tambien Walther, p. 233.—M.

(34) Spanheim, Orbis Romanus, c. 8, p. 62.

(35) Aristid in Romæ Encomio, t. I, p. 218. Edit. Yebb.

(36) Tacit., Annal., XI, 23, 24; Hist., IV, 74.

(37) Véase Plin., Hist. Natur., III, 5; Augustin de Civitate Dei, XIX, 7; Lipsio de pronunciatione Linguæ Latinæ, c. 3.

(38) Apuleyo y Agustin son los fiadores por Africa; Estrabon por España y las Galias; Tácito, en la vida de Agrícola, por Bretaña, y Veleyo Patérculo por Panonia. Podemos añadirles el contexto de las Inscripciones (*).

(*) Contradice M. Hallam este aserto en cuanto á Bretaña. «Nunca los Romanos lograron prohijar su idioma, sin que me conste si lo apetecian en esta isla, como lo estamos presenciando con esta lengua reacia bretona que sobrevivió á dos conquistas.» Desentraña él mismo el paso de Tácito (Agric., XXI) á que Gibbon se refiere; pues afirma únicamente los progresos en estudios latinos de las clases altas. Midd., Siglos, III, 314. Era probablemente idioma de

(39) Conservóse el celta en las sierras de Gáles, Cornualles y Armórica. Se hace reparable que Apuleyo esté afeando á un mancebo que vivia con el populacho el uso del púnico, al paso que tenia casi olvidado el griego, y ni acertaba ni queria hablar latin (Apolog., p. 596). Las mas de las feligresías de San Agustin desconocian el púnico.

(40) La sola España produjo á Columela, los Sénecas, Lucano, Marcial y Quintiliano.

(41) No hay en mi concepto, desde Dionisio hasta Libanio, un solo Griego que nombre á Virjilio ni á Horacio, aparentando ignorar que los Romanos tuviesen algun escritor apreciable.

(42) Podrá el lector curioso ver en Dupin (Biblioteca Eclesiástica, t. XIX, p. I, c. 8.) como se estaban todavía conservando los idiomas siríaco y ejipcio.

(43) Véase Juvenal, Sat. III y XV. Amian. Marcelino, XXII, 16.

(44) Dion Casio, l. LXXVII, p. 1275. Ocurrió el primer ejemplar en el reinado de Séptimo Severo.

(45) Véase Valerio Máximo, l. II, c. 2, n. 2. El emperador Claudio reesclavizó á un Griego sobresaliente por no entender el latin. Estaria probablemente empleado. Suetonio en Claudio, c. 16 (*).

(*f*) Por lo mismo eran las guerras tan sangrientas y las batallas tan reñidas. El inmortal Robertson, en un discurso preciosísimo sobre el estado del mundo en la temporada del establecimiento del Cristianismo, ha rasgueado al vivo las resultas fatales de la esclavitud, donde se están presenciando toda la trascendencia de sus miras y la pujanza de su entendimiento. Iré contraponiendo algunos pasos á las reflexiones de Gibbon. Verá el lector con algun interés las verdades, que parece equivocó Gibbon ó desatendió voluntariamente, desentrañadas por uno de los mejores historiadores modernos. Se hace del caso irlas aquí recordando para despejar adecuadamente los hechos y sus consecuencias; y me valdré repetidamente con dicho intento del discurso de Robertson.

«Cautivos cojidos en la guerra serian probablemente los primeros individuos avasallados para la servidumbre perpetua; y cuando las urjencias ó el lujo de los hombres aumentaron la demanda de esclavos, todos los arbitrios nuevos iban reforzando su número, reduciendo á los vencidos á esta situacion desastrada; procediendo de aquí aquel ímpetu sañudo y desesperado con que guerreaban los antiguos. Cuando cadenas y esclavi-

la corte, y reinaba en los negocios públicos, prevaleciendo en las colonias romanas. — M.

(*) En ambos idiomas parece que se ventilaron causas en el mismo senado. Val. Max., loc. cit., Dion, l. LVII, c. 15.—M.

tud eran la suerte que habia de caber al avasallado, se trababan allá las batallas y se defendian los pueblos con un enfurecimiento que procedia de lo infinito que les horrorizaba aquel estado; y así el Cristianismo, acabando con la servidumbre, estendió su halagüeño influjo hasta la práctica de la guerra, con la cual aparece incompatible; y así tambien aquel arte bárbaro, mediando ya impulsos de humanidad, dejó de ser tan esterminador. La resistencia de los vencidos amainó al par de la fiereza de los vencedores, y la causa predominante de la menor ferocidad y derramamiento de sangre en las victorias se cifra en las máximas compasivas del Cristianismo.»—G.

(46) En el campamento de Luculo, se vendió un buey por una dracma y un esclavo por cuatro ú por unos 11 reales. Plutarch. in Lucull., p. 580 (*).

(47) Diodoro Sículo en las Eglog. de Hist., l. XXXIV y XXXVI; Floro, III, 19, 20.

(g) «Siendo L. Domicio pretor en Sicilia, mató un esclavo un jabalí descomunal, y el pretor, pasmado de aquel arrojo y maestría, quiso ver al matador. El desventurado, todo ufano con aquella fineza, se presenta al pretor, esperanzado de merecerle alabanzas y premio; pero Domicio, enterado de que no tenia mas que un venablo para su heroicidad, lo mandó crucificar, bajo el pretesto irracional de que estaba vedada aquella arma, como las demás, á todo esclavo.» Pasmará acaso aun menos la crueldad de Domicio que la frescura con que el orador romano refiere el hecho, pues le hace tan poca mella, que se espresa en estos términos: «Durum hoc fortasse videatur, neque ego in ullam partem disputo.» «Aparecerá esto violento, mas yo no tomo partido.» Y el mismo orador prorumpe en el propio discurso: «Facinus est cruciare civem romanum; scelus verberare; prope parricidium necare quid dicam in crucem tollere.» «Delito es atropellar á un ciudadano romano, maldad el azotarlo, casi parricidio el matarlo: ¿qué dirémos de crucificarlo?»

Nótase en jeneral en este paso de Gibbon sobre la esclavitud indiferencia reprensible, y mas de un encarecimiento de imparcialidad que raya en sinrazon. Se empeña en apocar cuanto horrorizan el estado y tratamiento de los esclavos, dándonos á entender que tamañas tropelías eran *parto de la necesidad;* y así va describiendo esmeradamente los menores alivios de condicion tan lastimosa; luego atribuye á las *virtudes* ó á la po-

(*) Se hicieron mas de 100.000 prisioneros en la guerra de los Judíos.—G. Historia de los Judíos, III, 71. Segun la tradicion que cita san Jerónimo, tras la sublevacion del tiempo de Adriano, se vendian al precio de los caballos. *Ibid.*, 124. Compárese Blair sobre la Esclavitud romana, p. 19.—M.

lítica de los emperadores la mejora progresiva en la suerte de los esclavos, y pasa por alto el móvil mas eficaz, el que, despues de hacerlos menos desdichados, ha venido en libertarlos de cadenas y padecimientos — que es el cristianismo. Facilísimo seria el ir acumulando ejemplares horrorosos del modo con que solian los Romanos tratar á los esclavos, pues hay obras enteras dedicadas al intento, y así me remito á ellas. Pero ciertos apuntes del discurso recien citado de Robertson nos demostrarán que, al rasguear Gibbon los alivios que lograban los esclavos, á poco de planteado el Cristianismo, no podia menos de reconocer su influjo, á no tener acordado de antemano el orillar aquel benéfico móvil.

« Al plantearse el gobierno despótico en el Imperio romano, en breve se estremó asombrosamente la tiranía casera, pues en suelo tan dañino, cuantos vicios aborta el poderío en los grandes, ó enjendra la tropelía en los ínfimos, descollaron arrebatadamente. El Evanjelio, no con la autoridad de algun precepto aislado, sino con su temple y propension, mas eficaces que todo mandamiento, ha venido á desterrar la esclavitud del orbe. Suave y halagüeño era el impulso que infundia de suyo el Cristianismo, y las doctrinas que enseñaba fueron dando tanto realce y señorío á la naturaleza humana, que la rescató de la servidumbre deshonrosa en que yacia. »

En vano pues se empeña Gibbon en achacar al afan únicamente de aumentar sus esclavos el sistema ya mas suave que introdujeron á su favor los Romanos. Hasta entónces habia obrado contrapuestamente aquella causa: ¿cómo pues vino de repente á tener un influjo tan diverso? « Fomentaban, dice, los dueños el enlace de los esclavos; los impulsos naturales y el hábito de la educacion acudieron á mitigar los quebrantos de la esclavitud. » Los hijos de siervos eran propiedad de los dueños, pudiéndolos enajenar y disponer de ellos á su albedrío. ¿Cabe el que, en tal situacion y bajo este concepto, la educacion ó la naturaleza inclinen á la mansedumbre? No hay que atribuir á móviles endebles ó ineficaces efectos que corresponden á causas mas poderosas; y aun cuando en realidad aquellas causas menores tuviesen allá algun influjo innegable, téngase presente que estas mismas son parto de otra causa fundamental, grandiosa y abarcadora, que, inclinando el ánimo por un rumbo desinteresado y humano, labra en el corazon, por medio de su empuje y con el trueque de costumbres, el resultado venturoso que llevaba por delante. — G.

He conservado por entero la nota de M. Guizot, aunque, con su afan por la dicha imponderable de la libertad y el Cristianismo, ha venido á propasarse contra Gibbon. Mejoró indudablemente la condicion de los esclavos con los emperadores. El dicho de una gran autoridad: « un esclavo

se halla mejor con un gobierno absoluto que con los libres (Smith, Riqueza de las Naciones, IV, 7.) tiene en mi concepto el arrimo de la historia en todos tiempos y naciones.» Hechos históricos son los edictos amparadores de Adriano y de los Antoninos, y no cabe atribuirlos al influjo halagüeño del Cristianismo, como tampoco al estilo mas suave de los escritores paganos, como Séneca (particularmente en la Ep. 47.), Plinio ú Plutarco, pues el mismo Gibbon admite el influjo posterior del Cristianismo. Guillermo Blair ha desentrañado últimamente con esmero y tino el asunto de la esclavitud en un tomo apreciable, Edimburgo 1833. Permítasenos remitirnos al paso de la elocuencia aun permanente de Pitt, esto es, la descripcion de un traficante de esclavos sobre la costa de Bretaña, á la que sentencia, como Romano, á un barbarismo irredimible para semillero perpetuo de esclavos. Arengas, t. II, p. 80.

Hay que añadir que Gibbon fué uno de los primeros y mas firmes opositores al comercio de esclavos africanos. Véase la Hist., c. XXV, y las cartas á Lord Sheffield, Misc.—M.

(48) Véase un ejemplar notable de rigor en Ciceron, in Verrem, V, 3.

(*h*) Debe igualmente entrar en cuenta un comercio activísimo por varios puntos, con especialidad el Euxino, las provincias orientales, la costa de Africa y la Bretaña. Blair, 23,—32.— M.

(*i*) Los Romanos, en los primeros y últimos tiempos de la república, consentian en los esclavos un jénero de enlace (contubernium): mas el lujo seguia pidiendo siempre mas y mas esclavos. No alcanzaba el aumento de su prole, y se acudió á la compra de esclavos, que se hacia aun en las provincias orientales, súbditas de los Romanos; constando además que el estado de esclavitud favorece poquísimo á la poblacion. Véanse Hame y Multhus, I, 334.—G. El testimonio de Apiano (A. C., l. I, c. 7.) es terminante sobre la multiplicacion de los esclavos labriegos, y se corrobora con los muchos alistados en las guerras civiles. Compárese tambien Blair, p. 119.—M.

(49) Véanse en Grutero y demás coleccionistas crecidísimo número de inscripciones dedicadas por esclavos á sus mujeres, ó sus niños, compañeros, amos, etc. Son probablemente del tiempo de los emperadores.

(50) Véase la Historia Augustana y la Disertacion de M. Burigny, en el t. XXXV de la Academia de Inscripciones, sobre los esclavos Romanos.

(51) Véase otra Disertacion de M. de Burigny, en el t. XXXVII, sobre los libertos Romanos.

(52) Spanheim, Orbis Roman., l. I, c. 16, p. 124, etc.

(53) Séneca, de Clementia, l. I, c. 24. Está mas espresivo el orijinal: «Quantum periculum immineret si servi nostri numerare nos cœpissent.»

(54) Véase Plin. (Hist. Nat, l. XXXIII), y Ateneo (Deipnosophist., l. VI, p. 272). Afirma osadamente el segundo que conoció á muchos (παμπολλοί) Romanos que poseian, no para utilidad, sino por boato, diez mil, y aun veinte mil esclavos.

(55) No hay en Paris mas que 43.700 criados de todas clases, guarismo que no llega al dozavo del vecindario. Messange, Investigaciones sobre la poblacion, p. 186.

(56) Un esclavo instruido se vendia en largos miles de reales. Atico los mantenia, y aun los enseñaba por sí mismo. Cornel. Nep. in Vita, c. 13.

(57) Muchos de los médicos romanos solian ser esclavos. Véase la Disertacion y Defensa de Middleton.

(58) Sus grados y faenas se hallan cumplidamente puntualizados en Pignorio, de Servis.

(59) Tacit., Annal. XIV, 43. Se les ajustició á todos por no haber precavido el homicidio del amo (*).

(60) Apul. in Apologet., p. 548. Edit. Delphin.

(61) Plin., Hist. Natur., l. XXXIII, 47.

j) Segun Robertson, eran duplicados los esclavos que los ciudadanos libres.—G. M. Blair computa tres esclavos para un ciudadano entre la conquista de Grecia, antes de C. 146, y el reinado de Alejandro Severo, 222, 235 despues de C. Probablemente era mas desproporcionado el número en Italia que en las provincias.—M.

(62) Regulando veinte millones en Francia, veinte y dos en Alemania, cuatro en Hungría, diez en Italia con sus islas, ocho en la Gran Bretaña é Irlanda, ocho en España y Portugal, diez ó doce en la Rusia europea, seis en Polonia, seis en Grecia y Turquía, cuatro en Suecia, tres en Dinamarca y Noruega, y cuatro en los Paises Bajos, asciende el total á ciento y cinco ú ciento y siete millones. Véase Voltaire, Historia Jeneral (**).

(63) Joseph, de Bell. Judaico, l. II, c. 16. La arenga de Agripa, ó mas bien, del historiador, retrata puntualmente el imperio romano.

(64) Sueton. in August., c. 28. Edificó Augusto en Roma el templo y foro de Marte el Vengador, el templo de Júpiter Tonante en el Capitolio, el de Apolo Palatino, con librerías públicas, el pórtico y la basílica de Cayo y Lucio, los pórticos de Livia y Octavia, y el teatro de

(*) Se hace muy reparable la arenga de Casio por los impulsos altaneros y medrosos de la aristocracia romana sobre el particular.—M.

(**) La poblacion actual de Europa se regula en 227.700.000. Malte Brun. Jeogr., edicion. de 1832. Véase el pormenor en sus diferentes tomos. Otra

Marcelo. Ministros y jenerales remedaban al soberano, y su amigo Agripa dejó el monumento sempiterno del Panteon.

(65) Véase Maffei, Verona illustrata, l. IV, p. 68.

(66) Véase el libro X de las cartas de Plinio, quien menciona las obras siguientes ejecutadas á costa de los pueblos. En Nicomedia, un foro nuevo, un acueducto y una azequia empezada por un rey; en Niza, un jimnasio y un teatro, que habia costado ya cerca de cuatrocientos mil duros; baños en Prusa y en Claudiopolis, y un acueducto de cinco leguas para el uso de Sínope.

(67) Dispuso Adriano otro arreglo mas equitativo, dividiendo todo hallazgo entre el derecho del dueño y del hallador. Hist. August., p. 9.

(68) Philostrat. in Vita Sophist., l. II, p. 548.

(69) Aulo Jelio, in Noct. Attic., I, 2, IX, 2, XVIII, 10, XIX, 12. Philostrat., p. 564.

(*k*) Servia igualmente el Odeon para el recitado de comedias y trajedias nuevas; se leian y ensayaban antes de representarlas, sin música ni decoraciones, etc., sin que se llegase á representar en el teatro drama alguno sino con aprobacion de los jueces nombrados al intento. El rey de Capadocia, restablecedor del Odeon quemado por Sila, fué Araobarzanes. Véase Martini, Disertacion sobre los Odeones de los Antiguos, Leipsic, 1767, p. 10—91.—W.

(70) Véase Philostrat., l. II, p. 548, 566. Pausanias, l. I y VII, 10. La vida de Heródes, en el t. XXX de las Memorias de la Academia de Inscripciones.

(71) Lo advierte peculiarmente de AténasDicearco, de Statu Græciæ, p. 8, inter Geographos Minores, edit. Hudson.

autoridad (Almanaque de Gotha), citada en una publicacion inglesa, trae el pormenor siguiente:

Francia.	32.897.152	Del frente. . .	204.637.267
Alemania con Hungría, Prusia y Polonia austríaca.	56.136.213	Grecia.	637.700
		Islas Jónicas. . . .	208.100
		Suecia y Noruega.. .	3.914.963
Italia.	20.548.616	Dinamarca.	2.012.998
Inglaterra é Irlanda. .	24.062.947	Béljica.	3.533.538
España y Portugal. . .	13.953.959 3.144.000	Holanda.	2.444.550
		Suiza.	1.985.000
Rusia con Polonia. . .	44.220.600	Total.	219.374.116
Cracovia.	128.480		
Turquía y el Bajalato de Dschesair. . . .	9.545.300		
Al frente.	204.637.267		

(72) Donato, de Roma Vetere, l. III, c. 4, 5 y 6. Nardini, Roma Antica, l. III, 11, 12 y 13, y una descripcion manuscrita de la antigua Roma por Bernardo Oricelario ó Rucellai, de la cual logré copia de la librería del canónigo Ricardi en Florencia. Menciona Plinio dos pinturas decantadas de Timantes en el templo de la Paz, y el Laocoonte se halló en los baños de Tito.

(*l*) El emperador Vespasiano, edificador del templo de la Paz, ate-soróen él cuantas pinturas, estátuas y otros artefactos se habian salvado de los alborotos civiles. Juntábanse allí los artistas y literatos de Roma, y se han desenterrado un sinnúmero de preciosidades del solar de aquel templo. Véanse las notas de Reimar sobre Dion Casio, LXVI, c. 15, p. 1083.—W.

(73) Montfaucon, la Antigüedad Esplicada, t. IV, p. 2, l. I, c. 9. Fabretti compuso una disertacion muy sabia sobre los acueductos de Roma.

(74) Eliano, Hist. Var., l. IX, c. 16. Vivió en tiempo de Alejandro Severo. Véase Fabricio, Bibliotheca Græca, l. IV, c. 21.

(*m*) Desata esto hasta cierto punto la dificultad suscitada por Tito Livio, sobre tantísimos ejércitos como levantaban los pequeños estados cercanos á Roma, al paso que en su tiempo un cuerpo harto escaso de soldados libres, entre crecida poblacion de esclavos, iba arrollando aquellas soledades. Vix seminario exiguo militum relicto, servitia Romana ab solitudine vindicant, l. VI, VII. Compárese Apiano, Bell. Civ. I. 7.—M. sustit. por G.

(75) Joseph., de Bell. Jud., II, 16. Menciónase sin embargo el número y se ha de entender con algun ensanche (*).

(76) Plin., Hist. Natur., III, 5.

(77) Plin., Hist. Natur., III, 3, 4; IV, 35. Aparece auténtica y esmerada la lista, pues se van dividiendo las provincias y la diversa entidad de las ciudades muy circunstanciadamente.

(78) Estrabon, Jeograf., l. XVII, p. 1189.

(79) Joseph., de Bell. Jud., II, 16; Philostr. in Vit. Sophist., l. II, p. 548, Edit. Olear.

(*) No cabe por cierto confianza en el paso de Josefo, pues hace que Agripa aconseje á los Judíos como á la potestad romana, y luego rebosa el discurso de mil declamaciones que no hacen fe para la historia. En su reseña de las naciones sujetas á los Romanos, habla de las Galias sojuzgadas por 1200 soldados, lo que es falso, habiendo ocho lejiones en la Galia (Tac., IV, 5), donde hay cerca de mil y doscientas ciudades.—G. Josefo mas abajo coloca las ocho lejiones sobre el Rin, como lo hace Tácito.—M.

(80) Tacit., Annal., IV, 55. Me ha costado algun afan el ir descubriendo y parangonando los viajeros modernos sobre la suerte de aquellas once ciudades del Asia; yacen totalmente esterminadas hasta siete ú ocho, Hipepe, Trales, Laodicea, Ilio, Halicarnaso, Mileto, Efeso, y podemos añadir Sardes. De las subsistentes, Pérgamo viene á ser un aldeon desparramado de dos ó tres mil moradores. Magnesia, bajo el nombre de Guzel-hisar, pueblo de alguna entidad, y Esmirna, ciudad grandiosa con cien mil habitantes; pero aun en Esmirna, al paso que los Francos están sosteniendo el comercio, los Turcos han acabado con las artes.

(81) Véase una descripcion esmerada y agradable de las ruinas de Laodicea, en los viajes de Chandler por el Asia Menor, p. 225, etc.

(82) Estrabon, l. XII, p. 866. Habia estudiado en Trales.

(83) Véase una Disertacion de M. Boze, Mem. de la Academia, tomo XVIII. Pronunció Arístides una arenga, que subsiste todavía, para hermanar á entrambas ciudades.

(84) La poblacion de Ejipto, escepto el vecindario de Alejandría, era de siete millones y medio (Joseph., de Bell. Jud., II, 16). Bajo el gobierno militar de los Mamelucos, se suponian á la Siria sesenta mil aldeas (Hist. de Timur Bec, l. V, c. 20).

(85) Por el Itinerario siguiente se formará algun concepto del rumbo de la carretera y de la distancia entre las ciudades principales. I. Desde la valla de Antonino á York, 222 millas romanas. II. Lóndres 227. III. Rhutupia y Sandwich 67. IV. La navegacion á Bolonia 45. V. Reims 174. VI. Lion 330. VII. Milan 324. VIII. Roma 426. IX. Brindis 360. X. La navegacion á Dirraquio 40. XI. Bizancio 711. XII. Ancira 283. XIII. Tarso 301. XIV. Antioquía 141. XV. Tiro 252. XVI. Jerusalen 168. Al todo 4080 millas romanas, ó 3.740 inglesas. Véanse los itinerarios publicados por Weseling, con sus notas; Gale y Stukeley por Bretaña, y M. d'Anville por la Galia y la Italia.

(86) Montfaucon, Antigüedad Esplicada (t. IV, p. 2, l. I, c. 5), trae descritos los puentes de Narni, Alcántara, Nimes, etc.

(87) Bergier, Historia de las Carreteras del Imperio Romano, l. II, c. 1—28

(88) Procopio in Hist. Arcana, c. 30. Bergier, Historia de las Carreteras, l. IV. Codex Theodosianus, l. VIII, tit. V, vol. II, p. 506—563, con el sabio comentario de Godefroy.

(89) En tiempo de Teodosio, Cesareo, majistrado de encumbrada jerarquía, vino en posta de Antioquía á Constantinopla. Salió de noche, llegó á Capadocia (165 millas de Antioquía) la tarde siguiente, y llegó el sexto dia á Constantinopla por la siesta. Era la distancia total de 725

millas romanas, ó 665 inglesas. Véase Libanio, Oracion XXII, y los Itinerarios, p. 572—581 (*).

(n) Augusto fué el establecedor de las postas para la comunicacion de noticias. Suet. Aug., 49. ¿Viajaban los correos con asombrosa dilijencia. Blair, sobre la Esclavitud Romana, nota, p. 261. Se hace probable que al principio las postas estaban vinculadas al servicio público y se aprontaban por empresa. Nerva, segun aparece por las medallas, hizo una mutacion trascendental, « pues planteó postas por todas las carreteras de Italia, costeándolo todo de su propio peculio. » Adriano, hecho cargo de la entidad de aquella mejora, la estendió á todas las provincias del imperio. Cardwell sobre Monedas, p. 220.—M.

(90) Plinio, privado y ministro, acudió á pedir caballos de posta para su mujer, aunque con motivo urjentísimo. Epist. X, 121 y 122.

(91) Bergier, Historia de las Carreteras, l. IV, c. 49.

(92) Plinio, Hist. Natur., XIX, 1 (**).

(93) Se hace probable que Griegos y Fenicios introducirian algunas artes trascendentales por las cercanías de Marsella y de Cádiz.

(94) Véase la Odisea de Homero, l. IX, v. 358.

(95) Plin., Hist. Natur., l. XIV.

(96) Estrabon, Jeograf., l. IV, p. 269. Era como proverbial entre los antiguos el frio intensísimo de las Galias (***).

(97) Al principio del siglo IV, el orador Eumenio (Panegyric. Verter., VIII, 6, edit. Delphin.) habla de los viñedos en el término de Autun, muy desmejorados con el tiempo, y cuyo primer plantío se ignoraba completamente. El Pago Arabrigno, en concepto de M. d'Anville, el

(*) Se cita en los Viajes de Walpole un correo, II, 335, que debia atravesar desde Alepo á Constantinopla, mucho mas de doscientas leguas, en ocho dias, viaje usualmente corto.—M.

(**) Dice Plinio Puteolo que seria el desembarcadero de levante; véanse los viajes de san Pablo, Actos, XXVIII, 13, y Josefo, Vida, c. 3.—M.

(***) Estrabon tan solo dice que la uva no sazonaba ἡ ἄμπελος οὐ ῥαδίως τελεσφορεῖ. Ya hubo intentos en tiempo de Augusto para connaturalizar la vid en el norte de la Galia, pero el frio era sobrado intenso. Diod. Síc., edit. Rhodom p. 304. —W. Diodoro (lib. V, 26) retrata al vivo á los traficantes italianos, comerciando con los *salvajes* de la Galia; un tonel de vino por un esclavo.—M.

Aparece por el tratado recien descubierto de Ciceron sobre la República, que habia en ella una ley vedando el cultivo de la vid y del olivo allende los Alpes, para que no desmereciesen los frutos de Italia. Nos *justissimi* homines, qui transalpinas gentes oleam et vitem serere non sinimus, quo pluris sint nostra oliveta, nostræque vineæ; lib. III, 9. La ley prohibidora de Domiciano se cohonestaba con el fomento del cultivo de los granos., Suet. Dom., VII. La revocó Probo. Vopisco, Probo, 18.—M.

distrito de Beaune, es todavía decantado por la sobresalencia de sus majuelos en Borgoña (*).

(98) Plin., Hist. Natur., l. XV.

(99) Plin., Hist. Natur., l. XIX.

(100) Véanse los ensayos amenos sobre agricultura por M. Harte, quien ha ido recojiendo cuanto han dicho antiguos y modernos sobre la alfalfa.

(101) Tácit., Germania, c. 45. Plin., Hist. Natur., XXXVII, 13. Repara el último con algun enojo que ni aun la moda habia puesto en auje el uso del ámbar. Envió Neron un caballero romano para comprar una gran partida en el mismo sitio donde se criaba por la costa de la Prusia moderna.

(102) Llamada Taprobana por los Romanos, y Serendib por los Arabes. Descubrióse en el reinado de Claudio, y vino á parar en ser el principal mercado del Oriente.

(103) Plin., Hist. Natur., l. VI; Estrabon, l. XVII.

(104) Hist. August., p. 224. Se conceptuaba la ropa de seda realce para la mujer y desdoro para el hombre.

(105) Las dos pesquerías mayores de perlas eran las idénticas de ahora, Ormuz y Cabo Comorin. En cuanto cabe parangonar la jeografía antigua con la moderna, se surtia Roma de diamantes de la mina de Jumelpur, en Bengala, descrita en el viaje de Tavernier, t. II, p. 281.

(o) No era positivamente el único, pues los Indios no se pagaban tanto de los productos estranjeros. Trae Arriano una razon dilatada de los jéneros europeos que recibian en cambio de los suyos; vino italiano y otros, cobre, estaño, plomo, coral, crisólito, estorax, cristal, vestidos de uno ú muchos colores, ceñidores, etc. Véase el Périplo del Mar Rojo en Hudson, Geograph. Min. I, p. 27.—W. Advierte el traductor aleman que Gibbon vincula el uso de los aromas en el culto relijioso y en los funerales; consistiendo su yerro en omitir otras especies que usaban mucho los Romanos en sus cocinas. Admite sin embargo Wenk que el renglon principal era la plata.—M.

En 1787, un campesino (junto á Nelore en el Carnático) tropezó cavando con los restos de un templo indio; halló tambien una olla con moneda y medallas del siglo segundo, por lo mas de Trajano, Adriano y Faustina, todas de oro, muchas tersas y hermosas, otras desgastadas

(*) Se comprueba esto por un paso de Plinio el Mayor, segun el cual ciertas uvas (vitis picata, vinum picatum) crecian de suyo en el término de Viena, y se trasplantaron al pais de Arverno (la Auverña), de los Helvios (el Vivàres), los Seguanos (Borgoña y Franco-Condado.) Escribia Plinio en 77. Hist. Natur., XIV, 1.—W.

y agujereadas, como si se hubiesen llevado por adornos. Investigaciones Asiáticas, II, 19.—M.

(106) Tácit., Annal., III, 53. En una arenga de Tiberio.

(107) Plin., Hist. Natur., XII, 18. En otro lugar reduce á la mitad esta suma; Quingenties H. S. por la India, con esclusion de la Arabia.

(108) La proporcion, que era de 1 á 10 y 12 y $\frac{1}{2}$, ascendió á 14$\frac{2}{5}$ la cuota legal de Constantino. Véanse las Tablas de Arbuthnot sobre las monedas antiguas, c. V.

(109) Entre otros muchos pasos, véase Plin. (Hist. Natur., III, 5). Arístides (de Urbe Roma), y Tertuliano (de Anima, c. 30).

(110) Heródes Atico dió al sofista Polemon mas de cuarenta mil duros por tres declamaciones. Véase Philostrato, l. 1, p. 538. Fundaron los Antoninos en Aténas una escuela, donde se costeaban catedráticos de gramática, retórica, estadística y las cuatro sectas de filosofía, á espensas del público para la enseñanza de los jóvenes (*). La dotacion de cada filósofo era de diez mil dracmas, unos mil y quinientos duros al año; y habia á su remedo establecimientos en las demás ciudades populosas del imperio. Véase Luciano in Eunuch., t. II, p. 352, edit. Reitz. Philostrat., l. II, p. 556. Hist. August., p. 21. Dion Casio, l. LXXI, p. 1195. El mismo Juvenal, en una sátira avinagrada y rebosante de envidia, tiene que decir sin embargo:

—O Juvenes, circumspicit et stimulat vos,
Materiamque sibi Ducis indulgentia quærit.
Sat. VII, 20.

(*p*) Este fallo es severísimo, pues, además de los médicos, astrónomos y gramáticos, entre quienes descollaron algunos, hubo, con Adriano, Suetonio, Floro y Plutarco, y con los Antoninos, Arriano, Pausanias, Apiano, el mismo Marco Aurelio, Sexto Empírico, etc. Aventajó en gran manera la jurisprudencia con los desvelos de Salvio Juliano, Julio Celso, Sex. Pomponio, Cayo y otros. — G. de W. Pero ¿cuál es entre ellos el escritor de verdadero númen, sino acaso Plutarco? ¿y de lenguaje acendrado y elegante? — M.

(111) Longin., de Sublim., c. 44, p. 229, edit. Toll. Aquí podemos decir tambien de Lonjino: « su propio ejemplo no está robusteciendo sus reglas. » En vez de rasguear varonilmente sus dictámenes, los va apuntando con suma cautela, poniéndolos en boca de un amigo, y en cuanto cabe rastrearlo por el contexto estragado, hace gala luego de refutarlos.

(*) Fué Vespasiano el primero que asalarió á los catedráticos, señalando á los de retórica griega y romana centena sestertia (Suet. in Vesp., 18). No eran Adriano y los Antoninos de suyo dadivosos tan profusos.—G. de W.—Escribió Suetonio, annua centena, L, 807, 5, 10.—M.

CAPITULO III.

Constitucion del Imperio Romano en la época de los Antoninos.

Definese llanamente la monarquía estado en que un solo individuo tiene á su cargo, bajo cualquiera que fuere su dictado, la ejecucion de las leyes, el manejo de los caudales, y el mando de las armas; mas á no mediar, para el resguardo de cada cual, el desvelo de celadores denodados, aquel descollante señorío bastardea luego y para en despotismo. El influjo del sacerdocio puede tal vez redundar en afianzamiento de los derechos naturales; pero hermánanse siempre el trono y el altar, y por maravilla vino tal cual vez á tremolar el estandarte eclesiástico en los vaivenes de la muchedumbre (*a*). Una nobleza guerrera y unos comuneros indómitos, empuñando aferradamente el acero en defensa de sus haberes, y apersonados solemnemente en juntas constitucionales, pueden únicamente equilibrar el estado y conservar intacta su forma contra los intentos de un príncipe descomedido.

Derribadas ya las vallas que escudaban la constitucion romana por la ambicion descompasada del dictador, quedó desvanecido todo rastro con la mano esterminadora del triunviro. Tras la victoria de Accio, quedó el destino de Roma colgado del albedrío de Octaviano, por sobrenombre César, con la adopcion del tio, y luego Augusto por la adulacion del senado. Encabezaba el vencedor cuarenta y cuatro lejiones veteranas (1), engreidas con su poder, despreciadoras de la quebrantada constitucion, empapadas en sangre y esterminio por espacio de veinte años de guerra civil, é idólatras de la familia del César, manantial y espectativa única de cuantiosos galardones. Las provincias, desangradas allá por los empleados de la república, ansiaban el gobierno monárquico cuyo señorío avasallase, en vez de mancomunarse con aquellos tiranos. La plebe de Roma, complacida interiormente con la humillacion de la aristocracia, clamaba tan solo por pan y espectáculos, y quedaba colmadamente satisfecha de uno y otro con las larguezas de Augusto. Los acaudalados y cultos Italianos, prendados casi universalmente de la filosofía epicúrea, disfrutaban el agasajo actual de sosiego y ensanche, y no daban cabida en su embeleso á los soñados recuerdos de su antigua y alborotada in-

dependencia. Apeado de su boato y poderío el senado, muchas de las familias esclarecidas yacian en la huesa, y los republicanos mas gallardos y consumados habian fenecido en las refriegas ó en la proscripcion. Abrióse de par en par el supremo recinto estudiadamente á una muchedumbre bastarda de mas de mil individuos que afrentaban la jerarquía en vez de condecorarla (2).

La reforma del senado fué uno de los primeros pasos en que Augusto orilló las ínfulas de tirano para revestir el timbre de padre de la patria. Nombrado censor, y asociado con su íntimo Agripa, fué examinando el padron del senado, arrojó á algunos (*b*) cuya liviandad y pertinacia requerian escarmiento; recabó como de unos doscientos que evitasen el desdoro de la espulsion por medio de un retiro voluntario; subió la cuota de la habilitacion á cerca de cincuenta mil duros de haber; creó un crecido número de familias patricias, y se apropió el dictado relevante de príncipe del senado (*c*), concedido siempre por los censores al ciudadano mas sobresaliente por sus servicios y blasones (3). Pero al restablecer los timbres, dió al través con la independencia del senado. Fallecieron desahuciadamente los principios constitutivos, en dependiendo la potestad lejislativa de la ejecutiva.

Afianzados y dispuestos ya los ánimos, pronunció Augusto un discurso estudiado, aparentando patriotismo y disfrazando su ambicion. «Se lamentó y disculpó de su conducta anterior, achacándola á la precision de vengar, á impulsos de su cariño, la muerte de un padre. Habia tal vez cedido su temple bonancible al adusto imperio de la necesidad por su estrecho enlace con sus indispensables y malvados compañeros; pues mientras vivió Antonio, le vedaba la misma república su abandono en manos de un romano bastardo y de una reina bárbara. Hallábase á la sazon dueño de acudir á su deber y disfrutar su propension, y así reponia solemnemente al senado y al pueblo en el goce de sus derechos, pues su anhelo se concentraba todo en alternar con sus conciudadanos y en gozar la dicha que habia acarreado á su patria (4).»

Competia á la pluma de Tácito (si lo presenciara) el retratar al vivo las encontradas sensaciones del senado, tanto las que se encubrian como las que se aparentaban. Espuesta era la avenencia, pero mucho mas la desconfianza en las manifestaciones de Augusto. Las ventajas respectivas de la monarquía ó la república han dado ancho campo á las contiendas especulativas; pero la actual grandeza del estado romano, el estrago de costumbres y el desenfreno de la soldadesca suministraban un cúmulo de argumentos á cuantos abogaban por el sistema monárquico, mientras mediaban en estas jeneralidades gubernativas las esperanzas ó los temores de cada individuo en particular. A esta confusion de impulsos se sobrepuso unánime y terminantemente la contestacion del senado. Rehusó

la renuncia de Octavio, rogándole que no desamparase la república que habia logrado salvar. Tras cierta resistencia decorosa, el taimado tirano se avino á las disposiciones del senado, cargando desde luego con el gobierno de las provincias y el mando de los ejércitos, bajo los dictados ya bien conocidos de procónsul y emperador (5), pero solo para el plazo de diez años, esperando que aun antes de cumplidos, quedarian desvanecidas las llagas de la república con todo rastro de discordia civil, y que entónces, vuelto en sí el estado, y descollando con su primitiva fuerza, por ningun título necesitaria la intervencion arriesgada de tan estraordinario majistrado. El recuerdo de esta farsa, repetida varias veces en la vida de Augusto, se conservó, hasta los postreros tiempos del imperio, en la funcion apropiada con que los monarcas perpetuos de Roma solemnizaron siempre el decenio de sus reinados (6).

Sin hollar los principios constitutivos, un jeneral romano podia admitir y ejercer una autoridad despótica en su tropa, como en los enemigos y vasallos de la república. En cuanto á los soldados, en medio de su idolatrada libertad, aun desde los tiempos primitivos de Roma, con la esperanza del triunfo y el concepto atinado de la disciplina militar, se allanaban á todo rendimiento. Cabíale al dictador ó al cónsul el mando de la juventud romana, castigando la desobediencia terca ó cobarde con penas en estremo violentas ó afrentosas, apeando al culpado del padron de los ciudadanos, confiscando sus bienes ó vendiéndolo por esclavo (7). Suspendíanse con el comprometimiento militar los derechos mas sagrados de libertad corroborados por las leyes Porcia y Sempronia. Ejercia el jeneral en su campamento señorío absoluto de vida y muerte, sin que atajasen su jurisdiccion formalidades ni probanzas judiciales, ejecutándose inmediatamente y sin apelacion la sentencia (8). El señalamiento de los enemigos de Roma correspondia á la autoridad lejislativa, donde se ventilaban y decidian los puntos capitales de paz y guerra, para pasar luego á la solemne ratificacion del pueblo. Pero en alejándose de Italia las lejiones, los caudillos eran árbitros de encaminarlas contra el pueblo y en cualesquiera términos que conceptuasen mas ventajosos para la república; pues el timbre del triunfo estribaba siempre en el éxito, y no en la equidad ed sus empresas. En cuanto al uso de su victoria, libres ya de la fiscalicacion de los representantes del senado, soltaban las riendas á los antojos de su despotismo. Durante su mando en el Oriente, Pompeyo anduvo galardonando tropa y aliados, destronó soberanos, dividió reinos, distribuyó á su albedrío los tesoros de Mitridates; y vuelto á Roma, con una sola acta del senado y el pueblo, quedaron sancionadas todas sus disposiciones (9). A tanto llegaba el predominio sobre soldados y naciones que solian alcanzar ó apropiarse los caudillos de la república, viniendo á ser al propio tiempo gobernadores, ó mas bien monarcas de los pueblos ven-

cidos; y hermanando la autoridad civil con la militar, ejercian la justicia y administraban la hacienda, cual si estuviesen revestidos de potestad lejislativa y ejecutiva en el estado.

Por lo que ya llevamos dicho en el primer capítulo de esta obra, cabe idear un concepto casi cabal de las tropas y provincias confiadas á la diestra avasalladora de Augusto; mas como no le era dable el mandar personalmente las lejiones en tantos y tan remotos confines, franqueóle el senado, como lo practicara ya con Pompeyo, la facultad de encomendar el desempeño de tan grandioso encargo á un número adecuado de lugartenientes. En cuanto á jerarquía y mando, no desmerecian estos jefes de los antiguos procónsules; mas era subalterna y continjente su colocacion, pues recibian el encargo del albedrío de un superior, en cuyos auspicios se cifraban legalmente los quilates de sus hechos (10). Como meros representantes del emperador, este era el jeneralísimo cuya jurisdiccion civil y militar abarcaba todas las conquistas de Roma. Servia sin embargo de alguna complacencia al senado el que siempre esta delegacion de su señorío recayese en sus individuos. Condecorados todos con el timbre consular ó pretorio, capitaneaban senadores las lejiones, escepto el Ejipto, cuyo importante encargo se confiaba al desempeño de un caballero romano.

A los seis dias de haber Augusto admitido forzadamente tan colmada concesion, acordó halagar el orgullo del senado con un sacrificio muy fácil. Manifestóle que el cuerpo habia ampliado sus facultades, aun traspasando los límites de cuanto requeria la situacion lastimosa de los negocios, pues no se avenia á su renuncia del mando trabajoso de ejércitos y fronteras; pero con todo él mismo insistia en que se le consintiese restablecer en las provincias mas pacíficas y afianzadas la administracion bonancible de los majistrados civiles. Así que, en la particion de los paises, providenció Augusto lo conducente para su propio poderío y el decoro de la república. Los procónsules del senado, con especialidad los del Asia, Grecia y Africa, aparecian mas caracterizados que los lugartenientes del emperador, jefes en la Galia ó en la Siria. Lictores eran los acompañantes de los primeros, y soldados escoltaban á los segundos (*d*); pero se promulgó una ley para que, presentándose el emperador por donde quiera, cesase la autoridad ordinaria del gobernador ante el comisionado estraordinario, estableciéndose la práctica de que las nuevas conquistas perteneciesen á la porcion imperial, y luego se fué echando de ver que la autoridad del *Príncipe*, dictado predilecto de Augusto, venia á ser idéntica en todas las partes del imperio.

En pago de esta concesion ideal, alcanzó el emperador la grandiosa regalía que le constituyó árbitro de Roma y de Italia. Desentendiéndose de las máximas antiguas, se le autorizó para mantener su mando militar

al arrimo de una guardia crecida, aun en tiempo de paz y en el centro de la capital. Ceñíase á la verdad su comandancia á los ciudadanos militarmente juramentados; era ya tal la propension de los Romanos á la servidumbre, que majistrados, senadores y caballeros se juramentaban á porfia, hasta que el rendimiento de la lisonja fué parando en protesta solemne y anual de fidelidad.

Si bien conceptuaba Augusto la milicia como base fundamental de su poderío, la desechó como instrumento odioso de todo gobierno. Érale mas jenial y eficaz el reinar bajo los dictados respetables de las antiguas majistraturas y el ir aunando en sí mismo las ramas diversas de la jurisdiccion civil. Con esta mira se avino á que el senado fuese agolpando en él de por vida las potestades consular (11) y tribunicia (12), que luego en los mismos términos se siguieron franqueando indistintamente á sus sucesores. Sustituyeron los cónsules á los reyes de Roma y representaron la grandeza del estado, prescribiendo las ceremonias de la relijion, alistando y acaudillando las lejiones, recibiendo los embajadores y presidiendo al par las juntas del senado y del pueblo. Corria tambien por su cuenta el arreglo de la hacienda, y aunque por maravilla les quedaba ensanche para administrar personalmente justicia, se les reputaba como celadores supremos de las leyes, de la equidad y del sosiego. Tales eran sus regalías constitutivas; pero en facultando el senado al sumo majistrado para atender á todo trance á la salvacion de la república, quedaba desde luego encumbrado sobre las leyes, ejerciendo en resguardo de la libertad un despotismo temporal (13). El cargo de los tribunos se diferenciaba fundamentalmente del de los cónsules. El esterior de aquellos aparecia sencillo y recatado; mas eran sagrados é inviolables, y su poderío se encaminaba mas bien á la oposicion que al avance. Cifrábase su instituto en el amparo de los oprimidos, en el indulto de agravios, en acriminar á los enemigos del pueblo, y cuando lo conceptuaban preciso, en parar con una sola voz la máquina entera del gobierno. Mientras prevaleció la república, el influjo azaroso de cónsules ó tribunos en sus respectivas incumbencias se solia enfrenar con oportunas y eficaces restricciones. Fenecia su autoridad con el año de su eleccion, siendo los cónsules dos, y hasta diez los tribunos, y como siempre sus intereses privados y públicos iban encontrados, sus contiendas vinieron mas bien á robustecer que á quebrantar el equilibrio de la constitucion (*c*). Mas apenas la potestad consular y la tribunicia llegaron á aunarse y á revestirse de por vida en un solo individuo; luego que el caudillo del ejército fué al mismo tiempo ministro del senado y representante del pueblo romano, se imposibilitó la resistencia, ni eran ya deslindables los confines de la regalía imperial.

Acudió luego Augusto á engalanar tantos timbres con los cargos esplendorosos y trascendentales de censor y de pontífice supremo. Con este

afianzaba el desempeño de la relijion, y con aquel lograba fiscalizar las costumbres y las riquezas del pueblo romano; y si á veces tan varias é inconexas incumbencias no se hermanaban adecuadamente, acudia oficioso el senado á orillar todo tropiezo con sus concesiones amplias y estraordinarias. Los emperadores, á fuer de primeros ministros de la república, vivian descargados de las obligaciones y penalidades de ciertas leyes incómodas. Competíales la convocacion del senado, la franquicia de hacer varias propuestas en un mismo dia, la recomendacion de candidatos para las condecoraciones del estado, el ensanche del recinto de la capital, la aplicacion de las rentas á su albedrío, la declaracion de la paz ó la guerra, y la ratificacion de todo tratado; y por una cláusula en estremo conceptuosa, cabíales el emprender y ejecutar cuanto considerasen ventajoso al imperio y correspondiese con los objetos privados ó públicos, divinos ó humanos (14).

Puestas ya en manos del *majistrado imperial* todas las facultades del gobierno ejecutivo., estaban los subalternos arrinconados, sin fuerza y aun sin ocupacion. Esmerábase Augusto en conservar los nombres y formalidades de la administracion antigua, revistiendo anualmente con sus respectivas insignias el número acostumbrado de cónsules, pretores y tribunos (15), y franqueándoles el desempeño fútil de ciertas funciones vulgares. Halagaban todavía estos la vana ambicion de los Romanos; y aun los mismos emperadores, aunque revestidos ya de por vida con la potestad consular, solian aspirar á la misma dignidad, compartiendo su título con los mas esclarecidos compañeros (16). El pueblo, en la eleccion de estos majistrados, logró, en el reinado de Augusto, evidenciar los tropiezos de una democracia desmandada; pero aquel príncipe artero, sin asomos de impaciencia, iba llanamente ajenciando votos para sí y para los amigos, aviniéndose esmeradamente con los pasos de los demás candidatos (17); mas no podemos menos de atribuir á sus consejos la primera providencia del reinado inmediato, por la cual se trasladaron las elecciones al senado (18). Quedaron para siempre abolidas las reuniones del pueblo, y así los emperadores despejaron la descomedida muchedumbre, con la que, sin restablecer la libertad, padecia y zozobraba el gobierno establecido.

Habian Mario y César, socolor de apadrinar al pueblo, derribado la constitucion de su patria; mas apenas quedó el senado inerme y abatido, este cuerpo, compuesto de quinientos ó seiscientos individuos, se mostró mas manejable y provechoso como instrumento de soberanía. En el señorío del senado cifraron Augusto y los sucesores su nuevo imperio, y aparentaban en todas ocasiones el habla y los principios de los patricios. Solian, en el desempeño de su potestad, acudir al sumo congreso nacional; y *mostraban* encomendar á su decision los negocios mas trascendentales

de la paz ó la guerra. Roma, Italia y las provincias internas estaban subordinadas á la jurisdiccion directa del senado; en asuntos civiles, era el juzgado definitivo, y para los puntos criminales, un tribunal donde se ventilaban todas las ofensas cometidas por cualquiera clase y que alteraban el sosiego ó desdoraban la majestad del pueblo romano. El desempeño de la potestad judicial solia ser el ejercicio mas grave del senado, y las causas interesantes que se pleiteaban en sus estrados vinieron á ser el refujio á donde se acojió la vehemencia de la oratoria antigua. Poseia el senado, como consejo supremo y sala de justicia, regalías de entidad, y en cuanto á la potestad lejislativa en que se le suponia representante efectivo del pueblo, se le reconocia poseedor de los derechos de soberanía. Todo poder procedia de su autoridad, toda ley requeria su sancion, y sus juntas se celebraban tres dias fijos al mes, en las Calendas, Nonas é Idus. Esplayábanse los debates con decoroso desahogo, y los emperadores mismos, blasonando del dictado de senadores, asistian, votaban y se contraponian á sus iguales.

En suma, el sistema del gobierno imperial, cual se planteó por Augusto y se sostuvo por cuantos príncipes alcanzaban su propio interés y el de todo el pueblo, puede acertadamente definirse monarquía absoluta con visos republicanos. Los dueños del mundo romano se entronizaban en la lobreguez, encubrian su poderío irresistible, y se profesaban humildemente ministros residenciables del senado, cuyos decretos supremos dictaban y obedecian (19).

Correspondia el aspecto de la corte á las formalidades de la gobernacion. Los emperadores, fuera de aquellos tiranos cuyo desencajado desvarío hollaba todo miramiento natural y decoroso, desatendian el boato ceremonioso que podia lastimar á sus conciudadanos, sin añadir un quilate á su poderío; y en el roce del trato civil, aparentaban equivocarse con sus propios súbditos, alternando por igual con ellos en sus visitas y agasajos. Traje, palacio y mesa correspondian únicamente á la jerarquía de un senador acaudalado, y su servidumbre, aunque crecida y esplendorosa, se componia enteramente de sus propios esclavos y libertos (20). Sonrojáranse Augusto ó Trajano de emplear al ínfimo Romano en aquellos torpes ministerios que en el gabinete ó estrado de un monarca limitado se solicitan desaladamente por la nobleza mas engreida de la Gran Bretaña.

El endiosamiento de los emperadores era el único punto (21) en que se retraian de su acostumbrada cordura y comedimiento. Los Griegos asiáticos fueron los inventores, y los sucesores de Alejandro los primeros objetos de adoracion tan servil y tan impía (*f*). Trasladóse fácilmente de los alcázares de los reyes á la mansion de los gobernadores del Asia, y los majistrados romanos solian verse encumbrados á deidades provincia-

les, con la pompa de templos y aras, festividades y sacrificios (22). Era llanísimo el que los emperadores no se desentendieran de cuanto aceptaran ya los procónsules, y los honores sobrehumanos que unos y otros merecian en las provincias vitoreaban el despotismo mas bien que tachaban la servidumbre de Roma. Pero en breve los vencedores fueron remedando á los rendidos en las artes de la lisonja, y el engreimiento imperioso del primer César se avino sin reparo á su colocacion entre las divinidades tutelares de Roma. La apacibilidad jenial de su inmediato sucesor se desentendió de ambicion tan arriesgada, que revivió despues con el frenesí de Calígula y Domiciano. Toleró, es verdad, Augusto que algunas ciudades provinciales erijiesen templos en honra suya, bajo la condicion de que mancomunasen la adoracion de Roma con la de su soberano; consentia en la supersticion privada que pudiera corresponderle (23), mas contentábase con verse reverenciado por el senado y el pueblo en su estampa humana, y cedió cuerdamente al sucesor el cuidado de su endiosamiento público. Introdújose la costumbre de que, al fallecimiento de todo emperador que no hubiese vivido ni muerto tiránicamente, el senado, mediante su decreto formal, lo colocase entre los dioses, hermanando el ceremonial de sus exequias con el de la deificacion (*g*). Esta profanacion torpe, aunque legal, y que con justicia nos horroriza, se recibia con débil murmullo (24) por los ensanches del politeismo, y se arraigó mas bien como institucion política que relijiosa. Tiznaríamos las escelsas prendas de los Antoninos, si las parangonásemos con las torpezas de un Hércules ó un Júpiter, y aun el alma de un César ó de un Augusto se sobreponia en mucho á las deidades vulgares; mas por desgracia de entrambos vinieron á florecer en época ilustrada, y sus jestiones se fueron apuntando harto puntualmente, para poderlas acompañar con patrañas y misterios, como lo requiere la devocion del vulgo. Legalizada que fué su divinidad, yació al punto en el olvido, sin realce para su nombradía ni condecoracion para los príncipes sucesores.

Al ir considerando el gobierno imperial, hemos repetidamente hablado de su artificioso fundador bajo el dictado tan sabido de Augusto, con el cual no se le condecoró hasta que estuvo casi concluido su edificio. Era por su nombre Octaviano descendiente de una familia desconocida de Aricia (*h*), mancillóse con la sangre de la proscripcion, y vivia ansioso de borrar, si fuese asequible, toda memoria de su vida anterior. Realzóse con el renombre esclarecido de César, como su hijo adoptivo, mas no cabia en su tino la esperanza de equivocarse ni el anhelo de entrar en parangon con aquel personaje tan estraordinario. Se trató en el senado de realzar á su ministro con un dictado nuevo, y tras formal discusion, se entresacó, en medio de otros muchos, el de Augusto como mas significativo del temple pacífico y cabal que estaba aparentando (25). *Augusto*

fué pues su distintivo personal, y *César* el hereditario. Debia el primero cesar naturalmente con el príncipe á quien se habia concedido; y como el segundo se habia comunicado por adopcion y parentesco femenino, fué Neron el postrer príncipe que pudo alegar derechos hereditarios á la línea Juliana. Pero á su fallecimiento, la práctica de un siglo habia ido enlazando tales dictados con la dignidad imperial, conservándose por larguísima sucesion de emperadores romanos, griegos, francos, y alemanes, desde el derribo de la república hasta la época presente. Deslindáronse no obstante muy en breve, reservando el sacrosanto título de Augusto para el monarca, y comunicando sin reparo el nombre de César á sus deudos: á lo menos desde el reinado de Adriano se vinculó este último dictado en la segunda persona del estado; conceptuándola por heredera presuntiva de la corona (*i*).

Aquel miramiento de Augusto para con una constitucion que habia destruido puede solo descifrarse con un atento estudio de las interioridades de aquel mañoso tirano. Sereno frio, y luego cobarde, tuvo ya á los diez y nueve años que embozarse solapadamente de hipocresía para nunca desembozarse. Con la propia diestra, y probablemente con el idéntico temple, vino á firmar el degüello de Ciceron y el indulto de Cina. Virtudes y vicios eran sobrepuestos, y segun los varios impulsos de su interés, fué al pronto enemigo, luego padre del Orbe romano (26). Amoldaron sus zozobras el enmarañado sistema de la autoridad imperial, cuidadoso siempre de ilusar al pueblo con el embeleso de su libertad civil, y al ejército con un remedo del gobierno legal.

I. Clavada tenia siempre á la vista la muerte de César, quien condecorando y enriqueciendo á sus parciales, los mas íntimos se alistaron entre sus conspiradores. Podia la lealtad de las lejiones contrastar ahora toda rebelion patente; pero ni el sumo desvelo ponia á su persona en salvo del afilado puñal de un denodado republicano, y los Romanos reverenciadores de la memoria de Bruto (27) vitorearian el remedo de su virtud. Acarreó César su catástrofe, no menos por la ostentacion de su mando que por el poderío mismo, pues de cónsul ó de tribuno pudiera haber reinado á su salvo, y el título de rey desenvainó contra él los aceros romanos. Augusto, persuadido de que los hombres se van tras el eco de meras voces, no se equivocó en el concepto de que el senado y el pueblo se le avasallarian, con tal que se les convenciese respetuosamente de que estaban todavía disfrutando su libertad antigua. Un senado exánime y un pueblo afeminado dieron cabida á tan halagüeño embeleso, mientras se fomentó con las prendas, ó á lo menos con la cordura de los sucesores de Augusto; y solo á impulsos de su propio resguardo, y no por principios de liberalidad, se abalanzaron los conspiradores contra Calígula, Neron y Domiciano, pues se arrojaban contra la persona del tirano, sin asestar sus tiros á la autoridad del emperador.

Descuella por cierto un trance memorable, donde el senado, tras setenta años de padecimientos, prorumpió en un malogrado intento para recobrar sus trascordados derechos. Vacante el trono por la muerte de Calígula, convocan los cónsules á sesion en el Capitolio, condenan la memoria de los Césares, dan por santo la voz *libertad* á las pocas cohortes que tibiamente se adhieren á la novedad, y obran por espacio de cuarenta y ocho horas como caudillos independientes de una república libre; mas en el acto de la deliberacion, resuelve la guardia pretoriana. Permanecia aun en su campo el sandío Claudio, hermano de Jermánico, revestido de la púrpura imperial y dispuesto para sostener su eleccion con las armas. Falleció la soñada libertad, y el senado, vuelto en sí, se despertó para presenciar de nuevo la inevitable servidumbre. Desamparado por el pueblo y amagado por la milicia, la débil junta tuvo que ratificar la eleccion de los pretorianos y acojerse al indulto que Claudio tuvo la cordura de ofrecer y la jenerosidad de cumplir (28).

II. El desacato de la tropa infundió á Augusto zozobras mas fundadas, pues los ciudadanos desmandados podian tan solo intentar lo que á toda hora tenia en su mano el ejecutar la soldadesca. ¡Cuán resbaladizo era su mando sobre los mismos á quienes habia amaestrado en el desenfreno! Habiendo oido sus alaridos sediciosos, debia estar temeroso de sus pausadas reflexiones. Habíase comprado una revolucion á subidísimo precio, y la segunda podia duplicar sus galardones. Profesaba la tropa desalado cariño á la casa del César, pero los afectos de la muchedumbre son de suyo volanderos y antojadizos. Escudóse Augusto con cuanto quedaba en aquellos ánimos adustos de preocupaciones romanas; robusteció la disciplina con el sagrado de las leyes, y realzando al senado entre el emperador y la milicia, requirió denodadamente la subordinacion como primer majistrado de la república (29).

En el dilatado plazo de doscientos y veinte años desde el establecimiento de este cauteloso sistema hasta la muerte de Cómodo, atajáronse las continjencias inherentes á todo gobierno militar, pues no solian los soldados arrojarse hasta el estremo de tantear su propio poderío y la flaqueza de la autoridad civil, como lo verificaron lastimosa y desastradamente despues. Sus propios sirvientes, en el interior de su palacio, asesinaron á Calígula y Domiciano (*j*); y los vaivenes, que á la muerte del primero trastornaron á Roma, quedaron reducidos á su recinto: mas envolvió Neron en su ruina á todo el imperio. Cuatro príncipes fenecieron á los filos de la espada en el espacio de un año y medio, y conmovióse el orbe romano con el encarnizamiento de los ejércitos contrapuestos. Fuera pues de esta breve, pero violenta erupcion del desenfreno militar, los dos siglos que mediaron desde Augusto hasta Cómodo corrieron ajenos de mancilla sangrienta y casera y de toda revolucion. Elejíase el emperador con

la autoridad del senado y la avenencia de la milicia (30); las lejiones respetaban su juramento de lealtad; y se requiere un exámen atento de los anales romanos para descubrir tres rebeliones de poca entidad, que se allanaron en pocos meses, y aun sin mediar el trance de una refriega (31).

Aborta peligros y desastres la monarquía electiva en el trance de la sucesion. Ansiosos los emperadores romanos de evitar á las lejiones aquella temporada suspensiva y el arrojo de aquel nombramiento descarriado, solian revestir al sucesor señalado de tal porcion de poderío efectivo que le proporcionase á su fallecimiento el posesionarse de lo restante, sin dar cabida á que el imperio echase de ver aquel cambio. Por tanto Augusto, despues que tantas muertes todas tempranas le enlutaron sus halagüeñas perspectivas, cifró sus esperanzas en Tiberio, logró para su hijo adoptivo la potestad censoria y tribunicia, y promulgó un decreto, revistiendo al príncipe venidero de igual autoridad á la suya en las provincias y los ejércitos (32). Así mismo cautivó Vespasiano el alma jenerosa de su primojénito. Idolatraban las lejiones de Oriente á Tito, á cuyas órdenes acababan de redondear la conquista de Judea. Temíase su poderío; y empañando su liviandad juvenil sus virtudes, recelábanse sus intentos. El cuerdo monarca, en vez de admitir tan indecorosas sospechas, asoció á Tito en la plenitud de su potestad imperial, y el agradecido hijo se portó siempre como ministro sumiso y leal de padre tan amoroso (33).

La sensatez de Vespasiano á la verdad le indujo á providenciar cuanto podia afianzar su reciente y aventurado encumbramiento. Juramentábase la milicia vinculadamente, segun la práctica de un siglo, por el nombre y familia de los Césares, y aunque solo se continuaba la alcurnia bajo el título del ritual de la adopcion, seguian los Romanos reverenciando en la persona de Neron al nieto de Jermánico y al sucesor apelativo de Augusto; y así con suma repugnancia y remordimiento se recabó de los pretorianos que se soslayasen del tirano (34). El atropellado derribo de Galba, Oton y Vitelio fué enseñando á los ejércitos á conceptuar á los emperadores como hechuras de su *albedrío* é instrumentos de su desenfreno. Humildísimo fué el nacimiento de Vespasiano, habiendo sido soldado raso el abuelo, y su padre un empleado en hacienda (35); elevóle su propio mérito en edad ya provecta, pero sus prendas eran mas bien provechosas que descollantes, y aun todas empañadas con visos de torpe avaricia. Aquel príncipe atendió á sus intereses, asociándose con un hijo cuya índole afable y esplendorosa podia redundar con halagüeños reflejos en el realce de la prosapia y en la nombradía venidera de la casa Flaviana. Bajo la apacible gobernacion de Tito, disfrutó el orbe romano felicidad transitoria, y su idolatrada memoria escudó por mas de quince años las liviandades de su hermano Domiciano.

No bien habian los asesinos de este revestido de púrpura al anciano Nerva, cuando se reconoció inhábil para gobernar la máquina desencajada del gobierno, que habia ido al través bajo la dilatada trama de su antecesor. Reverenciaban los buenos su temple bonancible, mas la bastardía jeneral estaba requiriendo una entereza justiciera que aterrase á los malvados. En medio de su crecida parentela, recayó su eleccion en un estraño, adoptando á Trajano, á la sazon de cuarenta años, que estaba mandando un ejército poderoso en la Jermania inferior, é inmediatamente, mediante un decreto del senado, lo declaró su compañero y sucesor en el imperio (36). Es lastimoso que mientras nos desazonan relaciones horrorosas de las atrocidades y desvaríos de Neron, nos háyamos de atener á las vislumbres de un compendio, ó á los detalles equívocos de un panejírico para coordinar los hechos de un Trajano. Queda sin embargo una demostracion ajena de toda lisonja, pues mas de dos siglos y medio despues de la muerte de Trajano, el senado, al prorumpir en aclamaciones por el ascenso de un nuevo emperador, le anhelaba que sobrepujase á Augusto en cordura, y en virtud á Trajano (37).

Desde luego se deja creer que el padre de la patria estuvo titubeando sobre confiar ó no el poder supremo al variable y equívoco temple de Adriano. En los postreros momentos, las arterías de la emperatriz Plotina fijaron las dudas de Trajano ó supusieron artificiosamente una adopcion supuesta (38), cuya realidad no cabia disputar; y Adriano quedó pacíficamente reconocido como lejítimo sucesor. Floreció, como queda ya apuntado, el imperio bajo su reinado, en paz y prosperidad. Fomentó las artes, mejoró las leyes, corroboró la disciplina militar y anduvo personalmente visitando las provincias todas; pues su númen grandioso y eficaz era tan adecuado para el conjunto como para el pormenor de la gobernacion. Pero sus impulsos dominantes eran la curiosidad y la vanagloria, y al par que le embargaban estos impulsos, era alternativamente Adriano príncipe escelente, ridículo, cavilador, ó tirano aprensivo. Por lo jeneral su desempeño moderado y equitativo mereció alabanza; pero al principio de su reinado dió muerte á cuatro senadores consulares, sus enemigos personales, y conceptuados todos acreedores al imperio; y al fin, el destemple de una dolencia trabajosa lo hizo adusto é inhumano. Titubeó el senado entre declararlo un dios ó un tirano, y los honores tributados á su memoria fueron debidos á las instancias del piadoso Antonino (39).

Influyó el antojo de Adriano para la eleccion del sucesor. Despues de estar cavilando sobre los merecimientos de varios sujetos esclarecidos á quienes apreciaba ó aborrecia, adoptó á Elío Vero, noble placentero y afeminado, pero con el realce, para un enamorado de Antinoo, de su peregrina hermosura (40); pero mientras Adriano disfrutaba sus propios

aplausos y los vítores de la soldadesca, cuyo beneplácito quedaba afianzado con un cuantioso agasajo, fué arrebatado de sus brazos el nuevo César (41), para bajar al sepulcro, dejando en su temprana edad un solo hijo. Recomendado el niño por Adriano á la gratitud de los Antoninos, quedó adoptado por Pio, y al advenimiento de Marco, estuvo alternando en la suprema soberanía. Atesoraba el mancebo Vero una virtud en medio de su liviandad; y fué su rendimiento entrañable al ilustrado compañero, en cuyas manos puso los afanes trabajosos del mando. Encubrió el emperador filósofo sus devaneos, y deplorando su anticipada muerte, tendió un decoroso velo sobre su memoria.

Adriano, satisfecha ó frustrada su pasion, se constituyó acreedor á las gracias de la posteridad, entronizando el mérito mas esclarecido en el solio romano. Su aguda perspicacia desde luego advirtió un senador de cincuenta años de edad, irreprensible en todo el pormenor de su vida, y un mozo como de unos diez y siete, cuya madurez estaba ya ofreciendo en perspectiva un compendio peregrino de todas las virtudes. Quedó el mayor declarado hijo y sucesor de Adriano, bajo la condicion de haber de adoptar inmediatamente al menor. Ambos Antoninos (pues de ellos venimos hablando) gobernaron el orbe romano por espacio de cuarenta y dos años por el idéntico é invariable rumbo de la sabiduría y la virtud. Aunque tenia Pio dos hijos (42), antepuso el bienestar de Roma á sus intereses domésticos, casó á su hija Faustina con el jóven Marco, le proporcionó por medio del senado la potestad tribunicia y proconsular, y orillando, ú mas bien desconociendo todo impulso zeloso, lo asoció á todos los afanes del mando. Reverenció Marco por su parte la categoría de su bienhechor, le amó como padre, le obedeció como soberano (43), y despues de su fallecimiento, amoldó el nuevo desempeño al ejemplo y las máximas del antecesor; en términos que el reinado de entrambos es acaso el único plazo de la Historia en que la dicha de un gran pueblo era solamente el objeto del gobierno.

Hase fundadamente apellidado á Tito Antonino Pio segundo Numa, por el idéntico afan de justicia, paz y relijion en que al par descollaron ambos príncipes; pero la situacion de aquel franqueaba otro campo mas anchuroso para el ejercicio de tamañas virtudes. Cúpole á Numa el resguardar algunas aldeas inmediatas de la tala recíproca de sus mieses; pero Antonino derramó concierto y sosiego por la mayor porcion del globo, y su reinado sobresale por la peregrina escelencia de suministrar escasos materiales á la Historia, que á la verdad suele ser por lo mas el repertorio de las maldades, locuras y desdichas del jénero humano. Era privadamente tan placentero como bondadoso, pues la sencillez nativa de sus prendas era muy ajena del boato y la vanagloria, disfrutando moderadamente los ensanches de su caudal y los desahogos inocentes de la so-

ciedad (44) y llevando estampada su benevolencia en la festiva serenidad de su semblante.

Seguia la virtud de Marco Aurelio Antonino otro rumbo mas arduo y trabajoso (45); pues venia á ser el fruto afanado de sabias conferencias, detenida lectura y de nocturnas investigaciones. Desde la edad de doce años se prendó del rijido sistema de los estóicos, y se enseñó á avasallar su cuerpo al entendimiento, y sus pasiones á la razon; á conceptuar la virtud como el único bien, el vicio como el solo mal, y todo lo esterno como indiferente (46). Sus meditaciones, compuestas en el bullicio de un campamento, permanecen todavía; y aveníase á dar lecciones de filosofía quizá con mas publicidad de la que requeria el decoro de un sabio y el encumbramiento de un emperador (47). Mas era su vida el mas esclarecido comentario de los preceptos de Zenon, mostrándose severísimo consigo mismo, induljente con las imperfecciones ajenas, y justo y benéfico para todos. Pesábale de que Avidio Casio, escitador de una rebelion en Siria, le defraudase, por medio de un suicidio (*k*), de la dicha de amistarse con un enemigo, y acreditó la sinceridad de su quebranto, moderando el ahinco del senado en el escarmiento de sus secuaces (48). Horrorizábale la guerra como baldon y azote de la naturaleza humana (*l*), pero cuando la precision de una defensa justa le llamó á las armas, allá espuso gallardamente su persona en ocho campañas de invierno por las heladas márjenes del Danubio, cuya crudeza dió por fin al través con su complexion delicada. Reverenció la posteridad agradecida su memoria; y un siglo despues, muchos conservaban la imájen de Marco Antonino entre las de sus dioses caseros (49).

Si se tratase de puntualizar el plazo de la historia del mundo en que el linaje humano floreció y prosperó mas señaladamente, nombraríase sin titubear el que medió desde la muerte de Domiciano hasta el advenimiento de Cómodo. Gobernábase el dilatado imperio romano por la potestad absoluta bajo el norte de la virtud y la sabiduría. Capitaneáronse los ejércitos por la diestra poderosa, aunque suave, de cuatro emperadores consecutivos, cuya entereza y virtud imponian rendido respeto: Nerva, Trajano, Adriano y los Antoninos conservaron esmeradamente la forma de la administracion civil, deleitándose con la imájen de la libertad, y gozosos de conceptuarse á sí mismos como ministros residenciables por las leyes. Acreedores eran tales príncipes al timbre de restablecer la república, si cupiera en los Romanos de aquella era el disfrutar una independencia nacional.

Colmadamente galardonados tantos afanes con sus logros, con el decoroso engreimiento de la virtud, y con el entrañable embeleso de estar contemplando la dicha jeneral que habian acarreado, acibaraba sin embargo una reflexion amarga la complacencia mas noble que cabe en lo hu-

mano, pues no podian menos de hacer alto en la insubsistencia de una felicidad pendiente de la índole de un solo individuo. Acercábase tal vez ya el aciago trance en que un mancebo desenfrenado, ó un tirano caviloso, abusaria hasta el esterminio de aquel poderío absoluto que habian vinculado en el bienestar de su pueblo. El supuesto freno del senado y las leyes servia de realce á las prendas, mas no de contraste á los vicios del emperador. Ofrecia la milicia con su poder instrumento ciego y desaforado de tropelías, y las estragadas costumbres romanas irian siempre suministrando aduladores que vitoreasen, y ministros que promoviesen las zozobras, la codicia, los antojos y las crueldades de sus dueños.

Harto justificaba la esperiencia de los Romanos el amago de tan lóbregas visiones, pues los anales del Imperio ofrecen una pintura viva y variada de índoles que no se echan de ver en la apocada estampa de los personajes modernos. Rematados eran en vicios ó en virtudes aquellos monarcas, encumbrados ya hasta la mas cabal perfeccion, y ya encenagados en la mas torpe bastardía del linaje humano. Antecedió á la edad de oro de Trajano y los Antoninos otra de hierro, y escusado es el ir nombrando á los inmundos sucesores de Augusto. Su sin par desenfreno y el grandioso teatro en que obraban los rescató del olvido. El lóbrego y empedernido Tiberio, el arrebatado Calígula, el exánime Claudio, el forajido y sangriento Neron, el irracional Vitelio (50), el trémulo y cruel Domiciano, quedan ya condenados á su afrenta perpetua. Por espacio de ochenta años (fuera solamente el breve y mal seguro reinado de Vespasiano) (51), estuvo Roma agonizando bajo una tiranía incesante, que esterminó las familias antiguas de la república, y atropelló al par cuantas virtudes y talentos asomaron en aquella época desventurada.

Acompañaron á la servidumbre de los Romanos, en el reinado de estos abortos, dos circunstancias peculiares, la una procedida de su libertad anterior, y la otra de aquellas dilatadas conquistas que estremaban mas y mas su desdichada suerte, que sobrepujaba á la de cuantas víctimas de tiranía hubo en otros tiempos y paises. Resultaban de estas causas, 1° la estremada sensibilidad de los pacientes; 2° la imposibilidad de evitar la persecucion.

I. Cuando gobernaban la Persia los descendientes de Sefi, casta de príncipes cuya crueldad antojadiza solia mancillar consejo, mesa y lecho con la sangre de sus privados, se recuerda la sentencia de un mozo noble, á saber, que nunca se desviaba de la presencia del sultan sin cerciorarse de si su cabeza permanecia aun sobre sus hombros. La esperiencia diaria podia justificar la desconfianza de Rustan (52); mas el agudo acero sobre su cerviz con un hilo no parece que desvelaba ni desasosegaba al resignado Persa. Hecho cargo de que el ceño del monarca lo reducia al polvo, un centellazo ú bien un accidente podian igualmente anonadarlo, y

era efecto de cordura el trascordar las calamidades de la vida en el goce de sus recreos volanderos. Condecorábase con el dictado de esclavo de su rey, y quizá habia sido comprado á padres humildes en pais desconocido para él, y criado desde la niñez en las estrecheces del serrallo (53). Nombre, caudal y timbres, dádivas eran de su dueño, quien podia justificadamente rehacerse con lo concedido. La ciencia de Rustan, ya que la tuviese, podia solo corroborar la práctica con sus preocupaciones, pues ni aun le suministraba su idioma espresion que denotase forma alguna de gobierno, escepto el monárquico y absoluto, y la historia oriental le enseñaba que tal habia sido siempre la suerte del linaje humano (54). Repetíanle el Alcoran y los intérpretes de aquel libro divino que era el sultan, como descendiente del profeta, el vice-dios ó lugarteniente de los cielos; que el sufrimiento era la prenda preminente de un Musulman, y el rendimiento ilimitado el requisito indispensable de todo vasallo.

Otros eran los impulsos de un Romano en punto á servidumbre. Doblegados bajo el peso de su propio desenfreno y de las demasías militares, abrigaron por largo plazo las corazonadas grandiosas de sus libres antepasados. Idéntica era la educacion de Helvidio y Traséa, de Tácito y Plinio, con la de Ciceron y Caton: habian aprendido con la filosofía griega el concepto mas adecuado y esplendoroso de la dignidad de la naturaleza humana y del oríjen de la sociedad civil, pues la historia de su patria les habia amaestrado en reverenciar una república libre, virtuosa y triunfadora, en horrorizarse con los atentados venturosos de César y Augusto, y en menospreciar entrañablemente á los mismos tiranos que estaban tan rendidamente idolatrando. Como majistrados y senadores, asistian al consejo jeneral que habia dictado leyes al orbe, que sancionaba todavía con su nombre las actas del monarca, y cuya autoridad se estaba de continuo prostituyendo á los intentos de la tiranía. Tiberio y los que siguieron sus máximas trataron de encubrir sus asesinatos con disfraces judiciales, y complacíanse tal vez interiormente en constituir al senado al par su cómplice y su víctima; y en el recinto mismo eran condenados los últimos por delitos ideales y virtudes positivas. Sus villanos fiscales entonaban el lenguaje del patriotismo independiente que heria á un ciudadano peligroso ante el tribunal de la patria, y aquella oficiosidad tan benemérita lograba timbres y opulencia (55). Clamaban los jueces serviles que volvian por la majestad de la república atropellada en la persona de su primer majistrado (56), cuya clemencia estaban ensalzando en el punto de temer mas su crueldad inexorable (57). Miraba el tirano con debido menosprecio tanta postracion, y contrarestaba los impulsos recónditos de aborrecimiento con patentes é injénuas demostraciones de odio para con el senado entero.

II La division de Europa en crecido número de estados independientes, aunque enlazados con la semejanza jeneral de relijion, idioma y costumbres, produce sumo beneficio para la libertad de sus moradores. Un tirano moderno que prescindiese de sus propios reparos ó de los de su pueblo tropezaria luego con el freno del ejemplo de sus iguales, la zozobra de censuras inmediatas, las advertencias de sus aliados, y el temor de sus enemigos. El objeto de su desagrado, traspasando los cercanos linderos de sus dominios, hallaria á la mano, en suelo mas venturoso, refujio seguro, caudal correspondiente á sus prendas, ensanche para sus alegatos, y quizás medios de venganza. Mas abarcaban el mundo los Romanos, y refundido aquel imperio en una sola mano, paró el orbe en cárcel estrecha y horrorosa para sus enemigos. El siervo del despotismo imperial, bien estuviese sentenciado á ir arrastrando su cadena en Roma y en el senado, ó bien agonizase desterrado en el árido peñasco de Serifo, ú en las heladas márjenes del Danubio, arrostraba muda y desesperadamente su situacion (58). Aciaga era la resistencia, imposible la huida, pues atajado por los páramos ó el piélago, intransitables al par á su salvo, quedaba descubierto, preso y arrojado á las plantas de su airado dueño. A la traspuesta de los remotos confines, tan solo alcanzaba á ver mares, desiertos, tribus bárbaras y enemigas, de costumbres bravías, é idiomas desconocidos, ó de reyes avasallados que acudirian ufanos á implorar el agrado del emperador con el sacrificio de un indefenso fujitivo (59). « Donde quiera que te halles, decia Ciceron al desterrado Marcelo, recuerda que paras siempre en las manos del vencedor » (60).

NOTAS

correspondientes al capítulo tercero.

(*a*) Sucedia con harta frecuencia el interesarse la iglesia, mas no por mirar á favor del pueblo ú del estado, sino por sí misma, en siglos supersticiosos. Solia no obstante la prepotencia del papa atajar demasías de soberanos y amansar las costumbres.—W. La historia de las repúblicas italianas está comprobando el yerro de Gibbon y el acierto de su comentador aleman.—M.

(1) Orosio, VI, 18 (*).

(2) Julio César entrometió soldados estranjeros y semibárbaros en el senado (Sueton. in Cœsar., c. 77, 80.); abuso que dejeneró en mayor escándalo despues de su muerte.

(b) Si los arrojó luego, nada dicen Suetonio ni Dion, y aun este afirma lo contrario, αὐτὸς μὲν οὐδένα αὐτῶν ἀπήλειψε. — M.

(c) Augusto, á la sazon Octavio, era censor, y en desempeño de aquel cargo, ateniéndose al sistema de la república, podia reformar el senado, arrojar á los no beneméritos, nombrar el príncipe del mismo, etc., y esto, como es notorio, se llamaba, entresacar el senado. Solia serlo el mismo censor con la república (Véase Liv., l. XXVII, c. 11, l. XL, c. 51.); y Dion espresa que se hizo segun la práctica antigua. Autorizábale un decreto del senado para incluir (βουλῆς ἐπιτρεψάσης) cierto número de familias entre las patricias. En suma, no era el senado la potestad lejislativa.—W.

(3) Dion Casio, l. III, p. 693. Suetonio in August., c. 35.

(4) Dion (l. LIII, p. 698) nos trae una arenga difusa é hinchada con aquel plausible motivo. He ido entresacando de Tácito y Suetonio las jeneralidades que solia verter Augusto.

(5) *Imperator* (de donde se deriva emperador) significaba con la república únicamente *caudillo*, y la soldadesca lo concedia ufanamente, cuando en el mismo campo de batalla lo aclamaba acreedor con su victoria á tan escelso dictado. Cuando los *emperadores* romanos lo usaban bajo aquel concepto, lo colocaban despues de su nombre, espresando las veces que lo habian tomado.

(6) Dion, l. III, p. 703, etc.

(7) Tito Livio, Epitom., l. XIV; Valer. Maxim., VI, 3.

(8) Véase en el libro VIII de Tito Livio en el comportamiento de Manlio Torcuato y Papirio Cursor. Atropellaron las leyes de la humanidad y la naturaleza, mas volvieron por la disciplina militar, y el pueblo, abominando del hecho, tuvo que acatar el motivo.

(9) Pompeyo, con los votos descompasados, pero voluntarios del pueblo, obtuvo un mando militar poquísimo inferior al de Augusto, y en las jestiones harto estraordinarias de poderío ejecutadas por aquel, se dejan reparar la fundacion de veinte y nueve ciudades y el reparto de quince ó veinte millones de duros á su soldadesca. Encontraron aquellas

(*) Dice Dion veinte y cinco (ú tres) (LV, 23). Los triunviros juntaron tan solo cuarenta y tres (Apiano, Bell. Civ., IV, 3). Supone poquísimo el testimonio de Orosio, mediando otros mas positivos.—W. Pero se sujetaron indudablemente todas las lejiones á Augusto, despues de la batalla de Accio.—M.

actas oposicion y demoras en el senado para su ratificacion. Véanse Plutarco, Apiano, Dion Casio y el libro primero de las cartas á Atico.

(10) Con la república tan solo el jeneral podia pedir el triunfo, tomando autorizadamente los auspicios en nombre del pueblo. En consecuencia puntual de aquel principio de relijion y de política, quedó el triunfo reservado al emperador, y sus lugartenientes mas aventajados tenian que contentarse con algunos distintivos, que, bajo el nombre de honores triunfales, se inventaron á su favor.

(*d*) Carece de fundamento semejante deslinde, pues los lugartenientes del emperador se titulaban propretores, habiendo sido pretores ó cónsules, é iban acompañados con seis lictores, quienes ejercian el derecho de la espada (ó de vida y muerte con los soldados.—M.), llevando el traje militar (paludamentum) y la espada. Los gobernadores provinciales por encargo del senado, llamándose procónsules, hubiesen sido ú no cónsules, en aquel caso llevaban doce lictores, y seis tan solo cuando no habian sido mas que pretores. Para las provincias de Asia y Africa, se nombraban únicamente los excónsules. Véase, sobre la organizacion de las provincias, Dion LIII, 12, 16; Estrabon, XVII, 840.—W.

(11) Ciceron (de Legibus, III, 3.) condecora el empleo consular con el dictado de *Regia potestas*; y Polibio (l. VI, c. 3) advierte tres potestades en la constitucion romana, representando y desempeñando los cónsules la monárquica.

(12) Por cuanto la potestad tribunicia (diversa del empleo anual) se vino á inventar para el César (Dion, l. XLIV, p. 384), desde luego se alcanza que se le concedió por via de galardon por haber corroborado con las armas el derecho sagrado de los tribunos y del pueblo. Véanse sus Coment. de Bell. Civil., l. I.

(13) Desempeñó Augusto nueve consulados anuales seguidos. Rehusó entónces arteramente aquella majistratura, como la dictadura igualmente, ausentándose de Roma, esperando á que las resultas infaustas del alboroto y la parcialidad precisasen al senado á revestirlo con el consulado perpetuo; pero tanto Augusto como los sucesores se esmeraron por encubrir un dictado tan odioso.

(*e*) La nota de Mr. Guizot sobre la potestad tribunicia corresponde á la traduccion francesa mas bien que al orijinal, pues dice aquella mantener siempre igual la balanza, lo que abarca mucho mas que la espresion de Gibbon. Dicha nota cuadra mejor con la historia de la República que con la del Imperio.—M.

(14) Véase el fragmento de un decreto del senado, concediendo al emperador Vespasiano todas las potestades otorgadas á sus antecesores

Augusto, Tiberio y Claudio. Publicóse aquel monumento curioso y trascendental en las Inscripciones de Grutero, N. CCXLII (*).

(15) Nombrábanse dos cónsules en las Calendas de enero, pero se iban sustituyendo otros entre año en sus lugares, hasta el punto de llegar á doce el número anual. Los pretores solian ser diez y seis ó diez y ocho (Lipsio in Excurs. D. ad Tacit. Annal., l. I). No he nombrado los Ediles y Cuestores, empleados hacendistas y administrativos, que se van atemperando obviamente á todas las formas de gobierno. Gozaban los tribunos legalmente, en tiempo de Neron, el derecho de *mediacion*, aunque se hacia espuesto el practicarlo (Tácit. Ann., XVI, 26). Dudoso se hacia en tiempo de Trajano el que fuese el tribunado título ú empleo (Plin., Epist. I, 23).

(16) Ansiaban hasta los mismos tiranos el consulado, conteniéndose los príncipes virtuosos en la solicitud, y desempeñándolo con esmero. Restableció Trajano el juramento antiguo, y lo prestó ante el tribunal del cónsul por la observancia de las leyes (Plin., Panegyric., c. 64).

(17) Quoties Magistratuum Comitiis interesset. Tribus cum candidatis suis circuibat: supplicabatque more solemni. Ferebat et ipse suffragium in tribubus, ut unus è populo. Suetonius in August., c. 56.

(18) Tum primum Comitia è campo ad patres translata sunt. Tacit. Annal., I, 15. La voz primum parece que alude al intento endeble y malogrado, para devolverlos al pueblo (**).

(19) Dion Casio (l. LIII, p. 703-714.) trae un bosquejo parcial y desaliñado del sistema imperial. Para deslindarlo, y aun retocarlo, he cavilado con Tácito, desentrañado á Suetonio y acudido á los modernos siguientes: el Abate de la Bleteria, en las Memorias de la Academia de Inscripciones, tom. XIX, XXI, XXIV, XXV, XXVII; Beaufort, República Romana, tom. I, p. 255-275; las Disertaciones de Noodt y Gronovio, *de lege Rejia*, impresas en Leida el año de 1731; Gravina, de Imperio Romano, 479-544 de sus Opúsculos; Maffei, Verona illustrata, p. I, p. 245, etc.

(20) Un príncipe endeble se gobierna siempre por sus sirvientes. El poderío de los esclavos agravó el desdoro de los Romanos, y el senado

(*) Tambien está en las ediciones de Tácito por Ryck (Annal., p. 420-421), y Ernesti (Excurs. ad lib. IV, 6.), pero encierra aquel fragmento tales impropiedades en materia y forma, que se hace dudosa su autenticidad.—W.

(**) Lo verificó el emperador Calígula, pues repuso los Comicios en el pueblo, pero se los quitó de nuevo y en breve. Suet. in Caio, c. 16. Dion, LIX, 9, 20. Sin embargo, en tiempo de Dion, seguian aun conservando la formalidad de Comicios. Dion, LVIII, 20.—W.

estaba galanteando á Pálas y á Narciso. Por casualidad sucede que algun privado moderno sea caballero.

(21) Véase el tratado de Vandale, Consecratione Principium. Me fuera mas obvio el trasladar, de lo que me ha sido el comprobar, las citas del erudito Holandés.

(f) Hay aquí desaciertos. No fueron los sucesores de Alejandro los primeros soberanos endiosados, pues habian los Ejipcios divinizado á varios reyes suyos; poblaron los Griegos su Olimpo con deidades que habian estado reinando en la tierra, y finalmente cupo á Rómulo su endiosamiento (Tit. Liv., I., 16.), mucho antes que á Alejandro y sus sucesores. Es tambien impropio el equivocar los honores tributados por las provincias á sus gobernadores con la deificacion formal de todo emperador, pues aquel no era culto relijioso, careciendo de sacerdotes y sacrificios. Vituperaron en estremo á Augusto por haber consentido que lo adorasen como dios en las provincias (Tacit., Ann., I., 10.), y no le redundara aquel vituperio, haciendo lo mismo que estaban allá practicando los gobernadores.—G. de W. Mayor descuido ha venido á padecer aquí M. Guizot, trabucando el endiosamiento de los emperadores vivos con el de los ya difuntos. El jaez del culto de los reyes ejipcios está todavía enmarañado, y el culto de los reyes en Grecia se diferenciaba mucho de la adoracion al «præsens numen» del soberano reinante.—M.

(22) Véase una disertacion del Abate Mongault, en el primer tomo de la Academia de Inscripciones.

(23) Jurandasque tuum per nomen ponimus *aras*, dice Horacio al mismo emperador, y harto enterado se hallaba Horacio de la corte de Augusto (*).

(g) La sátira curiosa ἀποκολόντωσις, en las obras de Séneca, es un cargo vehementísimo de la relijion profanada.—M.

(24) Véase Ciceron in Philippic., I, 6; Juliano in Cæsaribus. Inque Deum templis jurabit Roma per umbras, es la espresion airada de Lucano; pero es una ira relijiosa menos que patriótica.

(h) No era Octavio de alcurnia arrinconada, sino de una muy regular del órden ecuestre. Su padre Octavio, grandísimo hacendado, habia sido pretor, gobernador de Macedonia, realzado con el timbre de Imperator, y estaba para salir cónsul cuando murió. Era su madre Atia, hija de M. Atio Balbo, que tambien fué pretor. Tildó M. Antonio á Octavio el haber naci-

(*) No eran los príncipes cabales los únicos endiosados, pues lo fueron igualmente varios tiranos. Véase un tratado escelente de Schæpflin, de Consecratione Imperatorum Romanorum, en sus Commentationes historicæ et criticæ, Basilea, 1741, p. 1, 84.—W.

do en Aricia, que sin embargo era una ciudad municipal de consideracion; y así lo refutó Ciceron briosamente. Philip. III, 6. Probablemente dió á entender Gibbon que la alcurnia era recien esclarecida.—M.

(25) Dion Casio, l. LIII, p. 710, con las anotaciones curiosas de Reimar.

(i) Los príncipes que por nacimiento ú adopcion eran de la familia de los Césares tomaban el nombre de Césares. Muerto Neron, aquel dictado denotaba la misma dignidad imperial, y despues el sucesor ya señalado; y no cabe deslindar positivamente la temporada en que se usó en el último sentido. Bach (Hist. Jurisprud. Rom., 304), afirma por Tácito, Hist., I, 15, y Suetonio, Galba, 17., que este otorgó á Pison Liciniano el dictado de César, y desde entónces tuvo la voz aquella significacion; mas entrambos historiadores dicen meramente que lo nombró por sucesor, sin espresar la palabra César. Aurelio Victor (in Traj., 348, edic. de Artzen) dice que Adriano obtuvo aquel título en su adopcion; pero aun esta misma se hace dudosa. No es probable además que Trajano al morir inventase un nuevo dictado para el sucesor, siendo mas verosímil que fuese Elio Vero, el primero apellidado César, al adoptarlo Adriano. Spart. in Ælio. Vero, 102.—W.

(26) Al adelantarse Octaviano al banquete de los Césares, se le mudó el color como al camaleon, al pronto pálido, luego encarnado, y despues denegrido, por fin se revistió con el traje halagüeño de Vénus y las Gracias (Césares, p. 309). Esta pincelada de Juliano, en su ficcion injeniosa, es adecuada y galana; mas al conceptuar aquella variacion de índole como parto de la filosofía, honra de sobras á la filosofía y á Octaviano.

(27) Dos siglos despues del establecimiento de la monarquía, el emperador Marco Antonino ensalza las prendas de Bruto como propias de un Romano virtuoso y perfecto. (*)

(28) Se hace en estremo sensible el malogro de la parte en que Tácito traia aquel acontecimiento, y así tenemos que acudir á las hablillas de Josefo, y á los escasos apuntes de Dion y Suetonio.

(29) Restableció Augusto la entereza de la disciplina antigua. Tras las guerras civiles, orilló el adjetivo halagüeño de camaradas, apellidándolos únicamente soldados (Sueton. in August., c. 25). Véase cómo se valió Tiberio del senado en el alboroto de las lejiones panónicas (Tácit. Anal., I.).

(j) Feneció Calígula á manos de los oficiales pretorianos conjurados, y quizás no fuera asesinado Domiciano, sin la intervencion de los dos jefes de la guardia.—W.

(*) Gibbon, en un ensayo agudo, se arroja á poner en duda el pundonor acendrado de Bruto. Miscel., IV, 95.—M.

(30) Parece que eran estas palabras el lenguaje constitucional. Véase Tácito, Anal., XIII, 4 (*).

(31) Fué el primero Camilo Escriboniano, que se armó en Dalmacia contra Claudio, y á los cinco dias quedó desamparado de sus tropas. El segundo L. Antonino en Jermania, quien se rebeló contra Domiciano, y el tercero Avidio Casio, en el reinado de M. Antonino. Reinaron los dos últimos tan solo algunos meses, y sus propios secuaces los quitaron de en medio. Hay que advertir como Camilo y Casio cohonestaban al par su ambicion con el intento de restablecer la república; tarea, decia Casio, reservada con especialidad á su nombre y alcurnia.

(32) Veleyo Patérculo, l. II, c. 121. Sueton. in Tiber., c. 20.

(33) Sueton. in Tit., c. 6; Plin. in Præfat., Hist. Natur.

(34) Tácito está de continuo aferrado en este concepto. Véase Hist., I, 5, 16, II, 76.

(35) El emperador Vespasiano, con su acostumbrado tino, se reia de los jenealojistas que le entroncaban con Flavio, fundador de Reate (su patria), y uno de los compañeros de Hércules. Suet. in Vespas., c. 12.

(36) Dion, l. LXVIII, p. 1121. Plin. Secund. in Panegyric.

(37) Felicior Augusto, MELIOR TRAJANO. Eutrop., VIII, 5.

(38) Dion (l. LXIX, p. 1249) afirma que todo habia sido farsa, al arrimo del padre, que en hallándose de gobernador de la provincia donde falleció Trajano, tuvo proporcion para desentrañar aquel contrato misterioso. Sin embargo Dodwell (Prælect. Cambem XVII) sostiene que Adriano estuvo formalmente esperanzado del imperio en vida de Trajano.

(39) Dion (LXX, p. 1171.), Aurel. Victor.

40) El endiosamiento de Antinoo, medallas, estátuas, templos, ciudad, oráculos y constelacion, están todavía tiznando la memoria de Adriano. Pero advertimos que de los quince emperadores primeros, fué Claudio el único absolutamente comedido en sus amores. En cuanto á los honores de Antinoo, véase Spanheim, Comentario sobre los Césares de Juliano, p. 80.

(*) Harto favorece este panejírico á la soldadesca. Tuvo Claudio que feriarles la anuencia para su coronacion, y aquellos regalos y demás recibidos por los pretorianos con varios motivos pusieron en grandísimo apuro el erario; cuanto mas que solia aquella guardia formidable escudar las crueldades de los tiranos. Menudeaban las sublevaciones lejanas mas de lo que opina Gibbon: pues ya con Tiberio las lejiones de Jermania intentaron sediciosamente revestir á viva fuerza con la púrpura á Jermánico. En la rebeldía de Claudio Civilis, bajo Vespasiano, las lejiones de la Galia degollaron á su jeneral, y brindaron con su auxilio la sublevacion de los Galos. El mismo Julio se hizo proclamar emperador. Las guerras, el desempeño y la disciplina cabal de Trajano, Adriano y entrambos Antoninos, plantearon por algun tiempo mayor subordinacion.—W.

(41) Hist. August., p. 13., Aurelio Victor in Epitom.

(42) Ignoraríamos hecho tan honorífico para la memoria de Pio, sin el auxilio de medallas ó inscripciones (*).

(43) En los veinte y tres años del reinado de Pio, faltó Marco de palacio tan solas dos noches, y estas en diversos tiempos. Hist. August., p. 25.

(44) Era aficionadísimo al teatro y propenso al atractivo del otro sexo. Marco Antonino, I, 16. Hist. August., p. 20, 21. Julian in Cæsar.

(45) Tildaban á Marco sus enemigos de hipocresía, careciendo de aquella sencillez que descollaba en Pio y aun en Vero (Hist. August., 6, 34). Esta sospecha, aunque infundada, está demostrando el mucho mayor aprecio que merecen las prendas personales que el conjunto de cuantas virtudes sociales se puedan atesorar. Hasta á Marco Antonino se tachó de hipócrita, pero nadie alcanzó á maliciar que César fuese allá un cobarde y Ciceron un necio. El injenio y el denuedo son atributos mas patentes que la humanidad y el amor á la justicia.

(46) Caracterizó Tácito en breves palabras los principios del pórtico: Doctores sapientiæ secutus est, qui sola bona quæ honesta, mala tantum quæ turpia; potentiam, nobilitatem, cæteraque extra animum, neque bonis neque malis adnumerant. Tacit., Hist., IV, 5.

(47) Antes de salir para la segunda espedicion contra los Jermanos, estuvo por tres dias dando lecciones de filosofía al pueblo romano; y habia ya hecho otro tanto por las ciudades de Asia y Grecia. Hist. August., in Casio, c. 3.

(k) Mataron á Casio sus propios parciales. Vulcat. Gallic. in Casio, c, 7. Dion, LXXI, c. 27.—W.

(48) Dion, l. LXXI, p. 1190. Hist. August. in Avid. Cassio (**).

(l) Agolpáronse los bárbaros con afan para servir con Marco en

(*) Atribuye Gibbon á Antonino Pio merecimientos que no atesoraba, ó no tuvo proporcion de sacarlos á luz. 1. Se le prohijó bajo la condicion imprescindible de que él adoptaria luego á Marco Aurelio y L. Vero. 2. Murieron de niños entrambos sus hijos, y tan solo uno de ellos, M. Galerio, parece que sobrevivió algunos años á la coronacion del padre. Tambien se equivoca Gibbon diciendo en su nota 42, que, sin medallas é inscripciones, ignoraríamos que Antonino tuviese dos hijos, pues dice Capitolino espresamente (c. 1) Filii mares duo, duæ fæminæ; y así debemos únicamente sus nombres á las medallas. Pagi., Cont. Baron, I, 33. edit, Paris.—W.

(**) Véase uno de los pasos recien descubiertos de Dion Casio. Escribió Marco al senado, que le estrechaba para que ajusticiase á los parciales de Casio, estas palabras: — «Os ruego y suplico que conserveis mi reinado sin la mancilla de la sangre senadora. Ni uno de esa jerarquía ha de fenecer, ni por vuesro albedrío, ni por el mio.» Mai, Fragm. Vatican., II, p. 224.—M.

su guerra contra Avidio Casio, y á todos los desechó, diciendo con tino, aunque luego infructuoso. «No se han de enterar los bárbaros de las desavenencias del pueblo romano.» Mai., ibid.—M.

(49) Hist. August. in Marc. Antonin., c. 18.

(50) Derrochó Vitelio solo para su gula medio millon de duros en siete meses, y no cabe retratar sus vicios con señorío, ni aun con decoro. Tácito lo apellida lindamente cerdo, y sustituye á una palabra soez una pincelada primorosa. «At Vitellius, umbraculis hortorum abditus, ut *ignava animalia*, quibus si cibum suggeras; jacent torpemque, præterita, instantia, futura, pari oblivione dimiserat. Atque illum nemore Aricino desidem et marcentem, etc.» Tacit., Hist., III, 36, II, 95. Sueton. in Vitellium, c. 13. Dion Casio, l. LXV, p. 1062.

(51) La ejecucion de Helvidio Prisco y de la virtuosa Eponina desdoró el reinado de Vespasiano.

(52) Viaje de Chardino á Persia, t. III, p. 293.

(53) Menudea todavía mas entre los Turcos que con los Persas la práctica de encumbrar esclavos á los cargos sumos del estado, pues los paises desastrados de Jeorjia y Circasia siguen aprontando mandarines á lo mas del Oriente.

(54) Cuenta Chardino que con los viajeros europeos han ido cundiendo en Persia algunas especies sobre el desahogo y blandura de nuestros gobiernos.

(55) Alegaron el ejemplar de Escipion y de Caton (Tacit., Annal, III, 66). Habian adquirido Marcelo Epiro y Crispio Vibio hasta doce millones de duros con Neron, y su opulencia, que estaba agravando sus maldades, los apadrinó con Vespasiano. Véase Tácito, Hist., IV., 43. Diálogo de Orator., c. 8. Una acusacion produjo á Régulo, objeto acreedor á la sátira de Plinio, por parte del senado, los blasones consulares y un regalo de doscientos mil duros.

(56) Era en lo antiguo el delito de *majestad* un atentado de traicion contra el pueblo romano. Augusto y Tiberio, como tribunos del pueblo, se lo apropiaron personalmente, y lo fueron estendiendo infinitamente (*).

(57) Despues de quitar de en medio á la viuda virtuosa y desventurada de Jermánico, recibió Tiberio gracias del senado por su clemencia; por tanto ni se la ahorcó ni se colgó ni arrastró á las Jemonias con un garabato, como se practicaba con los malhechores. Véase Tacit., Annal., VI, 25.; Sueton. in Tiberio, c. 53.

(58) Era Serifo una islilla peñascosa del mar Ejeo, cuyos moradores

(*) Tiberio, y no Augusto, fué el primero que tomó en este sentido las voces crimen læsæ majestatis. Hist. Aug. Bachii, Trajanus, 27.—W.

se despreciaban por su idiotez y arrinconamiento. Sabido es el solar del destierro de Ovidio por sus lamentos, aunque fundados, harto pusilánimes. Parece que tan solo recibió órden de salir de Roma en cierto plazo para trasladarse á Tomi. Guardias y alguaciles estaban por demás.

(59) Intentó un caballero romano con Tiberio huir á los Partos; se le atajó por los estrechos de Sicilia, y se conceptuó tan corto el peligro de aquel ejemplar, que el tirano mas aprensivo se desentendió de castigarlo. Tacit., Annal., VI, 14.

(60) Cicero ad Familiares, IV, 7

CAPITULO IV.

Crueldad, desvaríos y muerte de Cómodo. — Nombramiento de Pertinaz: su intento de reformar el estado: su asesinato por la guardia pretoriana.

La mansedumbre de Marco, que no bastó á desvanecer su doctrina estoica, era la prenda mas halagüeña y la única defectuosa de su índole. Engañaba la confianza bondadosa de su pecho su esclarecido entendimiento, y los taimados palaciegos, que estudian siempre las inclinaciones de los príncipes, encubriendo los propios, le acompañaban con el disfraz de una santidad filosófica, y granjeaban caudales y timbres aparentando menospreciarlos (1). Su condescendencia escesiva con su hermano (*a*), su esposa y su hijo propasaba los límites de una virtud doméstica, y redundaba en daño jeneral con el ejemplo y las consecuencias de sus vicios.

Faustina, hija de Pio y mujer de Marco, logró tanta nombradía por sus liviandades como por su hermosura. Mal podia la circunspecta sencillez del filósofo cautivar los arrebatos antojadizos, y contrarestar aquel flujo de variaciones que solia hacerle buscar el mérito personal entre las heces de la ínfima plebe (2). Era, por punto jeneral, el Cupido de los antiguos deidad sensualísima, y los amoríos de una emperatriz, como requieren por su parte actos desembozados, dejan por lo mas poca cabida á puntosos miramientos. El único sujeto de todo el imperio que aparecia ajeno ú desentendido de las demasías de Faustina era Marco, quedando empañado con el desdoro que, segun la aprension de todos los tiempos, recae siempre sobre el marido agraviado. Colocó á varios de los galanes en puestos eminentes y provechosos (3); y por espacio de los

treinta años de su enlace, le estuvo inalterablemente dando pruebas de su confianza, y aun de fino respeto, que solo se terminó con su vida. Agradece en sus *Meditaciones á los Dioses* por haberle agraciado con esposa tan fiel, tan cariñosa y de costumbres tan peregrinamente sencillas (4). Endiosóla á sus instancias el rendido senado, representándola en los templos con los atributos de Juno, Vénus y Céres, y se decretó que en todo desposorio, la juventud de ambos sexos exhalase sus votos ante las aras de tan recatada patrona (5).

Los vicios monstruosos del hijo han empañado algun tanto la esclarecida pureza del padre. Hase zaherido á Marco por sacrificar la dicha de millones á su cariño parcial con un mancebo indigno, nombrando un sucesor en su familia mas bien que en la república. No desatendió sin embargo el padre este requisito, echando mano de sujetos pundonorosos y sabios, para esplayar los escasos alcances de Cómodo, atajar sus vicios asomantes y habilitarle para el desempeño de la corona que le competia. Mas suele por lo mas inutilizarse todo ahinco, en no mediando la disposicion fundamental de antemano. La enseñanza desabrida de un sumo filósofo volaba instantaneamente al soplo lisonjero de un privado villano, y el mismo Marco agostó los frutos de la esmerada educacion, promediando con su hijo, á la edad de catorce ó quince años, el absoluto poderío imperial. Sobrevivió en los cuatro años, mas fueron suficientes para arrepentirse de disposicion tan temeraria, que levantó al desenfrenado mozo sobre todos los miramientos de la razon y de la autoridad.

El antemural de las leyes desiguales, aunque necesarias, de la propiedad, suele abortar jeneralmente los atentados que desencajan el edificio social, por vincular en pocos aquellos objetos que mas codicia la muchedumbre. Sobresale el afan del poderío entre nuestros anhelos y pasiones, puesto que la prepotencia de un individuo requiere el rendimiento de infinitos. En los alborotos civiles se desvirtúan las leyes sociales, y por maravilla dejan cabida á los dictámenes de la humanidad. El denuedo de la contienda, el engreimiento de la victoria, lo desahuciado del éxito, la memoria de agravios anteriores, y la zozobra de peligros venideros: todo está enardeciendo el ánimo y acallando la voz de la compasion. Tales motivos mancillaron en todo tiempo con sangre las pájinas de la historia; pero ninguno de ellos pudo mediar en las crueldades voluntarias de Cómodo, pues nada le cabia que apetecer, y todo lo podia disfrutar. El hijo tan querido de Marco le sucedió vitoreado por el senado y la tropa (6); y al encumbrarse al trono, el mancebo venturoso no vió á su frente ni competidor que derribar ni enemigos que destruir. Parecia natural que, en su bonancible elevacion, antepusiese el cariño al aborrecimiento de los súbditos, y la gloria halagüeña de sus cinco antecesores, al paradero afrentoso de Neron y Domiciano.

No era sin embargo Cómodo, como se le ha retratado, un tigre sediento insaciablemente de sangre humana y propenso desde la niñez á la crueldad (7); pues cúpole por naturaleza un temple mas bien medroso que malvado. Su sencillez y apocamiento le esclavizaron á sus allegados, que le fueron sucesivamente estragando la inclinacion. Su inhumanidad, que al pronto fué toda de impulso ajeno, vino á dejenerar en costumbre, y paró luego en la pasion dominante de su espíritu (8).

Hallóse Cómodo, á la muerte de su padre, angustiado con el mando de un ejército grandioso y el desempeño de una guerra ardua con los Cuados y Marcomanos (9). La juventud rastrera y desbocada que desterró Marco acudió desaladamente á sus destinos y á su influjo con el nuevo emperador. Encareciendo las penalidades y contingencias de una campaña en los páramos allende el Danubio, aseguraron al afeminado príncipe que es terror de su nombre y las armas de sus lugartenientes serian bastante para redondear la reduccion de los bárbaros asustados, ó que se les impondrian condiciones tan aventajadas como la misma conquista. Apelando luego mañosamente á su sensualidad, fueron comparando el sosiego, la esplendidez y los cultos recreos de Roma con el tráfago de un campamento en Panonia, bien ajeno de proporcionar lujosos pasatiempos (10). Cómodo daba oidos á tan gratos recuerdos; pero mientras titubeaba entre su propia inclinacion y los miramientos que le imponian los consejeros del padre, fué imperceptiblemente feneciendo el estío, y se dilató su entrada triunfal en la capital hasta la otoñada. Su estampa agraciada (11), su llano agasajo y sus prendas supuestas le granjeaban la privanza popular; la paz honrosa que acababa de conceder á los bárbaros derramó por todas partes el regocijo (12); su afan de restituirse á Roma se atribuyó apasionadamente al cariño de su patria, y su desenfreno en la carrera de los deleites se censuró levemente en un mancebo de diez y nueve años.

En los tres primeros años de su reinado, la planta y aun el sesgo del réjimen anterior se conservaron por los leales consejeros, á cuya sabiduria y justificacion tributaba todavía Cómodo un aprecio involuntario. El príncipe gallardo con sus aleves allegados lozaneaba con todo el desenfreno de la soberanía; pero sus manos aun no se habian salpicado de sangre; y hasta habian manifestado impulsos jenerosos que tal vez con el ejercicio se remontaran á la cumbre de la virtud (13); pero un revés inesperado decidió de su temple insubsistente.

Una tarde, al retirarse el emperador á su casa por un pórtico oscuro y angosto del anfiteatro (14), un asesino que le estaba acechando en el tránsito se le abalanzó con un estoque desenvainado, clamando *el senado te envia esto*. El amago malogró el intento, pues afianzado el asesino por la guardia, desde luego manifestó los autores de la conspiracion. Había

se fraguado, no por el pueblo, sino en el recinto del alcázar, pues Lucila, hermana del emperador, y viuda de Lucio Vero, mal hallada con su segunda jerarquía, y zelosa de la emperatriz reinante, habia armado al matador contra la vida de su hermano. No tuvo espíritu para descubrir tan desesperado intento á su segundo marido Claudio Pompeyano, senador esclarecido y de reconocida lealtad; pero halló en la cuadrilla de sus galanes (pues era en costumbres un remedo de Faustina) hombres en situacion desahuciada y de ambicion temeraria, aparejados siempre á arrojarse tras sus ímpetus amorosos ó desaforados. Ajusticiados los conspiradores, se castigó á la princesa al pronto con destierro, y luego con pena capital (15).

Penetraron entretanto la voces del asesino en el ánimo de Cómodo, y acrecentaron la impresion de zozobra y aborrecimiento contra el cuerpo del senado (*b*), trocándose para él en émulos encubiertos los mismos que antes le asombraban como adustos consejeros. Los delatores, ralea de malvados exánimes ya, y casi desaparecidos en los reinados anteriores, revivieron fieramente al descubrir en el emperador los deseos de hallar alguna muestra de alevoso desafecto en el senado. Aquella junta, que siempre Marco habia contemplado como el supremo consejo de la nacion, se componia de los Romanos mas distinguidos; toda distincion vino á ser luego criminal. El poseedor del caudal enardecia el ímpetu de los acusadores, pues la entereza de la virtud se conceptuaba como tácita censura de los descarríos del emperador; los servicios grandiosos argüian sobresalencia de prendas, y la intimidad con el padre acarreaba siempre el encono del hijo. Equivalia la sospecha á probanza y el cargo á la condena, y la ejecucion de un senador visible traia consigo la muerte de cuantos pudieran lamentar ó vengar su desventura, pues apenas llegó Cómodo á empaparse en sangre humana, se mostró empedernido para todo asomo de lástima ó arrepentimiento.

Entre tantas víctimas inocentes de su tiranía, nadie pereció mas condolido que los dos hermanos de la familia Quintiliana, Máximo y Condiano, cuya entrañable fraternidad ha rescatado sus nombres del olvido y realzado su memoria en la posteridad. Idénticos eran estudios y tareas, afanes y recreos, y en el goce de sus grandiosas posesiones, jamás se les ofreció la ocurrencia de separar sus productos; quedan todavía fragmentos de algun tratado que compusieron juntos (*c*), y en todos sus pasos y jestiones se estaban siempre viendo dos cuerpos y una sola alma. Complacíanse los Antoninos con sus prendas y su hermandad, y los encumbraron en un mismo ano al consulado; confió Marco á sus desvelos mancomunados la administracion civil de la Grecia y un importante mando militar, en el que alcanzaron una victoria señalada contra los Jermanos. Enlazólos la estudiada crueldad de Cómodo en la muerte (16).

La saña del tirano, tras derramar la sangre mas esclarecida del senado, se reconcentró luego sobre el instrumento de sus crueldades. Encenagado Cómodo en sangre y liviandades, descargaba su desempeño sobre los hombros de Perene, ministro servil y ambicioso, que habia logrado su puesto con la muerte del antecesor, pero sin carecer de alcances y tino para el cargo. Con sus estorsiones y los secuestros de los nobles sacrificados á su avaricia, atesoró cuantiosas riquezas. Tenia la guardia pretoriana á sus órdenes inmediatas, y su hijo, dotado ya de prendas militares, capitaneaba las lejiones ilíricas. Aspiraba Perene al imperio, ú lo que abultaba lo mismo para Cómodo, era capaz de apetecerlo, á no anticipársele sorprendiéndole y dándole muerte. Poco supone el derribo de un ministro en la historia del imperio, mas se atropelló con una particularidad nueva y que demuestra hasta qué punto estaba relajada la disciplina. Las lejiones de Bretaña, mal halladas con el réjimen de Perene, nombraron una diputacion de mil y quinientos sujetos entresacados, con instrucciones de pasar á Roma, y esponer sus quejas al emperador. Estos demandantes militares, con su denodado intento, enardeciendo los enconos de la guardia, encareciendo el poderío del ejército de Bretaña y aumentando las zozobras de Cómodo, requirieron y lograron el esterminio del ministro, como su único desagravio (17). Este arrojo de un ejército lejano, y el desengaño de la flaqueza del gobierno, sirvieron de anuncio positivo de las convulsiones mas horrorosas.

La flojedad de la gobernacion apareció luego nuevamente con un trastorno procedido de levísimos principios. Cundió entre la tropa el flujo de la desercion, y los culpados, en vez de huir ó encubrirse, paraban en salteadores. Materno, mero soldado, pero osadísimo sobre su ínfima clase, trocó su gavilla de forajidos en un ejército, abrió las cárceles, convidó á los esclavos al recobro de su libertad, y saqueó las ciudades ricas é indefensas de la España y la Galia. Los gobernadores de las provincias que por largo plazo estuvieron mirando, y tal vez partiendo sus robos, tuvieron que desadormecerse con los mandatos amenazadores del emperador. Vióse Materno acorralado y previó su derrota sin un acto desesperado. Dispersó sus secuaces, los envió en cuadrillas con varios disfraces, y les encargó se reuniesen en Roma durante el alborotado desenfreno de las fiestas de Cibeles (18). No era intento de salteador rastrero el de matar á Cómodo y sentarse en el trono vacante. Tan atinadas fueron sus disposiciones, que estaban ya sus tropas cuajando las calles de Roma, cuando a emulacion de uno de los cómplices descubrió y malogró tan peregrina empresa en el mismo trance de la ejecucion (19).

Propension es de príncipes recelosos el engrandecer á los ínfimos, llevados de la aprension que quien solo está pendiente de su privanza jamás profesará otro empeño que el de corresponder á su bienhechor. Cleandro,

sucesor de Perene, era Frijio de nacimiento; nacion sobre cuyo servil y empedernido temple solo causaba mella el azote (20). Llegado de esclavo á Roma (entró como tal en el palacio), mostróse adecuado para el temple de su amo, y vino prontamente á encumbrarse hasta la mayor elevacion que cabe en un súbdito. Fué su predominio sobre Cómodo mas poderoso que el de su antecesor, por cuanto carecia de todo atributo que encelase ó atemorizase á su dueño. Era avariento por esencia, y allí se cifraba el móvil de su réjimen. Vendíanse en almoneda las regalías de cónsul, patricio, ú senador, y tachárase de malquisto á quien se desentendiera de acudir á la compra de aquellos timbres hueros y afrentosos con la mayor parte de sus riquezas (21). En cuanto á los empleos lucrosos de las provincias, participaba el ministro de los despojos del pueblo. Venal y arbitraria era tambien la aplicacion de las leyes. El reo acaudalado, no solo conseguia la revocacion de su justa sentencia, sino que tenia en su mano el imponer castigos á su albedrío al acusador, á los testigos, y aun á los jueces.

Por tales medios, Cleandro, en el término de tres años, atesoró mas riquezas que poseyera jamás algun liberto (22). El emperador, colmadamente satisfecho con los grandiosos regalos que rendia el palaciego oportunamente á sus plantas, gustaba de que bajo su nombre, para embotar los filos de la envidia, alzase baños, pórticos y anfiteatros para el recreo del pueblo (23). Lisonjeábase de que los Romanos, gozosos con esta liberalidad aparente, desatenderian las sangrientas ejecuciones que de continuo estaban presenciando; que olvidarian la muerte de Birro, senador cuyo mérito esclarecido se habia hecho acreedor á que el emperador difunto le concediese una de sus hijas, y que perdonarian la muerte de Arrio Antonino, último representante del nombre y las virtudes de los Antoninos. El primero, con mas entereza que cordura, se arrojó á desengañar á su cuñado acerca del verdadero carácter de Cleandro, y una sentencia equitativa pronunciada por el segundo, siendo procónsul en Asia, contra un indigno ahijado del valido, le acarreó la muerte (24). Tras la caida de Perene, los sobresaltos de Cómodo habian, por corto plazo, asomado con visos de regreso á la virtud. Revocó sus disposiciones mas odiosas, descargó sobre su memoria altas execraciones, achacando á los consejos perniciosos de aquel malvado todos los descarríos de su juventud inesperta. Pero un mes fué el término de su arrepentimiento, y bajo el mando de Cleandro, aun se solia suspirar por el gobierno de Perene.

Hambre y pestilencia colmaron desmedidamente las plagas de Roma (25). Podia la peste atribuirse al enojo merecido de los dioses; pero el monopolio de los granos, al arrimo del caudal y el poderío del ministro, se conceptuó como causador de su compañera. El descontento popular,

por el pronto reducido á murmullos, estalló luego en el concurrido circo. Desentendióse el pueblo de su recreo predilecto por el deleite mas halagüeño de la venganza; disparóse á raudales sobre el palacio de un arrabal, y clamó desaforada y rabiosamente por la cabeza del enemigo público. Mandaba Cleandro la guardia pretoriana (26), y dispuso que un cuerpo de caballería arremetiese y dispersase á la sediciosa muchedumbre, que huyó atropelladamente á la ciudad. Fué mortalmente arrollada dejando muchos cadáveres; pero al embocar la caballería las calles, queda atajada por una descarga incesante de piedras y flechas desde los techos y ventanas de las casas. La guardia de infantería (27), encelada ya de antemano por las regalías y el engreimiento de los pretorianos de á caballo, apadrinó al pueblo, y entonces paró el alboroto en refriega formal, amagando grandísimo estrago. Cejaron por fin los pretorianos abrumados por el jentío, y la oleada popular se disparó rabiosamente contra las puertas del palacio, donde yacia Cómodo encenagado en deleites y ajeno á solas de la guerra civil, pues todo aviso infausto era mortal para el portador. Feneciera en el abandono de su confianza, á no arrojarse dos mujeres, su hermana mayor Fadila y Marcia, la predilecta de sus mancebas, á penetrar hasta su presencia. Postráronse llorosas y desgreñadas á sus plantas, y con la entrañable elocuencia de sus zozobras, manifestaron al emperador los atentados de su ministro, la saña popular, y el esterminio inmediato asestado contra su alcázar y persona. Sobresaltóse Cómodo en medio de su regalado sueño y mandó se arrojase al pueblo la cabeza de Cleandro. Aplacó al golpe la anhelada vista el alboroto, y estuvo todavía en manos del hijo de Marco el recobrar el afecto y la confianza de los súbditos (28).

Mas feneciera ya todo impulso pundonoroso en el ánimo de Cómodo, pues mientras entregaba allá las riendas del imperio á tan indignos privados, nada le halagaba en su soberanía sino el desenfreno que le franqueaba para entregarse á su incesante sensualidad. Empleaba adormecidamente sus horas en un serrallo de trescientas beldades y otros tantos mancebillos de todas clases y provincias, y en malográndose las arterías de la seduccion, acudia el amante irracional á la violencia. Espláyanse los historiadores antiguos (29) por este campo de rematada vileza, que hollaba todo miramiento de recato natural; pero se haria trabajoso el traducir sus harto individuales descripciones en lenguaje moderno y decoroso. Empleábanse los intermedios vacantes de lujuria en los mas soeces pasatiempos, pues ni el influjo de una época culta, ni el afan de su esmerada educacion, habian alcanzado á infundir en su pecho yerto y bravío la menor vislumbre de instruccion, siendo el primer emperador romano absolutamente destituido de gusto para los recreos del entendimiento. El mismo Neron descollaba, ó aparentaba sobresalir en las artes pri-

morosas de la música y la poesía, ni menospreciáramos esta aficion, si no trocara los ratos de recreo racional en empeño ambicioso de toda su vida. Pero Cómodo desde la niñez manifestó suma aversion á la discreta racionalidad, con estremado apego á los entretenimientos del populacho, como los juegos del circo y del anfiteatro y los combates de fieras y de gladiadores. Oia con distraccion y desabrimiento á los maestros que le señalaba Marco, al paso que se desalaba tras los Arabes y Partos que le enseñaban á tomar el venablo y asestar la flecha, amaestrándose luego al par de los mas certeros.

La gavilla palaciega, cuyos medros se cifraban en las liviandades de su dueño, vitoreaba tan rastreros ejercicios, y la aleve lisonja le estaba recordando que por hazañas de este jaez, por el vencimiento del leon Nemeo, y por la muerte del jabalí de Erimanto habíase granjeado el Hércules griego asiento entre los dioses, y memoria inmortal entre los hombres. Olvidábaseles el reparar que en los primitivos tiempos de la sociedad, cuando suelen las fieras batallar con el hombre por la posesion de un terreno baldío, la guerra venturosa contra las alimañas es la heroicidad mas inocente y benéfica de los campeones En la civilizacion del imperio romano, habíanse alejado las fieras de la vista del hombre y de las cercanías de las ciudades populosas, y el irlas á desemboscar para traerlas á Roma y matarlas en pompa por mano de un emperador es empresa tan ridícula para el matador como gravosa para el pueblo (30). Ajeno de tanto discernimiento, enamoróse Cómodo de la esclarecida semejanza, y se titulaba (como todavía lo estamos leyendo en sus monedas) (31) *el Hércules Romano* (*d*). Colocáronse la maza y la piel del leon junto al trono, entre las insignias de la soberanía, y se erijieron estátuas en que se representaba á Cómodo con la estampa y los atributos de aquel dios cuyo denuedo y maestría se empeñaba en remedar á toda hora en sus feroces entretenimientos (32).

Engreido con estos elojios, que fueron borrando todo rastro de su nativo empacho, determinó Cómodo ostentar su desempeño ante el pueblo romano, pues antes lo recataba en el recinto de su alcázar y en presencia de algunos allegados. Rayó el dia, y á impulsos de lisonja, zozobras ó curiosidad, acudió al anfiteatro muchedumbre innumerable de concurrentes, y aplausos merecidos se tributaron á la destreza estraordinaria del cazador imperial. Certero volaba su tiro á traspasar cabeza ó pecho de la alimaña, y con saetas en punta de media luna, trinchaba redondamente el cuello largo y huesudo del avestruz (33). Soltóse una pantera, y el tirador acechando el trance de abalanzarse á un trémulo malhechor, voló el dardo, murió la fiera, y quedó intacto el hombre. Desembocaron á un tiempo las cuevas del anfiteatro hasta cien leones; cien flechazos de la diestra siempre certera de Cómodo los fueron volcando enfurecidos por

los ámbitos de la plaza. No resguardaba al elefante su mole, ni su escamosa piel al rinoceronte; y tributando la Etiopía y la India sus fieras mas bravías, fenecieron en el anfiteatro alimañas que solo habia figurado el arte ó ideado la fantasía (34). Tomábanse esmeradamente en estas fiestas las mayores precauciones para protejer la persona del Hércules romano contra el desesperado arrojo de toda fiera que osara tal vez asaltar la majestad imperial y los atributos de la deidad (35).

Mas sonrojábase indignadamente hasta la ínfima plebe al mirar á su soberano alternar con los gladiadores y blasonar de una profesion que las leyes y las costumbres de los Romanos habian justísimamente tiznado como afrentosa (36). Escojió el traje y armas del *Secutor*, cuya lid con el *Reciario* era uno de los pasos mas sobresalientes del anfiteatro. Armábase el *Secutor* de yelmo, espada y broquel, y teniendo su antagonista desnudo solo una red y un tridente, con aquella se esmeraba en asir y enmarañar, y con este atravesar á su enemigo. Si erraba el primer lance, tenia que huir del alcance del *Secutor*, hasta que depusiera su red para el nuevo arrojo (37). Peleó en esta forma el emperador setecientas treinta y cinco veces: tan esclarecidas proezas se apuntaban puntualmente en las actas públicas del imperio, y para que no careciese de requisito alguno infamante, percibia del fondo jeneral de los gladiadores un estipendio tan exorbitante que acarreó un nuevo é ignominioso impuesto sobre el pueblo romano (38). Se deja suponer que siempre el dueño del mundo salia airoso de estos empeños, y aunque sus victorias no solian ser sangrientas en el anfiteatro, cuando se ejercitaba en la escuela de los gladiadores ó en su palacio, sus desastrados antagonistas merecian con frecuencia el agasajo de una herida mortal de mano de Cómodo, teniendo que sellar la lisonja con su sangre (39). Desechó luego el dictado de Hércules, pues ya el nombre de Paulo, un *Secutor* de nombradía, era el único que le halagaba el oido. Esculpíase en sus estátuas colosales, repitiéndolo en redoblados vítores (40) el senado aclamador y congojoso (41). Claudio Pompeyano, el marido virtuoso de Lucila, fué el senador único que volvió por el decoro de su jerarquía. Avínose, como padre, á que sus hijos atendiesen á su resguardo, asistiendo al anfiteatro, pero como Romano, declaró que su vida estaba en manos del emperador, mas que nunca veria al hijo de Marco prostituyendo su persona y su dignidad; y en medio de tanta entereza, Pompeyano se libertó del encono del tirano, y logró conservar con la vida intacto su pundonor (42).

Encenagóse entónces Cómodo en lo sumo de la afrenta y del desenfreno; y en medio de las aclamaciones de su aduladora corte, no le cabia ocultarse á sí mismo el odio y menosprecio en que yacia para con todos los sujetos sensatos y virtuosos del imperio. Enconóse mas su ánimo con el presupuesto de aquel aborrecimiento, con la roedora envidia de toda

clase de mérito, con sus fundadas zozobras, y con el ejercicio de la mortandad que fué contrayendo en sus diarios entretenimientos. Conservó la historia una lista muy crecida de senadores consulares sacrificados á sus recelos antojadizos, qúe iban escudriñando con desalado afan los desventurados deudos, aunque remotos, de la familia de los Antoninos, sin esceptuar á los mismos ministros de sus maldades y deleites (43); crueldad que por fin se desplomó sobre su propia cabeza. Habia derramado á su salvo la sangre mas esclarecida de Roma, y pereció apenas se hizo temible á sus inmediatos. Marcia, su predilecta concubina, Eclecto, su camarero, y Leto, prefecto del pretorio, asustados con el paradero de los demás, acordaron precaver el esterminio colgado por puntos sobre sus cabezas, ya por el frenesí del tirano (*e*), ya por la ira repentina del pueblo. Logró Marcia la coyuntura de brindar con una copa de vino á su amante, al volver cansado de la caza de varias fieras. Adormecióse Cómodo en su aposento, y mientras batallaba con las resultas del veneno y de la embriaguez, un mozo forzudo, luchador de profesion, entró y lo ahogó sin contraresto. Estrájose reservadamente el cadáver del palacio, antes que asomase la mas leve sospecha por la ciudad, ni aun en la corte, de la muerte del emperador. Este fué el éxito del hijo de Marco, y tan llano fué el acabar con un tirano aborrecido que con la máquina de su poderío habia estado por espacio de trece años acosando á tantos millones de súbditos, cada uno de los cuales se igualaba con su señor en fuerza y desempeño (44).

Atendieron los conspiradores á sus disposiciones con todo el estremo de eficacia y prontitud que requeria el sumo trance, y acordaron colocar en el solio vacante un emperador cuyas prendas sincerasen y disculpasen su osadía. Fijáronse en Pertinaz, prefecto de la ciudad, senador consular, cuyo mérito esclarecido le habia desarrinconado de la estrechez de su nacimiento. Habia gobernado sucesivamente varias provincias del imperio, y en todos sus altos empleos, militares y civiles, habia inalterablemente sobresalido por la entereza, cordura y rectitud de su conducta (45). Venia á quedar solo de los allegados y ministros de Marco, y cuando á deshora le despertaron con la novedad de que el camarero y el prefecto estaban en sus umbrales, se adelantó á recibirlos con denodada resignacion, encargándoles que ejecutasen las órdenes de su dueño. Brindáronle, en vez de la muerte, con el trono del orbe romano, y aunque desconfió por un rato de sus intentos y pretestos, convencido por fin de la muerte de Cómodo, aceptó la púrpura con sincera repugnancia, efecto natural de su pleno conocimiento de las obligaciones y contingencias de la suprema jerarquía (46).

Condujo inmediatamente Leto al nuevo emperador al campamento de los pretorianos, divulgando oportunamente y al mismo tiempo la voz por

la ciudad de que Cómodo habia muerto repentinamente de una apoplejía, y que el virtuoso Pertinaz estaba ya entronizado. La guardia queda mas bien asombrada que satisfecha con la muerte de un príncipe cuya dignacion y larguezas habia sola disfrutado ; pero la estrechez del trance, la autoridad del prefecto , el concepto de Pertinaz y los clamores del pueblo la precisan á encubrir su desabrimiento interior, á aceptar el donativo del nuevo emperador, á juramentarse con él y á acompañarle, con alborozadas aclamaciones y laureles en las manos, al consistorio del senado, para que la autoridad civil ratifique el beneplácito de la milicia.

Fenecia ya tan memorable noche, y al amanecer con el año nuevo, estaban los senadores esperando el aviso para acudir á una ceremonia afrentosa (*f*), pues prescindiendo de los cargos de sus mismas hechuras, que todavía abrigaban asomos de cordura y decoro , habia Cómodo dispuesto pasar la noche en la escuela de los gladiadores, y desde allí tomar posesion del consulado, con el traje y con la comitiva de tan infame chusma. Convócase de improviso el senado al amanecer en el templo de la Concordia para encontrarse con la guardia y revalidar el nombramiento del nuevo emperador. Suspensos y mudos por un rato los senadores , desconfiaron de su redencion inesperada, conceptuándola por alguna de las arterías de Cómodo; pero al fin desengañados , se esplayaron en ímpetus de ira y regocijo. Pertinaz, tras haber manifestado la humildad de su cuna , señalando varios senadores aventajados mucho mas merecedores del imperio, tuvo que ceder á la violencia reverente ascendiendo al trono, y recibió los dictados del poder imperial, corroborados con sinceros votos de lealtad. Se infamó la memoria de Cómodo con baldon sempiterno, resonando por todos los ámbitos del consistorio los apodos de tirano, gladiador y enemigo público. Decretaron alborotadamente (*g*) que se volcasen sus timbres, se borrasen sus títulos de todos los monumentos, se derribasen sus estátuas, que se arrastrase con garfios su cadáver hasta el vestuario de los gladiadores para saciar el enfurecimiento jeneral, y aun hubo muestras de enojo contra la oficiosidad de algunos sirvientes que se arrojaron á ocultar sus reliquias á la justicia del senado. Mas no cupo en Pertinaz el denegar las exequias por la memoria de Marco y las lágrimas de su primer favorecedor, Claudio Pompeyano, que se condolia de la cruel suerte de su cuñado, y sentia mucho mas el que la hubiera merecido (47).

Estos arrebatos de saña descompasada con un emperador ya difunto á quien habia el senado endiosado tan rendidamente acreditaban impulsos de justa, pero indecorosa venganza ; estribaba sin embargo la legalidad de estos decretos en los principios de la constitucion imperial. El reconvenir , deponer y castigar de muerte al primer majistrado de la república abusador de la confianza pública fué antigua é innegable regalía del

senado romano (48); pero aquel cuerpo apocado tenia que contentarse con imponer al tirano ya derribado aquella justicia ejemplar, contra la cual se escudaba en su reinado con el brazo poderoso del despotismo militar (*h*).

Conducta mas hidalga fué la de Pertinaz para desconceptuar á su antecesor, por la contraposicion de su conducta. El dia de su ascenso al trono, cedió á su esposa é hijo todos sus haberes privados, para imposibilitarles todo pretesto de acudir á los fondos del estado. Se desentendió de lisonjear la vanagloria de su consorte con el dictado de Augusta, y de estragar al bisoño mancebo con la jerarquía de César. Deslindando esmeradamente el desempeño de padre y el de soberano, educó al hijo con austera sencillez, la cual, no afianzándole la sucesion del padre, podia habilitarle para merecerla. Afable y formal en público, Pertinaz alternaba con los senadores beneméritos, (puesto que de compañero se habia enterado de las propiedades de cada cual) sin zelos ni engreimientos; los trataba como amigos y camaradas, con quienes terciara en las angustias de la tiranía, y con cuya inmediacion anhelaba disfrutar el presente desahogo. Solia convidarlos familiarmente á su mesa, cuya frugalidad era el blanco de los escarnecedores que recordaban y echaban menos la lujosa profusion de Cómodo (49).

Para ir en cuanto fuese dable sanando las llagas causadas por el desenfreno de la tiranía, se atareaba tenaz y desconsoladamente Pertinaz. Las víctimas inocentes y aun vivas dejaron el destierro ú la mazmorra para disfrutar á sus anchuras todas las riquezas y timbres de que las habian defraudado. Los cadáveres insepultos de senadores sacrificados (pues la crueldad de Cómodo se estremaba hasta mas allá de la muerte) se colocaron en los sepulcros de sus antepasados; sincerábase su memoria, y se derramaban eficaces consuelos sobre las familias arruinadas y congojosas. Entre tantos alivios, el mas halagüeño fué el castigo de los delatores, enemigos jurados de su dueño, de la virtud y de la patria. Pero aun en las pesquisas contra aquellos asesinos legales, procedia Pertinaz con miramiento y entereza, atenido siempre á la equidad, y desentendiéndose de vulgaridades y enconos populares.

La hacienda del estado requeria todo el ahinco del emperador. Por mas que se echara el resto en atropellar y desangrar á los súbditos para colmar el erario, todas las rapiñas de Cómodo vinieron á quedar tan desproporcionadas á sus estravagancias, que á su muerte solos cuarenta mil duros encerraba su tesoro (50) para acudir á los desembolsos diarios y redondear el crecido y urjente donativo que el emperador tuvo que ofrecer á la guardia pretoriana. Pero aun en la estrechez de estos apuros, mostró Pertinaz la gallarda entereza de revocar todos los impuestos opresores ideados por Cómodo, y de anular todas las demandas indebidas del era-

rio, declarando, por medio de un decreto del senado, que « anteponía rejir una república menesterosa con honradez, al atesorar caudales con tropelías deshonrosas. »

Conceptuaba la economía industriosa como el manantial verdadero y puro de riquezas, con el cual muy presto logró sufragar á las urjencias públicas. Redujo desde luego los gastos palaciegos á la mitad, haciendo almoneda de todos los renglones de lujo (51), como plata labrada, oro, carruajes, superfluidades de seda bordada, y un crecido número de lindos niños de ambos sexos, esceptuando con oficiosa humanidad los nacidos libres, devolviéndolos á las faldas de sus llorosos padres. Al paso que precisaba á los antiguos privados del tirano á reintegrar parte de sus villanas usurpaciones, iba pagando á los lejítimos acreedores del estado, y satisfizo inesperadamente los atrasos de dignos y casi olvidados servicios. Orilló las trabas violentas del comercio, y franqueó los baldíos incultos de Italia y las provincias á cuantos apeteciesen desmontarlos, descargándolos de toda pecha por espacio de diez años (52).

Este inalterable sistema habia ya afianzado á Pertinaz el galardon mas grandioso que puede caber á un soberano, el aprecio entrañable de su pueblo. Cuantos recordaban las escelencias de Marco se estaban ahora embelesando con el halagüeño remedo de aquel orijinal sobrehumano, paladeando ya las venturas duraderas de tan cabal gobernacion; mas el atropellado afan de reformar un estado estragadísimo, con menos cordura de la que correspondia á los años y esperiencia de Pertinaz, dió al través con su persona y sus disposiciones, pues su indiscreto ahinco mancomunó á la chusma servil que se holgaba y enriquecia con el desconcierto público y que anteponia las finezas de un tirano á la uniformidad justiciera de las leyes (53).

En medio del júbilo jeneral, el desagrado íntimo de la guardia pretoriana estaba asomando en sus semblantes airados y ceñudos. Pesarosos de tener que avenirse á Pertinaz, y temerosos de la tirantez de la antigua disciplina que amagó restablecer, echaban ya menos allá el desenfreno del reinado anterior. Fomentaba su desabrimiento el prefecto Leto, quien ya muy tarde estaba viendo que el nuevo emperador premiaria un sirviente, mas no se avasallaria á un valido. Al tercer dia, ya los soldados arrebataron á un senador visible, con ánimo de trasladarlo á su campamento y revestirle la púrpura imperial; pero en vez de enamorarse de su encumbramiento, el asustado paciente, puesto en salvo de la tropelía, se postró á las plantas de Pertinaz. Luego despues Sósio Falcon, uno de los cónsules actuales, mozo temerario (54), pero de alcurnia esclarecida y opulenta, quiso dar oidos á los susurros de la ambicion, y durante una breve ausencia de Pertinaz, se fraguó una conspiracion que se frustró con su pronto regreso á Roma y su denodado acierto. Iba ya Falcon á ser ajus-

ticiado como enemigo público, cuando las instancias entrañables y encarecidas del agraviado emperador le salvaron, estrechando al senado para que ni aun la sangre de un senador culpado mancillase la pureza de su púrpura.

Enconaban mas y mas estos malogros la saña de los pretorianos. El 28 de marzo, ochenta y seis dias no mas despues de la muerte de Cómodo, estalló en el campamento una sedicion, que los oficiales no alcanzaron ó no apetecieron enfrenar. De dos á trescientos soldados frenéticos marcharon al mediodía, con las armas en las manos y la desesperacion en sus rostros, hácia el palacio imperial. Abriéronles de par en par las puertas los compañeros que se hallaban de guardia, mancomunados con los sirvientes de la antigua corte, conjurados ya de antemano contra la vida del virtuoso emperador. A su asomo, Pertinaz, ajeno de huir ó de encubrirse, arrostra á los asesinos y les reconviene con su propia inocencia y la santidad de su reciente juramento. Suspensos por un rato, mudos y corridos de su atroz intento, y acatando la presencia venerable y la majestuosa entereza de su soberano, pero desesperando luego del indulto, revive su desesperacion, y un bárbaro del pais de Tongres (55) asesta el primer tiro contra Pertinaz y lo acaban inmediatamente con un sinnúmero de heridas. Le cortan la cabeza, la clavan en una lanza, y la llevan en triunfo al campamento, á la vista del pueblo airado y congojoso, que estaba lamentando el desastrado paradero de príncipe tan cabal y la dicha volandera de un reinado cuya memoria solo conduciria para agravar las desventuras inmediatas (56).

NOTAS

correspondientes al capítulo cuarto.

(1) Véanse las quejas de Avidio Casio, Hist. August., p. 45. Son á la verdad quejas de una faccion, pero aun esta misma abulta en vez de inventar.

(*a*) Sobre Vero, hermano adoptivo, y no tuvo otro Marco Aurelio.—W.

(2) Faustinam satis constat apud Cajetan *conditiones* sibi et nauticas et gladiatorias, elegisse. *Hist. August.*, p. 30. Esplica Lampridio qué jénero de mérito era el apetecido por Faustina, y las *condiciones* que requeria. *Hist. August.*, p. 102.

(3) Hist. August., p. 34.

(4) Meditat., l. I. Rióse el mundo de la credulidad de Marco, pero Madama Dacier nos asegura, y hay que creer á una dama, que si la mujer se allana á disimular, siempre quedará engañado el marido.

(5) Dion Casio, l. LXXI (c. 31), p. 1195. Hist. August., p. 33. Comentario de Spanheim sobre los Césares de Juliano; p 289. No halla Juliano otro lunar en la cabal escelencia de Marco que el endiosamiento de Faustina.

(6) Fué Cómodo el primer *Porfirojeneto*, ú nacido reinando el padre. Las medallas ejipcias, lisonjeras por otro rumbo, fechan por los años de su vida, como si fuesen idénticos con los de su reinado, Tillemont, Hist. de los Emperadores, t. II, p. 752.

(7) Hist. August., p. 46.

(8) Dion Casio, l. LXXII, p. 1203.

(9) Segun Tertuliano (Apologet., c. 25), falleció en Sirmio. Pero la situacion de Vindebona ó Viena, donde entrambos Víctores traen su muerte, cuadra mejor con las operaciones de la guerra contra los Marcomanes y Cuados.

(10) Herodiano, l. I, p. 12.

(11) Herodiano, l. I, p. 16.

(12) Describe acertadamente M. Wotton, por medallas é historiadores, aquel alborozo universal. Hist. de Roma, p. 192 y 193.

(13) Mediaron años hasta que descubrieron á Manilio, secretario íntimo de Avidio Casio; pero el emperador aventó allá toda zozobra, no queriendo verle y quemando sus papeles sin abrirlos. Dion Casio, l. LXXII, p. 129.

(14) Véase Maffei, Degli Amphitheatri, p. 126.

(15) Dion, l. LXXII, p. 1205. Herodiano, l. I, p. 16. Hist. August., p. 46.

(*b*) Fueron los conjurados, y hasta el mismo asesino, senadores. Herodiano, I, 81.—G.

(*c*) En cuanto á su obra, era de agricultura, y la suelen citar autores posteriores. Véase Neeham, Proleg. ad Geoponic. Camb., 1704.—W.

(16) Casaubon, en una nota sobre la Historia Augustana, ha ido recojiendo varias particularidades sobre aquellos hermanos decantados. Véase la pájina 96 de su erudito comentario.

(17) Dion, l. LXXII, p. 1210. Herodiano, l. I, p. 22. Hist. August., p. 48. Retrata Dion menos odiosamente que los demás historiadores, y aquella moderacion afianza su veracidad (*).

(*) Elojia Gibbon á Dion por comedido con Perenis, sin embargo que en

(18) Durante la segunda guerra Púnica, trajeron los Romanos del Asia el culto de la madre de los dioses. Su festividad, *Megalesia*, empezaba el 4 de abril y duraba seis dias. Agolpábanse por las calles procesiones frenéticas, en los teatros los mirones, y en las mesas públicas huéspedes arbitrarios. Se suspendia todo arreglo y comedimiento y no se trataba mas que de recreo. Véase Ovid., de Fastis, l. IV, 189, etc.

(19) Herodiano, l. I, p. 23 y 28.

(20) Ciceron por Flaco, c. 27.

(21) Uno de estos ascensos carísimos motivó un chiste muy válido, y fué que habian desterrado á Julio Solon al senado.

(22) Dion (l. LXXII, p. 12 y 13) dice que ningun liberto habia atesorado tanto como Cleandro. Sin embargo ascendian los haberes de Pálas á mas de veinte millones de duros; *Ter millies.*

(23) Dion, l. LXXII, p. 12 y 13. Herodiano, l. I, p. 29. Hist. August., p. 52. Estaban aquellos baños junto á la *Puerta Capena.* Véase Nardini, Roma Antica, p. 79.

(24) Hist. August., p. 48.

(25) Herodiano, l. I, p. 28. Dion, l. LXXII, p. 1215. El último dice que siguieron muriendo en Roma por largo plazo hasta dos mil personas al dia.

(26) Tuncque primum tres præfecti prætorio fuere: inter quos libertinus. Por allá ciertos rastros de comedimiento se desentendió Cleandro del dictado, mientras estaba ejerciendo la potestad de prefecto del pretorio. Así como los demás libertos se iban apellidando segun sus respectivos ramos, *à rationibus ab epistolis*, Cleandro se titulaba *à pugione*, como

su narrativa siempre va siguiendo á Herodiano y á Lampridio. No habla tan solo Dion de Perenis con moderacion, sino con pasmo, abultándolo como hombre grande, virtuoso en vida é irreprensible al morir; cabe tal vez maliciarle de parcial: pero se hace estraño que Gibbon, ateniéndose á Herodiano y á Lampridio para conceptuar aquel ministro, siga luego á Dion en la relacion inverosímil de su muerte. ¿Qué camino lleva con efecto que mil y quinientos hombres atravesasen la Galia y la Italia, y llegasen á Roma sin entenderse con los pretorianos, y sin conocimiento de Perenis prefecto, del pretorio? Gibbon, hecho tal vez cargo de la dificultad, añade que la diputacion militar enardeció las desavenencias de la guardia; pero espresa Dion que no llegaron á Roma, sino que el emperador les salió al encuentro, y aun le tacha el no haberlos contrarestado con la guardia, que era mayor en número. Refiere Herodiano que Cómodo, sabedor por un soldado de los intentos ambiciosos de Perenis y de su hijo, los hizo asaltar y degollar de noche.—G. de W. Es el relato de Dion notablemente individual, y de mayor autoridad que el de los otros dos escritores, apuntando que Cleandro, el nuevo privado, tenia ya socavado el influjo de Perenis.—M.

encargado del resguardo de su amo. Parece que Salmasio y Casaubon han cavilado á sus anchuras sobre este paso (*).

(27) Οἱ τῆς πόλεως πέζοι στρατιῶται, Herodiano, l. I, p. 31. Se hace dudoso si denota la infantería pretoriana, ó las cohortes urbanas, cuerpo de seis mil hombres, pero cuya jerarquía y disciplina desmerecian mucho de su número. Ni Tillemont ni Wotton tienen á bien fallar sobre este punto (**).

(28) Dion Casio, l. LXXII, p. 1215. Herodiano, l. I, p. 32. Hist. August., p. 48.

(29) Sororibus suis constupratis. Ipsas concubinas suas sub oculis suis stuprari jubebat. Nec irruentium in se juvenum carebat infamia, omni parte corporis atque ore in sexum utrumque pollutus. Hist. Aug., p. 47.

(30) En hambreando los leones africanos, se arrojaban á las aldeas abiertas y campiñas cultivadas, y lo asolaban todo á su salvo; pues se reservaba la real alimaña para el recreo del emperador y de la capital, y el campesino desventurado y matador de alguno, aun siendo en defensa propia, inuurria en una pena de mayor cuantía. Reformó Honorio y abolió luego Justiniano aquella *ley de montería*. Codex. Theados., tom. V, p. 92, y Comment. Gothofred.

(31) Spanheim de Numismat., Dissertat. XII, tom. II, p. 493.

(*d*) Hizo Cómodo colocar su cabeza sobre la estátua colosal de Hércules. Los chuscos de Roma, segun el nuevo fragmento de Dion, publicaron el epígrama siguiente, cuya agudeza, como sucede por lo mas entre los chistes antiguos, queda embotada para nosotros: « Διὸς παῖς Καλλίνικος Ἡρακλῆς, οὐκ εἰμὶ Λεύκιος, ἀλλ'αναγκάζουσί με.» Viene á ser como una protesta del Dios contra su trueque en el emperador. Mai, Fragm. Vatican., II, 225.—M.

(32) Dion, l. LXXII, p. 1216. Hist. August., p. 49.

(33) El cuello del avestruz tiene tres piés de largo y consta de diez y siete vértebras. Véase Buffon, Historia Natural.

(34) Mató Cómodo un camelopardal ó jirafa (Dion, l. LXXII, p. 1311.), la mayor, mansísima é utilísima entre las alimañas. Este irracional estraño, natural únicamente del interior del Africa, no se ha visto por Europa, desde el renacimiento de las letras: aunque M. Buffon (Hist. Natural, tom. XIII) procuró describir la jirafa, no se atrevió á delinearla (***).

(*) Niega M. Guizot que Lampridio denote á Cleandro como prefecto *à pugione*; pero así lo apunta, á mi parecer, aquello de Libertino.—M.

(**) En mi dictámen, no cabe duda, pues el paso de Herodiano está patente denotando las cohortes urbanas. Compárese Dion, p. 797.—W.

(***) Los naturalistas de ahora han sido mas venturosos, pues Lóndres solo

(35) Herodiano, l. I, p. 37. Hist August., p. 50.

(36) Los príncipes virtuosos y sabios prohibieron á los senadores y caballeros el tomar parte en esta escandalosa profesion, bajo pena infamatoria, ó, lo que era aun peor para ellos, con destierro. Los tiranos trataron de deshonrarlos con amenazas y recompensas. Neron obligó á cuarenta senadores y sesenta caballeros á presentarse en la arena. Véase Lipsio, Saturnalia, l. II, c. 2. Afortunadamente ha rectificado un pasaje de Suetonio in Nerone, c. 12.

(37) Lipsio, l. II, c. 7 y 8. Juvenal, en su sátira octava, da una pintoresca descripcion de este combate.

(38) Hist. August., p. 50. Dion, l. LXXII, p. 1220. Recibia cada vez, *decies*, cerca de 40.000 duros.

(39) Nos dice Víctor que Cómodo tan solo consentia á sus contrincantes una arma de plomo, temeroso, por lo visto, de algun arranque desesperado.

(40) Tenian que repetir hasta seiscientas veinte y seis veces, *Paulo, el primero de los Secutores*, etc.

(41) Dion, l. LXXII, p. 1221, va hablando de su mismo rendimiento y peligro.

(42) Solia sin embargo entreverar su teson allá con visos de cordura, yéndose por temporadas largas á su retiro del campo, alegando ancianidad y dolencia de ojos. «Nunca lo ví en el senado, dice Dion, sino en el cortísimo reinado de Pertinaz.» Quedóse repentinamente sin achaques, y le volvieron tambien de improviso con el malogro de aquel príncipe escelente. Dion, l. LXXIII, p. 1227.

(43) Solia mudar de prefectos casi por dias, y aun por horas, siendo por lo mas los antojos de Cómodo muy aciagos para sus mas íntimos camareros. Hist. August., p. 46 y 51.

(*e*) Habia dispuesto degollar la noche siguiente á los matadores, quienes se le anticiparon. Herod., I, 17.—W.

(44) Dion, l. LXXII, p. 1222. Herodiano, l. I, p. 43. Hist August., p. 52.

(45) Era Pertinaz natural de Alba Pompeya, en el Piamonte, hijo de

está poseyendo mas jirafas que quizá se han visto en Europa desde la ruina del imperio romano, menos en los jardines de recreo del emperador Federico II en Sicilia, quien logró tener varias. Se presentaban las colecciones de fieras de Federico para la diversion de los vecindarios en muchos parajes de Italia. Raumer Geschichte der Hohenstaufen, V, III, p. 571. Se equivoca además Gibbon, por cuanto el sultan de Ejipto ú el rey de Túnez regalaron á Lorenzo de Médicis una jirafa. Cítanse autoridades contemporáneas en la obra antigua de Gesner, de Quadrupedibus, p. 162.

un traficante en maderas. Merece la escala de sus ascensos, especificada en Capitolino, estenderse, para manifestar el sistema de gobierno y las costumbres del siglo. 1.° Centurion. 2.° Prefecto de una cohorte en Liria para la guerra con los Partos y para la de Bretaña. 3.° Le cupo una *ala*, ó escuadron de caballería, en Mesia. 4.° Comisario de abastos en la carretera Emilia. 5.° Mandó una escuadrilla en el Rin. 6.° Procurador en Dacia con un sueldo de unos ocho mil duros al año. 7.° Mandó los veteranos de una lejion. 8.° Ascendió á la clase de senador. 9.° A la de pretor. 10.° Al mando de la primera lejion de Recia y Nórica. 11.° Cónsul por el año 175. 12.° Acompañó á Marco al Oriente. 13.° Mandó un ejército en el Danubio. 14.° Legado consular en Mesia. 15.° En Dacia. 16.° En Siria. 17.° En Bretaña. 18.° Obtuvo el cargo de abastecedor jeneral en Roma. 19.° Procónsul en Africa. 20.° Prefecto de la ciudad. Hace justicia Herodiano (l. I, p. 48) á su desinterés; pero Capitolino, recojedor de hablillas, le culpa por sus muchos haberes, granjeados con ruindades y cohechos.

(46) Le tilda Juliano en sus Césares como allegado con los matadores deCómodo.

(f) Juntábase siempre el senado á 1.° de enero (véase Savaron, sobre Sidonio Apoll., VIII, 6.), como sucedió aquel año sin órden al intento. —G. de W.

(g) Los decretos que Gibbon llama impropiamente tumultuosos se venian á reducir á meros aplausos, que menudean en la historia de los emperadores, habiendo trascendido la costumbre del teatro al foro, y de este al senado. Introdujéronse los aplausos al adoptar los decretos imperiales con Trajano. (Plin. jun. Panegyr. 75.) Iba un senador leyendo el tenor del decreto, y los demás contestaban con un jénero de aplauso ú canturia; y así vinieron á ser las aclamaciones con Pertinaz y contra Cómodo. Hosti patriæ honores detrahantur. Parricidæ honores detrahantur. Ut salvi simus, Jupiter, optime, maxime, serva nobis Pertinacem; prevaleciendo luego la costumbre, no solo en los consejos de estado, sino en todas las juntas del senado Por mas ajeno que parezca de una reunion relijiosa, de suyo solemnísima, hicieron lo mismo los primeros cristianos en sus sínodos, á pesar de la oposicion de varios padres, con especialidadSan Juan Crisóstomo. Véase Collec. de Franc. Bern. Terrario de veterum acclamatione in Greævii Thesaur. Antiq. Rom., I, 6.—W. Recargada va la nota en cuanto á Gibbon, mas me parece digna de conservarse.

(47) Va Capitolino refiriendo por menor estos votos alborotados, movidos por un senador, y repetidos, ó mas bien allá entonados por el cuerpo entero.

(48) Condenó el senado á Neron á muerte *more majorum*. Sueton., c. 49.

(h) Ninguna ley terminante lo deslindaba, sino que provenia de los antiguos principios republicanos. Infiere al parecer Gibbon del paso de Suetonio que el senado, segun su derecho antiguo, castigó de muerte á Neron. Sin embargo las palabras *more majorum* no se refieren al decreto del senado, sino por aquel jénero de muerte sacado de una ley antiquísima de Rómulo. Véase Victor, Epit., Ed. Artren, p. 484, n. 7.—W.

(49) Habla Dion (l. LXXIII, p. 1223) de estos agasajos, como senador que solia cenar con el emperador, y Capitolino, como esclavo que habia ido recojiendo especies de los marmitones. Hist. August., p. 58.

(50) *Decies*; la economía irreprensible de Pios dejó á los sucesores un tesoro de *vicies septies millies*, mas de cien millones de duros.

(51) Además del intento de reducir á moneda aquellos realces inservibles, atribuye Dion (l. LXXIII, p. 1229) dos motivos reservados á Pertinaz. Queria patentizar los desatinos de Cómodo, y luego ir descubriendo así á los compradores sus semejantes.

(52) Por mas que Capitolino anda ensartando patrañas desatinadas contra la vida particular de Pertinaz, acompaña luego á Dion y á Herodiano, en cuanto á encarecer su desempeño público.

(53) Leges, rem surdam, inexorabilem esse. T. Liv. II, 3.

(54) Si damos crédito á Capitolino, lo que se hace cuesta arriba, se portó Falcon allá con desacato respecto á Pertinaz en el dia de su advenimiento; y el cuerdo emperador tan solo le apuntó su mocedad y bisoñez. Hist. August., p. 55.

(55) El obispado actual de Lieja. Seria el soldado de la guardia bátava de á caballo, que solian reclutarse del ducado de Güeldres y sus cercanías, y descollaban por su denuedo y maestría en nadar con sus caballos por los rios mas rápidos y caudalosos. Tacit., Hist., IV, 12. Dion, l. LV, p. 797. Lipsio, De magnitudine Romana, l. I, c. 4.

(56) Dion, l. LXXIII, p. 1232. Herodiano, l. II, p. 60, Hist. August., p. 58. Victor in Epitom. et in Cæsaribus, Eutropio. VIII, 16.

CAPITULO V.

Venta pública del Imperio á Didio Juliano por la guardia pretoriana. — Clodio Albino en Bretaña, y Séptimo Severo en Panonia, se declaran contra los matadores de Pertinaz. — Guerras civiles, y victoria de Severo sobre sus tres competidores. — Relajacion de la disciplina. — Máximas nuevas degobierno.

Es mas arrollador el poderío de la espada en los ámbitos de una gran monarquía que en las estrecheces de un estado reducido. Computan los estadistas mas consumados que en ninguna potencia cabe mantener sin quebranto mas que el centésimo de poblacion en el ocio de las armas. Por mas ajustada que fuere esta proporcion, el influjo del ejército sobre la sociedad entera ha de variar siempre segun el grado de su fuerza efectiva. No descollarán la ciencia y disciplina militar sin una porcion adecuada de tropa reunida en un cuerpo y vivificada por una sola alma. Una escuadra escasa es ineficaz; una hueste descompasada es irreducible, y el alcance de la máquina viene á frustrarse igualmente por la suma pequeñez ó la escesiva mole de sus móviles. Para evidenciar esta verdad, bastará hacerse cargo de que no se da superioridad natural de brios, armas ó maestría que habilite á un individuo para avasallar á un centenar de los demás hombres; el tirano de un solo pueblo ú de un distrito reducido palparia luego que cien secuaces armados no le escudarian contra diez mil campesinos ó ciudadanos; pero cien mil veteranos enseñorearán despóticamente á diez millones de súbditos, y un cuerpo de diez ó quince mil guardias traspasará de pavor al mas numeroso populacho que se agolpó jamás en las calles de una capital inmensa.

La guardia pretoriana, cuya desenfrenada insolencia fué el primer síntoma de la decadencia del imperio romano, y ascendia apenas al postrer número (1), fué creada por el mañoso Augusto, quien conociendo que podian las leyes cohonestar, mas que solo cabia en las armas el afianzar la usurpacion de su predominio, fué habilitando aquel poderoso cuerpo para resguardarse á toda hora, avasallar al senado, y precaver ú hollar el primer asomo de rebeldía. Particularizó á esta tropa predilecta con paga doble y señaladas prerogativas; mas como su presencia formidable podia sobresaltar y enconar al pueblo romano, tres cohortes solas estaban de asiento en la capital, y las otras repartidas por los pueblos cerca-

nos de Italia (2). Mas pasado medio siglo de paz y servidumbre, aventuró Tiberio una resolucion terminante que remachó para siempre los grillos de su patria. Bajo el pretesto de aliviar la Italia del pesado gravámen de los cuarteles militares, juntólas en campamento (3) permanente sobre Roma, estrechando mas y mas su disciplina, y colocándolas en situacion dominante y fortificada con esmero (4), (5).

Precisos se hacen tales sirvientes, pero suelen ser tambien los volcadores del entronizado despotismo. Con la introduccion de la guardia pretoriana, casi hasta el mismo palacio y el senado, enseñáronle los emperadores á conocer su propia fuerza y la flaqueza del gobierno civil, le proporcionaron la ocasion de estar viendo con familiaridad y menosprecio los vicios de sus dueños, y de orillar el respeto rendido que solo la distancia y el encubrimiento pueden conservar respecto á un poderío imajinario. En la lozanía ociosa de una ciudad opulenta, rebosaba su engreimiento con la preponderancia irresistible; ni cabia el encubrirles que la persona del soberano, la autoridad del senado, el erario y el solio del imperio estaban en sus manos. Para soslayar á los pretorianos de reflexiones tan azarosas, hasta los príncipes mas briosos y arraigados tenian que salpicar sus mandatos con halagos, y los castigos con galardones, lisonjear su soberbia, franquearles desahogos, desentendiéndose de sus desafueros y comprando su afecto volandero con cuantiosos donativos, que desde el advenimiento de Claudio quedaron como feudo legal en la sucesion de todo emperador nuevo (6).

Los partidarios de la guardia se esmeraban en comprobar con razones su poderío fundado por las armas, afirmando que, segun los principios mas puros de la constitucion, era su beneplácito requisito indispensable para el nombramiento de un emperador. Aun la eleccion de cónsules, jenerales y majistrados, por mas que estuviese recien usurpada por el senado, era fuero indisputable del pueblo romano (7). Mas, ¿dónde asomaba el romano pueblo? No, en verdad, por la muchedumbre revuelta de esclavos y forasteros que estaba cuajando las calles de Roma, chusma servil, tan cobarde como menesterosa. Los defensores del estado, allá entresacados de la flor de la juventud italiana (8), labrada con el ejercicio de las armas y de la virtud, eran los representantes verdaderos del pueblo, y los mas acreedores á encumbrar el caudillo de la república Estas proposiciones, si no concluyentes, se hicieron ya incontrastables, cuando los altaneros pretorianos las corroboraron, cargando, como aquel bárbaro vencedor de Roma, la balanza con sus espadas (9).

Habian los pretorianos mancillado la santidad del trono con el atroz asesinato de Pertinaz, y afrentaron toda su majestad con su conducta inmediata. Carecia el campamento de caudillo, pues aun el prefecto Leto, escitador de la tormenta, se habia cuerdamente soslayado de la ira jene-

ral. En medio de aquel desórden, Sulpiciano, suegro del emperador y gobernador de la ciudad, enviado al campamento al principio del alboroto, forcejeaba por enfrenar los ímpetus de la muchedumbre, cuando tuvo que enmudecer al regresar la turba vocinglera de los matadores, enarbolando en su lanza la cabeza de Pertinaz. Por mas que la historia nos tenga ya encallecidos en cuanto á ceder todo principio y todo afecto á los impulsos de la ambicion, apenas cabe conceptuar que aspirase Sulpiciano á sentarse en un solio empapado todavía en la sangre de pariente tan inmediato y príncipe tan cabal. Habia ya acudido á la única razon eficaz, y estaba contratando por la jerarquía imperial, mas los prohombres de los pretorianos, temerosos de que en el convenio particular no se granjease la suma adecuada á tan grandiosa alhaja, se asomaron atropelladamente al vallado, y vocearon esforzadamente que el mundo romano estaba de venta, y se entregaria en pública almoneda al mejor postor (10).

Esta deshonrosa oferta, este insolente desenfreno militar causó jeneral vergüenza, ira y quebranto por toda la ciudad (año 193, 28 de marzo). Llega por fin á oidos de Didio Juliano, senador acaudalado, quien desatendiendo las calamidades públicas, se estaba regalando en la profusion de su mesa (11). Esposa é hijos, libertos y allegados le hacen cargo de que es merecedor de la corona, y le amonestan encarecidamente á que afianze coyuntura tan envidiable. Corre el vanidoso anciano al campamento, donde Sulpiciano estaba todavía contratando con la guardia, y se constituye su contrincante desde el pié de la valla. Iban y venian afanosamente emisarios con las mandas recíprocas, y habia ya Sulpiciano pujado hasta cinco mil dracmas (sobre ochocientos duros) para cada soldado, cuando Juliano, desalado tras la presa, subió de una vez hasta la suma de seis mil doscientas y cincuenta dracmas, ó mas de mil duros por individuo. Abrnsele de par en par las puertas del campamento al comprador (*a*), proclámanle soberano, se le juramentan, y usa de la humanidad de pactar el indulto y olvido de la competencia de Sulpiciano.

Esméranse ya los pretorianos en cumplir las condiciones del contrato; colocan al nuevo emperador, á quien obedecen y menosprecian, en el centro de sus filas, cércanle de sus broqueles, y lo acompañan en rigurosa formacion de batalla por las calles desamparadas de la ciudad. Mandóse al senado que acudiese, y los mas íntimos de Pertinaz y los enemigos personales de Juliano tuvieron que aparentar estremos mayores de júbilo por tan venturosa revolucion (12). Despues de llenar el senado con su tropa, esplayóse acerca de la libertad de su eleccion, de sus prendas eminentes y de su convencimiento del afecto del senado. Prorumpió en albricias aquel cuerpo, así por su propio logro, como por el de la república, comprometió su fidelidad, y le confirió todos los ramos de la potestad imperial (13). Pasó Juliano con la misma pompa á aposentarse en

el palacio, donde se le apareció ante todo el cadáver abandonado de Pertinaz, y los parcos manjares dispuestos para su comida; y mirando lo primero con indiferencia, y lo segundo con menosprecio, mandó aderezar un espléndido banquete, y luego se entretuvo hasta muy á deshora con los dados, y con los primores de Pilades, un danzarin de nombradía. Advirtióse sin embargo que retirado el tropel de los aduladores, y dejado allá en la soledad á sus amargas reflexiones, sin duda estuvo recapacitando su temerario frenesí, con el paradero de su virtuoso antecesor, y la posesion incierta y arriesgada de todo un imperio, no granjeado con sus merecimientos, sino por medio de sus caudales (14).

Con razon se estremecia. Entronizado en aquella cumbre, carecia de amigos y allegados, y hasta la misma guardia se corria de un príncipe que le habia proporcionado su codicia, ni asomaba un ciudadano que no se horrorizase de su elevacion como del postrer baldon del nombre romano. La nobleza, cuya visible jerarquía y grandiosas posesiones requerian suma cautela, encubria sus impulsos, y correspondia al risueño emperador con muestras de agrado y protestas de lealtad; mas el pueblo, al resguardo de su pequeñez y de la muchedumbre, se exhalaba en ímpetus desaforados. Resonaban los clamores é imprecaciones por las calles y plazas de Roma, y la plebe sañuda se apersonaba con Juliano, desechaba sus agasajos, y persuadida de su desvalido enojo, estaba llamando á las lejiones fronterizas que desagraviasen tanto desdoro para la majestad del imperio romano.

Voló el desagrado jeneral del centro á los confines del imperio. Los ejércitos de Bretaña, Siria é Ilírico se lamentaban de la muerte de Pertinaz, con quien y á cuyas órdenes habian tan repetidamente peleado y vencido. Recibieron con asombro, ira, y tal vez envidia, la inaudita nueva de que los pretorianos habian vendido en pública almoneda el imperio, y se negaron ceñudamente á revalidar tan afrentoso contrato. Peligrosa fué para Juliano su inmediata y unánime rebeldía, pero lo fué menos para el sosiego público, puesto que los caudillos de sus respectivas huestes, Clodio Albino, Pescenio Nijer y Septimio Severo anhelaban todavía mas ansiosamente el suceder que el vengar al asesinado Pertinaz. Equilibrábanse sus fuerzas, pues capitaneaba cada cual tres lejiones (15) con un crecido acompañamiento de auxiliares, y por mas que se diferenciasen sus prendas, eran todos militares de esperiencia y desempeño.

Aventajábase Clodio Albino, gobernador de Bretaña, á entrambos competidores, por el esplendor de su cuna, que entroncaba con los nombres mas esclarecidos de la antigua república (16); pero la rama de sus ascendientes habia venido á desmerecer estremadamente trasladándose á una provincia remota. Hácese trabajoso el conceptuar cabalmente su índole, pues le zahieren de que, bajo la capa de su austeridad filosófica,

abrigaba las torpezas mas bastardas que caben en lo humano (17); pero sus acriminadores son unos escritores venales rendidos ante el encumbramiento de Severo, y que hollaban las cenizas de un competidor malaventurado. La virtud, ó por lo menos su apariencia, mereció á Albino la intimidad y el graciable concepto de Marco; y el haber conservado con el hijo el idéntico aprecio que se habia granjeado con el padre arguye á lo menos un temple sumamente avenible. La privanza con un tirano no siempre supone carencia de mérito, pues cabe que aquel favorezca á ciegas á un sujeto de prendas, ó que lo conceptúe adecuado á sus intentos. No aparece que Albino se constituyese ministro de crueldades, ni asociado en los deleites del hijo de Marco. Empleado en su mando honorífico y remoto, se halló con una carta confidencial del emperador, informándole de las miras alevosas de algunos jenerales malcontentos, y autorizándole para declararse padrino y sucesor del trono con el dictado y atributos de César (18). Cuerdo el gobernador de Bretaña, se desentendió del arriesgado ensalzamiento que lo mostrara por blanco de zelos, y lo arrollara en la caida ya asomante de Cómodo. Aspiraba al poderío por otro rumbo mas gallardo, ó sea mas vistoso. A la voz anticipada de la muerte del emperador, juntó sus tropas, y en un razonamiento elocuente, deploró las fatalidades inherentes al despotismo, decantó los venturosos triunfos que habian cabido á los antepasados bajo el gobierno consular, y manifestó su determinacion invariable de reponer al senado y al pueblo en el goce de su autoridad legal. Correspondieron las lejiones de Bretaña con sus esforzados vivas al discurso popular, que resonó aun en Roma con reservados murmullos de aplausos. Al resguardo de su mundo abreviado y del mando de un ejército menos reparable por la disciplina que por su número y denuedo (19), arrostró Albino los amagos de Cómodo, conservó con Pertinaz su ambigua reserva, y luego se declaró ejecutivamente contra la usurpacion de Juliano. Los trastornos de la capital dieron nuevo realce á sus sentimientos ó mas bien á sus protestas de patriotismo, pero cierto miramiento decoroso le inclinó á desentenderse de los dictados altisonantes de augusto y emperador, al remedo tal vez de Galba. que en igual coyuntura se habia titulado lugarteniente del senado y del pueblo (20).

Su mérito personal únicamente habia elevado á Pescenio Nijer de su humilde cuna y estado al gobierno de Siria, mando de entidad y provecho, y que en temporada de guerras civiles le apersonaba con el trono. Sus prendas sin embargo parece que le habilitaban mas adecuadamente para las gradas que para la cumbre de la soberanía. Desproporcionado era para competidor, aunque tal vez consumado para un teniente de Severo, quien luego sacó á luz la grandiosidad de su pecho, fundando varias instituciones provechosas, ideadas por un enemigo vencido (21). Nijer

en su gobierno se granjeó el aprecio de los soldados y el cariño de los particulares, pues su estremada disciplina fortaleció el teson y corroboró la obediencia de los primeros, al paso que los afeminados Sirios se complacian menos con la entereza graciable de su desempeño que con las muestras de satisfaccion que daba alternando en sus continuas y pomposas funciones (22). Noticiosa Antioquía del atroz asesinato de Pertinaz, ofreció el Asia toda á Nijer para que revistiese la púrpura imperial y vengase su muerte. Juramentáronsele las lejiones del confin oriental; las provincias riquísimas, pero desarmadas, desde la raya de Etiopia (23) hasta el Adriático, se avasallaron gozosísimas á su poderío, y recibió el parabien de los reyes allende el Tigris y el Eufrates, brindándole con su homenaje y servicios. No cabia en el pecho de Nijer oleada tan repentina de felicidad; lisonjeábase de que su encumbramiento sobresaldria sin competencias ni derramamiento de sangre civil, y al saborear el boato insustancial de un triunfo, desatendia su afianzamiento por la carrera de la victoria. En vez de entablar negociaciones eficaces con los ejércitos poderosos del Occidente, cuyo impulso decidiese, ó á lo menos equilibrase la grandiosa competencia, y en vez de adelantarse sin demora hácia Roma ó Italia, donde se estaba ansiando su presencia (24), anduvo Nijer malogrando en los regalos de su Antioquía el trance luego inasequible, pero ejecutivamente afianzado, por la actividad denodada de Severo (25).

El pais de Panonia y Dalmacia, que abarcaba el ámbito que media entre el Danubio y el Adriático, formó una de las últimas y mas arduas conquistas de los Romanos. Presentáronse de una vez en campo de batalla doscientos mil de aquellos bárbaros en defensa de su independencia nacional; sobresaltaron á Augusto en la decadencia de sus años, y embargaron la desvelada cordura de Tiberio al frente de las fuerzas agolpadas del Imperio (26); pero al fin tuvieron que postrarse los Panonios ante las armas y maestría de los Romanos. Ya hemos contadosu reciente avasallamiento y su vecindad y entronques con las tribus independiente. Quizás tambien el clima, adecuado para engrandecer los cuerpos y menguar los alcances (27), contribuia para hacerles conservar su ferocidad primitiva; y aun bajo el concepto de rendidos ya y uniformados por los Romanos, se patentizaba todavía su nativo temple. Suministraba su belicosa juventud un raudal incesante de reclutas á las lejiones acantonadas por las márjenes del Danubio, las que, por su guerra siempre reñida con Jermanos y Sármatas, se conceptuaban fundadamente por las mas valerosas.

Hallábase á la sazon mandando el ejército de Panonia Septimio Severo, natural de Africa y que encubria su ambicion descompasada en la carrera de sus honoríficos ascensos, sin que halagos deleitosos, zozobras de peligros ni impulsos de humanidad le retrajesen un punto de su deno-

dado rumbo (28). A las primeras nuevas de la muerte de Pertinaz, juntó su tropa, le retrató muy al vivo el estremo de la atrocidad, con la insolencia y la flaqueza de la guardia pretoriana, y acaloró las lejiones tras la marcha, la refriega y la venganza. Concluyó con un epílogo eficaz, ofreciendo hasta dos mil duros á cada soldado, donativo honorífico y duplicado del afrentoso cohecho con que Juliano habia comprado el imperio (29). Vitoreó el ejército desaladamente á Severo, apellidándole Augusto, Pertinaz y Emperador; y de esta suerte trepó á la cumbre que le ofrecian sus anhelos y una larguísima serie de sueños y agüeros, parto fecundo de la supersticion ó del ardid (30).

Miró y aprovechó el nuevo candidato su aventajada situacion. Rayaba su provincia con los Alpes Julianos, que le franqueaban la Italia, y recordó el dicho de Augusto de que un ejército de Panonia en diez dias podia muy bien avistar á Roma (31). Con la velocidad adecuada á tan grandiosa empresa, le cabia esperanzar la venganza de Pertinaz, el castigo de Juliano, y el acatamiento del senado y del pueblo, como á su lejítimo emperador, antes que sus competidores, desviados á inmenso trecho de Italia por tierras y mares, supieran sus progresos y aun su eleccion. En su espedicion arrebatada, apenas se avenia á dar un corto rato al sueño ú á la comida, marchando á pié y armado completamente al frente de las columnas, internándose en el ánimo y cautivando el afecto de la tropa, avivando su dilijencia, entonando su denuedo, infundiendo esperanza á sus anhelos, dándose por colmadamente satisfecho de terciar con el soldado en sus crudas penalidades, mientras se estaba ya gozando en la superioridad de su recompensa.

El cuitado Juliano creia, y se conceptuaba dispuesto al intento, lidiar con el gobernador de Siria por el imperio; pero al veloz asomo de las lejiones panónicas, se dió ya por rendido, y los mensajeros que atropelladamente le iban llegando redoblaban mas y mas sus zozobras. Enteráronle seguidamente que habia Severo tramontado los Alpes; que las ciudades de Italia, ajenas ó incapaces de atajarle la carrera, lo habian ido recibiendo con estremos de rendimiento y regocijo; que la plaza importantísima de Ravena se le habia entregado sin resistencia, y que la escuadra del Adriático paraba en manos del vencedor. Hallábase ya e enemigo á sesenta leguas de Roma, y cada instante estrechaba arrebatadamente el cortísimo espacio de la vida y el imperio de Juliano.

Intentó sin embargo precaver, ó á lo menos dilatar su esterminio. Acudió al teson venal de los pretorianos, llenó la ciudad de preparativos inservibles de guerra, atrincheró los arrabales, y aun robusteció las fortificaciones de su alcázar, como si estos postreros antemurales se pudieran sostener, desesperanzando de recibir auxilios contra un invasor victorioso. La zozobra y el rubor estorbaron el que la guardia desamparase sus ban-

deras, pero se estremecian al nombre de las lejiones panónicas, mandadas por un jeneral veterano, y habituado á vencer á los bárbaros del helado Danubio (52). Desviábanse pesarosos del regalo de baños y teatros para revestirse de armas que estaban desusados á manejar, y cuyo peso los abrumaba. Los elefantes bravíos, cuyo aspecto monstruoso debia en el concepto jeneral aterrar al ejército del norte, volcaron á sus torpes jinetes, y las evoluciones desatinadas de los marineros sacados de la escuadra de Miseno, servian de mofa al populacho, mientras el senado se complacia interiormente con lo angustia y endeblez de Juliano (53).

Asomaba en todos los pasos su trémula incertidumbre. Insistia en que el senado declarase á Severo enemigo público, y rogábale en tanto que lo asociase al imperio, enviándole negociadores consulares, y asesinos ocultos que le quitaran la vida. Proponia que las vestales y todo el sacerdocio colejiado, llevando en hábitos de ceremonia las sagradas prendas de la relijion romana, salieran solemnemente en procesion al encuentro de las lejiones; y andaba al mismo tiempo desvariadamente preguntando y aplacando á los Hados con májico aparato y sacrificios indebidos (54).

Ajeno de aprension por sus armas ó sus hechizos, Severo se cautelaba del único riesgo de conspiraciones encubiertas, con el acompañamiento leal de seiscientos hombres selectos, que jamás se desprendian de sus corazas ni de su lado, de dia ni de noche, en toda la marcha. Con carrera veloz y denodada tramontó sin tropiezo los desfiladeros del Apenino, fué incorporando en su parcialidad la tropa y los embajadores que debian entorpecer sus adelantos, é hizo un breve alto en Interamnia, á poco mas de veinte leguas de Roma. Quedaba ya afianzada su victoria, mas podia la desesperacion de los pretorianos hacerla sangrienta, y abrigaba Severo el anhelo recomendable de encumbrarse al trono sin desenvainar la espada (55). Andaban sus emisarios entrometidos por la capital, asegurando á la guardia que, en desamparando á su indigno caudillo y á los matadores de Pertinaz para ajusticiarlos legalmente, ya no se conceptuaria el congojoso trance como obra de todo el cuerpo. Los desleales pretorianos, cuya resistencia solo estribaba en una tenacidad bravía, se rindieron gozosos á condiciones tan obvias, prendieron á los mas de los asesinos, y manifestaron al senado que ya se desentendian de la causa de Juliano. Convocado todo por el cónsul, reconoció unánimente á Severo por lejítimo emperador, decretó los honores divinos á Pertinaz, y pronunció sentencia de muerte contra su desventurado sucesor. Conducido este á una estancia particular en los baños del palacio, fué degollado como reo vulgar, tras haber comprado con un tesoro inmenso un reinado angustioso y pasajero de solos sesenta y seis dias (56). La espedicion casi increible de Severo, que en tan corto plazo acaudilló un ejército crecido, desde las orillas del Danubio á las del Tiber, está demostrando, ya la

abundancia de abastos aprontada por la labranza y el tráfico, ya la proporcion de las carreteras, la disciplina de las lejiones y el temple flojo y rendido de las provincias (37).

Dos intentos embargaron al pronto los desvelos de Severo, hijo el uno de su política, y el otro del decoro: la venganza y los honores debidos á la memoria de Pertinaz. Antes de su entrada en Roma, espidió un mandato á los pretorianos para que esperasen su llegada en una llanura anchurosa, junto á la ciudad, sin armas, pero en traje de ceremonia, segun solian acompañar al soberano. Obedeció la altanera tropa, cuyo pesar procedia de su fundado temor. Acorralados por una porcion selecta del ejército ilírico asestándoles los venablos, imposibilitados de huir y pelear, estaban muda y desconsoladamente esperando su sentencia. Sube Severo al tribunal, aféales ceñudamente su cobarde alevosía, los arroja con desdoro de la profesion que habian mancillado, los despoja de sus lujosas ropas, y los destierra, bajo pena de muerte, á treinta leguas de la capital. Entretanto se habia destacado otro cuerpo para apoderarse de sus armas, ocupar su campamento y precaver las consecuencias atropelladas de alguna desesperacion (38).

Solemnizáronse luego con enlutada magnificencia las exequias y la consagracion de Pertinaz (39); y el senado, melancólico y afectuoso, tributó sus postreras demostraciones á príncipe tan cabal que habia amado y estaba llorando todavía. No era sin duda tan entrañable el duelo del sucesor, pues si bien apreciaba las escelencias de Pertinaz, estas mismas le arrinconaban en su privada jerarquía. Pronunció Severo su oracion fúnebre con estudiados rasgos, complacencia interior, y quebranto bien aparentado, con cuyo esmerado aprecio dejó convencida á la incauta muchedumbre de que él *solo* era digno de reemplazarle. Hecho, no obstante, cargo de que las armas, y no las esterioridades, podian afianzarle en su demanda, salió de Roma á los treinta dias, y sin engreirse con tan llana victoria, se preparó para contrarestar á sus mas formidables competidores.

El desempeño sobresaliente y el éxito venturoso de Severo inclinaron á un historiador elegante á parangonarlo con el primero y el mayor de los Césares (40). Flaquea el cotejo, pues no asoman en las prendas de Severo aquella alma arrolladora, aquella clemencia rebosante y aquel númen grandioso que acertaba á hermanar el amor al placer con el afan de saber y con la ambicion (41). Cabe sin embargo en un punto cierto asomo de semejanza, y es la velocidad de los movimientos y la victoria civil. Sujetó Severo en menos de cuatro años (42) las riquezas del Oriente y el valor del Occidente, derrotó á dos competidores de habilidad y concepto, y arrolló crecidos ejércitos armados y disciplinados al igual del suyo. Poseian en aquel tiempo todos los jenerales romanos el arte de la fortifica-

cion y la ciencia táctica, y la superioridad de Severo se cifraba todavía en la maestría con que descollaba en el manejo de los idénticos instrumentos. No me esplayaré sin embargo en ir desmenuzando sus operaciones militares; mas como ambas guerras civiles contra Nijer y contra Albino se han equivocado en la disposicion, en los acontecimientos y en las resultas, voy á concretar como en un mapa las particularidades mas abultadas y propias para retratar la índole del vencedor y el estado del Imperio.

La doblez y la falsía, por mas impropias que aparezcan en una jerarquía encumbrada, nos lastiman con menos visos de ruindad que cuando se atraviesan en los contratos de la vida privada. Acreditan en esta cobardía, pero en la otra tan solo ofrecen carencia de poderío, y como no cabe en el estadista mas consumado el avasallar á millones de secuaces y enemigos con sus fuerzas personales, la jeneralidad, bajo el nombre de política, le ha franqueado al parecer largos derrames de maña y disimulo. No es dable sin embargo sincerar las arterías de Severo, ni aun con los mayores ensanches de la razon de estado. Prometia para engañar, lisonjeaba para destruir, y por mas que viniese á ligarse con juramentos y tratados, su conciencia rendida al interés se avenia siempre á descargarle de sus comprometimientos (43).

Si entrambos competidores, hermanados por su propio riésgo, se le abalanzaran mancomunada y ejecutivamente, quizás se postrara Severo ante su escesiva preponderancia. Si le hubiesen embestido al propio tiempo con ejércitos y miras diversas la contienda, hubiera sido larga y dudosa; pero cayeron entrambos sucesivamente, como presa de las armas y ardides de su sutil enemigo que supo adormecerlos con su moderacion alevosa, y estrellarlos con la velocidad de sus avances. Embistió primero á Nijer, cuyo poderío y reputacion estaba temiendo, pero se desentendió de toda demostracion hostil, calló el nombre de su antagonista, y solo manifestó al senado y al pueblo su ánimo de poner en cobro las provincias orientales. Hablaba privadamente de Nijer, como de su amigo antiguo é ideado sucesor (44), con aprecio y cariño, y aclamaba su afan de vengar la muerte de Pertinaz, pues correspondia á todo jeneral romano el castigar á un villano usurpador del trono, añadiendo que el resistir de mano armada al emperador lejítimo reconocido por el senado podia constituirle criminal (45). Tenia en su poder á los hijos de Nijer con los niños de varios gobernadores de provincias, guardados en Roma como rehenes por la lealtad de sus padres (46), y mientras la potestad de Nijer causaba temor y aun respeto, se les iba educando con esmero al par de los hijos de Severo; mas luego les alcanzó el desastre paterno, y tras un destierro, se les quitó de en medio, evitando así toda lástima para con ellos (47).

Mientras Severo se vió comprometido en la guerra de Oriente recela-

ba fundadamente que el gobernador de Bretaña atravesase el mar y los Alpes, se abalanzase al solio vacío del Imperio, y contrarestase su regreso con la autoridad del senado y las fuerzas de Occidente. La conducta inesplicable de Albino en no realzarse con el título imperial daba campo á la negociacion. Trascordando á un tiempo sus protestas de patriotismo y el afan de la soberanía, aceptó el dictado precario de César como galardon de su aciaga neutralidad. Hasta que se decidió la primera contienda, trató Severo á quien tenia sentenciado á muerte con mil demostraciones de aprecio, y aun en su carta, participándole su victoria sobre Nijer, trata á Albino de hermano en el alma y en el imperio, le saluda espresivamente de parte de su consorte Julia y de su tierna prole, y le insta para que conserve los ejércitos y la república siempre fieles á su interés comun. Encargó á los portadores que se acercasen cortesmente al César, le pidiesen audiencia privada y le clavasen sus dagas en el pecho (48). Descubrióse la conjuracion, y por fin el crédulo Albino pasó al continente y se dispuso para una contienda, ya desigual con su competidor, que allá se le arrojaba con un ejército veterano y victorioso.

Los conatos militares de Severo no corresponden al parecer á la importancia de sus conquistas. Dos refriegas *(b)*, una junto al Helesponto, y la otra en las estrechas gargantas de la Cilicia, derribaron al competidor siríaco, y las tropas europeas descollaron como siempre sobre los asiáticos afeminados (49). Igual fracaso padeció Albino en la batalla de Lion, donde pelearon hasta ciento y cincuenta mil Romanos (50). Contrastó, es verdad, el ejército de Bretaña en reñida y dudosa contienda á la aguerrida disciplina de las lejiones ilíricas; y aun peligraron por un rato la persona y nombradía de Severo, hasta que su veterana maestría rehizo á las tropas quebrantadas, y las condujo por fin á su victoria decisiva (51), terminándose la guerra en aquel mismo dia memorable *(c)*.

Particularízanse las guerras civiles de la Europa moderna, no solo por el encono sañudo, sino tambien por la tenacísima perseverancia de los contendientes; y suelen sincerarse con algun móvil, ó á lo menos cohonestarse con algun pretesto de relijion, independencia ó lealtad. Eran los caudillos señores independientes y predominantes; peleaban sus tropas como interesadas en el trance, y siendo jeneralmente marciales y partidarios, el adalid vencido se reclutaba luego con nuevos allegados, ansiosos todos de derramar su sangre en la demanda. Mas los Romanos, derribada la república, batallaban únicamente por la prevalencia de un caudillo; y bajo las banderas de un candidato popular para el imperio, se alistaban pocos por afecto, algunos por temor, muchos por interés, ninguno por principios. Las lejiones, ajenas de todo partido, se cebaban tras los cuantiosos donativos, y mucho mas con las inmensas ofertas; y así una derrota, imposibilitando al caudillo de cumplir sus promesas, ahu-

yentaba á sus parciales asalariados, dejándolos dueños de salvarse, desamparando á tiempo la malograda causa. Prescindian las provincias del nombre que las rejia ó desangraba, arrollábalas el poderío actual, y en estrellándose contra otro mas pujante, acudian á carrera implorando la clemencia del vencedor, el cual, para cubrir su inmensa deuda, tenia que sacrificar las provincias mas culpadas á la codicia de sus soldadesca. En el dilatado ámbito del Imperio romano, apenas asomaba tal cual fortificacion capaz de amparar á una hueste derrotada, ni se apersonaba individuo, familia ó clase cuyo interés, sin el arrimo del gobierno, alcanzase á restablecer al destruido (52).

Sobresale sin embargo con escepcion honorífica Bizancio en esta contienda. Como tránsito muy principal entre Europa y Asia, encerraba guarnicion poderosa, con quinientas naves ancladas de resguardo en su puerto (53). Burló el ímpetu de Severo aquel antemural predispuesto, pues encargando el sitio á sus jenerales, arrolló el tránsito indefenso del Helesponto, y despreciando enemigos menores, marchó arrebatadamente en demanda de su competidor. Embestida Bizancio por una hueste crecida y siempre redoblada, y luego por todas las fuerzas navales del Imperio, sostuvo un sitio de tres años, y se aferró en su lealtad para con el nombre y la memoria de Nijer. Soldados y ciudadanos (ignórase la causa) se desalaban con igual denuedo, y varios de los principales capitanes de Nijer, ó desahuciados ó desdeñosos de indulto, se habian arrojado al postrer asilo; conceptuábase inespugnable su fortificacion; y en su defensa, un injeniero sobresaliente campeó con toda la maquinaria sabida de los antiguos (54). Rindióse al fin por hambre, y degollando á los majistrados y tropa, se arrasaron los muros, se derogaron los privilejios, y la supuesta capital del Oriente vino á parar en una aldea abierta y acosada por la jurisdiccion incómoda de Perinto. El historiador Dion, celebrador de Bizancio floreciente, y lamentador de su asolacion, afeaba al vengativo Severo el defraudar al pueblo romano del antemural mas poderoso contra los bárbaros del Ponto y del Asia (55). Harto corroboró el tiempo inmediato este desengaño, cuando las escuadras godas, cuajando el Euxino, atravesaron por el indefenso Bósforo, y se internaron en el Mediterráneo.

Alcanzados y muertos al huir del campo de batalla Nijer y Albino, ni se estrañó ni se condolió su paradero. Apostaran sus vidas en el trance del imperio, y padecieran lo mismo que hubieran decretado; ni aspiró Severo á la grandiosa arrogancia de tolerar á sus competidores en la llaneza privada; pero su pecho empedernido, á impulsos de su codicia, soltó allá la rienda á sus venganzas donde no habia asomo de recelo. Los mas visibles de las provincias que, sin desamar al afortunado aspirante, habian obedecido á los gobernadores que la suerte les deparara, padecieron

destierro, muerte, y con especialidad confiscacion de sus bienes. Despojadas de sus antiguas regalías varias ciudades de Oriente, tuvieron que pagar al erario de Severo el cuatro tantos de cuanto habian contribuido á Nijer (56).

En el discurso de la guerra, la incertidumbre del éxito enfrenó hasta cierto punto la crueldad de Severo y su aparente respeto al senado; pero la cabeza de Albino, con el acompañamiento de una carta amenazadora, notició á los Romanos que estaba resuelto á dar fin con todos los allegados de su infausto competidor. Enconábale el fundado recelo de no merecer el afecto del senado, y encubrió su rencor con el nuevo descubrimiento de una correspondencia alevosa. Indultó sin embargo á treinta y cinco senadores, tachados de haber favorecido la parcialidad de Albino, y por su conducta posterior se esmeró en convencerlos de que habia olvidado no menos que absuelto sus mencionados agravios. Pero al mismo tiempo condenó á otros cuarenta y un senadores, cuyos nombres recuerda la historia (57), con sus mujeres, hijos y clientes, y allá padecieron igual esterminio *(d)* los particulares mas visibles de España y Galia *(e)*. Tan estremada justicia, pues así la apellidaba, era únicamente, en el concepto de Severo, la que podia afianzar la paz al pueblo y la permanencia del príncipe, y se lamentaba de que, para dar cabida á la mansedumbre, tenia que valerse al pronto de la crueldad (58).

El verdadero interés de un monarca absoluto suele hermanarse con el de su pueblo. Su número, riqueza, arreglo y seguridad son los principales y únicos cimientos de la mayor grandeza, y cuando está destituido de toda virtud, la cordura haria sus veces y le iria delineando el mismo rumbo. Conceptuaba Severo como propiedad suya el imperio romano, y no bien tuvo afianzada su posesion, trató de mejorar y beneficiar tan envidiable triunfo. Leyes acertadas y cumplidas con entereza reprimieron pronto los muchos abusos que desde la muerte de Marco estaban emponzoñando todos los ramos del gobierno. En punto á la administracion de justicia, eran los fallos del emperador en estremo estudiados, discretos é imparciales, y si tal vez se desviaba algun tanto de la equidad, era por lo mas á favor de los menesterosos y oprimidos, no tanto seguramente por rasgo de humanidad, como por la propension de un déspota en ajar la grandeza y hundir á todos los súbditos bajo el nivel de la dependencia absoluta. Su dispendio jenial en edificios, funciones, y ante todo en el reparto incesante de trigo y abastos, era el iman mas eficaz que le cautivaba el afecto del pueblo romano (59). Borráronse los quebrantos y lástimas de la discordia civil; la paz bonancible y la prosperidad risueña renacieron por las provincias, y aun varias ciudades, restablecidas con las larguezas de Severo, se apellidaron sus colonias, y le tributaron monumentos públicos de gratitud y felicidad (60). Revivió la

nombradía de las armas romanas con este belicoso y afortunado emperador (64), que blasonaba fundadamente de que habiendo recibido el Imperio acosado de guerras estrañas y propias, lo habia dejado disfrutando paz honorífica, profunda y universal (62).

Por mas cicatrizadas que apareciesen las llagas de la guerra civil, un veneno mortal estaba todavía royendo ocultamente las entrañas de la constitucion. Abundaba Severo en poderío y desempeño; pero ni aun el alma denodada del primer César y la política recóndita de Augusto alcanzaran á doblegar la altanería de sus lejiones victoriosas. Por agradecimiento, por equivocada combinacicn, ó por necesidad aparente, se inclinó Severo á aflojar la tirantez de la disciplina (65). Presumia el soldado de llevar anillos de oro; franqueábales el permiso de vivir casados en el ocio de sus cuarteles. Subió sus pagas sobre cuanto habian sido en los tiempos anteriores, y los fué resabiando en esperar, y luego en requerir donativos estraordinarios con motivo de peligros ó de funciones. Engreidos con sus triunfos, quebrantados con la liviandad, y encumbrados sobre los demás súbditos con sus azarosas regalías (64), presto se imposibilitaron para el desempeño militar, oprimieron el pais, y se insubordinaron. Sobresalian los oficiales, así por su jerarquía como por su lujosa y desmedida elegancia. Queda todavía una carta de Severo lamentándose del desenfreno del ejército *(f)*, y encargando á uno de sus jenerales la necesaria reforma, empezando por los tribunos, pues, como atinadamente lo advierte, el oficial que ha desmerecido el aprecio nunca logrará la obediencia de sus soldados (65). Internándose mas y mas en estas reflexiones, echara de ver el emperador que la causa fundamental de tanto desórden dimanaba, no á la verdad del ejemplo, sino de la condescendencia perniciosa de todo caudillo.

Los pretorianos matadores del emperador y vendedores del imperio habian sido condignamente castigados de su bastardía; pero la formacion precisa, aunque azarosa, de la guardia quedó luego restablecida bajo nueva planta por Severo, aumentándola hasta el cuatro tantos de su antigua fuerza (66). Reclutábase primitivamente de Italia, mas como las provincias contiguas se fueron civilizando al par de Roma, trascendieron los refuerzos hasta Macedonia, Nórica y España. En vez de aquellas tropas vistosas, mas propias del boato de la corte que del ejercicio de campaña, dispuso Severo que de todas las lejiones fronterizas se fuesen progresivamente entresacando los hombres mas aventajados en fuerza, denuedo y lealtad, para promoverlos, como timbre y galardon, al servicio preferente de la guardia (67). Con esta nueva creacion quedó la juventud italiana desviada del uso de las armas, y quedó la capital despavorida con el ademan bravío y las estrañas costumbres de una muchedumbre selvática. Mas lisonjeábase allá Severo de que las lejiones conceptuarian á es-

tos pretorianos selectos como representantes de toda la clase militar, y que el auxilio de cincuenta mil hombres, preponderantes en armas y en paga á cuanta fuerza asomase en campaña contra él, desesperanzaria á todo rebelde, afianzando el imperio para él y para su posteridad.

El mando de esta tropa condecorada y formidable vino luego á ser el empleo preeminente del Imperio. Al ir dejenerando el gobierno en despotismo militar, el prefecto del pretorio, que se reducia en su oríjen á un mero capitan de guardias *(g)*, encabezó, no solo el ejército, sino la hacienda, y aun la lejislacion, pues en todos los ramos estaba representando la persona y ejercia la autoridad del emperador. Fué Plauciano el primer prefecto que gozó y abusó de tan inmenso poderío, como íntimo en la privanza de Severo. Duró su predominio mas de diez años, hasta que el enlace de su hija con el primojénito del emperador dió al través con su encumbramiento en vez de afianzarlo (68). Los enconos palaciegos, provocando la ambicion y fomentando las zozobras de Plauciano *(h)*, amagaban un trastorno; y el emperador, que siempre le amaba, hubo de condescender á despecho con su muerte (69). Derribado Plauciano, se nombró para el desempeño de tanto cargo á un letrado esclarecido, al célebre Papiniano.

Hasta el reinado de Severo resplandecia la virtud, y aun la sensatez de los emperadores, en su respeto estudiado para el cuerpo de senadores, ateniéndose al sistema político entablado por Augusto. Mas crióse desde la mocedad Severo en la rendida obediencia de los campamentos, y empleó la edad madura en el despótico mando militar. Su altanería no alcanzaba ó no reconocia las ventajas de ir conservando una potestad intermedia, aunque soñada, entre el emperador y el ejército. Ajeno de profesarse servidor de una junta que le aborrecia, espedia mandatos cuando sus requerimientos fueran igualmente eficaces, ostentaba la conducta y el estilo de soberano y triunfador, y ejercia sin disfraz la potestad lejislativa al par de la ejecutiva.

Obvia y desairada era su victoria sobre el senado; pues la vista y los anhelos se clavaban en el majistrado supremo que disponia de las armas y del erario, al paso que el senado, ni elejido por el pueblo, ni resguardado por la milicia, ni enardecido por los intereses públicos, no tenia mas arrimo que la ya insubsistente y perecedera opinion jeneral. La hermosa teoría de la república se iba desvaneciendo y dando cabida á los principios mas naturales y productivos de la monarquía. Al paso que la libertad y las condecoraciones de Roma iban trascendiendo á las provincias donde no se conoció el gobierno antiguo, ó bien se estaba solo recordando con abominacion, el alcance de las máximas republicanas vino á borrarse por entero. Advierten los historiadores griegos de la época de los Antoninos (70) con maligna complacencia que si bien los soberanos

de Roma, ateniéndose á una preocupacion ya anticuada, se abstuvieron del dictado de reyes, estaban sin embargo posesionados de la plenitud del poderío rejio. En el reinado de Severo, llenóse todo el senado de esclavos cultos y elocuentes de las provincias orientales, que abonaban su rendimiento personal con los principios especulativos de la servidumbre. Al abogar por las regalías, oyóseles halagüeñamente en la corte, y sufridamente por el pueblo, al recalcar la obediencia absoluta, esplayándose en las fatalidades de la libertad. Aunábanse letrados é historiadores en repetir que la autoridad imperial estribaba, no en un encargo temporal, sino en la cesion irrevocable del senado; que no alcanzaban al emperador los vínculos de las leyes civiles, y que podia disponer á su albedrío de las vidas y bienes de los súbditos, como tambien del imperio á fuer de patrimonio privado (71). Los letrados mas eminentes, y con especialidad Papiniano, Paulo y Ulpiano, florecieron con la casa de Severo, habiéndose estrechamente hermanado la jurisprudencia romana con el sistema monárquico.

Los contemporáneos de Severo, en medio de la bonanza gloriosa de su reinado, se desentendian de las crueldades de su principio; mas la posteridad, que estuvo viendo las aciagas resultas de sus máximas y su ejemplo, fundadamente lo graduó de autor principal en la decadencia del imperio romano.

NOTAS

correspondientes al capítulo quinto.

(1) Eran en su oríjen de nueve á diez mil hombres (pues no están acordes Tácito y Dion sobre el particular), divididos en otras tantas cohortes. Aumentólos Vitelio hasta diez y seis mil, y en cuanto se rastrea por las inscripciones, poco menguaria despues aquel número. Véase Lipsio, de Magnitudine Romana, I, 4.

(2) Sueton. in August., c. 49.

(3) Tácit., Anal., IV, 2. Sueton., in Tiber., c. 37. Dion Casio, l. LVII, p. 867.

(4) En la guerra civil entre Vitelio y Vespasiano, atacaron y defendieron el campamento pretoriano con toda la maquinaria empleada en el sitio de las mayores fortalezas. Tácit., Hist., III, 84.

(5) Junto á los muros de la ciudad, sobre la cima anchurosa de los cerros Quirinal y Viminal. Véase Nardini, Roma Antica, p. 174. Donato, de Roma Antigua, p. 46 (*).

(6) Encumbrado Claudio al imperio por la soldadesca, fué el primer repartidor de donativos, dando *quina dena*, seiscientos duros (Sueton., in Claud., c. 10.): cuando Marco y su compañero Lucio Vero se posesionaron pacíficamente del solio, dieron *vicena*, cerca de mil duros, á cada guardia. Hist. August., p. 25. Dion, l. LXXIII p. 1231). Conceptuarémos aquellos importes por la queja de Adriano sobre que el ascenso de un César le habia costado *ter millies*, doce millones de duros.

(7) Cicero, de Legibus, III, 3. El primer libro de Tito Livio y el segundo de Dionisio Halicarnáseo están comprobando la autoridad del pueblo, aun en la eleccion de reyes.

(8) Planteáronse al pronto por el Lacio, la Etruria y las colonias antiguas (Tácit., Anal., IV, 5). Halaga el emperador Oton su vanagloria con los dictados lisonjeros de Italiæ Alumni, Romana vere juventus. Tácit., Hist., I, 84.

(9) En el sitio de Roma por los Galos. Véase Tito Livio, V, 48. Plutarco in Camill., p. 143.

(10) Dion, l. LXXXIII, p. 1234. Herodian., l. II, p. 63. Hist. August., p. 60. Aunque están acordes los tres historiadores en que fué realmente almoneda, tan solo Herodiano afirma haberse pregonado como tal por la soldadesca.

(11) Va Esparciano cohonestando casi toda la odiosidad de la índole y el encumbramiento de Juliano.

(a) Uno de los móviles para ser antepuesto fué el apuntar con maña á la soldadesca que Sulpiciano vengaria sobre ellos la muerte de su yerno. Véase Dion, p. 1234, c. 11. Herod., II, 6.—W.

(12) Dion Casio, pretor á la sazon, habia sido enemigo personal de Juliano, l. LXXIII, p. 1235.

(13) Hist. August., p. 61. Nos enteramos con esto de una particularidad notable, y es que todo emperador nuevo, prescindiendo de su nacimiento, quedaba al golpe incluido en las familias patricias (**).

(*) No sobre *entrambos* cerros, pues ni Donato ni Nardini abonan tal posicion (Whitaker's Review, p. 13). Al estremo septentrional de aquel cerro (el Viminal) asoma tal cual resto de un recinto murado, con todos los visos de un campamento romano, y por tanto se opina jeneralmente que corresponde á los reales pretorianos. Italia de Cramer, I, 390.—M.

(**) Un fragmento nuevo de Dion está manifestando cierta solapa en la índole de Juliano, pues al votarle el senado una estátua de oro, antepuso una de bronce,

(14) Dion, l, LXXIII, p. 1235. Hist. August., p. 61. He ido combinando en una tirada acorde las contradicciones aparentes de entrambos escritores (*).

(15) Dion, l. LXXIII, p. 1235.

(16) La familia Postumia y la Cejoniana, consular la primera á los cinco años de aquella institucion.

(17) Revuelve Esparciano en sus hacinamientos cuantos vicios y virtudes caben dentro del pecho humano, y los va aplicando al idéntico individuo; y así suelen salir los retratos en la Historia Augustana.

(18) Hist. August., p. 80 y 84.

(19) Pertinaz, gobernando pocos años antes la Bretaña, habia quedado por muerto en una asonada de la soldadesca. Hist. August., p. 54. Lo amaban y se condolian de él sin embargo; admirantibus eam virtutem cui irascebantur.

(20) Sueton. in Galb., c. 10.

(21) Hist. August., p. 76.

(22) Herod., l. II, p. 68. La crónica de Juan de Malala, de Antioquía, manifiesta el estremado apego de sus paisanos á aquellas festividades, que halagaban al par sus devaneos y su innata supersticion.

(23) Menciona la Hist. Augustana, como aliado, á un rey de Tébas en Ejipto, en realidad amigo personal de Nijer. Si Esparciano, como mucho me malicio, no se equivoca, ha venido á sacar á luz una dinastía de príncipes tributarios absolutamente desconocida en la historia.

(24) Dion, l. LXXIII, p. 1238. Herod., l. II, 67. Un verso que sonó á la sazon de boca en boca parece que encierra el concepto jeneral de los tres competidores. Optimus est *Niger* (Fuscus en observancia de la cuantidad.—M.), bonus *Afer*, pessimus *Albus*. Hist. August., p. 75.

(25) Herodian., l. II, p. 71.

(26) Véase la razon de aquella guerra memorable en Veleyo Patérculo, II, 110, etc., que estuvo sirviendo en el ejército de Tiberio.

como mas duradera, diciendo que tenia muy observado cuan pronto fenecian las estátuas de los emperadores primeros, quedando tan solo las de bronce, y añade airado el historiador cuanto se equivocaba en esto, pues la virtud de los soberanos es la única preservadora de sus efijies, y así al morir Juliano, destrozaron inmediatamente su estátua. Mai., Fragm. Vatican., p. 226.—M.

(*) La contradiccion, como repara M. Guizot, es irreducible, pues cita los pasos de uno y otro en que aparece Juliano encontradamente avariento y derrochador. Por el uno, ni aun quiere comer hasta despues de enterrado el cadáver de Pertinaz, y por el otro, se empapa en todo jénero de regalos, presenciando aquel cuerpo descabezado.—M.

(27) Tal es la reflexion de Herodiano, l. II, p. 74. ¿Confesarán los Austríacos modernos aquel influjo?

(28) En la carta ya mencionada á Albino, tilda Cómodo á Severo como uno de los jenerales ambiciosos que tachaban su conducta y ansiaban desbancarlo. Hist. August., p. 80.

(29) Pobrísima era la Panonia para aprontar semejante suma. Se prometia en los reales para satisfacerla en Roma tras la victoria. En cuanto á la cantidad, me atengo á una conjetura de Casaubon. Véase Hist. August., 66. Coment., p. 115.

(30) Herodiano, l. II, p. 78. Declararon emperador á Severo por las orillas del Danubio, sea en Carnunto, segun Esparciano (Hist. August., p. 65), ó en Sabaria, segun Víctor. Al suponer M. Hume que el nacimiento y señorío de Severo desdecian muchísimo de la corona imperial, y que marchó para Italia meramente como jeneral, no se ha hecho cargo del trance con su esmero acostumbrado (Ensayo sobre el pacto orijinal) (*).

(31) Veleyo Patérculo., l. II, c. 3. Hay que contar el principio de la marcha desde el lindero mas cercano de Panonia, y estender la perspectiva de la ciudad hasta mas de sesenta leguas.

(32) No se trata de figura de retórica, sino que se alude á un hecho efectivo, espresado en Dion, l. LXXI, p. 1181. Se repetiria algunas veces.

(33) Dion, l. LXXIII, p. 1233. Herodiano, l. II, p. 81. Se comprueba ante todo la maestría militar de los Romanos, por haber hollado el primer pavor y luego orillado el uso de los elefantes en la guerra(**).

(34) Hist. August., p. 62 y 63(***).

(35) Víctor y Eutropio, VIII, 17, mencionan una refriega junto al puente Milvio, el Ponte Molle, que no asoma por autores mas antiguos y certeros.

(*) Carnunto opuesto al desembocadero del Morava, dudándose de su solar entre Petronel ó Hamburgo. Por el nombre de una aldea intermedia, se rastrea (Altenburgo) el asiento de una poblacion antigua. D' Anville, Jeogr. Ant. Sabaria, en el dia Sarvar.—G. Compárese la nota 37.

(**) Guardábanse aquellos elefantes para procesiones, y tal vez para juegos. Véase Herodiano allí mismo.—M.

(***) Quæ ad speculum dicunt fieri in quo pueri præligatis oculis, incantato vertice, respicere dicuntur.... Tuncque puer vidisse dicitur et adventum Severi et Juliani decessionem. Parece que fué una práctica algo asemejada á lo que andan refiriendo nuestros últimos viandantes con particularidades muy estrañas Véase tambien Apuleyo, Orat. de Magia.—M.

(36) Dion, l. LXXIII, p. 1240. Herodiano, l. II, p. 83. Hist. August., p. 63.

(37) Hay que rebajar de los sesenta y seis dias diez y seis, por cuanto mataron á Pertinaz el 28 de marzo, y Severo fué muy probablemente elejido el 13 de abril (véase Hist. August., p. 65, y Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. III, p. 393, nota 7). No pueden menos de concederse diez dias para ponerse un ejército crecido en movimiento. Quedan cuarenta dias para tan ejecutiva marcha, y como se regulan doscientas y sesenta leguas desde Roma hasta las cercanías de Viena, fué el ejército de Severo marchando de seis á siete leguas al dia, sin mediar alto ni suspension alguna.

(38) Dion, l. LXXIV, p. 1241. Herodiano, l. II, p. 84.

(39) Dion, (l. LXXIV, p. 1244), quien asistió como senador á la funcion, trae de ella una descripcion pomposísima.

(40) Herodiano, l. III, p. 112.

(41) Sin que fuese positivamente el ánimo de Lucano el endiosar la persona del César. El concepto que rasguea de aquel héroe, en el libro décimo de la Farsalia, describiéndolo al mismo tiempo galanteando á Cleopatra, sosteniendo un sitio contra el poderío de Ejipto, y conversando con los sabios del pais, es en realidad un esclarecido panejírico (*).

(42) Contando desde su eleccion en 13 de abril de 193 hasta la muerte de Albino en 19 de febrero de 197. Véase la Cronolojía de Tillemont.

(43) Herodiano, l. II, p. 85.

(44) Enfermó gravísimamente Severo, y se divulgó de intento que estaba en ánimo de nombrar á Nijer y á Albino por sucesores, y como no cabia mostrarse sincero con entrambos, cabia sí el no serlo con uno ni con otro; mas estremó su hipocresía Severo hasta el punto de espresar que tal era su voluntad en las memorias de su propia vida.

(*) Presente tuvo lord Biron indudablemente este paso diciendo: «Cabe el ser hombre muy grande y quedarse muy en zaga de Julio César, el prohombre mas cabal, así lo opinaba lord Bacon, de toda la antigüedad. Apenas alcanza la naturaleza á tal colmo de capacidad ambidestra, asombro de los mismos Romanos. El primer jeneral, el único estadista triunfador - inferior á nadie en punto á elocuencia - comparable con lo sumo en todos los ramos de sabiduría, en un siglo rebosante de caudillos aventajadísimos y estadistas, oradores y filósofos, cuales nunca asomaron en el orbe, autor que compuso un dechado cabal de anales militares en su carruaje de camino; al mismo tiempo en contiendas con Caton, luego escribiendo un tratado sobre equívocos, y hacinando una coleccion de chistes; peleando al par y galanteando, y queriendo allá desamparar imperio y dama por otear las fuentes del Nilo; así apareció Julio César á sus contemporáneos, y en cuanto á los siglos inmediatos, propendieron á lamentarse y abominar de su númen aciago.» Nota 47 al Canto IV de Childe Harold.

(45) Hist. August., p. 65.

(46) Redundó esta maña inventada por Cómodo en sumo provecho de Severo, pues halló en Roma la prole de los allegados principales de sus competidores, y se estuvo valiendo de ella para amedrentar ó atraer á los padres.

(47) Herodiano, l. III, p. 96. Hist. August., p. 67 y 68.

(48) Hist. August., p. 84. Trae Esparciano por estenso esta carta curiosísima.

(b) Fueron tres, una junto á Cícico sobre el Helesponto, otra junto á Nisa en Bitinia, y la tercera sobre el Iso en Cilicia, donde venció Alejandro á Dario. Dion, l. LXIV, c. 6. Herodiano, III, 2. 4.—W. En Herodiano abulta menos el segundo reencuentro que en Dion. — M.

(49) Consúltese el libro tercero de Herodiano, y el sesenta y cuatro de Dion Casio.

(50) Dion, l. LXXV, por 1260.

(51) Dion, l. LXXV, p. 1261. Herodiano, l. III, p. 110. Hist. August., p. 68. Trabóse la refriega en los llanos de Trevoux, á tres ó cuatro leguas de Lion. Véase Tillemont, tom. III, p. 406, nota 18.

(c) Segun Herodiano, su teniente Leto fué el que cejó con la tropa en la batalla, y logró el trance que por Severo estaba como perdido; y Dion tambien atribuye en gran parte la victoria á Leto, el mismo á quien Severo luego quitó de en medio por temor ó por zelos.—W. y G. No puntualizan Wenck y Guizot realmente el pormenor de Herodiano y de Dion; pues, segun el primero, acudió Leto con su hueste intacta, de quien se malició haberla retraido de intento mientras estuvo dudoso el trance, ó ya desgraciado para Severo. Dion dice que no se movió hasta despues de haber ganado Severo la victoria.—M.

(52) Montesquieu, Consideraciones sobre la Grandeza y Decadencia de los Romanos, c. XII.

(53) Los mas, se deja suponer, eran barquillos sin cubierta; pero habia galeras de una ú dos, y algunas de tres órdenes de remos.

(54) Prisco era el nombre del maquinista. Se salvó la vida con su maestría, y quedó alistado para el servicio del vencedor. En cuanto á las particularidades del sitio, consúltese Dion Casio (l. LXXV, p. 1251), y Herodiano (l. III, p. 95.): y en cuanto á su desempeño, acúdase al cavilador caballero Folard. Véase Polibio, tom. I, p. 76.

(55) Apesar de la autoridad de Esparciano (*) y algunos Griegos moder-

(*) No asoma contradiccion entre el pormenor de Dion y de Esparciano con los Griegos modernos. No afirma Dion que Severo destruyese á Bizancio, sino que la apeó de sus franquicias y regalías, despojó al vecindario de sus propie-

nos, consta por Dion y Herodiano que yacia Bizancio asolada largos años despues de la muerte de Severo.

(56) Dion, l. LXXIV, p. 1250.

(57) Dion (l. LXXV, p. 1264.) tan solo menciona veinte y nueve senadores; pero la Historia Augustana habla de cuarenta y uno, p. 69, entre los cuales asoman seis llamados Pescenios. Herodiano (l. III, p. 115) habla en jeneral de las crueldades de Severo.

(*d*) Acerca de sus ejecuciones, niega Wenck que haya autoridad para fundar la de varias mujeres de senadores, añadiendo que quitó de enmedio únicamente á los niños y deudos de Níjer y de Albino, arrojando sus cadáveres al Ródano; á los de Níjer, segun Lampridio, despues de haberlos desterrado, los mató, y entre los parciales de Albino, fenecieron muchas mujeres de jerarquía; multæ fœminæ illustres. Lamprid. in Sever.—M.

(*e*) Un fragmento nuevo de Dion retrata á Roma en aquella contienda. Todos aparentaban estar por Severo, mas salian á luz sus interioridades con la alternativa de las nuevas que iban llegando, y mas los abultadores de su lealtad: τινὲς δὲ καὶ ἐκ τοῦ σφόδρα προσποιεῖσθας πλέον ἐγινώσκοντο. Mai, Fragm. Vatic., p. 227. Dijo Severo al senado que apetecia sus pechos, y no sus votos, ταῖς ψυχαῖς με φιλεῖτε, καὶ μὴ τοῖς ψηφίσμασιν. Ibid.

(58) Aurelio Victor.

(59) Dion, l. LXXVI, p. 1272. Hist. August., p. 67. Celebró Severo los juegos seculares con boato sumo, y dejó entrojados abastos de trigo para siete años, á razon de 75,000 modios, de tres á cuatro mil fanegas al dia. Grandísimos y para largo tiempo serian los pósitos de Severo, pero tambien la zozobra por una parte y el pasmo por otra abultarian las provisiones.

(60) Véase el tratado de Spanheim sobre medallas antiguas, las inscripciones y nuestros instruidísimos viajeros Spon, Wheeler, Shaw, Pocock, etc., que hallaron en Africa, Grecia y Asia mas monumentos

dades, arrasó sus fortificaciones y los sujetó á la jurisdiccion de Perinto. Por tanto, cuando Esparciano, Suidas y Cedreno dicen que Severo y su hijo Antonino devolvieron á Bizancio sus derechos y franquicias, dispuso la reedificacion de sus templos, etc., todo se hermana obviamente con el relato de Dion, quien quizá lo mencionaba en algun fragmento de los perdidos de su historia. Herodiano está muy abultador á las claras, incurriendo en tantísimos deslices acerca de Severo, que cabe sea este uno de los muchos.—G. de W. Ni Wenck ni Guizot citan á Zósimo, quien menciona un pórtico particular edificado por Severo que se llamaria con su nombre. Zósim., Hist. II, c. XXX, p. 151 y 153, edic. Heine.—M.

de Severo que de ningun otro emperador romano.

(61) Llegó con sus armas victoriosas á Seleucia y Ctesifonte, capitales de la monarquía pártica. Se rodeará la coyuntura de historiar oportunamente esta guerra.

(62) *Etiam in Britannis*, fué su espresion acertada y enfática.

(63) Herodiano, l. III, p. 115. Hist. August., p. 68.

(64) Sobre el desenfreno y regalías de la soldadesca, puede verse la sátira 16, equivocadamente achacada á Juvenal; su estilo y sus particularidades me inclinan á opinar que se compuso bajo el reinado de Severo, ú en el de su hijo.

(*f*) No de todo, sino del residente en la Galia. Rebosa aquella carta de afan por el restablecimiento de la disciplina, siendo Herodiano el único historiador que tilda á Severo de su relajador principal.—G. de W. Menciona Esparciano su aumento de paga.

(65) Hist. August., p. 73.

(66) Herodian., l. III, p. 131.

(67) Dion, l. LXXIV, p. 1243.

(*g*) Nunca el prefecto del pretorio fué un mero capitan de guardias, pues desde su principio con Augusto fué sumo su poderío. Decretó por tanto el emperador que hubiese siempre dos prefectos pretorianos, sacados únicamente del órden ecuestre. Orilló Tiberio la cláusula primera de aquel decreto, y Alejandro Severo quebrantó la segunda, nombrando senadores para prefectos. Parece que Cómodo les franqueó jurisdiccion civil, estendiéndola únicamente por Italia, y esceptuando á Roma, gobernada por el *prefecto de la ciudad*. En cuanto al réjimen de la hacienda y recaudacion de impuestos, no tuvo variacion importante hasta Constantino I, cuando la organizacion del imperio; y por lo menos ningun paso recuerdo que les suponga tal incumbencia antes de aquella temporada, y tampoco cita ninguno Drakenborch, que ventila el punto en su tratado ú Disertacion de Officio præfectorum prætorio, c. VI.—W.

(68) Uno de sus arrebatos mas antojadizos de poderío fué el de castrar á cien Romanos libres, algunos casados y aun padres de familia, únicamente para que la hija, en su desposorio con el nuevo emperador, tuviese un acompañamiento de eunucos digno de una reina oriental. Dion, l. LXXVI, p. 1271.

(*h*) Era este paisano, deudo y amigo antiguo de Severo, y atajó tan absolutamente todo roce con el emperador, que ignoraba este todos sus desafueros, y por fin, ya enterado, empezó á cercenarle tantísima autoridad. Desgraciado fué el matrimonio de Plautila con Caracala, y el príncipe, teniendo que avenirse, amenazó de muerte al padre y á la hija en

subiendo al trono. Sobrevino con esto el recelo de que Plauciano se aprovecharia de su potestad contra la familia imperial, y Severo lo mandó asesinar en su presencia, socolor de una conspiracion, que Dion conceptúa soñada.—W. Esta nota ni es quizás muy necesaria, ni abarca el conjunto de los hechos. Conceptúa Dion el cargo un invento de Caracala, por cuya órden, y casi por su mano, fué asesinado Plauciano en presencia de Severo.—M.

(69) Dion, l. LXXVI, p. 1274. Herodiano, l. III, p. 122 y 129. Aparece, como suele suceder, el gramático de Alejandría mas enterado de aquella interioridad encubierta, y mas cerciorado de la demasía de Plauciano, de lo que el senador romano se atreve á manifestar.

(70) Appian. in Præm.

(71) Parece que Dion Casio se puso á escribir con el intento muy estudiado de ir ajustando estas opiniones á su sistema histórico. Manifestando están las Pandectas el ahinco de parte de los letrados en abogar por la prerogativa rejia.

CAPITULO VI.

Muerte de Severo. — Tiranía de Caracala. — Usurpacion de Macrino. — Devaneos de Eliogábalo. — Virtudes de Alejandro Severo — Desenfreno del ejército. — Estado jeneral de la hacienda romana.

La subida á la grandeza, por mas ardua que sea y arriesgada, puede embargar á un ánimo eficaz convencido de sus propios alcances; mas la posesion de un trono jamás proporciona complacencia duradera á un pecho ambicioso. Percibia y manifestaba Severo tan amargo desengaño, pues sus prendas y su estrella le habian ensalzado á la suma jerarquía. « Todo lo habia sido, solia decir, y todo era de poquísima monta (1). » En medio de sus afanes, no para granjearse, sino para conservar un imperio, acosado de años y dolencias, despegado de la nombradía (2), y ahito de poderío, enlutóse para él la perspectiva de la vida. El anhelo de perpetuar aquel engrandecimiento en su familia era el único impulso que abrigaban su ambicion y cariño paternal.

Desalábase Severo, como jeneralmente los Africanos, tras los desvariados estudios de la majia y la adivinacion; versadísimo en la interpretacion

de sueños y agüeros, se internó tambien en la ciencia de la astrolojía judicial, que en todos siglos, escepto el actual, dominó los ánimos de las jentes. Perdió á su primera esposa siendo gobernador de la Galia Lionesa (3), y en la eleccion de la segunda, trató solo de enlazarse con una persona acaudalada; así que apenas llegó á su noticia que una señorita de Emesa en Siria era de *cuna real*, solicitó y alcanzó su mano (4). Era Julia Domna (pues así se llamaba) merecedora de cuanto le prometia su signo. Poseia, aun en edad muy adulta, el embeleso de su hermosura (5), y hermanaba la travesura de su fantasía con la entereza y el tino que por maravilla realzan á su sexo. Sus amables prendas ninguna mella hicieron en su zeloso marido; pero en el reinado de su hijo, manejó los negocios de mayor monta con tal cordura, que sostuvo su autoridad, y con tanta moderacion, que solia enfrenar sus ímpetus mas bravíos (6). Dedicóse tambien Julia al estudio de la filosofía con algun aprovechamiento y nombradía, pues apadrinaba todas las artes y agasajaba á los injenios (7). Agradecidos los sabios, han aclamado lisonjeramente sus prendas; pero si damos crédito á las hablillas de la historia antigua, no fué por cierto la castidad la virtud mas eminente de la emperatriz Julia (8).

Dos hijos, Caracala y Jeta (9), fueron el fruto de este enlace y los herederos presupuestos del Imperio. Malográronse las esperanzas ansiosas del padre y del mundo romano con entrambos, que se adormecieron en la viciosa confianza de príncipes hereditarios, presumiendo que su jerarquía era suficiente para compensar el vacio del mérito y de la aplicacion. Sin competencia de virtud ó injenio, manifestaron casi desde la niñez su mutua é implacable antipatía. Su desvio, fortalecido con los años y fomentado con las arterías de sus íntimos, estalló en reyertas, al pronto pueriles, y luego mas formales; y por último dividió el teatro, el circo y la corte en dos bandos pendientes de las esperanzas y zozobras de sus caudillos. Afanábase el cuerdo emperador por mil arbitrios con su eficaz autoridad en amainar su encarnizada ojeriza; pero aquella infausta desavenencia nubló toda su perspectiva, amagando dar al través con el trono que á todo trance se habia granjeado, empapado en sangre y fortalecido con el resguardo de sus armas y su tesoro. Mantenia su diestra imparcial el equilibrio entre ambos aspirantes, franqueándoles al par el dictado de Augusto, con el renombre tan reverenciado de los Antoninos, y el orbe romano estuvo por la vez primera viendo á tres emperadores (10); pero esta misma equidad solo sirvió para enardecer mas y mas la contienda, mientras el desaforado Caracala persistia en su derecho de primojenitura, y el apacible Jeta agasajaba al pueblo y á la soldadesca. Llevado de su desconsuelo, predijo Severo que el hijo mas desvalido feneceria sacrificado por el mas fuerte, el cual vendria luego á anonadarse por sus propios vicios (11).

Sobrevino en tanto la grata noticia para Severo de guerra en Bretaña é invasion de la provincia por los bárbaros del norte. Aunque los desvelos de sus lugartenientes bastaban para rechazar al remoto enemigo, acordó valerse de tan honroso pretesto para rescatar á sus hijos del embeleso y liviandades de Roma, que destroncaba su espíritu y enconaba sus ímpetus, y para imponer á su mocedad en los afanes de la guerra y del gobierno. En medio de su edad avanzada (pues pasaba de sesenta años) y de la gota que le precisaba á viajar en litera, trasladóse personalmente á isla tan lejana, acompañado por sus dos hijos, la corte entera, y una hueste formidable. Traspuso inmediatamente las calzadas de Adriano y Antonino, y se internó en el pais enemigo con ánimo de redondear las tantas veces intentada conquista de Bretaña. Penetró, sin encontrar enemigos, hasta el estremo septentrional de la isla; pero las emboscadas de los isleños sobre los costados y la retaguardia del ejército, lo helado del clima y la crudeza del invierno al atravesar las serranías y pantanos de Escocia, mataron, segun se cuenta, mas de cincuenta mil Romanos. Cejaron por fin los Caledonios ante el poderoso y porfiado avance, imploraron la paz, entregaron parte de las armas y un trecho largo de su territorio; pero su rendimiento alevoso voló con el terror, pues apenas se retiraron las lejiones romanas, volvieron á su independencia y sus hostilidades. Su indómito destemple provocó á Severo en términos de encaminar una nueva hueste, con el sangriento encargo de no sojuzgar, sino esterminar á los naturales; pero salvólos la muerte de su altanero enemigo (12).

Esta guerra de Caledonia, sin acontecimientos de bulto ni resultas de entidad, nos pararia poquísimo, á no mediar el concepto algun tanto probable de que la invasion de Severo se da la mano con la temporada mas esplendorosa de la historia ó la fábula de Bretaña. Fingal cuya, nombradía con sus héroes y poetas descuella ahora en nuestro idioma en una obra reciente, se canta acaudillando á los Caledonios en aquel trance memorable, burlando el poderío de Severo, y alcanzando una victoria señalada por las márjenes del Carun, donde el hijo del *Rey del Mundo* huyó de sus armas por los campos de su orgullo (13). Oscuras están todavía estas nublosas tradiciones serranas, ni ha logrado despejarlas el discreto ahinco de la crítica moderna (14); mas si pudiéramos creer á nuestro salvo que vivió Fingal, y Osian poetizó, la contraposicion estremada de la situacion y costumbres de las dos naciones batalladoras pudieran embelesar á un entendimiento filosófico. El parangon vendria á redundar en poquísimo realce del pueblo civilizado, cotejando la implacable venganza de Severo con la gallarda mansedumbre de Fingal; la crueldad medrosa é irracional de Caracala con el denuedo afectuoso y el númen peregrino de Osian, y los caudillos venales que por interés ó por zozobra peleaban bajo la bandera imperial con los guerreros voluntarios que se abalanzaban á las

armas á la voz del rey de Morven; si, en una palabra, nos esplayamos en contemplar á los incultos Caledonios, en medio de sus grandiosas y naturales virtudes, con la bastardía romana, mancillada toda en las viles torpezas de la opulencia y la servidumbre.

La salud menoscabada y la dolencia postrera de Severo enardecieron la ambicion rabiosa y las pasiones lóbregas de Caracala. Reñido con toda demora ó particion del imperio, intentó repetidamente el abreviar su plazo, ya cortísimo, al padre, y se empeñó malogradamente en mover un alboroto entre sus tropas (15). Varias veces habia el anciano emperador censurado la equivocada blandura de Marco, quien con un solo acto justiciero libertara á los Romanos de la tiranía de su indigno hijo; pero puesto ahora en idéntica situacion, estuvo palpando cuan fácilmente se destempla la tirantez de un juez entre los cariños de un padre. Deliberó, amenazó, mas nunca llegó á castigar; y este único y postrero ejemplo de compasion acarreó mas fatalidades al Imperio que todos sus estremos de crueldad (16). El trastorno de su entendimiento le enconó los quebrantos del cuerpo; anhelaba el punto de su muerte, y su impaciencia le aceleró aquel plazo. Espiró en York á los sesenta y cinco años de edad; y á los diez y ocho de su venturoso y esclarecido reinado, recomendando en su último trance la concordia á sus hijos y estos al ejército. El precioso encargo jamás llegó á encarnar ni aun á asomar en el ánimo de los desaforados mancebos; pero mas subordinada la tropa, cuidadosa de su juramento de obediencia y de la autoridad del difunto dueño, contrastó el empeño de Caracala y proclamó á entrambos hermanos emperadores de Roma. Dejaron luego en paz á los Caledonios, volvieron á la capital, celebraron las exequias y honores divinos de su padre, y quedaron gozosamente reconocidos como lejítimos soberanos por el senado, el pueblo y las provincias. Parece que le cupo alguna precedencia al primojénito, pero gobernaron entrambos el Imperio con potestad igual é independiente (17).

Aun entre íntimos hermanos sobrevinieran discordias con aquella division de mando, y se hacia inasequible su duracion entre dos enemigos implacables que ni apetecian ni tendrian su reconciliacion por valedera. Estábase viendo que uno solo habia de prevalecer, feneciendo el otro, y cada cual, opinando de los intentos del otro por los propios, se resguardaba desveladamente contra los redoblados conatos del hierro ú del veneno. Su viaje veloz por la Galia é Italia, en cuyo tránsito jamás comieron juntos, ni durmieron bajo el mismo techo, estuvo patentizando á las provincias la muestra odiosísima de la desavenencia fraternal. A su llegada á Roma, inmediatamente dividieron el ámbito dilatado del palacio imperial (18). Atajáronse las viviendas; fortificáronse esmeradamente puertas y tránsitos, se colocaron y relevaron guardias con la misma pun-

tualidad que en una plaza sitiada. Tan solo en público, y á presencia de su desconsolada madre, se juntaban los emperadores, cada cual con su acompañamiento armado, y aun en medio del ceremonial de la corte, apenas tenia cabida el disimulo palaciego para encubrir su implacable encono (19).

Esta guerra civil casi declarada desquiciaba el gobierno, y se ideó un arbitrio que al parecer debia redundar en ventaja de entrambos enemigos. Propúsose que, siendo ya inasequible su concordia, tratasen de separar sus intereses y partirse el Imperio. Estendidos estaban ya esmeradamente los pactos, conviniéndose en que Caracala, como mayor, permaneciese en posesion de la Europa y del Africa occidental, cediendo la soberanía del Asia y del Ejipto á Jeta, quien plantearia su sólio en Alejandría ó Antioquia, ciudades poco inferiores á la misma Roma en estension y riquezas; que acampasen de asiento sus crecidas y respectivas huestes por ambas orillas del Bósforo de Tracia, para el resguardo de los confines de las opuestas monarquías; y que los senadores europeos acatasen al soberano de Roma, siguiendo los asiáticos al emperador de Oriente. Desbarataron las lágrimas de Julia la negociacion, cuyo primer asomo traspasó todos los pechos romanos de ira y asombro. Habíase estrechado tanto la inmensa mole á impulsos del tiempo y la política, que se requeria suma violencia para desgarrarla en dos mitades. Recelaban fundadamente los Romanos que sus miembros desencajados se reunirian de nuevo por medio de una guerra civil bajo el señorío de un solo dueño, y que si prevalecia la separacion, pararian con ella las provincias en la disolucion de un imperio cuya union hasta entónces habia permanecido inviolable (20).

Puesto en planta el convenio, pronto avasallara al Asia el soberano de Europa; pero logró Caracala mas obvia y mas criminal victoria. Dió alevosos oidos á los ruegos de la madre, y se avino á encontrarse con él en la estancia materna, en ademan de ajuste y reconciliacion. En medio del coloquio, algunos centuriones puestos en acecho se abalanzaron con sus estoques desenvainados á Jeta. Forcejeó la desesperada madre por apadrinarlo en sus brazos, pero en medio de su ahinco infructuoso, quedó herida en una mano y salpicada con la sangre del hijo menor, mientras estuvo viendo al mayor enconando y auxiliando la saña de los asesinos (21). Cometida la atrocidad, corrió Caracala atropellado y despavorido al campamento de los pretorianos, como su refujio único, y postróse ante las estátuas de los dioses tutelares (22). Acudieron á levantarle y favorecerle, y entónces, con voz alterada y balbuciente, les fué refiriendo su peligro inminente y salvacion venturosa, insinuando haberse anticipado á los intentos de su enemigo, y declarando su propósito de vivir y morir con sus leales tropas. Habia sido Jeta el predilecto de la soldadesca;

mas ya la queja era infructuosa, la venganza espuestísima, y siempre seguian reverenciando á un hijo de Severo. Falleció el descontento con vano murmullo, y acertó Caracala á convencerlos de la justicia de su causa, repartiéndoles en su cuantioso donativo el caudal atesorado con los afanes de su padre (23). Su seguridad y poderío estribaban tan solo en el concepto efectivo de los soldados; y declarados estos á su favor, tuvo el senado que prorumpir en *protestas* de rendimiento, pues obsequioso siempre aquel cuerpo, se mostraba en ademan de corroborar las disposiciones de la suerte (*a*); mas como Caracala estaba ansioso de amainar el primer ímpetu de ira, nombróse decorosamente á Jeta (*b*), y le cupieron las exequias suntuosas de un emperador romano (24). Tendió la posteridad, lastimada de su fracaso, un velo sobre sus vicios, pues le conceptuamos como víctima inocente de la ambicion del hermano, sin recapacitar que le faltó proporcion mas bien que anhelo para consumar iguales intentos de venganza y muerte.

Castigado quedó el delito, pues negocios, deleites, lisonjas, nada podia libertar á Caracala de los flechazos de sus mortales remordimientos; y llegó, á impulsos de su martirizada conciencia, á confesar que su desencajada imajinacion solia estar viendo las coléricas estampas del padre y el hermano que revivian para amenazarle y acriminarle (25). El convencimiento de su atentado debia inclinarle á desengañar al orbe, con las virtudes de su reinado, que las angrienta demasía era aborto involuntario de la infausta necesidad. Mas su arrepentimiento tan solo le movió á quitar de enmedio cuanto podia recordarle su delito y renovar la memoria de su sacrificado hermano. Vuelto del senado al palacio, halló á su madre acompañada de matronas principales, llorosas por el temprano fracaso del hijo menor. Amenazólas el celoso emperador con muerte ejecutiva, y ejecutósela sentencia con Fadila, la última hija viva del emperador Marco (*c*); y hasta la inconsolable Julia tuvo que enmudecer, acallar sus jemidos y halagar al asesino con sonrisa de gozosa aprobacion. Regulóse que, bajo la denominacion arbitraria de amigos de Jeta, perdieron la vida mas de veinte mil personas de ambos sexos. Su guardia, sus libertos, sus allegados para el desempeño de negocios graves, ó para sus joviales desahogos, cuantos por su interés habian ascendido á algun mando en el ejército ú las provincias, con la dilatada serie de sus dependientes, fueron alistados en la proscripcion, esmerándose en estenderla á cuantos habian entablado la mas escasa correspondencia con Jeta, llorado su muerte, y aun pronunciado su nombre (26). Perdió la vida Helvio Pertinaz, hijo del príncipe de este nombre, por una agudeza intempestiva (27), y sirvió de suficiente delito á Trasea Prisco el descender de una familia donde el amor á la libertad era prenda hereditaria (28). Apuráronse por fin los motivos particulares de calumnia y de sospecha; y en tachando á un senador de ser enemigo se-

creto del gobierno, dábase por satisfecho el emperador con la prueba de ser hacendado y virtuoso, en cuyo antojadizo principio fundaba sus sangrientas ejecuciones (*d*).

Llorábase el esterminio de tanta inocencia reservadamente por amigos y deudos, mas lamentóse como calamidad pública la muerte del prefecto del pretorio Papiniano (*e*). En los siete años últimos del reinado de Severo, habia seguido desempeñando el cargo preeminente del estado, guiando con su benéfico influjo los pasos del emperador por la senda de la equidad y la moderacion. Bien cerciorado de su virtud y suficiencia, le amonestó Severo en su agonía para que zelase la prosperidad y concordia de la familia imperial (29). El afan pundonoroso de Papiniano sirvió tan solo para enconar mas y mas el odio que ya profesaba al privado de su padre. Muerto Jeta, mandó al prefecto que echase el resto de su injenio y elocuencia en una esmerada apolojía de tamaña atrocidad. Avínose el filósofo Séneca á componer un escrito semejante al senado en nombre del hijo y asesino de Agripina (30); pero « es mas obvio el cometer que el sincerar un fratricidio » fué la contestacion gloriosa de Papiniano (31), sin titubear entre la pérdida de la vida ó de su pundonor. Virtud tan denodada, que descolló siempre intacta entre los amaños palaciegos, las tareas y la habilidad en su profesion, centellea con mas esplendor en la memoria de Papiniano, que todos sus empleos eminentes, sus varios escritos y su esclarecido concepto de letrado, que siempre ha merecido entre todos los jurisconsultos romanos (32).

Felicidad fué de los Romanos y consuelo en sus peores tiempos, la particularidad de ser activas las virtudes de los emperadores, y apoltronados sus vicios. Augusto, Trajano, Adriano y Marco fueron personalmente visitando sus dilatadísimos dominios, brotando siempre sus pasos sabiduría y beneficencia. La tiranía de Tiberio, Neron y Domiciano, que residieron casi invariablemente en Roma ó en quintas inmediatas, se vinculaba en el órden ecuestre y senatorio (33); mas Caracala se constituyó enemigo del linaje humano. Dejó la capital (para nunca volver) como un año despues de la muerte de Jeta, y lo restante de su reinado fué discurriendo por varias provincias del Imperio, especialmente por las de Oriente, y todas alternativamente fueron campo de sus rapiñas y crueldades. Precisados los senadores por su temor á seguir sus caprichosos movimientos, tenian que abastecer á costas exorbitantes sus banquetes diarios para luego entregarlos con menosprecio á su guardia, y tenian además que construir alcázares y teatros, que ó no se dignaba visitar, ó mandaba que se arrasasen inmediatamente. Las familias acaudaladas quedaron exhaustas con multas particulares y confiscaciones, y la jeneralidad agoviada con estudiados y repetidos impuestos (34). En la bonanza de profunda paz, y con el agravio mas leve, fulminó en Alejandría de Ejipto un de-

creto para la matanza del vecindario; y desde paraje seguro en el templo de Serapis, estuvo viendo y encaminando la muerte de un sinnúmero de ciudadanos y forasteros, sin distincion de su número ú su delito, pues, segun informó tibiamente al senado, *todos* los Alejandrinos, tanto los difuntos como los vivos, eran igualmente criminales (55).

Las esmeradas instruciones de Severo jamás hicieron impresion en el pecho del hijo, el cual, aunque dotado de tal cual fantasía y elocuencia, carecia al par de sensatez y de humanidad (56). Menudeaba en su boca y escandalizaba en la práctica una máxima, á saber, « afianzar el afecto del ejército, y menospreciar á todos los demás súbditos » (57). Así lo encargaba tiránicamente Severo, quien sin embargo solia enfrenar cuerdamente sus profusiones, y alternaba sus condescendencias á la tropa con rasgos de entereza. Las ciegas larguezas del hijo fueron la política de todo un reinado y la ruina inevitable del ejército y del imperio. La fuerza militar, en vez de robustecerse con la estrecha disciplina de los campamentos, iba á menos con la relajacion ciudadana. El aumento descomunal de la paga y donativos (58) desangró el estado para enriquecer la clase militar, cuyo comedimiento en la paz y servicio en la guerra se afianzan acertadamente con una honrosa pobreza. El porte de Caracala era engreido y altanero; mas se desentendia con la tropa del decoro de su jerarquía, fomentaba su desvergonzada familiaridad, y desatendiendo las tareas de un jeneral, se esmeraba en remedar el traje y los modales de los ínfimos soldados.

No cabia aprecio ni cariño para con el temple y la conducta de un Caracala; mas en tanto que su liviandad fué provechosa para la milicia, vivió á salvo de asalto ú rebeldía; pero una conspiracion recóndita que le acarrearon sus zelos fué azarosa para el tirano. Estaba la prefectura del pretorio compartida entre dos individuos; corria á cargo de Advento la dependencia militar, sujeto práctico, pero de escaso desempeño; y la parte civil correspondia á Opilio Macrino, quien, por su maestría en los negocios, se encumbró bien conceptuado hasta aquel empleo preeminente. Sobrevenian, con un tirano caprichoso, alternativas en su privanza, y su vida estaba pendiente de una leve sospecha, ó de cualquiera circunstancia casual. Maldad ó fanatismo sujirieron á un Africano, muy engolfado en el conocimiento de lo venidero, una prediccion arriesgadísima, esto es, que Macrino y su hijo habian de imperar. Fué corriendo la voz por la provincia, y al llegar el sujeto á Roma, se ratificó en su profecía en medio de sus cadenas y á presencia del prefecto de la ciudad. El majistrado, con el urjentísimo encargo de pesquisar á los *sucesores* de Caracala, comunicó inmediatamente el resultado de sus dilijencias á la corte imperial que residia á la sazon en Siria; pero á pesar de la carrera de los mensajeros públicos, un íntimo de Macrino halló arbitrio para advertirle su inmediato

peligro. Recibió el emperador la correspondencia de Roma; pero embargado entónces en disponer la funcion de los carruajes, entregó aquella al prefecto del pretorio, encargándole que despachase los negocios corrientes, y le diese cuenta de los mas principales. Leyó Macrino su muerte y determinó precaverla. Estimuló las quejas de algunos subalternos, y se valió de la mano de Marcial, hombre arrojado, y que anhelaba ascender á centurion. Caracala, llevado de su devocion, quiso hacer una romería desde Edesa al decantado templo de la luna en Carra (*f*). Acompañóle un cuerpo de caballería; pero detenido en el camino por una urjencia indispensable, manteníase la guardia á cierta distancia respetuosa, y acercándose Marcial en ademan de acudir á su obligacion, le atravesó con una daga. El arrojado asesino feneció inmediatamente á manos de un ballestero escita, pero tal fué el paradero de aquel monstruo, cuya vida es un baldon para la naturaleza humana, y cuyo reinado tilda el sufrimiento de los Romanos (39). Agradecida la soldadesca, prescindió de sus vicios, recordó únicamente sus vinculadas larguezas, y precisó al senado á mancillar su decoro y el de la relijion endiosándolo solemnemente. Mientras moró en la tierra, fué Alejandro Magno el único héroe que este dios conceptuó acreedor á su asombro; pues se engalanó con el nombre y las insignias de Alejandro, formó una falanje macedónica de guardias, persiguió á los discípulos de Aristóteles, y ostentó con entusiasmo el único sentimiento en el cual manifestó algun aprecio de la virtud y la gloria. Nos hacemos cargo de que tras la batalla de Narva y la conquista de Polonia, Carlos XII (aunque destituido siempre de las prendas elegantes del hijo de Filipo) podia blasonar de parangonarse con él en denuedo y magnanimidad; mas en ninguna jestion de Caracala asomó el mas remoto viso de semejanza con el héroe macedonio, sino en la matanza de un crecido número de amigos propios y de su padre (40).

Permaneció el orbe romano tres dias sin dueño tras la estincion de la casa de Severo. Colgada con ansiosa suspension estuvo la eleccion del ejército (pues nada abultaba ya la autoridad de un senado endeble y distante), por no asomar candidato de esclarecido mérito ú nacimiento que pudiera cautivar su afecto y hermanar sus votos. El peso predominante de la guardia pretoriana esperanzó á sus prefectos, y su poderío empezó desde luego á entablar su demanda *legal* para ocupar el trono vacante. Sin embargo Advento, el decano en su destino, hecho cargo de su edad y sus achaques, de su menguado concepto y escaso desempeño, traspasó su azarosa preeminencia á su astutamente ambicioso compañero Macrino, cuyo pesar, aparentado con propiedad, rechazaba toda sospecha de complicidad en la muerte de su dueño (41). No merecia cariño ni concepto á las tropas, y por tanto tendieron la vista en busca de competidor; y por fin se avinieron despechadamente á sus promesas de exorbitante largue-

za y condescendencia. A poco de su advenimiento, confirió á su hijo Diádumeniano, niño de diez años, el título imperial con el dictado popular de Antonino. La traza halagüeña del mancebo, con el realce del donativo que fué parte del ceremonial, podia afianzar el favor del ejército y el trono vacilante de Macrino.

Ratificóse la autoridad del nuevo soberano con el rendimiento gozoso del senado y las provincias. Holgábanse con su rescate inesperado de un tirano aborrecido, y parecia de ninguna monta el pararse á examinar los merecimientos de Macrino; pero al amainar el júbilo y el asombro de la novedad, fueron luego escudriñando las prendas del sucesor de Caracala con esmerado ahinco, y zahiriendo el atropellado nombramiento de la soldadesca. Conceptuábase antes, como máxima fundamental de la constitucion, que el emperador debia elejirse en el senado, y que la potestad soberana, no ejercida ya por el cuerpo todo, estaba siempre delegada en uno de sus individuos; mas no era Macrino senador (42): pues el ascenso repentino de los prefectos del pretorio denotaba su ruin alcurnia, y mas vinculándose en el órden ecuestre aquel empleo que hollaba á los senadores disponiendo de sus vidas y haberes. Airados murmullos sonaron contra un individuo de humilde esfera y que jamás habia sobresalido por ningun rumbo (43), ostentando ahora la avilantez de revestirse él mismo con la púrpura, en vez de traspasarla á algun senador esclarecido, igual en nacimiento y jerarquía á la esplendidez del solio. Descubiertas ya las interioridades de Macrino por el ojo perspicaz de los malcontentos, asomaron luego en su nombramiento algunos vicios y nulidades. Censuróse fundadamente la eleccion de sus ministros en muchos casos, y el pueblo descontento reprobaba á un tiempo su apoltronada mansedumbre y su severidad descompasada (44).

Habia su temeraria ambicion trepado á una cumbre donde se hacia muy arduo el erguirse con entereza, é imposible el derrocarse sin absoluto esterminio. Embargado en las arterías palaciegas y las formalidades de los negocios civiles, se estremecia al contemplar la desmandada y bravía muchedumbre que intentaba avasallar. Menospreciábase su desempeño militar, y se desconfiaba de su valor personal. Secreteóse por el campamento el arcano de la conspiracion contra el difunto emperador, y agravado el crímen del homicidio con la ruindad de la hipocresía, crecia el desprecio con el mortal aborrecimiento. Para malquistarse con la tropa y acarrear su esterminio inevitable, solo le faltaba el intento de una reforma; y tal era la apuradísima situacion de Macrino, que no pudo menos de acudir á este arbitrio. Ruina y desórden total habia dejado tras sí el pródigo Caracala, y si cupiera en el malvado el computar las resultas inevitables de su conducta, se embelesara quizás con la lóbrega perspectiva de las calamidades que por herencia dejaba á los sucesores.

Cuerdo y cauteloso anduvo Macrino al entablar este sistema indispensable, que infundiera fuerza y poderío al ejército romano por un medio obvio y casi imperceptible. Tuvo que conservar sus prerogativas y paga exorbitante á los soldados de Caracala; mas se alistaban los reclutas en los términos creados, pero mas moderados, del tiempo de Severo, habituándolos incesantemente al comedimiento y la obediencia (45); pero un yerro capital dió al través con el resultado benéfico de su plan atinado. En vez de repartir inmediatamente por varias provincias el grandioso ejército agolpado en Oriente por su antecesor, lo dejó invernar Macrino incorporado todo, en la temporada inmediata á su eleccion, en la misma Siria, donde ociosos y afeminados estuvieron mirando su número y fuerza, se comunicaron sus quejas, y recapacitaron las ventajas de otra revolucion. Los veteranos, lejos de engreirse con su distincion lisonjera, entraron en zozobra con los primeros pasos del emperador, conceptuándolos como anuncios de su ánimo venidero. Alistábanse desabridamente los reclutas, cuyos afanes iban á mas, y los galardones á menos, con aquel codicioso y desaguerrido soberano. Tras los murmullos, se alborotó á su salvo la soldadesca, y prorumpió en raptos de incomodidad y desvío, con cuyo motivo se rodeó prontamente la coyuntura.

Atropellaron las visisitudes de la suerte á la emperatriz Julia, pues encumbrada desde el polvo á la suma grandeza, tuvo que beber luego las heces amarguísimas de su elevacion. Teniendo que llorar por la muerte de un hijo y por la vida del otro, aunque su perspicacia veia el paradero infausto de Caracala, sintiólo luego como madre y como emperatriz. En medio de la comedida atencion del usurpador con la viuda de Severo, apeóse dolorosísimamente del solio, y se libertó con su muerte voluntaria de tan congojosa humillacion (46) (*g*). Arrojóse á Julia Mesa, su hermana, de la corte de Antioquía, y se retiró con inmensos caudales, fruto de una privanza de veinte años, á Emesa, en compañía de sus dos hijas Soemias, y Mamea, viudas ambas y con un hijo cada una. Era Basiano (*h*), el de Soemias, consagrado al ministerio honorífico de sumo pontífice del sol, y esta vocacion sacrosanta le fué conducente para ascender al imperio de Roma. Habia crecida guarnicion en Emesa; y como la disciplina rigurosa de Macrino precisaba á la tropa á invernar acampada, se mostraba ansiosa de vengarse de tan crueles y desacostumbradas penalidades. Los soldados que se agolpaban al templo del sol, estaban absortos de veneracion y complacencia, mirando la galana bizarra del mancebo sacerdote, y columbraron ó supusieron en él la traza de Caracala, cuya memoria idolatraban. Astuta Mesa, advirtió y fomentó aquel embrion de parcialidad, y sacrificando la opinion de su hija al engrandecimiento del nieto, fué insinuando que Basiano era hijo natural de su asesinado soberano. El oro vertido á raudales acalló toda contraposicion y comprobó

el parentesco, ó á lo menos, la semejanza de Basiano con su orijinal eminente. El jóven Antonino (pues tomó y mancilló tan augusto nombre) fué declarado emperador por las tropas de Emesa, proclamó su derecho hereditario, é invocó altamente á los ejércitos para que siguiesen las banderas de un príncipe mozo y dadivoso, que empuñaba las armas para vengar la muerte del padre y el abatimiento de la clase militar (47).

Mientras se estaba tramando y disponiendo discreta y eficazmente una conspiracion de mujeres y eunucos, Macrino, que con un movimiento decisivo podia esterminar á su bisoño enemigo, movido, ya por el temor, ya por la confianza, se mantuvo inmoble en Antioquía. El flujo de la rebelion fué cundiendo por todos los campamentos y guarniciones de Siria, hasta matar en varios destacamentos á sus oficiales (48) para juntarse con los rebeldes; y el reintegro ya tardío de la paga y prerogativas se achacó á flaqueza en Macrino. Partió este por fin de Antioquía al encuentro del reforzado y animoso ejército del pretendiente, y aunque salieron sus tropas á campaña con flojedad y repugnancia, en el acaloramiento de la refriega (49) y por impulso involuntario, sobresalió la guardia pretoriana con la superioridad de su denuedo y disciplina. Arrolladas las filas rebeldes, acudieron la madre y la abuela del príncipe siríaco, que al estilo oriental acompañaban la hueste, y arrojándose de sus carruajes cubiertos, y moviendo á compasion á la tropa, forcejearon para rehacerla de su quebranto. El mismo Antonino, que en todo lo restante de su vida no tuvo asomos de hombre, sobresalió como héroe en este trance, y montando á caballo y acaudillando á su jente, ya escuadronada, arremetió blandiendo el alfanje á lo mas recio de la formacion enemiga, al paso que el eunuco Ganis (*i*) cuyo cargo se habia siempre vinculado en zelar á las mujeres, en medio de la poltronería asiática, acreditó el desempeño de un jeneral veterano y consumado. Trabóse mas y mas encarnizadamente la refriega, y alcanzara Macrino la victoria, á no zozobrar la causa por su veloz y vergonzosa huida. Proporcionóle su cobardía el dilatar su vida por algunos dias y esculpir un baldon merecido en sus desventuras. Está demás el añadir que su hijo Diadumeniano tuvo igual paradero. Al saber los indómitos pretorianos que estaban peleando por un príncipe que los habia ruinmente desamparado, se entregaron al vencedor. Las huestes romanas contrapuestas, juntando sus lágrimas de gozo y de quebranto, se reunieron bajo los pendones del supuesto hijo de Caracala, y todo el Oriente reconoció gozoso al primer emperador de orijen asiático.

Allanóse Macrino en sus cartas al senado á noticiarle el leve disturbio movido por un impostor en Siria, y en seguida se fulminó un decreto declarando á él y á su familia enemigos públicos, con oferta de indulto sin embargo á cuantos parciales suyos se desalucinasen y volviesen á su anterior obediencia. En los veinte dias que mediaron desde la declaracion

hasta la victoria de Antonino (pues en tan breve plazo quedó decidida la suerte del Imperio), la capital y las provincias, con especialidad las de Oriente, padecieron las alternativas de zozobras y esperanzas, de alborotos y derramamientos de sangre civil, pues cualquiera de los competidores que prevaleciese en Siria habia de ser el reinante. Las cartas especiosas en que el mozo conquistador participaba su victoria rebosaban de protestas virtuosas y comedidas; pues prometia seguir los ejemplos de Augusto y Marco, y se esmeraba en recalcar su semejanza idéntica con Augusto, que desde su temprana mocedad logró vengar con una guerra venturosa la muerte de su padre. Al conformarse con el estilo de Marco Aurelio Antonino, hijo de Antonino y nieto de Severo, proclamaba tácitamente su derecho hereditario al Imperio, pero al ostentar su potestad tribunicia y proconsular antes de habérsela concedido un decreto del senado, lastimó los ánimos embebidos en sus preocupaciones romanas. Esta contravencion nueva é indiscreta á la constitucion fué tal vez hija de la ignorancia de los palaciegos siríacos, ó del altanero menosprecio de sus secuaces militares (50).

Distraido el tierno emperador con sus futíles entretenimientos, empleó largos meses en su marcha pomposa de Siria á Italia, pasó en Nicomedia el primer invierno tras su victoria, y dilató hasta el estío siguiente su entrada triunfal en Roma. Sin embargo un retrato fiel, y que mandó colocar sobre el ara de la victoria en el consistorio del senado, patentizó á los Romanos la imájen idéntica de su persona. Engalanado con ropaje sacerdotal de seda y oro, á la usanza de los Medos y Fenicios, cubria su cabeza una alta tiara, y le cuajaban el cuello y los brazos cadenas con perlas engarzadas de infinito precio; tenia las cejas teñidas de negro y las mejillas bañadas de arrebol y albayalde (51): por donde los circunspectos senadores tuvieron que confesar con amargos ayes que, tras haber padecido la ceñuda tiranía de sus paisanos, yacia por fin Roma arrodillada ante el afeminado afeite del despotismo oriental.

Adoraban al sol en Emesa bajo el nombre de Eliogábalo (52), y en la figura de una piedra cónica, que, segun la creencia universal, se habia descolgado del cielo sobre aquel sacrosanto solar. Atribuia Antonino, y no sin fundamento, su elevacion al trono á la deidad protectora; y así el ostentar su gratitud supersticiosa fué el único negocio formal de su reinado. Sobresalia el triunfo del númen de Emesa sobre las demás relijiones del orbe, como el objeto grandioso de su afan y de su vanagloria, y el dictado de Eliogábalo (pues osó, como gran pontífice y su privado, apropiarse tan sagrado nombre) se le hacia mas apreciable que todos los demás títulos de la grandeza imperial. En una procesion solemne por las calles de Roma, se fué cubriendo la carrera de polvos de oro; la piedra negra salpicada de pedrería iba entronizada en una carroza tirada por

seis nevados caballos lujosamente enjaezados. Llevaba las riendas el devoto emperador, sostenido por sus ministros, y movíase lentamente y de espaldas para poder incesantemente gozar la felicidad de la presencia divina. Celebráronse los sacrificios al dios Eliogábalo, con todo el pormenor de la solemnidad mas costosa, en un templo magnífico elevado al intento sobre el monte Palatino. Vinos esquisitos, víctimas peregrinas, y rarísimos aromas se tributaron profusamente ante sus aras. Un coro de ninfas siríacas ejecutaba sus lascivas danzas en torno del ara al eco de una música bárbara, mientras los personajes mas graves del estado y del ejército, ceñidos de largas túnicas fenicias, oficiaban en las ínfimas funciones con zelo aparente é ira disimulada (53).

Intentó el fanático imperial trasladar los Ancilios, el Paladio (54) y todas las sagradas prendas de la creencia de Numa á este templo, como centro universal de la adoracion relijiosa. Un tropel de deidades subalternas iban acompañando en gradería la majestad del dios de Emesa, mas quedaba incompleta su corte, mientras no acojiese en su lecho á alguna hembra esclarecida. Fué al pronto Pálas la favorecida, pero con la zozobra de que el terror guerrero asustase al delicado númen de Siria, la Luna, adorada por los Africanos bajo el nombre de Astarte, pareció compañera mas adecuada para el Sol. Su imájen, con las riquísimas ofrendas de su templo, á fuer de dote nupcial, se trajeron con solemnísima pompa de Cartago á Roma, y el dia de este místico desposorio fué una festividad en la capital y por todo el Imperio (55).

Un sensualista racional se atiene invariablemente á los dictámenes templados de la naturaleza, y realza sus placeres con el trato social, enlaces halagüeños, y el baño suave del gusto y de la fantasía; pero Eliogábalo (del emperador voy hablando), estragado por su mocedad, su pais y su encumbramiento, se encenagó allá en los deleites mas torpes, y halló luego hastío y saciedad en medio de sus fruiciones. Acudióse en su auxilio con los estímulos inflamadores del arte; la muchedumbre arremolinada de mujeres, los vinos y manjares, y la variedad recóndita de posturas y sainetes se dedicaban á reentonar su desmayado apetito. Voces é inventos nuevos en la materia, la única estudiada y favorecida por el monarca (56), particularizaron su reinado, y traspasaron su afrenta á tiempos muy posteriores. Pródigo y antojadizo, carecia Eliogábalo de gusto y primor, y al aventar los tesoros de su pueblo en estrañezas disparatadas, su propio labio y el de la lisonja estaban vitoreando la magnificencia suma y desconocida por sus apocados antecesores. Trastornar climas y estaciones (57), burlarse de las propensiones jenerales, y dar al través con toda ley natural y decorosa, erán sus mas halagüeños pasatiempos. Un tropel de concubinas y una serie atropellada de consortes, entre ellas una virjen vestal, arrebatada á viva fuerza de su asilo sacrosanto (58), no al

canzaban á saciar su desenfreno. Esmerábase el dueño del orbe romano en remedar el traje y los modales mujeriles, anteponia la rueca al cetro, y vilipendiaba los cargos preeminentes del Imperio, repartiéndolos por un sinnúmero de amantes, á uno de los cuales revistió públicamente con el dictado y autoridad de emperador, ó, como él mismo lo titulaba con mayor propiedad, el marido de la emperatriz (59).

Es de presumir que la fantasía recargó las liviandades de Eliogábalo (60); mas ciñéndonos á los lances ocurridos á presencia del pueblo romano, y atestiguados por historiadores graves y contemporáneos, su indecible afrenta sobrepuja á cuanto asomó jamás en otros tiempos y naciones. Emparedados quedan en el serrallo y absolutamente invisibles los vicios de un monarca oriental; y en las cortes modernas (*j*), el pundonor y el galanteo han introducido afeites en el goce, miramientos decorosos, y respeto á la opinion pública; mas los nobles opulentos y estragados de Roma soltaban la rienda á cuantos vicios acudian con el agolpamiento de costumbres y naciones. Al resguardo de su impunidad, menospreciaban toda censura; vivian allá desenfrenadamente en medio de la sociedad sufrida y postrada de sus esclavos y allegados. Por su parte el emperador, mirando á todas las clases de súbditos con el idéntico desvío, se esplayaba sin empacho por los ensanches de su soberanía en lujuria y en boato.

Los individuos mas indignos se suelen propasar, ó ir tildando en los demás los vicios en que están incurriendo, y procuran deslindar sutilmente las diferencias de edad, índole ó jerarquía para sincerar su propia escepcion. La desmandada soldadesca que habia encumbrado al trono al hijo disoluto de Caracala, se sonrojaba de su afrentoso nombramiento, y se volvia desenfadadamente de la presencia del monstruo para admirar las prendas asomantes de su primo Alejandro, hijo de Mamea. La advertida Mesa, hecha cargo de que su nieto Eliogábalo iba inevitablemente á estrellarse á impulsos de su liviandad, tenia prevenido otro arrimo mas seguro para su familia. En un rapto propicio de devocion, logró recabar del emperador bisoño que adoptase á Alejandro, revistiéndolo con el dictado de César, para que sus tareas divinas no fuesen interrumpidas por desvelos terrestres. El precioso príncipe, en su segunda jerarquía, cautivó luego á las jentes, y estimuló los zelos del tirano, quien trató de zanjar su desairada competencia, alejando ú matando al inocente. Malogró su intento, que se estrelló siempre con sus desvariadas hablas y con el acecho leal y virtuoso de los sirvientes que la cordura de Mamea colocó junto á su hijo idolatrado. En uno de sus arrebatos frenéticos, quiso Eliogábalo ejecutar á viva fuerza lo que no pudo alcanzar con ardides, y con una sentencia despótica, apeó á Alejandro de su clase y honores de César. Recibióse el mensaje en el senado muda, pero rabiosamente en el campamento. Juró la guardia pretoriana apadrinar á Alejandro, y des-

agraviar la mancillada majestad del trono. Lágrimas y ofertas del trémulo Eliogábalo, que solo pedia la vida con la posesion de su amado Hiérocles, embotaron las justísimas iras, que se redujeron á facultar á los prefectos para zelar el salvamento de Alejandro y la conducta del emperador (61).

No cabia reconciliacion duradera, ni que el alma ruin de Eliogábalo se aviniese á continuar con el imperio en términos de tan rendida dependencia. Intentó luego, con un arrojo aventurado, palpar el temple de la soldadesca, que, informada de la muerte de Alejandro y recelosa de que fuese violenta, se enfureció en el campamento, en términos que solo pudo aplacarse su saña con la presencia y el predominio del popular mancebo. Airado con este nuevo rasgo de afecto con el primo y menosprecio de su persona, arrójase el emperador á castigar algunos de los alborotadores; pero fué su intempestivo rigor fatalísimo para sus privados, para su madre, y aun para él mismo. Quedó en la demanda Eliogábalo á manos de los desesperados pretorianos, y arrastrando por las calles su cádaver desgarrado, lo arrojaron al Tíber. Tiznóse su memoria para siempre por el senado, cuyo justiciero decreto queda todavía ratificado por la posteridad (62).

Encumbró la guardia al trono en su lugar al primo Alejandro, cuyo entronque con la familia de Severo (pues usó este propio nombre) era el mismo que el de su antecesor. Prendados los Romanos de su virtud y su peligro, le derramó el senado garbosamente todos los dictados y facultades de la dignidad imperial (63). Mas por ser Alejandro mozo comedido y sumiso, empuñaban las riendas del gobierno dos mujeres, Mamea, su madre, y su abuela Mesa, con cuya muerte inmediata vino á quedar Mamea árbitra del hijo y del Imperio.

En todos tiempos y paises, el sexo mas cuerdo, ó á lo menos mas brioso, se apropió el poderío y arrinconó al otro en los quehaceres y recreos de la vida casera. Sin embargo, en las monarquias hereditarias, y especialmente en las de la Europa moderna, el galanteo caballeresco y las leyes de sucesion nos han ido habituando á tan estraña escepcion, y suele reconocerse á una mujer por soberana absoluta de un grandioso reino, en el cual se la conceptuaria inhábil para el desempeño de un empleo muy subalterno civil ó militar; mas puesto que los emperadores romanos eran siempre considerados como jenerales ó majistrados de la república, sus esposas ó madres, aunque esclarecidas con el dictado de Augustas, jamás alternaban en los timbres personales, y un reinado mujeril se conceptuara como delito inespiable por los Romanos primitivos, quienes se desposaban sin cariño, y amaban sin miramiento ni delicadeza (64). Aspiró ciertamente la altanera Agripina á los blasones del imperio que habia proporcionado á su hijo; por su ambicion demente, abominada por cuantos ciudadanos alcanzaban la dignidad romana quedó desairada con la advertida entereza de Seneca y Burro (65).

La sensatez ó la indiferencia de los príncipes posteriores los retrajo de lastimar las preocupaciones de sus súbditos, y quedaba solo reservado al forajido Eliogábalo el manchar las actas del senado con el nombre de su madre Soemias, que se colocaba junto á los cónsules, y firmaba, como miembro legal, los decretos de la potestad lejislativa. Su hermana Mamea, mas mirada, se desentendió de aquella prerogativa odiosa é inservible; y se promulgó solemnemente una ley, escluyendo á las mujeres para siempre del senado, y entregando á los dioses infernales la cabeza del malvado qne contraviniese al mandato (66). La ambicion varonil de Mamea aspiraba á la realidad, y no al boato del poderío, conservando su predominio absoluto sobre el ánimo de su hijo, en cuyo afecto no admitia competencia. Se desposó con su anuencia Alejandro con la hija de un patricio, pero su respeto al suegro y cariño á la emperatriz indisponian el amor y el interés de Mamea. Pereció el patricio por el cargo obvio de traicion, y la esposa de Alejandro, lanzada afrentosamente del palacio, paró en el destierro de Africa (67).

En medio de esta crueldad zelosa y algunas jestiones de codicia que se achacaron á Mamea, el rumbo jeneral de su réjimen se encaminaba al bienestar de su hijo y del Imperio. Con dictámen del senado, entresacó diez y seis senadores eminentes en virtud y sabiduría, con consejeros permanentes de estado, ante los cuales se ventilaban y decidian los negocios públicos de mayor monta. El célebre Ulpiano, tan esclarecido por su conocimiento como por el respeto á la lejislacion romana, era el presidente, y la entereza atinada de aquella aristocracia reintegró en su órden y fuerza al gobierno. Despejada la ciudad de la supersticion y el lujo estranjero, reliquias de la tiranía caprichosa de Eliogábalo, se dedicaron á remover sus indignas hechuras de todos los ramos de la administracion, sustituyéndoles sujetos de cabal desempeño. Instruccion justiciera constituia la recomendacion única para los empleos civiles; valor y cariño á la disciplina, las únicas prendas para los ascensos militares (68).

Mas el desvelo principal de Mamea y sus cuerdos consejeros se encaminaba á labrar la índole del emperador mancebo, en cuyas prendas se habia de fijar la dicha ó la desventura del orbe romano; y el suelo aventajado favorecia, y aun se adelantaba á los esmeros del cultivo. Su peregrino entendimiento evidenció luego á Alejandro las escelencias de la virtud, la fruicion de la ciencia y la precision del trabajo. Su mansedumbre comedida y natural lo preservó de los embates de la pasion y de los halagos del vicio, y su miramiento invariable para con su madre y su aprecio del sabio Ulpiano libertaron su bisoñez del veneno de la lisonja (*k*).

El mero diario de sus tareas retrata al vivo á tan consumado emperador (69), y con algun retoque, por la diferencia de costumbres, pudiera ser-

vir de norma á los príncipes modernos. Madrugaba Alejandro, y los ratos primeros del dia eran para sus devociones privadas, teniendo su capilla particular, realzada toda con las insignias de aquellos héroes que, instruyendo ú mejorando al jénero humano, se habian hecho acreedores á la gratitud reverente de la posteridad. Mas conceptuando el beneficio del jénero humano como el culto mas grato á los dioses, solia emplear la mañana en el consejo, donde ventilaba los negocios públicos, y sentenciaba causas particulares con un sosiego y discrecion superiores á su edad. Amenizaba tan áridos ejercicios con el embeleso de la literatura, dedicando algunos ratos á sus estudios predilectos de poesía, historia y filosofía. Las obras de Virjilio y Horacio, y las repúblicas de Platon y Ciceron labraron su gusto, esplayaron su entendimiento y realzaron sus conceptos acerca del hombre y de su gobierno. Alternaban los ejercicios corporales con los del ánimo, y Alejandro, gallardo, robusto y activo, sobrepujaba en las artes jimnásticas á los mas de sus iguales. Tras el refresco del baño y una refaccion frugal, se dedicaba con nuevo vigor á los negocios urjentes, y hasta la cena, que era la principal comida de los Romanos, leia, acompañado de sus secretarios, y contestaba á un sinnúmero de cartas, memoriales y demandas que no podian menos de dirijirse al dueño de la mayor parte del orbe. Servíase su mesa con parca sencillez, y en siendo dueño de su albedrío, los comensales eran todos amigos selectos, instruidos y virtuosos, entre los cuales Ulpiano era convidado perpetuo (70). Vestia Alejandro con sencillez y modestia, sus modales eran corteses y afables: su palacio estaba abierto á todos sus súbditos á horas fijas; pero oíase á la puerta la voz de un heraldo que, bien así como en los misterios Eleusinos, pronunciaba esta amonestacion saludable: « No entre en este sagrado recinto quien no tenga el alma pura é inocente (71). »

Esta conducta invariable, que no daba un punto de cabida á la liviandad y el devaneo, es un testimonio mas terminante de la sabiduría y equidad de Alejandro que cuantos pormenores futiles hacina indijestamente Lampridio. Desde el advenimiento de Cómodo, el orbe romano habia estado esperimentando, por espacio de cuarenta años, los vicios sucesivos y diversos de cuatro tiranos; pero desde la muerte de Eliogábalo, llegó á disfrutar por trece años una bonanza preciosísima (*l*). Descargadas las provincias de los gravosos impuestos inventados por Caracala y su soñado hijo, iban floreciendo en paz y prosperidad, á impulsos de los majistrados que habian visto por esperiencia que el congraciarse con los súbditos era el único medio para merecer privanza con el soberano. Con el arreglo suave impuesto al descompasado lujo del pueblo romano, el precio de los abastos y el interés del dinero fueron al par bajando por el desvelo paternal de Alejandro, cuya atinada largueza, sin ahogar la industria, sufragaba para las urjencias y recreos del populacho. Recobró el

senado su señorío, independencia y autoridad, y todo senador era árbitro de ladearse con el emperador sin zozobra y sin empacho.

El nombre de Antonino, realzado con las virtudes de Pio y de Marco, que habia trascendido por adopcion al disoluto Vero, y por herencia al inhumano Cómodo, vino luego á ser el dictado honorífico de los hijos de Severo; concedióse al niño Diadumeniano, y fué tiznado despues por el sumo pontífice de Emesa. Alejandro, aunque estrechado con ahinco, y tal vez con sinceridad, por el senado, se negó al prestado realce, al paso que en toda su conducta se afanaba en restablecer los blasones y la felicidad del tiempo de los lejítimos Antoninos (72).

Descolló al arrimo del poderío la sabiduría en la administracion civil de Alejandro, y el pueblo, sabedor de su dicha, correspondió al bienhechor con su cariño y agradecimiento. Quedaba todavía otra empresa mayor, mas precisa, y sobre todo mas ardua; á saber, la reforma de la clase militar, cuya índole y cuyo interés, corroborados por su impunidad dilatada, los constituian mal hallados con los grillos de la disciplina, y ajenos de las complacencias del sosiego público. Aparentó el emperador, en la ejecucion de su intento, sumo cariño y ninguna zozobra al ejército. Su estremada economía en todos los demás ramos de la gobernacion rendia caudal suficiente para la paga corriente, y aun para los premios estraordinarios de la tropa. Minoró en las marchas la precision penosísima de cargar con el abasto de diez y siete dias. Planteáronse cuantiosos almacenes por las carreteras, y en internándose por el pais enemigo, recuas de acémilas y camellos proporcionaban descanso á la ociosidad altanera. Desahuciado Alejandro de disminuir el lujo de sus soldados, intentó á lo menos encaminarlo hácia objetos de gala y pompa marcial, de caballos rozagantes, armaduras vistosas y escudos realzados con plata y oro. Alternaba en cuantas fatigas disponia, visitaba personalmente heridos y enfermos, conservaba una razon individual de sus servicios y de su propia gratitud, y escitaba en todas ocasiones el aprecio mas entrañable de un cuerpo, cuyo esplendor, segun sus propias espresiones, estaba tan íntimamente unido con los intereses del estado (73). Valíase de arbitrios suaves para infundir en la muchedumbre desbandada sentimientos honestos, y restablecer á lo menos cierto remedo de la disciplina autora del imperio de los Romanos sobre tantísimas naciones, tan guerreras, y aun mas poderosas que ellos mismos. Infructuoso fué su ahinco, infausto su espíritu, y el intento de reforma redundó solo en recrecimiento de los achaques cuya curacion ideaba.

Amaba la guardia pretoriana al jóven Alejandro, como á tierno huerfanillo redimido de las garras de un tirano, y colocado por ella en el trono imperial. Aquel precioso príncipe se reconocia obligado, mas como su agradecimiento se ceñia á los términos de la razon y de la justicia, muy

pronto desagradó mas la virtud de Alejandro que todos los vicios de Eliogábalo. Amante era el prefecto, el sabio Ulpiano, de las leyes y del pueblo, y por tanto conceptuado como enemigo de la tropa, y achacábanse á sus consejos todos los nuevos planes de reforma. Un lance insignificante enardeció su enojo, estalló un alboroto desenfrenado, y la guerra civil se encarnizó por tres dias en Roma, resguardando el pueblo la vida de aquel ministro incomparable. Despavorido al fin Alejandro con las llamas de algunas casas y con el amago de un incendio jeneral, amainó desconsoladamente, y desamparó en el trance al virtuoso y desventurado Ulpiano. Persiguiéronle hasta el palacio imperial, traspasándolo á las mismas plantas de su soberano, quien forcejeó en vano por escudarle con su púrpura y alcanzar su indulto de la desalmada soldadesca (*m*). Tal era el deplorable desvalimiento del gobierno, que no era dueño el emperador de vengar la muerte de su amigo y el descaro cometido á su dignidad, sin valerse de rendidas arterías y sumo disimulo. Arrojóse de Roma Epagato, el principal amotinador, con el empleo honorífico de prefecto de Ejipto; descendiéronlo luego al gobierno de Creta, y cuando ya el tiempo y la ausencia habian desvanecido su popularidad en la guardia, se arriesgó Alejandro á imponerle el castigo muy merecido, aunque tardío, por sus maldades (74). En el reinado de un príncipe cabal, la tiranía de la soldadesca estaba amagando de muerte á sus leales ministros, indiciados de intentos reformadores de aquellas demasías. Estuvo el historiador Dion Casio mandando las lejiones panónicas con la tirantez de la disciplina antigua, y sus compañeros de Roma, esforzando la causa comun de su desenfreno, pidieron la cabeza del disciplinista. Mas Alejandro, en vez de allanarse al ahinco vocinglero, les manifestó el concepto que le merecia su desempeño eficaz, denotándolo por compañero en su consulado, y costeándole del erario los desembolsos de aquella dignidad insustancial; mas temeroso con razon de que al verle los soldados con las insignias de su cargo, intentarian desagraviarse en su sangre, el primer majistrado nominal del estado, por dictámen del emperador, se desvió de la ciudad, y consumió lo mas de su consulado en sus quintas de la Campania (75) (*n*).

Insolentóse mas y mas la tropa con la blandura del superior, y las lejiones, tras el ejemplo de la guardia, defendieron su privilejiado desenfreno con la misma saña y terquedad. Forcejeaba infructuosamente Alejandro contra el raudal estragador de su época, pues fueron estallando nuevos alborotos en Ilírico, en Mauritania, en Armenia, en Mesopotamia y en Jermania, arrollando y matando oficiales, y acabando al fin con aquella vida que enfrenaba los rabiosos desafueros del ejército (76). Merece referirse un hecho que patentiza las costumbres de la tropa, y realza la particularidad de su regreso al órden y la subordinacion. Hallándose el emperador en Antioquía para su espedicion de Persia, cuyo pormenor se

espresará luego, el castigo de ciertos soldados descubiertos en el baño de las mujeres ocasionó una asonada en su lejion. Subió Alejandro á su tribunal, y con sencilla entereza manifestó á la concurrencia armada la precision absoluta y su ánimo incontrastable de enmendar los resabios introducidos por las torpezas de su antecesor, y de sostener la disciplina cuya relajacion acarrearia el esterminio del imperio y del nombre romano. Interrumpió su gritería la reconvencion apacible. «Guardad esos alaridos,» esclamó el brioso emperador, «para cuando esteis al frente de los Persas, los Jermanos y los Sármatas. Enmudeced ante vuestro soberano y bienhechor, que os franquea el trigo, la ropa y el dinero de las provincias; callad, y si no, os llamo, no ya soldados, sino *ciudadanos* (77), si es que cuantos se desentienden de las leyes de Roma merecen contarse entre la ínfima plebe. «Inflamaron sus amenazas el encono de la lejion, que blandia ya las armas con amagos contra su persona. «Ese denuedo,» insistió el inmutable Alejandro, «descollaria mas gallardamente en el campo de batalla, pues en cuanto á *mí*, bien podeis esterminarme, pero acobardarme nunca, y la república justiciera castigaria vuestro atentado y me desagraviaria.» Aferrábase la lejion en su alboroto sedicioso, cuando el emperador, reforzando estremadamente la voz, pronunció su sentencia decisiva: «*Ciudadanos,* dejad esas armas, y marchaos á vuestras casas.» Aplacóse instantáneamente la tormenta; confesó la soldadesca sonrojada y pesarosa la justicia de su castigo y la pujanza de la disciplina, entregaron mudamente sus armas é insignias militares, y se retiraron confusamente, no al campamento, sino á las hosterías de la ciudad. Complacióse Alejandro por todo un mes con el provechoso ejemplar de su amargo arrepentimiento, ni los repuso en su lugar hasta despues de castigar de muerte á los tribunos cuya flojedad habia ocasionado el alboroto. La lejion agradecida correspondió durante su vida al emperador, y lo desagravió en su muerte (78).

Las resoluciones de la muchedumbre suelen estar colgadas de un hilo, y el arrebato pudiera igualmente determinar á la lejion sediciosa á dejar las armas ante las plantas del emperador ó á clavarlas en su pecho. Si este lance hubiese sido investigado por un filósofo, quizás descubriéramos los móviles de aquel denuedo en el emperador que pudo arrollar la tropa, y tál vez referido todo por algun historiador atinado, encumbraríamos esta accion como digna de un César, ó la hermanaríamos sencillamente con las demás de la índole de Alejandro Severo. El desempeño de este príncipe graciable estaba desnivelado con los apuros de su situacion, y la entereza de su conducta desmerecia de su entrañable rectitud. Sus virtudes, como los vicios de Eliogábalo, traian un viso de la blandura y afeminacion de su clima bonancible de Siria, por mas que se sonrojase de su alcurnia estranjera y escuchase regaladamente á los je-

nealojistas lisonjeros que lo entroncaban con la cepa primitiva de la nobleza romana (79). El engreimiento y la codicia de su madre empañaron los timbres de su reinado, y requiriendo aun en la madurez el idéntico rendimiento que le correspondia en la mocedad, ridiculizó Mamea á su hijo y á sí misma (80). Las penalidades de la guerra pérsica enconaron el descontento militar, y el éxito azaroso *(o)* desconceptuó al emperador como jeneral y como soldado. Varias causas iban preparando, y mil circunstancias atropellaron una revolucion que desencajó el imperio romano con una larga série de calamidades internas.

La tiranía disoluta de Cómodo, las guerras civiles que acarreó su muerte, y el nuevo sistema político introducido por la casa de Severo, todo fué contribuyendo para engrandecer el poderío espuesto del ejército, y borrar el escaso asomo de leyes y de independencia que allá yacia aun estampado en el ánimo de los Romanos. Esta variacion intrínseca que socavó los cimientos del imperio es la que nos hemos esmerado en esplicar con algun despejo, pues la índole personal de cada emperador, sus victorias, leyes, desvaneos y vaivenes, pueden tan solo interesarnos en cuanto se enlazan con la historia jeneral de la decadencia y ruina de la monarquía. Nuestro estudio sobre este punto grandioso nos precisa á pararnos de intento en un edicto muy trascendental de Antonino Caracala, que dió á todos los habitantes libres del imperio el nombre y las regalías de la ciudadanía romana. No procedia sin embargo tan estremada largueza de impulsos jenerosos, sino de torpe avaricia, y saldrá mas á luz con ciertos reparos sobre la hacienda de aquel estado, desde los tiempos victoriosos de la república hasta el reinado de Alejandro Severo. El sitio de Deya en Toscana, la primera empresa notable de los Romanos, se fué dilatando hasta el plazo de diez años, no tanto por la fortaleza del pueblo como por el atraso de los sitiadores. Los padecimientos de tantas invernadas á siete leguas de casa (81) requerian estímulos poderosos: y el senado tuvo la cordura de acallar el clamor del pueblo con el establecimiento de una paga constante para el soldado, á la cual se acudia con un impuesto jeneral repartido equitativamente con proporcion á los haberes de cada ciudadano (82). Por espacio de mas de doscientos años despues de la conquista de Deya, las victorias de la república fueron aumentando, no tanto la riqueza como el poderío de Roma. Tributábanle los estados de Italia meramente su servicio militar, y el grandioso armamento planteado por mar y por tierra en las guerras púnicas fué costeado por los Romanos mismos. Este magnánimo pueblo (tal suele ser el hidalgo entusiasmo de la libertad) se avino gozoso á los gravámenes mas crudos, pero voluntarios, satisfecho de que luego cojeria colmadamente la cosecha de sus afanes. No quedó malograda su espectativa, pues apenas mediaron algunos años, los caudales de Siracusa, Cartago, Macedonia y Asia se fue-

ron triunfalmente hacinando en Roma. El tesoro solo de Perseo ascendia á cerca de diez millones de duros, y el pueblo romano, árbitro de tantas naciones, quedó descargado para siempre del gravámen de los impuestos (83). Las rentas progresivas de las provincias fueron costeando cumplidamente los gastos corrientes gubernativos y militares, y el sobrante de oro y plata se depositaba en el templo de Saturno, reservándolo para alguna urjencia imprevista del estado (84).

Quizás nunca la historia padeció mayor quebranto ni mas irreparable que el malogro de aquel padron curiosísimo *(p)*, manda de Augusto al senado, en que tan práctico soberano equilibraba esmeradamente los desembolsos y entradas del imperio romano (85). Defraudados de aquel grandioso balance, quedamos ahora precisados á ir entresacando escasas especies de aquellos antiguos que accidentalmente se soslayaron de la parte esplendorosa y atendieron á la mas sólida de la historia. Nos enteran de que, con las conquistas de Pompeyo, pujaron los impuestos del Asia, de cincuenta hasta ciento y treinta y cinco millones de dracmas, ó unos veinte y dos millones de duros (86) *(q)*. Bajo el postrero y mas adormecido de los Tolemeos, se dice que las rentas de Ejipto ascendian á doce mil y quinientos talentos, suma equivalente á doce millones de duros, pero que fué luego creciendo notablemente por la economía de los Romanos y el aumento del tráfico de Etiopia y la India (87). El robo enriquecia la Galia como el comercio al Ejipto, y los rendimientos de ambas provincias han venido próximamente á equilibrarse (88). Los diez mil talentos cuboicos ó fenicios, como unos veinte millones de duros (89), que, vencida Cartago, quedó sentenciada á pagar en el plazo de cincuenta años, eran un leve reconocimiento de la superioridad de Roma (90), y son muy desproporcionados á los impuestos cobrados despues sobre las tierras y los individuos, cuando la costa fertilísima de Africa quedó reducida á la clase de provincia (91).

Por una fatalidad muy peregrina, era España el Perú y el Méjico del antiguo mundo. El descubrimiento del opulento continente occidental por los Fenicios, y la opresion de sus sencillos moradores, quienes tenian que laborear sus propias minas en beneficio de unos estranjeros, retratan al vivo los hechos recientes de la América española (92). Los Fenicios no se internaron por España, pero la codicia y la ambicion condujeron las armas de Roma y Cartago hasta el corazon de la Península, y se fué hallando casi todo el suelo cuajado de cobre, plata y oro *(r)*. Menciónase una mina inmediata á Cartajena que rendia hasta veinte y cinco mil dracmas de plata diarias, ó millon y medio de duros al año (93). Veinte mil libras en oro se recibian anualmente de las provincias de Asturias, Galicia y Lusitania (94).

Carecemos de datos y espacio para ir puntualizando esta averiguacion

en todos los estados poderosos que hicieron parte del imperio romano. Cabe sin embargo el conceptuar las rentas de las provincias donde brotaban riquezas de entidad, ya por natural produccion, ya por los esquilmos del hombre, reparando el ahinco con que utilizaban soledades y eriales. Recibió Augusto en una ocasion la solicitud de los habitantes de Jiaros para que se les descargase de un tercio de sus exorbitantes impuestos. Reducíase su cuota á ciento y cincuenta dracmas, ó quinientos reales; mas era Jiaros una islilla ó mas bien un peñasco del mar Ejeo, sin agua ni comestibles, y poblada únicamente por algunos desventurados pescadores (95).

Por tan endebles y dispersos apuntes, nos inclinamos á opinar: 1° que (con el debido descuento del tiempo y las circunstancias) la renta jeneral de las provincias romanas no podia menos de ascender á setenta y cinco ú cien millones de duros (96); y 2° que una entrada tan cuantiosa alcanzaba de sobras á cubrir todos los gastos del réjimen moderado establecido por Augusto, cuya corte se reducia á la familia regular de un mero senador, y cuyo estado militar era el suficiente para el resguardo de la frontera, sin impulsos ambiciosos de conquista, ni zozobra vehemente de invasion estranjera.

A pesar de la probabilidad de estas dos conclusiones, desmienten la segunda las espresiones y conducta de Augusto. No hay medio para deslindar si en este punto procedia como uno de los padres del mundo romano ú como destructor de la libertad, y si anhelaba descargar las provincias y empobrecer el senado y el órden ecuestre. Mas apenas empuñó las riendas del gobierno, anduvo espresando terminantemente la insuficiencia de los impuestos, y la precision de cargarpro porcionalmente las obligaciones públicas sobre Roma y la Italia *(s)*. Al insistir en este proyecto antipopular, fué procediendo sin embargo con sumo tiento y cautela. A continuacion de una cábala planteó las sisas, y el plan del reparto se completó en virtud de un padron de los haberes reales y personales de cada ciudadano que se hubiese eximido de todo jénero de impuesto por siglo y medio.

I. En tan dilatado imperio como el de Roma, debió irse estableciendo de suyo un equilibrio natural en la moneda. Hase ya advertido que si el caudal de las provincias acudia á Roma por el impulso de la conquista y el poder, tambien retrocedia en gran parte á los parajes industriosos en el comercio y en las artes. Impusiéronse en el reinado de Augusto y sus sucesores derechos sobre todo jénero de mercancía que por mil canales se iba agolpando en el imperio del lujo y la opulencia, y cualquiera que fuese el tenor de la ley, en resolucion el pagador del impuesto era siempre el comprador romano, y no el vendedor de las procedencias (97). Variaba el arancel de la alcabala desde la octava hasta la cuarta parte del valor del jénero, y nos cabe el suponer que sus alternativas de-

pendian de máximas políticas fundamentales; que pujaba la cuota para los renglones de lujo, y menguaba para los de necesidad, y que los productos habidos ó labrados por los afanes y desvelos de individuos del imperio merecian rebaja respecto del comercio tan aciago como anti-nacional con la Arabia y la India (98). Queda todavía en parte una especie de arancel sobre los jéneros orientales que adeudaban derechos en tiempo de Alejandro Severo; tales como canela, mirra, pimienta, jenjibre, con toda la caterva de aromas y gran variedad de piedras preciosas, entre las cuales sobresalian el diamante por su precio, y la esmeralda por su hermosura (99); cobres de Partia y Babilonia, algodon, seda en rama y en artefacto, ébano, marfil, eunucos, y esclavos (100); siendo de notar la subida de estos últimos por los mismos pasos de la decadencia del Imperio.

II. Las sisas introducidas por Augusto tras la guerra civil eran, aunque jenerales, moderadas en estremo. No solian pasar del uno por ciento, pero abarcaban cuanto se vendia en los mercados y en las almonedas, desde las compras de mayor cuantía, como casas y haciendas, hasta los objetos mas menguados y que solo pueden formar notable rendimiento por su infinidad y su consumo incesante; pero este impuesto, recayendo esencialmente sobre la ínfima plebe, dió siempre márjen á desazones y alborotos. Un emperador, muy enterado de las carencias y recursos del gobierno, tuvo que manifestar por un edicto público que el mantenimiento del ejército estribaba en gran parte sobre el producto de las sisas (101).

III. Deseoso Augusto de plantear una milicia permanente para contrarestar á los enemigos esternos ó caseros, creó un erario peculiar para el pago de la tropa, premio de veteranos, y gastos estraordinarios de guerra. No alcanzó el rédito cuantioso de las sisas, aplicado al intento, á cubrir sus desembolsos. Para acudir á este desfalco, ideó el emperador un impuesto nuevo del cinco por ciento sobre mandas y herencias, pero la nobleza de Roma mostró mas apego á los haberes que á la independencia, y Augusto, enterado sin destemple, como solia, de sus murmullos, traspasó todo el espediente al senado, encargándole que se valiese de algun otro arbitrio menos odioso para cumplir con la urjencia. Viéndolo discorde y perplejo, le apuntó que su pertinacia le precisaria á *proponer* un impuesto territorial y personal sin escepcion, y entónces enmudeciendo se avinieron todos (102), y la carga sobre mandas y herencias se mitigó con ciertas modificaciones, pues no se verificaba sino con fincas de algun valor, y tal vez como de cincuenta ó cien piezas de oro (103), ni tenia lugar con el pariente mas inmediato por la línea paterna (104). Afianzados así los derechos de la naturaleza y de la propiedad, parecia fundado en razon que si un estraño ó un deudo remoto adquiria un au-

mento inesperado de haberes, cediese gustoso un veinteno en beneficio del estado (105).

Aquel impuesto, cuantioso en todo pais rico, era muy adecuado para la situacion de los Romanos, árbitros de disponer sus testamentos fundadamente ó á su antojo, sin las trabas modernas de recargos ó feudos. Quebrantábase por varios motivos el afecto paternal en los ánimos adustos del republicano y en la nobleza estragada del imperio; y en dejando el padre al hijo la cuarta parte de su herencia, zanjaba ya toda demanda contenciosa (106); pero un padre opulento y sin sucesion era un tirano casero, cuya potestad recrecia con los años y los achaques. Una caterva rendida, y en ella hasta pretores y cónsules, galanteaba su sonrisa, mimaba su avaricia, vitoreaba sus devaneos, cebaba sus anhelos, y ardia en impaciencia por su muerte. Las arterías del obsequio y la lisonja vinieron á componer una ciencia, cuyos profesores merecieron su dictado propio, y toda la ciudad, segun el cuadro de la sátira, se dividia en dos mitades, una de cazadores, y otra de caza (107). Pero al paso que el ardid abortaba testamentos injustos, estravagantes y continuos, firmados por el desvarío, los hubo á veces que fueron parto de aprecio entrañable y agradecimiento virtuoso. Ciceron, que tan repetidamente abogó por las vidas y haberes de sus conciudadanos, heredó mandas hasta el importe de mas de ochocientos mil duros (108), ni fueron menos jenerosos los amigos de Plinio el Jóven con tan agraciado orador (109). Cualquiera que fuese el móvil del testador, reclamaba el erario el veinteno sin distincion, y en el plazo de dos ó tres jeneraciones, todo el haber de los súbditos debia tener por paradero las arcas imperiales.

En los primeros y dorados años del reinado de Neron, á impulsos de su popularidad, ó tal vez por ciega benevolencia, mostró el anhelo de abolir la carga de la alcabala y la sisa. Celebraron los principales senadores el intento, pero le retrajeron de su ejecucion, por cuanto destroncaba á la república defraudándola de sus recursos (110). Ya que fuera un efecto asequible este soñado proyecto, unos príncipes como Trajano y los Antoninos positivamente se arrojaran gozosos á la coyuntura tan agraciable de favorecer en tan gran manera al linaje humano; y sin embargo, pagados con aliviar el gravámen público, no intentaron desarraigarlo. La suavidad de sus leyes terminantes despejó las reglas y la cuota del impuesto, y escudó á todos los súbditos, sin variacion de clases, contra las arbitrariedades, demandas de atrasos, y tropelías insolentes de los asentistas públicos (111), siendo notabilísimo que los gobernadores romanos mas virtuosos y atinados insistiesen mas y mas en recaudar los ramos principales de la sisa y la alcabala (112).

Diversos eran los impulsos, y aun en verdad la situacion de Caracala. Desatendiendo ú detestando el bienestar del pueblo, se vió precisado á

halagar la codicia insaciable que fomentó él mismo en la tropa, y aunque, de todos los arbitrios impuestos por Augusto, el veinteno de mandas y herencias era el mas productivo y estenso, como su manantial no estaba ceñido á Roma ó la Italia, su rédito iba siempre en aumento con el ensanche de la *ciudadanía romana*. Los nuevos ciudadanos, aunque gravados en los mismos términos (113), con el pago de los nuevos impuestos que no les alcanzaban como súbditos, quedaban compensados con la jerarquía que se granjeaban, con tantas regalías y con la perspectiva vistosa de medros en timbres y haberes que se prometian á su ambicion. Mas esta fineza, que tanto condecoraba, se anonadó con la profusion de Caracala, y las provincias tenian que pagar desabridamente el dictadò huero y las obligaciones efectivas de la ciudadanía *(t)*. Ni se dió por pagado el hijo rapaz de Severo con el arancel de impuestos que conceptuaron suficiente sus antecesores comedidos, pues, en vez del veinteno, exijió el décimo de mandas y herencias, y en su reinado (pues se restableció la cuota antigua despues de su muerte) desangró de estremo á estremo el imperio con su cetro asolador (114).

Sujetas ya las provincias á los impuestos apropiados á los ciudadanos, parecia que por el hecho quedaban exentas legalmente de cuantos tributos aprontaban en la clase anterior de súbditos; mas no se avenian con tales máximas gubernativas ni Caracala ni su hijo supuesto, y así se cobraban en las provincias al par los impuestos nuevos y los antiguos. Reservábase al pundonor de Alejandro el aliviarlas de tan insufrible gravámen, reduciendo los tributos al tercio de lo que montaban á su advenimiento (115). Se hace imposible el acertar con las razones que le movieron á conservar una porcion tan escasa del daño público, mas la zizaña, que no se habia desarraigado por entero, retoñó luego con mayor pujanza, y en el siglo inmediato, emponzoñó el orbe romano con su dañina maleza. Nos hallarémos á menudo en la presente historia en la precision de hablar del impuesto territorial, el personal y las pesadas contribuciones de trigo, vino, aceite y comestibles que se exijian á las provincias para el uso de la corte, del ejército y la capital.

Mientras se respetaron como el solio del gobierno Roma é Italia, conservaban antiguos y nuevos ciudadanos la índole nacional. Desempeñábanse los mandos superiores de la milicia por sujetos liberalmente educados, impuestos en las leyes y en la literatura, y que por sus lejitimos grados habian ido ascendiendo á la cumbre de la carrera civil y militar (116); y á su influjo y ejemplo podemos en parte atribuir la comedida obediencia de las lejiones en los dos primeros siglos de la historia imperial.

Mas desde el punto en que Caracala volcó la postrer valla de la constitucion, sustituyóse la separacion de carreras á la distincion de jerarquías.

Los ciudadanos cultos de las provincias internas eran vinculadamente hábiles para letrados y jueces, pues el bronco ejercicio de las armas correspondia á los campesinos y bárbaros fronterizos, que no conocian mas pais que su campamento, ni mas ciencia que la guerra, ni ley alguna civil, ni apenas su ordenanza. Con sus manos ensangrentadas y costumbres bravías, sostenian á veces, pero solian mas bien volcar el trono de los emperadores.

NOTAS

correspondientes al capítulo sexto.

(1) Hist. August., p. 71. «Omnia fui, et nihil expedit.»

(2) Dion Casio, l. LXXVI, p. 1284.

(3) Por el año de 186. Se atasca M. Tillemont lastimosamente con un paso de Dion, en que la emperatriz Faustina, muerta en 175, asoma cooperando al desposorio de Severo con Julia (l. LXXIV, p. 1243). Olvidó el erudito recopilador que Dion está refiriendo, no un hecho efectivo, sino un sueño de Severo, y no hay quien ciña los sueños á tiempo ni espacio. ¿Se figuró por ventura M. Tillemont que en Roma se *consumaban* los desposorios en el templo de Vénus? Hist. de los Emperadores, tom. III, p. 389. Nota 6.

(4) Hist. August., p. 65.

(5) Hist. August., p. 85.

(6) Dion Casio, l. LXXVII, p. 1304 y 1314.

(7) Véase una Disertacion de Menage, al fin de su edicion de Diójenes Laercio de Fœminis Philosophis.

(8) Dion, l. LXXVI, p. 1285. Aurelio Víctor.

(9) Su primer nombre fué Basiano, como habia sido el de su abuelo materno. Apellidóse Antonino en su reinado, como lo usan los letrados y los historiadores antiguos; mas apenas murió, le fué disparando la ira pública los apodos de Taranto y Caracala, el primero, sacado de un gladiador famoso, y el segundo por un ropaje galo que anduvo repartiendo al vecindario de Roma.

(10) Deslinda el esmerado M. de Tillemont el encumbramiento de Caracala al año 198, y la asociacion de Jeta al de 208.

(11) Herodiano, l. III, p. 130. Las vidas de Caracala y Jeta en la Historia Augustana.

(12) Dion, l. LXXVI, p. 1280, etc. Herodiano, l. III, p. 132, etc.

(13) Poesías de Osian, tom. I, p. 175.

(14) Que el Caracul de Osian es el Caracala de la Historia romana, es quizás lo único de la antigüedad bretona en que M. Macpherson y M. Whitaker están acordes, y aun este punto adolece de sus dificultades. En la guerra caledónica, se conocia al hijo de Severo tan solo por el nombre de Antonino, y es harto estraño que el versista serrano lo retrate bajo un apodo, inventado cuatro años despues, usado apenas por los Romanos hasta despues de la muerte de aquel emperador, y por maravilla espresado en los historiadores antiguos. Véase Dion, l. LXXVII, p. 1317. Hist. August., p. 89. Aurel. Victor., Euseb. in Chron. ad ann. 214 (*).

(15) Dion, l. LXXVI, p. 1282. Hist. August., p. 71. Aurel. Victor.

(16) Dion, l. LXXVI, p. 1283. Hist. August., p. 89.

(17) Dion, l. LXXVI, p. 1284. Herodiano, l. III, p. 135.

(18) M. Hume estraña con razon un paso de Herodiano (l. IV, p. 139) que con este motivo iguala en estension el palacio imperial á todo lo restante de Roma. El monte Palatino, donde estaba situado, estaba ocupando, cuando mas, una circunferencia de once á doce mil piés (véase la Noticia de Victor en la Roma antigua de Nardini); pero se debe tener presente que los senadores opulentos tenian como cercada la ciudad con sus palacios y dilatadísimos jardines por los arrabales, confiscados ya la mayor parte por los emperadores. Viviendo Jeta en los verjeles que llevaban su nombre en el Janículo, y Caracala en los de Mecenas sobre el Esquilino, mediaba mas de una legua entre los hermanos, y aun aquel espacio mismo estaba ocupado por los jardines imperiales de Salustio, Luculo, Agripa, Domiciano, Cayo, etc., faldeando todos la ciudad, y enlazados entre sí con los puentes sobre el Tíber y las calles. Mas esta esplicacion de Herodiano requeriria una disertacion particular, acompañada de un mapa de la antigua Roma, y no es para tanto el asunto.

(19) Herodiano, l. IV, p. 139.

(20) Herodiano, l. IV, p. 144.

(21) Consagró Caracala, en el templo de Serápis, la espada con que blasonaba de haber muerto á su hermano Jeta. Dion, l. LXXVII, p. 1307.

(22) Herodiano, l. IV, p. 147. Habia en todo campamento romano

(*) La autoridad histórica del Osian de Macpherson nada ha medrado desde que escribió Gibbon, y aun podemos conceptuarla por nula. M. Whitaker, en una carta á Gibbon (Miscelan., p. 100.), se empeña malogradamente en quebrantar la objecion del historiador.—M.

una capillita junto al cuartel jeneral, donde se guarecian y se adoraban las estátuas de los númenes tutelares, y adviértase que descollaban entre ellas las águilas; institucion preciosa que robustecia la disciplina sancionada por la relijion. Véase Lipsio, de Milicia Romana, IV, 5, V, 2.

(23) Herodiano, l. IV, p. 148. Dion, l. LXXVII, p. 1289.

(*a*) Varia algun tanto la planta de este trance en un paso nuevo de Dion, añadiendo que á la mañana siguiente se disculpó Antonino en el senado, no de haber muerto á su hermano, sino de estar ronco é incapaz de arengarles. Mai., Fragm. Vatican., p. 228.—M.

(*b*) El concepto favorable que merece Jeta no se funda tan solo en la conmiseracion, pues logra el arrimo de los historiadores contemporáneos; se regalaba en demasía con las manjares, y se recelaba en gran manera del hermano, mas era humano é instruido, y solia mediar para desencrudecer á Severo y á Caracala. Herodiano, IV, 3. Esparc. in Geta.—W.

(24) Endiosaron á Jeta. Sit *divus*, dum non sit *vivus*, dijo el hermano. Hist. August., p. 91. Se rastrea aquella consagracion por las medallas.

(25) Dion, l. LXXVII, p. 1307.

(*c*) El párrafo mas apreciable de Dion, rescatado por el afan de M. Mayo, se refiere á la hija de Marco, muerta por Caracala. Era su nombre, por Fronton y Dion, Cornificia. Al mandarle que escojiese el jénero de muerte que iba á padecer, prorumpió mujerilmente en lloros, mas recordando á su padre Marco, habló en estos términos: « O desventurada alma mia (ψυχίδιον, animula), hasta ahora encarcelada en el cuerpo, dispárate; sé libre; muéstrales, por mas increible que fuere, como eres hija de Marco. » Se despoja de sus galas y dijes, se dispone á morir, y se manda abrir las venas. Mai., Fragm. Vatican. II, p. 230.—M.

(26) Dion, l. LXXVII, p. 1290. Herodiano, l. IV, p. 150. Dion (p. 1298) dice que los poetas cómicos no se atrevieron ya á usar el nombre de Jeta en sus dramas, y que se confiscaron los estados de cuantos lo mentaban en sus testamentos.

(27) Se apropió Caracala los nombres de varias naciones conquistadas, y advirtió Pertinaz que el dictado de *Jético* (que habia logrado alguna ventaja contra los Godos ó Jetas) le cuadraba adecuadamente sobre Pártico, Alemánico, etc. Hist. August., p. 89.

(28) Dion, l. LXXVII, p. 1291. Descendia probablemente de Helvidio Prisco y de Trasea Peto, patriotas cuyo teson pundonoroso, aunque inservible y aun intempestivo, quedó inmortalizado por Tácito (*).

(*) Se destempla M. Guizot contra el reparo de Gibbon acerca de la entereza esclarecida de Trasea, pero se conforma en cuanto á la virtud *inservible* para el público, é *intempestiva* en medio de los devaneos de aquel siglo.—M.

(*d*) Tildaba Caracala á cuantos no acudian á pedirle favores. «Es indudable que quien nada me pide no confia en mí; quien no confia se recela; quien se recela me teme, y quien me teme desde luego me aborrece;» y en seguida los sentenciaba por conspiradores. Linda muestra de sorites en la lójica de un tirano. Véanse Fragm. Vatican., p. 230—M.

(*e*) No era ya á la sazon Papiniano prefecto del pretorio, habiéndole apeado Caracala, á la muerte de Severo. Así consta por Dion; y el testimonio de Esparciano, que lo continúa en ejercicio hasta su fallecimiento, supone poquísimo contra el de un senador que estaba viviendo en Roma.—W.

(29) Se dice que Papiniano estaba emparentado con la emperatriz Julia.

(30) Tácit., Anal., XIV, 2.

(31) Hist. August., p. 88.

(32) En cuanto á Papiniano, véase Heinecio, Historia Juris Romani. p. 330, etc.

(33) Nunca Tiberio ni Domiciano se desviaron de las cercanías de Roma; Neron hizo un viajecillo á Grecia. «Et laudatorum principum usus exæquo quamvis procul agentibus. Sævri proximis ingruunt.» Tácit., Hist., IV, 74.

(34) Dion, l. LXXVII, p. 1294.

(35) Dion, l. LXXVII, p. 1307. Herodiano, l. IV, p. 158. El primero tilda de cruel la matanza, el segundo de alevosa. Se hace probable que los Alejandrinos tenian airado al tirano con sus chanzas, y quizás con sus asonadas (*).

(36) Dion, l. LXXVII, p. 1296.

(37) Dion, l. LXXVI, p. 1284. M. Wotton (Hist. de Roma, p. 330) malicia que el mismo Caracala inventó esta máxima, achacándosela luego al padre.

(38) Dion (l. LXXVII, p. 1343) nos entera de que los regalos de Caracala al ejército ascendian anualmente á setenta millones de dracmas (como unos doce millones de duros). Hay otro paso de Dion relativo á la paga militar, sumamente curioso, si no estuviese enmarañado, manco y probablemente adulterado. El sentido mas regular parece ser que la guardia pretoriana recibia por plaza mil doscientas y cincuenta dracmas (tres mil reales) al año (Dion, l. LXXVII, p. 1307). En el reinado de Au-

(*) Caracala, sobre tanta mortandad, quitó tambien á los Alejandrinos sus espectáculos y sus festividades; atajó la ciudad por enmedio con un murallon torreado, para imposibilitarles toda comunicacion pacífica. Así trató, dice Dion, la alimaña de Ausonia á la desventurada Alejandría; y así efectivamente lo habia apellidado el oráculo; añadiendo que se complacia en gran manera y aun blasonaba de aquel apodo. Dion, l. LXXVII, p. 1307.—G.

gusto, se les pagaba á razon de dos dracmas ó denarios al dia, 720 al año (Tácit., Anal., I, 17). Domiciano, tras aumentar de una cuarta parte la paga á la soldadesca, daba á los pretorianos 960 dracmas (Gronovio de Pecunia Veteri, l. III, c. 2). El paradero de tantos aumentos sucesivos fué la ruina del imperio, acrecentando además el número de soldados; pues ya hemos visto subir los pretorianos de 10,000 á 50,000 hombres (*).

(f) En el dia es Haran, entre Edesa y Nisibis, célebre por la derrota de Craso — ; el Haran de donde Abrahan salió para la tierra de Canaan: Siempre sobresalió aquel pueblo por su apego al sabaismo.—G.

(39) Dion, l. LXXVIII, p. 1312. Herodiano, l. IV, p. 168.

(40) El afan de Caracala tras el nombre y distintivos de Alejandro consta por sus medallas. Véase Spanheim, de Usu Numismatum, Disert. XII. Herodiano (l. IV. p. 154) habia visto pinturas estrambóticas en que habia una figura con media cara de Alejandro, y otra de Caracala.

(41) Herodiano, l. IV, p. 169. Hist. August., p. 94.

(42) Dion, l. LXXXVIII, p. 1350. Vituperaba Eliogábalo á su antecesor el haber osado sentarse en su solio, aunque, como prefecto pretoriano, era inadmisible en el senado al despejar el pregonero la sala; pero la privanza personal de Plauciano y de Sejano habia arrollado la práctica jeneral. Alzáronse con efecto del órden ecuestre, pero conservaron la pretura con la senaduría y el consulado.

(43) Era natural de Cesarea, en Numidia, y empezó sus ascensos como empleado en el ajuar de Plauciano, en cuyo vuelco peligró de muerte.

(*) Esplicaron Valois y Reimar sencilla y probablemente el paso de Dion que parece Gibbon no llegó á entender á derechas. Ὁ αὐτὸς τοῖς στρατιώταις ἆθλα τῆς στρατείας, τοῖς μὲν ἐν τῷ δορυφορικῷ τεταγμένοις ἐς χιλιας διακόσιας πεντήκοντα, τοῖς δὲ πενταχισχίλιας λαμβάνειν. Dispuso que se abonase á los soldados por galardon de sus servicios, á los pretorianos 1250 dracmas, y 5000 á los demás. Opina Valois que están los guarismos traspuestos, y que Caracala añadió 5000 dracmas á los donativos de los pretorianos, y 1250 al de los lejionarios; pues con efecto, siempre se abonaba mas á los pretorianos que á los otros. El yerro de Gibbon consistió en conceptuar que se trataba de la *paga anual* del soldado, refiriéndose tan solo al premio que recibian por servicios al despedirlos: ἆθλον τῆς στρατείας significa galardon por el servicio. Estableció Augusto que, á las diez y seis campañas se abonarian á los pretorianos 5000 dracmas, y á los lejionarios tan solas 3000 á los veinte años; y Caracala añadió 5000 dracmas al donativo de los pretorianos, y 1250 al de los lejionarios. Parece que Gibbon tropezó, ya en equivocar este donativo de despido con la paga anual, ya tambien en desentenderse de la advertencia de Valois sobre la trasposicion de los guarismos del texto.—G.

Afirmaban sus émulos que era esclavo de nacimiento, y luego, tras otras profesiones afrentosas, ejercitó la de gladiador. La maña de ir tiznando nacimientos y esferas á los contrarios parece que siguió desde el tiempo de los oradores griegos hasta los gramáticos eruditos del último siglo.

(44) Hablan al par Dion y Herodiano con lisura desapasionada de las prendas y devaneos de Macrino, mas el autor de su vida en la Historia Augustana parece que fué copiando á ciegas alguno de los escritorcillos venales, empleados por Eliogábalo en infamar la memoria de su antecesor.

(45) Dion, l. LXXXIII, p. 1336. Despejado aparece el concepto del autor, al par del intento del monarca; pero M. Wotton equivoca uno y otro, entendiendo aquella distincion, no de veteranos reclutas, sino de lejiones antiguas y nuevas. Historia de Roma, p. 347.

(46) Dion, l. LXXVIII, p. 1330. El compendio de Xifilino, aunque menos individual, es aquí mas corriente que en el orijinal.

(g) Al oir aquella princesa la muerte de Caracala, trató de matarse de hambre; mas con los acatamientos de Macrino y la conservacion de toda su corte, se avino á seguir viviendo. Pero se rastrea por el texto mal parado de Dion y el epítome escaso de Xifilino, que ideó allá sus conatos ambiciosos, arrojándose á aspirar al imperio. Ansiaba seguir las huellas de Semiramis y Nitocris, cuyos paises lindaban con el suyo. Mandóle Macrino salir inmediatamente de Antioquía, retirándose adonde le pluguiese. Se volvió á su primer intento y se dejó morir de hambre. —G.

(h) Heredó su nombre del abuelo materno, Basiano, padre de Julia Mesa, su abuela, y de Julia Domna, mujer de Severo. Víctor, en su compendio, es quizás el único escritor que proporciona la clave de esta alcurnia al hablar de Caracala. Hic Bassianus ex avi materni nomine dictus. Caracala, Eliogábalo y Alejandro fueron sucesivamente llevando aquel nombre.

(47) Segun Lampridio (Hist. August., p. 135), vivió Alejandro Severo veinte y nueve años, tres meses y siete dias. Habiéndolo muerto en marzo 10 de 235, nació en diciembre 19 de 205, y seria á la sazon de trece años, y su primo mayor de diez y siete; cómputo que cuadra mucho mejor con la historia de aquellos príncipes que el de Herodiano (l. V, p. 181), que les da tres años menos, al paso que, por yerro contrapuesto de cronolojía, alarga el reinado de Eliogábalo dos años mas de la realidad. En cuanto á las particularidades de la conspiracion, véase á Dion, l. LXXVIII, p. 1339. Herodiano, l. V, p. 184.

(48) En virtud de una proclama muy espuesta del supuesto Antonino, el soldado que le presentase la cabeza de su oficial tenia derecho á su hacienda y empleo.

(49) Dion, l. LXXVIII, p. 1345. Herodiano, l. V, p. 186. Trabóse

la refriega junto á la aldea de Imá, á unas siete leguas de Antioquía.

(i) No era eunuco. Dion, p. 1355.—W.

(50) Dion, l. LXXIX, p. 1353.

(51) Dion, l. LXXIX, p. 1363. Herodiano, l. V, p. 189.

(52) Derivan los eruditos este nombre de dos voces siríacas, *Ela*, Dios, y *gabal*, formar, el formador, Dios, adjetivo muy propio y atinado del sol (*). Wotton, Historia de Roma, p. 578.

(53) Herodiano, l. V, p. 190.

(54) Quebrantó el santuario de Vesta, arrebatando una estátua que suponia ser el Paladio; mas blasonaban las vestales de que con un engaño relijiosísimo habian presentado al atropellador profano una efijie falsa. Hist. August., p. 103.

(55) Dion, l. LXXIX, p. 1360. Herodiano, l. V, p. 193. Tuvieron los súbditos del imperio que gratificar á la pareja recien casada, y cuanto ofrecieron en vida de Eliogábalo se fué cobrando puntualmente bajo el mando de Mamea.

(56) Se premiaba cuantiosamente al inventor de una salsa nueva; pero si no agradaba, tenia el inventor que pasar con ella hasta tanto que descubriese otra mas agradable para el paladar imperial. Hist. August., p. 111.

(57) Nunca comia pescado del mar, sino á larguísima distancia de la costa, y entónces lo iba repartiendo en mayor cuantía y de la calidad mas costosa á los campesinos del interior. Hist. August., p. 109.

(58) Dion, l. LXXIX, p. 1358. Herodiano, l. V, p. 192.

(59) Mereció aquel timbre Hiérocles, pero lo desbancaba un tal Zótico, á no idear el arbitrio de enervar á su competidor con un brevaje, y así esperimentándolo inferior en pujanza, se le arrojó afrentosamente del palacio. Dion, l. LXXIX, p. 1363 y 1364. Se nombró á un bailarin prefecto de la ciudad, de las rondas á un calesero, y á un barbero de los abas-

(*) Se ha desfigurado el nombre de Eliogábalo. Herodiano lo llama Ἐλαιαγάβαλος, Lampridio y los modernos lo hacen Eliogábalo. Llámale Dion Elegábalo, pero Elagábalo era el verdadero, como lo comprueban las medallas (Eckhel., de Doct. num. vet., t. VII, p. 250). En cuanto á su etimolojía, la de Gibbon es de Bochat, Chan., II, 5; pero Salmusio, con mejor fundamento (not. in Lamprid. in Elagab.), deriva el nombre de aquel dios ó ídolo, figurado por Herodiano y las medallas en la forma de un cerro (gibel en hebreo) ú piedra grandísima rematada en punta, con señales que denotan el sol. Por cuanto no se permitia en Hierópolis de Siria el hacer estátuas del sol ni la luna, pues decian que eran harto visibles, representaban en Emesa al sol bajo la forma de piedra grandísima, al parecer, caida del cielo. Spanheim, Cesar., notas, p. 46.—G. El nombre de Eliogábalo in «nummis rarius legetur.» Rasche, Lec. Univ., Rei Numm. Cita Rasche dos.—M.

tos. Estos tres ministros se recomendaban *enormitate membrorum*. Hist. August., p. 105.

(60) Hasta el credulísimo recopilador de su vida propende, en la Hist. August., p. 111, á maliciar que se han abultado sus desbarros.

(*j*) Advierte Wenck atinadamente que Gibbon debia tomar en cuenta el influjo del cristianismo en esta mudanza. En las temporadas mas bravías y en las cortes mas estragadas, no han asomado ni Nerones, ni Domicianos, Cómodos ó Eliogábalos.—M.

(61) Dion, l. LXXIX, p. 1365. Herodiano, l. V, p. 195-201. Hist. August., p. 105. Parece que el último de los tres fué el que se atuvo á mejores fuentes en el pormenor de la revolucion.

(62) Afamóse Pagi en deslindar aguda y eruditamente la fecha de la muerte de Eliogábalo y el ascenso de Alejandro, acompañándole Tillemont, Valsecchi, Vignoli y Torre, obispo de Adria. Intrincado es seguramente el punto, mas no me atengo siempre á la autoridad de Dion, cuya solidez en el cómputo es innegable, corroborando la pureza de su texto Xifilino, Zonaras y Cedreno. Reinó Eliogábalo tres años, nueve meses y cuatro dias, desde su victoria contra Macrino, y fué muerto el 10 de marzo de 222. Mas ¿qué acertarémos á replicar contra las medallas que cuentan el año quinto de su potestad tribunicia? Contesto, con el sabio Valsecchi, que la usurpacion de Macrino quedó destruida, y que el hijo de Caracala fechó su reinado desde la muerte del padre. Zanjada esta dificultad, los nudillos menores se desatan ó cortan obviamente (*).

(63) Hist. August., p. 114. Con aquel arrebato desusado intentaba el senado desahuciar á los pretendientes, y precaver los partidos en la tropa.

(64) El censor Metelo Numídico manifestó al pueblo romano, en un razonamiento público, que si una naturaleza mas propicia ideara nuestro modo de existir sin el arrimo de la mujer, nos descargara de una compañera harto gravosa, y solo le cabia el recomendar el matrimonio como un sacrificio del placer particular á un instituto jeneral. Aulo Jelio, I, 6.

(65) Tácit., Anal., XIII, 5.

(66) Hist. August., p. 102, 107.

(*) Contraresta victoriosamente Eckhel la opinion de Valsecchi, manifestando la imposibilidad de hermanarla con las medallas, y satisfaciendo al tropiezo de los cinco tribunados de aquel emperador. Subió al trono y recibió la potestad tribunicia el 16 de mayo del año de Roma de 971, y á 1°. de enero del siguiente 972, empezó un nuevo tribunado, segun la costumbre planteada por los emperadores precedentes. En los años 972, 973 y 974, siguió disfrutando el tribunado, y empezó el quinto en 975, durante el cual lo mataron el 10 de marzo. Eckhel, de Doct. núm. VIII, 430, etc.—G.

(67) Dion, l. LXXX, p. 1369. Herodiano, l. VI, p. 206. Hist. August., p. 131. Conceptúa Herodiano inocentes á los patricios. La Historia Augustana, con la autoridad de Dexipio, los acrimina como reos de conspiracion contra la vida de Alejandro. No cabe sentenciar entre ellos, pero es Dion testigo irrecusable de los zelos y crueldad de Mamea contra la emperatriz jóven, cuya cruda suerte estaba lamentando Alejandro sin acertar á contrarestarla.

(68) Herodiano, l. VI, p. 203. Hist. August., p. 119. Apunta este que para promulgar una ley se reunia junta de letrados y senadores prácticos, quienes iban dando sus dictámenes por escrito separadamente.

(*k*) Admitió Alejandro en su oratorio cuantas relijiones reinaban por el imperio, incluyendo á Jesucristo, Abrahan, Orfeo, Apolonio de Tiana, etc., constando casi que su madre Mamea lo impuso en la moralidad del cristianismo. Concuerdan jeneralmente los historiadores en apellidarla cristiana, y hay motivo para opinar que habia empezado á aficionarse al cristianismo (véase Tillemont, Alejandro Severo). No apunta Gibbon esta particularidad, complaciéndose al parecer en desautorizar á aquella emperatriz, y siguiendo mas y mas á Herodiano, que, segun el mismo Capitolino, estaba detestando á Alejandro. Sin atenerse á las alabanzas desmedidas de Lampridio, no debió arrimarse al despego infundado de Herodiano, sin olvidar ante todo que el virtuoso Alejandro revalidó los privilejios de los Judíos, franqueándoles el ejercicio del cristianismo. Hist. August., p. 121. Habian los cristianos planteado su culto en un sitio público, cuya posesion de mera costumbre, sin mediar propiedad, reclamaban los vivanderos (cauponarii). Contestó Alejandro que era mas propio el paraje para el servicio de Dios, bajo cualquiera forma, que para vivanderos.—G. Escrupulizé el orillar esta nota, por contener especies reparables; pero es injusta con Gibbon, que va mencionando casi todas las circunstancias en otro paso mas adecuado para su plan, y quizás en términosmas espresivos que M. Guizot. Véase el cap. XVI.—M.

(69) Véase su vida en la Historia Augustana. El hacinador á ciegas ha ido soterrando estos lances interesantes bajo circunstancias triviales.

(70) Véase la Sátira 13 de Juvenal.

(71) Hist. August., p. 119.

(*l*) Advierte Wenck que Gibbon, embelesado con la virtud de Alejandro, ha realzado particularmente en esta cláusula su resultado para el orbe entero; pero su misma relacion que sigue de alborotos y guerras desdice de aquel hermoso cuadro.—M.

(72) Véanse en la Hist. August., p. 116 y 117, todas las contestaciones de Alejandro con el senado, estractadas de los diarios de aquel cuerpo. Ocurrieron en el 6 de marzo, probablemente del año 223, cuando los

Romanos habian estado disfrutando por unos doce meses las dichas de su reinado. Antes de brindarle con el dictado honorífico de Antonino, estuvo el senado esperando á ver si Alejandro lo prohijaba en su familia por via de apellido.

(73) Era un dicho predilecto del emperador. Se milites magis servare, quam se ipsum; quod salus publica in his esset. Hist. August., p. 130.

(*m*) Mezcla Gibbon dos acontecimientos muy diversos: — la contienda del vecindario con los pretorianos, que duró tres dias, y el asesinato de Ulpiano por los últimos. Refiere Dion antes la muerte de Ulpiano, y luego retrocediendo, segun su costumbre, dice que en vida de Ulpiano, hubo guerra de tres dias entre los pretorianos y el vecindario; mas no fué Ulpiano su causador, pues dice Dion, al contrario, que se orijinó por una estrañeza insignificante, espresando un motivo poderoso para la matanza de Ulpiano, cuya sentencia habia condenado á sus prefectos antecesores, Cresto y Flaviano, á muerte, y á quienes ansiaba desagraviar la soldadesca. Atribuye Zósimo (l. I, c. XI) aquella sentencia á Mamea; pero aun así, pudo la tropa achacársela á Ulpiano, quien habia cargado con todas sus ventajas y le era odioso por otra parte.—W.

(74) Aunque el autor de la vida de Alejandro (Hist. August., p. 132) menciona la asonada de la soldadesca contra Ulpiano, encubre la catástrofe, por cuanto pudiera redundar en desconcepto de su héroe, por su apocado desempeño; y por esta omision á sabiendas, conceptuarémos la trascendencia y veracidad de aquel autor.

(75) Para la relacion del paradero de Ulpiano y su propio peligro, véase la conclusion menoscabada de la Historia de Dion, l. LXXX, p. 1371.

(*n*) Ni poseia Dion haciendas en la Campania, ni era rico, y tan solo dice que el emperador le aconsejó que se marchase fuera de Roma durante su consulado; que antes de acabarse este, volvió á la ciudad y se avistó en la Campania con el emperador. Le pidió y obtuvo permiso para irse á acabar sus dias en su patria (Nicea en Bitinia), y allí fué donde acabó su historia, que termina en su segundo consulado.—W.

(76) Annot. Reimar. ad Dion Cassius, l. LXXX, p. 1369.

(77) Aplacó Julio César un alboroto con la misma voz *Quirites*, que, usada en sentido opuesto al de *Soldados*, sonaba á menosprecio, y redujo á los desmandados á la esfera menos honorífica de meros ciudadanos. Tácit., Anal., I, 43.

(78) Hist. August., p. 132.

(79) De los Metelos. Hist. August., p. 119. Atinada fué la eleccion, pues en el corto plazo de doce años pudieron los Metelos contar siete consulados y cinco triunfos. Véase Veleyo Paterculo, II, 11, y los Fastos.

(80) La vida de Alejandro, en la Historia Augustana, viene á ser allá

una idea de un príncipe cabal, y aun imitacion de la Ciropedia. La razon de su reinado en Herodiano es fundada y comedida, cuadrando con la historia jeneral del siglo, y aun en algunas de las particularidades mas peliagudas, confirmada con los fragmentos decisivos de Dion; pero por preocupacion, los mas de los escritores modernos zahieren á Herodiano y copian la Historia Augustana. Véanse M. M. de Tillemont y Wotton. Por una preocupacion opuesta, el emperador Juliano (in Cæsarib., p. 315) se esplaya con patente complacencia en la flaqueza afeminada del *Siríaco* y la codicia ridícula de su madre.

(*o*) Varian los historiadores en cuanto al éxito de la campaña contra los Persas, y solo Herodiano menciona derrota. Lampridio, Eutropio, Víctor y otros la cuentan muy gloriosa para Alejandro, arrollando á Artajérjes en batalla campal, y arrojándole de los confines del imperio. Es positivo que Alejandro, vuelto á Roma (Lamp., Hist. August., c. 56, 133 y 134), mereció los honores del triunfo, y que dijo en su razonamiento al pueblo: Quirites, vicimus Persas, milites divites reduximus, vobis congiarium pollicemur, cras ludos circenses Persicos donabimus. Muy comedido y cuerdo, dice Eckhel, era Alejandro para ir á recibir timbres que eran únicamente galardon de la victoria, no habiéndolos merecido; y contentárase con encubrir su malogro. Eckhel, Doct. Num. vet., VII, 276. Las medallas lo están representando de triunfador, y una entre otras lo ostenta coronado por la victoria entre los dos rios, el Tigris y el Eufrates. P. M. TR. P. XII. Cos. III. PP. Imperator paludatus D. hastam, S. parazonium, stat inter duos fluvios humi jacentes, et ab accedente retro Victoria coronatur. Æ. max. mod. (Mus. Reg. Gall.). Aunque ventila Gibbon el punto con mas pormenores al hablar de la monarquía persa, he tenido por conveniente el colocar aquí cuanto se opone á su dictámen.—G.

(81) Segun el mas esmerado Dionisio, estaba la ciudad á cien estadios ó unas cuatro leguas no mas de Roma, aunque algunos puntos avanzados se adelantarian mas hácia la Etruria. Nardini, en un tratado al intento, impugna la opinion vulgar y la autoridad de dos pontífices, apartando á Veya desde Civita Castellana hasta un paraje reducido y llamado Isola, en el promedio de Roma y del lago Braciano (*).

(82) Véanse los libros 4 y 5 de Tito Livio. En el empadronamiento romano se proporcionaban mutuamente haberes, autoridad é impuestos.

(83) Plinio, Hist. Nat., l. XXXIII, c. 3. Ciceron, de Offic., II, 22. Plutarch. in P. Æmil., p. 275.

(*) Véase la razon interesante sobre el sitio y ruinas de Veya, en la Topografía de Roma y sus cercanías por el S. Guillermo Gell, t. II, p. 303.—M.

(84) Véase la garbosa descripcion de aquel hacinamiento de riquezas por siglos en Lucano, Farsal., l. III, v. 155, etc.

(p) Véase tambien el Rationarium imperii. Compárense además Tácito, Suet. August., c. ult.; Dion, p. 832. Otros emperadores guardaron y publicaron iguales padrones. Véase igualmente una disertacion del Dr. Wolle, de Rationario imperii Rom. Leipsic, 1773. Tambien contenia el último libro de Apiano la estadística del imperio romano, pero se ha perdido.—W.

(85) Tácit. in Anal., I, 11. Parece que duraba aun en tiempo de Apiano.

(86) Plutarch. in Pomp., p. 642.

(q) Contradice Wenck el concepto de Gibbon sobre Plutarco, y supone que Pompeyo tan solo aumentó las rentas de 50 á 85 millones de dracmas; pero el texto de Plutarco está diciendo que sus conquistas añadieron 85 millones á la renta corriente. Añade Wenck que Plutarco dice en otra parte como Antonio hizo pagar al Asia de una vez 200.000 talentos, esto es, 160 millones de duros. Pero esplica Apiano esta dificultad, espresando que fué la renta de diez años, que reduce la renta anual en tiempo de Antonio á 16 millones de duros.—M.

(87) Estrabon, l. XVII, p. 798.

(88) Veleyo Páterculo, l. II, c. 39. Parece que antepone las rentas de la Galia.

(89) Los talentos euboico, fenicio y alejandrino eran dobles en peso del ático. Véase Hooper, sobre pesos y medidas antiguas, p. IV, c. 5. Es sumamente probable que el idéntico talento pasase de Tiro á Cartago.

(90) Polib., l. XV, c. 2.

(91) Appian. in Punicis, p. 84.

(92) Diodoro Sículo, l. V. Edificaron los Fenicios á Cádiz poco mas de mil años antes de Cristo. Véase Veleyo Patérculo, I, 2.

(r) Compárense, sobre las riquezas de Roma y Cartago, las Investigaciones de Heeren, vol. I, part. II, p. 45 y sig.—M.

(93) Estrabon, l. III, p. 148.

(94) Plin., Hist. Nat., l. XXXIII, c. 3. Menciona igualmente una mina de plata en Dalmacia que rendia diariamente cinco mil reales al estado.

(95) Estrabon, l. X, p. 485. Tacit., Annal, III, 69, y IV, 30. Véase en Tournefort (Viaje á Levante, carta VIII) una pintura vivísima del actual abandono de Jiaro.

(96) Lipsio, de magnitudine Romana (lib. II, c. 3), regula allá las rentas en ciento cincuenta millones de escudos de oro; pero todo su libro, aunque injenioso, adolece de acaloramientos de fantasía (*).

(*) Si Justo Lipsio abulta las rentas del imperio romano, Gibbon por otra

(*s*) No es de estrañar que Augusto hablase en estos términos, pues declaró al senado, en tiempo de Neron, que no podia prescindir el estado de los impuestos nuevos ó recargados de Augusto. Tác., Anal., XXXIII, 50. Abolidos los diversos tributos pagados en Italia, ocurrencia del año de la fundacion de Roma 646, y luego 694 y 695, ninguna renta se devengaba ya en el pais, sino el veinteno de las manumisiones (vicessima manumissionum); de lo cual se lamenta Ciceron, con especialidad en sus cartas á Atico, II, 15.—G. de W.

(97) Tácit., Anal., XIII, 31 (*).

(98) Véase Plinio (Hist. Nat., l. VI, c. 23, l. XII, c. 18). Su advertencia de que las mercancías indias se vendian en Roma al cien tantos de su precio primitivo puede allá suministrarnos algun concepto del importe de los portazgos, puesto que aquel costo primitivo ascendia á unos cuatro millones de duros.

(99) Ignoraban los antiguos el arte de cortar el diamante.

(100) M. Buchaud, en su tratado del Impuesto entre los Romanos, ha sacado este catálogo del Dijesto, y se empeña en desentrañarlo con su larguísima glosa (**).

(101) Tácit., Anal., I, 78. Dos años despues, Tiberio, con la reduccion del reinecillo de Capadocia, pretestó rebajar la mitad de aquel derecho, pero fué brevísimo aquel alivio.

(102) Dion Casio, l. LV, p. 794, l. LVI, p. 825 (***).

(103) Esta suma va por conjetura.

(104) Como las leyes romanas subsistieron siglos, los *Cognati*, ó sea

parte las apoca, fijándolas á unos cien millones de duros; pues ateniéndonos á sus propios cómputos, los impuestos solos de las provincias, que cita con los aumentos de Augusto, ascienden ya á dicha suma, quedando además las de Italia, Recia, Nórica, Panonia y Grecia, etc. etc. Hagámonos además cargo de los desembolsos portentosos de algunos emperadores (Suet. Vesp., 16.); y echarémos de ver que semejante suma es insuficiente. Los autores de la Historia Universal ascienden á doscientos millones de duros las rentas que venia á juntar el estado.—G. de W.

(*) Habia portazgos (portoria) en tiempo de los antiguos reyes de Roma. Se quitaron en Italia, en el año de la fundacion 694, por el pretor Cecilio Metelo Nepote; y así Augusto no hizo mas que restablecerlos. Véase la nota de arriba.—W.

(**) Véanse las Pandectas, l. 39, t. 14 de Publicano. Compárese Ciceron in Verrem, II, c. 72-74.—W.

(***) No menciona Dion ni la propuesta ni la contribucion, diciendo tan solo que pechó las haciendas el emperador, y envió sobrestantes para formar el padron, sin deslindar la cantidad ni su duracion; pero los senadores se atuvieron á un impuesto sobre legados y herencias.—W.

la parentela materna, no tenian cabida en la sucesion; decreto violentísimo que se fué desmoronando á impulsos de la humanidad, y al fin quedó abolido por Justiniano.

(105) Plinio, Panegyric., c. 37.

(106) Véase Heinecio, en su Antiquit. Juris Romani, l. II.

(107) Horat., l. II, Sat. V. Petron., c. 116, etc. Plinio, l. II, Epist. 20.

(108) Ciceron in Philip., II, c. 16.

(109) Véanse sus epístolas. Cada testamento de aquellos le iba dando campo para tributar acatamientos al difunto, y hacer justicia á los vivos, hermanando uno y otro en su comportamiento con un hijo desheredado por su madre.

(110) Tácit., Anal., XIII, 50. Espíritu de las Leyes, l. XII, c. 19.

(111) Véase el panejírico de Plinio, la Historia Augustana, y Burman, de Vectigal.

(112) No se arrebataban propiamente los tributos, puesto que los príncipes bondadosos tal vez descargaban millones de atrasos.

(113) Desmenuza Plinio (Panegyric., c. 37, 38 y 39) la situacion de los nuevos ciudadanos. Promulgó Trajano una ley muy favorable para ellos.

(*t*) Sigue Gibbon sobre los ciudadanos la opinion de Spanheim y de Burman, quienes atribuyen á Caracala aquel edicto habilitador de ciudadanía á todos los moradores de las provincias. Cabe contradecir este parecer pues varios pasos de Esparciano, de Aurelio, Víctor y de Arístides atribuyen aquel edicto á Marco Aurelio. Véase un ensayo doctísimo intitulado Joh. P. Mahneri, Comm. de Marc. Aur. Antonino Constitutionis de Civitate Universo orbi Romano data auctore Halæ, 1772. 8.° Parece que hizo Marco Aurelio tal modificacion sobre aquel edicto que descargaba á las provincias de algunas pechas anejas á la ciudadanía, defraudándolas de algunas de sus ventajas. Anuló Caracala aquellas cortapisas.—W.

(114) Dion, l. LXXVII, p. 1295.

(115) Quien pagaba diez *auros* ó doblones devengaba ya tan solo el tercio de uno, para cuyo pago mandó Alejandro acuñar doblones de aquel valor. Hist. August., p. 127, con el comentario de Salmasio.

(116) Véanse las vidas de Agrícola, Vespasiano, Trajano, Severo y sus tres competidores; y por fin, de todos los sujetos descollantes de aquella temporada.

CAPITULO VII.

Ascenso y tiranía de Maximino.—Rebelion en Africa y en Italia, bajo la autoridad del senado.— Guerras civiles y alborotos.— Muertes violentas de Maximino y su hijo, de Máximo y Balbino, y de los tres Gordianos.—Usurpacion y juegos seculares de Filipo.

De cuantas formas de gobierno han asomado en el mundo, la monarquía hereditaria es al parecer la que ofrece mas anchuroso campo al escarnio. ¿Cabe por ventura referir, sin airada sonrisa, que, al fallecimiento de un padre, la finca de toda una nacion, al par de un rebaño vacuno, ha de recaer en su hijo en mantillas, desconocido todavía para el mundo y para sí mismo, y que los guerreros descollantes y los estadistas consumados, orillando su derecho mas obvio al imperio, se adelanten á la cuna rejia hincando la rodilla y protestando su lealtad inviolable? Pueden el satírico y el declamador esplayarse en estos puntos vulgares, pero en formalizándose nuestra consideracion, respetará la preocupacion provechosa que establece su línea de sucesion independiente de pasiones rastreras, y nos avenimos gozosos á un sistema que imposibilita á la muchedumbre su nombramiento aventurado, y en verdad imajinario, de entronizar un dueño.

Arrinconados sosegadamente en nuestra estancia, nos es obvio el ir ideando formas de gobierno en que el cetro se confie invariablemente al mas acreedor, con los votos libres, y sin cohecho, de la sociedad entera. Pero vuelca de un soplo la esperiencia estos aéreos alcázares, demostrándanos que en estados grandiosos la eleccion del monarca jamás puede parar en manos de la parte mas entendida ó mas numerosa del pueblo. Tan solo el ejército es un cuerpo hermanado para opinar unidamente, y harto poderoso para descollar sobre todos los demás ciudadanos; pero la índole de toda soldadesca, resabiada á un tiempo con la violencia y la servidumbre, la inhabilita para resguardar una constitucion legal ó meramente civil; pues la equidad, la humanidad y la ciencia gubernativa son prendas que desconocen en su interior y menosprecian por consiguiente en los demás. Háceseles apreciable el valor, y empeñan su voto tras la anhelada largueza, pero aquel cabe en el pecho mas bravío, y la profusion se derrama tan solo de los fondos públicos; y uno y otro pueden aunarse por un competidor denodado contra el poseedor del trono.

La preeminencia del nacimiento, corroborada por el tiempo y el concepto popular, es la gala mas vistosa y menos envidiada entre las jentes. Aquel derecho ya reconocido ataja los intentos facciosos, y la seguridad retrae de toda crueldad al monarca; de modo que al arraigo tenaz de esta aprension somos deudores de la sucesion pacífica y del rójimen apacible de las monarquías europeas, y á su carencia tenemos que achacar la frecuencia de guerras civiles por cuyos estragos ha de trepar un déspota asiático al solio de sus padres. Pero aun en el Oriente, el palenque de la contienda suele vincularse en los príncipes de la casa reinante, y en orillando el mas venturoso competidor á sus hermanos con el alfanje ó el dogal, jamás se encela con sus ruines súbditos. Mas anegada la autoridad del senado en el cieno del menosprecio, todo era vaiven y desconcierto. Las familias reales ó esclarecidas de las provincias habian ido hacia tiempo realzando la carroza triunfal de los altaneros republicanos; las familias esclarecidas de Roma yacian ya sepultadas bajo la tiranía de los Césares, y al verse estos maniatados con las formalidades republicanas, ó frustrados repetidamente de su ansiada posteridad (1), no cabia en los ánimos la menor esperanza de sucesion permanente, pues el derecho al trono, que nadie podia alegar por su nacimiento, se lo apropiaban todos por sus merecimientos. Tomó vuelo la ambicion desprendida de los lazos de la ley y de las preocupaciones, y el ínfimo del linaje humano podia sin devaneo esperanzar tales ascensos en el ejército, pues con un solo atentado podia arrancar el cetro del mundo á su dueño endeble y malquisto. Muerto Alejandro Severo, y encumbrado Maximino, ya ningun emperador podia conceptuarse afianzado en el solio, y todo bárbaro fronterizo tenia en su mano el aspirar á un asiento tan augusto como azaroso.

Como treinta años antes de este acontecimiento, al volver el emperador Severo de una espedicion en el Oriente, se detuvo en Tracia para solemnizar con juegos militares el nacimiento de su hijo menor Jeta. Agolpóse á raudales el jentío para contemplar á su soberano, y un bárbaro, mozo de estatura ajigantada, solicitó ahincadamente en su tosco lenguaje que se le admitiese á competir en la lucha. Por cuanto el engreimiento de la milicia quedaba desdorado en el vencimiento de un soldado romano por un campesino trácio, se le apareó con los mas robustos, que fueron, todos hasta el número de diez y seis, tendidos por el suelo: Se galardonó su triunfo con ciertos regalos y el permiso de alistarse en la tropa. Hecho cargo de que habia embargado la atencion del emperador descollando entre sinnúmero de reclutas danzando al estilo de su pais, en seguida corrió delante del caballo imperial y lo fué siguiendo á pié sin el menor asomo de cansancio en su larga y velocísima carrera. « Tracio, » le dijo Severo, « ¿ estás en disposicion de luchar despues de tu corrida ? — Si, señor, » replicó el mozo incansable; y desde luego volcó á siete de

los soldados mas robustos del ejército. Premióse su forzuda habilidad con un collar de oro; y luego entró á servir en la guardia de caballería que acompañaba á toda hora al soberano (2). Maximino, este era su nombre, aunque nacido en territorio del imperio, era de una casta mixta de bárbaros, pues su padre era godo y su madre de la nacion alana. Su denuedo corria siempre parejas con su pujanza, y su natural bravío se fué amansando ú disfrazando con el trato del mundo. Ascendió, en el reinado de Severo y de su hijo, á centurion, mediante el favor y aprecio de entrambos príncipes, siendo el primero un deslindador muy atinado del mérito verdadero. Retrajo el agradecimiento á Maximino de servir bajo el asesino de Caracala, y el honor le desvió de la afeminacion insultante de Eliogábalo. Al advenimiento de Alejandro, volvió á la corte, y le mereció un destino correspondiente á su desempeño y su carrera. Siendo tribuno de la cuarta lejion, la disciplinó sobre todas las del ejército, y al eco de los soldados que le apellidaban Ayaz y Hércules, fué ascendiendo hasta el sumo mando (3); y aun, sin la bronquedad todavía disonante de sus modales, quizás el emperador diera su hija en matrimonio al hijo de Maximino (4).

Tantas finezas, en vez de afianzar su lealtad, inflamaron mas y mas la ambicion del campesino tracio, que sobreponia su propio mérito á su graduacion, aspirando hasta la misma cumbre. Aunque ajeno de la verdadera sabiduría, estaba viendo con su alcance natural que el emperador habia desmerecido el afecto de la tropa, y aquel desconcepto podia redundar en su logro. Se hace obvio á toda faccion el calumniar y tachar todos los pasos de un príncipe aventajado, desquiciando sus prendas, y equivocándolas con sus vicios rayanos. Acojió la soldadesca halagüeñamente á los emisarios de Maximino, sonrojándose de su afrentoso aguante, que por espacio de trece años habia sobrellevado la disciplina de un Siríaco afeminado, medroso esclavo de su madre y del senado. Ya era tiempo, clamaban, de orillar aquel vestijio inservible de la potestad civil, y ensalzar para príncipe y jeneral un guerrero de cuenta, criado en los campamentos y práctico en la guerra, que correspondiese á la gloria y repartiese entre sus compañeros los tesoros del imperio. Juntóse por entónces un ejército grandioso á las orillas del Rin á las inmediatas órdenes del emperador, que al regresar de la guerra pérsica habia tenido que marchar contra los bárbaros de Jermania. Encargóse á Maximino el esmero trascendental de habilitar los reclutas, y un dia al entrar en el recinto del ejercicio, la tropa, sea por impulso propio, ó por efecto de alguna conspiracion, le aclamó emperador, acalló con los vítores su reñida resistencia, y marchó atropelladamente á consumar su atentado con la muerte de Alejandro Severo (A. 235, marzo 19).

Refiérense con variedad las circunstancias de la ejecucion, pues los es-

critores, que lo suponen al morir ajeno de la ingratitud ambiciosa de Maximino, afirman que, despues de tomar una refaccion á presencia del ejército, se recojió á su siesta como á las dos de la tarde, y que parte de su propia guardia arrolló la tienda imperial, y asesinó con redobladas heridas á príncipe tan virtuoso y confiado (5). Si damos asenso á otra relacion mas verosímil, Maximino, revestido con la púrpura por un crecido destacamento á distancia de algunas leguas del cuartel jeneral, contó para su logro mas bien con los intentos reservados que con las demostraciones públicas del ejército reunido. Tuvo Alejandro harta tregua para reinfundir en su tropa sentimientos, aunque involuntarios, de lealtad, que luego arrolló Maximino con su presencia, apadrinando declaradamente la clase militar, y quedó reconocido unánimemente como emperador de los Romanos por las lejiones bulliciosas. Retiróse el hijo de Mamea, vendido y desamparado, á su tienda, ansioso de resguardarse á lo menos de los desacatos de la muchedumbre, pero siguiéronle de cerca un tribuno y algunos centuriones portadores de la muerte, y en vez de recibir con teson varonil el golpe inevitable, sus rendidas súplicas é infructuosos alaridos afearon los postreros momentos de su vida, y trocaron en menosprecio parte de la justa lástima que debia infundir su desventurada inocencia. Feneció con el hijo la madre Mamea, cuya altanería y avaricia tildó él mismo como autora de su esterminio. Sus amigos mas fieles perecieron á los filos de la sañuda soldadesca, y cuantos se libertaron por el pronto quedaron reservados á la pausada crueldad del usurpador, y aun aquellos que esperimentaron su mansedumbre fueron arrojados afrentosamente de la corte y del ejército (6).

Los tiranos antiguos, Calígula, Neron, Cómodo y Caracala eran todos jovenzuelos bisoños y disolutos (7), criados en la púrpura, y estragados con las ínfulas del imperio, el boato de Roma y el habla alevosa de la lisonja. Otro era el manantial de las crueldades de Maximino, á saber, el recelo del menosprecio; pues aunque se afianzaba en el amor de sus soldados que se le prendaban por la semejanza de su carácter, constábale que sus principios bárbaros y soeces, su aspecto bravío y su ignorancia absoluta de las artes é institutos de la vida civil (8) se contraponian desfavorablemente á los modales halagüeños del malaventurado Alejandro. Recordaba que en sus menguados dias, solia pararse ante los umbrales de los altaneros nobles de Roma, rechazado por la insolencia de sus esclavos; recapacitaba tambien las finezas de los pocos que le habian amparado y esperanzado en su ínfima situacion; pero tanto los esquivos como los favorecedores del Tracio adolecian del mismo delito, esto es, el conocimiento de su arrinconada existencia. Fenecieron muchos por esta culpa, y con la ejecucion de sus bienhechores, Maximino estuvo pregonando con raudales de sangre la historia sempiterna de su ruindad á ingratitud (9).

El alma lóbrega y esterminadora del tirano se patentizaba siempre ante la mas leve sospecha contra los súbditos mas esclarecidos por sus prendas ó nacimiento, sobresaltándose al menor eco de traicion con crueldad ilimitada y empedernida. En una conspiracion soñada ó efectiva contra su vida, sonaba Magno, senador consular, como autor principal; y sin testigos, probanza ni asomo de defensa, murió con cuatro mil de sus cómplices supuestos. Emponzoñaba la Italia y el imperio todo una nube de espías y delatores, y con el mas leve cargo, la primera nobleza romana, que habia gobernado provincias, mandado ejércitos, y realzádose con los blasones consulares ó triunfales, salia aherrojada en carruajes públicos y arrebatada hasta la presencia del emperador. Conceptuábase la confiscacion, el destierro, ú sencillamente la muerte, como rasgos peregrinos de mansedumbre, pues mandaba á veces coser las víctimas en pieles de animales recien muertos, echar otros á las fieras, y otros tambien acabarlos á mazadas. No se dignó visitar á Roma ni la Italia en los tres años de su reinado, pues en su campamento, alternativamente á las orillas del Rin ó del Danubio, se erguia el solio de su despotismo, hollador de toda ley ó justicia, pero sostenido por el poderío entronizado de la espada (10). No se ladeaba con él sujeto alguno de nacimiento, de prendas, ó de ciencia en el gobierno civil, y la corte de un emperador romano ofrecia el remedo de aquellos antiguos capataces de esclavos ó gladiadores, cuyo montaraz poderío dejaba todavía en los ánimos huellas de pavor y de aborrecimiento (11).

Mientras Maximino ciñó sus crueldades á la jerarquía de los senadores ó de aventureros denodados, que ya en la corte, ya en las huestes arrostran los vaivenes antojadizos de la suerte, el pueblo en globo estuvo mirando sus padecimientos con despego, cuando no con regalo; mas la codicia del tirano, espoleada por los anhelos insaciables de la soldadesca, asaltó por fin la propiedad pública. Poseia cada ciudad del imperio sus rentas propias, destinadas para abastecerse de trigo, y costear los juegos y recreos jenerales; y todo aquel caudal quedó, por un solo acto de absolutismo, incorporado en el tesoro imperial. Desadornáronse los templos de todas sus ofrendas de plata y oro, y las estátuas de dioses, héroes ó emperadores se fundieron y acuñaron; mas estas disposiciones desaforadas acarreaban alboroto y matanzas, y en varios parajes prefirió el pueblo morir en defensa de sus aras al estar mirando en medio de la paz sus ciudades asoladas ó encendidas como en tiempo de guerra. Sonrojábanse los mismos soldados partícipes de tan sacrílego saqueo, y por mas encallecidos que estuviesen allá en sus demasías violentas, temian las fundadas reconvenciones de amigos y deudos. Estalló el airado alarido de estremo á estremo, implorando venganza contra el enemigo comun del linaje humano, y por fin, por una mera tropelía privada, se arrojó una pro-

vincia apacible y desmoronada á tremolar contra él su estandarte de rebelion (12).

Era el procurador de Africa un sirviente apropiado para tal dueño, quien graduaba las multas y confiscacion de los ricos como el ramo mas productivo de la renta imperial. Bajo este concepto pronuncióse una sentencia tan inicua contra algunos jóvenes opulentos del pais, que iba á defraudarlos de la mejor porcion de su patrimonio; pero dictóles la desesperacion tal arrojo en el trance, que debia precaver ó consumar su esterminio. En la tregua de tres dias, alcanzada á duras penas del rapaz tesorero, se echó el resto por aprontar de sus mismos estados un sinnúmero de esclavos y labradores rendidos ciegamente al albedrío de sus dueños, y armados rústicamente con hoces y mazas. Los caudillos de la empresa, admitidos á la audiencia del procurador, lo atravesaron con sus dagas encubiertas en sus ropajes, y al arrimo de sus allegados en tropel, se apoderaron del pueblecillo de Tisdro (13) y enarbolaron el pendon de su rebeldía contra el soberano de todo el romano imperio. Esperanzados en el odio jeneral contra Maximino, y acordes en contraponer al aborrecido tirano un emperador cuyas prendas apacibles le habian ya granjeado el cariñoso aprecio de los Romanos, y cuya trascendencia en la provincia proporcionaria sumo peso á la empresa, se pasmaron de que Gordiano, su procónsul y el objeto de su eleccion, rehusase con sincero teson aquel espuesto ensalzamiento, y les pidiese muy lloroso que le permitieran acabar en paz su larga é inocente carrera, sin mancillar su quebrantada ancianidad con la sangre civil. Precisáronle las amenazas á aceptar la púrpura imperial ya su resguardo único contra la crueldad celosa de Maximino; puesto que, segun las ilaciones de todo tirano, cuantos se conceptuaron acreedores al trono son reos de muerte, y cuantos se ponen á deliberar son ya rebeldes (14).

Era la familia de Gordiano de las mas esclarecidas del senado, pues, descendia por la línea paterna, no menos que de los Gracos, y por la materna, del emperador Trajano. Sus dilatadas posesiones le proporcionaban el esplendor correspondiente al timbre de su nacimiento, y sabia disfrutar con buen gusto y rasgos benéficos. El palacio de Roma, morada antigua del gran Pompeyo, habia sido por varias jeneraciones propio de la familia gordiana (15), y descollaba con trofeos grandiosos de victorias navales, y con el realce de pinturas esquisitas. Ponderábase su quinta sobre la carretera de Preneste, por los hermosos y anchísimos baños, por tres magníficos salones de á cien piés de lonjitud, y por un pórtico suntuoso, afianzado sobre doscientas columnas de cuatro jéneros de mármol, á cual mas vistoso y peregrino (16). Los espectáculos costeados por él, agasajando al pueblo con centenares de fieras y gladiadores (17), sobrepujan al parecer á los alcances de un súbdito, y mientras la esplendidez de otros

majistrados se ceñia á pocas funciones en el recinto de Roma, el garboso Gordiano las estendia á todos los meses del año, y luego, en su consulado, á las ciudades principales de Italia. Obtuvo aquel cargo dos veces, ya de Caracala y ya de Alejandro, pues tenia la maña de granjearse el aprecio de los príncipes pundonorosos, sin encelar á los tiranos. Dedicó su dilatada vida al estudio y al desempeño pacífico de los empleos de Roma; y hasta que fué nombrado procónsul de Africa por aclamacion del senado y aprobacion de Alejandro (18), parece que se desentendió cuerdamente del mando de los ejércitos, y del gobierno de las provincias (*a*). Venturosa fué el Africa con su réjimen, mientras vivió aquel emperador; y usurpado el trono por el bárbaro Maximino, alivió Gordiano los quebrantos que no le cabia zanjar. Pasaba de ochenta años cuando aceptó dolorosamente la púrpura; postrera é inestimable reliquia del siglo de los Antoninos, cuyas virtudes estaba retratando con su conducta, al paso que las endiosaba en un poema de treinta cantos. Quedó igualmente declarado emperador su hijo, que lo acompañó como teniente al Africa. No eran tan acendradas sus costumbres; mas no desmerecia al padre en su agrado. Hasta veinte y dos mancebas declaradas, y setenta y dos mil volúmenes, acreditan la variedad de sus propensiones, y se echa de ver por sus escritos que uno y otro eran mas para su ejercicio que para mera ostentacion (19). El pueblo de Roma rastreaba en las facciones del jóven Gordiano las de Escipion el Africano (*b*), se complacia en recapacitar que su madre era nieta de Antonino Pio, y esperanzaba vinculadamente en aquellas prendas que hasta entónces, presumia afectuosamente, estaban encubiertas bajo el ocio y boato de su vida privada.

Sosegada la inquietud de la eleccion popular, se trasladaron los Gordianos á Cartago. Aclamáronlos aquellos Africanos que honraban tanta virtud, y que, desde la visita de Adriano, jamás habian contemplado la majestad de un emperador; pero este bullicio insustancial ni robustecia ni ratificaba el nombramiento; y así, por sistema y por interés, acordaron solicitar la aprobacion del senado y enviar sin demora una diputacion á Roma, para esponer y sincerar la conducta de los naturales, que, tras larguísimos padecimientos, estaban por fin resueltos á obrar con eficacia. Comedidas y espresivas eran las cartas de los nuevos príncipes, cohonestando la precision que les habia obligado á aceptar el título imperial, pero sujetando su eleccion y su suerte al juicio supremo del senado (20).

Unánime y terminante fué el acuerdo del senado, pues el nacimiento y los entronques relevantes de los Gordianos los tenian ya enlazados con las casas mas esclarecidas de Roma. Proporcionábanles sus caudales muchos adictos, y les granjeaban sus méritos gran número de amigos en aquel cuerpo. Su réjimen apacible estaba ya desarrollando la perspectiva halagüeña del restablecimiento, no solo del gobierno civil, sino tam-

bien del republicano. Despavorido con la prepotencia militar, habia tenido el senado que desentenderse de la muerte de Alejandro, y que ratificar la eleccion de un labriego bárbaro (21); arrojábase ahora hasta el estremo opuesto, envalentonándose á desagraviar los lastimados derechos de la humanidad y la independencia. Tan patente como implacable era el odio de Maximino al senado, pues ni su postrado rendimiento habia logrado amansarlo, ni tampoco la inocencia mas cautelosa alcanzaba á desvanecer sus recelos. ¿Qué mucho pues que el afan de su misma salvacion le apremiase para aventurarse á una empresa de cuyo malogro iban todos á ser las primeras víctimas. Ventiláronse estas particularidades, con otras mas reservadas, en una conferencia preliminar entre el cónsul y los majistrados. Una vez acordes, convocan todo el senado en el templo de Castor, con el sijilo del sistema antiguo (22), al intento de aviva su esmero y encubrir sus decretos. « Padres Conscriptos, » dice el cónsul Silano, « los dos Gordianos, ambos consulares, el uno vuestro procónsul, y el otro vuestro teniente, se hallan declarados emperadores con avenencia jeneral de Africa; demos gracias, » continuó denodadamente, « demos gracias á la juventud de Tisdro, démoselas al pueblo leal de Cartago, que nos han libertado de un monstruo tan horroroso. ¿Por qué causa me estais oyendo tan tibia, tan medrosamente? ¿A qué vienen esamiradas mútuas ahi tan ansiosas? ¿á qué titubear? Maximino es enemigo público, ¡y así fenezca luego su enemistad con él, y así gozemos por largo plazo de la cordura y felicidad de Gordiano el padre, y del arrojo y teson de Gordiano el hijo (23)! » El ímpetu bizarro del cónsul se lleva tras sí el senado entero, y por un decreto unánime, queda ratificas da la eleccion de los Gordianos; Maximino, su hijo y allegados, son declarados enemigos de la patria, ofreciendo cuantiosos galardones á quienes tengan el arrojo y la dicha de acabar con ellos.

Permanecia en Roma, en ausencia del emperador, un destacamento de la guardia pretoriana para defender, ó mas bien, sojuzgar la capital. El prefecto Viteliano habia sobresalido en fidelidad con Maximino en cumplir y aun anticipar los mandatos mas crueles del tirano, y solo con su muerte cabia salvar la autoridad del senado y las vidas de sus individuos en trance tan congojoso. Encargóse á un cuestor y varios tribunos el quitarlos de en medio, antes que se trasluciese el arrojado acuerdo. Logróse cumplidamente la atrevida ejecucion, y enarbolando las dagas ensangrentadas, corrieron por las calles, proclamando al pueblo y á la tropa la venturosa revolucion. Enardecióse el entusiasmo de la libertad con un cuantioso donativo en tierras y dinero; derribáronse las estátuas de Maximino, y la capital del imperio, gozosísima, aclamó la autoridad del senado y de ambos Gordianos (24), siguiendo la Italia entera el ejemplo de Roma.

Descollaba ahora el denuedo en aquella junta, cuyo dilatado aguante habia estado padeciendo los desacatos de un despotismo antojadizo y del desenfreno militar. Empuñó el senado con decoroso brio las riendas del gobierno, y se apercibió para desagraviar con las armas la causa de la libertad. Obvio fué entresacar de los senadores de mérito esclarecido é íntimos de Alejandro hasta veinte de acreditado desempeño en la paz y en la guerra. Confióseles la defensa de Italia, apropiando el suyo á cada distrito, autorizándolos para alistar y disciplinar la juventud italiana, y recomendándoles ante todo la fortificacion de los puertos y carreteras contra la invasion inminente de Maximino. Despacháronse al propio tiempo senadores y caballeros descollantes en crecido número, en calidad de diputados, á los gobernadores de las provincias, amonestándolos con ahinco para acudir al amparo de la patria, y recordando á las naciones los antiguos vínculos de hermandad con el senado y pueblo romano. El respeto con que jeneralmente se recibieron estos diputados, y el afan de Italia y las provincias á favor del senado, prueban de sobras que los súbditos de Maximino se hallaban en aquel apuro de un pueblo que tiene mas que temer por las tropelías que por la resistencia; y el convencimiento de tan amarga verdad infundió un furor tenaz, cual apenas asoma en aquellas guerras civiles, fomentadas mañosamente en beneficio de un bando ó de sus caudillos (25).

Mas mientras este ahinco por la causa de los Gordianos se iba esplayando, ya no existian ellos (año 237, 3 de julio). Sobresaltóse la endeble corte de Cartago con el asomo ejecutivo de Capeliano, gobernador de Mauritania, el cual, con un destacamento de veteranos y una hueste desaforada de bárbaros, embistió á una provincia leal, pero desaguerrida. Arrojóse el mozo Gordiano sobre el enemigo, capitaneando su escasa guardia y una muchedumbre indisciplinada, aborto del lujo y la afeminacion de Cartago; y así su denuedo infructuoso tan solo le proporcionó una muerte esclarecida en el campo de batalla. Su anciano padre, cuyo reinado no pasó de treinta y seis dias, se dió igual suerte á la llegada de aquella noticia; y Cartago indefensa abrió sus puertas al vencedor, y así vino á quedar el Africa á merced de un esclavo, precisado á saciar la inhumanidad de su dueño con una reseña larguísima de tesoros y de sangre (26).

Despavorida quedó fundadamente Roma con el paradero de los Gordianos. Aparentó el senado, reunido en el templo de la Concordia, despachar los negocios corrientes, soslayándose al parecer con trémula congoja de arrostrar el peligro jeneral y el suyo propio. Enmudeció todo postradamente, hasta que un senador, del nombre y familia de Trajano, desaletargó á sus exánimes compañeros. Manifestóles que ya no les cabia el providenciar pausada y cautelosamente; que Maximino, de suyo impla-

cable, y ahora encrudecido con tan sumos agravios, se encaminaba á Italia, acaudillando la milicia entera del imperio; que se hallaban reducidos á la alternativa de salirle al trance de la refriega, ó estarse rendidamente aguardando los martirios y muerte afrentosa correspondiente á una rebeldía desventurada. « Malográronse, » continuó, « dos príncipes preciosos; mas á menos que nos desahuciemos á nosotros mismos, no fenecieron las esperanzas de la república con los Gordianos. Varios son los senadores capaces de sostener con su virtud y desempeño la dignidad imperial; nombremos pues dos emperadores, uno para acaudillar la guerra contra el enemigo público, y el otro para desempeñar en Roma los negocios civiles, y desde luego cargo sobre mí toda la odiosidad del caso, proponiendo á Máximo y á Balbino. Ratificad en fin mi propuesta, Padres Conscriptos, ó nombrad en su lugar otros mas dignos del imperio.» La zozobra de la situacion acalló los zelos; reconocióse sin contraste el mérito de los candidatos, y resonó el consistorio con aclamaciones entrañables de ¡ Vivan y triunfen los emperadores Máximo y Balbino! ¡ Sed tan dichosos en vuestro desempeño como lo sois ya en el concepto que mereceis al senado! (27).

Correspondian las prendas y la fama de los nuevos emperadores á las esperanzas mas grandiosas de los Romanos. Sus respectivas habilidades los estaban ya apropiando á los diversos ramos de paz y guerra, sin dar cabida á celosas competencias. Descollaba allá Balbino en la oratoria y en la poesía, y acreditóse igualmente como majistrado, ejercitando con desprendimiento y aceptacion el gobierno civil en casi todas las provincias interiores del imperio. Hidalgo era su nacimiento (28), grandiosas sus riquezas, y sus modales finos y espresivos, con decorosa aficion á los recreos, sin menoscabo de sus alcances en todo jénero de negocios. Mas denodada era la índole de Máximo, pues ascendido por su denuedo é intelijencia desde su humilde cuna á lo sumo de la milicia y del estado, sus victorias sobre los Sármatas y los Jermanos, el arreglo de su vida y la rijidez desapasionada de su réjimen siendo prefecto de la ciudad, le encumbraron al aprecio entrañable del pueblo, á pesar de su afecto mas peculiar al llano y halagüeño Balbino. Cónsules habian ya sido entrambos (y Balbino hasta tres veces); eran de los veinte nuevos tenientes del senado, y siendo el uno de sesenta, y el otro de setenta y cuatro años (29), se hallaban ya igualmente en la madurez de la edad y de la esperiencia.

Puesta por el senado, en manos de Balbino y de Máximo, igual porcion de las potestades consular y tribunicia, con el dictado de padres de la patria y la dignidad unida de sumos pontífices, subieron al Capitolio para dar gracias á los Dioses protectores de Roma (30). Perturbó una sedicion popular los ritos solemnes del sacrificio, pues la muchedumbre

desmandada ni apetecia la entereza de Máximo ni respetaba la mansedumbre de Balbino. Agolpóse el jentío sobre el templo de Júpiter, clamando por su derecho de intervencion para el nombramiento del soberano, y pedia con visos de comedimiento que, además de los dos emperadores elejidos por el senado, se nombrase otro de la familia de los Gordianos, en remuneracion á los príncipes que habian sacrificado sus vidas por la república. Intentaron Máximo y Balbino arrollar á los alborotados al frente de las guardias urbanas y de la juventud del órden ecuestre, pero la muchedumbre á palos y á pedradas los rechazó hasta el Capitolio. Cordura es el allanarse cuando la contienda, prescindiendo de su éxito, ha de redundar en daño de entrambas partes. Un niño de trece años, nieto del Gordiano mayor y sobrino (*c*) del menor, fué presentado al pueblo con las insignias y el dictado de César. Aplacóse el alboroto con esta concesion tan obvia, y ambos emperadores, reconocidos ya pacíficamente en Roma se estuvieron preparando para contrarestar en Italia al enemigo comun.

Mientras en Roma y en Africa se iban atropellando las revoluciones, hervia el pecho de Maximino en rabiosos estremos. Cuentan que recibió la nueva de la rebelion de los Gordianos y el decreto del senado contra él, no con la destemplanza de un hombre, sino con la saña de una fiera, y no pudiéndola cebar en el senado allá tan remoto, amenazaba de muerte á su hijo, á los amigos y á cuantos se atrevian á asomar á su presencia. A la noticia halagüeña de la muerte de los Gordianos siguió inmediatamente la certeza de que el senado, desesperanzando de todo indulto ó convenio, los habia reemplazado con dos emperadores de cuyo desempeño debia estar Maximino enterado. Venganza era el único alivio para su desesperacion, y la venganza solo se podia alcanzar por medio de las armas. Habia Alejandro juntado la fuerza de las lejiones de todos los puntos del imperio, y tres campañas aventajadas contra los Jermanos y los Sármatas habian encumbrado su nombradía y robustecido su disciplina, reforzándose con toda la juventud florida de los bárbaros. La vida de Maximino habia sido únicamente guerrera, y la veraz historia no puede menos de retratarle como soldado valeroso y caudillo esperto y entendido (51). Era de suponer que un príncipe de tal índole, en vez de dar tregua á la rebelion para irse acrecentando, volase de las márjenes del Danubio á las del Tiber, y qué su hueste victoriosa, estimulada con su menosprecio del senado, y desalada por apoderarse de la rica presa de Italia, ansiara en el alma el redondear tan llana y halagüeña conquista. Mas en cuanto cabe atenerse á la enmarañada cronolojía de aquella época (52), parece que las operaciones de alguna guerra esterna dilataron la espedicion á Italia hasta la próxima primavera. Por la conducta atinada de Maximino se deja inferir que las facciones bravías de su estampa fueron recar-

gadas por mano apasionada; que sus impulsos, aunque arrebatados, se avenian á los dictámenes de la razon, y que le cupieron en parte al bárbaro algunas prendas de Sila, quien sojuzgó á los enemigos de Roma antes de acudir á su propio desagravio (33).

Al llegar la hueste de Maximino escuadronada á la falda de los Alpes Julianos (A. 238, febrero), quedó despavorida con el silencio y desamparo de las fronteras de Italia, pues aldeas y pueblos yacian desiertos, desviados los rebaños, los abastos trasportados ó consumidos, destrozados los puentes, sin asomo de abrigo ó subsistencia para el éstranjero. Tal fué la disposicion atinada de los jenerales del senado, cuyo intento era dilatar la guerra, destruir el ejército de Maximino con el hambre, y frustrar su poderío con los sitios de las ciudades principales de Italia, que surtieron de jente y abastos del pais desamparado. Recibió y contrastó Aquileya el primer embate, y las dos corrientes que se descuelgan de las cumbres del golfo Adriático, hinchadas con el derretimiento de las nieves de invierno (34), atajaron inesperadamente á Maximino. Por fin, sobre un puente estraño construido sobre grandiosos toneles, trasladó su ejército á la márjen opuesta, descepó los vistosos viñedos por las cercanías de Aquileya, arrasó sus arrabales, y empleó sus maderas en las máquinas y torreones con los cuales embistió en derredor la ciudad. Los muros, desmoronados con la satisfaccion de una paz dilatada, se habian repuesto para el repentino trance; pero su defensa poderosa se cifraba en el teson de su vecindario, que todo al par, en vez de apocarse, vino á enardecerse con lo sumo del peligro y el convencimiento de la índole empedernida del tirano. Sostenian y amaestraban su denuedo Crispino y Menófilo, dos de los veinte tenientes del senado, quienes, con un destacamento de veteranos, habian entrado en la plaza sitiada. Quedó la hueste de Maximino rechazada en repetidos avances, y sus máquinas esterminadas con raudales de varios fuegos; y el bizarro entusiasmo de los Aquileyos se exaltó confiadamente con el concepto de que Beleno, su deidad tutelar, estaba peleando en persona en defensa de sus malparados devotos (35).

Adelantado el emperador Máximo hasta Ravena, para afianzar aquella plaza importante y avivar los preparativos militares, estaba allá contemplando el paradero de la guerra en el espejo infalible de la razon y del desengaño. Harto palpable se hacia que un pueblo aislado mal podia contrarestar el embate de un ejército grandioso, y estaba temiendo que el enemigo, prescindiendo de Aquileya por su aferrado teson, levantase de improviso aquel sitio infructuoso, y se encaminase arrebatadamente á Roma. Colgado quedaba entónces todo el imperio, con la causa de la libertad, del trance de una refriega, y ¿con qué armas habia de contrarestar á las lejiones veteranas del Rin y del Danubio? Con alguna tropa recien

alistada de la mocedad jenerosa, pero desvalida, de Italia, y un cuerpo de Jermanos auxiliares, en cuya entereza mal podia confiar en el momento crítico de la prueba. En medio de estos sobresaltos, una conspiracion doméstica castigó las maldades de Maximino y libertó á Roma y al senado de los desastres que forzosamente habia de acarrear la victoria de un bárbaro sañudo.

No habia esperimentado Aquileya los quebrantos de todo sitio, abundando todavía de abastos almacenados y de fuentes en el ámbito de su recinto que le proporcionaban agua fresca á raudales, mientras, por el contrario, los soldados de Maximino adolecian de intemperies, epidemias y hambre, por estar el pais asolado y los rios teñidos de sangre y emponzoñados con cadáveres (año 238, abril). Enconóse desesperadamente la tropa, y como se hallaba absolutamente atajada, conceptuó que todo el imperio éstaba ya siguiendo el partido del senado y que allí yacia en holocausto ante las murallas de Aquileya. Airada mas y mas la índole bravía del tirano con sus malogros que estaba achacando á la cobardía de los suyos, sus crueldades antojadizas é intempestivas, en vez de amedrentar, lo malquistaron é infundieron raptos ansiosos de venganza. Una porcion de la guardia pretoriana, que estaba en zozobra por sus mujeres é hijos en el campamento de Alba junto á Roma, ejecutó la sentencia del senado. Desamparado Maximino por su guardia, fué muerto en su tienda con el hijo (á quien habia asociado en la púrpura), Anulino, el prefecto, y demás ministros de su tiranía (36). La vista de sus cabezas enarboladas sobre picas patentizó á los Aquileyos el remate del sitio, y abriendo de par en par sus puertas, brindaron con su mercado abundantísimo á las tropas hambrientas de Maximino, hermanándose con sus desaladas protestas de lealtad al senado y pueblo de Roma, y á sus lejítimos emperadores Máximo y Balbino. Este fué el condigno paradero de un irracional ajeno de cuanto ensalza á una criatura humana, cuanto mas civilizada. Correspondia á su alma la corpulencia, siendo de mas de ocho piés de estatura, y refiriéndose particularidades casi increibles de su pujanza y su voracidad (37), pues si viviera en siglo menos ilustrado, la tradicion y la poesía le encumbraran á la monstruosidad de aquellos jigantes, cuyo poderío sobrehumano se encarnizaba en el esterminio de nuestro linaje.

Sobrepuja á toda descripcion el regocijo del orbe romano con la muerte de aquel aborto, cuya nueva dicen voló de Aquileya á Roma en cuatro dias. Al llegar Máximo en triunfal procesion, le salieron al encuentro el compañero y el jóven Gordiano, é hicieron los tres príncipes su entrada en la capital con la comitiva de enviados de todas las ciudades de Italia, agasajados con ofrendas esplendorosas de agradecimiento y de supersticion, y recibidos con aclamaciones entrañables del senado y del pue-

blo, que se creyeron llegados á la edad de oro, tras la ya acabada de hierro (38). Correspondió la conducta de ambos emperadores á esta espectativa, pues administraban personalmente justicia, y la entereza del uno se doblegaba á la clemencia del otro. Revocáronse ó se redujeron los impuestos violentos de Maximino sobre herencias y sucesiones; restablecióse la disciplina, y con dictámen del senado, promulgaron los ministros imperiales varias leyes atinadas, ansiosos de reponer la constitucion sobre la maleza de la tiranía militar. « ¿ Cuál galardon nos cabrá por libertar á Roma de un monstruo ? » fué la pregunta de Máximo en un rato de ensanche y confianza; y Balbino le contestó sin titubear: « El cariño del senado, del pueblo y de todo el linaje humano: ¡ Ay ! » le replicó su compañero, mas perspicaz, « ¡ ay de mí ! estoy temiendo el odio de la soldadesca y las resultas infaustas de su encono (39). » Los sucesos acreditaron sobradamente sus zozobras.

Mientras se estaba Máximo desalando por resguardar la Italia contra el enemigo comun, Balbino en Roma estuvo empeñado en escenas sangrientas. Adolecia el senado de zelos y desconfianza, y hasta en los templos donde se juntaban los senadores, solian llevar sus armas patentes ó encubiertas. En medio de sus deliberaciones, dos veteranos de la guardia, á impulsos de su curiosidad ó de motivo siniestro, tuvieron la avilantez de internarse por el consistorio, aun mas allá del ara de la victoria. Galicano, senador consular, y Mecénas, pretorio, miraron con ira á los intrusos, y sacando sus dagas, volcaron muertos á los espias, pues por tales los conceptuaron, al pié del altar, y adelantándose luego hasta los umbrales, exhortaron desatinadamente á la muchedumbre para que acabase con los pretorios, como allegados secretos del tirano. Cuantos se salvaron de aquel enfurecimiento desconcertado se refujiaron en su campamento, que estuvieron aventajadamente defendiendo contra los redoblados embates del pueblo, sostenidos por varias cuadrillas de gladiadores, pertenecientes á los nobles mas opulentos. Duró la guerra civil algunos dias, con sumo quebranto y trastorno por ambas partes. Cortadas las cañerías que daban agua al campamento, quedaron apuradísimos los pretorianos; mas eran luego ellos los que salian arrojadamente sobre la ciudad, incendiaban casas, y regaban las calles con sangre ciudadana. Esmeróse el emperador Balbino, con edictos y treguas infructuosas, en hermanar los partidos de Roma; pero su ojeriza, aunque amainó por un tanto, se desenfrenó luego con mayor violencia. La soldadesca, aborreciendo al senado y al pueblo, menospreciaba la endeblez de un príncipe que carecia de aliento ó de potestad para imponer obediencia á los súbditos (40).

Reconoció mas bien por necesidad que por eleccion, despues de la muerte del tirano, aquella formidable hueste la autoridad de Máximo,

que se trasladó inmediatamente al campamento junto á Aquileya. Hablóles, despues de juramentados, con mansedumbre y comedimiento; lamentóse sin reconvencion de los desaforados estravíos de la época, y aseguró á los soldados que, de toda su conducta anterior, el senado tan solo recordaria su separacion jenerosa del tirano y su regreso voluntario al cumplimiento de su obligacion. Corroboró Máximo su exhorto con un donativo cuantioso, purificó solemnemente el campamento con un sacrificio espiatorio, y los fué despidiendo para varias provincias, impresionados, en su dictámen, de sentimientos de gratitud y de obediencia (41). Mas no cabia doblegar la altanería de los pretorianos, pues si bien escoltaron á los emperadores en el dia memorable de su entrada grandiosa en Roma, en medio de tanta aclamacion, el semblante abatido y adusto de la guardia estaba manifestando á las claras que se conceptuaban ellos mismos el objeto, y no los partícipes del triunfo. Reunido el cuerpo todo en el campamento, tanto los de Maximino como los quedados en Roma, se fueron por grados comunicando sus cuitas y sus querellas. Fenecieron con afrenta los emperadores nombrados por la tropa, y seguian imperando los elejidos por el senado (42), y la desavenencia dilatada entre la potestad militar y la civil se habia zanjado con una guerra triunfadora para la segunda. Tenian ahora los soldados que ir aprendiendo una nueva cartilla de rendimiento al senado, y por mas clemencia que aparentase aquel cuerpo taimado, era de temer una venganza pausada con el nombre grandioso de disciplina, y cohonestada con el pretesto vistoso del bien público. Mas su destino paraba en sus manos todavía; y teniendo brio para menospreciar el pavor aéreo de una república desvalida, era muy obvio el desengañar al orbe entero que el dueño de las armas lo era tambien del mando de un estado.

Al nombrar el senado sus dos príncipes, es verosímil que, además de la razon patente de acudir á las diversas urjencias de la paz y de la guerra, le influyó el anhelo reservado de quebrantar con la division el despotismo del majistrado supremo. Verificóse el intento, mas redundó en daño de los emperadores y de ellos mismos. Encelados con la competencia del poderío, enconáronse mas y mas por lo contraposicion de sus índoles, pues Máximo menospreciaba á Balbino como á noble lujoso, y este le correspondia en sus desdenes como á soldado de la chusma. Su muda discordia era mas bien entendida que vista (43), pero el convencimiento mutuo les imposibilitaba el aunarse para sus disposiciones eficaces contra el enemigo comun, el campamento pretoriano. Embargada la ciudad entera con sus juegos capitolinos, solos vinieron á quedar los emperadores en su palacio, cuando de improviso les asalta un tropel de malvados asesinos; y ajenos uno y otro de sus pasos y sus intentos, por habitar viviendas muy separadas, malograron el trance con sus contiendas insus-

tanciales y cargos infructuosos. Zanjaron los pretorianos la fútil reyerta, y asiendo á los emperadores del senado, pues así los apodaban con malvado menosprecio, los despojaron de sus ropajes y los fueron arrastrando por las calles, con el fin de darles una muerte lenta é inhumana. El recelo de que la guardia jermana los rescatase acortó su martirio, y sus cadáveres, lisiados con miles de heridas, quedaron espuestos al escarnio ó á la compasion de la plebe (44).

Acuchillados seis príncipes en el espacio de pocos meses, Gordiano, titulado ya César, era el único individuo que se ofreció ante la soldadesca como adecuado para ocupar el solio vacante (45). Arrebatáronlo al campamento, y lo aclamaron unánimes emperador y Augusto. Grato era su nombre al senado y al pueblo; su tierna edad brindaba con los ensanches del militar desenfreno y con la avenencia de Roma y las provincias al nombramiento de la guardia pretoriana, salvando la república, á costa en verdad de su independencia y señorío, de las atrocidades de otra guerra civil en el corazon de la misma capital (46).

Por cuanto el tercer Gordiano solo contaba diez y nueve años al tiempo de su muerte, la historia de su vida, aun cuando nos constase con la individualidad que nos falta, solo se estenderia al pormenor de su educacion, y á la conducta de sus ministros que alternativamente abusaron ó condujeron su candorosa bisoñez. Paró, recien ascendido, en manos de los eunucos de su madre, aquella ponzoñosa carcoma del Oriente, que desde los dias de Eliogábalo plagaba el palacio de Roma. Con la recóndita conspiracion de estos inícuos, tendióse un velo densísimo entre el inocente príncipe y sus acosados súbditos; la propension pundonorosa de Gordiano quedó frustrada, y los timbres del imperio feriados sin su noticia, aunque públicamente, á la rematada bastardía. Ignoramos por qué venturoso acaso pudo el emperador libertarse de tan afrentosa servidumbre, y depositar su confianza en un ministro cuyos atinados consejos se vinculaban en la gloria del soberano y la dicha del pueblo. Aparece que el afan por el estudio proporcionó á Misiteo la privanza de Gordiano (A. 240). El jóven príncipe se desposó con la hija de su maestro de retórica, y encumbró al suegro á los primeros empleos del imperio. Nos quedan todavía dos cartas asombrosas, en que el ministro, con el señorío de la virtud, se congratula con Gordiano por su redencion de la tiranía de los eunucos (47), y mucho mas por conceptuar él mismo el valor de tanto logro; y el emperador reconoce con agraciado sonrojo los yerros de su desgobierno, y llora con sumo tino el desconsuelo de un monarca á quien una cuadrilla venal de palaciegos se afana por encubrir la verdad (48).

Habíase dedicado Misiteo á las letras, y nunca á las armas, mas tan flexible era el injenio de aquel sabio, que al nombrarle prefecto del pretorio, desempeñó la parte militar de su cargo con acertada ente-

reza. Habian los Persas invadido la Mesopotámia y estaban amenazando á Antioquía, y á persuasion del suegro, dejó el jóven emperador el regalo de Roma, abrió, por la vez postrera mencionada en la historia, el templo de Jano, y se encaminó al Oriente. Retiraron los Persas, á su llegada con la poderosa hueste, cuantas guarniciones habian ido dejando en los puntos conquistados, y traspusieron el Eufrates en demanda del Tigris. Logró Gordiano la complacencia de participar al senado la primera ventaja de sus armas, atribuyéndola con decorosa modestia y gratitud á la sabiduría de su padre y prefecto. Zelaba Misiteo en la espedicion el resguardo y la disciplina del ejército, precaviendo sus aciagos murmullos con el abasto cumplido del campamento, y acopiando colmadamente vinagre, jamones, paja, cebada y trigo en todos los pueblos rayanos (49). Mas la prosperidad de Gordiano finó con Misiteo, quien murió de un flujo, y no sin vehementes sospechas de veneno. Filipo, sucesor suyo en la prefectura, era de nacimiento árabe, y por tanto salteador de profesion en sus primeros años, y su ensalzamiento de aquella estrechez, hasta los primeros cargos del imperio, parece que comprueba su travesura y tino en los lances de su carrera; pero su denuedo le dió alas para aspirar hasta el trono, y su capacidad se dedicó á derribar, y no á servir á su bondadoso dueño. Encolerizóse la soldadesca con una escasez artificiosa fraguada por su maldad en el campamento, y se achacó la necesidad de la tropa á la mocedad é insuficiencia del príncipe. No cabe rastrear ahora los pasos estudiados de la conspiracion oculta y de la asonada manifiesta que por fin dieron al través con Gordiano. Alzóse un monumento sepulcral á su memoria, en el sitio (50) donde fué muerto, hácia la confluencia del Eufrates con el riachuelo Aboras (51). Venturoso Filipo, encumbrado con los votos de los soldados al imperio, halló pronta obediencia en el senado y en las provincias (52).

No podemos menos de trasladar la descripcion injeniosa, aunque un tanto soñada, de un célebre escritor de estos tiempos sobre el gobierno militar del imperio romano. « Lo que se apellidaba tal por aquel tiempo era tan solo una república desmandada, parecida á la aristocracia (53) de Argel (54), donde la milicia, árbitra de la soberanía, nombra ó depone un majistrado que llaman dey. Quizás á la verdad se puede dar por sentado que un gobierno militar es á ciertas luces mas republicano que monárquico. Ni cabe el decir que los soldados participaban solos del gobierno por su desobediencia y rebeldía, pues los razonamientos que les dedicaban los emperadores, ¿no eran en suma del mismo temple que los pronunciados primitivamente al pueblo por los cónsules y tribunos? aunque los ejércitos no tuviesen su foro y su planta de congreso; aunque sus contiendas fuesen breves, su ejecucion repentina, y sus acuerdos por maravilla partos de reflexion sosegada, al cabo, ¿no venian á disponer

del conjunto público? ¿y qué era por fin el emperador, sino ministro de un gobierno violento, y elejido para el provecho peculiar de la soldadesca?

«Al nombrar el ejército á Filipo, prefecto del pretorio del tercer Gordiano, pidió este que le dejasen emperador único, y no lo pudo alcanzar: instó para que la potestad se promediase entre ellos; la tropa no quiso darle oidos. Aveníase á menguar hasta la clase de César; no hubo lugar tampoco. Solicitó que á lo menos se le nombrase prefecto pretoriano; se le negó igualmente su demanda. Abogó en fin por su vida..... El ejército, en todos estos fallos, se constituyó majistrado supremo.» Segun el historiador, cuya relacion dudosa se apropió el presidente Montesquieu, Filipo, que en todo el trance estuvo adustamente silencioso, propendia á conservar la vida á su bienhechor; mas recapacitando que el orbe romano podria condolerse de tanta inocencia, desentendiéndose de sus angustiosos alaridos, dispuso que le maniatasen, desnudasen, condujesen ejecutivamente á la muerte, y tras una breve suspension, se ejecutó bárbaramente la sentencia (55).

Ansioso Filipo, á su regreso del Oriente á Roma, de borrar la memoria de sus atentados y cautivar los ánimos del pueblo, solemnizó los juegos seculares con sumo boato y magnificencia. Habíanse celebrado, desde su establecimiento ú renovacion por Augusto (56), por Claudio, Domiciano y Severo, y se repetian ahora por quinta vez, al redondearse el período de mil años desde la fundacion de Roma. Todas las circunstancias de aquellos juegos (A. 248, abril 21) cuadraban cumplidamente con el afan de infundir en los pechos vehementes impulsos de superstición. Sus intermedios dilatados propasaban (57) el plazo de la vida humana, y como ninguno de los presentes los habia visto, á nadie tampoco cabia el lisonjearse de haberlos de presenciar nuevamente. Oficiábanse los sacrificios místicos por espacio de tres noches sobre las márjenes del Tiber, y el campo de Marte, iluminado con innumerables lámparas y antorchas, retumbaba con el estruendo de las músicas y danzas, con esclusion de todo esclavo y estranjero. Un coro de veinte y siete mancebos y otras tantas niñas, de familias esclarecidas, y cuyos padres vivian, rogaban á los dioses que se propiciasen con la jeneracion presente y esperanzasen la venidera, amonestándolos con himnos relijiosos para que, segun la fe de sus oráculos antiguos, se dignasen conservar la virtud, la prosperidad y el imperio del pueblo romano (58). La magnificencia de los espectáculos y recreos de Filipo embelesó á la muchedumbre, pues los devotos se afanaban por el desempeño de sus ritos supersticiosos, mientras pocos mas reflexivos estaban recapacitando ansiosamente la historia anterior y la suerte venidera del imperio.

Mediaban ya diez siglos desde que Rómulo, con una gavilla de gañanes

y bandoleros, se fortificó en los cerros inmediatos al Tíber (59); y en los cuatro primeros, los Romanos, amaestrados con la pobreza, se granjearon las virtudes de la guerra y del gobierno. A impulsos de estas prendas, favorecidos de la suerte, alcanzaron, en el discurso de los tres siglos siguientes, imperio absoluto sobre un sinnúmero de paises en Europa, Asia y Africa; mas ya se habian consumido tres centurias nuevas en prosperidad aparente y menoscabo interior. Aquella nacion de guerreros, majistrados y lejisladores vino á empozarse en sus treinta y cinco tribus del pueblo romano, en la mole jeneral del linaje humano, y á barajarse con tantos millones de súbditos serviles, que se aunaron en el nombre, mas no en el brio de los Romanos. Una hueste mercenaria y alistada de los sojuzgados ó los bárbaros fronterizos era la única clase de individuos que gozaban y abusaban de su independencia. Entronizaban alborotadamente á un Siríaco, un Godo ó un Arabe al trono de Roma, revistiéndole de poderío despótico sobre las conquistas y la patria de los Escipiones.

Estendíanse todavía los confines del imperio romano desde el Océano occidental hasta el Tígris, y desde el monte Atlas al Rin y el Danubio. Para el negado vulgo ostentábase Filipo allá un monarca no menos poderoso que Adriano ú Augusto. Así aparecia al esterior, mas su sanidad y su fuerza habian fallecido. Desalentada y exhausta la industria del pueblo con la dilatada opresion, aquellas lejiones, en cuya disciplina, perdidas las demás prendas, estribaba todavía la grandiosidad del estado, yacian estragadas con la ambicion ó desfallecidas con la flaqueza de los emperadores; y por fin el resguardo de las fronteras, que se cifró siempre en las armas, y no en las fortificaciones, se iba menoscabando, y así las provincias mas aventajadas estaban espuestas á la rapacidad ó á la ambicion de los bárbaros, que en breve echaron de ver el desfallecimiento del imperio romano.

NOTAS

correspondientes al capítulo séptimo.

(1) No habia ejemplar de tres jeneraciones sucesivas en el solio, y solo tres de hijos sucesores de sus padres, pues los enlaces de los Césares, á pesar de la franquicia y frecuencia de los divorcios, solian ser estériles.

(2) Hist. August., p. 138.

(3) Hist. August., p. 140. Herodian., l. VI, p. 223. Aurelio Victor. Cotejando estos autores, aparece que Maximino mandaba en particular la caballería tribaliana, con el encargo especial de ir disciplinando los reclutas del ejército. Debió su biógrafo ir especificando con esmero sus hazañas y los pasos de sus ascensos militares.

(4) Véase la carta orijinal de Alejandro Severo, Hist. August., p. 149.

(5) Hist. August., p. 135. He ido arreglando algunas particularidades harto inverosímiles de aquel biógrafo desaliñado, pues, segun su mal hilada narrativa, se infiere que, habiendo el juglar entrado impensadamente en la tienda y sobresaltado al monarca adormecido, la aprension del castigo le hizo mover á la soldadesca desafecta para que cometiese aquel homicidio.

(6) Herodiano, l. VI, p. 223-227.

(7) Calígula, el primojénito, tenia solos veinte y cinco años al sentarse en el solio; Caracala veinte y tres, Cómodo diez y nueve, y Neron diez y siete.

(8) Parece que ignoraba absolutamente el griego, parte esencialísima de toda educacion culta, por su universalidad en el trato y en las correspondencias.

(9) Hist. August., p. 141. Herodiano, l. VII, p. 237. Este último ha incurrido en la censura vehemente, pero injusta, de haber sobredorado las tachas de Maximino.

(10) La mujer de Maximino, insinuándole con suavidad femenil sentimientos ajuiciados, solia encaminarle por el sendero de la razon y de la humanidad. Véase Amiano Marcelino, l. XIV, c. 1, donde va aludiendo al hecho que refiere por estenso en el reinado de los Gordianos. Se rastrea por las medallas que la emperatriz benévola se llamaba Paulina, y por su dictado de *Diva*, que falleció antes que Maximino (Valesio ad loc. cit. Ammian.). Spanheim, de U et P. N., t. II, p. 300, (*).

(11) Lo parangonaban con Espartaco y Atenio. Hist. August., p. 141.

(12) Herodian., l. VII, p. 238. Zósim., l. I, p. 15.

(13) En el territorio feraz de Biracio, cincuenta leguas al sur de Cartago. Condecoráronla probablemente los Gordianos con el dictado de colonia, y vese un grandioso anfiteatro que se conserva todavía cabal. Véase Itinerar. Wesseling, p. 59; y Viajes de Shaw, p. 117.

(14) Herodiano, l. VII, p. 239. Hist. August., p. 153.

(15) Hist. August., p. 152. Usurpó Marco Antonio la decantada casa de Pompeyo *in carinis*, y muerto el triunviro, formó parte del dominio

(*) Si creemos á Sincelo y Zonaras, él mismo fué quien dispuso su muerte.—G.

imperial. Franqueaba y aun encarecia el emperador Trajano á los senadores la compra de aquel caserío suntuoso é inservible (Plinio, Panegyric., c. 50), y se hace probable que por entónces lo adquirió el abuelo de Gordiano.

(16) Claudiano, Númida, Caristio y Sinadio. No se ha descrito con despejo y deslindado con esmero el jaspeado de los mármoles romanos; parece sin embargo que el Caristio era verdemar, y el Sinadio blanco y moteado ovaladamente de púrpura. Véase Salmas., ad Hist. August., p. 164.

(17) Hist. August., p. 151 y 152. Dió á veces hasta quinientas parejas de gladiadores, y nunca menos de ciento y cincuenta; y una vez regaló al Circo cien caballos sicilianos y otros tantos capadocios. Las alimañas para las corridas solian ser osos, jabalíes, toros, ciervos, alces, asnos silvestres, etc. Parece que los elefantes y leones quedaban vinculados en la esplendidez imperial.

(18) Véase la carta orijinal en la Historia Augustana, p. 152, que está rebosando ya de miramiento con el senado todo, y de aprecio de Alejandro para con el procónsul propuesto por el mismo cuerpo.

(*a*) Herodiano dice espresamente que rijió varias provincias, lib. VII, 10.—W.

(19) Gordiano el menor dejó de cada una de sus mancebas tres ó cuatro niños. Sus partos literarios, aunque no tantos, por ningun término fueron despreciables.

(*b*) No habia tal semejanza, pero sí era descendiente de la familia de los Escipiones.—W.

(20) Herodiano, l. VII, p. 243. Hist. August., p. 144.

(21) Quod tamen patres dum periculosum existimant; inermes armato resistere approbaverunt. *Aurelius Victor*.

(22) Hasta los sirvientes de la casa, amanuenses, etc., quedaron escluidos, desempeñando los mismos senadores aquellos cargos. Somos deudores á la Historia Augustana de habernos conservado este ejemplar tan curioso de la antigua disciplina de la república.

(23) Conceptúo este razonamiento brioso, traducido de la Historia Augustana, como sacado orijinalmente de los rejistros del senado.

(24) Herodiano, l. VII, p. 244.

(25) Herodiano, l. VII, p. 247; l. VIII, p. 277. Hist. August., p. 156-158.

(26) Herodiano, l. VII, p. 254. Hist. August., p. 150-160. Obsérvese que un mes y seis dias para el reinado de Gordiano es enmienda de Casaubon y de Panvinio, muy atinada, en vez de la leccion de un año y medio, que es un absurdo. Véase el Coment., p. 193. Refiere Zósimo, l. I, p. 17, que entrambos Gordianos fenecieron en un temporal durante

su navegacion: ignorancia harto estraña en la historia, ó abuso todavía mas disparatado de metáforas.

(27) Véase la Historia Augustana, p. 166, por los rejistros del senado; equivocada está reconocidamente la fecha; pero la coincidencia de los juegos Apolinarios la está de suyo encomendando.

(28) Descendia de Cornelio Balbo, Español esclarecido, é hijo adoptivo de Teófanes, el historiador griego. Logró Balbo la ciudadanía de Roma por su privanza con Pompeyo, y se la resguardó la elocuencia de Ciceron (Véase Orat. pro Cornel. Balbo). La amistad de César (á quien hizo finezas reservadas y de entidad en la guerra civil) lo encumbró al consulado y al pontificado, blasones hasta entónces ajenos de todo estranjero. Su sobrino triunfó de los Garamantos. Véase el Diccionario de Bayle en la voz *Balbo*, donde va deslindando los varios individuos de aquel nombre, y rectifica los yerros de otros escritores sobre el particular, con su acostumbrado esmero.

(29) Zonaras, l. XII, p. 622. Mas poca confianza cabe en la autoridad de un Griego moderno, tan cerradamente atrasado en la historia del tercer siglo, que anda soñando emperadores ideales, y trabuca los verdaderos.

(30) Herodiano, l. VII, p. 256, está suponiendo que al pronto se convocó el senado en el Capitolio, y prorumpe en rasgos elocuentes; pero la Historia Augustana, p. 116, aparece mas auténtica.

(c) Segun algunos, el hijo.—G.

(31) En Herodiano, l. VII, p. 249, y en la Historia Augustana, tenemos tres arengas diversas de Maximino á su ejército sobre la rebeldía de Africa y de Roma, y M. de Tillemont repara que ni están acordes entre sí ni con la verdad. Historia de los Emperadores, t. III, p. 799.

(32) El desaliño de los escritores contemporáneos deja en suma confusion. I. Consta que Maximino y Balbino fenecieron durante los juegos capitolinos. Herodiano, l. VIII, p. 285. La autoridad de Censorino (de Die Natali, c. 18) nos deslinda positivamente aquellos juegos para el año 238; pero sin espresar dia ni mes. II. La eleccion de Gordiano por el senado se fija, con igual certidumbre, al 27 de mayo; mas quedamos á oscuras en cuanto á ser en el propio año ú en el anterior. Tillemont y Muratori, atenidos á las opiniones encontradas, pelean á lo guerrillero salteadamente con autoridades, conjeturas y probabilidades. Parece que el uno estrecha, y el otro esplaya los sucesos entre ambos plazos mas de lo que cuadra con el discurso y con la historia; pero en suma, se hace forzoso arrimarse al uno ú al otro (*).

(*) Acaba Eckhel de ventilar estos puntos cronolójicos despejada y certera-

(33) Montesquieu (en su diálogo de Sila y Eucrates) retrata al vivo y aun con sublimidad los sentimientos del dictador. Véase Veleyo Patérculo, l. II, c. 24.

(34) Muratori (Annali d'Italia, t. II, p. 294) opina que el derretimiento de las nieves cuadra mejor con los meses de junio y julio que con los de febrero y marzo; y el concepto de quien vivió entre los Alpes y el Apenino es de suma entidad; pero advierto: I. Que el dilatado invierno á que se atiene Muratori está solo en la version, mas no en el texto de Herodiano. II. Que las alternativas de soles y lluvias que estuvieron esperimentando las tropas de Maximino (Herodiano, l. VIII, p. 277) están denotando mas bien el invierno que el estío, añadiendo que estas diversas arroyadas se agolpaban en el Timavo, tan poéticamente descrito (bajo todos conceptos) por Virjilio. Caen como á cuatro leguas al oriente de Aquileya. Véase Cluver, Italia Antiqua, t. I, p. 189, etc.

(35) Herodiano, l. VIII, p. 272. Supónese que la deidad céltica seria Apolo, y el senado le tributó gracias bajo este nombre. Tambien se edificó un templo á Vénus la Calva, en obsequio del mujeriego de Aquileya que se habia cortado el cabello para las sogas de las máquinas militares.

(36) Herodiano, l. VIII, p. 279. Hist. August., p. 146. No se ha deslindado prolijamente la duracion del reinado de Maximino, sino por Eutropio, que le señala tres años y dias (l. IX, 1); debiendo contar con el texto cabal, corroborado con la version griega de Peanio.

(37) Ocho piés romanos y un tercio corresponden á mas de ocho piés ingleses, pues se hallan dichas medidas en la proporcion de 967 á 1000.

mente. Orillando todos los historiadores, de suyo inavenibles, se atiene únicamente á las medallas, y coordina así los sucesos.

Maximino, A. U. 990, conquistados los Jermanos se reengolfa en la Panonia, inverna en Sirmio y se apercibe para guerrear contra todo el norte. En el año 991 y calendas de enero, entra en su cuarto tribunado. Nómbranse los Gordianos emperadores en Africa, por lo visto, en marzo y á sus principios. Revalida el senado gozosísimo la eleccion y declara á Maximino enemigo de Roma. A los cinco dias de sabida la rebeldía, da la vuelta Maximino de Sirmio para Italia. Estas ocurrencias fueron como á primeros de abril; poco despues mueren los Gordianos en Africa á manos de Capeliano, procurador de la Mauritania. El senado despavorido nombra emperadores á Balbo y Máximo Pupiano, encargando al último la guerra contra Maximino. Atajan á este junto á Aquileya la carencia de abastos y el derretimiento de las nieves, y entabla el sitio de Aquileya á fines de abril. Junta Pupiano su hueste en Ravena; pero la soldadesca de Maximino lo asesina, desesperada con la resistencia de Aquileya, lo que sucedió probablemente á mediados de mayo. Regresa Pupiano á Roma y desempeña el gobierno con Balbino. Asesinan á entrambos por julio, y Gordiano el menor sube al solio. Eckhel de Doct. Num. Vet., VII, 295. — G.

Véase el discurso de Grave sobre el pié romano. Dícese que Maximino se bebia en un dia hasta una cántara ó siete ú ocho azumbres de vino, comiéndose de treinta á cuarenta libras de manjares. Ponia en movimiento un carro cargadísimo, quebraba con su puño una pierna de caballo, deshacia pedernales en la mano, y arrancaba arbolillos de raiz. Véase su vida en la Historia Augustana.

(38) Véase la carta de parabien del cónsul Claudio Juliano á entrambos emperadores, en la Historia Augustana.

(39) Hist. August., p. 171.

(40) Herodiano, l. VIII, p. 258.

(41) Herodiano, l. VIII, p. 213.

(42) Con harta imprudencia sonó esta particularidad entre los aplausos del senado, y en cuanto á la soldadesca, tenia visos de un desacato disparatado. Hist. August., p. 170.

(43) Discordiæ tacitæ, et quæ intelligerentur potius quam viderentur. *Hist. August.*, p. 170. Esta espresion tan adecuada será tal vez plajio de escritor mas aventajado.

(44) Herodiano, l. VIII, p. 287 y 288.

(45) Quia non alius erat in præsenti, es la espresion de la Historia Augustana.

(46) Quinto Curcio (l. X, c. 9) tributa su incensada garbosa al emperador de su tiempo, por haber, con su ascenso venturoso, apagado muchos tizones, envainando un sin fin de espadas, y atajado los quebrantos de un gobierno repartido. Haciéndome cargo muy de veras de todas las palabras de este paso, conceptúo que cuadra mejor con el ensalzamiento de Gordiano que con otro lugar alguno de la Historia romana. En tal caso, no puede menos de conducir para deslindar el siglo de Quinto Curcio, pues cuantos lo refieren al tiempo de los primeros Césares, se fundan en lo castizo de su habla; pero se quedan atascados con el silencio de Quintiliano, y su razon esmerada de los historiadores romanos (*).

(*) Carece de fundamento esta conjetura de Gibbon, pues varios pasos de Quinto Curcio lo colocan indudablemente en tiempos anteriores. Así es que hablando de los Partos, dice: Hinc in Parthicum perventum est; tunc ignobilem gentem: *nunc* caput omnium qui post Euphratem et Tigrim amnes siti Rubro mari terminantur. Tan solo en los principios de la era vulgar tuvo el imperio pártico tamaña estension, y así corresponde á la misma temporada el siglo de Quinto Curcio. Por mas conjeturas (dice M. de Sainte Croix) que hayan agolpado los críticos sobre el particular, el paradero de los mas ha sido el reinado de Claudio. Véase Just. Lips. ad Ann.; Tac., II, 20.; Miguel de Tellier, præf. in Curt.; Tillemont, Hist. de los Emper., I, p. 251; Du Bos, Reflexiones sobre

(47) Hist. August., p. 161. Por algunos asomos en ambas cartas conceptué que no se pudo menos de acudir á la fuerza para desencastillar á los eunucos del palacio, y que el mozo Gordiano se avino mas bien que accedió á su despido.

(48) Duxit uxorem filiam Misithei, quem causa eloquentiæ dignum parentela sua putavi; et præfectum statim fecit; post quod, non puerile jam et contemptibile videbatur imperium.

(49) Hist. August., p. 162. Aurelius Victor. Porphyrius in Vit. Plotin. ap. Fabricium. Biblioth. Græc., l. IV, c. 36. Acompañaba el filósofo Plotino el ejército, á impulsos de su afan científico, y esperanzado de engolfarse hasta la India.

(50) Como á siete leguas de la ciudadilla de Circesio, en el confin de entrambos imperios (*).

(51) El rótulo (donde habia un retruécano muy estraño) se borró por disposicion de Licinio, que traia allá sus entronques con Filipo (Hist. August., p. 165); pero el cerrillo ú malecon que formaba el túmulo permanecia aun en tiempo de Juliano. Véase Amiano Marcelino, XXIII, 5.

(52) Aurelio Victor. Eutrop., IX, 2. Orosio, l. VII, 20. Amiano Marcelino, XXIII, 5. Zósimo, l. I, p. 19. Filipo natural de Bostra, seria como de cuarenta años(**).

(53) ¿Cabe el adjetivo *Aristocracia* con alguna propiedad al gobierno de Arjel? Todo gobierno militar va y viene entre los estremos del absolutismo y de la democracia rematada.

la poesía, 2.ª parte.; Tiraboschi, Storia della Lett. Ital., II, 149; Exámen crítico de los Historiadores de Alejandro, 2ª edic. p. 104, 849 y 850.—G.

Tan enmarañada se aparece esta cuestion ahora como siempre. Alguna fuerza trae el primer argumento de M. Guizot, escepto en que los escritores últimos suelen apellidar Pártico el imperio persa. Cunzio, en su prólogo á la edicion publicada en Helmstadt (1802), se atiene al dictámen de Bagnolo, que trae á Quinto Curcio en tiempo de Constantino el Grande. Schneider, en su edic. Gotting. 1803, redondea el asunto en estos términos: ætatem Curtii ignorari palam est.—M.

(*) En el dia Kerkesia, encajonada en la confluencia del Chaboras, ó Khabur, con el Eufrates. Conceptuó Diocleciano tan ventajosa aquella situacion, que la fortificó á manera de antemural del imperio por parte de la Mesopotamia. D' Anville, Jeogr. Ant., II, 196.—G. Es el Carchemish del Antiguo Testam., 2, Chron. XXXV, 20., Jer., XLVI, 2.—M.

(**) En el dia Bosra. Fué allá la metrópoli de una provincia titulada Arabia, y capital del Auranitis, cuyo nombre se conserva todavía con el de Beled Hauran, confinando con el desierto. D'Anville, Jeogr. Ant., II, 188. Segun Victor (in Cæsar), era Filipo natural de Traconitis, otra provincia de Arabia.—G.

(54) La república militar de los Mamelucos aprontara á Montesquieu (véanse Consideraciones sobre la grandeza y decadencia de los Romanos, c. 16) parangon mas adecuado y selecto.

(55) No concuerda la Historia Augustana (p. 163 y 164), en este paso, ni consigo misma ni con la probabilidad. ¿Cómo pudo Filipo condenar á su antecesor y endiosarle? pues Filipo, aunque usurpador ambicioso, no era un tirano frénetico. Apuntan además varios tropiezos cronolójicos las advertencias agudas de Tillemont y Muratori sobre la supuesta asociacion de Filipo al imperio (*).

(56) El pormenor de la supuesta celebracion postrera, aunque de temporada ya instruida en punto á historia, queda tan enmarañado y dudoso, que parece imprescindible la alternativa. Al inventar Bonifacio VIII los jubileos papales, remedo de los juegos seculares, aparentó el astuto pontífice que resucitaba únicamente allá una institucion antigua. Véase M. le Chais. Cartas sobre los jubileos.

(57) De ciento ó de ciento y diez años. Siguieron Varron y Tito Livio el primer dictámen, pero consagró la Sibila, con su infalible autoridad, el segundo (Censorinus, de Die Natal., c. 17). Desacataron no obstante los emperadores Claudio y Filipo al oráculo.

(58) Se conceptúan mejor los juegos seculares por el poema de Horacio y la descripcion de Zósimo, l. II, p. 167, etc.

(59) El cómputo ya corriente de Varron deslinda la fundacion de Roma al año 754 antes de la era cristiana; mas merece tan poco crédito la cronolojía relativa á los primeros años de Roma, que Newton ha rebajado aquellos años hasta el plazo de 627. (Cotéjese Niebuhr, vol. I, p. 271.—M.

(*) Se esmera Wenck en hermanar estas discordancias, suponiendo que arrebataron consigo á Gordiano y falleció en un encierro, lo que se contrapone á cuanto dicen Capitolino y Zósimo, á quienes acude en su abono. Mas certero anda con los ejemplares de usurpadores que endiosaron á las víctimas de su ambicion. Sit divus, dummodo non sit vivus.—M.

CAPITULO VIII.

Del estado de la Persia despues del restablecimiento de la monarquía por Artajérjes.

Al esplayarse Tácito en aquellas digresiones para retratar al vivo las costumbres de los Jermanos ó de los Partos, su intento capital es dilatar

el ánimo de los lectores angustiados con tanto cenagal de vicios y desventuras. Desde el reinado de Augusto hasta el de Alejandro Severo, los enemigos de Roma se abrigaban en su seno, á saber, los tiranos y la soldadesca, y abultaban poco para su prosperidad cuantas revoluciones pudieran sobrevenir allende el Rin y el Eufrates. Pero derribados por la anarquía el poderío del príncipe, las leyes del senado, y aun la disciplina de los campamentos, por la clase militar, los bárbaros del Norte y Oriente, asomados desde mucho antes á los confines, allá se arrojaron denodadamente sobre las provincias de la monarquía debilitada. Trocáronse sus tropelías temporales en recias embestidas, y tras larga alternativa de mutuos padecimientos, varias tribus de los victoriosos invasores vinieron á avecindarse en las provincias del imperio romano. Para despejar tan grandiosos acontecimientos vamos á rasguear de antemano la índole, los intentos y poderío de las naciones que lograron desagraviar á Aníbal y á Mitrídates.

Allá en el mundo primitivo, cuando la maleza que cuajaba la Europa estaba albergando á meros salvajes errantes, ya los moradores del Asia se habian avecindado en ciudades populosas, y hermanado en imperios grandiosos, fomentando las artes, el lujo y el despotismo. Reinaron los Asirios en Oriente (1), hasta que el cetro de Nino y de Semíramis se fué desprendiendo de las manos de sus afeminados sucesores. Dividieron Medos y Babilonios su poderío hasta desaparecer entrambos en la monarquía de los Persas, cuyas armas no podian atajarse en las estrecheces del Asia. Seguido, por lo que se dice, de dos millones de *hombres*, Jérjes, descendiente de Ciro, invadió la Grecia. Treinta mil *soldados*, al mando de Alejandro, hijo de Filipo, encargado por los Griegos de volver por la gloria y desagravio nacional, bastaron para sojuzgar la Persia. Usurparon y perdieron los príncipes macedonios su imperio sobre el Oriente, vinculado en la casa de Seleuco. Por los mismos tiempos en que por un tratado afrentoso cedian á los Romanos todo el pais aquende el Tauro, quedaban arrojados por los Partos *(a)*, ranchería antes arrinconada en la Escitia, de todas las provincias del Asia superior. Aquel poderío formidable de los Partos, que abarcó la India y el confin de la Siria, zozobró luego á manos de Ardchir ó Artajérjes, fundador de una nueva dinastía, que, bajo el nombre de Sasánides, imperó la Persia hasta la invasion de los Arabes. Esta gran revolucion, cuya trascendencia infausta descargó sobre los Romanos, sobrevino en el año cuarto de Alejandro Severo, y á los doscientos veinte y seis de la era cristiana (2) *(b)*.

Habíase afamado Artajérjes en las huestes de Artabano, último rey de los Partos, y paró en desterrado y rebelde, al parecer por las ingratitudes, galardon frecuente de todo mérito esclarecido. Desconocido era su nacimiento, y su incertidumbre dió campo á los baldones de sus émulos y á la lisonja de los allegados. Segun el borron que propagaban los primeros,

nació del trato ilícito de una curtidora con un ínfimo soldado (3), pero los segundos lo entroncaban con los antiguos reyes de Persia, suponiendo que el tiempo y los fracasos habian ido reduciendo sus antepasados á la llaneza de meros ciudadanos (4). Como heredero directo de la monarquía, proclamaba su derecho al trono y la gallarda empresa de libertar á los Persas de la opresion que los acosara por espacio de cinco siglos desde la muerte de Darío. Derrotados los Partos en tres refriegas campales *(c)*, muerto el rey Artabano en la postrera, y quebrantada la fuerza nacional (5), quedó la autoridad de Artajérjes solemnemente reconocida en la asamblea jeneral de Balch en el Korazan *(d)*. Dos ramas menores de la casa real de Arsáces quedaron postradas al par de los demás sátrapas. Otra tercera, mas bien hallada con su grandeza antigua que con la precision actual, intentó retirarse con su crecida comitiva de vasallos á los brazos de su pariente el rey de Armenia, pero atajado este ejército de desertores, feneció por la vijilancia del vencedor (6), quien osadamente se ciñó la diadema doble, apellidándose rey de reyes al par de sus antecesores. Mas este grandioso dictado, en vez de halagar la vanagloria del Persa, tan solo conducia para recomendarle sus obligaciones y enardecer su pecho con el afan de restablecer á su antiguo esplendor la relijion y el imperio de Ciro.

I. En la dilatada servidumbre de la Persia bajo el yugo macedonio ú parto, las naciones de Europa y Asia habian confundido y estragado mutuamente sus torpes supersticiones. Ejercitaban á la verdad los Arsácides el culto de los magos, pero lo deslucian y mancillaban con varios visos de idolatría estranjera *(e)*. La memoria de Zoroastro, el poeta y filósofo antiguo de los Persas (7), merecia siempre acatamiento en el Oriente; pero el idioma recóndito y misterioso del Zendavesta (8) daba campo á las contiendas de setenta sectas, que esplicaban diversamente las doctrinas fundamentales de su relijion, y todas al par eran el blanco de mil escarnios de los infieles, que desechaban el apostolado y los milagros del profeta. Para anonadar á los idólatras, hermanar á los cismáticos y desengañar á los incrédulos con las decisiones infalibles de un concilio jeneral, convocó el piadoso Artajérjes á los magos de todo su señorío. Acudieron á la grata intimacion los sacerdotes que yacieron tanto tiempo en arrinconado menosprecio, y vinieron á juntarse en el plazo señalado, hasta el número de ochenta mil. Mal podia descollar la razon en los coloquios y altercados entre tantos concurrentes. Para lograr algun acierto en sus acuerdos, aquel sínodo inmenso se fué reduciendo, con repetidas operaciones, á cuarenta mil, á cuatro mil, luego á ciento, y por fin á siete magos, los mas esclarecidos en saber y santidad. Uno de estos, Erdaviraf, prelado jóven, pero muy devoto, recibió de mano de sus compañeros tres copas de vino adormecedor, y habiéndolas tragado ansiosamente, le sobrevino

un sueño profundo. Refirió, al despertar, así al rey como á la muchedumbre crédula, su viaje al cielo y su coloquio íntimo con la deidad. Enmudecieron todos con testimonio tan sobrenatural, y quedaron los artículos de fe de Zoroastro despejados y terminantes (9). Un bosquejo de este decantado sistema no puede menos de parecer provechoso, no tan solo para delinear la índole de los Persas, sino para esclarecer tambien varios puntos, tanto de paz como de guerra, entre ellos y los Romanos (10).

El artículo grandioso y fundamental de aquel sistema es la doctrina ponderada de los dos principios; arrojado é indiscreto empeño de la filosofía oriental para concordar la existencia de los males físicos y morales con los atributos benéficos del Criador y Conservador del universo. El Sér primero y orijinal por quien la naturaleza existe se apellida, en los escritos de Zoroastro, el *Tiempo ilimitado (f)*; pero se ha de confesar que esta sustancia infinita es mas bien mera aprension metafísica que objeto positivo y dotado de su propio convencimiento, ó compuesto de perfecciones cabales. Con la operacion á ciegas ó á sabiendas del Tiempo infinito, que se da en gran manera la mano con el Cáos de los Griegos, salieron á luz, allá en la eternidad, los dos principios subalternos, pero eficacísimos, Orsmud y Ahriman, dotados ambos de la facultad criadora, pero aparejados entrambos, por su invariable propension, á desempeñarla con encontrados intentos *(g)*. El principio bondadoso está todo centellante de resplandor, y el malvado yace allá en la lobreguez. La benevolencia atinada de Orsmud labró al hombre capaz de virtud, y surtió á manos llenas su morada de elementos de bienaventuranza. Su desvelado ahinco voltea los planetas, arregla las estaciones, y templa y entona los móviles de la atmósfera y de la tierra. Mas la travesura de Ahriman barrenó hace largo tiempo el *huevo de Orsmud*, ó, en otras palabras, desconcertó la armonía de sus partes. Desde aquel desconcierto infausto, los átomos mas tenues del bien y del mal andan íntimamente barajados y revueltos; la ponzoña mas atroz brota en medio de las plantas mas embalsamadas; diluvios, terremotos é incendios están pregonando el vaiven de la naturaleza; el mundo abreviado del hombre adolece perpetua y violentamente de vicios y desventuras, y mientras todos los demás del mismo linaje tienen que seguir aherrojados á su enemigo infernal, el fiel Persa reserva solo su adoracion fervorosa para su íntimo protector Orsmud, y pelea bajo su estandarte luminoso con la confianza de que allá en los postreros dias ha de participar de tan esclarecido triunfo. En aquel sumo trance, la centellante sabiduría de bondad ha de sobreponer la potestad de Orsmud á la maldad rabiosa de su competidor. Ahriman y sus secuaces, desarmados y rendidos, se hundirán en su lobreguez nativa, y la virtud conservará paz y armonía sempiterna en el universo (11) *(h)*.

Los estranjeros y gran parte de sus discípulos venian á comprender enmarañadamente la teolojía de Zoroastro; pero aun los menos eficaces se enteraban con asombro de la sencillez del culto pérsico. « Se desentiende este pueblo » dice Herodoto (12), « de templos, aras y estátuas, y se sonrie al devaneo de aquellas naciones soñadoras de dioses brotados de la naturaleza humana, ó emparentados con ella. Encúmbranse á las cimas para celebrar sus sacrificios, cifrándose principalmente la adoracion en himnos y plegarias, encaminándose al Dios que abarca el ámbito de los cielos; » y sin embargo, á impulsos de su politeismo, los zahiere por su culto de la Tierra, el Agua, el Fuego, los Vientos, y el Sol y la Luna. Pero los Persas en todos tiempos han negado este cargo, esplicando la conducta equívoca que ha podido dar márjen á este yerro. Los elemenmentos. y con especialidad el Fuego, la Luz y el Sol, á quien llamaban allá Mitra *(i)*, eran sus objetos endiosados, conceptuándolos como los mas puros emblemas, las producciones mas peregrinas, y los ajentes mas aventajados de la potestad divina y de la naturaleza (13).

Todo sistema relijioso, para encarnar en el ánimo, ha de ejercitar nuestra obediencia, imponiendo asperezas arbitrarias, y cautivar nuestro aprecio, recalcando en los preceptos morales hermanados con los impulsos del corazon. Abundaba la relijion de Zoroastro de las primeras, y no carecia de los segundos. Revestíase el fiel Persa en la mocedad un ceñidor misterioso, prenda de la proteccion divina; y desde aquel punto, ya todas las jestiones de su vida, aun las mas insignificantes, debian santificarse con plegarias especiales, raptos y jenuflexiones, cuya omision redundaba en gravísimo pecado, equivalente al mayor delito. Las obligaciones morales, no obstante, como equidad, largueza, conmiseracion, etc., eran indispensables en el alumno de Zoroastro que aspirase á contrarestar las asechanzas de Ahriman para vivir con Orsmud en perpetua bienaventuranza, donde los grados de felicidad se proporcionaban puntualmente á los de virtud y relijiosidad (14).

Pero luego se ofrecen casos especiales, donde el profeta orilla sus oráculos, se trueca en lejislador, y desentraña tal afectuosidad por la dicha pública y privada, que por maravilla asoma en los desvaríos soñados y rastreros de la supersticion. Ayuno y celibato, medios vulgares para alcanzar el favor divino, quedan vedados, como muestras criminales de menosprecio con los dones preciosos de la Providencia. Debe el santo, en la relijion maga, enjendrar hijos, plantar frutales, destruir sabandijas, regar los secanos de Persia, y alcanzar su salvacion ejercitando todas las faenas de la labranza *(j)*. Citemos del Zendavesta una máxima atinada y benéfica que contrapesa sus muchos desatinos. «El que siembra su barbecho con esmero y acierto se granjea mayor porcion de mérito de la que le corresponderia por la repeticion de diez mil plegarias (15).» Celébra-

se todas las primaveras una festividad para representar la igualdad primitiva y el enlace actual del jénero humano. Los encumbrados reyes de Persia, trocando su boato insustancial por grandeza mas positiva, se interpolaban marcialmente con los mas humildes, pero mas provechosos súbditos, y en aquel dia sentábase el labriego á la mesa con el monarca ó el sátrapa. Admitia el rey sus demandas, se informaba de sus padecimientos, y terciábase con él en llanísimo coloquio « De vuestros afanes, solia decir (y ciertamente con verdad, si no con sencillez), de vuestros afanes pende nuestra subsistencia, y vosotros lograis el sosiego por nuestros desvelos; y así, puesto que mutuamente nos necesitamos, vivamos pues como hermanos en concordia y cariño (16). » Debió á la verdad ir dejenerando esta festividad, en un imperio opulento y despótico, en boato teatral, mas era siempre una farsa digna del auditorio rejio, y que tal cual vez lograria estampar una leccion provechosa en el pecho de algun príncipe jóven.

Si Zoroastro en todo su conjunto se alzara á tan grandiosos rasgos, debiera alternar con Numa ó Confucio, y su sistema mereciera la decantada aceptacion que logra de algunos teólogos y aun filósofos nuestros. Pero en este parto revuelto de la razon y del acaloramiento, del entusiasmo y de motivos individuales, ciertas verdades encumbradas y provechosas están ajadas por el cieno de una supersticion rastrera y perniciosa. Eran los magos, ó sean los sacerdotes, un sinnúmero, puesto que, como se ha dicho, acudieron al concilio jeneral hasta ochenta mil, y su fuerza, robustecida con la disciplina, revertió su clase coordinada por todas las provincias de Persia, pues acataban al Arquimago, que residia en Balch, como cabeza visible de la iglesia y sucesor lejítimo de Zoroastro (17). Riquísimos eran los magos, pues, además de la posesion envidiable de lo mas pingüe de Media (18), cobraban un impuesto jeneral sobre los haberes é industria de los Persas (19). « Por mas, decia el profeta interesado, que vuestras buenas obras sobrepujasen allá en número á las hojas de los árboles, á las gotas de un aguacero, á las estrellas del cielo, ó á las arenas de las playas, inservibles os quedarán sin la aceptacion del *destur* ó sacerdote; y para lograrla y encaminaros á la salvacion, teneis que pagar el diezmo de cuanto poseais en alhajas, tierras ó dinero. Satisfecho el destur, se librará vuestra alma de los tormentos infernales, y afianzaréis vuestras alabanzas en la tierra y la bienaventuranza en el empíreo; pues los destures son los maestros de la relijion, lo saben todo y salvan á todos (20) (*k*). »

Estas máximas ventajosas de acatamiento y fe á ciegas, estampábanlas sin duda esmeradamente en la tierna niñez, puesto que los magos eran los ayos de toda la Persia, y en sus manos paraban los muchachos, hasta de la familia real (21). Los sacerdotes persas, jenialmente investigadores,

se engolfaban en lo mas recóndito de la filosofía oriental, y se granjearon, con sus luces aventajadas ó su estremado artificio, el concepto de versadísimos en ciencias ocultas, cuyo dictado se deriva de los magos (22). Los mas activos terciaban por el mundo en palacios y ciudades, y se espresa que el réjimen de Artajérjes estaba en gran parte al cargo del órden sacerdotal, cuya dignidad, por devocion ó política, restableció aquel príncipe á su esplendor primitivo (23).

El consejo supremo de los magos correspondia con el temple insocial de su creencia (24), con la práctica de los reyes antiguos (25), y con el ejemplo de su lejislador, que feneció víctima de una guerra de relijion, suscitada por su propia intolerancia (26). Vedóse rigurosamente por un edicto de Artajérjes el culto de toda relijion, escepto la de Zoroastro, y allá derrumbaron afrentosamente los templos de los Partos y las estátuas de sus endiosados monarcas (27). La espada de Aristóteles (así apellidaban los Orientales el politeismo y la filosofía de los Griegos) se quebró sin contraste (28); alcanzaron luego las teas de la persecucion á los tercos Judíos y Cristianos (29), y ni aun perdonaron á los herejes de su propia nacion y creencia. La majestad de un Orsmud, zeloso de competidores, descollaba al arrimo del déspota Artajérjes, perseguidor de sus rebeldes, y todos los cismáticos de su dilatado imperio quedaron reducidos al escaso número de ochenta mil (30) (*l*). Afea este sistema atropellador la relijion de Zoroastro, mas como no acarreaba conmociones civiles, robustecia al contrario la nueva monarquía, aunando á los varios moradores de Persia con los vínculos relijiosos (*m*).

II. Arrebató Artajérjes con su denuedo y conducta el astro del Oriente á la antigua familia real de Partia, mas le faltaba la empresa todavía mas ardua de plantear un réjimen pujante y uniforme por todo el ámbito dilatado de la Persia. La blandura jenial de los Arsácides habia ido traspasando las principales provincias á hijos y hermanos, invistiéndolos con los cargos supremos del reino á título de feudos hereditarios. Los *vitaxas*, ó diez y ocho sátrapas de los principales, obtuvieron su dictado rejio, y la necia altanería del monarca se complacia en su señorío nominal sobre tantos reyes vasallos. Aun tribus bárbaras en sus serranías, y ciudades griegas del Asia superior (31) apenas en su recinto reconocian y por maravilla obedecian á ningun superior, y el imperio de los Partos estaba manifestando, bajo nombres diversos, un retrato vivo del sistema feudal (32) que luego predominó en Europa. Pero el activo vencedor, acaudillando su hueste crecida y amaestrada, fué personalmente visitando todas las provincias de Persia. Con la derrota de todo rebelde y la rendicion de las fortalezas mas poderosas (33), aterró y despejó el pais para la admision pacífica de su autoridad. Castigáronse los caudillos que persistieron en su rebeldía, mas recibiéronse con mansedumbre sus secuaces (34). La

sumision placentera lograba galardon y medros, mas el atinado Artajérjes, sin consentir que nadie se titulase rey, destruyó allá toda potestad intermedia desde él hasta el pueblo. Su reino, casi idéntico en estension con el de ahora, estaba ceñido en derredor por el mar ó por caudalosos rios, por el Eufrates, el Tígris, el Aráxes, el Oxo, y el Indo, por el mar Caspio y el golfo Pérsico (35). Regulábanse en el siglo anterior quinientas cincuenta y cuatro ciudades, sesenta mil aldeas, y como cuarenta millones de almas (36). Si comparamos el réjimen de la casa de Sasan con el de la de Sefi, el influjo político de la relijion maga con el de la mahometana, podemos fundadamente inferir que el reino de Artajérjes comprendia igual número de ciudades, pueblos y habitantes por lo menos; pero hay que confesar que en todos tiempos la carencia de puertos en las playas, y la escasez de manantiales por el interior, han desayudado en gran manera el comercio y la labranza de los Persas, quienes, en el cómputo de su vecindario, se han pagado del artificio mas torpe y mas jeneral de las vanaglorias nacionales.

Allanada toda resistencia en su patria, empezó el ambicioso Artajérjes á ir amenazando á los estados confinantes, que durante el dilatado adormecimiento de sus antecesores habian insultado á la Persia á su salvo. Logró victorias baratas sobre los bravíos Escitas y los afeminados Indios; mas eran los Romanos enemigos tales que por sus ofensas anteriores y poderío actual merecian el sumo ahinco de sus armas. Sucedieron á Trajano cuarenta años de sosiego, fruto de sus victorias y llano comedimiento. En el intermedio, desde el advenimiento de Marco hasta el reinado de Alejandro, se hostilizaron los imperios Romano y Parto por dos veces, y aunque los Arsácides echaron el resto para lidiar con una porcion sola del poderío de Roma, inclinóse por lo mas el éxito á favor de la última. Es verdad que Macrino, á impulsos de su situacion vidriosa y pecho apocado, compró una paz por cerca de diez millones de duros (37); pero los jenerales de Marco, el emperador Severo y su hijo enarbolaron varios trofeos en Armenia, Mesopotamia y Asiria. Entre sus hazañas, cuya relacion incompleta hubiera intempestivamente interrumpido la serie mas trascendental de las revoluciones internas, solo mencionarémos los quebrantos repetidos de las dos ciudades grandiosas de Seleucia y Ctesifonte.

Era Seleucia, á la orilla occidental del Tígris y como á quince leguas de la antigua Babilonia, la capital de las conquistas macedónicas en el Asia superior (38). Tras largos siglos despues del derribo del imperio, conservaba Seleucia visos patentes de colonia griega en artes, valentía y afan por la independencia. Gobernábase, como república libre, por un senado y trescientos nobles; ascendia el vecindario á seiscientos mil ciudadanos, y mientras prevaleció la armonía entre las varias clases del estado, miraron con menosprecio el poderío de los Partos; mas el devaneo

de la discordia los movió á acudir al auxilio arriesgado del enemigo comun que acechaba las puertas de la colonia (39). Los monarcas partos, al par de los soberanos mogoles del Indostan, se embelesaban con la vida pastoril de sus antepasados Escitas, y solia el campamento imperial establecerse en las llanuras de Ctesifonte, á la márjen oriental del Tígris, y á la cortísima distancia de una legua de Seleucia (40). La comitiva innumerable del lujo y del despotismo acudia á la corte, y la aldea de Ctesifonte fué en breve creciendo hasta ser ciudad populosa (41). Internáronse hasta Seleucia y Ctesifonte los jenerales romanos de Marco, y recibidos amistosamente por la colonia griega, embestian, á fuer de enemigos, los reales de los Partos, tratando siempre en iguales términos á entrambos pueblos. El saqueo y el incendio de Seleucia tiznó el esplendor del triunfo romano (A. 165). Debilitada ya Seleucia (42) con la vecindad de un competidor preponderante, naufragó en el fracaso; pero Ctesifonte en unos treinta años se habia rehecho hasta al punto de sostener un sitio reñidísimo contra el emperador Severo. Tomóse sin embargo la ciudad por asalto, y el rey, que personalmente la estaba defendiendo, huyó precipitadamente. Cien mil cautivos y riquísimas preseas fueron el fruto y galardon de tantísimo afan para el soldado romano (43). A pesar de tales fracasos, fué Ctesifonte la sucesora de Babilonia y Seleucia como una de las capitales sobresalientes del Oriente. En estío, el monarca de Persia se regalaba con el ambiente fresco de las serranías de Media, pero la templanza del clima le brindaba á invernar en Ctesifonte.

Nada medraban los Romanos con estas correrias ventajosas, ni tampoco intentaban conservar conquistas tan desviadas del imperio y con el intermedio de un largo desierto. La reduccion del reino de Osroene era menos esplendorosa, pero de mas sólidas consecuencias. Este corto estado se hallaba á la parte septentrional y fertilísima de Mesopotamia, entre el Tígris y el Eufrates. Allende este rio descollaba la capital Edesa, cuyos moradores, desde el tiempo de Alejandro, eran un conjunto de de castas griegas, árabes, siriacas y arménias (44). Los pequeños soberanos de Osroene, colocados en la raya de los dos imperios encontrados, eran de suyo adictos á la Persia; mas la superioridad de Roma les imponia desabrido vasallaje, como lo están todavía atestiguando sus medallas, y á la conclusion de la guerra de Partia en tiempo de Marco, se conceptuó acertado afianzar con prendas de entidad su fidelidad vacilante. Construyéronse fuertes en varios puntos, y se colocó guarnicion romana en Nisibis, poblacion de suyo resguardada. Al abrigo de las turbulencias sobrevenidas tras la muerte de Cómodo, intentaron los príncipes de Osroene sacudir el yugo, mas la política adusta de Severo afianzó la conquista (45), y la alevosía de Caracala logró completarla. Enviado Abgaro, postrer rey de Edesa (A. 216) aherrojado á Roma, redújose su se-

ñorío á provincia, y su capital se realzó con la jerarquía de colonia; y así los Romanos, como diez años antes del derribo de la monarquía pártica, plantearon un establecimiento poderoso y permanente allende el Eufrates (46).

La cordura y la nombradía aconsejaban la guerra al bizarro Artajérjes, quien (A. 230) se conceptuó capaz de sostener sus encumbradas pretensiones al par con las armas de la razon y del poderío. Alegaba que Ciro sojuzgó, y poseyeron por largo tiempo sus sucesores todo el ámbito del Asia hasta la Propóntida y el mar Ejeo; que las provincias de Caria y Jonia, parte de su imperio, habian sido gobernadas por sátrapas persas, y todo el Ejipto, hasta el confin de Etiopía, habia reconocido su soberanía (47); que estaban, sí suspendidos, mas no anulados sus derechos, por una usurpacion dilatada; y que no bien se ciñó la diadema pérsica, que su nacimiento y su denuedo triunfador pusieron en sus sienes, su primer desvelo le estaba clamando para que por timbre de su solio restableciese los antiguos límites y el esplendor de la monarquía. Por tanto el Gran Rey (tal era el dictado sublime de sus embajadas al emperador Alejandro) mandaba á los Romanos que inmediatamente evacuasen todas las provincias de sus antepasados, y cediendo á los Persas el imperio del Asia, se diesen por satisfechos con el goce pacífico de la Europa. Cuatrocientos Persas gallardos y galanos fueron los portadores del altanero mandato, tremolando su ostentoso aparato sobre rozagantes alazanes, con armas esplendorosas que pregonaban el engreimiento y la grandiosidad de su dueño (48). Tal embajada venia á ser, no un bríndis de negociacion, sino una declaracion de guerra, y así, tanto Alejandro Severo como Artajérjes, agolpando las huestes de Roma y Persia, acordaron acaudillar personalmente sus fuerzas para trance tan importante.

Si damos crédito al documento al parecer mas auténtico de cuantos caben, á una oracion existente todavía, y pronunciada por el mismo emperador ante el senado, concederémos que la victoria de Alejandro Severo no desmereció de las mas esclarecidas que alcanzó el hijo de Filipo contra los Persas (A. 233). Componíase el ejército del Gran Rey de ciento y veinte mil caballos, encajonados en armaduras completas de acero, de setecientos elefantes con torres llenas de ballesteros sobre sus lomos, y de mil y ochocientos carros armados de guadañas. La hueste descomunal, nunca vista en las historias orientales, ni apenas soñada en sus pomposas novelas (49), quedó arrollada en la batalla campal, donde el Romano Alejandro desempeñó al par los estremos de un soldado valeroso y de un caudillo consumado. Huyó el Gran Rey ante su denuedo; y despojos inmensos y la Mesopotamia entera fueron los frutos inmediatos de victoria tan señalada. Tal es el pormenor de aquella relacion ostentosa é inverosimil, parto, como aparece, de la vanagloria del monarca, engalanada

por la adulacion y recibida sin empacho por el senado lejano y obsequioso (50). Lejos de propender á la creencia de que las armas de Alejandro arrollasen incontrastablemente á los Persas, nos inclinamos á recelar que todo este resplandor de ideales ventajas se inventó para ocultar algun fracaso efectivo.

Confirma nuestra sospecha la autoridad de un historiador contemporáneo, que apunta rendidamente las prendas de Alejandro, y menciona sus yerros sin rebozo. Va describiendo el plan atinado dispuesto de antemano para el desempeño de la guerra, en virtud del cual debian tres ejércitos romanos invadir mancomunadamente la Persia por diversos rumbos. El primero, al encenagarse por las llanuras pantanosas de Babilonia, quedó acorralado por fuerzas superiores, hácia la confluencia artificial del Tígris con el Eufrates (51), y asaeteado sin contraresto. Con la alianza de Cosroes, rey de Armenia (52), y el resguardo de una dilatada serranía en que se imposibilitaba el avance de la caballería persa, se franqueó el segundo su internacion en lo interior de la Media. Su esforzada tropa taló las provincias inmediatas, y con varios reencuentros favorables, facilitó ciertas vislumbres á la vanagloria del emperador; mas fué tambien su retirada indiscreta ó lo menos desventajosa, pues al regresar por las sierras, fenecieron varios soldados por lo intransitable de los caminos y la crudeza de la estacion. Acordóse que al internarse estas dos huestes hasta los estremos opuestos de la Persia, el cuerpo principal, al mando del mismo Alejandro, sostendria aquel avance, encaminándose al centro del reino; pero el bisoño caudillo, á influjo de la madre, ó tal vez de sus propias zozobras, desamparó sus tropas selectas y la perspectiva halagüeña de la victoria, y habiendo consumido el estío por la Mesopotamia en torpe inaccion, revolvió sobre Antioquía con un ejército minorado por las dolencias y airado con sus malogros. Muy diverso fué el desempeño de Artajérjes, pues volando desde las sierras de la Media á los pantanos del Eufrates, por donde quiera contrarestó personalmente á los invasores, y en los vaivenes de la guerra, ostentó un pecho denodado y una intelijencia esclarecida. Pero en varios encuentros reñidos con las lejiones veteranas de Roma, habia perdido el monarca persa la flor de su milicia. En vano brindaban á su ambicion la oportuna ausencia de Alejandro y los trastornos que sobrevinieron á su muerte, pues en vez de arrojar á los Romanos, como blasonaba, del continente del Asia, se vió imposibilitado de arrebatarles la corta provincia de Mesopotamia (53).

Época memorable forma en la historia del Oriente, y aun en la de Roma, aquel reinado de Artajérjes que duró solos catorce años desde la derrota de los Partos (A. 240). Descuella su entereza con aquellos rasgos grandiosos y predominantes que encumbran á un príncipe batallador sobre los únicamente herederos de un imperio. Respetóse hasta el postrer

período de la monarquía pérsica su código, como base fundamental de su réjimen civil y relijioso (54). Consérvanse algunas de sus sentencias, y una en particular demuestra su agudísima perspicacia sobre la constitucion del gobierno. « La autoridad del príncipe, » decia Artajérjes, « ha de prosperar al resguardo de la milicia; esta solo puede costearse con impuestos, los cuales recaen sobre la agricultura, y esta nunca puede florecer sino bajo los auspicios de la justicia y de la razon (55). » Dejó Artajérjes con el imperio á Sapor, hijo dignísimo de tan gran padre, sus intentos contra los Romanos; mas eran aquellos ánimos muy ajigantados para el poderío de la Persia, y solo condujeron para engolfar á entrambas naciones en guerras interminables y calamitosas.

Los Persas, ya cultos y estragados desde muy antaño, y ajenos de la independencia batalladora y del arrojado brio de cuerpo y alma que entronizó á los bárbaros del Norte sobre el orbe entero, mal podian progresar, como todos los Orientales, en la ciencia guerrera que constituia la potestad incontrastable de Grecia y Roma, cual sucede actualmente en Europa. Ignoraban los Persas las evoluciones artísticas que entonan y enardecen á la revuelta y desmandada muchedumbre; como igualmente desconocian el sistema de construir, sitiar y defender fortificaciones científicas, fiados mas bien en su número que en su denuedo, y en este mas que en la disciplina. Reducíase su infantería á un tropel de campesinos casi inermes, alistados á bulto con el cebo de la rapiña, y tan pronto aventados en una victoria como en una derrota. Trasladaban reyes y nobles al campamento el boato y los devaneos de un serrallo, y entorpecian todos los movimientos militares con un sinnúmero de mujeres, eunucos, caballos y camellos; y en medio de una campaña aventajada, solian las huestes persas huir ó perecer con una hambre repentina (56).

Mas en el regazo de su lujo y despotismo, conservaba la nobleza sus gallardos impulsos de señorío privado y de pundonor nacional. Enseñábanse desde la edad de siete años á decir siempre verdad, á cabalgar y disparar el arco, y en el concepto jeneral, descollaron en estos dos ejercicios (57). Educábanse los niños mas ilustres á la vista del soberano, se amaestraban á la puerta del palacio, y se les habituaba rigurosamente á la obediencia y la templanza en sus largas y trabajosas cacerías. Remedaban los sátrapas por las provincias esta enseñanza militar, y los nobles (tan obvio es el pensamiento de las posesiones feudales) recibian de las manos del rey haciendas y casas, pechadas con el servicio militar. Hallábanse prontos á montar al primer aviso, con su comitiva marcial y esplendorosa de secuaces, para incorporarse con la crecida guardia, entresacada con esmero de los esclavos mas robustos y los aventureros mas valerosos del Asia. Estas huestes de caballería lijera y pesada, tan formidables por el ímpetu de su avance como por la velocidad de sus movi-

mientos, estaban amenazando allá como un lóbrego nublado las provinias orientales del imperio menoscabado de Roma (58).

NOTAS

correspondientes al capítulo octavo.

(1) Un cronolojista antiguo, citado por Veleyo Patérculo (l. I, c. 6), apunta que Asirios, Medos, Persas y Macedonios reinaron en Asia mil novecientos noventa y nueve años, desde el ascenso de Nino hasta la derrota de Antíoco por los Romanos; y habiendo ocurrido este último acontecimiento 289 años antes de Cristo, corresponde el primero al 2184 años antes de nuestra era; pero las Observaciones Astronómicas halladas por Alejandro en Babilonia ascendian á medio siglo mas.

(*a*) Era una tribu indo-jermánica, avecindada al sudeste del mar Caspio, y correspondia al mismo linaje que los Jetas, Masajetas y otras naciones, que los antiguos solian apellidar confusamente bajo el nombre jenérico de Escitas. Klaproth, Cuadros Hist. del Asia, p. 40. Estrabon, p. 747, llama á los Partos Carducos, esto es, moradores del Curdistan.—M.

(2) En la era de quinientos treinta y ocho años de Seleuco. Véase Agatias, l. II, p. 63. Este sumo acontecimiento (tal es el desaliño de los Orientales) corresponde por Eutiquio allá al año décimo de Cómodo, y por Moses de Corene, al contrario, acá al reinado de Filipo. Amiano Marcelino se atiene tan rendidamente (XXIII, 6) á sus materiales antiguos, en realidad escelentes, que va historiando la familia de los Arsácides, como aposentada todavía en el solio á mediados del siglo cuarto.

(*b*) La historia pérsica, si tal nombre merecen las poesías de Shah Nameh, el Libro de los Reyes, menciona hasta cuatro dinastías desde los tiempos primitivos hasta la invasion de los Sarracenos. Se compuso el Shah Nameh con la mira de perpetuar los restos de toda memoria pérsica orijinal, con las tradiciones que se salvaron á la entrada de los Sarracenos. El poeta Dukiki fué el encabezador de la empresa, completada despues, bajo el amparo de Mahmood de Ghazni, por Ferdusi. La primera de aquellas es la de Kaiomores, segun advertencia de W. Jones, período enmarañado y fabuloso; la segunda la de los Kaiamianes, poética y heróica,

en la cual han desentrañado los eruditos analojías curiosas y soñado otras á su antojo con las relaciones judías, griegas y romanas del mundo oriental. Véase sobre el Shah Nameh, traduccion de Goerres, con la Reseña de Von Hammer, Viena, Anal. literar., 17, 75, 77. La Persia de Malcolm., ed en 8.°, I, 503. El prólogo de Macan á su edicion crítica del Shah Nameh; y sobre la historia recóndita de Persia un estracto despejado dé las diversas opiniones en la Historia de Persia por Malcolm.—M.

(3) El nombre del curtidor era Babec, y el del soldado Sasan; cupo á Artajérjes el apellido de Babegan, y por el segundo se denominaron los descendientes Sasánides.

(4) D'Herbelot, Biblioteca Oriental, *Ardshir*.

(*c*) Quedaron derrotados en tres refriegas muy reñidas; y en las llanuras de Hoormuz, saludaron luego los suyos al hijo de Babec con el dictado altisonante de Shahan Shah, apropiado ya desde entónces á todos los soberanos de la Persia. Malcolm, I, 71.—M.

(5) Dion Casio, l. LXXX. Herodiano, l. VI, p. 207. Abulfaraj. Dinas., p. 80.

(*d*) Véase la relacion pérsica sobre el encumbramiento de Ardeschir Babegan en Malcolm, I, 69.—M.

(6) Véase Moses Chorenensis, l. II, c. 65-71.

(*e*) Silvestre de Sacy (Antigüedades de la Persia) manifiesta la tibieza de los reyes párticos respecto á la relijion de Zoroastro.—M.

(7) Hyde y Prideaux, labrando con las lejiones persas y sus propias conjeturas un pormenor halagüeño, suponen á Zaroastro contemporáneo de Darío Histaspes; pero es obvio el advertir que los escritores griegos, quienes vinieron á vivir por aquella temporada, concuerdan en colocar la era de Zoroastro muchos centenares, y aun hasta un millar de años antes de su tiempo. La crítica atinada de M. Moyle echó de ver y defendió contra su tio el Dr. Prideaux la antigüedad del profeta persa. Véase su obra, vol. II (*).

(*) Hasta tres conceptos diversos descuellan acerca de la vida de Zoroastro. I. El que la engolfa allá en un tiempo casi inapeable; y este es el sentir de Moyle, que siguen Gibbon, Volney, Recherches sur l' Histoire, II, 2., y Rhode (el Sabio Sagrado, etc.), quien despeja agudamente su teoría, dando al profeta Bactriano remotísima antigüedad. II. El de Fucher (Mem. de la Acad., XXVII, 253), Tychsen (in Comm. Soc. Gott. II, 112.), Heeren (Idem, I, 459), y últimamente Holty, identifican el Gushtasp de la historia mitolójica de Persia con Ciaxares 1.°, rey de los Medos, y conceptúan por médica aquella relijion en su oríjen; opinion que tiene por mas probable M. Guizot en su nota al intento. III. El de Hyde, Prideaux, Anquetil, du Perron, Kleuker, Herder, Goerres (Mythen Geschichte.), Von Hammer (Vien. Annal., vol. IX), Malcolm (I, 528),

(8) Aquel idioma antiguo se llamaba *Zend;* el de su comentario, Pehlvi, aunque mucho mas moderno, tampoco se habla ya hace siglos. Este solo hecho, suponiéndolo auténtico, afianza la antigüedad de cuantos escritos ha traido M. Anquetil á Europa, traduciéndolos luego en francés (*).

De Guigniaut (Relij. de la Antig., 2.ª parte, vol. 3.), Klaproth (Cuadros del Asia, p. 21), haciendo á Zoroastro y á Darío Histaspes contemporáneos. Parece que el silencio de Herodoto es la objecion principal contra esta teoría. Algunos escritores, como M. Fucher (al arrimo, segun repara M. Guizot, de la autoridad dudosa de Plinio), tratan de redoblar los Zoroastros para hermanar las teorías encontradas.—M.

(*) Zend significa *vida* ó *viviente*; voz que equivale, ya á la coleccion de los libros canónicos de los secuaces de Zoroastro, ya tambien al idioma en que están escritos. Comprenden estos libros la palabra de la vida; llamábase Zend el habla misma, ya fuese primitivamente, ó ya se apellidase así por el contenido de los libros. Avesta significa vocablo, oráculo, revelacion; sin ser título de obra particular, sino de la coleccion de los libros de Zoroastro, como revelacion de Ormusd. Suélese titular el conjunto Zendavesta, y á veces compendiadamente Zend.

Era el Zend el idioma antiguo de la Media, como se comprueba por su hermandad con los dialectos de Armenia y Jeorjia, y era ya lengua muerta reinando los Arsácides en el mismo pais á donde se refieren los acontecimientos contenidos en el Zendavesta. Algunos críticos, y entre ellos Richardson y W. Jones, han puesto en tela de juicio la antigüedad de dichos libros, empeñándose, el primero en que nunca el Zend fué habla corriente, sino un invento posterior de los magos para sus intentos peculiares; pero Kleuker, en sus disertaciones añadidas á las de Anquetil, y el abate Fucher, demuestran que el Zend fué lengua viva y hablada.—G. Parece que W. Jones orilló sus dudas al presenciar la hermandad entre el Zend y el Sanskrit; y luego varios eruditos se han dedicado á investigar este punto. El mismo Jones Leyden (Investig. Asiatic., X, 283.), y M. Erskine (Bombay Transac., II, 299.) - conceptúan el Zend como derivado del Sanskrit; y el gran lingüista dinamarqués, Rask corrobora la antigüedad del Zendavesta con otras copias que, segun Malcolm, trajo, al par de varias adiciones recientes, del Oriente mismo, sobre todo lo de Anquetil. El Zend y el Sanskrit son, en sentir de Rask, muy hermanos prohijando el persa al uno, y al otro todos los idiomas de la India.—G. y M. Pero Bopp, en su gramática comparativa del Sanskrit con las lenguas Sanskritia, zend, griega, latina, lituania, goda y alemana, despeja cabalmente el asunto. Berlin, 1833-5. Segun Bopp, descuella á ciertas luces el Zend sobre el Sanskrit, y últimamente se han publicado trozos del Zendavesta en orijinal por M. Bournouf en Paris y M. Olshausen en Hamburgo.—M.

El habla de los paises confinantes con Asia, y probablemente de la Asiria misma, era el pehlvi, que significa pujanza, heroismo, y era por tanto el idioma de los antiguos héroes y reyes de Persia, la valerosa. (Antepone M. Erskine la derivacion de pehla, confin.—M.) Contiene varias raices arameas, y Anquetil lo conceptuaba nacido del Zend; pero no es Kleuker de este sentir, diciendo

(9) Hyde, de Religione veterum Pers., c. 21.

(10) He sacado esta relacion principalmente del Zendavesta de M. de Anquetil, y de Sadder, unido al tratado del Dr. Hyde. Con todo es preciso convenir que el enmarañado lenguaje de un profeta, el estilo figurado del Oriente, y lo engañoso de una version francesa ó latina, puede habernos hecho caer en un error y herejía en este compendio de teolojía persa (*).

(*f*) Zeruane Akerene, traducido así por Anquetil y Kleuker. Hay una disertacion de Fucher sobre este asunto; Mem. de la Acad. de Inscrip., t. XXIX. Segun Bohlen (das al e Indien), es el Sanskrit *Sarvam Akaranam*, el Todo Increado, ó segun Fed. Schlegel, *Sarvam Akharyam*, el Increado Indivisible.—M.

(*g*) Esto es equivocacion, pues no tenia Ahriman que dañar por su naturaleza invariable; el Zendavesta reconoce espresamente (véase Izeschne) que habia *nacido bondadoso*, siendo *luz* en su oríjen, pero lo maleó la envidia; se enceló con el poderío y atributos de Ormusd, y entónces la luz se trocó en tinieblas, y lo despeñaron al abismo. Véase el compendio de la Doctrina de los antiguos Persas por Anquetil, c. II, §. 2.—G.

(11) Los Parsis modernos (y hasta cierto punto el Sadder) encumbran á Ormusd hasta la causa primera y omnipotente, al paso que apean á Ahriman como espíritu inferior y rebelde. El afan de agradar á los Mahometanos puede haber acendrado su sistema teolójico.

(*h*) Segun el Zendavesta, no ha de quedar Ahriman anonadado ú empozado para siempre en la lobreguez; en la resurreccion de los difuntos, tiene que ser derrotado por Ormusd, su potestad destruida, su reino derrumbado hasta los cimientos, quedando purificado con torrentes de metal fundido; tiene que trocar su interior y su albedrío, parar en santo y celestial, plantear en su señorío la ley y las palabras de Ormusd, hermanarse con él para siempre, entonando al par himnos en loor del Grande Sempiterno. Véase el Compendio de Anquetil. Kleuker, Anhang, parte III, p. 85 y 86, y el Izeschne, uno de los libros del Zendavesta. Segun

que el pehlvi es mucho mas flúido y menos recargado de vocales que el zend. Los libros de Zoroastro, escritos al pronto en zend, se tradujeron despues en pehlvi y parsi. Yació desusado el pehlvi bajo la dinastía de los Sasánides; pero seguian escribiendo en él los literatos. El parsi, dialecto de Pars ó Farsistan, era á la sazon el dominante. Kleuker, Anhang. Zum Zend Avesta, 2, II, parte I, p. 158, parte II, 31.—G.

M. Erskine (Transacciones de Bombay) conceptúa que el actual Zendavesta se recopiló en tiempo de Ardeschir Babhegan.—M.

(*) Se hace sensible que Gibbon siguiese el Sadder post-Mahometanismo de Hyde.—M.

el Sadder Bun-Dehesch, obra mas moderna, Ahriman tiene que venir á quedar esterminado; mas esto se opone al texto mismo del Zendavesta, y al concepto que el autor espresa del reino de la Eternidad, tras los doce mil años aplazados para la contienda entre el Bien y el Mal.—G.

(12) Herodoto, l. I, c. 131. Pero el Dr. Prideaux opina con fundamento que despues se franqueó el uso de los templos á la relijion maga (*).

(i) Entre los Persas, Mithra no es el Sol: Anquetil ha contrarestado triunfantemente la opinion de cuantos los equivocan, oponiéndose con evidencia al texto del Zendavesta. Mithra es el primero de los jenios ó *jzeds* creados por Ormusd, y él es quien está velando la naturaleza entera. De aquí resultó el concepto de algunos Griegos, quienes afirmaron que Mithra era el sumo dios de los Persas, con mil oidos y otros tantos ojos. Parece que los Caldeos encumbraron todavía mas que los Persas al derramador de la luz sobre la tierra; y así el sol, llamado Khor (resplandor) viene á quedar de jenio inferior, que acude con otros muchos al desempeño de los cargos de Mithra. Estos acompañantes á otro jenio se apellidan *kamkares*, mas nunca se confunden en el Zendavesta. En los dias consagrados á jenios particulares, tenian los Persas que recitar, no tan solo las plegarias dedicadas á él, sino tambien las pertenecientes á sus kamkares, y así el himno ó ieseht de Mithra se entona en el dia del sol (Khor), como tambien por la inversa. De aquí procede probablemente su equivocacion, pero el mismo Anquetil ha manifestado este yerro, apuntado ya por Kleuker y por cuantos han estudiado el Zendavesta. Véase VIII Disert. de Anquetil. Kleuker, Anhang, parte III, p. 132.—G.

Acierta indudablemente M. Guizot en cuanto á la doctrina orijinal y acendrada del Zend. El culto mithraico, que cundió tantísimo por el Occidente, y en que se estaban siempre equivocando Mithra y el sol, parece que procedió de un hermanamiento entre el Zoroastrismo y el Caldeismo, ú la adoracion siríaca del sol. Se hallará un estracto escelente de la cuestion, con sus referencias á las obras maestras sobre este punto curioso, en de Sacy, Kleuker, von Hammer etc., en la traducion de Kleuker por De Guigniaut. Relij. de la antigüedad; notas VIII y IX, l. II, t. I, parte 2.ª, p. 728.—M.

(13) Hyde, de Relig. Pers., c. 8. A pesar de todos los deslindes y protestas, al parecer con sinceridad, siempre sus tiranos los Musulmanes los han tiznado como idólatras del fuego.

(14) Véase el Sadder, cuya porcion menor se reduce á preceptos mora-

(*) Los pireos ó templos de fuego de los Zoroastros (advierte Kleuker, Persica, p. 16), se hallan solo en la Media ó Aderbidjan, provincias á donde no se internó Herodoto.—M.

les. Las ceremonias prescritas son infinitas. Se requerian quince arrodillamientos, plegarias, etc., antes que el devoto persa procediese á cortarse las uñas, echar aguas, y cuantas veces se ceñia el tahalí sagrado. Sadder, Art. 14, 50 y 60 (*).

(*j*) Véanse, en el fomento de la agricultura por Zoroastro, las advertencias injeniosas de Heeren, Ideen, t. I, p. 449, etc., y Rhode, Dichos Sagrados, p. 517.—M.

(15) Zendavesta, t. I, p. 224, y Précis du Sistême de Zoroastre, t. III.

(16) Hyde, de Religione Persarum, c. 19.

(17) Hyde, de Religione Persarum, c. 28. Tanto Hyde como Prideaux van aplicando estudiadamente á la relijion maga las voces consagradas á las prebendas del Cristianismo.

(18) Ammian. Marcellin., XXIII, 6. Nos trae (en cuanto cabe creerlo) dos particularidades curiosas; 1.ª que los Magos desprendian algunas de sus doctrinas mas recónditas de los Bracmanes indios; 2.ª que era una tribu ó alcurnia, al paso que un órden sacerdotal.

(19) La institucion divina de los diezmos está demostrando un ejemplar estraño de hermandad entre la ley de Zoroastro y la de Moisés. Los que no hallen otro rumbo de esplicacion para el caso pueden suponer, si gustan, que los Magos modernos han interpolado provechosamente esta novedad en los escritos de su profeta.

(20) Sadder, Art. 8.

(*k*) El paso citado por Gibbon no es de los escritos de Zoroastro, sino del Sadder, obra, como ya se ha dicho, muy posterior al Zendavesta, y escrita por un mago para el uso popular, y así no cabe atribuir á Zoroastro su contenido. Se hace reparable que Gibbon incurriese en tamaño erro, no apropiando el mismo Hyde aquel libro á Zoroastro, advirtiendo que está en verso, y que Zoroastro escribió siempre en prosa. Hyde, I, p. 27. Sea lo que fuere en cuanto á esto último, que carece de gran fundamento, siempre resulta indudable que el Sadder es muy posterior; y aun que el abate Fucher conceptúa que no se ha estractado de los libros de Zoroastro. Véase su Dis. ya citada. Mem. de la Acad. de Inscrip., t. XXVII.—G. Quizás es un arrojo el hablar de parte alguna del Zend-

(*) Era Zoroastro menos descontentadizo en el ceremonial que mucho despues los sacerdotes de su doctrina. Así cunden las relijiones, pues el culto, sencillo en su principio, se va recargando mas y mas con supersticiones prolijas. La máxima del Zendavesta sobre el mérito relativo entre sembrar la tierra y el rezo, citada luego por Gibbon, comprueba que Zoroastro tenia poquísimo apego á estas nimiedades. Así es que Gibbon no se atiene para el intento al Zendavesta, sino al Sadder, obra muy posterior.—G.

avesta como escrita por Zoroastro, aun cuando sea una norma puntual de sus doctrinas. En cuanto al Sadder, Hyde (in Præf.) lo conceptuaba de unos 200 años, siendo á las claras un tras-mahometismo. Vease Art. XXV sobre el ayuno.—M.

(21) Platon en su Alcibíades.

(22) Plinio (Hist. Natur., l. XXX, c. 1) advierte que la majia tenia aherrojado el jénero humano con la triple cadena de la relijion, la física y la astronomía.

(23) Agathias, l. IV, p. 134.

(24) M. Hume, de la Historia Natural de la Relijion, advierte agudamente que toda relijion acendrada y filosófica es de suyo intolerante (*).

(25) Ciceron, de Legibus, II, 10. Por dictámen de los magos, arrasó Jérjes los templos de la Grecia.

(26) Hyde, de Relig. Pers., c. 23 y 24. D'Herbelot, Bibliot. Orient.; *Zerdusht*, Vida de Zoroastro, en el tom. II del Zendavesta.

(27) Compárese Moisés de Chorene, l. II, c. 74, con Amiano Marcelino, XXIII, 6. Mas adelante utilizaré estos pasos.

(28) Rabi Abrahan en el Tarikh Schikard, p. 108 y 109.

(29) Basnaje, Historia de los Judíos, l. VIII, c. 3. Sozomen, l. II, c. 1. Manes, que padeció una muerte afrentosa, puede conceptuarse mago, igualmente que hereje cristiano.

(30) Hyde, de Relig. Pers., c. 21.

(*l*) Es impropio el achacar á Artajérjes aquellas persecuciones, pues honraba á los Judíos, cuyas escuelas florecieron en su reinado. Compárese Jost, historia de los Israelitas, l. XV, 5, con Basnaje. Sapor fué precisado por el pueblo á cometer tropelías; pero la persecucion no se formalizó hasta el reinado de Yezdijerd y el de Kobad. Historia de los Judíos, III, 236. Sapor fué el primer perseguidor de los Cristianos. Varanes I dió muerte á Manes A. D. 277. Beausobre, Hist del maniqueismo, I, 209.—M.

(*m*) En el testamento de Ardicher en Ferdusi, el poeta supone estos sentimientos en el rey moribundo, pues se encara con el hijo diciendo:— No hay que olvidar cuanto te incumbe como rey el escudar la relijion el pais. Conceptúa como inseparables el altar y el trono, pues deben siempre sostenerse mútuamente. Persia de Malcolm, I, 74.—M.

(31) Numerosísimas eran estas colonias, pues fundó Seleuco Nicanor hasta treinta y nueve ciudades, apellidándolas con su nombre ó el de al-

(*) El parangon de Hume se refiere al teismo y politeismo. En la India, en la Grecia y en la Europa moderna, la relijion filosófica miró siempre allá con sobrecejo tolerante las supersticiones vulgares.—M.

gun pariente (Véase Apiano in Syriac., p. 124). La era de Seleuco (usada todavía entre los Cristianos orientales) llega hasta el año de 508 (196 de Cristo) en las medallas de ciudades griegas en el imperio pártico. Véanse las obras de Moyle, t. I, p. 273, etc., y M. Freret, Mem. de la Acad., t. XIX.

(32) Los Persas modernos deslindan este período como la dinastía de los reyes de las naciones. Véase Plinio, Hist. Nat., VI, 25.

(33) Eutiquio (t. I, p. 367, 371 y 375) refiere el sitio de la isla de Mesene sobre el Tígris, con circunstancias que se dan la mano con la historia de Niso y Escila.

(34) Agathias, II, 64 (y IV, p. 260). Los príncipes de Sejestan siguieron defendiendo su independencia por espacio de muchos años. Como las novelas suelen trasladar á temporadas lejanas los acontecimientos contemporáneos, cabe el que las hazañas fabulosas de Rustan, príncipe de Sejestan, se hayan injerido en esta historia positiva.

(35) Apenas nos es dado incluir en la monarquía persa la costa de Jedrosia ó Macran, que se estiende por el Océano indio desde el cabo Jask (el promontorio Capela) al cabo Goadel. En tiempo de Alejandro, y probablemente muchos siglos despues, estaba mal poblada por un pueblo ictiófago ú pescador, lego en artes, ajeno de toda autoridad, y separado del mundo entero por desiertos inhabitables (Véase Arrian., de Rebus Indicis). En el siglo doce, el pueblo menguado Taiz (conceptuado por D'Anville el Teza de Tolemeo) fué rico emporio de los traficantes arábigos, sus pobladores (Véase la Jeografía Nubiense, p. 58, y D'Anville, Jeografía Antigua, t. II, p. 283). En el siglo último, tres príncipes se repartian el pais, uno mahometano y dos idólatras, quienes sostenian su independencia contra los sucesores de Shah Abas (Viajes de Tavernier, parte I, l. V, p. 635).

(36) Chardino, tom. III, c. 1, 2 y 3.

(37) Dion, l. XXVIII, p. 1335.

(38) En cuanto á la situacion terminante de Babilonia, Seleucia, Ctesifonte, Modain y Bagdad, pueblos de continuo equivocados entre sí, véase un tratado escelente de Jeografía de M. D'Anville en las Mem. de la Acad., t. XXX.

(39) Tácit., Ann., XI, 42. Plin., Hist. Nat., VI, 26.

(40) Así se colije de Estrabon, l. XVI, p. 743.

(41) El curiosísimo viajero Bernier, quien siguió el campamento de Aurengzeib desde Delhi hasta Cachemira, va describiendo con esmero aquella ciudad inmensa y movible. La guardia de caballería constaba de 35.000 hombres, la de infantería de 10.000. Se regulaba que habia en el campamento hasta 150.000 caballos, mulas y elefantes; 50.000 came-

llos, otros tantos bueyes, y de 300 á 400.000 personas. Casi todo Delhi fué siguiendo la corte, cuya magnificencia sostenia su industria.

(42) Dion, l. LXXI, p. 1178. Hist. August., p. 38. Eutrop., VIII, 10. Euseb. in Chron. Cuadrato (citado en la Historia Augustana) quiso sincerar á los Romanos, alegando que el vecindario de Seleucia habia quebrantado antes su fe.

(43) Dion, l. LXXV, p. 1263. Herodiano, l. III, p. 120. Hist. August., p. 70.

(44) El vecindario culto de Antioquía apellidaba al de Edesa semi-bárbaro; sírvele sin embargo de alabanza el que de los tres dialectos del siríaco, el mas castizo y elegante (el arameo) era el que se hablaba en Edesa. M. Bayer (Hist. Edess., p. 5) sacó esta anotacion de Jorje de Malatia, escritor siríaco.

(45) Dion, l. LXXV, p. 1248, 1249 y 1250. M. Bayer ha desatendido este paso de suma entidad.

(46) Duró este reino desde Osrhoes, que dió nuevo nombre al pais, hasta el último Abgaro, 353 años. Véase la obra muy sabia de Bayer, Historia Osrhoena et Edessena.

(47) Jenofonte, en el prólogo de la Ciropedia, va dando un concepto grandioso y despejado de la estension del imperio de Ciro. Herodoto (l. III, c. 19, etc.) se esplaya en una descripcion individual y curiosísima de las veinte grandes *satrapías* en que Darío Histaspes dividió el imperio persa.

(48) Herodiano, VI, 209 y 212.

(49) Hubo en la batalla de Arbela doscientos carros armados de hoces en el ejército de Darío. En la grandiosa hueste de Tigránes, vencido por Luculo, tan solo habia diez y siete mil caballos armados por entero. Llevó Antíoco cincuenta y cuatro elefantes á la batalla contra los Romanos: con sus repetidas guerras y negociaciones allá con los príncipes de la India, tenia acopiados en una ocasion hasta ciento y cincuenta de aquellos grandísimos animales; pero se hace dudoso que el monarca mas poderoso del Indostan llegase nunca á formar una línea de batalla con setecientos elefantes. En vez de los tres ó cuatro mil elefantes que se suponian al Gran Mogol, Tavernier (Viajes, parte II, l. I, p. 198) apuró con mayor ahinco que solo tenia quinientos para sus bagajes, y ochenta ó noventa para el intento de la guerra. Varian los Griegos en cuanto al número que Poro trajo á la formacion, pero Quinto Curcio (VIII, 13), en esta ocasion juicioso y moderado, se contenta con ochenta y cinco elefantes, sobresalientes por su corpulencia y pujanza. En Siam, donde mas abundan y se aprecian, diez y ocho elefantes se conceptúan en proporcion suficientes para cada una de las nueve divisiones de que consta el ejército. El número total

de ciento sesenta y dos elefantes puede á veces duplicarse. Hist. de los Viajes, t. IX, p. 260 (*).

(50) Hist. August., p. 133 (**).

(51) Advirtió ya M. Tillemont que Herodiano suelé confundir la Jeografía.

(52) Moses de Chorene (Hist. Armen., l. II, c. 71) va ilustrando esta invasion de la Media, evidenciando que Cosroes, rey de Armenia, derrotó á Artajérjes y le fué persiguiendo hasta el confin de la India. Se han abultado las hazañas de Cosroes; obraba como aliado dependiente de los Romanos.

(53) Para la relacion de esta guerra, véase Herodiano, l. VI, 209 y 212. Los abreviadores antiguos y los recopiladores modernos han ido siguiendo á ciegas la Historia Augustana.

(54) Eutiquio, t. II, p. 180, á la vuelta, Pocock. El gran Cosroes Nushirwan envió el código de Artajérjes á todos sus sátrapas, como norma invariable para su conducta.

(55) D'Herbelot, Biblioteca Oriental, á la palabra *Ardshir*. Podemos notar que tras el antiguo período de las fábulas y larga temporada de lobreguez, empiezan las historias modernas de Persia á despejarse con visos de verdaderas con la dinastía de los Sasánides. (Compárese Malcolm, I, 79.—M.)

(56) Herodiano, l. VI, p. 214. Amiano Marcelino, l. XXIII, c. 6. Media tal cual diferencia entre los historiadores, efecto natural de las mudanzas acarreadas por siglo y medio.

(57) Habilísimos jinetes son todavía los Persas, y sus caballos los mas lindos de todo el Oriente.

(58) De Herodoto, Jenofonte, Herodiano, Amiano, Chardino, etc. he ido estractando estas especies *probables* sobre la nobleza persa, que parecen propias de todos los siglos, y en particular del tiempo de los Sasánides.

(*) Cotéjese la nota 10 de Gibbon del cap. LVII.—M.

(**) Véase la nota de M. Guizot, p. 267. Segun las autoridades persas, Ardeschir dilató sus conquistas hasta el Eufrates. Malcolm, I, 74.—M.

CAPITULO IX.

Estado de la Jermania hasta la invasion de los bárbaros en tiempo del emperador Decio.

Requerian el gobierno y la relijion de Persia algun diseño por su enlace con la decadencia y ruina del imperio romano ; y luego irán sucesivamente saliendo á luz las tribus escitas y sármatas *(a)* , que con sus armas y caballos, con sus rebaños lanares y vacunos, allá se tendian por los páramos inmensos que abarcan los confines del mar Caspio y del Vístula , de la Persia y la Jermania ; pero aquellos belicosos Jermanos , que ya contrarestaron , ya invadieron , y al fin volcaron la monarquía occidental de Roma, irán mas y mas abultando en los ámbitos de la presente historia, y vendrán, por decirlo así, á avecindarse con nosotros y embargar en gran manera nuestra atencion y tarea. Desemboscáronse las naciones mas civilizadas de Europa de las malezas de Jermania , y en sus cerriles institutos podemos todavía buscar los móviles de nuestras leyes y costumbres. Estúvolos contemplando en aquel estado primitivo de sencillez é independencia la vista de Tácito *(b)* , cuyas pinceladas sublimes los retrataron al vivo con la maestría de aquel primer historiador que aplicó la filosofía al estudio de los hechos. El brioso laconismo de su descripcion ha merecido ejercitar las tareas de un sinnúmero de anticuarios, y estimular el injenio y la trascendencia de los historiadores filósofos del dia. El asunto sin embargo , con toda su variedad y estension , queda ya ventilado tan repetida , hábil y acertadamente , que se ha vulgarizado para los lectores , y dificultado tanto mas para el escritor. Nos ceñirémos por tanto á puntualizar algunas de las particularidades mas notables del clima, costumbres é institutos que constituyeron á los bravíos campeones de Jermania enemigos tan formidables del poderío romano.

La antigua Jermania , descartando de sus linderos independientes la provincia al poniente del Rin , ya sojuzgada por los Romanos, abarcaba un tercio de Europa (*c*). Casi toda la actual Alemania , Dinamarca , Noruega , Suecia , Finlandia , Livonia , Prusia y la mayor parte de la Polonia , albergaban varias tribus de una grandiosa nacion , cuya tez, costumbres é idioma estaban demostrando un oríjen idéntico y conservaban patente semejanza. Deslindaba el Rin , al poniente , la Jermania y la Galia , como , al sur , el Danubio aquella misma y las provincias ilíricas del

imperio. Una serranía, que empezaba en el Danubio, resguardaba la Jermania por la parte de la Dacia y la Hungría. Deslindábanse mal por el oriente con sus mutuos recelos Jermanos y Sármatas, y solia atropellarse la frontera con el vaiven de guerras y confederaciones entre las varias tribus de ambos pueblos. En la remota lobreguez septentrional, los antiguos apenas divisaban allá el piélago helado allende el Báltico y la península ó islas (1) de Escandinavia.

Escritores injeniosos (2) han opinado que era en lo antiguo la Europa mucho mas fria que ahora, y que las descripciones mas antiguas del clima de Jermania corroboran en gran manera este concepto. Las quejas frecuentes de hielo intenso y perpetuo invierno no merecen quizás el menor aprecio, puesto que carecemos de pauta para reducir á la ajustada puntualidad del termómetro la sensacion y las espresiones de un orador, nacido en las rejiones bonancibles de Grecia y Asia; mas voy á entresacar dos particularidades mas certeras. 1.ª Los rios caudalosos que ceñian las provincias romanas, el Rin y el Danubio, solian helarse y sobrellevar pesos enormes; y los bárbaros, que por lo mas se valian de esta crudeza para sus correrías, trasladaban sin aprension sus grandiosas huestes, caballería y gruesos carros sobre un puente solidísimo de hielo (3): fenómeno nunca visto en lo moderno. 2.ª El renjífero, aquel utilísimo animal que rinde al Septentrional montaraz los mayores alivios de su horrorosa vida, es de complexion que aguanta y aun requiere intensísimo frio. Hállase en los peñascos de Espitzberg á diez grados del polo; regálase con las nieves de Laponia y Siberia, y en el dia no vive, ni mucho menos multiplica en pais alguno al sur del Báltico (4). En tiempo de César, el renjífero y el alce eran naturales de la selva Hercinia que encerraba gran parte de la Jermania y la Polonia (5). Los adelantamientos modernos esplican llanamente las causas de esta disminucion del frio, pues aquella inmensidad de bosques ya despejada franquea á los rayos solares su tránsito hasta la haz de la tierra (6). Desaguados los pantanos, el suelo se ha ido cultivando, y el ambiente reduciéndose á mayor templanza. Remedo de la antigua Jermania es actualmente el Canadá, pues aunque situado en el idéntico paralelo de las provincias bonancibles de Francia é Inglaterra, está padeciendo un frio rigurosísimo. Retoza el renjífero por el hondamente nevado suelo, y suele estar helado el gran rio de San Lorenzo, cuando se mantienen líquidas las corrientes del Támesis y del Sena (7).

Se hace trabajoso el puntualizar, y facilísimo el encarecer el influjo del clima en la Jermania antigua sobre el cuerpo y el alma de los naturales. Suponen muchos escritores, y los mas están creyendo, aunque al parecer sin prueba terminante, que el frio intenso del norte robustecia para alargar la vida y realzar la fuerza enjendradora, siendo la hembra mas fecunda, y la especie humana mas productiva que en los climas cálidos ó

templados (8). Podemos afirmar con mayor confianza que el ambiente sutil de Jermania esplayaba los miembros varoniles de los naturales, que por lo mas se aventajaban en estatura á los pueblos del sur (9), infundiéndoles un jénero de brio mas adecuado para sus estremados esfuerzos que para el sufrido trabajo, y para infundirles aquella valentía que resulta de la fuerza de los nervios. La crudeza de una campaña de invierno, que entumecia el cuerpo y el espíritu de los Romanos, apenas arañaba el cútis de aquellos arrogantes hijos del Norte (10), quienes luego se imposibilitaban por la inversa con los bochornos del estío, y venian como á derretirse exánimes é inmóviles con los rayos solares de Italia (11).

No hay en el globo terreno alguno que carezca absolutamente de habitantes y cuyos primeros pobladores se puedan puntualizar con algun asomo de certidumbre histórica; y sin embargo, por cuanto los injenios mas filosóficos por maravilla se retraen de rastrear la cuna de toda nacion grandiosa, investiga infructuosamente nuestra curiosidad este asunto. Al contemplar Tácito la pureza de la sangre jermana y el aspecto horroroso de aquel pais, se inclinó á tratar á estos bárbaros de indíjenas ó hijos del terreno. Nada aventuramos en afirmar que la antigua Jermania no fué primitivamente poblada por colonias estranjeras, constituidas ya en sociedad cabal (12), sino que nombre y nacion se granjearon la existencia con la incorporacion sucesiva de bárbaros errantes por la selva Hercinia. El dar por sentado que estos montaraces brotaron naturalmente de la misma tierra que habitaban fuera una ilusion temeraria, abominada por la relijion y ajena de toda racionalidad. Aviénese mal esta duda sensata con los sentimientos de la vanagloria popular, pues entre cuantas naciones se avinieron á la historia del mundo por Moisés, igual rumbo ha seguido el arca de Noé, como fué tambien la guerra de Troya el prontuario fundamental para los Griegos y Latinos. Sobre la base angosta de cierta verdad innegable se encumbró un sobrepuesto inmenso y fabuloso; y el salvaje irlandés (13), como el tártaro desmandado (14) pudieran señalar individualmente el hijo de Japet, de quien descendian directamente sus antepasados. Hervia el siglo anterior de anticuarios que con la escasa vislumbre de tradiciones y cartularios, de conjeturas y etimolojías, fueron guiando los tataranietos de Noé desde la torre de Babel hasta los estremos del orbe. Distínguese entre ellos Olao Rudbek, catedrático en la universidad de Upsal (15). Este zelosísimo patricio apropia encarecidamente á su patria cuanto resplandece en la historia ó en la fábula. Desde la Suecia, que constituia parte tan cuantiosa de la antigua Jermania, recibieron los mismos Griegos su cartilla alfabética, su astronomía y su relijion. La Atlántida de Platon, el pais de los Hiperboreos, los pensiles de las Hespérides, las islas Afortunadas, y aun los campos Eliseos, todo era un remedo escaso de aquella rejion venturosa, pues tal la soñaba su iluso hijo.

No cabia que suelo tan agradable por la naturaleza permaneciese mucho tiempo despoblado. El sabio Rudbek acorta sobremanera el plazo de años á la familia de Noé para multiplicar desde ocho individuos hasta veinte mil. Los va luego desmenuzando en colonias pobladoras del globo entero y propagadoras del linaje humano. El destacamento jermánico ú sueco (acaudillado, segun conceptuamos, por Askenaz, hijo de Gomer y nieto de Japet) descolló con prontitud para èl desempeño de tamaña empresa. Enjambró la colmena septentrional por lo mas de Europa, Asia y Africa, y (usando la metáfora del autor) circuló la sangre de los estremos al corazon.

Mas tanto boato sistemático de antigüedades alemanas se estrella y se anonada con un hecho sencillo é innegable. Consta por Tácito que los Jermanos carecian del uso de las letras (16), distintivo terminante que deslinda un pueblo civilizado de una mera piara de irracionales. Sin este arrimo imprescindible, se inhabilita la memoria y se desencajan las especies que se le encomiendan, y las facultades mas esclarecidas del entendimiento, exhaustas de norma y de materiales, se van debilitando, se aletargan y desfallecen el juicio y la fantasía. Para enterarse cabalmente de esta verdad, no hay mas que palpar, en medio de una sociedad culta, la distancia inmensa que media entre el literato y el campesino *lego*. Va el primero multiplicando su esperiencia con la lectura y la reflexion, y está viviendo en siglos y paises remotos, mientras el segundo, clavado allá en un solo punto, y ceñido á poquísimos años de existencia, se sobrepone solo un tanto á su compañero de trabajo, el buey, en cuanto al ejercicio de sus potencias espirituales. La idéntica diferencia, y aun mayor, se advertirá entre naciones que entre individuos, siendo innegable que, sin un jénero ú otro de escritura, ningun pueblo conservó jamás anales fidedignos de sus hechos, descolló en las ciencias, ó perfeccionó ni en ínfimo grado las artes amenas ó provechosas de la sociedad.

Desconocíanlas todas, los Jermanos y pasaban la vida en la idiotez y el desamparo, lo que algunos vocingleros se han complacido en apellidar virtuosa sencillez *(d)*. Asegúrase que la Alemania actual contiene unas dos mil y trescientas poblaciones muradas (17). En pais mucho mas dilatado, el jeógrafo Tolemeo no acertó á desviar mas que noventa pueblos que realza con el dictado de ciudades (18), aunque, segun el concepto del dia, no eran acreedores á tan grandioso título. Debemos pues reducirlas á fortificaciones toscas y emboscadas, para el resguardo de mujeres, niños y ganados, mientras marchabán los guerreros de la tribu á rechazar alguna invasion repentina (19); y Tácito afirma, como hecho notorio, que los Jermanos de su tiempo *carecian* de ciudades (20), aparentando menos preciar las obras de industria romana, como sitios de encierro mas bien que de seguridad (21). Ni se ladeaban sus edificios en forma de aldeas (22),

arraigándose el guerrero donde la llanura, el bosque ó el fresco arroyuelo le brindaban con alguna ventaja, sin hacer uso de piedra, ladrillo ú teja para labrar sus viviendas (23), reduciéndose todas á casillas ó chozas redondas de maderos sin desbastar, techadas de pajones y descubiertas por la cima para desahumarlas. En el rigor de un invierno crudo, el curtido Jermano se daba por satisfecho con el escaso vestuario de alguna piel de animal. Las naciones mas septentrionales se arropaban con pellizas, y las mujeres tejian para su propio uso un jénero de tela burda (24). Sobreabundaba la caza por las selvas de Jermania, y facilitaba á sus habitantes alimento y ejercicio (25), y en sus grandiosos rebaños, menos reparables por su hermosura que por el provecho, venia á cifrarse toda su riqueza (26). Poquísimo trigo era el producto de sus tierras, pues ignoraban el uso de huertos y prados artificiales, ni caben adelantos de labranza en un pueblo cuyas haciendas esperimentaban anualmente un cambio jeneral por las nuevas divisiones de las tierras cultivables, y que en trueque tan estraño, evitaba toda contienda, dejando erial é inservible la porcion mas cuantiosa de su terreno (27).

Escaseaban en Jermania hasta lo sumo el oro, la plata y el hierro, pues sus habitantes montaraces carecian de maña y aguante para buscar aquellas preciosas vetas de plata que luego han remunerado tan colmadamente el afan de los príncipes de Brunswick y de Sajonia. La Suecia, que está ahora surtiendo la Europa de hierro, estaba igualmente ajena de sus riquezas; y aun la vista sola de las armas del Jermano estaba demostrando cuan poca porcion les cabia de aquel metal cuyo empleo debian conceptuar como preferente para ellos. El roce continuo habia internado alguna moneda romana, especialmente de plata, entre los ribereños del Rin y del Danubio; pero las tribus remotas desconocian absolutamente todo cuño, comerciaban por cambios de jéneros, y regulaban al mismo precio su tosquísima alfarería que las vasijas de plata, regalos acostumbrados de Roma á sus príncipes y embajadores (28). Estos hechos terminantes dan mas cabal concepto á todo entendimiento reflexivo que todo fastidioso pormenor de circunstancias subordinadas. El consentimiento jeneral gradúa la moneda como el equivalente de nuestras necesidades y haberes, así como se inventaron las letras para espresar nuestros pensamientos, y entrambos inventos, robusteciendo los alcances y afectos de la naturaleza humana, han ido multiplicando los mismos objetos representados. Postizo viene á ser hasta cierto punto el uso del oro y la plata, mas seria imposible el ir demostrando las infinitas ventajas que resultan á las artes y á la labranza del hierro labrado y amoldado por la fragua y la mano mañosa del hombre. La moneda, en una palabra, es el incentivo universal, y el hierro el instrumento mas poderoso de la industria humana; y no cabe alcanzar con qué medios un pueblo, sin aquel móvil ni este auxilio, pudo desprenderse de su barbarie (29).

Al contemplar á cualquiera nacion bravía de la tierra, se echará de ver aquella apoltronada indiferencia y aquel trascuerdo de lo venidero que constituyen y embargan su índole. Espláyase por mil rumbos el hombre todo con sus facultades emprendedoras en la sociedad civil, y la dependencia recíproca eslabona y estrecha los diversos miembros que la componen. Afánase la mayor parte en tareas provechosas, y los pocos descollantes y sobrepuestos á esta precision emplean colmadamente su vagar en las carreras del interés ó de la nombradía, mejorando su haber ó sus alcances, con las obligaciones, deleites ó devaneos del trato humano. Ajenos vivian los Jermanos de tales arbitrios, descargándose de todo desvelo de casa ó familia sobre ancianos achacosos, mujeres ó esclavos. El guerrero holgazan, privado de las artes que pudieran emplear su ocio, se holgaba noche y dia en la irracionalidad del sueño ú de la glotonería; y sin embargo, por estremada contraposicion de su naturaleza (segun la advertencia de un escritor que penetraba sus interioridades), los idénticos bárbaros suelen ser los mas poltrones y los mas arrojados del linaje humano. Gózanse en la desidia y aborrecen el sosiego (30); su alma desfallecida, abrumada con su propia carga, ansiaba desaladamente alguna sensacion nueva, y así guerra y peligro eran los entretenimientos propios de su temple desaforado. El eco de la llamada guerrera halagaba el oido del Jermano, pues le desaletargaba, le brindaba con un afan trabajoso y con el ejercicio violento del cuerpo y la conmocion estremada del ánimo. En los desabridos intermedios de paz, se engolfaban aquellos bárbaros desatinadamente en sus juegos y su embriaguez; y uno y otro por diversos rumbos, aquel enardeciendo sus ímpetus, y esta adormeciendo sus sentidos, los libertaban igualmente de la penalidad de pensar. Blasonaban de pasar dias enteros en la mesa, y la sangre de amigos y deudos solia manchar sus concurridísimos banquetes (31). Cumplian con sus deudas pundonorosas (pues bajo este concepto nos han trasladado las del juego) con puntualísima y anovelada lealtad. El desaforado jugador que habia apostado su persona y libertad al postrer lance de los dados se resignaba sufridamente con el decreto de la suerte, y se dejaba atar, castigar y vender para lejana servidumbre por su mas endeble, pero afortunado contrincante (32).

Cerveza fuerte, licor estraido toscamente del centeno ú la cebada, y *corrompido* (segun la enérjica espresion de Tácito) en vino, correspondia sobradamente á los intentos de la beodez jermánica; mas cuantos habian probado los vinos esquisitos de Italia, y luego de la Galia, estaban suspirando tras aquel jénero mas deleitoso de embriagamiento. No trataron sin embargo (como se ha practicado despues con éxito) de connaturalizar la vid en las márjenes del Rin y del Danubio, ni aspiraron á entablar con las debidas materias un comercio ventajoso. Nada en suma de indus

triosa actividad, pues el ajenciarse con afan lo que les cabia afianzar con las armas se conceptuaba impropio de la gallardía jermana (33). Sedientos mas y mas de licores violentos, arrojábanse los bárbaros sobre las provincias, donde, por naturaleza ó por arte, abundaban estos ansiados regalos. El Toscano que vendió su patria á las naciones celtas las atrajo á Italia con la perspectiva de sus frutas esquisitas y deliciosos vinos, partos del bonancible clima (34); y á su remedo, los Alemanes auxiliares, convidados á Francia en las guerras civiles del siglo diez y seis, se cebaron con la oferta de cuarteles en las provincias de Champaña y Borgoña (35). La embriaguez, el mas soez, aunque no el mas espuesto de *nuestros* vicios, era capaz, en siglos mas atrasados, de acarrear una batalla, una guerra y una revolucion.

Hase suavizado el clima y abonado el suelo de Alemania con las faenas de diez siglos desde el tiempo de Carlo-Magno. El mismo ámbito que alimenta ahora con ensanche y regalo un millon de labradores y menestrales no abasteceria á cien mil guerreros haraganes con lo mas imprescindible para su mantenimiento (36). Destinaban los Jermanos sus selvas inmensas para el ejercicio de la caza, adehesaban las mas de sus tierras, daban al corto resíduo una labor tosca y desmañada, y luego culpaban la escasez y esterilidad de un terreno que no acudia á mantener la muchedumbre de sus habitantes. Al hambrear inesperadamente, palpando la importancia de las artes, solian descargarse con emigraciones de la tercera ó cuarta parte de su juventud (37). El goce de la propiedad es la prenda característica de un pueblo civilizado; mas los Jermanos, trashumando con armas, ganados y mujeres, que eran todas sus alhajas, desamparaban gozosos sus bosques solitarios en pos de su esperanzada victoria y rapiña. Aquellos enjambres que arrojaba al parecer el gran semillero de las naciones se abultaron sobremanera con el susto de los vencidos y la credulidad de los siglos siguientes, y por estos encarecimientos se fué arraigando la opinion, que se ha defendido por escritores de nombradía, de que en tiempo de César y de Tácito estaba el Norte mucho mas poblado que en nuestros dias (38); mas una investigacion detenida parece que ha desengañado á los filósofos modernos acerca de la falsedad, y aun de la imposibilidad de aquel supuesto, pues á los nombres de Mariana y Maquiavelo (39) podemos contraponer sus iguales de Robertson y Hume (40).

Una nacion guerrera como la jermana, sin ciudades, letras, artes ni moneda, hallaba cierta compensacion de esta vida cerril con el goce de su libertad. Su desamparo le afianzaba la independencia, puesto que nuestros anhelos y haberes son los grillos mas recios del despotismo. «Hónranse,» dice Tácito, «las riquezas entre los Sujones, y *por tanto* yacen bajo un monarca absoluto, que, en vez de franquear á su pueblo el uso

de armas, como sucede en lo restante de Jermania, lo avasalla al cargo, no de un ciudadano ni de un liberto, sino de un esclavo. Los Sitones, sus vecinos, se hundieron mas abajo de la misma servidumbre, puesto que obedecen á una mujer (41).» Al mencionar el sumo historiador tales escepciones, está reconociendo la teoría fundamental del gobierno, pero nos para la estrañeza de internarse las riquezas y el despotismo allá en un rincon del norte, apagando la llama jenerosa que resplandecia con tanta fuerza en la raya de las provincias romanas; ni se alcanza cómo los antepasados de aquellos Daneses y Noruegos, tan esclarecidos en siglos posteriores con su gallardía, pudieron desentenderse tan rendidamente del grandioso timbre de la libertad jermánica (42). Algunas tribus, sin embargo, de las orillas del Báltico reconocian reyes, mas sin desprenderse de la categoría de hombres (43); pero en casi toda la Jermania, era la forma de gobierno una democracia, comedida, es verdad, y enfrenada, no tanto por leyes jenerales y positivas, como por el predominio accidental del nacimiento ú del valor, de la elocuencia ó la superstición (44).

Todo gobierno civil en su principio se reduce á una asociacion voluntaria para la defensa mutua, y para este objeto, fuerza es que cada individuo se conceptúe precisado á sujetar sus opiniones privadas y sus pasos al albedrío de la mayor porcion de sus consocios. Contentáronse las tribus jermanas con este tosco, pero grandioso bosquejo de su sociedad política. En rayando un mancebo de padres libres á la edad varonil, se le introducia en el consejo, se le daba la solemne investidura de escudo y pica, mancomunándolo como digno miembro de una república militar. Juntábase el consejo á sus plazos ó en algun trance repentino. Las probanzas de agravios públicos, el nombramiento de majistrados, y el negocio sumo de la paz ó la guerra, se zanjaban con su determinacion independiente; aunque á veces se ventilaban de antemano estos puntos, con especialidad en un consejo selecto de caudillos (45). Cabíales á los majistrados la deliberacion y la persuasiva, mas competia al pueblo el acuerdo y la ejecucion, y estas disposiciones solian ser atropelladas y violentas. Bárbaros enseñados á cifrar su libertad en los sentimientos actuales, y su denuedo en hollar las resultas venideras, daban la espalda con airado menosprecio á todo miramiento de justicia y política, y solian mostrar su desagrado de medrosas consideraciones con un murmullo ronco y desentonado. Mas en proponiendo un orador popular el desagravio del menor ciudadano por ofensa estraña ó casera, en clamando á sus conciudadanos, por el realce del pundonor nacional, á arrojarse á una empresa arriesgada y honorífica, allá retumbaban escudos y lanzas vitoreando el pensamiento. Juntábanse con efecto siempre armados los Jermanos, siendo á toda hora de temer que una muchedumbre desmandada, fogueada por sus bandos y bebidas ardientes, emplease aquellas armas en sostener y

pregonar sus arrojados intentos. Hemos casi presenciado los trances sangrientos de esas dietas polacas en que la mayoría suele quedar avasallada por un corto número de asonadores violentos (46).

Nombraban sus caudillos en asomando el peligro, y si era este urjente y grandioso, aunábanse varias tribus para elejir un jefe. El mas valiente capitaneaba en los lances á sus paisanos, mas bien con el ejemplo que con los mandatos; pero aun esta potestad escasa se hacia envidiable y fenecia con la guerra, pues en tiempo de paz, ningun caudillo supremo reconocian los Jermanos (47). Señalábanse sin embargo *príncipes* en la asamblea jeneral, para administrar justicia, ó mas bien para zanjar diferencias (48) en sus distritos respectivos, en cuya eleccion se atendia no menos al nacimiento que al desempeño (49). Nombraba el público una guardia para cada uno, y además un consejo de cien personas, y el primero de ellos asomaba con tales preeminencias de jerarquía y blason, que solian á veces los Romanos agasajarle con el dictado de rey (50).

El parangon de la potestad del majistrado, en dos casos notables, manifiesta el sistema total de las costumbres jermánicas. Eran árbitros absolutos en el reparto de las tierras, que renovaban por años (51), sin que lo fuesen para castigar de muerte, encarcelar ó apalear á un mero ciudadano (52). Pueblo tan cuidadoso de la personalidad y tan despegado de los haberes debió carecer de artes industriosas, y descollar en pundonor é independencia.

Toda obligacion era parto del propio albedrío, y el ínfimo soldado escarnecía la autoridad de un majistrado civil. Los mozos mas ilustres blasonaban de ser fieles compañeros de algun caudillo esclarecido, con quien se comprometian para todo jénero de trances. Esmerábanse á competencia los compañeros en granjearse la privanza del comandante, y estos en adquirir el mayor número de camaradas esforzados. Engreíase gallardamente el caudillo capitaneando una cuadrilla de mozos sobresalientes, que eran su realce en la paz y su resguardo en la guerra, y volaba su nombradía por el ámbito de todas las tribus. Regalos y embajadas se agolpaban en demanda de su amistad, y el concepto de su prepotencia solia acarrear la victoria al bando que favorecia. Vergonzoso era para el caudillo el quedar rezagado en el trance, como igualmente para los compañeros el desmerecer en su cotejo, y el sobrevivirle en la batalla baldon indeleble, pues el escudar su persona y realzar sus blasones con nuevos trofeos era obligacion sacrosanta para todos; peleando siempre los jefes por la victoria, y los compañeros por él. Los valientes, al apoltronarse su tribu en los regalos de la paz, acaudillaban á sus secuaces á alguna guerra lejana, para ejercitar su ánimo desasosegado y granjearse nombradía con empeños voluntarios. Dones propios de guerreros, el alazan belicoso, la lanza siempre vencedora, eran los galardones á que aspiraban los

compañeros de la largueza del caudillo. El rebosamiento desaseado de su mesa agasajadora era el único pago que podian suministrar ó que quisieran ellos admitir. La guerra, la rapiña ó los presentes de amigos, eran los materiales que abastecian á su munificencia (53). Este instituto; que podia tal vez debilitar accidentalmente las repúblicas diversas, robustecia la índole jeneral de los Jermanos, y sazonaba en ellos cuantas prendas caben entre bárbaros; el pundonor valeroso, la noble hospitalidad brotaron luego de allí esclarecidamente en los siglos caballerescos. Las dádivas honoríficas del caudillo á los compañeros eran, en concepto de un escritor agudo, los asomos de aquellos feudos repartidos, tras la conquista de las provincias romanas, por los capitanes bárbaros á sus vasallos, con el compromiso semejante de homenaje y servicio militar (54); condiciones por cierto repugnantes á las máximas de los antiguos Jermanos, que se desvivian con sus mutuos regalos, mas ajenos de toda aprension de feudo ú correspondencia (55).

« En los tiempos caballerescos, ó mas bien anovelados, todo hombre era valiente, y casta toda mujer; » y aunque esta postrera virtud se alcanza y se conserva con mucha mas dificultad que la primera, atribúyese sin embargo, casi sin escepcion, á las mujeres de los antiguos Jermanos. No habia poligamia mas que entre los príncipes, ansiosos todos de muchos entronques, y el divorcio estaba mas bien vedado por las costumbres que por las leyes. Castigábase el adulterio como delito desusado é inespiable, sin que se abonase la seduccion con el ejemplo ú la moda (56). Se deja ver á las claras que Tácito se complace pundonorosamente en contraponer las virtudes bárbaras á la relajacion de las damas romanas; mas hay particularidades de mucho bulto que dan visos de verdad, ó al menos de verosimilitud, á la fe conyugal y á la castidad de los Jermanos.

Aunque, merced á la fina civilizacion, han ido amainando los ímpetus bravíos de la naturaleza humana, parece que no ha sido con ventaja de la castidad, cuyo embate mas azaroso se cifra en la suavidad de la índole, pues los afeites del trato estragan, al paso que desbastan á entrambos sexos. El apetito amoroso se va emponzoñando al realzarse, ó mas bien encubrirse con afectos tiernos; y el primor en trajes, garbo y modales encarece la hermosura y acalora la sensualidad con los destellos de la fantasía. Banquetes lujosos, danzas nocturnas, y espectáculos inmodestos proporcionan halago y coyuntura para la liviandad (57). Resguardadas vivian de tales deslices las toscas mujeres de los bárbaros, con la pobreza, la soledad y los afanes caseros. Abiertos los aduares jermánicos por donde quiera, franqueaban su interior á la curiosidad y á los zelos, y afianzaban la fidelidad conyugal á mejor recaudo que los paredones, cerrojos y eunucos de un serrallo. Añádase otra razon mas honorífica, pues los Jer-

manos trataban á sus esposas con aprecio y confianza, y creian enamoradamente que abrigaban en sus pechos una sabiduría recóndita y sobre humana, consultándolas para todos los trances de entidad; y aun algunas de estas interpretadoras de la suerte, como Veleda en la guerra bátava, avasallaban, á nombre de la deidad, las naciones mas desaforadas de Jermania (58). No endiosaban á las demás, pero respetábanlas como compañeras libres é iguales de los soldados, y asociadas, con el ceremonial del matrimonio, á su vida afanosa, espuesta y esclarecida (59). Hervian los campamentos de los bárbaros en sus grandes invasiones con un sinnúmero de mujeres, que descollaban con su tesón en el estruendo de las armas, la diversidad de los lances, y las honrosas heridas de hijos y esposos (60). Huestes jermanas arrolladas solian rehacerse y volver al enemigo con el desesperado ahinco de las mujeres, menos temerosas de la muerte que de la servidumbre; y en siendo la derrota irremediable, sabian muy bien el camino de libertarse con sus hijos de los desacatos del vencedor (61). Heroinas de aquel jaez nos asombran ciertamente, mas no aparecen ni amables ni cariñosas, pues al *ahombrarse* en tal estremo, no podian menos de orillar aquella suavidad halagüeña donde esencialmente se cifran el embeleso y la flaqueza *mujeril*. Su engreimiento inclinaba á las Jermanas á desentenderse de todo impulso que se estrellase con su pundonor, y este se refunde siempre en el recato. Los sentimientos y la conducta de estas altaneras matronas deben conceptuarse como causa, efecto y prueba del temple jeneral de la nacion; pues el denuedo mujeril, por mas que lo estreme el fanatismo y con la práctica se corrobore, solo alcanza á ser una débil imitacion del varonil arrojo que prevalece en el tiempo de sus proezas.

El sistema relijioso de los Jermanos (si las aprensiones disparatadas de unos bárbaros merecen aquel dictado) venia á ser un aborto de sus necesidades, de sus zozobras y de su ignorancia (62). Adoraban á los objetos visibles, á los grandiosos ajentes de la naturaleza, el Sol, la Luna, el Fuego y la Tierra, como tambien á las deidades ideales que se suponia estaban presidiendo á las tareas importantes de la vida humana. Vivian satisfechos que con ciertas jestiones ridículas de adivinanzas, desentrañarian la voluntad de los séres superiores, y que la ofrenda mas halagüeña y relevante para sus aras eran los sacrificios humanos. Hase encarecido atropelladamente el concepto sublime que abrigaba este pueblo de la Divinidad, no emparedándola en templos, ni suponiéndola de figura humana, mas en recapacitando que los Jermanos carecian de arquitectura y de estatuaria, hallada está la causa de aquel reparo, no precisamente debido al despejo de su discurso, sino á la total carencia de injenio. Los únicos templos de Jermania eran bosques antiguos y lóbregos, consagrados por la veneracion de larguísimos siglos. Sus recónditas tinieblas, so-

ñada residencia de un poder invisible, no descubriendo objeto terminante de pavor ó de culto, horrorizaba el ánimo con relijiosos impulsos (63); y los sacerdotes, cuan bozales é idiotas eran, habian ido aprendiendo con la esperiencia las arterías que podian conservar las impresiones adecuadas á su propio interés.

La misma ignorancia que imposibilita á los bárbaros el enterarse y avenirse con las restricciones de la ley espone su ceguedad desnuda y desarmada á los sobresaltos de la supersticion. Los sacerdotes jermanos, labrando la índole favorable de sus compatriotas, se habian revestido de una jurisdiccion, aun en negocios temporales, que el majistrado no podia arriesgarse á ejercer; y el guerrero engreido se conformaba sufridamente con el azote del castigo, cuando se lo imponia, no un poder humano, sino el decreto inmediato del dios de la guerra (64). El vacio de la autoridad civil solia suplirse con la interposicion oportuna de la eclesiástica, y esta era la que acudia á imponer silencioso decoro en las asambleas populares, y trascendia á veces á mayor ensanche para los intereses nacionales. Celebrábase en ocasiones una procesion solemne en los paises actuales de Meklemburgo y Pomerania. El símbolo recóndito de la *Tierra*, cubierto con densísimo velo, se colocaba en un carruaje tirado por vacas, y así la diosa, que solia residir en la isla de Rujen, iba visitando varias de las tribus inmediatas de sus devotos. Callaba el eco de la guerra durante su marcha; suspendíanse las contiendas, se arrimaban las armas, y el inquieto Jermano podia regalarse con el atractivo de la paz y la armonía (65). La *tregua de Dios*, proclamada tan á menudo y tan infructuosamente por el clero del siglo once, era una imitacion vulgar de esta remota costumbre (66).

Pero mas eficaz era desde luego el influjo de la relijion para foguear que para contener los ímpetus indómitos de los Jermanos. El interés y el fanatismo estaban incitando á los ministros para santificar las empresas mas osadas é injustas con la aprobacion del cielo y la seguridad del éxito. Los estandartes consagrados, y allá desde lo antiguo reverenciados en las selvas de la supersticion, se colocaban al frente de la hueste (67), y la tropa enemiga se escomulgaba con horrorosas imprecaciones, ofreciéndola al dios de la guerra y de las tempestades (68). En la creencia de los soldados (y tales eran los Jermanos), el pecado mas nefando era la cobardía. El valiente era el dignísimo privado de sus deidades guerreras; el cuitado que habia perdido su escudo quedaba espulso de toda reunion, tanto relijiosa como civil, de sus paisanos. Algunas tribus del norte parece que admitieron la doctrina de la trasmigracion (69), y otras idearon un paraiso brutal de embriaguez eterna (70); pero todos estaban acordes en que una vida guerrera y una muerte gloriosa en la batalla eran el preliminar para la felicidad venidera, tanto en este mundo como en el otro.

La inmortalidad, prometida tan en balde por los sacerdotes, se proporcionaba hasta cierto punto por los bardos. Esta clase particular de hombres ha embargado muy dignamente los desvelos de cuantos han estudiado las antigüedades de los Celtas, Escandínavos y Jermanos. Queda despejado el campo en cuanto á su númen, indole y respeto á profesion tan en estremo trascendental; mas no se hace tan obvio el espresar, ni aun percibir el entusiasmo por armas y gloria que encendian en los pechos de su auditorio. En todo pueblo culto, el ejercicio poético es mas bien un floreo de la fantasía que un empeño de las potencias; y sin embargo, si en sosegado deporte nos ponemos á repasar los trances referidos por Homero ú el Taso, nos dejamos imperceptiblemente embargar por la ilusion, y nos enardecemos acá momentáneamente con asomos de ímpetu marcial; pero ¡ cuán apocada, cuán yerta es la sensacion que nos cabe en la soledad del estudio! En el vaiven de la batalla ó en las albricias de la victoria era donde entonaban los bardos la nombradía de aquellos héroes antiguos, los antepasados de unos caudillos belicosos, que estaban colgados del canto desaliñado, pero impetuoso, que les dedicaban. Realzaba la presencia de las armas y del peligro el eco de la cadencia militar, y los impulsos mismos que intentaba infundir, el afan de la nombradía, y el menosprecio de la muerte, embargaban mas y mas á los Jermanos (71) *(e)*.

Tal era la situacion y tales las costumbres de los antiguos Jermanos. Su clima, su carencia de letras, de artes y de leyes; sus aprensiones acerca de la virtud, la hidalguia y la relijion; su concepto de la libertad, su encono con la paz, su arrojo tras las empresas, todo estuvo contribuyendo para labrar un pueblo de guerreros. Sin embargo echamos de ver que por el espacio de mas de doscientos y cincuenta años que mediaron desde la derrota de Varo hasta el reinado de Decio, aquellos bárbaros tan formidables mostraron cortos conatos, y causaron poquísima mella en las provincias opulentas y serviles del Imperio. Atajábanlos su escasez de armas y carencia de disciplina, y su desaforamiento se desfogaba con las desavenencias domésticas.

I. Hase reparado aguda, y no infundadamente, que el mando del hierro en breve pone en manos de una nacion el imperio del oro; pero las tribus montaraces de Jermania, igualmente ajenas de entrambas preciosidades, tuvieron que ir pausadamente adquiriendo, por sus propias fuerzas, la posesion de uno y otro. Patentizábase en una hueste jermana su escasez de hierro, pues apenas asomaba alguna espada con tal cual larguísima lanza. Las *frameas*, como las llamaban en su idioma, eran unas picas muy cumplidas con bote agudo de hierro, y segun las distancias, solian dispararlas ó esgrimirlas. Escudo y lanza componian todo el ajuar de su caballería, al paso que la infantería desembrazaba (72) sus volado-

doras arrojadizas. Su traje militar, si es que lo usaban, se reducia á un mero poncho, y un mamarracho matizado era el único realce de sus broqueles de madera ó de mimbres. Sobresalia algun caudillo con su coraza, casi ninguno con el morrion. Aunque los caballos de Jermania ni eran hermosos, ni ájiles, ni amaestrados en las evoluciones romanas, descollaron algunas de sus naciones con la caballería, mas jeneralmente su pujanza se cifraba en los infantes (73), que se formaban en columna de gran fondo, segun la separacion de tribus y familias. Mal sufridos para el cansancio y la demora, disparábanse aquellos guerreros mal armados á la refriega con alaridos descompasados, y á veces al embate de su denuedo, arrollaban la valentía encajonada y científica de los mercenarios romanos; mas como los bárbaros desfogaban todo su ahinco en el primer avance, no acertaban á rehacerse ni á retirarse, y así el mero rechazo era ya derrota, y esta por lo mas esterminio. Al recapacitar el armamento cabal del soldado romano, su disciplina, evoluciones, campamentos fortificados y máquinas militares, asombra el que la pujanza desnuda y sin arrimo arrostrase á todo trance y tan reñidamente el poderío de las lejiones, con los varios auxiliares que cooperaban en sus movimientos. Desigual en estremo era la contienda, hasta que el lujo fué destronando el brio, y raptos de indisciplina y rebeldía relajaron é indispusieron á los ejércitos romanos. La introduccion de auxiliares bárbaros en sus huestes fué novedad arriesgada, pues no podia menos de enseñar á los Jermanos el arte de la guerra y del gobierno. Aunque admitidos en corto número y con cautelosos miramientos, harto convincente era el ejemplo de Civilis para desengañar á los Romanos acerca de la realidad del peligro y la insuficiencia de sus precauciones (74). En la guerra civil que sobrevino á la muerte de Neron, el mañoso y arrojado Bátavo, á quien sus enemigos se avinieron á parangonar con Aníbal y Sertorio (75), ideó un proyecto grandioso para su ambicion é independencia. Acudieron á sus pendones ocho cohortes bátavas, afamadas en las campañas de Italia y de Bretaña. Internó una hueste jermana en la Galia, atrajo á su partido las ciudades de Tréveris y Langres, derrotó las lejiones, arrasó sus campos fortificados y asestó contra los Romanos la ciencia militar aprendida en sus banderas. Cuando por fin, tras su obstinada contienda, tuvo que postrarse ante la prepotencia imperial, resguardóse Civilis y afianzó su pais con un tratado honorífico; continuando los Bátavos en ocupar las islas del Rin (76), como aliados, y no siervos de la monarquía romana.

II. Aparece formidable el poderío de la antigua Jermania, al hacerse cargo de las resultas que podia acarrear su concordia. El ámbito dilatado del pais podia desde luego aprontar un millon de guerreros, por cuanto ansiaban todos los de edad adulta manejar las armas. Pero aquella mu-

chedumbre bravía, inhábil para idear ó plantear una empresa nacional, se desencajaba con ímpetus mas ó menos violentos. Dividíase la Jermania en mas de cuarenta rancherías independientes, y aun en ellas solíanse desunir las tribus á cada paso. Eran los bárbaros cavilosos, nunca olvidaban un agravio, y menos un desacato, y sus enconos se hacian sangrientos é implacables. Las reyertas impensadas que solian acaecer en sus alborotadas cacerías y embriagueces eran suficiente pávulo para encolerizar á naciones enteras, y los rencores privados de algunos caudillos principales trascendian á todos sus secuaces y allegados. El castigo de un desmandado, ó el saqueo de un indefenso, eran ya móviles de guerra, y los estados mas estensos de Jermania se esmeraban en cercar sus territorios de anchurosos confines talados y solitarios. La distancia grandiosa, observada por los vecinos, estaba pregonando el pavor de sus amagos, y los resguardaba hasta cierto punto de toda correría inesperada (77) *(f)*.

« Los Bructeros (Tácito es quien habla) quedaron esterminados enteramente por las tribus confinantes (78), provocadas con su insolencia, cebadas con la espectativa de la presa, y quizás movidas por los númenes tutelares del Imperio. Fenecieron sobre setenta mil bárbaros, no con armas romanas, sino presenciándolo por via de recreo. Así se vayan enconando las naciones enemigas de Roma ; pues encumbrada ya á lo sumo de la prosperidad (79), nada mas queda que pedir á la Fortuna, sino la discordia entre los bárbaros (80). » Estos sentimientos ajenos de la humanidad, y propios del patriotismo de Tácito, están manifestando las máximas constantes de la política romana. Conceptuaban arbitrio mas espedito el enzizañar que el lidiar á los bárbaros, de cuya derrota no les cabia ni blason ni provecho. El dinero y las negociaciones de Roma se fueron internando en el corazon de Jermania, y se echó el resto en la seduccion para amistarse con aquellas naciones cuya inmediacion al Rin ó Danubio podia hacerlas mas útiles con su alianza y mas incómodas con su enemistad. Pagábanse de fútiles regalos aun caudillos de nombradía y poder, recibiéndolos como muestras de aprecio ú juguetes de lujo. En sobreviniendo desavenencias, el bando menor acudia para resguardarse reservadamente á los gobernadores de las provincias rayanas, y toda reyerta entre Jermanos se enconaba con los amaños de Roma, malográndose todo intento de hermandad y bien público por el empuje mas recio de zelos privados é intereses mezquinos (81).

La conspiracion jeneral que aterró á los Romanos en el reinado de Marco Antonino abarcaba casi todas las naciones de Jermania, y aun la Sarmacia, desde la embocadura del Rin á la del Danubio (82). No cabe el puntualizar ahora si aquella confederacion repentina fué parto de la precision, del discurso ú del encono, mas podemos afirmar sin reparo que no movió á los bárbaros ni cebo ni provocacion ambiciosa del mo-

narca romano. Esta invasion peligrosa embargó todo el desvelado teson de Marco, quien colocando jenerales de gran desempeño en los puntos de avance, tomó á su cargo el mando de mas entidad hácia el Danubio superior. Tras larga y reñida contienda, doblegóse la altanería de los bárbaros, y los Cuados y los Marcomanos (83), que fueron los adalides en la guerra, quedaron tambien los mas lastimados en el escarmiento. Tuvieron que retraerse hasta dos leguas de sus propias orillas sobre el Danubio (84), y entregar la flor de su juventud, que se envió inmediatamente á Bretaña, isla remota donde se afianzaban como rehenes y se utilizaban como guerreros (85). Mas luego, con motivo de las repetidas rebeliones de los Cuados y Marcomanos, el airado emperador dispuso la reduccion de su pais á provincia. Frustró la muerte su intento; y sin embargo esta liga, formidable cual ninguna de cuantas asoman en los dos primeros siglos de la historia imperial, quedó absolutamente desvanecida, sin dejar el menor rastro en toda la Jermania.

En el discurso de este capítulo acesorio nos hemos ido ciñendo á un diseño jeneral de las costumbres de Jermania, sin particularizar ó deslindar las varias tribus que poblaban aquel dilatado pais en los tiempos de César, Tácito ú Tolemeo; mas por cuanto suelen ir saliendo á luz tribus antiguas y nuevas en el hilo de la presente historia, apuntarémos lacónicamente su oríjen, situacion y principal estampa. Las naciones modernas son unas sociedades como clavadas con enlaces mutuos de labranza y artes; pero las tribus jermanas, asociadas en vaiven perpetuo y voluntario, se reducian á unos soldados montaraces, y solia el propio territorio estar cambiando de moradores tras las oleadas de la conquista ó de la emigracion, y luego el mismo concejo, estrechándose para algun plan de invasion ó defensa, apellidaba la nueva confederacion á su modo; y en desapareciendo esta, reasomaba la anterior con su nombre primitivo y trascordado. Comunicábaselo tambien un estado vencedor al pueblo vencido, y á veces acudian á raudales los voluntarios de todas partes al eco de algun caudillo sobresaliente; entónces el campamento era ya su pais, y alguna particularidad de la empresa solia dar nueva denominacion á la revuelta muchedumbre; y acaecia así que las distinciones de los invasores variaban á cada paso, sin que los Romanos atónitos acertasen á deslindarlas (86).

Campea la historia en guerras y negocios públicos, mas el número de individuos empleados en unas y otros varia infinito, segun sus diversas condiciones. Arrinconados están en las monarquías grandiosas millones de súbditos obedientes dedicados á sus afanes. Cíñese la atencion del escritor, y luego del leyente, á una corte, á una capital, á un ejército escuadronado, y al teatro de sus operaciones: pero el estado de independencia y de barbarie, el trance de conmociones civiles, ó la situacion de

repúblicas pequeñas (87) encumbra á cada individuo del vecindario á la luz pública, y por consiguiente á la nombradía. Las desavenencias inesplicables y los movimientos incesantes del pueblo de Jermania deslumbran la fantasía y abultan en gran manera su número, y la enumeracion interminable de reyezuelos y guerreros, de huestes y naciones, nos va preocupando hasta olvidar que los idénticos objetos asoman repetidamente bajo diversas denominaciones, y que muchas veces se han condecorado objetos insignificantes con dictados esplendorosos.

NOTAS

correspondientes al capítulo noveno.

(*a*) Los Escitas, aun segun los antiguos, no son Sármatas. (Cabe dudar si Gibbon ha tratado de confundirlos.—M.) Los Griegos, despues de deslindar el orbe entre Griegos y bárbaros, subdividieron á estos en cuatro clases muy grandiosas, Celtas, Escitas, Indios y Etíopes. Llamaron Celtas á los moradores de las Galias, la Escita se estendia desde el Báltico hasta el lago Aral; los pueblos comprendidos en el ángulo al nordeste entre la Céltica y la Escitia se llamaban Celto-Escitas, y los Sármatas caian al sur de aquel ángulo. Pero estos nombres de Celtas, Escitas, Celto-Escitas y Sármatas fueron inventados, dice Schlozer, por la suma ignorancia jeográfica de los Griegos, y carecen de fundamento, siendo meras divisiones jeográficas sin relacion á los verdaderos entronques de las diferentes alcurnias. Así pues, todos los Galos se apellidadan Celtas por los mas de los escritores antiguos; mas la Galia contenia tres naciones totalmente diversas, Belgas, Aquitanios y Galos propios. Hi omnes linguâ, institutis, legibusque inter se differunt. Cæsar, Com., c. I; y así mismo los Turcos están llamando Francos á todos los Europeos. Schlozer, Allgemeine Nordische Geschichte, p. 289, 1771. Bayer (de Origine et pricis Sedibus Scytharum, in Opusc., p. 64) dice: Primus eorum, de quibus constat, Ephorus, in quarto historiarum libro, orbem terrarum inter Scythas, Indos, Æthiopas et Celtas divisit. Fragmentum ejus loci Cosmas Indicopleustes in topographia Christiana f. 148 conservavit. Video igitur Ephorum, cum locorum positus per certa capite distribuere et explicare constitueret, insigniorum nomina gentium vastioribus spatiis adhi-

buisse, *nulla mala fraude et successu infelici*. Nam Ephoro quoquomodo dicta pro exploratis habebant Græci plerique et Romani: ita glisebat error posteritate. Igitur tot tamque diversæ stirpis gentes non modo intra communem quamdam regionem definitæ, unum omnes Scytharum nomen his auctoribus subierunt, sed etiam ab illa *regionis* adpellatione in eamdem nationem sunt conflatæ. Sic Cimmeriorum res cum Scythis, Scytharum cum Sarmaticis, Russicis, Hunnicis, Tartaricis commiscentur.—G.

(*b*) Campo anchuroso ha dado la Jermania de Tácito á la injeniosidad de escritores modernos para soltar la rienda á sus aprensiones, esmerándose en glosar la planta de la obra y su contenido. Segun Luden (Geschichte des T. V, I, 432 y nota), se reduce á unos apuntes hacinados para luego formalizar una obra estensa. Un escritor anónimo, en concepto de Luden, M. Becker, la supone como un episodio de su grandiosa historia. Segun M. Guizot, Tácito ha venido á retratar los Jermanos, como allá Montaigne y Rousseau los salvajes, en un rapto de ira contra su patria; es su libro una sátira contra las costumbres romanas, un destemple elocuente de un patriota filósofo que ansia estar viendo la virtud donde no asoma mas que la molicie afrentosa y la depravacion rematada de una sociedad caduca. Hist. de la Civilizacion moderna, I, 258.—M.

(*c*) La Jermania no se estendia tantísimo. Por César, y mas particularmente por Tolemeo (dice Gatterer), podemos deslindar el estado de la Jermania antigua, antes que sus guerras con los Romanos variasen la posicion de sus tribus. Estrabon, Plinio y Tácito han descrito la Jermania ya demudada en aquellas guerras. Ceñian á la Jermania propiamente el Rin al ocaso, el Vístula al oriente, la Noruega meridional, la Suecia y la Estonia al norte, y por el mediodía, el Maina y las sierras al norte de Bohemia. Antes del tiempo de César, el pais entre el Maina y el Danubio estaba en parte ocupado por los Helvecios y otros Galos, y en parte por la selva Hercinia; pero despues de César hasta la emigracion grandísima, se adelantó el lindero hasta el Danubio, ó, lo que es lo mismo, hasta los Alpes Suabios, aunque la selva Hercinia seguia ocupando en el centro la jornada de un hombre por ambos lados del norte y sur y entrambas orillas del Danubio. Gatterer, Ensayo de una historia jeneral del Mundo, p. 424, edicion de 1792. No moraba en aquel pais dilatado ciertamente una sola nacion dividida en varias tribus de oríjen idéntico, pues podemos ir deslindando tres raleas, muy diversas en habla, oríjen y costumbres. 1. A levante, los Eslavos á Vándalos. 2. Al poniente, los Cimerios ó Cimbrios. 3. Entre Eslavos y Cimbrios, los Jermanos propiamente tales, los Suevos de Tácito. Habitaron el mediodía naciones galas antes de Julio César, y despues los Suevos.—G. Varian los anticuarios alemanes acerca de la posicion de estas naciones. I. Los Eslavos ó Escla-

vones, ó tribus Wéndicas, segun Schlozer, estaban orijinalmente avecindados en las partes de Jermania desconocidas por los Romanos, Mecklemburgo, Pomerania, Brandeburgo, Sajonia Alta y Lusacia. Segun Gatterer, permanecieron á levante del Theis, el Niemen y el Vístula hasta el tercer siglo. Los Eslavos, segun Procopio y Jornandes, formaban tres grandes divisiones: 1. Los Venedos ó Vándalos, que tomaron este nombre, habiendo arrojado á los que propiamente lo llevaban (ralea sueva, conquistadora del Africa), del pais entre el Memen y el Vístula. 2. Los Antes, que moraban entre el Dnieper y el Dniester. 3. Los Esclavones propios al norte de la Dacia. En la emigracion grande, aquellas castas se fueron adelantando hasta el Saal y el Elba. El habla esclavona es la cepa de donde han brotado la rusa, la polaca y la bohema y los dialectos de Lusacia, de parte del ducado de Luneburgo, de Carniola, Carintia, Estiria, etc., y los de Croacia, Bosnia y Bulgaria. Schlozer, historia del norte, p. 323 y 335, II. La casta címbrica. Da este nombre Adelung á cuantos no eran Suevos. Pasó esta casta el Rin, antes que la línea de César abarcase á Béljica, y son los Belgas de César y Plinio, ocupando tambien la isla Jutlandia. Los Cimbrios de Gáles y de Bretaña son de la misma descendencia. Varias tribus á la derecha del Rin, los Gutinos en Jutlandia, los Usipetos en Westfalia, y los Sicambros en el ducado de Berg, eran Jermanos Cimbrios. III. Los Suevos, conocidos desde muy antiguo por los Romanos, pues los menciona L. Corn. Sisena, quien vivia 123 años antes de Cristo (Nonio V, Lancea). Esta ralea, los verdaderos Jermanos, se estendian hasta el Vístula, y desde el Báltico hasta la selva Hercinia. Solia concretarse el nombre de Suevos á una sola tribu, como en César á los Catos, y se conserva ahora en Suabia.

Estas eran las tres raleas principales que moraban en Jermania; se iban moviendo de levante á poniente, siendo la cepa de los naturales modernos. Pero segun Schlozer, no eran los únicos pobladores de la Europa septentrional, pues otras castas de diverso oríjen é idioma moraron y dejaron descendientes por aquellos paises.

Apellidábanse, desde tiempos remotos, las tribus Jermanas con el nombre jenérico de Teutones, derivado por Tácito de uno de sus dioses, Tuiscon, pero se hace mas probable que tan solo significa jente, pueblo. Varias naciones bravías se han apropiado el mismo nombre, y así los Lapones se llaman Almag, jente; los Samoyedos Nilletz, Nisetsch, hombres, etc. En cuanto al nombre de Jermanos, César lo halló usado en la Galia, y lo fué repitiendo como voz salida ya de los Romanos. Varios eruditos (por un paso de Tácito, Jerm. 2) dan por supuesto que, despues de César, tan solo se aplicaba á los Teutones; pero Adelung refutó victoriosamente aquella opinion, pues aquel nombre se halla en los Fas-

tos Capitolinos. Véase Grutero, Inscrip. 2899, donde el cónsul Marcelo, en el año de Roma de 531, se dice que derrotó á los Galos, Insubrios y *Jermanos*, mandados por Virdomaro. Véase Adelung, Historia antigua de Alemania, p. 102.—Estractada de G.

(1) Los filósofos modernos de Suecia se muestran acordes en que las aguas del Báltico van menguando arregladamente como media pulgada al año; y así hace dos mil años que el mar estaba cubriendo las llanuras de Escandinavia, mientras las sierras descollaban sobre las aguas á manera de islas de varias dimensiones y trazas; y este es el concepto que nos están dando Mela, Plinio y Tácito de los anchurosos paises sobre el Báltico. Véase en la Biblioteca Raciocinada, t. XL y XLV, un estracto estenso de la Historia de Suecia por Dalin, compuesta en sueco (*).

(2) En particular M. Hume, el abate du Bos y M. Pelloutier, Hist. de los Celtas, t. I.

(3) Diodoro Sículo, l. V, p. 340, edic. de Wesseling. Herodiano, l. VI, p. 221. Jornandes, c. 55. Sobre las orillas del Danubio, el vino, al traerlo á la mesa, solia estar en carámbanos *frusta vini*. Ovid., Epist. ex Ponto, l. IV, 7, 9 y 10. Virjil., Jeorj., l. III, 355. Un militar y filósofo corrobora el hecho, por esperiencia del frio intensísimo de Tracia. Jenof., Anabasis, l. VII, p. 560, edicion de Hutchinson.

(4) Buffon, Historia Natural, t. XII, 79 y 116.

(5) Cæsar de Bell. Gallic., VI, 13, etc. Los Jermanos mas averiguadores ignoraban sus últimos linderos, aunque algunos habian viajado mas de sesenta jornadas (**).

(6) Cluverio (Germania Antiqua, l. III, c. 47) va escudriñando las porciones ya escasas y dispersas de la selva Hercinia.

(7) Charlevoix, Historia del Canadá.

(8) Afirma Olao Rudbeck que las Suecas suelen criar diez ó doce, y á veces veinte y aun treinta niños; pero se hace muy sospechosa la autoridad de Rudbeck.

(9) In hos artus, in hæc corpora, quæ miramur, excrescunt. Tacit., Germania, c. 20. Cluver, l. I, c. 14.

(*) Los jeólogos modernos impugnan esta mengua y rebaja del Báltico por opuesta á las observaciones mas recientes. Las variaciones notables de sus playas, por las observaciones actuales de M. Lyell, se atribuyen terminantemente á la elevacion arreglada y uniforme del terreno.—Jeolojía de Lyell, l. II, c. 17.

(**) El paso de César, «parvis rehnonum tegumentis utuntur», repara Luden (Hist. de los Pueblos Alemanes) no basta para comprobar la existencia del renjífero en Jermania. Corrobóralo no obstante un fragmento de Salustio. Jermani intectum rhenonibus corpus tegunt.—M.

(10) Plutarch. in Mario. Solian los Cimbrios, por via de recreo, de un resbalon sobre sus broqueles apearse desde los montes de nieve.

(11) Guerrearon los Romanos por todos los climas, y con su disciplina consumada se solian conservar sanos y briosos. Se hace reparable que el hombre es el único viviente que prospera en el ecuador como en el polo; en cuya ventaja el cerdo parece que es el que mas nos va á los alcances.

(12) Tacit., Germ., c. 3. La emigracion de los Galos iba siguiendo la corriente del Danubio, y desembocaba en Grecia ó en Asia. Tan solo pudo hallar Tácito una tribu escasa con rastros de oríjen galo (*).

(13) Segun el Dr. Keating (Historia de Irlanda, p. 13 y 14), el jigante Partolano, hijo de Seara, de Esra, de Sru, de Framante, de Fataclam, de Magog, de Japet, hijo de Noé, aportó en la costa de Munster, el 14 de mayo del año del mundo mil novecientos setenta y ocho. Aunque acertó su empresa, las liviandades de su mujer malhadaron en gran manera su vida interior, y lo destemplaron hasta el sumo grado de matar á su galgo predilecto. Este, segun advierte oportunamente el erudito historiador, fué el primer ejemplar de infidelidad femenil conocido en Irlanda.

(14) Historia Jeolójica de los Tártaros, por Abulghazi Bahadur Khan.

(15) Escasea infinito su obra intitulada Atlántica; pero Bayle dió de ella dos estractos curiosísimos. República de las Letras, enero y febrero de 1685.

(16) Tácit., German., c. 19. Literarum secreta viri pariter ac fœminæ ignorant. Démonos por satisfechos con autoridad tan decisiva, sin engolfarnos en contiendas enmarañadas sobre la antigüedad de la escritura rúnica. El erudito Celsio, Sueco, humanista y filósofo, opinaba que se reducia á las letras romanas, con las líneas curvas trocadas en rectas, para la facilidad del grabado. Véase Pelloutier, Historia de los Celtas, l. II, c. 11. Diccionario Diplomático, t. I, p. 223. Añadirémos que las

(*) Los Gotinos, que no deben equivocarse con los Godos, tribu sueva. Moraban otras muchas tribus galas, en tiempo de César, por la corriente del Danubio, mas no alcanzaron á contrarestar á los Suevos. Los Helvecios vecinos á la Selva Negra, entre el Maina y el Danubio, quedaban arrojados desde mucho antes del César, quien menciona á los Volcos Tectosages venidos de la parte del Langüedoque, y se avecindaron sobre la Selva Negra. Los Bayos se habian internado por la selva, dejando luego rastros de su nombre en Bohemia, y quedaron avasallados en el primer siglo por los Marcomanos. Los Boyos se aposentaron en la Nórica y se barajaron con los Lombardos, trocándose su nombre en el de Boyo Ario (la Baviera) ó Boyovarios; pues *var*, en varios dialectos jermanos, viene á significar los restos ó descendientes. Compárese Malte Brun, Jeografía, t. I, p. 410, edic. de 1832.—M.

inscripciones rúnicas mas antiguas se suponen del tercer siglo, y el primer escritor que menciona los caractéres rúnicos es Venancio Fortunato (Carm. VII, 18), quien vivia á fines del siglo sexto.

Barbara fraxineis pingatur RUNA tabellis (*).

(*d*) Luden (el autor de la Historia del pueblo aleman) descuella con su entusiasmo patriótico por las prendas y costumbres de sus antepasados. Hasta la frialdad del clima, la carencia de vides y frutales, como igualmente la barbarie de sus naturales, no son mas que calumnias de los afeminados Italianos. Por otra parte, M. Guizot (en su Historia de la Civilizacion, t. I, p. 272, etc) ha rasgueado un lindo cotejo entre los Jermanos de Tácito y los bravos del Norte de América.—M.

(17) Investigaciones filosóficas sobre los Americanos, t. III, p. 228. El autor de esta obra curiosa, si no estoy equivocado, es Aleman de nacimiento (De Pauw).

(18) El esmerado Cluverio suele afirmar al jeógrafo alejandrino.

(19) Véanse el César y el erudito M. Whitaker en su historia de Manchester.

(20) Tácit., Germ., 15.

(21) Cuando los Jermanos mandaron á los Ubios de Colonia que sacudiesen el yugo romano, y con la nueva libertad volviesen á sus costumbres antiguas, se aferraron en la demolicion de los muros de la colonia. «Postulamus a vobis, muros coloniæ munimenta servitii, detrahatis; etiam fera animalia, si clausa teneas, virtutis obliscuntur.» Tácit., Hist., IV, 64.

(22) Las aldeas desparramadas de la Silesia tienen leguas de largo. Véase Cluver, l. I, c. 13.

(*) Con injeniosidad y ahinco se han dedicado los humanistas del norte a despejar el tema intrincado de la escritura rúnica. Hay tres teorías diversas; la una, sostenida por Schlozer (Historia septentrional, p. 481, etc.), conceptúa sus diez y seis letras como estragadas del alfabeto romano post-cristiano en su fecha, y Schlozer atribuye su introduccion en el norte á los Alemanes. La segunda, de Federico Schlegel (Preliminares sobre la Literatura antigua y nueva), supone que los Fenicios fueron dejando estos caractéres por las costas del Mediterráneo y mares del norte, conservados luego por las castas sacerdotales y empleados en la majia. El oríjen comun y fenicio aclara su semejanza con las letras romanas. La última, á la cual propendemos, aboga por mayor antigüedad y veneracion á los Rúnicos, suponiéndolos orijinalmente Indo-teutónicos, traidos del Oriente, y conservados entre las varias ramas de aquel tronco. Véase sobre Deutsche Runen de W. C. Grimm, 1821, una Memoria del Dr. Legis. Fundamentos del antiguo norte. Revista trimestre, t. IX, p. 438.—M.

(23) Ciento y cincuenta años despues de Tácito fueron asomando algunas construcciones mas arregladas junto al Rin y el Danubio. Herodiano, l. VII, p. 234.

(24) Tacit., German., 17.

(25) Tacit., German., 5.

(26) Cæsar, de Bell. Gall., VI, 21.

(27) Tacit., Germ., 26. Cæsar, VI, 22.

(28) Tacit., Germ., 6.

(29) Dícese que los Mejicanos y Peruanos, sin uso de moneda ni hierro, habian progresado notablemente en las artes. Aquellas artes y los monumentos que dieron á luz se han abultado sobremanera. Véase Investigaciones sobre los Americanos, t. II, p. 153, etc.

(30) Tacit., Germ., 15.

(31) Tacit., Germ., 22 y 23.

(32) Idem, 24. Pudieron los Jermanos tomar de los Romanos las *artes* del juego, mas esta pasion está entrañablemente internada en el pecho humano.

(33) Tacit., Germ., 14.

(34) Plutarch. in Camillo. T. Livio, V, 33.

(35) Dubos, Hist. de la Monarquía francesa, t. I, p. 193.

(36) La nacion helvética, salida de un pais llamado Suiza, contenia 368.000 personas de toda edad y sexo (Cæsar, de Bell. Gall., I, 29). En el dia, el número de jente en el pais de Vaud (cortísimo distrito sobre las márjenes del lago Leman, y mucho mas culto que industrioso) asciende á 112,591. Véase un tratado de M. Muret, en las Memorias de la Sociedad de Berna.

(37) Pablo Diácono, c. 1, 2 y 3. Maquiavelo, Dávila y demás secuaces de Pacdo van retratando estas emigraciones como disposiciones arregladas y harto sistemáticas.

(38) Guillermo Temple y Montesquieu han esplayado sus fantasías sobre este punto con su acostumbrada brillantez.

(39) Maquiavelo, Historia de Florencia, l. I. Mariana, Hist. de España, l. V, c. 1.

(40) Cárlos V de Robertson. Ensayos Políticos de Hume.

(41) Tacit., German., 44 y 45. Freinshemio (quien dedicó su suplemento de Tito Livio á la reina Cristina de Suecia) tiene por conveniente el destemplarse contra el Romano que cometió tamaño desacato con los reinos del norte (*).

(*) Los Suiones y los Sitones son los moradores antiguos de la Escandinavia, y se rastrea su nombre por el de Suecia: no correspondian á la ralea de los

(42) ¿No cabe maliciar que la superstición es la enjendradora del despotismo? Los descendientes de Odino (cuya alcurnia no se estinguió hasta el año de 1060) se supone que reinaron en Suecia mas de mil años. El templo de Upsal era el antiguo solio de la relijion y del imperio. Hallo en el año 1153 una ley estrañísima, vedando el uso y la profesion de las armas á todos, menos á la guardia del rey. ¿No se hace probable que la cohonestasen con el pretesto de revivir alguna institucion antigua? Véase la Historia de Suecia por Dalin, en la Biblioteca Raciocinada, t. XL y XLV.

(43) Tacit., Germ., c. 43.

(44) Idem, c. 11, 12 y 13, etc.

(45) Grocio muda una espresion de Tácito, *pertractantur* en *prœtactantur*. La enmienda es igualmente injeniosa y cabal.

(46) Hasta en *nuestro* antiguo parlamento, los barones solian arrollar una votacion, no tanto con el número de los votantes como con su comitiva armada.

(47) Cæsar, de Bell. Gall, VI, 23.

(48) Minuúnt controversias es una espresion muy acertada del César.

(49) Reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt. Tacit., Germ., 7.

(50) Cluver., Germ. Ant., l. I, c. 38.

(51) César, VI, 22.

(52) Tacit., Germ., 7.

(53) Tacit., Germ., 13 y 14.

(54) Espíritu de las Leyes, l. XXX, c. 3; pero el desengaño despejado del abate Mably ataja los ímpetus grandiosos de Montesquieu. Observaciones sobre la Historia de Francia, tom. I, p. 356.

(55) Gaudent numeribus, sed nec data imputant, nec acceptis obligantur. Tacit., Germ., c. 21.

(56) Paseaban la adúltera azotándola por la aldea, sin que hermosura ni haberes proporcionasen compasion ni segundo marido, 18 y 19.

(57) Doscientos versos emplea Ovidio en su reseña de los sitios adecuados para el galanteo; pero les sobrepone á todos el teatro, como mas propio para reunir las beldades de Roma, y enternecerlas y suavizarlas.

(58) Tacit., Hist., IV, 61 y 65.

(59) El regalo de boda era una yunta de bueyes, caballos y armas. Se esplaya Tácito floridamente y de sobras sobre el asunto.

(60) El cambio de *exigere* en *exugere* es una enmienda acertadísima.

Suevos, sino á los no-Suevos ó Cimbrios, á los cuales arrojaron allá, ora al poniente, y ora al norte; pero se barajaron despues con las tribus suevas, entre ellas con las godas, dejando rastro de su nombre y poderío en la isla de Gotlandia.—G.

(61) Tácit., Germ., c. 7. Plutarc. in Mario. Antes que las Teutonas se mataran con sus hijos, se habian brindado á rendirse, con la condicion de ser esclavas de las vírjenes vestales.

(62) A poquísimos renglones se ciñe Tácito, y Cluverio se esplaya en ciento veinte y cuatro pájinas sobre este punto enmarañado; el primero desembosca por la Jermania los dioses de Grecia y Roma; y el segundo da por sentado que bajo los emblemas del sol, la luna y el fuego, sus relijiosísimos antepasados están adorando al Dios Trino y Uno.

(63) La selva sagrada, con que sublimemente horroriza Lucano, estaba junto á Marsella, pero las habia y muchas á su semejanza por Jermania (*).

(64) Tácit., Germania, c. 7.

(65) Tácit., Germania, c. 40.

(66) Véase la Historia de Cárlos V por Robertson, tom. I, nota 10.

(67) Tácit., Germ., c. 7. Eran únicamente aquellos estandartes cabezas de fieras.

(68) Véase un ejemplar de aquella costumbre, Tácit., Anal., XIII, 57.

(69) César, Diodoro y Lucano dan al parecer esta doctrina á los Galos, pero M. Pelloutier (Historia de los Celtas, l. III, c. 18) se afana en purificar sus espresiones por un rumbo mas católico.

(70) Sobre lo material y halagüeño de la doctrina del Edda, véase la Fábula XX en la version harto curiosa de aquel libro, publicada por M. Mallet, en su Introduccion á la Historia de Dinamarca.

(71) Véase Tácit., Germ., c. 3. Diod. Sicul., l. V. Estrabon, l. IV, p. 197. El lector humanista recordará el predicamento de Demodoco en la corte feacia y el denuedo infundido por Tirteo en los Espartanos ya desmayados. Hay sin embargo poca probabilidad de que Griegos y Jermanos fuesen un idéntico pueblo. Se escusarian muchas vaciedades eruditas, en haciéndose cargo de que la semejanza en situacion la trae tambien en las costumbres.

(*e*) Además de los cantares guerreros, cantaban tambien los Jermanos en sus banquetes festivos (Tacit., Anal., I, 65) y en derredor de sus héroes difuntos. El rey Teodorico, de la tribu goda, muerto en una batalla contra Atila, fué obsequiado con cantares al retirarlo de la refriega. Jornandes, c. 41. Se tributaron los mismos honores á los restos de Atila. Ibid., c. 49. Segun algunos historiadores, tenian tambien los Jermanos canciones nupciales; mas esto me parece contradictorio con sus costum-

(*) Los antiguos Jermanos tenian por ídolos unos bultos, y cuando empezaron á plantear viviendas regulares, edificaron tambien templos, como el de la diosa Teufana, patrona de la adivinacion. Véase Adelung., Hist. de los Antiguos Jermanos, p. 296.—G.

bres, en las cuales el desposorio se reducia á la compra de una consorte. Además, tan solo asoma un ejemplar del caso en el rey godo Ataulfo, que entonó él mismo su cántico nupcial, cuando se casó con Placidia, hermana de los emperadores Arcadio y Honorio (Olimpiodor., p. 8); pero aquella boda se celebró al rito romano, en el cual entraban los cantares nupciales. Adelung, p. 382.—G.

Dícese que Carlomagno recopiló las canciones nacionales de los antiguos Jermanos. Eginhardo, Vit. Car. Mag.—M.

(72) Missilia spargunt. Tacit., Germ., c. 6. O usó el historiador una suposicion jeneral, ó dió á entender que las arrojaban á bulto.

(73) Este era el distintivo principal de los Sármatas, quienes jeneralmente peleaban á caballo.

(74) La relacion de esta empresa cuaja gran parte de los libros cuarto y quinto de las Historias de Tácito, y sobresale mas por su elocuencia que por su despejo. Enrique Saville le ha notado algunos deslices.

(75) Habia perdido un ojo como ellos. Tácit., Hist., IV, 13.

(76) Estaba encajonado entre los dos brazos del antiguo Rin, subsistiendo hasta que la naturaleza y el arte se aunaron para variar el aspecto del pais. Véase Cluver., Germ. Antiq., l. III, c. 30 y 37.

(77) Cæsar, de Bell. Gall., l. VI, 23.

(*f*) Eran los Bructeros una tribu no sueva, que moraba por debajo de los ducados de Oldenburgo y Lauenburgo sobre el Lippe y en la sierra de Hartz. Entre ellos fué donde se afamó la sacerdotisa Veleda.

(78) Menciónanla sin embargo, en los siglos cuarto y quinto, Amiano, Nazario, Claudiano, etc., como tribu de los Francos. Véase Cluver., Germ. Antiq., l. III, c. 13.

(79) *Urgentibus* es la leccion corriente, pero la razon, Lipsio y algunos manuscritos se declaran por *Vergentibus*.

(80) Tacit., Germ., c. 33. Enfádase muchísimo el devoto abate de la Bleteria con Tácito, habla del diablo que fué desde el principio el matador, etc. etc.

(81) Asoman rastros de este sistema en Tácito y Dion, y muchos mas se colijen por los impulsos de la naturaleza humana.

(82) Hist. August., p. 31. Amiano Marcelino, l. XXXI, c. 5. Aurel. Victor. El emperador Marco se vió reducido á vender las alhajas del palacio, y tuvo que alistar esclavos y bandoleros.

(83) Los Marcomanos, colonia que desde la márjen del Rin abarcaba la Bohemia y Moravia, llegaron á encumbrar una monarquía crecida y formidable con su rey Marobodo. Véase Estrabon, l. VII (p. 290). Vell. Paterc., II, 108. Tacit., Anal., II, 63 (*).

(*) Los Mark-mannen, jente de la Marca, ó rayanos: parece que no cabe

(84) M. Wotton (Historia de Roma, p. 166) aumenta la prohibicion hasta diez veces la distancia. Sus raciocinios son relumbrantes, mas no concluyentes. Cerca de dos leguas eran muy suficientes para una valla fortificada.

(85) Dion, l. LXXI y LXXII.

(86) Véase una disertacion escelente sobre el oríjen y la vagancia de las naciones en las Memorias de la Academia de Inscripciones, tom. XVIII, p. 48 y 71. Por maravilla logran hermanarse tantísimo el anticuario y el filósofo.

(87) ¿Cabe el presuponer que Aténas tenia tan solo 21,000 ciudadanos, y Esparta menos de 40,000? Véanse Hume y Wallace sobre el número del linaje humano en los tiempos antiguos y modernos (*).

duda en que este era el sobrenombre, y no el verdadero nombre, de una parte de la gran ralea teutónica ó sueva.—M.

(*) Este número redondeado con arrojo no va muy lejano de la realidad. En cuanto al vecindario ateniense, véase Ste Croix, Acad. de Inscrip., XLVIII. Boekh, Economía Pública de Aténas, I, 47. Transacciones Inglesas, Fynes Clinton, Fasti Hellenici, vol. I, p. 381. El último autor regula los ciudadanos de Esparta en 33.000.—M.

CAPITULO X.

Los emperadores Decio, Galo, Emiliano, Valeriano y Galieno.— Acometimiento jeneral de los bárbaros.— Los treinta Tiranos.

Veinte años de afrenta y desventura mediaron desde los grandiosos juegos seculares celebrados por Filipo hasta la muerte del emperador Galieno. Señalóse este plazo tan calamitoso cada momento; adoleció cada provincia con bárbaros invasores y tiranos militares, y el imperio arruinado aparecia asomado á su esterminio Los trastornos de aquella época y la escasez de documentos auténticos imposibilitan al historiador su anhelado desempeño, quebrando á cada paso el hilo ya harto confuso de la narracion. Atenido á fragmentos sucintos y enmarañados, y aun, á lo mejor, contradictorios, tiene que andar pesquisando, careando y descubriendo, y aunque jamás debe realzar sus conjeturas á la clase de los hechos, el conocimiento no obstante del pecho humano, y el rumbo invariable de sus ímpetus ciegos y desenfrenados pueden en ciertos casos hacer veces de materiales históricos.

Obvio es, por ejemplo, el concepto de que tanta matanza de emperadores habia relajado todos los vínculos recíprocos entre el príncipe y el pueblo; que todos los jenerales de Filipo estaban prontos á imitar al soberano, y que el antojo de la soldadesca, curtida ya en revoluciones violentas, podia muy bien cada mañana amanecer con uno de los ínfimos camaradas encumbrado en el solio. Cábele á la historia el añadir que la rebelion contra el emperador Filipo estalló en el verano del año 249 en las lejiones de Mesia, y que un subalterno (1) llamado Marino fué el nombrado sediciosamente. Sobresaltóse Filipo, temeroso de que la traicion del ejército de Mesia fuese la tea inflamadora del incendio jeneral. Fuera de sí con el remordimiento de su maldad y de su peligro, participó la novedad al senado. Enmudeció todo con la zozobra, y quizás con el encono, hasta que al fin Decio, uno de los vocales, engriéndose cual correspondia á su alcurnia, se revistió de mas denuedo del que manifestaba el emperador. Trató el asunto con sumo menosprecio, como alboroto repentino y desvariado, y al competidor de Filipo como un monarca aéreo, que en breve se desvaneceria con la misma insubsistencia que lo habia enjendrado. El cumplimiento inmediato de la profecía infundió á Filipo sumo aprecio para con un consejero tan atinado, y conceptuó á Decio el único capaz de restablecer el sosiego y enfrenar la soldadesca con la debida disciplina, pues, ni aun despues del escarmiento de Marino, amainaban aquellos ánimos desmandados. Resistiéndose empeñadamente Decio (2) á su nombramiento, parece que insinuó el riesgo de dar un caudillo aventajado á los pechos coléricos y recelosos de la tropa, y esta predicacion quedó tambien comprobada con los acontecimientos. Precisaron las lejiones de Mesia á su juez á constituirse su cómplice, colocándole entre el dilema de la púrpura y la muerte, y su conducta posterior á este trance se hizo ya inevitable. Capitaneó ó siguió á su hueste hasta el confin de Italia, á donde Filipo, agolpando todas sus fuerzas para contrarestar al enemigo que él se habia labrado incautamente, le salió al encuentro. Aventajábase en número el ejército imperial, mas componian los rebeldes una hueste de veteranos acaudillada por un guerrero de todo desempeño. Filipo murió en la batalla ó fué ejecutado pocos dias despues en Verona, y los pretorianos mataron en Roma á su hijo y asociado; y Decio, victorioso, con realces mas positivos de los que podia jeneralmente alegar la ambicion de aquellos tiempos, quedó universalmente reconocido por el senado y las provincias. Cuéntase que habiendo aceptado á su pesar el dictado de Augusto, siguió protestando privadamente su lealtad á Filipo, y le aseguró que en llegando á Italia, se despojaria del ropaje imperial para reducirse á su jerarquía de un súbdito obediente. Podian ser injenuas sus protestas, mas puesto ya en aquella cumbre por la suerte, no podia ya indultar ni ser indultado (3).

No bien habia el emperador Decio dedicado algunos meses á los desvelos de la paz y la administracion de justicia, cuando le llamaron como á voz de pregon las riberas del Danubio con la invasion de los Godos (A. 250). Esta es la primera coyuntura de entidad en que la historia menciona aquel gran pueblo, que luego derrumbó el poderío de Roma, saqueó el Capitolio, y reinó en la Galia, España é Italia. Hízose tan memorable la parte que tuvieron en la ruina del imperio occidental, que se halla frecuente, pero impropiamente usado, el nombre de Godos como una denominacion jeneral de bárbaros cerriles y belicosos.

Al principio del siglo sexto y tras la conquista de Italia, los Godos, ya engrandecidos, esplayáronse muy naturalmente con la perspectiva de sus glorias pasadas y venideras, y anhelaron conservar la memoria de sus antepasados, y trasladar á la posteridad sus propias hazañas. El ministro principal de la corte de Ravena, el sabio Casiodoro, halagó la propension de los vencedores en su Historia gótica, que consta de doce libros, incompletos ahora en el escaso compendio de Jornandes (4). Traspusieron estos escritos con mañoso laconismo los fracasos de la nacion, encarecieron su venturoso denuedo, y engalanaron el triunfo con trofeos asiáticos, pertenecientes en realidad al pueblo escita. Por el testimonio de cantares antiguos, documentos dudosos, pero únicos, entre bárbaros, rastreaban el oríjen primitivo de los Godos de la isla ó península grandiosa de la Escandinavia (5) *(a)*. No desconocian los conquistadores de Italia aquel remate del pais septentrional, pues finezas recientes de intimidad habian fortalecido los vínculos del antiguo parentesco, y un rey escandínavo habia placenteramente orillado su encumbramiento para disfrutar lo restante de su vida en la corte sosegada y culta de Ravena (6). Rastros muy ajenos de toda invencion vanidosa acreditan la residencia remota de los Godos allende el Báltico. Desde el tiempo del jeógrafo Tolemeo, la parte meridional de la Suecia continuó al parecer en manos de la porcion menos emprendedora de la nacion, y ahora mismo divídese su territorio cuantioso en Gocia oriental y occidental. En la edad media (desde el siglo noveno al duodécimo), mientras el Cristianismo iba pausadamente progresando hácia el norte, componian los Godos y los Suecos dos cuerpos diversos y á veces enemigos de la idéntica monarquía (7), y el último nombre ha prevalecido sin borrar el primero. Los Suecos, que debieran mostrarse bien hallados con su propia nombradía en armas, han estado siempre blasonando de su gloriosa parentela con los Godos: y Cárlos XII, en un rapto de enojo con la corte de Roma, apuntó que sus tropas victoriosas no bastardeaban respecto á los sojuzgadores de la dueña del orbe (8).

Subsistió hasta fines del siglo once en Upsal, la ciudad preeminente de Suecos y Godos, un templo esclarecido y realzado con el oro granjea-

do por los Escandínavos en sus piraterías, y consagrado además con los zafios remedos de tres deidades principales, la diosa de la jeneracion, el dios de la guerra y el del trueno. Sacrificábanse en la festividad jeneral, solemnizada de nueve en nueve años, nueve vivientes de cada especie, sin esceptuar la humana, y sus cadáveres ensangrentados se enarbolaban por el bosque sacrosanto inmediato al edificio (9); y aun en el dia se hallan los rastros de tan rematada barbarie en el Eda *(b)*, que contiene un sistema de mitolojia recopilado en Islandia por el siglo trece, y estudiado por los eruditos de Dinamarca y Suecia, como las reliquias mas apreciables de sus tradiciones antiguas.

En medio de la lobreguez misteriosa del Eda, relampaguean los asomos de dos personajes equivocados bajo el nombre de Odino, el dios de la guerra, y el sumo lejislador de la Escandinavia, y el postrero, allá un Mahometo septentrional, fraguó una relijion propia del clima y de los naturales. Postráronse crecidas tribus, por ambas orillas del Báltico, ante el denuedo incontrastable de Odino, su persuasiva y su maestría en la majia. Confirmó con su muerte voluntaria la creencia que habia ido propagando por el espacio de su larga y próspera vida, pues temeroso ya de los asomos de los achaques y dolencias, acordó morir como correspondia á un guerrero. En la solemne reunion de Suecos y Godos, hirióse mortalmente en nueve parajes, preparando (como lo estuvo afirmando con voz desmayada) el banquete de los héroes en el alcázar del dios de la guerra (10).

Distinguíase la mansion nativa de Odino con la denominacion de Argard, y la semejanza de aquel nombre con Axburgo y Azof (11), voces de significacion parecida, ha dado márjen para idear un sistema histórico tan halagüeño, que viene á infundir el deseo de avenirse á él. Supónese que Odino acaudilló una tribu de bárbaros que habitó las orillas del lago Meotis, hasta que el esterminio de Mitrídates y las armas de Pompeyo amenazaron el norte con su servidumbre. Que Odino, cediendo á una potestad irresistible, capitaneó su tribu desde el confin de la Sarmacia asiática hasta Suecia, con el grandioso intento de plantear en aquel retiro inaccesible una relijion y un pueblo que allá en tiempos lejanos le suministrase inmortal desagravio, cuando los Godos invencibles, á impulsos de su marcial fanatismo, se disparasen á porfía en grandiosos enjambres desde las cercanías del polo para castigar á los opresores del linaje humano (12).

Aun cuando alcanzasen tan repetidas jeneraciones de Godos á conservar una tradicion escasa de su oríjen escandínavo, no debiéramos aun prometernos de bárbaros tan idiotas una relacion despejada del tiempo y circunstancias de su emigracion. Obvia era la travesía del Báltico, y los moradores de Suecia eran dueños de suficiente número de bajeles capaces con remos (13), pues la distancia se reduce á poco mas de treinta leguas

de Carlscrona á los próximos puertos de Pomerania y Prusia.... Aquí por fin nos apeamos en terreno histórico y firme. A lo menos desde el principio de la era cristiana (14) hasta la época de los Antoninos (15), hallábanse los Godos establecidos hácia la embocadura del Vístula, y en aquella fértil provincia donde mucho despues se fundaron las ciudades comerciantes de Thorn, Konigsberg, Elbing y Danzick (16). Al poniente de los Godos, esplayábanse con crecidas tribus los Vándalos por las orillas del Oder y las costas de Pomerania y de Meklemburgo; pero una semejanza palpable de tez, costumbres, relijion é idioma daba á entender el entronque orijinal de Vándalos y Godos (17), subdividiéndose los últimos en Ostrogodos, Visigodos y Jépidos (18). Deslindábanse entre los Vándalos con sus nombres peculiares los Hérulos, Borgoñones, Lombardos y un sinnúmero además de nacioncillas, que luego en siglos venideros pararon esclarecidamente en monarquías poderosas *(c)*.

Permanecian aun aposentados en Prusia por el tiempo de los Antoninos, y en el reinado de Alejandro Severo, adoleció ya de su inmediacion la provincia romana de Dacia, por sus correrías frecuentes y arruinadoras (19). Tenemos por tanto que colocar en este intermedio de unos setenta años la segunda emigracion goda desde el Báltico al Euxino, aunque el móvil recóndito, el empuje violento de aquel raudal se nos encubre, al par de todos los impulsos que arrebatan á unos bárbaros trashumantes. Epidemia, hambre, victoria, derrota, oráculo de sus dioses ó elocuencia de algun caudillo denodado, eran causas suficientes para de repente disparar las huestes góticas hácia los climas bonancibles del mediodía. Sobre el influjo de una relijion belicosa, el número y la gallardía de los Godos los habilitaban para los trances mas grandiosos y arriesgados. Sus broqueles redondos y espadas cortas los hacian formidables para toda refriega de hombre á hombre, la obediencia varonil que tributaban á sus reyes hereditarios fortalecia la union estrecha y el teson en sus intentos (20), y el afamado Amala, el héroe de su tiempo y el décimo antepasado de Teodorico, rey de Italia, realzaba con el predominio de su mérito personal la prerogativa de su nacimiento, que lo entroncaba con los *Anses* ó semidioses de la nacion goda (21).

Al eco de una empresa ajigantada siguieron los valientes de los estados vandálicos de Jermania, y muchos de ellos asoman luego en las peleas bajo el estandarte jeneral de los Godos (22). Trájolos el primer avance á las orillas del Pripec, rio que solian suponer los antiguos ser el brazo meridional del Boristénes (23). Los recodos de la corriente por las llanuras de Polonia y Rusia eran el rumbo de su marcha, proporcionando agua fresca y pasto á sus crecidos rebaños. Iban siguiendo á ciegas el cauce, confiados en su valentía, y menospreciando cuanto pudiera oponerse á su tránsito. Presentáronse los primeros los Bastarnos y Venedos, y la flor

de su juventud, por voluntariedad ó por violencia, acrecentó la hueste goda. Moraban los Bastarnos por el vertiente septentrional de los montes Carpatios; el inmenso trecho que los separaba de los montaràces de Finlandia quedó avasallado, ú mas bien talado por los Venedos (24), y hay algun motivo para opinar que los primeros, que, tras haber descollado en la guerra de Macedonia (25), se dividieron en las tribus formidables de los Peucinos, Beranos, Carpos, etc., descendian de los Jermanos (*d*). Con mas fundamento podemos aplicar orijen sármata á los Venedos que luego se afanaron tantísimo en la edad media (26); pero se barajaron en costumbres y enlacès por aquel confin siempre insubsistente que ofuscó á los mas esmerados observadores (27). Al irse los Godos acercando al Ponto Euxino, tropezaron con tribus mas castizas de Sármatas, los Yacijes, los Alanos (*e*) y los Roxolanos, siendo quizás los primeros Jermanos que se asomaron á las embocaduras del Boristénes y del Tanais. Si nos empeñamos en deslindar el pueblo de Jermania del de Sarmacia, echarémos de ver que se diferencian con los estremos de chozas fijas ó aduares movibles, de vestido ajustado, ú ropaje faldado, del enlace con una ó muchas mujeres, y con la hueste militar de caballería en el uno y de infantería en el otro, y ante todo con el uso del idioma teutónico ú esclavon, derramado este por las conquistas desde el confin de Italia hasta las cercanías del Japon.

Estaban ya los Godos poseyendo la Ukrania, pais dilatado y sumamente fértil, sajado por rios navegables, que por ambos lados desaguan en el Boristénes, y salpicado de grandiosos encinares. La abundancia de caza y pesca, los colmenares innumerables en troncos huecos y en las cuevas de los peñascos, que producian aun en aquellos siglos atrasadísimos un ramo de comercio cuantioso, la gallardía del ganado, el temple bonancible, lo adecuado del suelo para todo jénero de granos, y la lozanía de las plantas, en todo descollaba la profusion de la naturaleza, y estaba brindando al hombre con campo halagüeño para su industria (28); pero allá los Godos esquivaron tanto agasajo, y siguieron en su vida holgazana, menesterosa y salteadora.

Las rancherías escitas que confinaban por levante con los nuevos establecimientos de los Godos nada ofrecian á sus armas, sino el trance espuesto de una victoria infructuosa. Muy halagüeña por la inversa era la perspectiva del territorio romano, y en los campos de Dacia se mecian grandiosamente riquísimas mieses, sembradas por la mano de un pueblo industrioso, y espuestas al asalto de otro solamente guerrero. Se hace probable que las conquistas de Trajano, conservadas por los sucesores, no tanto en consideracion á ventaja alguna efectiva, como por grandeza ideal, habian contribuido á debilitar por aquella parte el imperio. La nueva y mal segura provincia de Dacia ni era de suyo harto poderosa para

contrarestar, ni bastante rica para saciar la rapacidad de los bárbaros. Mientras las orillas remotas del Niester se estuvieron conceptuando los linderos del poderío romano, resguardábanse con menos esmero las fortificaciones del bajo Danubio, y los habitantes de Mesia se apoltronaban adormecidamente, reputándose gozosos á inaccesible lejanía de los embates de salteadores bárbaros. Desengañólos lastimosamente el avance de los Godos en el reinado de Filipo, pues el caudillo de la nacion bravía atravesó con menosprecio la provincia de Dacia y traspuso sin tropiezo de entidad el Niester y el Danubio. Desamparó la disciplina relajada de los Romanos los puntos dominantes ó apostaderos mas reforzados, y el temor del escarmiento movió á muchos para irse alistando en los estandartes godos. Apareciose al fin la muchedumbre revuelta de bárbaros ante los muros de Marcianópolis, ciudad edificada por Trajano en obsequio de su hermana, y por entónces capital de la segunda Mesia (29). Avínose el vecindario á rescatar sus vidas y haciendas con el pago de una suma cuantiosa, y los salteadores regresaron á sus páramos, estimulados mas bien que satisfechos con el logro de su primer lance contra un pastan indefenso y opulento. Participóse luego al emperador Decio que Cniva, rey de los Godos, habia traspuesto el Danubio con mayores fuerzas; que sus crecidas algaradas iban talando á su salvo la provincia de Mesia, mientras el resto de la hueste, en número de setenta mil Jermanos y Sármatas, fuerza competente para la mas arrojada empresa, estaba clamando por la presencia del monarca romano para echar el resto de su poderío militar.

Encontró Decio á los Godos empeñados en cercar á Nicópolis, sobre el Jatro (A. 250), una de las memorias de Trajano por sus victorias (30). A su llegada levantaron el sitio, mas fué con la mira de encaminarse á objeto de mas entidad, cual fué el de sitiar á Filipópolis, fundacion en Tracia del padre de Alejandro á la falda del Hemo (31). Siguiólos trabajosamente Decio por un pais quebrado, á grandes marchas, mas al conceptuarse á larga distancia todavía de la retaguardia enemiga, revolvió Cniva sobre sus perseguidores desesperadamente. Quedó el campamento romano sorprendido y saqueado, y por la vez primera huyó desordenadamente el emperador ante una chusma de bárbaros mal armados; y tras porfiada resistencia, Filipópolis, desahuciada, tuvo que rendirse en el asalto. Cuéntase que en el saqueo fenecieron mas de cien mil personas (32), y muchos prisioneros de consideracion aumentaron el valor de la presa; Prisco, hermano del emperador Filipo, no se sonrojó de revestirse la púrpura, apadrinado por los salteadores enemigos de Roma (33). Dió sin embargo el sitio tregua suficiente al emperador Decio para reanimar la tropa, reforzarla y restablecer su disciplina. Fué interceptando

partidas de los Carpos y otros Jermanos que acudian desaladamente al cebo de la victoria de sus compatriotas (34), confió las gargantas de las sierras á oficiales de comprobado valor y fidelidad (35), repuso y robusteció las fortificaciones del Danubio, y echó el resto de sus desvelos para atajar los progresos y la retirada de los Godos. Alentado con la vuelta de su felicidad, estaba ansiando la coyuntura de recobrar en un lance grandioso y decisivo su propia nombradía y la del ejército romano (36).

Al propio tiempo que Decio estaba forcejeando contra el ímpetu de la tormenta, su entendimiento, sosegado y solícito en medio de los vaivenes de la guerra, se dedicaba á investigar los móviles jenerales que tan ejecutivamente atropellaban, desde la era de los Antoninos, la decadencia de la grandeza romana. Enteróse al punto de la imposibilidad absoluta de reponerla en su debido asiento, sin el arrimo de las virtudes públicas y de los principios antiguos, las costumbres y la majestad hollada de las leyes. Para el desempeño de tan arduo y esclarecido intento, acordó ante todo restablecer el cargo antiguo de censor, majistrado que, mientras subsistió en su primitiva entereza, habia contribuido en gran manera á la permanencia del estado (37), hasta que fué usurpado y gradualmente desatendido por los Césares (38). Hecho cargo de que la privanza con el soberano acarrea valimiento, y de que solo el aprecio público infunde autoridad, entregó al absoluto albedrío del senado la eleccion del censor, resultando nombrado por votos unánimes, ó mas bien por aclamacion (A. 251), aquel Valeriano, que fué despues emperador, y que á la sazon estaba sirviendo esclarecidamente en el ejército de Decio. Sabido por el emperador el decreto del senado, juntó un gran consejo en el campamento, y por preliminar de la investidura, le manifestó lo arduo y trascendental de aquel sumo cargo. « Venturoso Valeriano, » dijo el príncipe á su eminente súbdito, « venturoso con la aprobacion jeneral del senado y de la república romana; aceptad la censura del jénero humano y sentenciad sobre nuestras costumbres. Entresacaréis los acreedores á seguir de miembros del senado; devolveréis su antiguo esplendor al órden ecuestre; mejoraréis las rentas, aliviando sin embargo los gravámenes públicos. Iréis colocando en sus clases la infinita y diversa muchedumbre de ciudadanos, y haréis una reseña esmerada de la fuerza militar, de los caudales, la pujanza y los recursos de Roma, pues ejército, ministros de justicia, oficiales superiores del imperio, todos estarán subordinados á vuestro tribunal; sin mas escepcion que la de los cónsules ordinarios (39), del prefecto de la ciudad, del rey de los sacrificios, y (mientras conserve intacto su recato) la mayor de las vírjenes vestales; y aun estos pocos que no han de temer las providencias ansiarán el aprecio del censor romano (40). »

Majistrado revestido de tan amplia potestad no podia parecer ministro, sino compañero del emperador (41), y Valeriano se mostró fundadamente temeroso de un ascenso tan envidiable y arriesgado. Manifestó modestamente lo sumo y resbaladizo del encargo, su propia insuficiencia y la corrupcion incurable de las costumbres, insinuando mañosamente que la jurisdiccion del censor estaba aneja á la soberanía imperial, y que la diestra endeble de un súbdito no alcanzaba con mucho á abarcar aquel peso enorme de afanes y de poderío (42). Las estrechezes de la guerra, mas y mas peligrosa, pusieron luego un término á un empeño tan grandioso como impracticable, y al resguardar á Valeriano de sus escollos, evitó á Decio el malogro que iba probablemente á esperimentar. Un censor puede con efecto conservar la moralidad, mas no restablecerla en un estado, pues no le cabe ejercer su autoridad con provecho, ni aun con resultado, no mediando el arrimo del pundonor y de la virtud en los pechos, amantes por consecuencia del decoro y de la opinion pública y de cierta serie de preocupaciones auxiliares de las costumbres nacionales. Borrados estos principios, la jurisdiccion censoria debia parar en mero boato, ó convertirse en instrumento servil de violentas tropelías (43). Mas dable era el vencer á los Godos que el desarraigar los vicios inveterados, y aun en aquella empresa, vino Decio á perder su ejército y su vida.

Acorralaban y perseguian ya por donde quiera las armas romanas á los Godos, cuya juventud mas florida habia fenecido en el dilatado sitio de Filipópolis, y el pais exhausto no alcanzaba á suministrar abastos á la muchedumbre restante de los bárbaros desmandados. En tan estremado conflicto, bien hallados se mostraron los enemigos con comprar una retirada á su salvo, entregando todos sus despojos y prisioneros. Mas confiado el emperador en su victoria, y resuelto á dejar con su escarmiento despavoridas las naciones del norte, se desentendió de todo convenio, y los bárbaros altaneros antepusieron la muerte á la servidumbre. Trabóse la refriega junto á un pueblecillo llamado Foro de Trebonio en la Mesia (44). Escuadronados los Godos en tres líneas, la tercera, de intento ú por acaso, estaba por el frente resguardada con un pantano; murió de un flechazo en el primer avance, y á presencia de su desconsolado padre, el hijo de Decio, mozo de grandísimas esperanzas, y asociado ya á los honores de la púrpura; mas echando el resto de su fortaleza, amonestó á la tropa desalentada á que por la pérdida de un solo guerrero no creyese desamparada la república (45). Pelearon encarnizadamente, pues lidiaba la desesperacion contra el pesar y la saña; desbaratóse por fin y cedió la primera línea goda, y la segunda, acudiendo á su auxilio, padeció igual suerte, quedando sola é intacta la tercera, dispuesta á contrarestar el tránsito del pantano, intentado ciegamente por el engreimiento de sus

enemigos. Cambióse aquí el trance y se volvió contra los Romanos ; la hondísima ciénaga se hundia para los ya detenidos ; los Romanos no acertaban en aquel conflicto á esgrimir sus aceros, cuando los bárbaros, enseñados á pelear en lodazales y altos de cuerpo, blandian sus larguísimas lanzas y herian á gran distancia (46) : todo redundó en el esterminio de los Romanos, que fenecieron empantanados, sin que asomase jamás el cadáver del emperador (47). Tal fué el paradero de Decio, á los cincuenta años de edad, príncipe cabal, activo en la guerra, y afable en la paz (48), quien, al par con su hijo, ha merecido en la vida y en la muerte parangonarse con los dechados mas eminentes de la virtud antigua (49).

Amainó con tan estremado desman por algun tiempo el desenfreno de las lejiones ; pues parece que estuvieron muda y rendidamente esperando y obedeciendo el decreto del senado que arreglaba la sucesion al trono (A. 251, diciembre). Por un miramiento debido á la memoria de Decio, se confirió el título imperial á Hostiliano, su único hijo restante, mas concedióse igual jerarquía, con potestad mas efectiva, á Galo, cuya esperiencia y desempeño eran mas adecuados para el sumo cargo de tutor del jóven príncipe y ordenador del acongojado imperio (50). Clavó su primer ahinco el nuevo emperador en libertar las provincias ilíricas del intolerable azote de los Godos vencedores. Avínose á dejar en sus manos los riquísimos frutos de su invasion, un despojo inmenso, y, lo que era mas afrentoso, un crecido número de prisioneros de altas prendas y jerarquía (A. 252). Abasteció su campamento de cuanto regalo podia amansar su arrogancia y allanar su anhelada despedida ; y aun se comprometió á la pension anual de gran cantidad de oro, con tal que jamás asomasen ya por el territorio romano con sus azarosas correrías (51).

Allá en tiempo de los Escipiones solia la república triunfadora agasajar á los grandiosos potentados que galanteaban su patrocinio con regalos cuyo realce se cifraba todo en la mano que los franqueaba, reduciéndose á una silla de marfil, á un vestido tosco de púrpura, á tal cual pieza de plata labrada y algunas monedillas de cobre (52). Empozóse el caudal de las naciones en Roma, y ostentaban los emperadores su grandeza, y aun su política, con el ejercicio incesante de su largueza con los aliados del gobierno. Socorrian á los bárbaros menesterosos, honraban sus méritos y premiaban su lealtad, conceptuando estas demostraciones voluntarias, no como hijas de la zozobra, sino de la jenerosidad ó agradecimiento de los Romanos, y al ir distribuyendo derramadamente sus regalos y subsidios á los amigos y suplicantes, se denegaban adustamente á cuantos los requerian como deudas (53). Pero este pacto de pension anual á un enemigo victorioso vino á manifestarse sin disfraz bajo el con-

cepto de un tributo, afrentoso; y como no estaban aun los Romanos avezados á recibir leyes tan violentas de una tribu de bárbaros, el príncipe, que por una concesion precisa habia probablemente salvado la patria, paró en objeto de menosprecio y aversion jeneral. Interpretóse la muerte de Hostiliano, aunque sobrevenida en medio de una peste asoladora, como delito personal de Galo (54), y hasta la derrota del antecesor se achacó suspicazmente á los consejos alevosos del sucesor aborrecido (55). El sosiego que disfrutó el imperio en el primer año de su gobierno (56) sirvió solo para enconar, en vez de atraer, los ánimos descontentadizos, pues libres ya de las zozobras de la guerra, el desdoro de la paz se hizo mas perceptible y doloroso.

Mas airáronse infinitamente los Romanos cuando echaron de ver que ni aun con el sacrificio de su pundonor habian logrado afianzar su sosiego. Revelóse al orbe el secreto azaroso de la riqueza y endeblez del imperio, y nuevos enjambres de bárbaros, envalentonados con el éxito y desentendiéndose de toda obligacion de sus hermanos, talaron desaladamente las provincias ilíricas, estremeciendo hasta los mismos umbrales de Roma. Emiliano, gobernador de Panonia y Mesia, fué quien tomó á su cargo la defensa de la monarquía en aquel desamparo donde yacia por su apocado emperador. Juntando las fuerzas desparramadas y reanimando á las desmayadas tropas, repentinamente embistió, derrotó, arrojó y persiguió á los bárbaros hasta mas allá del Danubio. Repartió el caudillo triunfador, á fuer de donativo, el dinero apresado por via de tributo, y vitoreáronlo proclamándolo emperador los soldados en el campo de batalla (57). Ajeno Galo de los afanes por el bien público, y regalándose con las delicias de la Italia, quedó casi al mismo tiempo sabedor del éxito, de la rebeldía y de la llegada veloz de su ambicioso teniente. Adelantóse á su encuentro por las llanuras de Espoleto, y al avistarse las huestes, comparó la soldadesca de Galo la indecorosa conducta de su soberano con los blasones de su competidor; celebró el denuedo de Emiliano y prendóse de su largueza, pues ofreció aumentos considerables de paga á todos los desertores (58). Matando á Galo y á su hijo Valeriano, cesó la guerra civil, y el senado sancionó legalmente el derecho de la conquista.

Alternaban en las cartas de Emiliano á aquel cuerpo la modestia y la vanagloria, asegurándole que iba á resignar en sus manos certeras la administracion civil, dándose por pagado con la graduacion de su jeneral, y que así en breve reensalzaria la gloria de Roma, despejando el imperio de tanta gavilla de bárbaros, así del norte como del oriente (59). Halagaron su orgullo los vítores del senado, y medallas existentes todavía lo están representando con los dictados y atributos de Hércules Vencedor, y de Vengador Marte (60).

Aun cuando atesorase el nuevo monarca tan esclarecidas prendas faltóle el tiempo necesario para cumplir sus grandiosas promesas, pue mediaron escasamente cuatro meses entre su victoria y su caida (61) Triunfó de Galo, pero se postró ante un competidor de mas cuenta. Habia el desventurado príncipe enviado á Valeriano, honrado ya con el distintivo de censor, para traerle las lejiones de Galia y de Jermania (62), y el encargado desempeñó fiel y eficazmente su comision, pero llegando ya tarde para rescatar á su soberano, acordó vengarle. Reverenciando las tropas de Emiliano, acampadas en las llanuras de Espoleto, los derechos de su jerarquía, pero mucho mas la fuerza preponderante de su ejército, y resabiadas además con su despego á todo principio antiguo, ensangrentaron sin reparo sus manos con la muerte de un príncipe que acababan de engrandecer é idolatrar. Con su atentado (*f*) medró Valeriano quien vino á la verdad á sentarse en el trono por los medios usuales de una guerra civil, mas por un rumbo de inocencia único en aquellas revoluciones, pues ni debia agradecimiento ni subordinacion al destronado.

Era Valeriano como de sesenta años (63) cuando se revistió la púrpura no por un antojo de la plebe, ni por un alboroto del ejército, sino por l voz unánime del orbe romano. En sus ascensos sucesivos por la escala establecida, habia ido mereciendo la privanza de todo príncipe virtuoso declarándose siempre enemigo de los tiranos (64). Su nacimiento ilustre sus costumbres suaves é irreprensibles, su cordura, su instruccion y su esperiencia lograban el aprecio del senado y del pueblo, y si el linaje humano (segun la advertencia de un escritor antiguo) fuese árbitro de escojerse un dueño, recayera esta preferencia en Valeriano (65). Quizás el mérito del emperador no correspondia á su concepto, y quizás su desempeño, ó á lo menos su eficacia, adolecia de la decadencia y tibieza de la edad. Hecho cargo de esto, trató de promediar el solio con un socio mas mozo y mas activo (66), pues el conflicto de la situacion requeria un jeneral no menos que un príncipe, y la esperiencia del censor romano pudiera apuntarle el individuo acreedor á la púrpura imperial, como galardon del mérito militar. Mas en vez de atinar con una eleccion que consolidase su reinado y realzase su memoria, atendiendo mas bien á los impulsos del cariño ú de la vanagloria, revistió Valeriano con los honores supremos á su hijo Galieno, mozo afeminado, cuyos vicios estaban encubiertos hasta entónces en el arrinconamiento de su vida privada. Gobernaron de mancomun siete años, y Galieno solo reinó además otros ocho, mas todo este plazo fué una serie perpetua de lástimas y trastornos. Como asaltaban á un mismo tiempo y por donde quiera el imperio romano invasores ciegos y furibundos por defuera, y usurpadores insa

ciables y frenéticos por dentro, para metodizar y despejar el intento, seguirémos, no tanto el hilo de las fechas como el de los acontecimientos segun su natural enlace. Los enemigos mas azarosos de Roma, en los reinados de Valeriano y Galieno, fueron 1.° los Francos, 2.° los Alemanes, 3.° los Godos, y 4.° los Persas; abarcando bajo estas jeneralidades los aventureros de tribus menos abultadas, cuyos nombres desconocidos y enrevesados abrumarian la memoria y ofuscarian la atencion de los lectores.

I. Por cuanto la posteridad de los Francos está componiendo una de las naciones mayores y mas ilustradas de Europa, hase echado el resto de la erudicion y del injenio para deslindar sus antepasados idiotas. Tras las consejas, asomaron sistemas fantásticos, y se han ido desmenuzando las citas y presenciando los parajes por donde cupiese venir á rastrear su recóndito orijen. Ora la Panonia (67), ya la Galia, y luego la Jermania (68) han sido alternativamente su cuna, hasta que por fin los críticos mas sensatos, hollando esas emigraciones soñadas de conquistadores ideales, han concordado en un dictámen cuya sencillez aboga por su veracidad (69). Dan por supuesto que por los años 240 (70) se fraguó una confederacion bajo el nombre de Francos por los moradores del bajo Rin y del Wiser (*g*). El círculo actual de Westfalia, el Landgraviato de Hese, y los ducados de Brunswick y de Luxemburgo fueron el solar antiguo de los Caucos que en sus pantanos inaccesibles retaban á las armas romanas (71); de los Queruscos, engreidos con la nombradía de Arminio; de los Catos, formidables por su denodada é incontrastable infantería, y de otras tribus inferiores en nombre y poderío (72). La pasion á la libertad era la dominante de estos Jermanos, su goce el mayor tesoro, y la voz que espresaba este logro la mas halagüeña á sus oidos. Merecieron, se apropiaron y conservaron el dictado honorífico de Francos ú hombres libres, que encubria, mas no borraba los nombres peculiares de los varios estados de la confederacion (73). Tácita anuencia y ventaja mutua apuntaron las leyes de aquella union que se fué robusteciendo con el ejercicio y la esperiencia. Remedo era la liga de los Francos del cuerpo helvético, en el cual, reteniendo cada canton su respectiva soberanía, tercia con sus hermanos en la causa comun, sin reconocer la autoridad de ningun caudillo supremo ú asamblea representante (74). Mas diferenciábase muchísimo el principio de ambas confederaciones, pues una paz de doscientos años ha premiado la política cuerda y honrada de los Suizos, y un vaiven perpetuo, sediento de rapiña, y el menosprecio de los tratados mas solemnes tiznó la índole de los Francos.

Harto esperimentado tenian los Romanos el denuedo de aquel pueblo de la Jermania inferior, cuya reunion estaba amenazando la Galia con una

invasion cual nunca formidable, y requeria la presencia de Galieno, sucesor y compañero en la potestad imperial (75). Mientras el príncipe y su tierno hijo Salonio ostentaban en la corte de Tréveris la majestad del imperio, acaudillaba maestramente los ejércitos el jeneral Póstumo, quien, por mas que luego traicionase á la familia de Valeriano, permaneció siempre fiel á los intereses de la monarquía. El alevoso lenguaje de panejíricos y medallas está en confuso pregonando una serie dilatada de victorias, y acreditan los trofeos (si tales documentos pueden hacer fe) la nombradía de Póstumo, condecorado repetidamente con los dictados de vencedor de los Jermanos y salvador de las Galias (76).

Pero un hecho particular, el único que nos consta, desvanece en gran manera toda esta vanagloria aduladora. El Rin, aunque realzado con el título de salvaguardia de las provincias, era una valla mezquina para atajar el denuedo emprendedor que arrebataba á los Francos. Talaron repentinamente desde aquel rio hasta la falda del Pirineo, cuyas cumbres tampoco los detuvieron. La España, siempre sin zozobra por parte de los Jermanos, lejos de acertar á contrarestarlos, por espacio de doce años, que es casi todo el reinado de Galieno, estuvo lastimosamente hostilizada y aun yerma con toda su opulencia. Tarragona, capital floreciente de una provincia pacífica, fué saqueada y asolada (77); y aun muy posteriormente, en tiempo de Orosio, que escribió en el siglo V, pobres chozas dispersas por los escombros de ciudades suntuosas estaban todavía recordando la saña de los bárbaros (78). Apurada ya la presa en el pais exánime, apoderáronse los Francos de algunos bajeles por los puertos de España (79), y arribaron á las playas de la Mauritania. Atónita quedó aquella remota provincia con el desenfreno de tales fieras, que al parecer se descolgaban allá de algun nuevo mundo, con sus nombres, costumbres y rostros igualmente desconocidos por la costa de Africa (80).

II. En la parte de la Sajonia alta, allende el Elba, llamada ahora el marquesado de Lusacia, hubo allá en lo antiguo una selva sagrada, lóbrego solar de la supersticion de los Suevos. A nadie era lícito hollar el recinto sacrosanto sin confesar con rendido acatamiento la presencia inmediata de la Deidad suprema (81). Contribuyó el patriotismo, al par de la devocion, á consagrar el Sonnenwald, ó el bosque de los Semnones (82), pues creíase universalmente que habia salido á luz la nacion en aquel sitio santificado. Acudian por medio de sus embajadores, á ciertos plazos, cuantas tribus crecidas blasonaban de sangre sueva; y perpetuábase la memoria de su hermandad nativa con ritos barbarísimos y sacrificios humanos. El nombre dilatado de Suevos abarcaba el interior de Jermania desde las orillas del Oder hasta las del Danubio. Diferenciábanse

de los demás Jermanos por el peinado particular de su cumplida cabellera que recojian en un moño revuelto sobre la coronilla, y se engreian con aquel realce que embravecia y ajigantaba sus filas á los ojos del enemigo (83). Los Jermanos, ansiosos como eran de la nombradía militar, sobreponian todos la valentía de los Suevos; y las tribus de los Usipetos y Tencteros, que con crecida hueste habian contrarestado al dictador César, manifestaron que no conceptuaron por afrenta el haber huido de un pueblo cuyas armas no podian contrarestar los mismos dioses inmortales (84).

Aparecióse en el reinado del emperador Caracala, por las orillas del Mein, un enjambre innumerable de Suevos, amagando á las provincias inmediatas, en pos de abastos, de robos, ó de nombradía; y aquella hueste (85) agregadiza fué por puntos creciendo hasta formar ya una nacion grandiosa y permanente, y por componerse de varias tribus diversas, vino por fin á apellidarse Alemanes (*h*) ó *Todos los hombres*, espresando á un tiempo su variada alcurnia y bizarría jeneral (86). Esto último se dejó esperimentar por los Romanos en sus redobladas y asoladoras correrías, pues los Alemanes, peleando principalmente montados, interpolaban y fortalecian su caballería con infantes entresacados de su juventud mas florida y selecta, amaestrados con el incesante ejercicio á acompañar á los jinetes en marchas larguísimas, avances arrojados y retiradas ejecutivas (87).

Atónitos estos Jermanos tan guerreros con los inmensos preparativos de Alejandro Severo, quedaron luego aterrados con las armas de su sucesor tan bárbaro y feroz como ellos mismos; mas á fuer de salteadores asomados al imperio, acrecentaron el trastorno jeneral que sobrevino á la muerte de Decio. Plagaron horrorosamente las ricas provincias de la Galia, y fueron los que se arrestaron á descorrer el velo que encubria la majestad endeble de Italia. Un cuerpo crecido de Alemanes atravesando el Danubio, se descolgó luego de los Alpes Recios sobre las llanuras de Lombardía, se adelantó hácia Ravena, y tremoló las banderas victoriosas de los bárbaros casi á la vista de Roma (88). El desacato y el peligro reencendieron en el senado algunas chispas de la virtud antigua, pues ambos emperadores se hallaban embargados en guerras lejanas, Valeriano por el Oriente, y Galieno sobre el Rin, y así todas las esperanzas y recursos de los Romanos se cifraban en ellos mismos. Encargáronse en aquel conflicto los senadores de la defensa de la república, pusieron en campaña la guardia pretoriana que guarnecia la capital, y completaron su fuerza alistando á los plebeyos mas deseosos de acudir al servicio público. Asombrados los Alemanes con la aparicion repentina de un ejército mas crecido que el suyo, se retiraron á Jermania, cargadísimos

de despojos, y su salida se conceptuó como victoria por los ya desaguerridos Romanos (89).

Noticioso Galieno de haberse ya la capital libertado de los bárbaros, le sirvió de menos complacencia que sobresalto el denuedo del senado, que pudiera algun dia incitarle á rescatar el pueblo no menos de la tiranía interior que de la estranjera. Publicóse su medrosa ingratitud con los súbditos en un edicto vedando á los senadores el ejercer empleo alguno militar, y aun el acercarse á los campamentos de las lejiones. Infundadas zozobras, pues los nobles opulentos y apoltronados, conjeniando de suyo con aquella exencion afrentosa del servicio militar, aceptáronla como fineza, y con tal que se les franquease el goce de sus baños, teatros y quintas, se desentendian gozosos de los afanes arriesgados del gobierno, puestos ya en las toscas manos de campesinos y soldados (90).

Menciónase por un escritor del Bajo Imperio otra invasion al parecer mas formidable, aunque mas gloriosa en las resultas, de los Alemanes, pues se dice haber quedado vencidos hasta trescientos mil guerreros, en una batalla junto á Milan, por el mismo Galieno, al frente de solos diez mil Romanos (91); mas atribuimos con suma probabilidad esta victoria increible á la credulidad del historiador, ó al desempeño exajerado de algun teniente del emperador. Con armas muy diversas se esmeraba Galieno en resguardar la Italia de todo embate de los Jermanos, pues se enlazó con Pipa, hija del rey de los Marcomanos, una de las tribus suevas que solia equivocarse con los Alemanes en sus guerras y conquistas (92). Concedió al padre en prenda de su entronque un establecimiento grandioso en Panonia, y parece que el embeleso nativo de una beldad tosquísima afianzó el cariño del emperador inconstante, y así vino el amor á estrechar los vínculos ideados por la política; mas la preocupacion altanera de Roma, jamás se avino á que se apellidase matrimonio la union profana de un ciudadano con una hembra bárbara, y tiznó á la princesa jermana con el baldon afrentoso de manceba de Galieno (93).

III. Hemos ido ya delineando el rumbo de los Godos desde Escandinavia, ó al menos desde Prusia, hasta la embocadura del Boristénes, y siguiendo sus armas victoriosas de allí hasta el Danubio, cuyo confin, en los reinados de Valeriano y de Galieno, estuvo siempre acosado de Jermanos y Sármatas, pero defendido con teson y acierto desusado. Las provincias que solian estar en guerra iban surtiendo las huestes romanas con inexhaustos refuerzos de tropa sufrida, y algunos de estos campesinos ilíricos se encumbraron á la jerarquía y acreditaron el desempeño de jenerales. Aunque solian penetrar hasta la raya de Macedonia y aun de Italia las algaradas que á toda hora se asomaban á las márjenes del Danubio, quedaban por lo mas atajadas ó interceptada su salida por los tenientes

imperiales (94); pero el raudal arrollador de la hueste goda se arrojó por diverso cauce. Señorearon los Godos, desde su nuevo establecimiento en Ukrania, la costa septentrional del Euxino, y al mediodía de este grandioso charco, florecian y descollaban las riquísimas provincias del Asia Menor, que atesoraban cuanto podian apetecer, sin antemural que pudiera contrarestar á un conquistador bravío.

Veinte leguas distan las orillas del Boristénes de la angosta entrada (95) de la Crimea tártara, conocida por los antiguos bajo el nombre de Quersoneso Táurico (96). En esta costa montaraz, Eurípides, hermoseando primorosamente las consejas de la antigüedad, colocó la escena de una de sus trajedias mas patéticas (97). Los sacrificios sangrientos á Diana, la llegada de Pílades y Orestes, y el triunfo de la virtud y la relijion sobre la cerril adustez, simbolizan la verdad histórica de que los Tauros, indíjenas de la península, se fueron desprendiendo de su irracionalidad con el roce sucesivo de las colonias griegas planteadas por la costa marítima. El reino del Bósforo, cuya capital estaba sobre la entrada que junta el Meotis con el Euxino, se componia de Griegos dejenerados y de bárbaros medio civilizados. Subsistia independiente desde la guerra del Peloponeso (98), quedó conquistado por la ambicion de Mitridates (99), y con todos sus dominios se hundió bajo el poderío de los Romanos. Desde el reinado de Augusto (100) fueron los reyezuelos del Bósforo rendidos, y no inservibles aliados del imperio, pues con sus regalos, sus armas y una leve fortificacion atravesada por el istmo, atajaban á los salteadores de Sarmacia, y, por su situacion particular y puestos adecuados, señoreaban el Ponto Euxino y el Asia Menor (101). Mientras se mantuvo el cetro en manos de la propia alcurnia, desempeñóse el importantísimo encargo con denuedo y acierto, pero desavenencias internas ó intereses privados de usurpadores desconocidos, que se apoderaron del trono vacante, admitieron á los Godos en el corazon del Bósforo. Los conquistadores, dueños de un erial de suyo fértil, dispusieron de una fuerza naval suficiente para trasportar sus huestes á la costa de Asia (102). Eran los bajeles para la navegacion del Euxino de construccion estraña, pues se reducian á unos barcos chatos, fabricados únicamente de madera sin clavazon de hierro, y cubiertos en apuradas coyunturas con una especie de techumbre inclinada á los asomos de una tormenta (103). Lanzáronse al vaiven de estas casas fluctuantes los Godos á la merced de un mar desconocido, bajo el albedrío de unos navegantes forzados á su servicio, y cuya intelijencia y lealtad eran igualmente sospechosas. Mas la esperanza de la presa arrolló toda aprension, y su natural audacia hacia para ellos veces de confianza racional, parto dichoso del saber y de la esperiencia. Tan denodados aventureros no podian menos de zaherir á cada paso la cobardía de sus conductores, que se atenian á una bonanza declarada pa-

ra dar la vela, sin desviarse hasta fuera de la vista de tierra. Tal es á lo menos la práctica de los Turcos (104) actuales, que no desmerecen en gran manera de los antiguos navegantes del Bósforo.

La escuadra goda, dejando á su izquierda la costa de Circasia, apareció delante de Pitio (105), el remate de las provincias romanas, ciudad con puerto apreciable y fortificada con recia valla. Tropezaron allí con resistencia mas reñida de lo que podian conceptuar de la escasa guarnicion de una fortaleza remota. Quedaron rechazados, y su malogro alivió el pavor del nombre godo. Estrelláronse todos sus conatos contra la defensa de Succesiano, oficial de graduacion y de mérito; mas luego que Valeriano lo sacó de la frontera para ascenderlo á destino de mas realce, pero de menos entidad, revolvieron sobre Pitio, y con la asolacion de la ciudad borraron la memoria de su primer desastre (106).

Por el rumbo circular del estremo del oriente del Ponto Euxino es la navegacion de Pitio á Trebisonda como de cien leguas (107), y el derrotero de los Godos los llevó á la vista de la Cólquida, tan decantada en la espedicion de los Argonautas; y aun intentaron, aunque sin éxito, el saquear un templo riquísimo á la embocadura del rio Fasis. Trebisonda, celebrada en la retirada de los diez mil como antigua colonia griega (108), debia su riqueza á la munificencia del emperador Adriano, quien construyó un puerto artificial en una costa falta naturalmente de fondeaderos (109). Era la ciudad crecida y populosa; su recinto doble retaba al parecer el ímpetu de los Godos, y su guarnicion se habia reforzado con diez mil hombres. Mas no hay ventajas que suplan la falta de vijilancia y disciplina. Esplayábase la grandiosa guarnicion en funciones espléndidas, desentendiéndose de guardar sus fortificaciones inespugnables. Noticiosos los Godos del abandono y adormecimiento de los sitiados, escalaron los muros en el silencio de la noche, se derramaron espada en mano por la ciudad indefensa, y matando indistinta y jeneralmente al pueblo, los soldados despavoridos huyeron por las puertas opuestas de la ciudad. Templos sacrosantos, edificios suntuosos, todo yació desplomado en el comun esterminio. Inmenso fué el despojo que cayó en poder de los Godos, pues las riquezas del pais se habian depositado en Trebisonda, como sitio de salvacion; y como los bárbaros fueron arrollando la provincia entera del Ponto sin contraste, fué indecible el número de los cautivos (110). Cargaron la riquísima presa en la gran escuadra que hallaron en el puerto de Trebisonda. Encadenaron al remo á la juventud robusta de toda la costa, y satisfechos ya los Godos con el logro de su primera espedicion naval, regresaron triunfalmente á sus nuevos establecimientos en el reino del Bósforo (111).

Mas abultada en naves y jente fué la segunda espedicion goda, pero

tomó diverso rumbo, pues orillando las provincias ya desangradas del Ponto, se engolfó por la costa occidental del Euxino, siguió por delante de las embocaduras anchurosas del Boristénes, Niester y Danubio, y reforzando su escuadra con el apresamiento de crecido número de barcos pescadores, embocó el estrecho del desagüe del Euxino en el Mediterráneo, que separa los continentes de Europa y Asia. Acampaba la guarnicion de Calcedonia junto al templo de Júpiter Urio, sobre el promontorio que domina aquella entrada, y escedia aquel cuerpo de tropas en número á la hueste goda. Mas desamparando atropelladamente su ventajosa posicion, quedó abandonada Calcedonia, aunque muy surtida de armas y caudales, á merced del vencedor. En la alternativa de anteponer los Godos el Asia ó la Europa, al principio de sus hostilidades, un fujitivo alevoso les apuntó Nicomedia *(i)*, capital del reino de Bitinia, como conquista fácil y riquísima. Sirviólesde guia en su marcha de veinte leguas desde su campamento en Calcedonia (112), acaudilló sin contraste el avance y terció en la presa, pues eran ya los Godos harto entendidos para premiar al traidor que aborrecian. Niza, Prusa, Apamea y Cio *(j)*, ciudades competidoras ó secuaces del esplendor de Nicomedia, adolecieron de la idéntica plaga, que en pocas semanas fué asolando á su salvo toda la provincia de Bitinia, pues el espacio de trescientos años de paz en que se embebecieron los afeminados Asiáticos, habia borrado el ejercicio de las armas y desvanecido toda zozobra de peligro. Desmoronados yacian los antiguos muros, y todos los productos de la opulencia se dedicaban á la construccion de baños, templos y teatros (113).

Al contrastar allá Cícico el embate impetuoso de Mitridátes (114), descollaba por sus leyes sabias, su poderío naval de doscientas galeras, y tres arsenales, surtidos de armas, de máquinas militares y de granos (115). Era todavía el solar del lujo y la riqueza, mas solo quedaba de su antiguo poder la situacion en una islita de la Propóntida, engarzada con el continente de Asia por dos puentes. Los Godos, recien saqueada Prusa, se adelantaron hasta unas seis leguas de la ciudad (116) que tenian sentenciada á total asolacion; mas dilatóse su esterminio por un acaso venturoso. Era la estacion lluviosa, y el lago Apoloniates, desaguadero de todas las vertientes del monte Olimpo, habia crecido estraordinariamente, pues el riachuelo Ríndaco, trocado entónces en caudaloso rio, atajó el progreso de los Godos. Su retirada á la ciudad marítima de Heraclea se manifestó con la permanencia temporal de la escuadra, y luego con la dilatada fila de carruajes cargados de los despojos de Bitinia, y ante todo con las llamaradas de Nicea y Nicomedia que incendiaron por mero antojo (117); y solo asoman ciertas especies remotas de algun reencuentro indeciso que afianzó sin embargo su retirada (118); mas por cuanto los

asomos del equinoccio les avisaban el ejecutarla, aun toda victoria completa venia ya á ser infructuosa, pues el navegar por el Euxino antes de mayo ú despues de setiembre es ahora mismo para los Turcos un testimonio palpable de temeridad y desvarío (119).

Al decirnos que la tercera escuadra dispuesta por los Godos en los puertos del Bósforo se componia de quinientas velas (120), nuestra fantasía abulta el formidable armamento, pero asegurándonos el juicioso Estrabon (121) que en los bajeles usados por los bárbaros del Ponto y la Escitia menor para sus piraterías, solo cabian de veinte y cinco á treinta hombres, resulta que á lo sumo unos quince mil guerreros eran los embarcados en tan decantada espedicion. Mal hallados con la estrechez del Euxino, encaminan su rumbo asolador desde el Bósforo Cimerio al Tracio, y al encajonarse por el estrecho, se vieron repentinamente arrollados de nuevo hasta su entrada, hasta que al dia siguiente los llevó el viento favorable en pocas horas al mar apacible ó mas bien lago de la Propóntida. Desembarcados en la islilla de Cízico, quedó esterminada aquella antigua y hermosa ciudad. Arrojándose luego de nuevo por la estrechez del Helesponto, fueron sesgando su navegacion entre el sinnúmero de islas del Archipiélago ú Mar Ejeo. Requeríanse cautivos y desertores para tripular y marear sus barcos, y tambien para ir encaminando sus correrías, ya por la Grecia, ya por el Asia. Ancló por fin la escuadra goda en el puerto del Pireo, á dos leguas de Aténas (122), que intentó disponer una defensa porfiada. Cleodamo, uno de los injenieros empleados por el emperador para fortificar los pueblos marítimos contra los Godos, habia ido ya reponiendo los muros antiguos y desmoronados desde el tiempo de Sila; mas fueron infructuosos sus conatos, y aposentáronse los bárbaros en el solar nativo de las musas y las artes. Embargados desenfrenadamente los conquistadores en sus robos y su destemplanza, su escuadra, mal resguardada en el fondeadero del Pireo, fué embestida por el valiente Déxipo, que huyendo del saqueo de Aténas con Cleodamo, pudo reunir atropelladamente una partida de paisanos y soldados, y desagravió hasta cierto punto á su desventurado pais (123).

Mas esta hazaña, por mas que sobresalga en la decadencia de Aténas, sirvió solo para encruelecer, en vez de avasallar á los Septentrionales, pues allá fué ardiendo la Grecia toda á un mismo tiempo. Tébas y Argos, Corinto y Esparta, en lo antiguo tan memorablemente guerreras entre sí, eran incapaces de aprontar una hueste en campaña, y aun de resguardar sus malparadas fortificaciones. Embravecióse mas y mas la saña por mar y por tierra, y siguió destrozando desde la punta oriental de Sunio hasta la costa occidental del Epiro. Asomábanse ya los Godos á Italia, cuando el apoltronado Galieno empezó á desaletargarse. Orilló el emperador

sus deleites, y apareciéndose armado, su presencia parece que amortiguó la fogosidad y dividió la fuerza del enemigo. Aceptó Naulobato, caudillo de los Hérulos, una capitulacion honrosa, y alistándose con un cuerpo crecido de sus paisanos al servicio de Roma, fué revestido de la dignidad consular, que jamás habia venido á profanarse en las manos de un bárbaro (124). Crecidas cuadrillas de Godos, aburridos con el cansancio y los afanes de tan penoso viaje, se arrojaron á la Mesia, con ánimo de franquearse el paso por el Danubio á sus establecimientos en la Ukrania, y parara en su esterminio el desaforado intento, si la desavenencia de los jenerales romanos no les abriera rumbo para su salvamento (125). El corto número de los restantes asoladores acudió á sus bajeles, y ateniéndose al derrotero de su venida, regresaron por el Helesponto y el Bósforo, talaron en su tránsito las playas de Troya, cuya nombradía, inmortalizada por Homero, ha de sobrevivir probablemente á la memoria de las conquistas godas. Viéndose ya en salvo por el cerco del Euxino, aportaron en Anquíalo, en Tracia, á las faldas del monte Hemo, y tras tantísimos afanes, se estuvieron regalando con sus preciosos baños. Quedábales una corta y fácil navegacion (126), y este fué el paradero estraño de su tercera y mayor empresa naval. No se alcanza cómo aquel cuerpo primitivo de quince mil guerreros pudo sufragar para los quebrantos y divisiones de tan estremado arrojo; mas cuanto menguaban por el hierro, los naufrajios y el influjo del clima, tanto mas se iban reponiendo con cuadrillas de forajidos y salteadores que acudian á bandadas tras el robo y con un sinnúmero de esclavos fujitivos, por lo mas Jermanos y Sármatas, que se abalanzaban á porfía en pos de coyuntura tan preciosa de libertad y venganza. Decantaban en estas espediciones los Godos su preeminencia en timbres y en riesgos, mas las tribus que peleaban allí bajo sus banderas unas veces se deslindan y otras se equivocan en las historias escasas de aquel tiempo, y por cuanto las escuadras bárbaras solian aparecerse por la embocadura del Tanais, dábase á la revuelta muchedumbre el nombre jeneral de Escitas (127).

En todo gran conflicto del jénero humano se suelen pasar muy por alto, así la muerte de un personaje encumbrado, como el derribo del mas grandioso edificio; mas no cabe olvidar que el templo de Diana en Efeso, despues de realzarse hasta siete veces de sus repetidos fracasos (128), quedó por fin asolado por los Godos en su tercera invasion. Compitieron la opulencia del Asia y las artes de la Grecia para acabalar fábrica tan sagrada y suntuosa, pues sosteníanla ciento veinte y siete columnas de mármol y de órden jónico, siendo todas dones de monarcas devotos, y teniendo sesenta piés de altura. Adornaban el ara esculturas peregrinas, parto de la maestría de Praxíteles, quien quizás entresacó de las fábulas del pais, sobre el nacimiento y la patria de los hijos de Latona, el retraimiento de

Apolo tras la muerte de los Cíclopes, y la clemencia de Baco para con las vencidas Amazonas (129). La lonjitud sin embargo de aquel templo se reducia á cuatrocientos veinte y cinco piés, como los dos tercios del de S. Pedro en Roma (130), y era todavía inferior en las demás dimensiones á esta obra sublime de la arquitectura moderna; pues los brazos abiertos de una cruz cristiana requieren mayor anchura que los prolongados templos paganos, y el artífice mas arrojado de la antigüedad se estremeciera á la propuesta de encumbrar por los aires una media naranja de la magnitud y proporciones del Panteon. Celebrábase sin embargo el templo de Diana como una de las maravillas del universo. Los imperios de Persia, de Macedonia y de Roma habian reverenciado sucesivamente su santidad y realzado su esplendor (131); mas los incultos montañeses del Báltico carecian de aficion á las artes primorosas, y menospreciaban el terror imajinario de una supersticion estranjera (132).

Refiérese otra particularidad acerca de estas invasiones, que mereceria nuestra atencion, si no mediase la sospecha de ser aprension de algun moderno caviloso, pues aseguran que los Godos recojieron todas las librerías, y al estar ya en ademan de encendiarlas jeneralmente, uno de sus caudillos, mas ladino que todos los suyos, los disuadió del intento con la agudeza de que mientras siguiesen los Griegos en sus estudios, seguirian desviados del ejercicio de las armas (133). El travieso consejero (ya que el hecho sea positivo) discurria como un idiota, pues en las naciones mas cultas y poderosas, descolló siempre el númen por la misma temporada que, siendo científica, fué igualmente militar.

IV. Habian los nuevos soberanos de Persia, Artajérjes y Sapor, triunfado, como se ha visto, de la casa de Arsáces y de varios príncipes de ella; y solo Cosroes, rey de Armenia, habia conservado su vida y su independencia. Al arrimo de su pais quebrado, con el raudal incesante de fujitivos y descontentos, y antetodo con la alianza de los Romanos, y aun con su propio denuedo, defendíase victoriosamente; pero el invencible en armas por espacio de treinta años quedó por fin asesinado por los emisarios de Sapor, rey de Persia. Los mas patrióticos sátrapas de Armenia que se desalaban por la libertad y el decoro de la corona imploraron el patrocinio de Roma á favor de Tirídates, el heredero lejítimo. Mas era niño el hijo de Cosroes, los aliados muy lejanos, y el monarca persa se iba adelantando hácia el confin, acaudillando fuerzas incontrastables. Salvóse el tierno Tirídates, única esperanza de su pais, por la lealtad de un sirviente, y quedó la Armenia, por mas de veinte y siete años, de provincia muy mal hallada con su rey de Persia (134). Engreido con tan llanaconquista, y confiado en la bastardía de los Romanos, obligó Sapor á las crecidas guarniciones de Carra y Nisibis *(k)* á rendirse, y siguió talando y aterrando entrambas orillas del Eufrates.

Con la pérdida de una frontera importantísima, la ruina de un aliado tan fiel, y los incesantes logros de la ambicion de Sapor, estremeció el peligro á todo pecho romano. Se lisonjeó Valeriano de que la vijilancia de sus tenientes afianzaria desde luego el resguardo del Rin y del Danubio; mas acordó, en medio de su edad avanzada, acudir en persona á la defensa del Eufrates. Cesaron en su tránsito por el Asia Menor las empresas navales de los Godos, y las provincias llorosas disfrutaron una bonanza pasajera y alevosa. Atravesó el Eufrates, se encontró con el monarca persa, junto á los muros de Edesa, y quedó vencido y prisionero de Sapor. Hállanse mal bosquejadas las particularidades de tan grandioso acontecimiento, mas por las vislumbres que asoman advertimos un eslabonamiento de torpezas, desaciertos y merecidas desventuras por parte del emperador romano (A. 260). Entregado todo en manos de su prefecto Macriano (155), este ministro desalmado hácia á su dueño formidable á sus hollados súbditos, y despreciable para los enemigos de Roma (156). Por su dictámen cobarde ó malvado, situó el ejército imperial tan desventajosamente, que ni el valor ni la pericia militar tenian la menor cabida (157). El intento denodado de los Romanos para abrirse calle arrollando á la hueste persa fué contrarestado con gran matanza (158); y Sapor, que tenia cercado el campamento con fuerzas muy superiores, se mantuvo inmoble, aguardando que estremándose el hambre y la peste, le pusiesen la victoria en las manos. El susurro ya desaforado de las lejiones fué zahiriendo á Valeriano como causador de su desdicha, y luego su alboroto clamó por capitulacion inmediata. Ofrecióse un cúmulo inmenso de oro para comprar una retirada afrentosa; mas el Persa, enterado de su superioridad, desechó el dinero con menosprecio, y reteniendo á los mensajeros, se adelantó escuadronado hasta el pié de la valla romana y se ciñó á una conferencia personal con el emperador. Vióse Valeriano reducido á la precision de fiar su persona y su soberania á todo el albedrío de su enemigo, y el avistamiento tuvo el paradero que se dejaba presumir. Quedó prisionero el emperador, y atónita su hueste, rindió las armas (159). En el trance de su triunfo, la arrogancia y el interés le movieron á encumbrar al solio vacante á un paniaguado suyo, que fué Ciriades, fujitivo ruin de Antioquía, tiznado con cuanta vileza cabe en un individuo, para afrentar la púrpura romana, y el ejército cautivo no pudo menos de ratificar á su despecho con aclamaciones el nombramiento del vencedor (140).

Ansioso el esclavo imperial de granjearse la privanza de su dueño, traicionó á su misma patria encaminando á Sapor tras el Eufrates por Calcis á la capital del Oriente. Tan veloces fueron los movimientos de la caballería persa, que si damos crédito á un historiador muy sensato (141), quedó sobrecojida la ciudad de Antioquía en el acto de estar su liviana

muchedumbre colgada de los recreos teatrales. Edificios públicos y privados, á cual mas suntuoso, fueron saqueados ó demolidos, y todo el jentío degollado ó cautivo (142). Atajó momentáneamente la oleada asoladora el denuedo del gran pontífice de Emesa, pues ataviado con su ropaje sacerdotal, acaudilló una chusma de campesinos fanáticos, sin mas armas que sus hondas, y defendió su dios y sus haberes contra las manos sacrílegas de los secuaces de Zoroastro (143); pero la destruccion de Tarso y de otras varias ciudades nos está demostrando que, fuera de aquel hecho único, la conquista de Siria apenas detuvo la carrera de las armas persas. Desamparáronse las gargantas del monte Tauro, donde un invasor, cuyo poder se cifraba principalmente en su caballería, tenia que trabar una lid muy desventajosa, y Sapor logró sitiar á Cesarea, capital de Capadocia, que, si bien de segunda clase, se le suponian hasta cuatrocientos mil habitantes. Mandaba Demóstenes en la plaza, no tanto por encargo del emperador como por la defensa voluntaria de su patria, y fué por largo tiempo dilatando la catástrofe, hasta que por fin rendida Cesarea por la alevosía de un médico, rompió por medio de los Persas, quienes en vano echaron el resto de su dilijencia para alcanzarle vivo. Salvóse el caudillo heróico de manos de un enemigo que podia engrandecer ó castigar su porfiado teson, pero largos millares de sus conciudadanos fenecieron en la matanza jeneral, y se vitupera á Sapor de tratar á sus prisioneros con crueldad antojadiza y empedernida (144). Sin duda el encono nacional; el hollado orgullo y la venganza desvalida abultaban los hechos; mas en suma es muy positivo que el mismo príncipe, lejislador apacible en Armenia, se trocó en conquistador adusto para los Romanos. No contando poder arraigar establecimientos permanentes en el imperio, trató de ir dejando tras sus huellas un desierto pavoroso, trasladando á Persia los tesoros y el vecindario de las provincias (145).

Trémulo el Oriente todo al solo nombre de Sapor, recibió este un regalo apropiado para el mas escelso monarca, y fué una reata larguísima de camellos cargados de preciosas mercancías. Acompañaba á la ofrenda una misiva atenta, mas no rendida, de parte de Odenato, uno de los senadores mas ricos y esclarecidos de Palmira «¿ Quién es ese Odenato, » esclama el vencedor arrogante, « que tiene la avilantez de corresponderse así con su amo? Si espera todavía aliviar su castigo, venga y póstrese ante mi trono, con las manos atadas á la espalda. Si titubea, el esterminio cae al punto sobre su cerviz, sobre toda su alcurnia, y sobre su patria (146). » Dice y manda arrojar toda la remesa al Eufrates. El Palmireno, en trance tan desesperado, saca á luz todo el ahinco de su esforzado pecho. Infundiendo su propio brio al pequeño ejército reunido de las aldeas de Siria (147) y las tiendas del desierto (148), salió al encuentro, pero con armas, á Sapor. Va salteando en torno de su hueste, hos-

tígale en su retirada, le apresa parte del tesoro, y, lo que antepone á todos los tesoros, varias de las mujeres del Gran Rey, quien tiene por fin que despasar el Eufrates, con muestras de rubor y atropelladamente (149). Sobre esta hazaña fundó Odenato su engrandecimiento y nombradía venidera, y la majestad de Roma, hollada por un Persa, vino á quedar desagraviada por un Siríaco ú Arabe de Palmira.

La historia, que suele ser la pregonera del odio ú la lisonja, zahiere á Sapor como desaforado abusador del derecho de conquista, refiriéndonos que Valeriano, aherrojado, pero revestido de la púrpura imperial, iba en medio de la muchedumbre mostrando á toda hora el vuelco de su encumbramiento, y al montar el monarca persa á caballo, estribaba su planta sobre la cerviz de un emperador romano. En medio de los avisos de sus aliados que repetidamente le encargaban que recordase los vaivenes de la suerte, que temiese el poderío presumible de Roma, y que se valiese de cautivo tan realzado como prenda de paz, y no objeto de escarnio, manteníase Sapor mas y mas inexorable. Al espirar por fin Valeriano de afrenta y pesadumbre, su piel, rellena de heno y configurada al natural, se conservó por siglos en el templo mas preeminente de Persia; monumento triunfal mas efectivo que los de bronce ó mármol que solia alzar la vanagloria romana (150). Cabe moralizar patéticamente la relacion, mas no consta su veracidad (*l*), pues las cartas existentes de los príncipes de Oriente á Sapor son conocidamente apócrifas (151), ni es de suponer que un monarca tan arrogante desdorase, aun en la persona de un competidor, la majestad rejia; mas sea cual fuese el tratamiento que le cupo en Persia al desventurado Valeriano, es innegable que el único emperador romano caido en manos enemigas acabó allá su exánime vida en desahuciado cautiverio.

El emperador Galieno, siempre mal avenido con la severidad de su padre y compañero, recibió el aviso de su fracaso con satisfaccion interior y manifiesta indiferencia. «Sabia muy bien, dijo, que era mortal mi padre, y puesto que se ha portado cual correspondia á su pundonor, me doy por satisfecho.» Al paso que Roma estaba lamentando la suerte de su soberano, ensalzaban los rendidos palaciegos aquel empedernimiento irracional, como la entereza cabal de un héroe ó de un estóico (152). No cabe retratar la índole varia, liviana y voluble de Galieno, que patentizó sin recato desde que vino á quedar poseedor único del imperio. Descollaba en cuantas artes emprendia su númen, y careciendo de cordura, las iba emprendiendo todas, menos las que le importaban de la guerra y del gobierno. Con su maestría en tantos ramos infructuosos de poética, de oratoria (153), de jardinería y de cocina, fué siempre un príncipe despreciable. Cuando los trances mas críticos del estado requerian su presencia y ahinco, se esplayaba en conversaciones con el fi-

lósofo Plotino (154), desperdiciaba el tiempo en deleites frívolos ó desenfrenados, se habilitaba para iniciarse en los misterios griegos, ó solicitaba asiento en el areópago de Aténas. Sus disparatadas profusiones estaban insultando á la escasez pública, y la ridiculez de sus solemnes triunfos agravaba mas y mas la situacion nacional (155). Los avisos incesantes de invasiones, derrotas y rebeldías le hacian prorumpir en mera é insensata sonrisa, y escojiendo con aparente menosprecio algun fruto especial de la provincia malograda, preguntaba distraidamente si se acabaria Roma porque le faltasen lienzos de Ejipto ni paño de Arrás de la Galia. Sobrevinieron sin embargo á ratos ímpetus de militar denuedo en Galieno, y aun de tirano feroz, cuando le exasperaba algun agravio reciente, hasta que ahito de sangre, ó quebrantado con la resistencia, se iba luego imperceptiblemente apoltronando con su blandura y flojedad nativa (156).

Cuando paraban las riendas del gobierno en tan exánime diestra, no es de estrañar que asomasen por donde quiera mas y mas usurpadores por todas las provincias del imperio contra el hijo de Valeriano Estraña aprension fué la de parangonar los treinta tiranos de Roma con los de Aténas, que ocurrió á los escritores de la Historia Augustana, y luego quedó aquella denominacion recibida popularmente entre todos (157); pero la comparacion queda á todas luces descabalada. Con efecto, ¿qué semejanza cabe entre un consejo de treinta individuos, mancomunados para tiranizar á un solo pueblo, y una lista mal averiguada de competidores independientes, que fueron descollando y cayendo por los ámbitos de un dilatado imperio? Ni aun así se redondea el citado número, á menos de incluir en él mujeres y niños realzados con el dictado imperial. Desencajado como estuvo el reinado de Galieno, sacó á luz tan solos diez y nueve pretendientes; Ciríades, Macriano, Balista, Odenato y Zenobia en Oriente; en la Galia y provincias occidentales. Póstumo, Loliano, Victorino con su madre Victoria, y Mario y Tétrico. En el Ilírico y cercanías del Danubio, Injenuo, Rejiliano y Auréolo; en el Ponto (158), Saturnino; en Isauria, Trebeliano; Pison en Tesalia; Valente en Acaya; Emiliano en Ejipto, y Celso en Africa. Para desenmarañar los escasos monumentos de la vida y muerte de cada individuo, se necesitaria un afan que redundaria en poquísima instruccion y ningun recreo, y tenemos que reducirnos á investigar lo mas descollante en personajes, hechos y costumbres, y luego á especificar los intentos, motivos y paradero de cada uno, con las resultas perniciosas de su usurpacion (159).

Es harto notorio que los antiguos solian aplicar el dictado odioso de *tirano* á todo usurpador de la potestad suprema, desentendiéndose del abuso de su ilegalidad. Dechados de virtud eran varios de los aspirantes que tremolaron el estandarte de la rebelion contra Galieno, y casi todos

eran de conocido y quizás cabal desempeño, pues habíalos ensalzado Valeriano por sus merecimientos, ascendiéndolos sucesivamente por todos los grados del mando á los destinos de mayor entidad. Cuantos jenerales se apropiaron el dictado de Augustos lograban aceptacion, ya entre la tropa, por su atinada conducta y entonada disciplina, ya en todo el imperio, por su valentía y acierto en la guerra, y por su sencillez y jenerosidad. El campo de la victoria solia ser el paraje de su eleccion, y aun el armero Mario, el mas despreciable de todos los candidatos para la púrpura, descollaba por su denuedo, su brio y su llana honradez (160). Ridiculizaba á la verdad su profesion humilde y reciente tanta elevacion (*m*), pero no cabia que su nacimiento tan desconocido lo fuese mas que el mayor número de los competidores, que eran meros labriegos alistados en el ejército como meros soldados. En tiempo de revueltas, todo sujeto jenialmente travieso logra la colocacion que le señaló la naturaleza, y en medio de la guerra, viene á ser la milicia el rumbo de la gloria y del engrandecimiento. Solo Tétrico era senador de los diez y nueve tiranos, y tan solo Pison era noble. Tras veinte y ocho jeneraciones consecutivas, corria la sangre de Numa por las venas de Calpurnio Pison (161), quien por la línea materna blasonaba de acreditar sus entronques con Craso y el gran Pompeyo (162). Cuantos honores cabian en la república habian ido realzando á sus antepasados, y de todas las alcurnias de Roma, la Calpurnia sola habia sobrevivido á la tiranía de los Césares, coronando las prendas de Pison tan esclarecida ascendencia. El usurpador Valente, por cuya órden fué muerto, vino á confesar con entrañable remordimiento que aun el mayor enemigo debia reverenciar la santidad de Pison, y aunque feneció armado contra Galieno, el senado, con la anuencia jenerosa del emperador, decretó las insignias triunfales á la memoria de un rebelde tan virtuoso (163).

Los tenientes de Valeriano, siempre afectos al padre, menospreciaban el lujoso apoltronamiento de su indigno hijo. No acudia móvil alguno de lealtad á sostener el solio romano, y la traicion contra tal príncipe tenia visos de patriotismo con el estado. Mas en internándose á descifrar candorosamente los pasos de aquellos usurpadores, se echará de ver que su rebelion era mas bien parto de sus zozobras que de ambicion descompasada. Temiendo al par los recelos implacables de Galieno y la violencia antojadiza de la tropa, si la azarosa privanza con la soldadesca les ofrecia torpemente la púrpura, quedaba fallada su sentencia de muerte; y aun la cordura debia encaminarlos á disfrutar brevemente el imperio, y mas bien arrojarse á la contingencia de la guerra que aguardar la descarga de la cuchilla. En revistiendo el alboroto de la tropa á la víctima forzada con las insignias de la soberanía, solian estarse reservadamente lamentando de su inmediato esterminio. « Habeis perdido, » esclamó Saturnino en el

dia de su encumbramiento, «un caudillo provechoso, y habeis hecho un ruin emperador (164).»

Evidenciaban las zozobras de Saturnino la esperiencia incesante de las revoluciones, porque, de los diez y nueve tiranos que se siguieron bajo el reinado de Galieno, á ninguno le cupo vida apacible ni muerte natural, pues no bien se habian arropado con la sangrienta púrpura, cuando inspiraban á sus allegados la misma ambicion congojosa que habia acarreado su rebeldía. Acosados de conspiraciones internas, asonada militar y guerra civil, estaban trémulos asomándose al despeñadero, por donde, tras mil ansiosos vaivenes, venian antes ó despues á derrocarse. Complacíanse estos monarcas instantáneos con el incienso que sus respectivas huestes ó provincias podian tributarles, mas nunca sus pretensiones fundadas en la rebelion llegaron á sancionarse por las leyes ó por la historia. La Italia, Roma y el senado siguieron la causa de Galieno, conceptuándolo únicamente soberano del imperio. Avínose á la verdad este príncipe á reconocer las armas victoriosas de Odenato, acreedor á tan honrosa distincion por la conducta respetuosa que observó siempre con el hijo de Valeriano; y el senado, con aplauso jeneral de los Romanos y el beneplácito de Galieno, condecoró con el dictado de Augusto al valeroso Palmireno; como que le confiaba el gobierno del Oriente, el que estaba ya poseyendo tan ampliamente, que, á fuer de sucesion privada, lo dejó á su esclarecida viuda Zenobia (165).

Los tránsitos veloces é incesantes de la choza al solio, y de este á la huesa, podrian entretener á un filósofo indiferente, si fuese dable á un filósofo el desentenderse de las desdichas jenerales del linaje humano. La eleccion, el poderío y la muerte de aquellos monarcas teatrales esterminaban igualmente á súbditos y allegados. Pagábase ejecutivamente á la tropa el precio de aquel infausto ascenso con un inmenso donativo arrancado del corazon del exhausto pueblo. Por mas virtuosa que fuese su índole y puro su intento, hallábanse atados por su precision imprescindible de cimentar la usurpacion con desafueros incesantes y sangrientas tropelías; y luego con su vuelco, derrumbábanse al par ejércitos y provincias. Patente queda un mandato irracional de Galieno á uno de sus ministros, despues de la caida de Injenuo, que se habia revestido con la púrpura en Ilírico. «No basta,» dice el almibarado é inhumano príncipe, «el esterminio de cuantos hayan tomado las armas, pues el trance de una batalla pudo favorecerme igualmente. Guadáñese el sexo varonil por entero, con tal que al acabar con niños y ancianos, acerteis á dejar intacta mi reputacion. Mueran al punto cuantos hayan boqueado una espresion, abrigado un pensamiento contra mí, *contra mí*, hijo de Valeriano, padre y hermano de tantos príncipes (166). Recordad que Injenuo fué nombrado emperador; matad, sajad, desmenuzad. Os escribo de propio pu-

ño, y quisiera que os encarnaran mis propios impulsos (167).» Mientras las fuerzas del estado se estaban consumiendo en contiendas privadas, las provincias indefensas quedaban á merced del primer invasor. Los usurpadores mas alevosos, en situacion tan enmarañada, tenian que ajustar afrentosos tratados con el enemigo comun, que comprar con gravísimos tributos la neutralidad ó los servicios de los bárbaros, y que internar en el corazon de la monarquía romana naciones independientes y asoladoras (168).

Tales eran los bárbaros y tales los tiranos que en los reinados de Valeriano y Galieno desmembraron las provincias y redujeron el imperio á su ínfimo grado de afrenta y desamparo, del cual parecia imposible que llegase jamás á rehacerse. Atendida la escasez de materiales, irémos delineando, en cuanto quepa, con algun método y despejo los acontecimientos mayores de aquella temporada tan calamitosa, pues quedan todavía algunos hechos particulares: I. Los trastornos de Sicilia. II. Los alborotos de Alejandría. III. La rebelion de los Isaurios, que arrojará algun destello sobre el pormenor del horroroso cuadro.

I. Siempre que gavillas de salteadores, fomentadas con sus victorias desenfrenadas, retan, en vez de encubrirse, la justicia pública, debemos inferir terminantemente que la ínfima clase de la sociedad se entera y abusa de la unánime endeblez del gobierno. Resguardada contra los bárbaros por su situacion, la Sicilia no podia desarmada sostener á un usurpador. Sus padecimientos procedieron en aquella isla, siempre fértil y algun dia floreciente, de mas ruines autores. Campeaban por el pais asolado cuadrillas de esclavos y campesinos, renovando la memoria de las guerras serviles en tiempos remotos (169). Las talas en que el labrador era cómplice ó paciente debieron esterminar la agricultura del pais, y como los riquísimos senadores de Roma eran los principales hacendados que solian abarcar en una posesion el territorio de una república antigua, se deja discurrir que este daño privado hacia mas mella en la capital que todas las conquistas de Godos y Persas.

II. Intento grandioso fué el de la fundacion de Alejandría que ideó y ejecutó casi á un tiempo el hijo de Filipo, pues la planta gallarda y vistosa de aquella segunda Roma ceñia hasta cinco leguas (170), donde se avecindaban trescientos mil ciudadanos, y cuando menos, igual número de esclavos (171). Haciase el comercio aventajado de la Arabia y la India por el puerto de Alejandría con la capital y las provincias del imperio (*n*). No asomaba allí el ocio, dedicándose unos á fabricar cristales, otros á tejer telas, y muchos á la manufactura del papiro. Embargábanse ambos sexos de todas edades en el ejercicio de la industria, sin que holgasen ciegos y lisiados, cada cual segun sus alcances (172). Pero aquel vecindario revuelto de varias naciones hermanaba la liviandad y presuncion

de los Griegos con la supersticion y terquedad de los Ejipcios. El motivo mas fútil, escasez momentánea de carnes ó lentejas, la omision del saludo acostumbrado, una equivocacion de preferencia en los baños públicos ó una disputilla sobre relijion (173), solian bastar en cualquiera tiempo para mover una asonada, arremolinándose la muchedumbre con enconos rabiosos é implacables (174). Cautivo Valeriano y relajada la autoridad de las leyes por el desenfreno de su hijo, soltaron los Alejandrinos la rienda á sus ímpetus, y su desventurada patria vino á parar en teatro de guerra civil, que continuó (con tal cual breve y recelosa tregua) por mas de doce años (175). Atajóse toda comunicacion entre los diversos barrios de la ciudad despavorida, con las calles ensangrentadas y las casas trocadas en castillos mas ó menos fortificados, y fué siguiendo el trastorno hasta dejar para siempre arruinada gran parte de Alejandría. El anchuroso y magnífico trozo del Braquion *(o)*, con sus alcázares y el museo, residencia de los reyes y filósofos de Ejipto, yacia, segun la descripcion de un siglo despues, tan reducido á escombros solitarios como lo está en el dia (176).

III. La rebelion casi desconocida de Trebeliano, que se revistió de la púrpura en Isauria, provincia corta del Asia Menor, acarreó circunstancias estrañas y memorables. El corifeo de la farsa quedó luego derribado por un jeneral de Galieno; pero sus secuaces, desahuciados de indulto, acordaron sacudir toda sujecion, no solo al emperador, sino al imperio, y se desenfrenaron luego con sus costumbres bravías, de las cuales jamás se habian desprendido. Enriscados en sus peñascos, que son un brazo del dilatadísimo Tauro, se conceptuaban inespugnables. Abastecióronse de lo mas indispensable con el cultivo de algunos valles pingües (177), y acudian á la rapiña para sus holganzas, y así los Isaurios siguieron viviendo bárbaramente en el corazon de la monarquía romana. Los príncipes posteriores, incapaces de avasallarlos por armas ni ardides, tuvieron que reconocer su flaqueza, cercando el solar independiente y enemigo con un cordon poderoso de fortificaciones (178), que solian ser insuficientes para atajar las correrías de aquellos salteadores; los cuales, esplayándose mas y mas hácia la costa, vinieron á sojuzgar la parte occidental y montañosa de Cilicia, madriguera en lo antiguo de aquellos arrojados piratas contra los cuales habia tenido la república que echar el resto de su poderío á las órdenes del gran Pompeyo (179).

Siguiendo su rumbo habitual nuestros pensamientos y enlazando el órden del universo con la suerte del hombre, enlobreguecen mas y mas esta temporada inundaciones, terremotos, metéoros inauditos, tinieblas horrorosas, y un sin fin de portentos soñados ó encarecidos (180). Mas el hambre jeneral y dilatada fué la calamidad mas palpable y trascendental, como resultado forzoso del robo y las tropelías que acababan con los pro-

ductos actuales y desesperanzaban de las cosechas venideras ; y luego el hambre trae consigo siempre epidemias , por consecuencia del escaso y depravado alimento. Debieron sin embargo coincidir otras causas para la peste rabiosa que , desde el año de doscientos cincuenta hasta el de doscientos sesenta y cinco, fué asolando sin interrupcion familias, ciudades, y provincias por todo el imperio romano. Por un espacio considerable de tiempo siguieron muriendo en Roma diariamente cinco mil personas, y despobláronse absolutamente ciudades que se habian preservado de los salteamientos de los bárbaros (181).

Tenemos á la mano el conocimiento de una particularidad curiosísima, y tal vez de algun provecho para el cómputo de las desdichas humanas. Empadronábanse en Alejandría los ciudadanos acreedores al reparto del trigo , y resultó que todos los comprendidos antiguamente entre la edad de cuarenta y setenta igualaban á la suma total de los demandantes desde catorce á ochenta , que vinieron á quedar vivos despues del reinado de Galieno (182). Aplicando este hecho auténtico á las tablas mas esmeradas de mortandad , se evidencia que habia fenecido mas de la mitad del pueblo de Alejandría , y si nos arrojamos á estender la analojía á las demás provincias , podemos inferir que , en pocos años , la guerra , la peste y el hambre habian sepultado la mitad de la especie humana (183).

NOTAS

correspondientes al capitulo décimo.

(1) La espresion usada por Zósimo y Zonaras puede significar que Marino mandaba un centenar, una cohorte ó una lejion.

(2) Su nacimiento en Bubalia , aldeilla de Panonia (Eutrop., IX. Victor in Cæsarib. et Epitom.) contradicen al parecer, á no ser puramente accidental, su descendencia supuesta de los Decios. En seiscientos años recayó la nobleza en los Decios ; mas al principio de aquel período, eran tan solo plebeyos esclarecidos , y de los primeros que terciaron en el consulado con los altaneros patricios. Plebeiæ Deciorum animæ, etc. Juvenal, Sat. VIII, 254. Véase el razonamiento brioso de Decio en Tito Livio, X, 9 y 10.

(3) Zósimo, l. I, p. 20, c. 22. Zonaras, l. XII, p. 624, edic. Louvre.

(4) Véanse los prólogos de Casiodoro y Jornandes: es de estrañar que se haya omitido el último en la edicion escelente, publicada por Grocio, de los escritores godos.

(5) Al arrimo de Ablavio, cita Jornandes algunas crónicas godas en verso. De Reb. Geticis, c. 4.

(*a*) Fueron los Godos moradores, mas no solariegos en Escandinavia. Fué aquella nacion grandiosa en lo antiguo de ralea sueva, y ocupaba en tiempo de Tácito y mucho antes el Meklemburgo, la Pomerania, la Prusia meridional y el noroeste de la Polonia. Poco antes del nacimiento de Cristo, y en los primeros años de aquel siglo, correspondian al reinado de Marbod, rey de los Marcomanos; pero Cotwalda, un príncipe godo y mozo, los libertó de aquella tiranía y planteó su propio poderío sobre el reino marcomano, muy quebrantado ya con las victorias de Tiberio. Grandísimo debió de ser á la sazon el poderío godo, pues probablemente por él el seno Codano (el Báltico) tomó aquel nombre, como despues se llamó Mar Suevo y Mar Venédico, durante la superioridad de los Suevos propios y de los Venedos. Ignórase la época del tránsito de los Godos á la Escandinavia. Véase Adelung, Hist. de la Alemania antigua, p. 200. Gatterer, Hist. Univ., 458.—G.

Advierte M. de San Martin que la descendencia escandínava de los Godos estriba en la autoridad de Jornandes, quien estaba manifestando que la cifraba en las tradiciones godas. Corrobóranle Procopio y Paulo Diácono; pero los Godos son indisputablemente los mismos que los Jetas de los historiadores primeros. San Martin, nota sobre Le Beau, Hist. del Bajo Imperio, III, 324. No todos se avienen á la identidad de Jetas y Godos, pero en suma parece que son una rama grandísima de la casta indo-teutónica, que se fué estendiendo desparramadamente por el norte de Europa, y en temporadas diferentes y por diversas rejiones, se fueron rozando con las naciones mas civilizadas del mediodía. Parece que á la sazon sobrevino un reflujo de las tribus godas de la parte del norte.

Conceptúa Malte Brun que cabe fundadamente el admitir las tradiciones islándicas comentadas por el Varron dinamarqués M. Suhm. Con estas y el viaje de Pitheas, que Malte Brun supone efectivo, los Godos poseian la Escandinavia, Ey-Gothland, 250 años antes de J. C., y una tirada en el continente (Reid Gothland) entre las bocas del Vístula y del Oder. En su emigracion meridional, fueron siguiendo la corriente del Vístula, y despues la del Dnieper. Malte Brun, Jeogr., I, p. 387, edic. de 1832. Geijer, el historiador de Suecia, segun me han enterado, defiende garbosamente el oríjen escandínavo de los Godos. Segun Bopp, el idioma godo es el eslabon entre el sanskrit y los dialectos teutónicos modernos: «Se me figura que estoy leyendo sanskrit al leer á Ulfilas» Bopp, Sistema de conjugaciones del habla sanskrita, prólogo, p. X.

(6) Jornandes, c. 3.

(7) Véanse en los Prolegómenos de Grocio algunos estractos estensos de Adan de Bremen y Saxo-Gramático. El primero escribió en el año de 1077, y el otro florecia por 1200.

(8) Voltaire, Hist. de Cárlos XII. Cuando los Austríacos solicitaban el auxilio de Roma contra Gustavo Adolfo, tiznaron siempre á aquel conquistador como sucesor en línea recta de Alarico. Harte, Historia de Gustavo, tom. II, p. 123.

(9) Véase Adan de Bremen, en los Prolegómenos de Grocio, p. 105. El templo de Upsal quedó asolado por Ingo, rey de Suecia, que empezó su reinado en 1075, y á los ochenta años, se encumbró una catedral cristiana sobre sus escombros. Véase Dalin, Història de Suecia, en la Biblioteca raciocinada.

(*b*) Por fin los humanistas europeos tienen á su disposicion los Eddas, acabalada ya la publicacion del Edda Saemundino por la Comision Arna Magnea, en 3 tom. en 4.°, con un lexicon cuantioso de la mitolojía septentrional.—M.

(10) Mallet, Introduccion á la Historia de Dinamarca.

(11) Mallet, c. IV, p. 55, ha ido recojiendo de Estrabon, Plinio, Tolemeo y Estévan Bizantino, los rastros de aquella ciudad y su vecindario.

(12) Esta espedicion portentosa de Odino, que deduciendo el encono entre Godos y Romanos con motivo tan memorable, suministraria grandioso cimiento para un poema épico, no cabe afianzarse como historia auténtica. Segun el sentido mas obvio del Edda y la interpretacion de los críticos mas atinados, As-gard, en vez de significar una ciudad efectiva de la Sarmacia asiática, es un apellido supuesto, es la morada mística de los dioses, el Olimpo de la Escandinavia, de donde suponen que se apeó el profeta para anunciar su nueva relijion á las naciones godas, avecindadas ya en la parte meridional de Suecia (*).

(13) Tacit., Germ., c. 44.

(14) Tacit., Anal., II, 62. Si cupiese certeza positiva sobre la nave-

(*) Se puede acudir á una carta curiosa del Sueco Ihre, consejero de la chancillería de Upsal, impresa allí mismo por Edman en 1772, y traducida al aleman por M. Schlozer, Gotinga, impresa por Dieterichten, 1779.—G.

Gibbon, mas adelante en su obra, retractó su concepto sobre la certeza de aquella espedicion de Odino. Consta el oríjen asiático de los Godos por la hermandad de su idioma con el sanskrit y el persa, pues su emigracion septentrional se verificaria mucho antes del alcance de la historia. La trasformacion de la divinidad Odino y toda la leyenda de su establecimiento en Escandinavia vendrá á ser teoría de los escritores septentrionales, cuando toda la mitolojía quedó reducida al culto del heroismo.—M.

gacion de Piteas de Marsella, tendríamos que conceptuar que allá los Godos atravesaron el Báltico, cuando menos, trescientos años antes de Cristo.

(15) Tolemeo, l. II.

(16) Con las colonias jermanas que iban siguiendo las armas de los caballeros teutones. Redondeóse la conquista y conversion de la Prusia por aquellos aventureros en el siglo trece.

(17) Plinio (Hist. Natur., IV, 14), y Procopio (in Bell. Vandal., l. I, c. 1) concuerdan en esta opinion. Vinieron en siglos diversos y se valieron de medios muy diferentes en pos de la verdad.

(18) Los *Ostro* y *Visi*, los Godos orientales y occidentales, sacaron estas denominaciones de su diverso asiento en la Escandinavia (*). En todas sus marchas y establecimientos posteriores, fueron conservando con sus nombres la idéntica situacion relativa. En su primer arranque de Suecia, cupo aquel embrion de colonia en tres bajeles. El tercero, de suyo pesadísimo, se fué rezagando, y su tripulacion, que despues vino á parar en nacion entera, tomó por aquella particularidad el apodo de Jépidos ó Rezagados.

(c) Aquella opinion por ningun título se hace probable. Vándalos y Godos pertenecian igualmente á la gran division de Suevos, mas eran muy diversas las dos tribus. Conceptúo que cuantos se han dedicado á este ramo de historia se han desentendido, á mi parecer, de la particularidad de que los antiguos solian apellidar por el pueblo conquistador y dominante todas las demás castas endebles y rendidas. Por tanto Plinio llama Vindelo y Vándalo á todo el pueblo del nordeste de Europa, porque á la sazon eran indudablemente los Vándalos quienes dominaban. Al contrario, el César alista entre los Suevos á varias tribus que Plinio tiene por Vándalos, á causa de que los Suevos, propiamente tales, eran á la sazon la tribu mas poderosa de Jermania. Cuando los Godos vinieron por su parte á ser los vencedores, y fueron avasallando cuantas naciones encontraban al paso, todas estas iban perdiendo su nombre con su libertad, y pararon en godos; y hasta los mismos Vándalos se conceptuaban godos, aconteciendo lo mismo á los Hérulos, Jépidos, etc. Con esto se iba atribuyendo un oríjen idéntico á tribus que tan solo se habian barajado con las conquistas de la nacion predominante, confusion que ha venido á ocasionar infinitas equivocaciones históricas.—G.

(*) No fué en Escandinavia donde se dividieron en Ostrogodos y Visigodos, pues no hubo tal separacion hasta su irrupcion sobre la Dacia en el tercer siglo; los venidos de Meklemburgo y la Pomerania se llamaron Visigodos, los llegados del sur de Prusia y nordeste de Polonia se apellidaron ellos mismos Ostrogodos. Adelung., Hist. Al., p. 202. Gatterer, Hist. Univ., 431.—G.

Trae M. San Martin una nota muy sabia (á Le Beau, V, 261) sobre el oríjen de los Vándalos. La dificultad parece que estriba en rechazar la estrecha analojía del nombre con la casta Vend ó Wendia, que eran de oríjen esclavon, y no suevo ú jermano. Supone San Martin que las diversas raleas desparramadas desde el arranque del Adriático hasta el Báltico, y aun los Venedos sobre las mismas playas del Adriático, los Vindélicos, que dieron su nombre á Vindobona, Vindoduna y Vindenisa, eran derrames del mismo manantial que los Venedos Esclavones; que todos hablaban dialectos del idioma wéndico, que reina todavía en Carintia, Carniola, parte de Bohemia y Lusacia, y que aun asoma en Meklemburgo y Pomerania. La casta vandálica, allá tan despavoridamente mencionada en el orbe, feneció tan totalmente de la haz de la tierra, que no cabe rastrearla por parte alguna, y así no puede dar la menor luz sobre el punto de su oríjen esclavon, jermánico ú independiente. El peso de la autoridad antigua propende al parecer contra la opinion de San Martin. Cotéjese sobre los Vándalos á Malte Brun, I, 394; y Gibbon, nota del c. XLI, n. 38.—M.

(19) Véase un fragmento de Pedro Patricio en el Excerpta Legationum, y en cuanto á su fecha verosímil, acúdase á Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. III, p. 346.

(20) Omnium harum gentium insigne, rotunda scuta, breves gladii, et erga reges obsequium. Tacit., Germ., c. 43. Probablemente los Godos adquirian el hierro con el comercio del ámbar.

(21) Jornandes, c. 13 y 14.

(22) Los Hérulos, Uregundos ó Burgundos se hallan mencionados con especialidad. Véase Mascou, Hist. de los Jermanos, l. V. Un paso de la Historia Augustana, p. 28, parece que alude á la emigracion grande. La guerra marcomana resultó en parte del empuje de las tribus bárbaras, que iban huyendo de las tribus bárbaras mas septentrionales.

(23) D'Anville, Jeografía Antigua, y la tercera parte de su incomparable mapa de Europa.

(24) Tacit., Germ., c. 46

(25) Cluver., Germ. Antiqua, l. III, c. 43.

(*d*) No cabe conceptuar á los Bastarnos habitantes indíjenas de Jermania: Estrabon y Tácito parece que lo dudan: tan solo Plinio los llama Jermanos, y Dion los trata de Escitas, jeneralidad corriente en aquella temporada de la historia; Tito Livio, Plutarco y Diodoro Sículo losde c-llidan Galos, y esta es la opinion mas probable. Descendian de los Galos, que bajo Signoeso entraron en Alemania. Siempre asoman barajados con estas tribus galas, como los Boyos, los Tauriscos, etc., que no son tribus jermanas. Los nombres de sus príncipes ó caudillos, Clonix, Chlóndico,

Delon no son jermánicos. Los avecindados en la isla de Peuce, sobre el Danubio, se apellidaron Peucinos. Asoman los Carpos en 237 como tribu sueva que habia hecho una irrupcion en la Mesia; y se aparecen despues con los Ostrogodos, estando ya todos probablemente barajados. Adelung, p. 236, 278.—G.

(26) Los Venedos, los *Eslavos*, y los Antes eran las tres grandes tribus del mismo pueblo. Jornandes, c. 24 (*).

(27) Merece seguramente Tácito este dictado, y hasta su miramiento cauteloso comprueba su esmerado ahinco.

(*e*) Suponia Jacobo Reineggs haber hallado en el Cáucaso y por sus serranías algunos restos de los Alanos. Llámanlos los Tártaros Edeki-Alanos, y hablan un idioma peculiar ó dialecto del habla antigua de los Tártaros del Cáucaso. Véase la descripcion del Cáucaso por J. Reineggs, p. 11 y 13.—G.

Segun Klaproth, son los Osetos del dia en el monte Cáucaso, y fueron los mismos que los Albaneses de la antigüedad. Klaproth, Cuadros Hist. del Asia, p. 180.—M.

(28) Historia Jenealójica de los Tártaros, p. 593. M. Bell (tom. II, p. 379) atravesó la Ukrania en su viaje de Petersburgo á Constantinopla. El aspecto moderno del pais es un retrato cabal del antiguo, puesto que en manos de los Cosacos permanece en su estado de naturaleza.

(29) En el capítulo diez y seis de Jornandes, en vez de *secundo* Mæsiam, nos atreveríamos á sustituir *secundam*, la segunda Mesia, cuya capital era positivamente Marcianópolis (véase Hiérocles, de Provinciis, y Wesseling al punto; p. 636. Itiner). Es de estrañar que un yerro tan palpable del escribiente pudo ocultarse entre las enmiendas atinadas de Grocio (**.)

(30) El sitio se llama tadavía Nicop. El arroyuelo en cuya márjen se hallaba, desagua en el Danubio. D'Anville, Jeografía Antigua, tom. I, p. 307.

(31) Stephan. Byzant., de Urbibus, p. 740. Wesseling, Itiner., p. 136. Zonaras, por una equivocacion antigua, atribuye la fundacion de Filipópolis al antecesor inmediato de Decio (***).

(32) Amiano, XXXI, 5.

(33) Aurelio Víctor, c. 29.

(*) Componian la grande nacion esclavona.—G.

(**) Advierte Luden que Jornandes menciona dos tránsitos sobre el Danubio, y corresponden á la segunda irrupcion de la Mesia.—M.

(***) En el dia Filipópolis ó Filiba; su situacion montuosa ocasionó el llamarse tambien Trimoncio. D'Anville, Jeografía Antigua, I, 295.—G.

(34) *Victoria Carpica*, sobre algunas medallas de Decio, están denotando aquellas ventajas.

(35) Claudio (quien luego reinó tan gloriosamente) estaba en el apostadero de las Termópilas con 200 Dárdanos, 100 caballos de línea, 160 lijeros, 60 flecheros cretenses y 1000 reclutas bien armados. Véase una carta orijinal del emperador á su oficial en la Historia Augustana, p. 200.

(36) Jornandes, c. 16-18. Zósimo, l. I, p. 22. Asoman desde luego en la relacion jeneral de aquella guerra las preocupaciones encontradas del escritor godo y del griego; asemejándose tan solo en su desaliño.

(37) Montesquieu, Grandeza y Decadencia de los Romanos, c. VIII. Despeja el instituto y ejercicio de la censura con su acostumbrado injenio y desempeño.

(38) Fueron Vespasiano y Tito los últimos censores (Plinio, Hist. Nat., VII, 49. Censorino de Die Natali). La modestia de Trajano se desentendió de un realce á que era acreedor, y su ejemplo tuvo fuerza de ley para los Antoninos. Véase el Panejírico de Plinio, c. 45 y 60.

(39) En medio de su exencion, compareció Pompeyo ante aquel tribunal en su consulado. El lance fué tan estraño como honorífico. Plutarch. in Pomp., p. 630.

(40) Véase la arenga orijinal en la Historia Augustana, p. 173 y 174.

(41) El trance pudo equivocar á Zonaras, quien supone que Valeriano estaba ya declarado compañero de Decio, l. XII, p. 625.

(42) Hist. August., p. 174. Omítese la contestacion del emperador.

(43) Así como el empeño de Augusto es reformar las costumbres. Tácit., Anal., III, 24.

(44) Tillemont, Historia de los Emperadores, tom. III, p. 598. Equivocando Zósimo y algunos de sus secuaces el Danubio con el Tanais, colocan el campo de batalla en las llanuras de Escitia.

(45) Cuenta Aurelio Víctor dos acciones diversas para la muerte de entrambos Decios, pero yo he preferido la relacion de Jornandes.

(46) Me arrojo á copiar de Tácito (Anal., I, 64) el cuadro de una refriega semejante entre un ejército romano y una tribu jermana.

(47) Jornandes, c. 18. Zósimo, l. I, p. 22 (c. 23). Zonaras, l. XII, p. 627. Aurelio Víctor.

(48) Fenecieron los Decios á fines del año doscientos cincuenta y uno, puesto que los nuevos príncipes tomaron posesion del consulado en las siguientes calendas de enero.

(49) Hist. August., p. 223, les da un lugar honorífico entre el corto número de emperadores recomendables que reinaron desde Augusto hasta Diocleciano.

(50) Hæc ubi patræs comperere... decernunt. Víctor in Cæsaribus.

(51) Zonaras, l. XIII, p. 628.

(52) Una *Sella*, una *Roga* y una *Patera* de oro del peso de cinco libras fueron aceptadas con gozoso agradecimiento por el opulento rey de Ejipto (Livio, XXVII, 4). *Quina millia æris*, peso de cobre del valor de unos mil reales, solia ser el regalo hecho á los embajadores estranjeros (Livio, XXXI, 9).

(53) Véase la entereza de un jeneral romano hasta el tiempo de Alejandro Severo, en el Excerpta Legationum, p. 25, edic. del Louvre.

(54) En cuanto á la peste, véase Jornandes, c. 19, y Víctor in Cæsaribus.

(55) Zósimo trae esos cargos inverosímiles, l. I, p. 23 y 24.

(56) Jornandes, c. 19. Por lo menos el escritor godo cumplió la paz que sus paisanos victoriosos tenian jurada á Galo.

(57) Zósimo, l. I, p. 25 y 26.

(58) Víctor in Cæsaribus.

(59) Zonaras, l. XII, p. 628.

(60) Banduri Numismata, p. 94.

(61) Eutropio, l. I, p. 28. Eutropio y Víctor colocan el ejército de Valeriano en la Recia.

(*f*) Dice Aurelio Víctor que Emiliano murió de dolencia. Eutropio, hablando de su muerte, no espresa que fuese asesinado.—G.

(63) Era de unos setenta años en el trance de su advenimiento, ó, como es mas probable, de su muerte. Tillemont, Historia de los Emperadores, tom. III, p. 893, nota 1.

(64) Inimicus Tyrannorum. Hist. August., p. 173. En el conato esclarecido del senado contra Maximino Valeriano estuvo muy animoso. Hist. August. p. 156.

(65) Segun la distincion de Víctor, parece que le cupo el dictado de *Imperator* por el ejército, y el de Augusto por el senado.

(66) De Víctor y de las medallas colije Tillemont muy detenidamente (tom. III, p. 710) que Galieno quedó asociado al imperio por el mes de agosto del año 253.

(67) Se han ideado varios sistemas para desenmarañar un paso trabajoso en Gregorio de Turs, l. II, c. 9.

(68) El jeógrafo de Ravena, I, 11, al mencionar á *Mauringania*, sobre el confin de Dinamarca, como antiguo asiento de los Francos, sacó á luz un sistema injenioso de Leibnitz.

(69) Véase Cluver., Germania Antiqua, l. III, c. 20. M. Freret, en las Memorias de la Academia de Inscrip., tom. XVIII.

(70) Muy probablemente bajo el imperio de Gordiano, por una circunstancia accidental colmadamente esplicada por Tillemont, tom. III, 710, 1181.

(g) Parece que la confederacion de los Francos venia á constar: 1. De los Chaucos. 2. De los Sicambros, moradores del ducado de Berg. 3. De los Atuarios, al norte de los Sicambros en el principado de Waldeck, entre el Dimel y el Eder. 4. De los Bructeros, sobre las orillas del Lippe, y en el Hartz. 5. De los Chamavios, los Gambrivios de Tácito, que en el tiempo de la confederacion de los Francos moraban en el pais de los Bructeros. 6. De los Catos, en la Hesia.—G. Se añaden los Salios y los Queruscos. Greenwood, Hist. de los Jermanos, I, 193.—M.

(71) Plin., Hist. Natur., XVI, 1. Suelen los panejiristas aludir á los pantanos de los Francos.

(72) Tacit., Germania, c. 30 y 37.

(73) En períodos posteriores, suelen sonar todavía los mas de estos nombres anticuados eventualmente.

(74) Simber, de República Helvet., cum notis Fuselin.

(75) Zosimo, l. I, p. 27.

(76) M. de Brequigny (en las Memorias de la Academia, tom. XXX) nos ha dado una vida curiosísima de Póstumo. Se ideó muchas veces una serie de la Historia Augustana por las medallas é inscripciones, y está todavía haciendo falta (*).

(77) Aurel. Víctor, c. 33. En lugar de *Pæne direpto*, el sentido y la espresion están requiriendo *deleto*; aunque en verdad, por razones muy diversas, tan trabajoso es el enmendar el texto de los escritores aventajados como el de los ruines.

(78) En tiempo de Ausonio (á fines del cuarto siglo) se hallaba Ilerda ó Lérida en estado muy ruinoso (Auson., Epist. XXV, 68), de resultas probablemente de aquella invasion.

(79) Equivócase Valois ó Valesio por tanto, suponiendo que los Francos habian invadido la España por mar.

(80) Aurelio Víctor. Eutropio, IX, 6.

(81) Tacit., Germ., 38.

(82) Cluver., Germ. Antiq., III, 25.

(83) Sic Suevi a ceteris Germanis, sic Suevorum ingenui a servis separantur. ¡Altanero deslinde!

(84) Cæsar in Bello Gallico, IV, 7.

(85) Víctor in Caracal. Dion Casio, LXVII, p. 1350.

(h) No se formó propiamente la nacion alemana por los Suevos orijinal-

(*) M. Eckhel, encargado del gabinete de medallas, y catedrático de antigüedades en Viena, recien difunto, ha por fin acudido á esta carencia, con su obra escelente, Doctrina veterum Nummorum, conscripta à Jos. Eckhel, 8 tom. en 4.°, Vindobona, 1797.—G.

mente, pues conservaron estos siempre su propio nombre: poco despues hicieron (A. 357) una irrupcion sobre la Recia, y sin mediar mucho tiempo se barajaron con los Alemanes. Deslindáronse siempre sin embargo; y ahora mismo cuantos moran al noroeste de la Selva Negra se titulan Suabios ó Suevos, al paso que los cercanos al Rin, en Ortenau, el Brisgau y el margraviato de Baden, no se conceptúan Suabios, y son por su oríjen Alemanes.

Los Tencteros y Usipetos, habitantes del interior y del norte de Westfalia, formaban, dice Gatterer, la cepa de la nacion alemana: ocupaban el pais donde asoma por primera vez el nombre de Alemanes como conquistados por Caracala en 213. Se habilitaban (segun Tácito) en pelear á caballo, y Aurelio Víctor da igual alabanza á los Alemanes, y finalmente jamás terciaron en la liga franca. Así los Alemanes fueron parando en un centro á cuyo alrededor se fué agolpando una muchedumbre de tribus jermanas. Véase Eumen., Panegyric., c. 2. Amian. Marc., XVIII, 2, XXIX. 4.—G.

La cuestion sobre si los Suevos constituian un nombre jenérico y abarcador de las rancherías que poblaban la Alemania central queda zanjada muy de priesa por M. Guizot. M. Greenwood, que ha ido estudiando los escritores alemanes modernos sobre su propio oríjen, supone á los Suevos, Alemanes y Marcomanos un solo pueblo bajo diversas denominaciones. Historia de Alemania, tom. I.—M.

(86) Esta etimolojía (muy ajena de las que suelen embelesar la fantasía de los eruditos) se conserva en Asinio Cuadrato, historiador orijinal, citado por Agathias, I, c. 5.

(87) Los Suevos embistieron á César por este rumbo, y la maniobra mereció la aprobacion del vencedor (in Bello Gallico, I, 48).

(88) Hist. August., p. 215 y 216. Déxipo en los Excerpta Legationum, p. 8. Hieronym., Chron. Orosio, VII, 22.

(89) Zósimo, l. I, p. 34.

(90) Aurel. Víctor, in Gallieno et Probo. Sus quejas están brotando sumos ímpetus de libertad.

(91) Zonaras, l. XII, p. 631.

(92) Uno de los Víctores lo llama rey de los Marcomanos, el otro de los Jermanos.

(93) Véase Tillemont, Hist. de los Emperadores, t. III, p. 398, etc.

(94) Véanse las vidas de Claudio, Aurelio y Probo, en la Hist. August.

(95) Viene á tener media legua de anchura. Hist. Jenealójica de los Tártaros, p. 598.

(96) M. de Peyssonel, que habia sido cónsul francés en Cafa, en sus Observaciones sobre los pueblos bárbaros que habitaron las márjenes del Danubio.

(97) Eurípides, Ifijenia en Tauris.

(98) Estrabon, l. VII, p. 309. Los primeros reyes del Bósforo eran aliados de Aténas.

(99) Apiano en Mitríd.

(100) Quedó avasallado con las armas de Agripa. Orosio, VI, 21. Eutropio, VII, 9. Llegaron una vez los Romanos á internarse hasta tres marchas allende el Tanais. Tacit. Anal., XII, 17.

(101) Véase el Toxaris de Luciano, si cabe admitir la sinceridad y las virtudes del Escita, quien refiere una guerra grandiosa de su nacion contra los reyes del Bósforo.

(102) Zósimo, l. I, p. 28.

(103) Estrabon, l. XI. Tácit., Hist., III, 47. Los llamaban Camaras.

(104) Véase una pintura naturalísima del Euxino con su navegacion, en la carta XVI de Tournefort.

(105) Coloca Arriano la guarnicion fronteriza en Dioscurias, ó Sebastópolis, á cuarenta y cuatro millas ó quince leguas á levante de Pitio. La guarnicion del Fasis en su tiempo se reducia á cuatrocientos infantes. Véase el Périplo del Euxino (*).

(106) Zósimo, l. I, p. 30.

(107) Arriano (in Périplo Maris Euxinæ, p. 130) gradúa la distancia en 2610 estadios.

(108) Jenofonte, Anabasis, l. IV, p. 348, edic. de Hutchinson(**).

(109) Arriano, p. 129. La observacion jeneral es de Tournefort.

(110) Véase una carta de Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesárea, citada por Mascou, V, 37.

(111) Zósimo, l. I, p. 32 y 33.

(i) Conserva su nombre y solar en el de Is Nikmid. D'Anville, Jeog. Ant., II, 28.—G.

(112) Itiner. Hierosolym., p. 572, Wesseling.

(j) Ahora Isnik, Bursa, Mondania, Ghio ú Kemlik. D'Anv., II, 23.—G.

(113) Zósimo, l. I, p. 32 y 33.

(114) Sitió la plaza con 400 galeras, 150,000 infantes y crecida caballería. Véase Plutarc. in Lucul. Appian. in Mithrid. Ciceron pro Lege Manilia, c. 8.

(*) Pitio es Pitchinda, segun D'Anville, II, 115.—G. Mas bien Sukun.—M. Dioscurias es Iskuriah.—G.

(**) Falmerayer (Historia de los Césares de Trapezunda, p. 6, etc.) señala una fecha muy remota á la primera (Pelásjica) fundacion de Trapezo (Trebisonda).—M.

(115) Estrabon, l. XII, p. 573.

(116) Pocock, Descripcion del Oriente, l. II, c. 23 y 24.

(117) Zósimo, l. I, p. 33.

(118) Sincelo refiere una historia inintelijible del príncipe *Odenato*, quien derrotó á los Godos.

(119) Viajes de Chardino, tom. I, p. 45. Navegó con los Turcos de Constantinopla á Cafa.

(120) Sincelo (p. 382) habla de esta espedicion, como emprendida por los Hérulos.

(121) Estrabon, l. XI, p. 495.

(122) Plinio, Hist. Nat., III, 7.

(123) Hist. August., p. 181. Víctor, c. 33. Orosio, VII, 42. Zósimo, l. I, p. 35. Zonaras, l. XII, 635. Sincelo, p. 382. Hay que poner sumo ahinco para ir despejando y hermanando sus apuntes escasísimos. Se rastrea la parcialidad de Déxipo en la relacion de sus propias hazañas y las de sus paisanos (*).

(124) Sincelo, p. 382. El cuerpo de los Hérulos fué por largo tiempo leal y famoso.

(125) Claudio, que estaba mandando sobre el Danubio, discurria con tino y ejecutaba con arrojo, y envidiábale su compañero la nombradía. Hist. August., p. 181.

(126) Jornandes, c. 20.

(127) Zósimo y los Griegos (como el autor del Filopatris) dan el nombre de Escitas á cuantos Jornandes y los escritores latinos apellidan invariablemente Godos.

(128) Hist. August., p. 178. Jornandes, c. 20.

(129) Estrabon, l. XIV, p. 640. Vitruvio, l. I, c. 1, præfat., l VII. Tácit., Anal., III, 61. Plin., Hist. Nat., XXXVI, 14.

(130) El largo de San Pedro es de 840 palmos romanos, que vienen á ser de nueve pulgadas inglesas. Véanse las Miscelaneas de Greaves, tom. I, p. 233, sobre el pié romano (**).

(131) La política romana sin embargo acudió á estrechar los ámbitos del santuario ú asilo, que con repetidos privilejios se habia ido estendiendo hasta dos estadios en derredor del templo. Estrabon, l. XIV. Tacit., Anal., III, 60, etc.

(*) Segun cierto fragmento nuevo de Déxipo, publicado por Mayo, tenia 2.000 hombres. Se encaramó y fortificó en un paraje de sierras y malezas, y se defendió con guerrillas, confiado en el auxilio de la escuadra imperial. Déxipo in nov. Byzantinorum, por Niebuhr, Col., p. 26. 8.—M.

(**) La catedral de san Pablo tiene 500 piés. Dallaway sobre Arquitectura, p. 303.—M.

(132) No tributaban sacrificios á los dioses griegos. Véase Epist. Gregor. Thaumat.

(133) Zonaras, l. XII, p. 635. Semejante paso era muy apropiado al gusto de Montaigne, quien lo emplea en su Ensayo ameno sobre la Pedantería, l. I, c. 24.

(134) Moses Chorenensis, l. II, c. 71, 73 y 74. Zonaras, l. XII, p. 628. La relacion auténtica del historiador armenio conduce para ir despejando las noticias revueltas del Griego. El último viene hablando de los hijos de Tirídates, quien por entónces era un niño (Compárense las Memorias de San Martin sobre la Armenia, I, p. 301.—M.

(*k*) Se tomó Nisibis, segun los Persas, por milagro, pues se derrumbó la muralla á las plegarias de la tropa. Persia de Malcolm, I. 76.—M.

(135) Hist. August., p. 191. Por cuanto Macrino era enemigo de los Cristianos, le acriminaron de májico.

(136) Zósimo, l. I, p. 33.

(137) Hist. August., p. 174.

(138) Victor in Cæsar. Eutropio, IX, 7.

(139) Zósimo, l. I, p. 33. Zonaras, l. XII, p. 630. Pedro Patricio en el Excerpta Legat., p. 29.

(140) Hist. August., p. 185. Asoma en aquella coleccion el reinado de Ciríades anterior á la muerte de Valeriano; mas he antepuesto una seguida mas racional de sucesos á la cronolojía dudosa de un escritor soñoliento.

(141) El saqueo de Antioquía, anticipado por tal cual historiador, queda zanjado, con el testimonio decisivo de Amiano Marcelino, para el reinado de Galieno. XXIII, 5 (*).

(142) Zósimo, l. I, p. 35.

(143) Juan Malala, tom. I, p. 391; aunque estraga un suceso probable con circunstancias fabulosas.

(144) Zonaras, l. XII, p. 630. Cuajáronse valles enteros con los cadáveres; y pastoreaban á infinidad de prisioneros al agua á manera de grey, feneciendo muchos por falta de alimento.

(145) Zósimo, l. I, p. 25, afirma que Sapor, anteponiendo el despojo á la conquista, malogró el permanecer dueño del Asia.

(146) Pedro Patricio en el Excerpta Legat., p. 29.

(147) Syrorum agrestium manu. Sexto Rufo, c. 23. Rufo, Víctor, la

(*) Heyne, en su nota sobre Zósimo, contraresta el concepto de Gibbon, y advierte que el tal testimonio de Amiano en realidad no está despejado ni es terminante. Reinaron juntos Galieno y Valeriano. Zósimo, en un paso segundo, l. III, 32, 8, coloca deslindadamente aquel acontecimiento antes de la prision de Valeriano.—M.

Hist. August. (p. 192), y varias inscripciones concuerdan en hacer á Odenato ciudadano de Palmira.

(148) Gozaba de tan suma privanza con las tribus errantes, que Procopio (Bello Persico, l. II, c. 5) y Juan Malala (tom. I, p. 391) le apellidan príncipe de los Sarracenos.

(149) Pedro Patricio, p. 25.

(150) Deploran los escritores paganos el desacato cristiano con Valeriano abatido; y Tillemont va acopiando esmeradamente sus varios testimonios, tom. III, p. 739, etc. Escasea tantísimo la historia oriental anterior á Mahoma, que los Persas modernos ignoran absolutamente la victoria de Sapor, acontecimiento tan esclarecido para su nacion. Véase la Biblioteca Oriental (*).

(*l*) Pero el mismo Gibbon apunta un razonamiento del emperador Galerio, que está aludiendo á las crueldades cometidas con los vivos, y el baldon á que anduvo esponiendo al difunto Valeriano; tom. I, c. XIII. Miramientos por el decoro rejio no enfrenaban á un monarca oriental para dejar de cebar su orgullo y su venganza en un enemigo avasallado.—M.

(151) Una de aquellas cartas es de Artavasdes, rey de Armenia; mas puesto que á la sazon era la Armenia provincia de Persia, el rey, el reino y la carta tienen que ser apócrifos.

(152) Véase su vida en la Historia Augustana.

(153) Nos queda todavía un lindísimo epitalamio, compuesto por Galieno para el desposorio de sus sobrinos:

Ite, ait, O Juvenes, pariter sudate medullis
Omnibus, inter vos: non murmura vestra columbæ,
Brachina non hederæ, non vincant oscula conchæ.

(154) Estuvo dispuesto para franquear á Plotino una ciudad arruinada de Campania para plantear un ensayo de la República de Platon. Véase la Vida de Plotinio por Porfirio, en la Biblioteca griega de Fabricio, l. IV.

(155) Enmarañada está para los anticuarios una medalla con la cabeza de Galieno, por su leyenda y verso; la primera *Gallienæ Augustæ*, y el último *Ubique Pax*. Supone Spanheim que se estampó el cuño por algun enemigo de Galieno, con los visos de sátira amarguísima contra aquel príncipe afeminado. Mas como la ironía habia de parecer indecorosa para la gravedad del cuño romano, M. Tillemont ha colejido, por un paso de Trebelio Polion (Hist. August., p. 198), una solucion tan injeniosa como natural. Era *Galiena* prima hermana del emperador, y mereció el dictado de Augusta, libertando al Africa del usurpador Celso. En una medalla

(*) Escribe al parecer Malcolm por autoridades persas, I, 76.—M.

de la Coleccion Real de Francia, se lee una inscripcion parecida, con *Faustina Augusta* en torno de la cabeza de Marco Aurelio. En cuanto al *Ubique Pax*, se esplica obviamente con la vanidad de Galieno, que utilizó acaso una bonanza pasajera para el intento. Véase Noticias de la República Literaria, enero, 1700, p. 21-34.

(156) Conceptúo que nos ha llegado muy favorecida aquella índole. Fué breve y atropellado el reinado de su inmediato sucesor, y cuantos historiadores escribieron antes del encumbramiento de la familia de Constantino no podian tener el mas mínimo interés en tiznar á Galieno.

(157) Ansiosísimo se está mostrando Polion en redondear por puntos aquel número (*).

(158) Dudoso se hace el sitio de su reinado; pero habia cabida en el Ponto para un tirano, y nos constan los parajes de todos los demás.

(159) Tillemont, tom. III, p. 1163, los cuenta con alguna diferencia.

(160) Véase el razonamiento de Mario en la Historia Augustana, p. 197. La identidad casual de nombres fué lo único que pudo mover á Polion para imitar á Salustio.

(*m*) Mató á Mario un soldado que habia sido allá mancebo en su taller; y esclamó al descargarle: « Mira la espada que tú mismo has fraguado. » Treb. in vita.—G.

(161) Vos, ¡O Pompilius sanguis! es el arranque de Horacio con los Pisones. Véase el Arte Poética, v. 292, con las notas de Dacier y de Sanadon.

(162) Tácit., Anal., XV, 48. Hist., I, 15. En el primero de estos dos pasos, cabe el trocar *paterna* en *materna*. En cuantas jeneraciones mediaron desde Augusto hasta Alejandro Severo, siempre fueron asomando uno ú mas Pisones en el consulado. Augusto conceptuó á un Pison acreedor al solio (Tácit., Anal., I, 13). Otro encabezó una conspiracion formidable contra Neron, y luego un tercero fué prohijado y proclamado César por Galba.

(163) Hist. August., p. 195. Parece que el senado, en el ímpetu de su entusiasmo, dió por sentada la aprobacion de Galieno.

(164) Hist. August., p. 196.

(165) La asociacion del valeroso Palmireno fué el acto mas popular de todo el reinado de Galieno. Hist. August., p. 180.

(166) Habia Galieno conferido los dictados de César y Augusto á su hijo Salonino, muerto en Colonia por el usurpador Póstumo. Un hijo segundo de Galieno succdió en el nombre y la jerarquía á su hijo mayor,

(*) Cotéjese una disertacion de Manso acerca de los treinta tiranos, al fin de su vida de Constantino el Grande. Breslau, 1817.—M.

Valeriano, el hermano de Galieno, quedó tambien asociado al imperio; y luego varios otros hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas del emperador componian una familia real muy crecida. Véase Tillemont, t. III, y M. de Brequigny, en las Memorias de la Academia, t. XXXII, p. 262.

(167) Hist. August., p. 188.

(168) Tenia Rejiliano algunas gavillas de Roxolanos en su servicio; Póstumo un cuerpo de Francos, y tal vez estos se introdujeron bajo el concepto de auxiliares en España.

(169) La Historia Augustana, p. 177, le llama *servile bellum*. Véase Diodoro Sículo, l. XXXIV.

(170) Plin., Hist. Nat., V, 10.

(171) Diodoro Sículo, l. XVII, p. 590, edic. Wesseling.

(*n*) Berenice ó Myos-Hormos, sobre el Mar Rojo, recibia las mercancías orientales. Desde allí se trajinaban hasta el Nilo, y Nilo abajo hasta Alejandría.—M.

(172) Véase una carta curiosísima de Adriano, en la Historia Augustana, p. 245.

(173) Así como la matanza sacrílega de un divino gato. Véase Diodoro Sículo, l. I (*).

(174) Hist. August., p. 195. Aquella sedicion tremenda y larguísima tuvo por principio una reyerta con un soldado y un paisano sobre un par de zapatos.

(175) Dionisio y Eusebio. Hist. Ecles., VII, p. 21. Amiano, XXXII, 16.

(*o*) El Braquion era un barrio de Alejandría que abarcaba el puerto mayor, y contenia varios palacios habitados por los Tolemeos. D'Anville, Jeog. Ant., III, 10.—G.

(176) Escalíjero, Animadver., y Euseb., Chron., p. 258. Tres disertaciones de M. Bonany en las Memorias de la Academia, tom. IX.

(177) Estrabon, l. XIII, p. 569.

(178) Hist. August., p. 197.

(179) Véase Celario, Jeog. Ant., tom. II, p. 137, sobre el confin de la Isauria.

(180) Hist. August., p. 177.

(*) La hostilidad entre la parte hebrea y griega del vecindario, y luego entre las dos primeras y la cristiana, fué causa indefectible de alborotos, sediciones y matanzas, pues en ningun otro paraje fueron las contiendas mas frecuentes y sanguinarias, despues del establecimiento del Cristianismo. Véase Filon, de Legat. Hist. de los Judíos, II, 171, III, 111, 198. Gibbon, II, c. 21, VI, c. XLVII.—M.

(181) Hist. August., p. 177. Zósimo, l. I, p. 24. Zonaras, l. XII, p. 623. Euseb., Chron. Victor in Epitom. Victor in Cæsar. Eutropio, IX, 5. Orosio, VII, 21.

(182) Euseb, Hist. eclesiást., VII, 21. El hecho se ha sacado de las cartas de Dionisio, á la sazon obispo de Alejandría.

(183) En crecido número de parroquias se hallaron 11.000 personas entre catorce y ochenta años; 5.365 entre cuarenta y setenta. Véase Buffon, Hist. Nat., tom. II, p. 590.

CAPITULO XI.

Reinado de Claudio. — Derrota de los Godos. — Victoria, triunfo y muerte de Aureliano.

Bajo el reinado lastimoso de Valeriano y Galieno, quedó el imperio acosado y casi yermo por los soldados, tiranos y bárbaros: salvólo una sucesion de príncipes gallardos, salidos allá de las provincias belicosas del Ilírico. En el espacio como de treinta años, Claudio, Aureliano, Probo, Diocleciano y sus compañeros, triunfaron de los enemigos internos y esternos del estado, restablecieron, con la disciplina militar, el resguardo de los confines, y merecieron el glorioso dictado de Restauradores del orbe romano.

Despejado el palacio de un tirano afeminado, siguiéronle una caterva de héroes, pues airado el pueblo, achacó todas sus desdichas á Galieno, siendo las mas positivamente resultas de sus costumbres cenagosas y abandono en el gobierno. Carecia hasta del postrer quilate de pundonor que suele suplir por el desempeño del cargo, y mientras siguió con el goce de la Italia, una victoria de los bárbaros, la pérdida de una provincia y la rebeldía de un jeneral, por maravilla le defraudaban de sus recreos. Por fin, una hueste crecida y apostada en el alto Danubio (A. 268) revistió con la púrpura imperial á su caudillo Auréolo, el cual, desentendiéndose de reinar en los estériles riscos de Recia, tramontó los Alpes, ocupó á Milan, amenazó á Roma y retó á Galieno, para batallar en campo raso por la soberanía de Italia Provocado el emperador con tamaño desacato, y despavorido con tan inminente riesgo, descolló de improviso con aquel denuedo que solia á veces asomar entre su afeminada poltronería. Desprendiéndose á viva fuerza de la voluptuosidad del palacio, acaudilló armado sus lejiones, y adelantóse allende el Po al encuentro de su competidor. Rastréase todavía en el nombre adulterado de Pontroi-

lo (1) un puentecillo sobre el Ada, que debió, durante la refriega, ser punto de entidad para entrambos ejércitos. Retiróse á Milan el usurpador de Recia, tras una derrota absoluta y con una herida gravísima. Formóse en seguida el cerco de la ciudad; estremeciéronse los muros con cuantas máquinas eran usadas por los antiguos, y Auréolo, desconfiado de sus propios secuaces, y desahuciado de auxilio esterior, estaba ya presenciando las infaustas resultas de su rebelion frustrada.

Intentó, como único recurso, cohechar á los sitiadores, y fué derramando libelos por el campamento, amonestando á las tropas para que desamparasen á un dueño indigno, que estaba sacrificando la prosperidad pública á su liviandad, y las vidas de sus mas apreciables súbditos á soñadas sospechas; y aquel ardid fué vertiendo zozobras y desabrimientos en los ánimos principales del campamento. Fraguóse una conspiracion por Heracliano, prefecto del pretorio, y Marciano, jeneral de nombradía, con Cecrops, comandante de un cuerpo crecido de guardia de Dalmacia. Acordóse la muerte de Galieno, y á pesar de su anhelo por terminar antes el sitio de Milan, el sumo peligro que se agravaba por instantes con la demora les precisó á anticipar la ejecucion de su arrojado intento. Muy á deshora; mas cuando aun se holgaba el emperador con sus deleites de sobremesa, sobrevino una alarma voceando que Auréolo, capitaneando toda su jente, habia hecho una salida á la desesperada; y Galieno, que jamás flaqueaba en los trances, se arrojó de su alfombrado y mullido lecho, y sin detenerse á tomar su coraza y juntar su guardia, se disparó á carrera sobre el paraje supuesto del avance. Cercado allí, aunque á caballo, de sus enemigos patentes ó encubiertos, con el alboroto nocturno recibió luego una herida mortal de mano desconocida. En su agonía, exhalando un impulso patriótico, nombró un sucesor benemérito, y fué su postrer encargo que las insignias imperiales se entregasen á Claudio, que estaba á la sazon mandando un gran destacamento junto á Pavía. Cundió á lo menos la noticia ejecutivamente, y se obedeció ufanamente la órden por los conjurados, que estaban ya convenidos en alzar á Claudio al trono. Al primer aviso de la muerte del emperador, mostráronse las tropas un tanto recelosas y airadas, hasta que amainaron en virtud del donativo de veinte monedas de oro á cada soldado; y entónces ratificaron la eleccion y vitorearon al nuevo soberano (2).

La oscuridad del oríjen de Claudio, aunque engalanado luego con ficciones lisonjeras (3), está pregonando la ruindad de su cuna, y solo consta que era natural de una provincia riberana del Danubio, que se dedicó desde su mocedad á las armas, y que su valentía recatada le intimó con Decio. Conceptuábanle ya el senado y el pueblo como militar sobresaliente y de sumo desempeño para lo mas encumbrado; y aun zaherian la torpeza de Valeriano en no ascenderle de la clase de tribuno. Pero aca

baba el emperador de penetrar el mérito de Claudio, nombrándole jefe supremo del confin ilírico con el mando de todas las tropas en Tracia, Mesia, Dacia, Panonia y Dalmacia, el señalamiento de prefecto de Ejipto, la colocacion de procónsul de Africa, y la futura del consulado. Mereció al senado el timbre de una estatua, y enceló á Galieno por sus victorias sobre los Godos. Ni cabe que un soldado aprecie á un soberano inmundo, ni que acierte á encubrir su fundado menosprecio. Llegaron á oidos del emperador algunas espresiones descomedidas de Claudio, y la contestacion que ocasionaron está retratando al vivo su propio temple y el de su siglo. «Me ha impresionado en gran manera el contenido de vuestro aviso (4) de que alguna insinuacion malvada ha indispuesto contra mí el ánimo de ese íntimo y *pariente* Claudio. Como os esmerais en vuestro respeto, echad mano de cuantos medios quepan á fin de aplacarlo, pero proceded con suma reserva; que no trascienda el secreto á las tropas de Dacia, pues ya están enojadas y pudiera dispararse su encono. Envíole unos regalillos, y procurad que los admita placenteramente, y ante todo haced que por ningun camino llegue á presumir que me consta su indiscrecion, pues la zozobra de mis iras pudiera precipitarlo (5).» El presente mencionado en esta carta humilde, en que el monarca estaba solicitando una reconciliacion con su enfadado súbdito, comprendia una suma cuantiosa de dinero, un equipaje esplendoroso y una porcion preciosa de oro y plata labrada. Amansó y sosegó Galieno por estos medios al jeneral de Iliria, y en lo restante de su reinado, blandió incesantemente Claudio su espada en defensa de un superior á quien estaba menospreciando. Al fin, es verdad, recibió de los conspiradores la púrpura ensangrentada de Galieno, mas hallábase lejano del campamento y de sus consejos, y por mas que se complaciese en el hecho, debemos sencillamente suponer que estuvo inocente en la trama (6). Era Claudio, al sentarse en el solio, de cincuenta y cuatro años.

Se proseguia el sitio de Milan, y Auréolo echó luego de ver que todos sus ardides habian redundado en suscitarse un antagonista mas resuelto. Entabló con Claudio un tratado de alianza y particion. «Decidle,» replicó el denodado emperador, «que semejante propuesta debia encaminarse á un Galieno, *quien* quizás la escuchara sufridamente, aceptando un condigno compañero (7).» Tan adusto desengaño y el malogro de su postrer tentativa obligaron á Auréolo por fin á rendirse á discrecion del vencedor. Sentencióle el ejército á muerte, y Claudio, tras alguna resistencia, se conformó con el fallo. No se rezagaba el senado en demostraciones por el nuevo soberano, pues ratificó, tal vez con afan entrañable, la eleccion de Claudio, y por cuanto el antecesor se habia mostrado enemigo personal de aquel cuerpo, fueron vengándose, con capa de justicia, en su familia y allegados. Dejóse á cargo del senado la odiosidad de sus

pesquisas y ejecuciones, reservándose el emperador el mérito y la complacencia de mediar para que se indultase por fin á los reos (8).

No patentiza tanto esta clemencia ostentosa la verdadera índole de Claudio, como una circunstancia futil, hija de los sentimientos de su pecho. Las repetidas rebeliones de las provincias iban complicando á todo individuo en el delito de traicion, y á toda finca en la confiscacion consiguiente, y solia Galieno blasonar de dadivoso, regalando á sus oficiales las haciendas de los súbditos. Postróse á las plantas de Claudio recien ascendido al trono una anciana, querellándose de que un jeneral de su antecesor se habia apropiado su patrimonio, y era aquel jeneral el mismo Claudio, que se habia contajiado con el achaque reinante. Sonrojóse el emperador, y mostrándose digno de la llaneza con que se entregaban á su equidad, confesó su yerro y devolvió inmediata y ampliamente las haciendas (9).

Para el cabal desempeño del arduo intento de Claudio en restablecer el antiguo esplendor del imperio, fuerza era reinfundir en la tropa la propension al arreglo y la obediencia. Con la dignacion grandiosa de un caudillo veterano le fué manifestando que la insubordinacion era la que abortaba tanto trastorno, cuyas resultas venian por fin á recaer sobre los soldados mismos; que un pueblo en aquel desamparo, y apoltronado ya por su desesperacion, mal podia acudir al suministro y á las holganzas de la milicia; que el despotismo de la clase militar acarreaba zozobras á todo individuo, pues un príncipe trémulo en el solio compraba su salvamento con el sacrificio del súbdito indefenso. Esplayóse el emperador sobre los escollos de un desenfreno que la milicia solo podia ejercer a costa de su propia sangre, pues las elecciones sediciosas solian acarrear guerras civiles que guadañaban la flor de las lejiones, ya en el campo de batalla, ya en el abuso bárbaro de la victoria. Retrató al vivo lo exhausto del erario, la asolacion de las provincias, el baldon del nombre romano, el desvergonzado triunfo de los bárbaros apresadores, y contra estos, esclamó, voy á encaminar todo el ahinco de vuestras armas. Reinase en buen hora momentáneamente Tétrico en el Occidente, y aun allá Zenobia por el Oriente (10), pues siendo aquellos usurpadores sus enemigos personales, no debia tratar de propios desagravios hasta dejar en salvo un imperio cuya catástrofe alcanzaria, no evitándola á tiempo, tanto al ejército como al pueblo.

Habian ya las varias naciones de Jermania y Sarmacia que militaron antes con los Godos agolpado un armamento mas formidable todavía que cuantos habian desembocado el Euxino. Por las orillas del Niester, uno de los grandes rios que desaguan en aquel mar, estuvieron construyendo una escuadra de dos mil y aun de seis mil naves (11), número que, por abultado que parezca, era todavia insuficiente para el transporte del ejér-

cito, supuesto de trescientos veinte mil bárbaros; mas prescindiendo de la realidad de sus fuerzas, la pujanza y el éxito de la espedicion no correspondieron á tan grandiosos preparativos. En su tránsito por el Bósforo, arrolló el raudal á los torpísimos pilotos, y agolpados atropelladamente los buques en las angosturas, se estrellaban entre sí ó por la costa. Aportaron los bárbaros por algunos puntos de Europa y de Asia, pero encontraban las campiñas exhaustas, y eran rechazados de cuantas ciudades fortificadas intentaban asaltar. Desaviniéronse escarmentados y medrosos, mareando algunos caudillos hácia Creta y Chipre, pero el grueso principal, siguiendo un rumbo mas certero, fondeó por fin á la falda del monte Atos y asaltó la ciudad de Tesalónica, capital riquísima de todas las provincias macedónicas. Atajados quedaron sus torpes y desaforados embates con la llegada veloz de Claudio, que acudia desaladamente al punto que requeria la presencia de un príncipe belicoso acaudillando el poderío restante del imperio. Ansiosos tras la refriega, levantan ejecutivamente los Godos el sitio de Tesalónica, dejan la escuadra á la falda del promontorio Atos, tramontan las serranías de Macedonia, y se adelantan apresuradamente contra el postrer resguardo de la Italia.

Tenemos todavía una carta orijinal de Claudio al senado y al pueblo en este memorable trance. « Padres conscriptos, » dice el emperador, « sabed como trescientos y veinte mil Godos han invadido el territorio romano, y si los venzo, mi galardon se cifra en vuestro agradecimiento, mas si fallezco, recordad que soy sucesor de Galieno. Acosada y exhausta yace la república entera. Tenemos que pelear tras un Valeriano, un Injenuo, Rejiliano, Loliano, Póstumo, Celso y otros mil á quienes el menosprecio fundado de un Galieno incitó á su rebeldía. Escaseamos de flechas, lanzas y escudos. Usurpó Tétrico la Galia y la España, que son el alma del imperio, y me avergüenzo de confesar que los flecheros del Oriente están sirviendo á Zenobia, y así lo que hiciéremos será de suyo harto grande (12). » La entereza melancólica de esta carta está retratando á un héroe que, prescindiendo de su propia suerte, se hace cargo del riesgo, y vive todavía fundadamente esperanzado en su mismo desempeño.

Sobrepujó el éxito á su propia espectativa y á la del orbe entero, pues con una victoria esclarecida libertó al imperio de tan bárbara hueste, y sonó aun en la posteridad con el dictado glorioso de Claudio el Gótico. Los escasos historiadores de una guerra desconcertada (13) nos imposibilitan el ir describiendo por su órden las circunstancias de aquellas hazañas; mas aludiendo á la dramática, dividirémos esta memorable trajedia en tres actos: I. En la batalla decisiva trabada junto á Naiso, pueblo de Dardania, amainaron al pronto las lejiones, abrumadas con el número superior, y desalentadas con fracasos, y era ya inevitable su esterminio, cuando el advertido emperador acudió oportunamente con el refuer-

zo destinado al intento, pues un destacamento crecido desemboscando de los tránsitos recónditos y trabajosos de la serranía, ocupada por disposicion anterior, se abalanzó repentinamente á la retaguardia de los Godos ya vencedores. Avaloró la actividad de Claudio el trance favorable, y reanimando á la tropa, la rehizo y estrechó á los bárbaros por todas partes. Fenecieron, segun se cuenta, hasta cincuenta mil en la batalla de Naiso, y varios cuerpos enemigos, cubriendo su retirada con un vallado movible de carruajes, lograron desviarse ó mas bien huir de aquel campo de matanza. II. Podemos conceptuar que por algun tropiezo insuperable, como el cansancio, ú quizá la desobediencia de los vencedores, no redondeó Claudio en un dia el esterminio de los Godos. Fué trascendiendo la guerra á las provincias de Mesia, Tracia y Macedonia, y dilatándose con marchas, sorpresas y arremolinadas refriegas por mar y por tierra. Si padecian los Romanos algun quebranto, solia proceder ya de cobardía ó bien de temeridad; mas la superioridad de alcances en el emperador, su conocimiento cabal del pais, y su atinada eleccion de disposiciones y oficiales, afianzaron por lo mas el acierto de sus movimientos. La presa inmensa, fruto de tan repetidas victorias, era la mayor parte de ganado y esclavos; y así un cuerpo selecto de juventud goda se alistó en las tropas imperiales, rindiendo los demás como cautivos; y fué tal el número de las esclavas, que cupieron á cada soldado ya dos, ya tres mujeres. Inferimos por esta particularidad que el intento de los estranjeros no se ceñia únicamente al robo, sino tambien á su establecimiento, puesto que venian acompañados de sus familias. III. La pérdida de la escuadra, que fué apresada ó sumerjida, atajó la retirada á los Godos, y acorralados por apostaderos oportunos sostenidos con teson y estrechándose siempre mas y mas sobre un punto céntrico, tuvieron que enriscarse á lo mas inaccesible del monte Hemo, donde hallaron seguro resguardo con escasísima subsistencia. En el discurso de un invierno crudísimo, sitiados incesantemente por las tropas imperiales, su muchedumbre cercada fué siempre menguando al rigor del hambre, peste, desercion, y al filo de la espada (A. 270), y á los asomos de la primavera, allá quedaba únicamente una gavilla curtida y desesperada, resto de la hueste inmensa embarcada en la embocadura del Niester.

La peste que sepultó tan crecido número de bárbaros alcanzó por fin á su vencedor. Espiró Claudio en Sirmio, tras su corto y esplendoroso reinado de dos años, llorado y vitoreado por los súbditos. Juntó en su postrer dolencia á los caudillos civiles y militares, y les recomendó á Aureliano (14), uno de sus jenerales, como el mas acreedor al trono, y de mayor desempeño para su entablado intento. Las virtudes de Claudio, su valor, su agrado, equidad y templanza, su amor á la nombradía y á su patria, lo ensalzan al breve catálogo de los emperadores que aumentaron

los blasones del pueblo romano. Solemnizaron sin embargo con esmero y deleite aquellas prendas los escritores cortesanos del tiempo de Constantino, bisnieto de Crispo, hermano mayor de Claudio. Entonaron estudiadamente los ecos de la lisonja que los Dioses que arrebataron á Claudio de la haz de la tierra galardonaron sus merecimientos y relijiosidad perpetuando el imperio en su familia (15).

A pesar de los oráculos se fué dilatando el encumbramiento de la familia Flavia (apellido que les plugo apropiarse) por mas de veinte años, y el entronizamiento de Claudio acarreó el inmediato fallecimiento de su hermano Quintilio, quien carecia de comedida entereza para apearse á la vida privada, á la que el patriotismo del difunto emperador lo habia sentenciado. Revistióse la púrpura en Aquileya, donde estaba mandando fuerzas considerables, sin demora ni miramiento, y aunque se redujo su reinado á diez y siete dias *(a)*, logró la sancion del senado y esperimentó un alboroto de su tropa; mas noticioso luego de que el grande ejército del Danubio habia ofrecido la púrpura al notorio valor de Aureliano, postróse ante la nombradía y merecimiento de su competidor, y abriéndose las venas, evitó cuerdamente tan desproporcionada contienda (16) (Abril).

El plan jeneral de esta obra no nos permite ir desmenuzando todos los pasos de cada emperador ascendido ya al trono, y mucho menos las vicisitudes de su vida privada. Espresarémos tan solo que el padre de Aureliano era un labrador del territorio de Sirmio, cortijero de Aurelio, senador opulento. Alistóse el belicoso hijo como ínfimo soldado, fué luego ascendiendo á centurion, á tribuno, prefecto de una lejion, inspector de campamento y jeneral, ó como se llamaba entónces, duque de la frontera; y por fin, en la guerra gótica desempeñó el alto cargo de jeneral de la caballería. Descolló siempre su valor en todos los grados (17), como tambien su rigurosa disciplina y su acertado desempeño. Confiriòle el consulado el emperador Valeriano, que le apellida, en el lenguaje altisonante de aquella época, libertador del Ilírico, restaurador de la Galia y competidor de los Escipiones. Por recomendacion del senador de mérito y nobleza Valeriano, Ulpio Crinito, que blasonaba de entronques con Trajano, adoptó al cortijero panonio, le desposó con su hija y realzó la honrada escasez que Aureliano habia conservado inviolable (18).

Cuatro años y nueve meses vino tan solo á durar el reinado de Aureliano, mas todos los momentos de tan corto plazo resplandecieron con algun hecho memorable. Terminó la guerra gótica, escarmentó á los Jermanos que invadian la Italia, rescató la Galia, la España y Bretaña de las manos de Tétrico, y volcó la altanera monarquía fundada por Zenobia en Oriente sobre las ruinas del acosado imperio.

El desvelo solícito de Aureliano, aun en los puntos mas mínimos de la disciplina, afianzó el incesante acierto de sus empresas. Su reglamento

militar se halla compendiado en una carta sucinta á uno de sus oficiales subalternos, á quien le manda que lo desempeñe, si aspira á ser tribuno, y aun si trata de poner en salvo su vida. Vedaba el juego, la embriaguez y el estudio de la adivinacion, pues contaba Aureliano con que fuesen sus soldados frugales y aplicados, que su coraza estuviese siempre bruñida, con sus armas afiladas, sus vestidos y caballos á toda hora prontos para las ocurrencias, que viviesen sobria y recatadamente en sus cuarteles sin talar sementeras, sin robar ni una oveja, una ave ó un racimo, ú exijir del patron sal, aceite ó leña. « El suministro público, » sigue el emperador, « basta para su mantenimiento; sus riquezas se han de recojer de los despojos del enemigo, y no de los lloros de los paisanos (19). » Un solo ejemplo demostrará la rijidez, y aun la crueldad, de Aureliano. Sedujo un alojado á su patrona, y el miserable culpado fué puesto entre dos árboles doblegados á viva fuerza, y al soltarlos, se llevaron tras sí los miembros desgarrados. Algunos ejemplares semejantes aterraron provechosamente á la tropa. Terribles eran los castigos de Aureliano, mas rara vez tenia que repetirlos sobre el mismo delito. Corroboraba las leyes con su conducta, y las lejiones resabiadas temian á un superior práctico en obedecer y digno de mandar.

Envalentonó la muerte de Claudio á los desmayados Godos, y por cuanto las guarniciones del monte Hemo y de las orillas del Danubio habian tenido que acudir á los rumores de la guerra civil, parece verosímil que el cuerpo restante de la tribu goda y Vándalos se utilizaron de coyuntura tan favorable, y desamparando sus establecimientos en la Ukrania, traspusieron los rios y recrecieron con nuevos enjambres la hueste asoladora de los suyos. Embestidos por fin, despues de incorporados, por Aureliano, la encarnizada é indecisa refriega duró hasta el anochecer (20). Postrados con tantos desastres como mutuamente se habian causado y padecido en una guerra de veinte años, aviniéronse Godos y Romanos á una tregua duradera y provechosa Solicitáronla ansiosamente los bárbaros, y la ratificaron gustosas las lejiones, á cuyo voto quiso la cordura de Aureliano encargar la decision de aquel punto importante. Comprometióse la nacion goda en aprontar á los ejércitos romanos un cuerpo de dos mil auxiliares, todos de caballería, y pactaron en cambio una retirada segura y un mercado siempre abastecido hasta la orilla del Danubio, á cargo del emperador, pero á sus propias espensas. Cumplióse el tratado con tan suma escrupulosidad, que desparramándose una porcion de hasta quinientos hombres en busca de rapiña, el rey ó jeneral de los bárbaros dispuso que se prendiera al comandante culpado, y se le asaetease mortalmente, como víctima sacrificada á la santidad de los contratos. Es sin embargo muy probable que la precaucion de Aureliano en exijir para rehenes los hijos é hijas de los caudillos godos contribuyese tambien para tan pa-

cífico procedimiento *(b)*. Educó á los muchachos en el ejercicio de las armas, junto á su propia persona, y á las niñas les dió la enseñanza fina de las damas romanas, proporcionándoles luego el enlace con sus principales dependientes, para ir así por pasos decorosos amistando y encareciendo la flor de entrambas naciones (21).

Pero la condicion preponderante de la paz quedó mas bien sobreentendida que espresada en el tratado. Retiró Aureliano las fuerzas romanas de la Dacia, y tácitamente vino á ceder aquella gran provincia á los Godos y Vándalos (22). Su tino varonil le evidenció las ventajas fundamentales, y le hizo menospreciar el desdoro aparente de ir así estrechando los linderos de la monarquía. Los súbditos dacios, trasladados ahora de aquellas haciendas que no alcanzaban á cultivar ni defender, robustecian y poblaban la parte meridional del Danubio. Franqueóse á su industria un territorio pingüe, yermado por tanta correría de bárbaros, y una nueva provincia de Dacia siguió conservando la memoria de las conquistas de Trajano. Retuvo no obstante el pais antiguo á muchísimos habitantes, peor hallados con el destierro que con el dominio godo (23). Favorecieron siempre estos Romanos bastardos el imperio que desestimaban, planteando entre sus conquistadores labranza, artes provechosas, y regalos de vida civilizada. Fuése fomentando el roce entre ambas orillas del Danubio con el idioma y el comercio, y descollando la Dacia con su independencia, atajó con sus fuerzas las invasiones de los bravíos Septentrionales. El propio interés aficionó á estos bárbaros á los Romanos, y aquella ventaja mutua y perpetua redundó en intimidad provechosa. Aquella colonia mixta, que fué cubriendo la provincia antigua y componiendo con sus enlaces un pueblo crecido, blasonaba siempre de la nombradía y superioridad goda, y ante todo de su ascendencia escandínava. Al mismo tiempo la semejanza casual del nombre de Jeta *(c)* infundió á los crédulos Godos la aprension de que en lo antiguo, sus propios antepasados, establecidos ya en las provincias dacias, habian recibido la enseñanza de Zamolxis y contrastado las armas victoriosas de Sesostris y Darío (24).

Mientras la conducta moderada de Aureliano iba restableciendo la frontera ilírica, la nacion alemana (25) quebrantó las condiciones de paz, compradas por Galieno, ó impuestas por Claudio, y enardecida por su juventud lozana, asomó repentinamente en armas. Presentáronse cuarenta mil caballos en campaña (26), con duplicado número de infantería (27). Arrojóse su codicia sobre algunas poblaciones de los confines réticos, y esperanzándose mas y mas con sus triunfos, allá corrieron talando y destruyendo á largo trecho desde el Danubio al Po (28).

Noticiaron casi á un tiempo al emperador su correría y su retirada. Agolpó sin embargo un cuerpo ajilísimo de tropas, faldeó callada y aceleradamente la selva Hercinia, y los Alemanes, cargados con los despojos

de Italia, se asomaron al Danubio, sin recelo de que a la orilla opuesta y en sitio ventajoso se emboscase y preparase un ejército romano para cortarles la retirada. Cebó mas y mas Aureliano la confianza tan aciaga de los bárbaros, y aun franqueó á la mitad de su hueste el paso sin estorbo ni cautela. Su apuro y asombro facilitaron una victoria que utilizó el triunfador, pues situando sus lejiones en media luna, avanzó los estremos y traspuso el rio, y revolviendo ejecutivamente sobre el centro, acorraló la retaguardia jermana. Los bárbaros, exánimes por donde quiera, estaban desesperadamente viendo ya una campiña asolada, ya una corriente rápida y profunda, ó bien un enemigo victorioso é implacable.

Los Alemanes, en tan estremado conflicto, se allanaron á implorar la paz, y Aureliano, al frente de su campamento, recibió á sus embajadores con cuanto realce de pompa marcial cabia para ostentar la grandeza y disciplina de Roma. Estaban las lejiones escuadronadas y silenciosas sobre las armas, y los principales caudillos engalanados con las insignias de su clase, á caballo por ambos costados del solio imperial. A la espalda las imájenes sagradas del emperador y sus antecesores (29), las águilas doradas, y los varios dictados de las lejiones esculpidos en letras de oro, enarbolados sobre larguísimas picas cuajadas de plata. Al elevarse Aureliano á su asiento, su varonil agrado y su estampa majestuosa (30) precisó á los bárbaros á reverenciar la persona no menos que la púrpura de su vencedor. Enmudecieron y se postraron los embajadores, hasta que se les mandó alzar y se les franqueó el habla. Fueron por medio de los intérpretes cohonestando su alevosía, engrandeciendo sus hazañas, y esplayándose sobre los vaivenes de la suerte y las ventajas de la paz, con satisfaccion bien intempestiva pidieron una suma cuantiosa por pago de la alianza que ofrecian á los Romanos. Contestó el emperador con ceño y soberanía, menospreciando su oferta y vituperando su demanda; y tratándolos de tan idiotas en el arte de la guerra como en las leyes de la paz, los despidió por fin con la mera alternativa de avasallarse á discrecion, ó contar con el estremo de su justo enojo (31). Habia Aureliano cedido una provincia remota á los Godos; mas era espuesto el fiarse ó indultar á unos bárbaros alevosos, cuyo poderío formidable tenia á toda hora sobresaltada á la misma Italia.

Tras esta conferencia, parece que sobrevino algun apuro en Panonia que requeria la presencia del emperador, pues encargó á sus tenientes el final esterminio de los Alemanes, á los filos de la espada, ó por el medio mas seguro del hambre; mas una desesperacion rabiosa ha solido triunfar de la soñolienta confianza en la victoria. Imposibilitados los bárbaros de arrollar el Danubio y el campamento romano, rompen por los apostaderos de retaguardia, mas endebles ó menos resguardados, y revuelven

velocisimamente y por diverso rumbo hácia las serranías de Italia (32). Conceptuaba Aureliano terminada la guerra, cuando se halla con la noticia dolorosa del salvamento de los Alemanes y de los estragos que están ya cometiendo por el territorio de Milan. Manda á las lejiones que sigan, con cuanta presteza cabe en cuerpos tan recargados, la huida precipitada del enemigo, cuya infantería y caballería se mueven con ajilidad, y pocos dias despues, el emperador mismo acude al socorro de Italia, acaudillando un cuerpo selecto de auxiliares (entre los cuales habia rehenes y caballería de los Vándalos) y de toda la guardia pretoriana que habia servido en las guerras sobre el Danubio (33).

Derramados ya los batidores bárbaros desde los Alpes al Apenino, el desvelo incesante de Aureliano y sus oficiales se cifró todo en ir descubriendo, embistiendo y acosando sus crecidos destacamentos. En medio de esta guerra informal, háblase de tres refriegas mayores en que las fuerzas principales de entrambas partes se empeñaron reñidísimamente (34) y con éxito alternado. En la primera, trabada junto á Placencia, fué tal el desman de los Romanos, que, segun la espresion de un escrito apasionado de Aureliano, se llegó á temer la disolucion inmediata del imperio (35). Los ardidosos enemigos desemboscándose repentinamente al anochecer sobre las lejiones, en medio, como es muy probable, del cansancio y desconcierto de una marcha dilatada, fué irresistible el ímpetu de su avance; pero al fin, tras horrorosa matanza la entereza del emperador rehizo su tropa y recobró hasta cierto punto el timbre de sus armas. Dióse la segunda batalla junto á Fano en Umbria, sobre el sitio que fué quinientos años antes tan fatal al hermano de Anibal (36); pues habíanse adelantado hasta allí los Jermanos ansiosos por las carreteras Emilia y Flaminia, con ánimo de saquear la indefensa señora del orbe. Mas Aureliano, desvelado siempre tras la salvacion de Roma, y que iba hostigando su retaguardia, logró en aquel paraje darles una derrota total y esterminadora (37). El resto fujitivo de su hueste feneció en la batalla tercera y última junto á Pavía, y vino á quedar la Italia en salvo de las correrías de los Alemanes.

Padre fué siempre de la superstición el miedo, y en asomando calamidades nuevas, allá se arroja trémulo el hombre á propiciar sus enemigos invisibles. Aunque estribaban principalmente las esperanzas de la república en el denuedo y desempeño de Aureliano, yacieron todos tan despavoridos, cuando estaban aguardando por instantes á los bárbaros en los umbrales de Roma, que se acudió por un decreto del senado á los libros Sibilinos. El emperador mismo, por relijion ó por política, recomendó este paso como importante, reconvino al senado por su demora (38), y ofreció costear cuanto pudieran requirir los dioses en animales ó en cautivos de cualquiera nacion; mas en medio de este ofrecimiento

tan cuantioso, no aparece que se echase mano de víctima humana para borrar con su sangre las culpas del pueblo romano. Disponian los libros Sibilinos ceremonias mas inocentes, como procesiones de sacerdotes con ropajes blancos, acompañados de un coro de mozos y muchachas; purificaciones por la ciudad y sus cercanías, y sacrificios que debian contener á cuantos bárbaros intentasen hollar el terreno de su celebracion. En medio de su ridiculez, no fueron inservibles aquellos actos supersticiosos para el éxito de la guerra, y si en la refriega decisiva de Fano se figuraron los Alemanes que estaban viendo un ejército de vestiglos peleando por parte de Aureliano, recibió efectivamente un refuerzo sólido con aquella milicia imajinaria (39).

Mas en medio de su confianza en antemurales soñados, la esperiencia de lo pasado con la zozobra de lo venidero movió á los Romanos para resguardarse en fortificaciones mas toscas y macizas. Cercaron los sucesores de Rómulo los siete cerros de Roma con un vallado antiguo de mas de cuatro leguas (40). Parecerá escesiva la estension del recinto para el poder y vecindario de un estado nuevo, mas se hacia forzoso el resguardar dehesas y barbechos dilatados contra las correrías frecuentes y repentinas de las tribus del Lacio, enemigas perpetuas de la república. Crecieron ciudad y vecindario con el engrandecimiento romano; se llenaron intermedios, se volcaron las vallas inservibles, se edificó en el campo de Marte, y por donde quiera se fueron acompañando las carreteras con largos y suntuosos arrabales (41). La estension de la nueva murralla alzada por Aureliano, y concluida en el reinado de Probo, se abultó en el concepto popular hasta diez y ocho leguas (42), mas luego se ha reducido á siete en virtud de una medicion mas esmerada (43). Trabajosa y desconsolada empresa, puesto que el resguardo de la capital estaba pregonando la decadencia de la monarquía. Allá los Romanos en el auje de su prosperidad, al confiar á las armas de las lejiones la salvacion de sus campamentos (44), vivian ajenos de recelar que jamás se hiciese preciso el fortificar el solio del Imperio contra los embates de unos bárbaros (45).

La victoria de Claudio sobre los Godos y el descalabro de los Vándalos por Aureliano habian devuelto á las armas romanas su antigua superioridad contra las naciones bravías del Norte, y cupo á este segundo la tarea grandiosa de castigar á los tiranos caseros y reincorporar las porciones desmembradas del imperio. Aunque reconocido por el senado y el pueblo, ceñian su reino los confines de Italia, Africa, Ilírico y la Tracia. España, Galia, Bretaña, Ejipto, Siria y el Asia Menor estaban sujetas todavía á dos rebeldes, únicos que de tan largo catálogo se habian salvado de los trances de su empeño, y para mayor oprobio de Roma, entrambos usurpadores eran hembras.

Habian ido asomando y feneciendo rápidamente varios monarcas en

las provincias de la Galia, y las virtudes austeras de Póstumo solo habian conducido para anticipar su esterminio. Derribado ya un competidor que se habia revestido la púrpura en Mentz, se resistió á que la tropa se cebase con el saqueo de la ciudad rebelde, y en el séptimo año de su reinado, pereció víctima de su frustrada codicia (46). Menos decorosa fué la causa de la muerte de Victorino, su amigo y consocio. Mancillaba sus prendas (47) su desenfreno amoroso, que le precipitaba sin miramiento social y caballeroso (48). Matáronle en Colonia maridos zelosos mancomunadamente, y su desagravio fuera mas disculpable, si respetaran la inocencia de sus hijos. Tras el asesinato de tantos príncipes valerosos, es de reparar que una mujer enfrenase las indómitas naciones de la Galia, y todavía mas estraño que fuese la madre del malaventurado Victorino. La maña y los tesoros de Victoria le proporcionaron el colocar sucesivamente á Mario y Tétrico en el trono, y reinar varonilmente bajo el sobrescrito de estos rendidos emperadores. Acuñóse moneda de cobre, plata y oro, apropiándole los dictados de Augusta y madre de los campamentos. Cesó su potestad solo con la vida, y esta quizá se abrevió por la ingratitud de Tétrico (49).

Cuando Tétrico, incitado por su ambiciosa protectora, tremoló las insignias rejias, era gobernador de la provincia de Aquitania, destino correspondiente á sus prendas y á su educacion. Reinó sobre la España, Galia y Bretaña cuatro ó cinco años, esclavo y caudillo de una hueste desmandada á quien temia, y de la cual se veia menospreciado. Vislumbró por fin una esperanza de rescate con el valor y la prosperidad de Aureliano (A. 271, estío). Aventuróse á descubrirle su desconsolada situacion, y le amonestó á que acudiese pronta y eficazmente al auxilio de un competidor desventurado. Si trascendiera su correspondencia reservada á noticia de la soldadesca, costara verosimilmente la vida á Tétrico, ni estaba en su mano el desprenderse del cetro de Occidente, sin traicionarse á sí mismo. Aparentó una guerra civil, condujo sus fuerzas contra Aureliano, colocólas á la inversa de su interés, trasladó su plan al enemigo, y con un corto número de amigos se le pasó al principio de la refriega. Las lejiones rebeldes, aunque despavoridas y desalentadas con la traicion del caudillo, se defendieron desesperadamente, hasta que vinieron á quedar acuchilladas por entero, en la batalla memorable y sangrienta de Chalons en Champaña (50). La retirada de los auxiliares indisciplinados, Francos y Bátavos (51), á quienes luego el emperador persuadió ó precisó á despasar el Ródano, restableció el sosiego jeneral, y quedó reconocido Aureliano desde el malecon de Antonino hasta las columnas de Hércules.

Desde el reinado de Claudio, arrojóse la ciudad de Autun, sola y sin arrimo, á declararse contra las lejiones de la Galia, las cuales, tras un sitio de siete meses, asaltaron y saquearon aquel desventurado pueblo,

exánime ya con el hambre (52), al paso que Lion habia porfiadamente contrastado las armas de Aureliano, y consta su escarmiento (53), mas no los galardones de Autun. Tal es por cierto el sistema de las guerras civiles, acordarse cruelmente de los agravios, y olvidar los servicios mas señalados; por cuanto redunda en provecho la venganza, y se hace costoso el agradecimiento.

Afianzadas con la persona las provincias de Tétrico, asestó Aureliano sus armas contra Zenobia (A. 272), lá decantada reina de Palmira y del Oriente. Produjo la Europa moderna varias esclarecidas mujeres, que desempeñaron gloriosamente el cargo de un imperio, ni aun carece nuestro propio tiempo de tan sumo realce; mas esceptuando las hazañas dudosas de Semíramis, quizás es Zenobia la única hembra cuyo númen sobresaliente se encumbró sobre la apocada languidez en que yace aquel sexo por el clima y por las costumbres del Asia (54). Blasonaba de entronques con los reyes macedonios de Ejipto *(d)*, igualaba en hermosura á su ascendiente Cleopatra, y la sobrepujaba en recato y denuedo (55), pues se conceptuaba á Zenobia por la mas linda y la mas heroica de su sexo. Morena (pues tratándose de una dama, son de importancia tales fruslerías), su dentadura era perlada y blanquísima, y flechaban sus ojos grandes y negros ardores entrañables, templados con halagüeño embeleso. Era su voz clara y armoniosa, y su entendimiento varonil engalanado, y fortalecido con el estudio. Versada en la lengua latina, poseia igualmente y con cabal perfeccion el griego, el siríaco y el ejipcio. Habia compuesto para su propio uso un compendio de la historia oriental, y parangonaba despejadamente los primores de Homero y de Platon al arrimo de su ayo, el sublime Lonjino.

Esta mujer peregrina dió la mano á Odenato *(e)*, quien de llana esfera se encumbró por sí mismo al dominio del Oriente, y contituyóse luego íntima y compañera de un héroe. En los intermedios de la guerra dedicábase Odenato desaladamente al ejercicio de la caza, acosando con ansia las fieras del desierto, leones, panteras y osos, y el ímpetu de Zenobia en tan arriesgado recreo no iba en zaga al de su esposo. Robusteció su complexion con el trabajo, menospreciaba los carruajes cubiertos, presentábase por lo mas á caballo en traje militar, y solia andar leguas á pié capitaneando la tropa. Los aciertos de Odenato fueron en gran parte debidos á tanta cordura y fortaleza, y las brillantes victorias contra el gran Rey, á quien por dos veces acosaron hasta las mismas puertas de Ctesifonte, encumbraron el afamado poderío de entrambos; y tanto sus ejércitos como las provincias rescatadas á ningun otro soberano reconocian mas que á tan inclitos caudillos. Reverenciaban el senado y pueblo romano al estranjero que desagravió el cautiverio de su emperador, y aun el

hijo empedernido de Valeriano aceptó á Odenato por su lejítimo compañero.

Tras una espedicion ventajosísima contra los saqueadores godos del Asia, regresó el príncipe palmireno á la ciudad de Emesa en Siria, donde, invencible como fué en la guerra, feneció allí por alevosía doméstica, y su recreo predilecto de la caza fué el motivo, ó á lo menos la coyuntura de su muerte (56). Arrojóse su sobrino Meonio á disparar su venablo antes que el tio, y aunque reconvenido, repitió luego su desacato. Airóse como cazador y monarca Odenato, le quitó el caballo, suma afrenta entre bárbaros, y castigó su temeridad con un breve arresto. Olvidado quedó luego el agravio, mas no el castigo, pues Meonio, con algunos compañeros osados, asesinó al tio en un concurrido banquete, como tambien á Heródes, hijo de Odenato, mas no de Zenobia, mozo de temple blando y afeminado (57). Solo cupo á Meonio el deleite bárbaro de su sangrienta venganza, pues habiéndose engreido con el dictado de Augusto, quedó luego sacrificado por Zenobia á la memoria de su esposo (58).

Al arrimo de sus leales amigos, ascendió Zenobia al trono vacante, y gobernó varonilmente Palmira, Siria y el Oriente por mas de cinco años. Cesó con la muerte de Odenato la autoridad que personalmente le habia concedido el senado; mas la viuda belicosa, menospreciando al senado y á Galieno, precisó á uno de sus jenerales, enviado contra ella, á retirarse á Europa con el malogro de su tropa y su concepto (59). En vez de las pasioncillas que por lo mas enmarañan un reinado mujeril, teson y tino encabezaron siempre los acuerdos de Zenobia, pues cuando era oportuno el indulto, embotaba su encono, y en siendo forzoso el castigo, enmudecia su compasion. Tachóse de avaricia su esmerada economía, mas blasonaba de magnífica y dadivosa en sus apropiadas ocurrencias. Los estados confinantes de Arabia, Armenia y Persia, temerosos de su enemistad, galantearon su alianza, y á los dominios de Odenato, que se esplayaban desde el Eufrates hasta la raya de Bitinia, añadió la viuda la herencia de sus antepasados, el reino pingüe y populoso de Ejipto *(f)*. Reconoció el emperador Claudio su mérito, y se avino á que mientras *él* proseguia su guerra gótica, volviese *ella* por el decoro del imperio en el Oriente (60). Adoleció sin embargo la conducta de Zenobia de estrañezas, y no se hace inverosímil que idease el intento de levantar una monarquía independiente y contrapuesta. Sabia hermanar con los modales llanos de los príncipes de Roma el boato grandioso de las cortes asiáticas, imponiendo á los vasallos la adoracion tributada á los sucesores de Ciro. Dió educacion latina (61) á sus tres hijos, y solia mostrarlos á la tropa engalanados con la púrpura, reservándose la diadema con el dictado esplendoroso y mal deslindado de reina del Oriente.

Al encaminarse Aureliano al Asia contra un antagonista cuyo sexo podia únicamente desautorizarlo, avasalló con su presencia la provincia de Bitinia, conmovida ya con las armas y amaños de Zenobia (62). Internándose con sus lejiones, y avasallada Ancira, se apoderó, tras porfiado sitio, de Tiana por medio de una alevosía. La índole jenerosa, aunque adusta, de Aureliano, puso el traidor en manos de la soldadesca; pero allá una veneracion supersticiosa le inclinó á un tanto agraciar la patria del filósofo Apolonio (63). Despoblóse Antioquía á su asomo, hasta que el emperador con edictos benévolos desengañó al vecindario, é indultó indistintamente á cuantos por precision y contra su albedrío se habian comprometido en el servicio de la reina palmirena. Granjeóse los ánimos con tan inesperada blandura, y hasta las mismas puertas de Emesa, el afan de los Sirios allanó el rumbo á sus armas aterradoras (64).

Mal correspondiera Zenobia á su nombradía, si franquease apoltronadamente el paso al emperador de Occidente hasta treinta leguas de su capital. Decidióse la suerte del Oriente en dos refriegas, tan parecidas en todo su pormenor, que apenas acertamos á deslindarlas, advirtiendo únicamente la diferencia de ser la una junto á Antioquía (65), y la otra cerca de Emesa (66). Animó en ambas la reina de Palmira á las tropas con su presencia, y encargó la ejecucion de sus órdenes á Zabdas, que habia ya sobresalido con su intelijencia militar en la conquista de Ejipto. Consistian las crecidas fuerzas de Zenobia principalmente en flecheros espeditos, y en caballería pesadamente cuajada toda de acerado resguardo, y arrolló á los caballos moriscos é ilíricos de Aureliano, quienes huyendo en desconcierto real ó aparente, comprometieron á los palmirenos en un alcance trabajosísimo, los acosaron salteadamente, y por fin desbarataron aquel cuerpo impenetrable, pero torpe, de caballería. Entretanto la infantería lijera, apurado el repuesto de sus aljabas é indefensa para la lid personal, estaba ofreciendo sus costados descubiertos á las lejiones entresacadas por Aureliano de los veteranos apostados sobre el alto Danubio, y cuya valentía habia sobresalido en la guerra alemánica (67). Quedó Zenobia imposibilitada de plantear otro ejército tras la derrota de Emesa, pues hasta la misma raya de Ejipto, las naciones incorporadas á su dominio acababan de seguir el estandarte del vencedor, quien destacó á Probo, el mas valiente de sus jenerales, para posesionarse de las provincias ejipcias. Quedábale Palmira por único recurso á la viuda de Odenato, y ceñida á los muros de su capital, se apercibió para una resistencia poderosa, y clamó con el denuedo de una heroina que el postrer momento de su reinado seria el mismo que el de su vida.

Entre los áridos desiertos de la Arabia, asoman allá como islillas en medio de un piélago arenoso ciertos solares amenos, y hasta el nombre de Tadmor ó Palmira, por su significado siríaco y latino, espresaba un

sin fin de palmerales que daban sombrío verdor á la rejion bonancible. Puro el ambiente, y bañado el suelo por manantiales preciosos, criaba frutales y sementeras. Paraje dotado de tantas ventajas, y situado á distancia oportuna (68) entre el golfo de Persia y el Mediterráneo, debia frecuentarse luego por las caravanas que acarreaban á las naciones de Europa grandísima parte de las preciosidades de la India. Fué Palmira descollando con su opulencia como ciudad independiente, y enlazando la monarquía de Parta con la de Roma por los mutuos productos del comercio, logró disfrutar una neutralidad humilde, hasta que al fin, con las victorias de Trajano, hundida en el piélago romano, floreció mas de siglo y medio bajo el concepto subalterno, mas honroso, de colonia. En este plazo apacible, en cuanto se rastrea por algunas inscripciones todavía existentes, fué cuando los holgados Palmirenos construyeron aquellos templos, alcázares y pórticos de arquitectura griega, cuyas ruinas, derramadas por leguas, han merecido la curiosidad de nuestros viajeros. El encumbramiento de Odenato y Zenobia centelleó por toda la comarca, y Palmira por algun tiempo blasonó de competidora de Roma; pero fuéle el parangon aciago, y quedaron sacrificados á un rato de esplendor siglos de prosperidades (69).

Hostilizaban incesantemente los Arabes á Aureliano al marchar por el desierto arenoso entre Emesa y Palmira, y no siempre le cabia el resguardar su hueste, y especialmente los bagajes, contra aquellas gavillas volantes de porfiados y atrevidos salteadores, que acechaban á toda hora el trance de la sorpresa, y burlaban el alcance pesado de las lejiones. Objeto mas arduo y trascendental era el sitio de Palmira, y el emperador, que con teson incesante empujaba personalmente los avances, salió herido de un flechazo. «El pueblo romano,» dice Aureliano en una carta orijinal, «está ahí hablando con menosprecio de la guerra que traigo con una mujer, ignorando la índole y el poderío de Zenobia. Indecibles son sus pertrechos de piedras, flechas y todo jénero de arrojadizas. En cada punta del muro hay dos ó tres *balistas*, y sus máquinas andan disparando fuegos artificiales, pues la zozobra del castigo la tiene armada con el denuedo de la desesperacion. Confio sin embargo en los dioses propicios de Roma, que hasta aquí han favorecido siempre mis empresas (70).» Desconfiado sin embargo del padrinazgo de los dioses y del paradero del sitio, tuvo Aureliano por mas cuerdo el ofrecer la ventajosa capitulacion de retiro esplendoroso á la reina y revalidacion de sus privilejios al vecindario. Desechóse tenazmente la propuesta y en términos insultantes.

Estribaba la entereza de Zenobia en la esperanza de que el hambre precisaria en breve al ejército á despasar el desierto, y en el concepto fundado de que los reyes del Oriente, y en particular el monarca persa,

se armarian en defensa de su aliado natural. Mas venció la perseverancia venturosa de Aureliano todos los tropiezos. La muerte de Sapor, sobrevenida á la sazon, desavino los ánimos de Persia (71), y los cortos auxilios que intentaron socorrer á Palmira quedaron luego atajados con las armas ó las dádivas del emperador. De todos los puntos de la Siria iba llegando de continuo y á su salvo una línea de convoyes al campamento, reforzado con el regreso de Probo y sus tropas victoriosas tras la conquista del Ejipto. Trata entónces de huir Zenobia, cabalga el mas veloz de sus dromedarios (72), llega á la orilla del Eufrates, como á veinte leguas de Palmira, cuando la alcanza la caballería lijera de Aureliano, y la apresa y la postra ante las plantas del emperador (A. 273). Ríndese luego la capital, y la tratan con suma benignidad. Entréganse armas, caballos y camellos, con un tesoro inmenso de oro, plata, seda y piedras preciosas, al vencedor, quien no dejando mas que una guarnicion de seiscientos flecheros, regresa á Emesa y emplea algun tiempo en el reparto de galardones y castigos al fin de guerra tan memorable que reintegró á Roma de aquellas provincias que habian renunciado su obediencia desde el cautiverio de Valeriano.

Pregúntale Aureliano ceñudamente á la reina siríaca, al llegar á su presencia: «¿Cómo tenia la avilantez de arrostrar á mano armada á un emperador de Roma?»—Contestóle agudamente con respeto y entereza: «Porque no me cabia conceptuar como emperadores romanos á un Auréolo y á un Galieno, y solo á vos os reconozco por mi vencedor y soberano (73).» Mas desamparóle el ánimo en el trance crítico, por cuanto el denuedo mujeril es siempre postizo, y por maravilla es constante en su propósito. Tembló Zenobia á los alaridos airados de la soldadesca que clamaba porque inmediatamente se la ajusticiase, y olvidando la desesperacion gallarda de Cleopatra, que blasonaba de seguir como su dechado, compró afrentosamente la vida con el sacrificio de su opinion y de sus amigos. Achacóles el terco empeño de su porfiada resistencia, abusando de la flaqueza de su sexo, y sobre sus cervices asestó la venganza del cruel Aureliano. La nombradía de Lonjino, comprendido entre las muchas víctimas, acaso inocentes, de su terror, ha de sobrevivir al nombre de la reina que lo vendió y del tirano que derramó su sangre. Ni el númen ni la instruccion eran capaces de conmover á un guerrero idiota y bravío, pero habian enardecido y encumbrado el ánimo de Lonjino, quien, sin exhalar un ay, fué sosegadamente tras el sayon, condoliéndose de su desventurada soberana, y consolando á sus abatidos compañeros (74).

Habia ya Aureliano, á su regreso del Oriente, traspuesto los estrechos que deslindan la Europa del Asia, cuando se encolerizó con la noticia de que los Palmirenos, muertos el gobernador y la guarnicion que habia de-

jado en la ciudad, estaban tremolando el pendon de su rebeldía. Sin pararse á recapacitar ni un punto, volvió el rostro hácia la Siria. Sobresaltóse Antioquía, con tan repentina asomada, mas la indefensa Palmira fué la ajusticiada por su incontrastable saña. Tenemos una carta del mismo Aureliano donde reconoce (75) que ancianos, mujeres, niños y labriegos quedaron envueltos en el pavoroso esterminio que debia ceñirse á los rebeldes armados, y aunque su mayor empeño se refiere al restablecimiento de un templo del Sol, descubre cierta compasion para con los Palmirenos restantes, á quienes franqueó el permiso de repoblar la ciudad; pero se hace mas llano el arruinar que el restablecer, y el solar del comercio, de las artes y de Zenobia fué sucesivamente descendiendo á pueblecillo desconocido, fortaleza insignificante y aldea desdichada. El vecindario actual de Palmira, reducido á treinta ó cuarenta familias, ha ido enlodando sus chozas en el anchuroso patio de un templo magnífico.

Estábale esperando otro afan al infatigable Aureliano, y fué dar al través con un rebelde temible, aunque desconocido, que asomó durante la rebelion de Palmira por las orillas del Nilo. Firmo, amigo y aliado, como altamente se apellidaba á sí mismo, de Odenato y Zenobia, era tan solo un mercader adinerado de Ejipto. Habíase enlazado estrechamente, en su carrera de la India, con los Sarracenos y Blemios, cuya situacion por ambas costas del mar Rojo les franqueaba la entrada por el alto Ejipto. Acaloró á los Ejipcios esperanzándolos con la libertad, y acaudillando su desaforada muchedumbre, se arrojó á la ciudad de Alejandría, donde tomó la púrpura imperial, acuñó moneda, pregonó edictos, y levantó una hueste que, segun locamente blasonaba, era capaz de mantener con solo el producto de su comercio de especería Endeble antemural era aquella tropa contra la llegada de Aureliano, y parece escusado el añadir que Firmo quedó derrotado, preso, martirizado y muerto. Aureliano pudo entónces congratularse con el senado y el pueblo de que en poco mas de tres años habia restablecido la paz universal y el buen órden por todo el orbe romano (76).

Desde la fundacion de Roma ningun jeneral habia mas esclarecidamente merecido el triunfo que Aureliano, ni hubo jamás otro que se celebrase con mayor boato y magnificencia (77). Abrian la solemnidad veinte elefantes, cuatro tigres reales, y mas de doscientos animales de los mas raros del Norte, Oriente y Mediodía. Seguíanles mil y seiscientos gladiadores, sentenciados al bárbaro recreo del anfiteatro. Las preseas del Asia, las armas é insignias de tantas naciones vencidas, y la magnificencia de la plata labrada y el equipaje de la reina siríaca, iban colocados en simetría esmerada ó en vistoso desconcierto. Los embajadores de puntos remotos y encontrados de la tierra, de Etiopia, Arabia, Persia, Bactriana, India y China, reparables todos por sus trajes riquísimos ó estraños, ostentaban

la nombradía y el poder del emperador romano, que estaba igualmente ofreciendo á las miradas públicas los regalos recibidos, y especialmente un sinnúmero de coronas de oro, ofrendas de ciudades agradecidas. Pregonaba las victorias de Aureliano aquel eslabonamiento de tantísimo cautivo como iba á su pesar acompañando el triunfo; Godos, Vándalos, Sármatas, Alemanes, Francos, Galos, Siríacos y Ejipcios. Iban rotulados los pueblos, y concedióse el dictado de Amazonas á diez bizarras heroinas de la nacion goda cojidas con las armas en la mano (78). Mas desatendiendo al tropel de los cautivos, clavóse la vista de todos en el emperador Tétrico y en la reina del Oriente. El primero, al par de su hijo, condecorado de Augusto, trajeado con gregüescos galos (79), vistia una túnica azafranada y un manto de púrpura. La hermosa figura de Zenobia iba aprisionada con grillos de oro; sostenia un esclavo la cadena, tambien de oro, que le ceñia la garganta, y desmayábase casi con el peso enorme de la joyería. Antecedia á pié á la carroza esplendorosa en la cual esperanzó algun tiempo entrar por las puertas de Roma. Seguíanla otros dos carruajes, todavía mas lujosos, de Odenato y del monarca persa. Tiraban la carroza de Aureliano (usada antes por un rey godo) en aquella funcion tan memorable cuatro ciervos, ó mas bien elefantes (80); y los prohombres del senado, el pueblo y el ejército cerraban el séquito solemne. Vitoreaba la gozosa muchedumbre con júbilo entrañable, asombro y agradecimiento, mas nublóse el regocijo del senado al asomo de Tétrico, y no pudo menos de prorumpir en susurros contra el altivo emperador porque afrentaba así á un Romano y un majistrado (81).

Pero por mas que Aureliano se gozase engreidamente en el vilipendio de sus competidores, tratólos luego con la jenerosa clemencia desusada por los triunfadores antiguos. Una vez encaramado el boato grandioso al Capitolio, solian fenecer en la cárcel cuantos príncipes habian malogrado su trono y su libertad; y ahora unos usurpadores cuya alevosía quedaba evidenciada con su derrota lograron disfrutar vida holgada y sosiego decoroso. Brindó el emperador á Zenobia con una quinta primorosa en Tibur ó Tívoli, á siete leguas de la capital; y la reina siriaca se fué apeando á la clase de matrona romana, enlazó á sus hijas con familias esclarecidas, y asomaba todavía su descendencia en el siglo quinto (82). Restablecidos Tétrico y su hijo á la jerarquía y fortuna anteriores, edificaron en el monte Celio un palacio suntuoso, y convidaron para estrenarlo á Aureliano á una cena. Pasmóse placenteramente al ver un cuadro á la entrada que estaba retratando su peregrina historia, tributando al emperador una corona cívica y el cetro de la Galia, y luego recibiendo de su diestra las insignias de senador. Obtuvo despues el padre el gobierno de Lucania (83), y Aureliano, que vino á terciar con el apeado monarca en su llana intimidad, le preguntó amistosamente si no era mas apetecible el

rejir una provincia en Italia que el reinar allende los Alpes. Siguió largo tiempo el hijo de senador apreciable, ni hubo en toda la nobleza individuo mas bienquisto de Aureliano y de sus sucesores (84).

Fué tan larga y estraña la funcion triunfal de Aureliano, que habiendo empezado al amanecer, la pausada majestad de su procesion no llegó al Capitolio hasta las tres de la tarde, y habia ya anochecido, cuando el emperador se recojió á su palacio. Dilatáronse los festejos con representaciones teatrales, juegos del circo, caza de fieras, luchas de gladiadores y combates navales. Repartiéronse cuantiosos donativos al ejército y al pueblo, y varias instituciones, ya provechosas, contribuyeron para perpetuar la gloria de Aureliano. Consagróse una porcion considerable de los despojos orientales á los númenes de Roma; centelleaban, así el Capitolio como los demás templos, con las ofrendas de su relijiosidad ostentosa, y cupieron solo al santuario del Sol mas de quince mil marcos de oro (85). Era este una mole grandiosa sentada á la falda del monte Quirinal, y dedicada por Aureliano, tras su triunfo, á la deidad que adoraba como el padre de su vida y sus prosperidades. Habia sido su madre sacerdotisa inferior en un templete del Sol, y una devocion entrañable al dios de la luz era parto de su niñez; así es que á cada paso de su elevacion y á cada victoria de su reinado, se fortalecia la supersticion con el agradecimiento (86).

Habian las armas de Aureliano vencido á los enemigos internos y esternos de la república, y consta que, en virtud de su afan justiciero, los delitos y las facciones, abortos perniciosos de torpe tolerancia, y zizaña asoladora de gobiernos endebles y opresores, desaparecieron del orbe romano (87). Mas si nos hacemos cargo de cuanto mas ejecutivo es el estrago que sus reparos, y si recordamos que los años del desenfreno escedieron á los meses del reinado brioso de Aureliano, tendrémos que confesar que las cortas temporadas intermedias de paz eran insuficientes para la empresa tan ardua de la reforma. Hasta su intento de restablecer la integridad de la moneda le acarreó un alboroto formidable, y la pesadumbre del emperador está de manifiesto en una de sus cartas particulares. « Guerra perpetua, » dice, « decretaron positivamente los dioses contra mi cuitada vida. Una asonada aquí en el recinto ha parado en guerra civil. Los operarios de la moneda, incitados por Felicísimo, esclavo á quien confié un empleo en la hacienda, encabezan la rebelion. Queda todo aplacado, mas han fenecido en la demanda siete mil de mis soldados, de aquella tropa que suele guarnecer la Dacia y acantonarse por el Danubio (88). » Otros escritores que corroboraron el hecho añaden que sobrevino á poco del triunfo de Aureliano, y que la refriega decisiva se trabó en el monte Celio; que los operarios habian adulterado la moneda, y que el emperador logró restablecer el crédito público, espendien-

do piezas cabales en cambio de las viciadas, que el pueblo por su órden tuvo que llevar al erario (89).

Nos ceñimos á referir este caso estraño, mas no podemos menos de manifestar cuan impropio é increible se nos hace su conjunto. El menoscabo de la moneda es muy de suponer en el réjimen de un Galieno, ni es inverosímil que los defraudadores se mostrasen mal hallados con la inflexible justicia de Aureliano; mas el delito y su producto se habian de vincular en pocas manos, ni se alcanza con qué ardides habian de conmover y armar á un pueblo agraviado contra un monarca á quien estaban defraudando. Era natural que á tales malvados les cupiese el odio público, al par que á los delatores y á los demás interventores en las tropelías, y que la reforma de la moneda fuese un acto tan popular como la quema de aquellas cuentas rezagadas que dispuso ejecutar el emperador en el foro de Trajano (90). En siglos que desconocian los principios del comercio, tal vez hay que aspirar á los fines mas apreciables por medios torpes y violentos; mas un quebranto temporal de aquel jaez mal podia acarrear y sostener una guerra civil de alguna monta. El redoble de impuestos sobre fincas y consumos puede al fin precipitar á quien no gusta, ó no le cumple el estrañarse de su pais; mas varia mucho el caso respecto de los espedientes que restablecen la moneda, pues el daño transitorio queda luego borrado con el provecho permanente, repartiéndose el quebranto entre la muchedumbre, y si tal cual individuo adinerado padece algun quebranto en su repuesto, tambien va á menos su trascendencia para con los demás, enconados ya contra su predominio. Por mas que Aureliano procurase disfrazar la causa efectiva del alboroto, su reforma de la moneda tan solo podia suministrar un pretesto á un partido ya poderoso y exasperado; pues Roma, aunque privada de libertad, ardia en facciones. El pueblo, á quien el emperador, como plebeyo, profesaba sumo apego, vivia en desavenencia perpetua con el senado, el órden ecuestre y la guardia pretoriana (91). Requeríase por tanto nada menos que una conspiracion pujante, aunque reservada, de aquellos cuerpos, con la autoridad del primero, los caudales del segundo y las armas del tercero, para presentar unas fuerzas capaces de batallar con las lejiones veteranas del Danubio, que acaudilladas por un guerrero, habian redondeado las conquistas del Occidente y del Oriente.

Prescindiendo de las causas de aquella rebeldía, achacada con tan poca probabilidad á los operarios de la moneda, abusó violentamente Aureliano de su victoria (92). Además de ser bronco de suyo, como labriego y soldado, sus entrañas se condolian poquísimo de padecimientos horrendos y aun mortales. Ejercitado desde su temprana mocedad en las armas, apreciaba mezquinamente la vida de un ciudadano, castigaba un mero desliz con rigor ejecutivo, y trasladaba la disciplina estrecha de los

campamentos á la aplicacion civil de las leyes. Rayaba de justiciero en sayon ciego y enfurecido, y en asomando para él algun riesgo de su persona ó de la república, se desentendia de reglas terminantes para proporcionar debidamente los castigos. La rebelion no provocada con que los Romanos correspondian á sus finezas lastimó su asombradiza altanería, y el delito ú la sospecha de aquella trama recayó sobre las primeras familias de la capital. La sed ansiosa de venganza atropelló las pesquisas, y abarcó en su sangriento ahinco á un sobrino del emperador. Cansáronse (usando la espresion de un poeta contemporáneo) los sayones, pobláronse las cárceles, y el senado sin ventura tuvo que llorar la ausencia ó la muerte de sus miembros mas esclarecidos (93). Traspasábale no menos la altivez que la crueldad de Aureliano, pues desconociendo ú hollando los cotos de toda institucion civil, blandia su espada, gobernando por derecho de conquista un imperio que habia redimido y sojuzgado (94).

Advierte uno de los príncipes romanos mas perspicaces que el desempeño de su antecesor Aureliano, propio para el mando de un ejército, no cuadraba para el réjimen de un imperio (95). Hecho cargo por esperiencia de su índole y disposiciones, salió á pocos meses de su triunfo á campaña (A 274, octubre). Era muy del caso el ejercitar el desasosiego jenial de las lejiones en alguna guerra lejana; y el monarca persa, engreido con el oprôbio de Valeriano, estaba todavía retando á su salvo á la agraviada majestad de Roma. Capitaneando una hueste menos terrible por su número que por su denuedo y disciplina, adelantóse el emperador hasta los estrechos que separan la Europa del Asia. Allí esperimentó luego que la potestad mas encumbrada no alcanza á escudarse contra los embates de la desesperacion, pues amenazando á un secretario suyo acusado de cohecho (y sabido era cuan terminantes salian sus amagos), el desahuciado criminal acudió al recurso de abarcar á algunos de los jenerales en su peligro ú al menos en su zozobra. Remedando mañosamente la letra del soberano, les fué mostrando en dilatada y sangrienta lista sus nombres señalados para la muerte. Ajenos de maliciar el engaño, acordaron resguardar sus vidas sacrificando al emperador y marchando de Bizancio á Heraclea. Asaltado de improviso Aureliano por los conjurados cuyos destinos requerian su presencia junto al emperador, tras alguna resistencia, finó á manos de Mucapor, un jeneral de su privanza. Murió dolido por la tropa, malquisto con el senado, pero universalmente reconocido por príncipe guerrero y venturoso, reformador eficaz, pero violento, de la bastardía del estado (A. 275, enero) (96).

NOTAS

correspondientes al capítulo undécimo.

(1) *Pons Aureoli*, á mas de cuatro leguas de Bérgamo y unas once de Milan. Véase Cluver., Italia Ant., tom. I, p. 245. Trabóse allí cerca la reñidísima batalla entre Franceses y Austríacos, en Casano, año de 1703. La relacion escelente del caballero Folard, que se halló en ella, da noticia cabal del terreno. Véase el Polibio de Folard, tom. III, p. 223-248.

(2) Sobre la muerte de Galieno, véase Trebelie, Polion in Hist. August., p. 181. Zósimo, l. I, p. 37. Zonaras, l. XII, p. 634. Eutrop., IX, 11. Aurelio Victor in Epitom. Victor in Cæsar. Los he ido cotejando y amasando á todos, pero siguiendo principalmente á Aurelio Víctor, que poseyó al parecer mejores documentos.

(3) Hubo quien lo suponia desvariadamente bastardo del menor Gordiano. Otros buscaban su oríjen en la provincia de Dardania para entroncarlo con Dardano y los antiguos reyes de Troya.

(4) *Notoria*, unos pliegos periódicos y de oficio que recibia el emperador de los *frumentarios* ó proveedores, unos ajentes repartidos por las provincias. Mas adelante se hablará de ellos.

(5) Hist. August., p. 208. Galieno va describiendo las alhajas, ropas, etc., como aficionado é intelijente en tan vistosas fruslerías.

(6) Juliano (Orat. I, p. 6) afirma que Claudio se granjeó el imperio por un rumbo lícito y aun sagrado; pero desconfiemos de la parcialidad de un pariente.

(7) Hist. August., p. 203. Median ciertas diferencias leves sobre las circunstancias de la postrer derrota y muerte de Auréolo.

(8) Aurelio Victor in Gallien. El vecindario clamaba por la condenacion de Galieno (*). Decretó el senado que sus deudos y sirvientes se arrojaran por la gradería de las Jemonias. Arrancaron los ojos á un dependiente culpado durante las declaraciones.

(*) La espresion es peregrina: «terram matrem deosque inferos precaretur, sedes impias uti Gallino darent.» —M.

(9) Zonaras, l. XII, p. 137.

(10) Zonaras con este motivo menciona á Póstumo; mas los rejistros del senado comprueban (Hist. August., p. 203) que se hallaba ya Tétrico de emperador en las provincias occidentales.

(11) La Historia Augustana apunta el número menor, Zonaras el mayor, pero la fantasía de Montesquieu le movió á preferir el último.

(12) Trebell. Poll. in Hist. August., p. 204.

(13) Hist. August. in Claud., Aurel. y Prob. Zósimo, l. I, p. 38-42. Zonaras, l. XII, p. 638. Aurel. Victor in Epitom. Victor Junior in Cæsar. Eutrop., IX, 11. Euseb. in Chron.

(14) Segun Zonaras (l. XII, p. 638), Claudio, antes de morir, lo revistió con la púrpura; pero este hecho tan estraño se halla mas bien contradicho que corroborado por los demás escritores.

(15) Véase la Vida de Claudio por Polion y las Oraciones de Mamertino, Eumenio y Juliano. Véanse igualmente los Césares de Juliano, p. 313. No era en Juliano adulacion, sino supersticion y vanagloria.

(*a*) Tal es el pormenor de la jeneralidad de los escritores mas antiguos; pero el número y la variedad de las medallas, al parecer, están requiriendo mayor plazo y dan probabilidad á la relacion de Zósimo, quien lo supone reinante por meses.—G.

(16) Zósimo, l. I, p. 42. Polion (Hist. August., p. 107) le concede virtudes, y dice que la soldadesca desmandada lo mató como á Pertinaz. Segun Déxipo, murió de enfermedad.

(17) Teoclio (citado en la Hist. August., p. 211) afirma que en un solo dia y por su propia mano mató hasta cuarenta y ocho Sármatas, y en otras refriegas consecutivas, no menos que novecientos y cincuenta. Aquel denuedo heróico tenia embelesada á la soldadesca, y lo ensalzaba en sus cantares toscos cuyo estribillo era *mille, mille, mille occidit.*

(18) Acolio (ap. Hist. August., p. 213) va describiendo el ceremonial de la adopcion, como se celebró en Bizancio, á presencia del emperador y sus palaciegos.

(19) Hist. August., p. 211. Aquella carta lacónica es positivamente parto de un soldado, y rebosa de arranques y voces militares harto enrevesadas. Salmasio esplica bien el *Ferramenta samiata*, pues significa el primer vocablo toda arma ofensiva, contrapuesta al *arma*, que es la defensiva; el otro agudo y muy afilado.

(20) Zósimo, l. I, p. 45.

(*b*) Los 500 guerrilleres quedaron todos muertos.—M.

(21) Déxipo (ap. Excerpta Legat., p. 12) va refiriendo el lance bajo el nombre de Vándalos. Aurelio desposó á una dama goda con su jeneral

Bonoso, que era mañoso para banquetear con los Godos y desentrañarles sus secretos. Hist. August., p. 247.

(22) Hist. August., p. 222. Eutrop., IX, 15. Sexto Rufo, c. 9. Lactantio, de mortibus Persecutorum, c. 9.

(23) Conservan todavía los Valacos muchos rastros de la lengua latina, y han blasonado siempre de su ralea romana; pues aunque encajonados, jamás se barajan con los bárbaros. Véase una Memoria de M. D'Anville sobre la antigua Dacia, en la Acad. de Inscrip., tom. XXX.

(c) Sostienen todavía algunos eruditos, en mi sentir, indebidamente el entronque de Jetas y Godos.—M.

(24) Véase el primer capítulo de Jornandes. Mantuvieron sin embargo los Vándalos una breve independencia (c. 22) entre los rios Marisia y Crisia (Maros y Keres) que desaguan en el Teis.

(25) Déxipo, p. 7-12. Zósimo, l. I, c. 43. Vopisco sobre Aurel. en la Hist. August. Varian sin embargo dichos historiadores en cuanto á los nombres (Alemanes, Yutungos y Marcomanos), aunque se evidencia que se refieren al mismo pueblo y á la idéntica guerra; pero hay que poner ahinco en hermanarlos y despejarlos.

(26) Cantoclaro, con su esmero acostumbrado, se viene traduciendo trescientos mil; salida que se estrella con el sentido y la gramática.

(27) Advertirémos, como ejemplar de malísimo gusto, que Déxipo aplica á los guerrilleros alemanes las voces facultativas y propias únicamente de la falanje griega.

(28) Leemos al presente en Déxipo el Ródano, pero M. de Valois trueca muy atinadamente la voz en Erídano.

(29) Era positivamente el emperador Claudio de aquel número; mas ignoramos hasta qué punto llegaba aquel acatamiento; comprendiendo á César ó Augusto, resultaria un espectáculo en estremo grandioso, siendo una reseña dilatada de los dueños del orbe.

(30) Vopisco en la Hist. August., p. 210.

(31) Déxipo les supone una arenga sutíl y prolija, al estilo de los sofistas griegos.

(32) Hist. August., p. 215.

(33) Déxipo, p. 12.

(34) Victor Junior in Aurelian.

(35) Vopisco in Hist. August,., p. 216.

(36) El riachuelo ó rambla del Metauro ú Fano se inmortalizó con un historiador como Tito Livio y un poeta como Horacio.

(37) Se recuerda en una inscripcion hallada en Pésaro. Véase Gruter., CCLXXVI, 3.

(38) Cualquiera se figuraria, dijo, que os habiais juntado en una iglesia cristiana, y no en el templo de todos los dioses.

(39) Vopisco in Hist. August., p. 215 y 216, va refiriendo estensamente aquellas ceremonias por los rejistros del senado.

(40) Plin., Hist. Nat., III, 5. En confirmacion de nuestro concepto, debemos advertir que el monte Celio por mucho tiempo fué un grande encinar, y el Viminal una mimbrera; que en el cuarto siglo, el Aventino era una maleza solitaria; que hasta el tiempo de Augusto, el Esquilino era un cementerio mal sano, y los altos y bajos del Quirinal, que suenan tantísimo en los antiguos, demuestran que escaseaba infinito el vecindario. De los siete cerros, tan solo el Capitolino y el Palatino, con los valles intermedios, fueron las primeras moradas del pueblo romano, asunto que requeriria una disertacion.

(41) Exspatientia tecta multas addidere urbes, es la espresion de Plinio.

(42) Hist. August., p. 222. Tanto Lipsio como Isaac Vosio han seguido ansiosamente esta medida.

(43) Véase Nardini, Roma Ant., l. I, c. 8 (*).

(44) Tacit., Hist., IV, 23.

(45) Sobre las murallas de Aureliano, véase Vopisco in Hist. August., p. 216 y 222. Zósimo, l. I, p. 43. Eutropio, IX, 15. Aurel. Victor in Aurelian. Victor Junior in Aurelian. Euseb., Jerónimo é Idacio in Chronic.

(46) Era su competidor Loliano (**) ú Eliano, si es que en realidad estos nombres se refieren á la misma persona. Véase Tillemont, t. III, p. 1177.

(47) El retrato de aquel príncipe por Julio Ateriano (ap. Hist. Aug., p. 187) es acreedor á que se copie, por cuanto parece atinado é imparcial. Victorino qui post Junium Posthumum Gallias rexit neminem existimo præferendum; non in virtute Trajanum; non Antoninum in clementia; non in gravitate Nervam; non in gubernando ærario Vespasianum; non in censura totius vitæ ac servitate militari Pertinacem vel Severum. Sed omnia hæc libido et cupiditas voluptatis mulierariæ sic perdidit, ut nemo audeat virtutes ejus in literas mittere quem constat omnium judicio meruisse puniri.

(48) Arrebató á la mujer de Aticiano, un *actuario* ú ajente. Hist. Aug., p. 186. Aurel. Victor in Aurelian.

(49) Polion le dedica un artículo entre los treinta tiranos. Hist. Aug., p. 200.

(50) Polion, Hist. August, p. 196. Vopisco in Hist. August., p. 220.

(*) Compárese Gibbon, c. XLI, nota 77.—M.

(**) Las medallas que traen el nombre de Loliano se conceptúan falsas, menos una, en el museo del príncipe de Waldeck; pero las hay muchas con el de Leliano, que al parecer era el del competidor de Póstumo. Eckhel, Doct. Num., tom. VII, 449.—G.

Entrambos Víctores, en las vidas de Galieno y de Aureliano. Eutrop., IX, 13. Euseb. in Chron. De todos estos escritores, tan solo los dos últimos (pero con suma probabilidad) traen el trance de Tétrico antes que el de Zenobia. M. de Boze (en la Academia de Inscripciones, tom. XXX) no apetece, y M. Tillemont (tom. III, p. 1189) no osa seguirlos. He sido mas sencillo que el uno y mas osado que el otro.

(51) Victor Junior in Aurelian. Eumenio, menciona *Batavicœ*; y algunos críticos, sin fundamento, quisieran desde luego trocar la voz en *Bagaudicœ*.

(52) Eumen., In Vet, Panegyr., IV, 8.

(53) Vopisco in Hist. August., p. 246. No se restableció Autun hasta el reinado de Diocleciano. Véase Eumenio de restaurandis scholis.

(54) Casi cuanto se dice de las costumbres de Odenato y Zenobia se ha ido tomando de su vida en la Historia Augustana, por Trebelio Polion, véase p. 192 y 198.

(*d*) Segun algunos escritores cristianos, Zenobia era judía (Jost., Hist. de Israel, IV, 166. Hist. de los Judíos, III, 175).—M.

(55) Se desentendió de los cariños de su consorte, fuera del afan de posteridad, pues si quedaban burladas sus esperanzas, al mes siguiente repetia el esperimento.

(*e*) Segun Zósimo, era Odenato de una familia noble de Palmira, y segun Procopio, era príncipe de los Sarracenos, moradores por las orillas del Eufrates. Eckhel, Doct. Num., VII, 489.—G.

(56) Hist. August., p. 192 y 193. Zósimo, l. I, p. 36. Zonaras, l. XII, p. 633. El último es despejado y creible, los demás revueltos é inconsecuentes. El texto de Sincelo, si no está muy estragado, es todo una vaciedad.

(57) Solian enviarle Odenato y Zenobia, de los despojos enemigos, joyas y juguetes que le complacian infinito.

(58) Sospechas injustísimas han recaido sobre Zenobia, como cómplice de la muerte del marido.

(59) Hist. August., p. 180 y 181.

(60) Véase la Historia Augustana, p. 198. El testimonio de Aureliano sobre su mérito, y en cuanto á la conquista del Ejipto, Zósimo, l. I, p. 39 y 40.

(*f*) Parece esto muy dudoso, pues á Claudio se le representa de emperador, por todo su reinado, en todas las medallas de Alejandría, que son muchas. Si ejerció Zenobia alguna potestad en Ejipto, seria al principio del reinado de Aureliano. La misma circunstancia desautoriza el concepto de sus conquistas en Galacia. Estuvo quizá Zenobia administrando el Ejipto en nombre de Claudio, y envalentonada con la muerte de aquel príncipe, lo avasalló para sí misma.—G.

(61) Timolao, Hereniano y Valbalato. Se da por supuesto, que los dos primeros habian muerto antes de la guerra. Al tercero confirió Aureliano una pequeña provincia de Armenia con el dictado de rey, y nos quedan varias medallas suyas. Véase Tillemont, tom. III, p. 1190.

(62) Zósimo, l. I, p. 44.

(63) Vopisco (Hist. August., p. 217) nos trae una carta auténtica y una vision dudosa de Aureliano. Apolonio de Tiana vino á nacer al mismo tiempo que Jesucristo; y sus discípulos refieren tan fabulosamente su vida, que nos quedamos á ciegas sobre si era un sabio, un impostor ó un fanático.

(64) Zósimo, l. I, p. 46.

(65) En un paraje llamado Ima. Eutropio, Sexto Rufo y Jerónimo mencionan únicamente aquella refriega.

(66) Vopisco, Hist. August., p. 217, menciona únicamente la segunda.

(67) Zósimo, l. I, p. 44-48. Su pormenor de entrambas refriegas está despejado é individual.

(68) Estaba á cerca de seiscientas leguas de Seleucia, y á setenta de la playa mas cercana de Siria, segun el cómputo de Plinio, quien trae (Hist. Nat., V, 21) una descripcion primorosa de Palmira (*).

(69) Algunos viajeros ingleses desde Alepo *descubrieron* las ruinas de Palmira á fines del siglo diez y siete; pero despues los señores Wood y Dawkins contentaron grandiosamente nuestra curiosidad. Podemos acudir, para la historia de Palmira, á una disertacion muy maestra del Dr. Halley en las Transacciones Filosóficas: Compendio de Lowthorp, tom. III, p. 518.

(70) Vopisco in Hist. August., p. 218.

(71) He tenido que esmerarme en apurar la fecha mas probable de una cronolojía muy dudosa.

(72) Hist. August., p. 218. Zósimo, l. I, p. 50. Aunque es el camello un animal pesado, una acémila, los naturales del Asia y Africa, en los lances que requieren dilijencia, usan el dromedario, que viene á ser de la misma especie. Afirman los Arabes que anda en un dia lo que el caballo mas lijero en ocho ú diez. Véase Buffon, Historia Natural, tom. XI, p. 222, y Viajes de Shaw, p. 167.

(73) Polion, Hist. August., p. 199.

(74) Vopisco, Hist. August., p. 219. Zósimo, l. I, p. 51.

(75) Hist. August., p. 219.

(*) Tadmor ó Palmira fué probablemente allá en lo antiguo el eslabon del comercio entre Tiro y Babilonia. Heeren, Ideas, vol. I, p. 125. Salomon fué probablemente el fundador de Tadmor, como emporio de comercio. Hist. de los Judíos, tom. I, p. 271.—M.

(76) Véase Vopisco, Hist. August., p. 220 y 242. Se puntualiza, como un ejemplar de sumo lujo, que tenia ventanas con cristales. Sobresalia en pujanza, apetito y destreza. Colejimos obviamente de la carta de Aureliano que Firmo fué el último de los rebeldes, y por consiguiente que habian ya dado fin con Tétrico.

(77) Véase el triunfo de Aureliano descrito por Vopisco. Lo individualiza todo con su acostumbrada nimiedad, que en este paso le *cabe* el ser interesante. Hist. August., p. 220.

(78) Entre las naciones bárbaras, las mujeres han solido pelear junto á sus maridos; pero viene á ser imposible que haya existido jamás tal sociedad de Amazonas ni en el antiguo ni en el nuevo mundo (*).

(79) El uso de las *braccæ* ó bragas se conceptúa en Italia todavía como estilo galo ú bárbaro; pero los Romanos se fueron arrimando á él. El fajarse las piernas ó muslos con tiras se miraba en tiempo de Pompeyo y de Horacio como muestra de endeblez ó afeminacion. En tiempo de Trajano se vinculó aquel estilo entre ricos y lujosos, pero luego fué cundiendo hasta en el ínfimo pueblo. Véase una nota curiosa de Casaubon á Suetonio sobre Augusto, c. 82.

(80) Muy probablemente el primero; el último, estampado en las medallas de Aureliano, demuestra únicamente (segun el erudito cardenal de Norris) una victoria oriental.

(81) Las espresiones de Calpurnio (Eglog. I, 50): Nullos ducet *captiva* triumphos, aplicada á Roma, encierra una alusion y censura manifiesta.

(82) Vopisco, Hist. August., p. 199. Hieronym, in Chron. Supone Baronio que Zenobio, obispo de Florencia, en tiempo de San Ambrosio, era de su alcurnia.

(83) Vopisco, Hist. August., p. 222. Eutropio, IX, 13. Victor Junior. Pero Polion, en la Hist. August., p. 196, dice que nombraron á Tétrico por corrector de toda la Italia.

(84) Hist. August., p. 197.

(85) Vopisco, Hist. August., p. 222. Zósimo, l. I, p. 56. Colocó en él las efijies de Belo y del Sol, traidas de Palmira. Dedicóse en el cuarto año de su reinado (Euseb. in Chron.), pero se empezó positivamente luego de su advenimiento.

(86) Véanse en la Hist. August., p. 210, los agüeros de su fortuna.

(*) La teoría de Klaproth sobre el oríjen de tales tradiciones se recomienda á lo menos por su injeniosidad. Habiéndose marchado los varones á una espedicion de guerrillas, y quedado todos en la demanda, pudieron las hembras por algun tiempo sostener su independencia en el campamento ú en la aldea hasta que viniesen á crecer los niños.

Asoma en sus cartas su devocion al sol, y tambien en sus medallas, mencionándolo Juliano en los Césares. Coment. de Spanheim, p. 109.

(87) Vopisco, Hist. August., p. 221.

(88) Hist. August., p. 222. Llama Aureliano á aquellos soldados *Hiberos*, *Ripariences*, *Castrianos* y *Daciscos*.

(89) Zósimo, l. I, p. 56. Eutropio, IX, 14. Aurel. Victor.

(90) Hist. August., p. 222. Aurel. Victor.

(91) Ya estaba ensañándose antes del regreso de Aureliano del Ejipto. Véase Vopisco, quien cita una carta orijinal. Hist. August., p. 244.

(92) Vopisco, Hist. August. (p. 222). Los dos Víctores, Eutropio, IX, 14, Zósimo (l. I, p. 43) mencionan tan solo tres senadores, y traen la muerte antes de la guerra oriental.

(93) Nulla catenati feralis pompa senatus
Carnificum lassabit opus; nec carcere pleno
Infelix raros numerabit curia Patres.
Calphurn., Eclog. I, 60.

(94) Segun Víctor menor, llevó á veces la diadema. Asoman *Deus* y *Dominus* en sus medallas.

(95) Así lo advirtió Diocleciano. Véase Vopisco en la Hist. August., p. 224.

(96) Vopisco, Hist. August., p. 221. Zósimo, l. I, p. 57. Eutrop., IX, 15. Entrambos Víctores.

CAPITULO XII.

Conducta del ejército y del senado tras la muerte de Aureliano. — Reinados de Tácito, Probo, Caro y sus hijos.

Tal era la desventura de los emperadores, que, cualesquiera que fuesen sus procedimientos, idéntico habia de ser por lo mas su paradero. Vida de liviandad ó de pundonor, de entereza ó de blandura, de poltronería ó de esplendor, los llevaba igual y anticipadamente á la huesa, y casi todos los reinados vienen á tener por remate la repeticion desabrida de traicion y matanza. Singularízase sin embargo la muerte de Aureliano por sus estraordinarias resultas, pues las lejiones vitorearon, encarecieron y vengaron á su caudillo victorioso. Quedó descubierto y castigado el ar-

did del alevoso secretario; los conspiradores, ya desengañados, lloraron en los funerales de su malhadado soberano con entrañable ó bien figurada pesadumbre, y se allanaron á la disposicion unánime de la clase militar, que se espresó en la carta siguiente: « Los valerosos y prósperos ejércitos al senado y pueblo romano. El delito de uno y el yerro de muchos nos han defraudado del difunto emperador Aureliano. Servíos, respetables señores y padres, endiosarlo, y nombrar un sucesor que vuestro tino contemple acreedor á la púrpura imperial. Ninguno de cuantos por su culpa ó desventura ha intervenido en nuestro quebranto reinará jamás sobre nosotros (1). » Oyeron los senadores sin estrañeza que yacia otro emperador asesinado en su campamento; regocijábanse interiormente con el derribo de Aureliano, pero la misiva atenta y modesta de las lejiones, al participarla en junta plena el cónsul, difundió un asombro gozoso. Allá derramaron sobre el difunto emperador cuantos realces pudiera desentrañar el temor ó quizás el aprecio. Devolvieron cuantos agasajos pueden caber en el agradecimiento á los leales ejércitos de la república que abrigaban un concepto tan atinado de la autoridad legal del senado para el nombramiento de emperador. Pero en medio de esta lisonjera atencion, se desentendieron los mas sensatos de esponer sus personas y su decoro á los antojos de una muchedumbre armada. Prenda era por cierto de su sinceridad la pujanza de las lejiones, pues cuantos pueden disponer no suelen tener que disimular; mas ¿ podia conceptuarse fundadamente que un arrepentimiento atropellado curase los arreigados resabios de ochenta años? si se arrojase de nuevo la soldadesca con sus habituales sediciones, sus desacatos ajarian la majestad del senado y serian fatales para el recien elejido. Estas razones motivaron un decreto, en cuya virtud el nombramiento del nuevo emperador se ponia en manos de la clase militar.

La contienda que sobrevino es uno de los acontecimientos mas comprobados y menos creibles de toda la historia (2). Como ahitas las tropas del ejercicio de su potestad, instaron de nuevo al senado para que revistiese á alguno de su cuerpo con la púrpura imperial. Persistieron el senado en su resistencia y el ejército en su empeño, repitiéndose por lo menos hasta tres veces los brindis y los desvíos, y mientras la porfiada modestia de ambas partes se mostraba resuelta á recibir á su dueño de la otra, se fueron consumiendo hasta ocho meses: asombroso plazo de bonancible anarquía, durante el cual permaneció el mundo romano sin soberano, sin usurpador y sin sedicion (*a*). Desempeñaban inalterablemente sus respectivos cargos jenerales y majistrados elejidos por Aureliano, y se notó que un procónsul en Asia fué el único personaje apeado de su empleo en todo el espacio del interregno.

Cuéntase de un acaecimiento igual, pero mucho menos auténtico, tras

la muerte de Rómulo, que en su vida y su índole tenia visos de semejanza con Aureliano. Vacante quedó el trono por un año, hasta el nombramiento de un filósofo sabino, y se conservó tambien la paz en el estado por la concordia de las varias clases que lo componian. Mas contrastaba, en tiempo de Rómulo y Numa, la autoridad de los patricios á las armas del pueblo, y el equilibrio de la libertad se columpiaba sin tropiezo en un vecindario corto y virtuoso (3). La decadencia del estado romano, diversísimo de su cuna, adolecia de cuantos achaques podian imposibilitar en un interregno la armonía y la obediencia: una capital inmensa y desmandada, los anchurosos ámbitos del imperio, el destemple feroz del despotismo, un ejército de cuatrocientos mil asalariados, y el ejemplar de tantísimas revoluciones. Con todo, en medio de todas estas tentaciones, la disciplina y la memoria de Aureliano seguian enfrenando el carácter sedicioso de la tropa, como tambien la funesta ambicion de los caudillos. Mantuviéronse las lejiones selectas en su apostadero del Bósforo, y el estandarte imperial campeaba siempre sobre cuantos tremolaban en Roma y en las provincias. Un entusiasmo jeneroso, aunque pasajero, estaba realzando á la clase militar, y se deja suponer que algunos patriotas verdaderos alentaban la renovada intimidad del ejército con el senado, como el único arbitrio de resucitar en la república su antigua fuerza y señorío.

El veinte y cinco de setiembre (A 275), como á los ocho meses de la muerte de Aureliano, convocó el cónsul al senado, y le informó de la situacion insubsistente y espuesta del imperio. Fué insinuando de paso que la lealtad voluble de la soldadesca estaba pendiente por puntos de la primera novedad, y manifestó con innegables datos los sumos escollos que cercaban toda demora en el nombramiento de un emperador. Consta, dijo, que los Jermanos han traspuesto el Rin, y tomado una de las ciudades mas ricas y populosas de la Galia. La ambicion del rey de Persia estaba de continuo sobresaltando el Oriente; Ejipto, Africa é Ilírico estaban espuestos á las armas propias y estrañas, y la liviandad siríaca iba á anteponer hasta un cetro mujeril á las sacrosantas leyes de Roma, y vuelto luego hácia Tácito (4), el primer senador, requirió su voto sobre el punto importantísimo de un candidato adecuado para el solio vacante.

Anteponiendo los merecimientos á toda casual preeminencia, conceptuarémos el nacimiento de Tácito mas verdaderamente esclarecido que el de los monarcas mismos, pues derivaba su descendencia del historiador filósofo cuyos escritos han de seguir instruyendo hasta las postreras jeneraciones del linaje humano (5). Hallábase á la sazon el senador Tácito á los setenta y cinco años de edad (6), y fué realzando tan largo plazo de inocente vida con timbres y opulencia. Revistióse por dos veces con las insignias consulares (7), disfrutando siempre con señorío comedido su ri-

co patrimonio de diez ú doce millones de duros (8). La esperiencia de tantos príncipes como habia apreciado ú sufrido, desde los rematados devaneos de Eliogábalo hasta la entereza provechosa de Aureliano, le habian ido enseñando á justipreciar las obligaciones, tropiezos y resbaladeros de aquel encumbrado puesto; y con el desvelado estudio de su inmortal ascendiente, estaba impuesto ya en los pormenores de la constitucion romana y del interior humano (9). Ya la voz del pueblo habia vitoreado á Tácito como el mas acreedor al imperio, pero llegando el eco desapacible á sus oidos, emboscóse por las arboledas de una de sus quintas en Campania. Arrinconado por dos meses en su retraimiento de Baya, tuvo que obedecer á su pesar la intimacion del cónsul para acudir á su asiento en el senado y auxiliar eficazmente á la república con sus consejos en trance tan arduo.

Levantóse á perorar, cuando de todos los puntos del salon fué vitoreado con los dictados de Augusto y de emperador: «Tácito Augusto, guárdente los dioses, pues te elejimos por nuestro soberano, y ponemos en tu diestra la república y el mundo entero. Acepta el imperio de manos del senado; acéptalo como debido á tu jerarquía, á tus costumbres y á tu comportamiento.» Acallado el gozoso clamor, intentó Tácito soslayarse á tan arriesgado ensalzamiento, estrañando ante todo que acudiesen á tanta edad y tan achacosa en busca de un sucesor á la guerrera pujanza de un Aureliano. «¿Acompaña acaso á estos miembros, Padres Conscritos, gallardía para manejarse con el peso de las armas y ejecutar los ejercicios de un campamento? La variedad de climas, con las penalidades de la vida militar, pronto darian al través con una complexion endeble que tan solo se va sosteniendo con la asistencia mas esmerada. Mi menguado brio apenas me permite desempeñar el cargo de senador; ¿cómo ha de arrostrar las arduas tareas de la guerra y del gobierno? ¿Os cabe esperanzar que las lejiones acatarán á un quebrantado anciano, cuya vida se vinculó siempre en la paz y el retiro? ¿Podeis apetecer que tenga yo motivo para llorar aquel concepto aventajado que os merecí de compañero (10).»

Desatendida quedó la tal vez sincera repugnancia de Tácito por el cariñoso empeño del senado. Repitieron quinientas voces en coro ó en confusa elocuencia que los príncipes descollantes en Roma, Numa, Trajano, Adriano y los Antoninos, habian ascendido al solio en la temporada postrera de la vida; que el entendimiento, no el cuerpo; un soberano, y no un soldado, era el escojido, y nada esperaban de su desempeño mas que servir de norte al denuedo de las lejiones. Sostuvo tantas instancias eficaces y atumultuadas el razonamiento mas entonado de Mecio Falconio, el inmediato en el escaño consular al mismo Tácito. Recordó á la junta los estragos de tanto mozo vicioso, antojadizo y desenfrenado como habia estado Roma padeciendo; en albricias y parabien aclamó la eleccion de un

senador virtuoso y maduro, y con varonil y quizá vanaglorioso desahogo, amonestó á Tácito para que recapacitase los motivos de su elevacion, y que se proporcionase un sucesor, no en su propia familia, sino en la república. Vitorearon y corroboraron todos el discurso de Falconio, y el emperador nombrado se allanó al requirimiento de su patria, y recibió en seguida el voluntario homenaje de sus iguales. Confirmóse el acuerdo del senado con el pleno consentimiento del pueblo romano y de la guardia pretoriana (11).

Correspondió el réjimen de Tácito á su vida y principios, pues, como servidor agradecido del senado, miraba al supremo concilio nacional como autor, y así mismo como súbdito de las leyes (12). Esmeróse en ir curando las llagas que la altanería imperial y el desenfreno militar habian causado, con las vicisitudes de la discordia civil, en la constitucion, y en restablecer al menos una imájen de la antigua república, cual habia venido á conservarse con la política de Augusto y las virtudes de Trajano y de los Antoninos; y así no será fuera del caso el apuntar una reseña de las prerogativas principales que recobró al parecer el senado con el nombramiento de Tácito (13): 1.º El revestir á uno de su cuerpo, con el dictado de emperador, del mando de los ejércitos y del gobierno de las provincias fronterizas. 2.º El determinar el catálogo, ú como se decia entónces, el colejio de los cónsules. Eran doce, que de dos en dos, por dos meses sucesivos del año, lo completaban, representando la dignidad de aquel antiguo cargo; y en el nombramiento de cónsules ejerció el senado su autoridad con tan sumo desahogo, que se desentendió de la recomendacion indebida del emperador á favor de su hermano Floriano: « El senado, » esclamó Tácito con el arrebato pundonoroso de un patriota, « conoce la índole del príncipe que ha nombrado. » 3.º El señalar los procónsules y presidentes de las provincias, y el autorizar á todos los majistrados para su jurisdiccion civil. 4.º El admitir apelaciones, por el conducto intermedio del prefecto de la ciudad, de todos los tribunales del imperio. 5.º Revalidar y cumplimentar con sus decretos cuantos edictos del emperador mereciesen su aprobacion. 6.º Hay que añadir á todos los ramos cierta inspeccion en la hacienda pública, puesto que aun en el reinado severo de Aureliano, estaba facultado para distraer parte de los caudales del servicio público (14).

Circuláronse avisos sin demora á todas las ciudades principales del imperio, Tréveris, Milan, Aquileya, Tesalónica, Corinto, Aténas, Antioquía, Alejandría y Cartago, para requerirles la obediencia, y participarles la revolucion venturosa que habia devuelto al senado romano su señorío antiguo. Nos quedan todavía dos de aquellas misivas, como tambien dos fragmentos curiosos de la correspondencia privada de los senadores con aquel motivo. Todo se vuelve en ellos júbilo y esperanzas. «Fuera de-

sidia, » así se esplica un senador con su amigo, « desemboscaos de esa Baya y de ese Putéolo. Devolveos á la ciudad y al senado; florece Roma, y está la república entera floreciendo Gracias al ejército romano, á un ejército verdaderamente romano, pues en fin hemos recobrado nuestra autoridad debida, el blanco de todos nuestros anhelos. Acuden á nosotros con apelaciones, nombramos procónsules, creamos emperadores, y quizás lograrémos enfrenarlos..... para el entendido media palabra basta (15). » Frustróse sin embargo tan grandiosa perspectiva, ni cabia á la verdad que ejércitos y provincias siguieran largo tiempo obedeciendo á los afeminados nobles de Roma. El alcázar aéreo de su engreimiento y poderío se asoló de un soplo, y el senado moribundo ostentó un esplendor repentino, mas la engañosa llamarada se apagó luego para siempre.

Farsa era cuanto pasaba en Roma mientras no lo ratificase la potestad sólida de las lejiones (A 276). Dejando que se gozasen los senadores en su ambiciosa y soñada libertad, encaminóse Tácito al campamento de Tracia, donde el prefecto del pretorio lo presentó á las tropas reunidas como el príncipe que habian pedido ellas mismas, y les concedia el senado. Calló el prefecto y peroró el emperador á los soldados con apropiada elocuencia. Cebó su codicia con un reparto cuantioso de tesoro, apellidándolo paga y donativo. Se acarreó su aprecio manifestándoles que si su edad le imposibilitaba las proezas, nunca desdirian sus consejos de un jeneral romano, sucesor del valeroso Aureliano (16).

Cuando el emperador difunto se estaba preparando para su segunda espedicion al Oriente, habíase bienquistado con los Alanos, pueblo escita que tenia sus aduares en las cercanías del lago Meotis; y cebados con presentes y caudales, prometieron invadir la Persia con un cuerpo crecido de caballería lijera. Cumplieron lo pactado, mas al asomar por los confines romanos, habia muerto Aureliano; suspendióse por lo menos el intento de la guerra de Persia, y los jenerales que en el interregno estuvieron ejerciendo ambigua autoridad se hallaban desprevenidos para recibirlos ó rechazarlos. Airados con aquella novedad, que juzgaron infundada y alevosa, acudieron los bárbaros á su propio denuedo para su venganza y su pago; y moviéndose con la velocidad habitual de los Tártaros, derramáronse por las provincias del Ponto, Capadocia, Cilicia y Galacia: las lejiones que desde la orilla opuesta del Bósforo podian casi estar viendo la llamarada jeneral estrecharon ansiosamente á su caudillo para que las condujese á contrarestarlos. Manejóse Tácito cual correspondia á su edad y jerarquía, pues demostrando á los Alanos el pundonor y el poderío del imperio, desenojados con la puntual observancia de los empeños contraidos por Aureliano, dejaron muchos su presa y sus cautivos y se retiraron sosegadamente á sus yermos allende el Fasis. Guerreó el emperador personalmente contra los restantes que se desavinieron con la

paz, y fué tan ventajosa la campaña acaudillando un ejército de veteranos valerosos, que en pocas semanas libertó las provincias del Asia del terror de la invasion escítica (17).

Mas breves fueron el esplendor y la vida de Tácito, pues trasladado en el rigor del invierno de su bonancible albergue en Campania á las faldas del Cáucaso, postróse á la crudeza inesperta de la vida militar. Agravaron los pesares de su ánimo el quebranto corporal, pues la fiereza y los resabios interesados de la soldadesca, que habian por algun tiempo amainado con el entusiasmo por las virtudes patrióticas, recreciaron luego y estallaron desesperadamente en el campamento y aun en la misma tienda del anciano emperador; y su índole apacible y cariñosa le redundó en menosprecio, atormentándole de continuo con partidos que no le era dable aplacar, y con demandas que no estaba en su mano el satisfacer. Por mas que Tácito esperanzase enfrenar los desafueros públicos, quedó luego convencido de que la voluntariedad de la tropa hollaba los vínculos endebles de las leyes, y el malogro y la congoja anticiparon sus postreros instantes. Dúdase de que los soldados manchasen sus manos con la sangre de aquel príncipe inocente (18); pero es innegable que su desenfreno le causó la muerte. Espiró en Tiana de Capadocia (A. 276, abril 12) tras el breve reinado de seis á siete meses (19).

No bien habia Tácito cerrado los ojos, cuando aquel Floriano, hermano suyo, se mostró impropio para reinar con su atropellada usurpacion de la púrpura sin contar con la aprobacion del senado. El miramiento por la constitucion de Roma, que siempre tenia cabida en el campamento y en las provincias, era de suyo harto eficaz para censurar, mas no para moverlas á contrastar la ambicion de Floriano, y se exhalara el desagrado en aéreo susurro, si el jeneral del Oriente, el heróico Probo, no se declarara vengador del senado. Desigual era sin embargo la contienda, pues ni el mejor guerrero, acaudillando las tropas afeminadas de Ejipto y Siria, podia arrostrar confiadamente las lejiones de Europa, cuya pujanza irresistible estaba al parecer abrigando la causa del hermano de Tácito. Mas la actividad venturosa de Probo arrolló todos los tropiezos, y los curtidos veteranos de su competidor, habituados á temples fríos, enfermaban y yacian postrados en la abrasada rejion de Cilicia, donde el estío solia ser en estremo pernicioso; y menguadas las fuerzas con la desercion continua, quedaban desatendidas las gargantas de las sierras. Abrió Tarso sus puertas, y los soldados de Floriano, despues de consentirle el goce del dictado imperial por tres meses, libraron el imperio de la guerra civil con el llano sacrificio de un príncipe que estaban menospreciando (20).

Las perpetuas revoluciones del solio habian tan absolutamente borrado toda aprension sobre el derecho hereditario, que la familia de un príncipe malaventurado jamás encelaba á los sucesores. Descendieron á su salvo

los hijos de Tácito y de Floriano á su esfera privada, y se arremolinaron sin quebranto con la muchedumbre, escudados además con su pobreza inculpada. Elejido Tácito por el senado, cedió su pingüe patrimonio al estado (21); rasgo de jenerosidad esplendoroso al parecer, pero que está á las claras manifestando su ánimo de arraigar el imperio en sus descendientes. El consuelo único de tanto allanamiento era el recuerdo de su encumbramiento pasajero, y la remota esperanza, parto de una profecía lisonjera, á saber, que en el plazo de mil años, descollaria un monarca de la alcurnia de Tácito, amparador del senado, restaurador de Roma, y conquistador del orbe entero (22).

Los labriegos ilíricos, que habian ya suministrado á Claudio y Aureliano al decaido imperio, pudieron igualmente blasonar de la elevacion de Probo (23). El emperador Valeriano, mas de veinte años antes, con su acostumbrada perspicacia, habia ya descubierto el mérito bisoño del soldado muy mozo, que ascendió á tribuno mucho antes de la edad prescrita por el reglamento militar. Justificó el tribuno la eleccion con su victoria contra un cuerpo crecido de Sármatas, salvando la vida á un deudo de Valeriano, y mereciendo de su mano el agasajo de collares, brazaletes, picas, banderolas, coronas cívicas y murales, con todos los galardones honoríficos, tributados por la antigua Roma á sus valientes vencedores. Confióse el mando de la tercera, y despues la décima lejion, á Probo, que en todos los grados se iba siempre sobreponiendo al destino que estaba desempeñando. El Africa y el Ponto, el Rin, el Danubio, el Eufrates y el Nilo fueron sucesivamente ofreciendo campales triunfos á su intelijencia y denuedo. A él debió Aureliano la conquista de Ejipto, y todavía le era mas deudor por la entereza decorosa con que solia enfrenar las crueldades de su dueño. Deseoso Tácito de suplir con el desempeño de sus jenerales su propia insuficiencia militar, le nombró jeneralísimo de todas las provincias orientales, con el cinco tantos del sueldo corriente, la oferta del consulado, y la esperanza del triunfo. Tenia cuarenta y cuatro años Probo cuando ascendió al trono imperial (24), poseyendo el cariño del ejército, la fuerza del cuerpo y la madurez del entendimiento.

Su mérito esclarecido y el éxito de sus armas contra Floriano le dejaron sin enemigo ni competidor, pero si nos atenemos á sus propias protestas, muy lejos de apetecer el imperio, aceptólo con repugnancia. «No está ya en mi mano,» dice en una carta amistosa, «el orillar una elevacion tan arriesgada y apetecida, y tengo que seguir desempeñando el papel que me ha encargado la tropa (25).» Su atenta carta al senado rebosaba de sentimientos, ó al menos de espresiones de un patricio romano. «Cuando entresacasteis uno de vuestra clase, Padres Conscritos, para suceder al emperador Aureliano, procedisteis cuerda y justicieramente, pues sois legalmente los soberanos del orbe, y la potestad heredada de vues-

tros mayores ha de llegar á vuestra posteridad. ¡ Cuán venturoso no fuera que Floriano, en vez de usurpar la púrpura de su hermano, como herencia privada, esperara lo que dispusiera vuestra majestad, ora á favor suyo, ú ora de otro individuo! Los soldados han venido á castigar cuerdamente su temeridad, hanme ofrecido el título de Augusto, pero allá rindo mis merecimientos y pretensiones á vuestra clemencia (26). » (A. 276, agosto 3). Leida la reverenda carta por el cónsul, no pudieron menos los senadores de manifestar su satisfaccion al ver que Probo se allanaba tan rendidamente á pretender ó solicitarlo que estaba ya poseyendo, y encarecieron con agradecimiento sus virtudes, sus hazañas, y ante todo su moderacion. Decretóse inmediata y unánimemente la ratificacion del nombramiento de las huestes orientales, realzándole con todos los ramos del señorio imperial, los nombres de César y Augusto, el dictado de Padre de la patria, el derecho de hacer en un mismo dia tres propuestas al senado (27), la dignidad de Pontífice Máximo, la potestad tribunicia, y el mando proconsular, jénero de investidura que, sin encumbrar al parecer la autoridad del emperador, espresaba la antigua constitucion de la república. Correspondió el reinado de Probo á tan esplendoroso principio, pues era el senado quien tenia á su cargo la administracion civil del imperio, y su fiel jeneral volvió por el blason de las armas romanas, y fué poniendo á sus plantas coronas de oro y tropas de bárbaros, fruto de sus redobladas victorias (28). Mas al paso que estaba halagando su vanagloria, no podia menos de menospreciar interiormente su indolencia y flaqueza, pues teniendo en su mano á toda hora la revocacion del afrentoso edicto de Galieno, los engreidos sucesores de los Escipiones se avinieron sufridamente á su esclusion de todo empleo militar, y luego vinieron á palpar que quien arrima la espada tiene tambien que orillar el cetro.

Las fuerzas de Aureliano habian ido aniquilando á los enemigos de Romo, pero tras su fallecimiento, brotaban mas y mas en número y en saña. Quedaron vencidos nuevamente por la pujanza de Probo, el cual, en el breve reinado de seis años (29), igualó en nombradia á los héroes antiguos, y restableció la paz y el órden por todas las provincias del orbe romano. Afianzó tan firmemente el confin espuesto de Recia, que la dejó sin la menor zozobra de enemigos. Debilitó el poderio de los aduares sármatas, quienes huyeron despavoridos de su antiguo suelo. Galanteó la nacion goda la intimidad de emperador tan belicoso (30). Embistió á los Isaurios en sus serranías, tomó varias fortalezas suyas (31), y se lisonjeaba de haber esterminado para siempre un enemigo doméstico, cuya independencia estaba lastimando la majestad del imperio. No habian acabado de aplacarse las turbulencias movidas por Firmo en Ejipto, y las ciudades de Tolemaida y Coptos, al resguardo de su alianza con los Blemios, seguian fomen-

tando aquella rebelion arrinconada. Parece que el castigo de ambos pueblos y de sus auxiliares los salvajes del mediodía sobresaltó á la corte de Persia (32), cuyo gran rey aspiró en balde á la intimidad de Probo. El denuedo personal y el desempeño del emperador obraron jeneralmente las maravillas que resplandecen en aquel reinado, en términos que el escritor de su vida manifiesta su pasmo de que en tan breve plazo un solo individuo pudiera acudir á tantas y tan remotas guerras. Entregaba los empeños menores á sus tenientes, cuya atinada eleccion es uno de sus esclarecidos timbres. Caro, Diocleciano, Maximiano, Constancio, Galerio, Asclepiodato, Anibaliano, y un sinnúmero de otros caudillos que luego ascendieron ó auxiliaron al trono, se fueron educando en la escuela militar y austera de Aureliano y de Probo (33).

Pero el servicio mas señalado que Probo tributó á la república fué el rescate de la Galia y el recobro de sesenta ciudades florecientes tiranizadas por los bárbaros de Jermania, quienes, desde la muerte de Aureliano, habian estado acosando á su salvo aquella dilatada provincia (34). Entre la muchedumbre de aquellos fieros invasores logramos distinguir con algun despejo tres grandisimas huestes, ó mas bien naciones, arrolladas sucesivamente por el valor de Probo. Ahuyentó á los Francos á sus pantanos, particularidad notable, de donde podemos inferir que la confederacion conocida bajo el dictado varonil de *libres* estaba ya aposentada en las playas anegadas por los estancamientos del Rin, y que varias tribus de Frisios y Bátavos se habian incorporado en su alianza. Venció á los Borgoñones, pueblo considerable de casta vandálica *(c)*, que andaba errante, con el cebo de la presa, desde las orillas del Oder hasta las del Sena, y se dió por muy venturoso en comprar una retirada tranquila con la restitucion de todos los despojos; y habiendo intentado desentenderse de este pacto, fué su escarmiento ejecutivo y ejemplar (35). Mas eran los Lijios los invasores mas formidables de la Galia, pueblo remoto que reinaba allá por una estension dilatada entre Polonia y Silesia (36). Eran en esta nacion lijia los Arios los prepotentes en número y barbarie. « Los Arios, » descríbelos así el brio de Tácito, «se empeñan con todo ahinco en estremar el pavor de su nativa fiereza. Negros sus escudos, tiznados sus cuerpos, se abalanzan á la refriega en la lobreguez mas cerrada de la noche. Embiste su hueste cercada como de una sombra funeral (37), ni suelen tropezar con enemigo capaz de contrarestar aquel estraño é infernal aspecto, pues de todos nuestros sentidos, el de la vista es el primero que se postra en las batallas (38). » Pero la ciencia y la disciplina de los Romanos pronto aventaron aquel fantástico aparato, pues quedaron derrotados los Lijios en refriega jeneral, y Semnon, el mas afamado de sus caudillos, cayó vivo en manos de Probo; mas la cordura del emperador, ajena de precipitar á la desesperacion á todo un pueblo valeroso, les con-

cedió un ajuste decoroso y les franqueó el paso para volverse á su patria; mas fueron tantos sus padecimientos en marchas, batallas y retiradas, que resultó destruida la nacion para siempre, ni asoma ya el nombre lijio en la historia de Jermania ni del imperio. Compútase la pérdida de los bárbaros en cuatrocientos mil hombres, obra de los Romanos en cuanto á su ejecucion, y de gran desembolso para el emperador, que daba un doblon por cabeza de los enemigos (39); mas como la nombradía guerrera estribó en el esterminio del linaje humano, nos cabe suponer que el cálculo sangriento se abultaba por la codicia de la soldadesca, y se iba abonando sin mucha averiguacion por la vanagloria dadivosa de Probo.

Ciñeron, desde la espedicion de Maximino, los jenerales romanos su ambicion á una guerra defensiva contra las naciones de Jermania, que estaban siempre forcejeando sobre los confines del imperio. Mas denodado Probo, estrechó el alcance tras sus victorias en la Galia, traspuso el Rin, y enarboló sus águilas invictas por las márjenes del Elba y del Necker. Vivia persuadido de que nada recabaria paz duradera con los bárbaros, mientras no estuviesen palpando en su propia casa las desdichas de la guerra. Desangrada la Jermania con el malogro de su emigracion postrera, quedó atónita con su presencia, hasta el punto de acudir nueve de sus principales caudillos á su campamento y postrarse á sus plantas. Impúsoles la restitucion puntual de prendas y cautivos que habian arrebatado á las provincias, y precisó á sus propios jefes á castigar á los salteadores mas reacios que intentasen retener parte alguna del despojo. Reservóse un tributo cuantioso de trigo, ganado y caballos, únicos haberes de los bárbaros, para el consumo de las guarniciones que Probo habia ido planteando en los linderos de su territorio. Llegó aun á abrigar ciertos pensamientos de apremiar á los Jermanos vedándoles el uso de las armas, y de constituir á Roma árbitra de sus desavenencias y dispensadora de su resguardo. Requeríase imprescindiblemente, para el logro cabal de tan saludables intentos, la residencia perene de un gobernador imperial sostenido por una hueste crecida. Conceptuó por tanto Probo mas acertado el dilatar la ejecucion de tamaña empresa, mas esplendorosa en realidad que sólidamente asequible (40). Reducida la Jermania á mera provincia, entónces los Romanos con afan y costo infinito se granjeaban únicamente un lindero mucho mas anchuroso que resguardar de los bárbaros mas feroces de la Escitia.

En vez de avasallar á los Jermanos belicosos, contentóse Probo con el arbitrio vulgar de atajarles las correrías por medio de antemurales. Hallábase desierto desde el tiempo de Augusto el pais que ahora compone el círculo de Suabia, por haberlo desamparado sus antiguos habitantes (41). Cebó la fertilidad del suelo á una nueva colonia de la Galia inmediata; y agolpáronse á miles aventureros desamparados y vagarosos que se fueron

alternativamente avecindando y reconociendo con el pago de sus tributos la majestad del imperio (42). Para el resguardo de los nuevos súbditos se fué tendiendo una línea de guarniciones fronterizas desde el Rin al Danubio, y por el reinado de Adriano, cuando cundia aquel sistema, eslabonáronse estas guarniciones al abrigo de recios atrincheramientos de árboles y estacadas. En vez de tan tosco baluarte, construyó el emperador Probo una calzada de cierta altura, reforzada con torres á competentes distancias. Desde las cercanías de Neustadt y Ratisbona sobre el Danubio, trepaba, por cerros, cruzaba por valles, rios y pantanos, y por fin paraba tras varios recodos de mas de setenta leguas, en las márjenes del Rin (43). Esta valla poderosa, enlazando los dos rios caudalosos que abrigaban las provincias de Europa, atajaban al parecer el portillo por donde los bárbaros, y en particular los Alemanes, podian facilísimamente internarse en el imperio; mas la esperiencia del mundo, desde la China hasta Bretaña, ha ido manifestando el desatinado empeño de fortificar un pais por dilatado trecho (44), pues un enemigo eficaz que puede ir escojiendo y variando los puntos de asalto no puede menos de dar al fin con algun paraje endeble, ó con un rato de inadvertencia. Repártense las fuerzas y los desvelos del defensor, y tales son las resultas del terror, aun en tropas aguerridas, que toda línea aportillada en un solo punto queda desamparada instantáneamente. Corrobora estas zozobras la suerte del murallon de Probo, pues á pocos años de su muerte, volcado allá por los Alemanes, sus dispersos escombros, conceptuados jeneralmente por obra del mismo diablo, tan solo conducen ahora para escitar el asombro de los campesinos de Suabia.

Entre las condiciones provechosas de paz impuestas por Probo á las naciones avasalladas de Jermania, fué una el aprontar al ejército romano diez y seis mil reclutas de su juventud mas robusta y esforzada. Dispersólos el emperador por las provincias, repartiendo tan peligrosos refuerzos en compañías de cincuenta ó setenta hombres entre las tropas nacionales, haciéndose cargo atinadamente de que cuantos auxilios recibiese la república de los bárbaros debian percibirse, mas no mirarse (45). Imprescindible se hacia ya aquel arrimo, pues ni el primor afeminado de Italia ni las demás provincias alcanzaban á tolerar el peso de las armas. Los recios fronterizos del Rin y del Danubio acudian varonilmente á los afanes de un campamento, mas menguábase sobremanera su número con las guerras incesantes. Quebrantábanse los cimientos de la poblacion con la escasez de matrimonios y el menoscabo de la agricultura, dando al través, no solo con la pujanza actual, sino con la esperanza de nueva jeneracion. Apeló la cordura de Probo al arbitrio grandioso y benéfico de repoblar los confines yermos por medio de colonias de bárbaros huidos ó cautivos, franqueándoles territorios, ganados y aperos de labranza, y

cuantos estímulos cabian para proporcionarles el criar una descendencia de soldados para el servicio de la república. Trasladó un cuerpo crecido de Vándalos á Bretaña, y principalmente al condado de Cambridje (46), donde su aislada situacion los redujo á conformarse, y en los disturbios inmediatos de la isla acreditaron su lealtad con el estado (47). Francos y Lépidos se fueron avecindando en gran número por el Rin y el Danubio, y hasta cien mil Bastarnos, arrojados de sus solares, aceptaron gozosísimos un establecimiento en Tracia y se amoldaron en breve á las costumbres é inclinaciones romanas (48). Mas solian malogrársele á Probo sus intentos, pues el desasosiego y la holgazanería de los bárbaros los inhabilitaban para los afanes pausados de la agricultura, y su enamoramiento de la libertad estrellándose contra el despotismo, los arrebataba á la rebeldía, ni alcanzaban estos reemplazos estudiados, perjudiciales á veces para sí mismos y para las provincias (49), aunque repetidos por los demás emperadores, á restablecer en su primitiva fuerza los linderos de la Galia y del Ilírico.

De cuantos bárbaros desampararon sus nuevos establecimientos y alteraron el sosiego público, cortísimo fué el número de los que regresaron á su pais nativo, pues si lograban ir vagando armados por el imperio una temporada, era siempre su paradero el esterminio que les causaba el poderío de un emperador belicoso. Acompañaron sin embargo éxito y resultas luego tan memorables al arrojo de una gavilla de Francos, que no cabe omitirlas. Planteados por Probo en las playas del Ponto con la mira de resguardar aquella raya contra los embates de los Alanos, apoderáronse de una escuadra fondeada por las ensenadas del Euxino, y allá se empeñaron en abrirse rumbo, por mares desconocidos, desde la embocadura del Fásis hasta la del Rin. Atravesaron sin tropiezo por el Bósforo y Helesponto, y surcando por el Mediterráneo, fueron cebando su venganza y su codicia en varios desembarcos por las playas desprevenidas de Asia, Grecia y Africa. La opulenta ciudad de Siracusa, en cuyo puerto habian zozobrado las armadas de Aténas y de Cartago, quedó saqueda por una cuadrilla de bárbaros, que fueron degollando la mayor porcion de aquel trémulo vecindario. Corrieron desde Sicilia hasta las columnas de Hércules, engolfáronse por el Océano, fueron costeando la España y la Galia, y siguiendo su carrera triunfadora por el canal de Bretaña, coronaron al fin su espedicion asombrosa apeándose á su salvo por las playas bátavas y frisias (50). El ejemplar de tan esclarecida carrera, enterando á sus paisanos de las ventajas y fortaleciéndolos contra las continjencias del mar, sirvió de norte á su arrojo para granjearse gloria y riquezas.

En medio del afan de Probo, no cabia el tener siempre á raya todo el ámbito de sus dilatados dominios, y para estrellar sus cadenas, los bárbaros se valieron de la coyuntura favorable de una guerra interior. Cuan-

do acudió el emperador al socorro de la Galia, entregó el mando del Oriente á Saturnino, sujeto entendido y esperto, quien se precipitó á su rebeldía por la ausencia del soberano, la liviandad del pueblo alejandrino, las acaloradas instancias de los amigos y sus propias zozobras, mas desde el punto de su ensalzamiento se mostró desesperanzado del imperio y de su vida. « Ay de mí! » dijo, « perdió la república un servidor provechoso, y la temeridad de un rato borró las obras de largos años. No estais enterados, » continuó, « de las desventuras de la soberanía, pues allá una espada está á toda hora asestada á nuestras cervices. Tememos á nuestra misma guardia y desconfiamos de nuestros compañeros. Carecemos de albedrío para obrar ú holgar, ni cabe evitar la envidia ni con la edad, ni con la índole ó la conducta, y al encumbrarme así al solio, me sentenciais á una vida de afanes y á una muerte anticipada, sin mas consuelo que el de no perecer á solas (51). » Mas así como se realizó la primera parte de la profecía con la victoria, se frustró la segunda con la clemencia de Probo, que se empeñó en salvar á Saturnino del enfurecimiento de los soldados (A. 279). Habia repetidamente encargado al usurpador mismo que no se diese por perdido con un soberano que apreciaba en el alma sus prendas, puesto que habia castigado al primero que le habia participado su deslealtad inverosímil (52). Tal vez se atuviera Saturnino á la oferta jenerosa, sin la desconfianza de sus allegados, pues era su delito mas arraigado y sus esperanzas mas vehementes que los de su esperimentado caudillo.

Allanada la rebelion de Saturnino en el Oriente, sobrevinieron nuevas turbulencias en el Occidente con la rebeldía de Bonoso y Próculo en la Galia. Las prendas sobresalientes de entrambos versaban para el uno en las competencias de Baco, y para el otro en las de Vénus (53); mas no carecian de valor y desempeño, y ambos llevaron gallardamente adelante el empeño en que el temor del castigo vino á comprometerlos, hasta que se estrellaron al par contra el númen superior de Probo. Usó con su acostumbrada moderacion de la victoria, y conservó vidas y haberes á las inocentes familias (54).

Quedaban destruidos con las armas de Probo los enemigos estraños y domésticos del estado, y su bonancible entereza robustecia el sosiego público; ni quedaba por padron de los trastornos pasados en las provincias un enemigo estraño, un tirano ni un salteador. Ya era pues razon de que el emperador reviese á Roma y solemnizase su propia gloria y la dicha jeneral. Correspondió la grandiosidad del triunfo de Probo á su fortuna, y el pueblo, que presenció absorto los trofeos de Aureliano, contempló con igual embeleso los de su heróico sucesor (55); mas no se debe trascordar con este motivo el denuedo desesperado de ochenta gladiadores, reservados con otros seiscientos para el recreo inhumano del anfiteatro. De

sentendiéndose de ir á derramar su sangre para el deporte del populacho, mataron á los guardas, arrollaron el recinto de su encierro, y conmovieron y ensangrentaron las calles de Roma. Yacieron, tras reñidísima resistencia, acosados y acuchillados por la tropa; pero les cupo á lo menos muerte honorífica y desagravio de su injusticia y tropelía (56).

Corria parejas en esmero y entereza la disciplina de Probo, mas no en crueldad, con la de Aureliano, quien solia castigar los deslices de la soldadesca con bronca severidad, al paso que Probo los precavia, empleando las lejiones en trabajos incesantes y provechosos, pues ya cuando estuvo mandando en Ejipto, ejecutó varias obras grandiosas en beneficio y esplendor de aquel precioso pais. Mejoróse la navegacion del Nilo, tan ventajosa para la misma Roma, y construyéronse templos, puentes, pórticos y alcázares por mano de los soldados, que sabian ya ser injenieros, ya arquitectos y ya labradores (57). Cuéntase de Anibal que, para atajar en sus tropas todas las tentaciones de la ociosidad, les habia precisado á ejecutar dilatados plantíos de olivos por la costa de Africa (58); y ateniéndose al propio sistema, dedicó Probo su tropa á enramar de viñedos lozanos las serranías de la Galia y la Panonia, y se particularizan dos parajes hoyados y plantados á manos de la milicia (59). Uno de ellos, conocido bajo el nombre de Monte Almo, estaba situado junto á Sirmio, pais nativo de Probo, que miró siempre con afecto, y cuyo agradecimiento se esmeraba en afianzar desyermando un largo trecho pantanoso y enfermizo. Un ejército de tan precioso temple venia á componer la parte, no solo mas valiente, sino la mas provechosa de los súbditos romanos.

Mas en el desempeño de un plan predilecto, los sujetos mas cabales, pagados de la rectitud de su ánimo, están espuestos á propasarse del confin de la moderacion. Probo no acertó á consultar el sufrimiento y la voluntad de sus mismos lejionarios (60). Se da por sentado que los peligros de la vida militar han de ir compensados con el ocio y la holganza; mas si los afanes del soldado se recargan con el trabajo de un labriego, póstrase al fin con tan insufrible recrecimiento, ú bien lo sacude con airada violencia. Dícese que la indiscrecion de Probo enconó el desabrimiento de la tropa, pues mas prendado del interés jeneral que del regalo del ejército, prorumpió en el anhelo fantástico de plantear una paz universal, y despedir como inservible aquella perpetua y asalariada hueste (61). Redundó aquella especie inadvertida en su esterminio, pues en un dia ardiente de estío, mientras estaba severamente apremiando á los soldados para el desagüe de los pantanos de Sirmio, quebrantados de fatiga, arrojan de repente las herramientas, empuñan las armas y se desenfrenan en total asonada. Guarécese el emperador asustado en una torre elevada, que servia para inspeccionar las obras (62) (A. 282, agosto).

Allánanla inmediatamente, y traspasan miles de espadas el pecho del desventurado Probo. La saña ya satisfecha amaina con el fracaso, lamentan todos su infausta temeridad, olvidan los rigores del emperador que acaban de sacrificar, y se empeñan en perpetuar con un monumento la memoria de sus virtudes y victorias (63).

Las lejiones, despues de dar vado á su pesadumbre y arrepentimiento por la muerte de Probo; proclamaron á Caro, su prefecto del pretorio, como el mas acreedor al trono imperial. Varias y revueltas son las especies relativas á este príncipe; blasonaba del dictado de ciudadano romano, y se esmeraba en parangonar la pureza de su sangre con la alcurnia estranjera y aun bárbara de sus antecesores; pero los mas apuradores de todos sus contemporáneos, muy ajenos de avenirse á sus pretensiones, le suponen, con suma variedad, natural del Ilírico, la Galia y el Africa (64). Aunque militar, tuvo una educacion literata, y si bien senador, estaba ejerciendo la primera dignidad del ejército, y en una época en que las carreras civil y guerrera se habian tan terminantemente deslindado, hermanáronse en la persona de Caro. Despues de ajusticiar ejecutivamente á los matadores de Probo, á cuyo aprecio y finezas era tan deudor, alcanzóle allá la sospecha de complicidad en un hecho que le redundó en tan principal ventaja. Merecia, á lo menos antes de su alzamiento, el concepto jeneral de capaz y virtuoso (65); mas su índole adusta fué imperceptiblemente dejenerando en desabrida é inhumana, y los imperfectos escritores de su vida titubean en colocarlo ú no en la clase de los tiranos de Roma (66). Venia Caro á contar sesenta años cuando se revistió la púrpura, siendo ya de edad varonil ambos sus hijos Carino y Numeriano (67).

Falleció con Probo la autoridad del senado, pues el arrepentimiento de la soldadesca no acató esta vez la potestad civil en los mismos términos que acreditó tras la muerte del malaventurado Aureliano. Quedó planteada la eleccion de Caro, desatendiendo la aprobacion del senado, y contentóse el nuevo emperador con participarle, en carta tibia y entonada, su ascenso al trono vacante (68). Procedimiento tan opuesto al de su halagüeño antecesor no encarecia favorablemente el nuevo reinado, y los Romanos, apeados de poderío y libertad, se esplayaron en su acostumbrado desquite de hablillas y murmuraciones (69); mas no enmudecieron las albricias ni los parabienes, y todavía nos cabe el hojear con agrado y menosprecio una égloga compuesta para el advenimiento de aquel emperador al solio. Dos zagales, para guarecerse del ardor del mediodia, se retiran á la cueva de Fauno, y sobre una sombría encina reparan ciertos letreros. Habia la deidad campesina descrito en versos proféticos la bienaventuranza prometida al imperio bajo el reinado de tan gran monarca; y Fauno vitorea al sumo héroe que arrimando sus

hombros al peso abrumador del orbe romano, ha de esterminar la guerra y los bandos, y resucitar la inocencia y el sosiego de la edad de oro (70).

Es de suponer que estas elegantes fruslerías jamás llegaron á los oidos de un jeneral veterano, que con la anuencia de sus lejiones se estaba preparando para ejecutar el intento allá pendiente de la guerra pérsica. Caro, á su propartida para aquella espedicion remota, realzó á sus dos hijos, Carino y Numeriano, con el dictado de Césares, promediando con el primero su potestad imperial, y encargándole que acudiese ante todo á zanjar algunos disturbios sobrevenidos en la Galia, y luego se aposentase en Roma, desempeñando el gobierno de las provincias occidentales (71). Afianzóse la seguridad del Ilírico con una derrota memorable de los Sármatas, quedando hasta diez y seis mil en el campo de batalla, ascendiendo á veinte mil los cautivos. El anciano emperador voló en alas de la nombradía y de la victoria venidéra, en el rigor del invierno, por la Tracia y el Asia Menor; y llegó por fin con su hijo Numeriano á la raya de la monarquía pérsica, donde acampado luego en la cumbre de una altísima montaña, mostró detenidamente á sus tropas la opulencia y el boato del enemigo que iban á embestir.

Sobresaltóse el sucesor de Artajerjes (*d*), Varanes ó Bahram, si bien acababa de sojuzgar á los Sejestanos, una de las naciones mas belicosas del Asia superior (72), á la vista de los Romanos, y se esmeró en ir conteniendo sus pasos por medio de negociaciones pacíficas. Llegaron los embajadores al campamento hácia el anochecer, cuando las tropas estaban aplacando el hambre con una refaccion escasa, y manifestando su deseo de acercarse á la presencia del emperador romano, condujéronlos al fin á un soldado descansando sobre el césped, dedicado á comer por cena un pedazo de tocino rancio y algunos guisantes duros, siendo un ropaje tosco de púrpura el único realce que lo diferenciaba de sus compañeros. Siguió la conferencia igualmente ajena de todo primor cortesano, y Caro, quitándose un gorro que llevaba para tapar su calvez, protestó á los embajadores que si su dueño no reconocia la superioridad romana, en breve dejaria la Persia tan desnuda de árboles como lo estaba su propia cabeza de cabellos (73). En medio de ciertos rastros de estudiado artificio, estamos viendo en este lance las costumbres de Caro, y la estremada sencillez que los príncipes guerreros, sucesores de Galieno, habian ya restablecido en los campamentos romanos. Temblaron los ministros del Gran Rey, y se fueron.

No quedó en amago el dicho de Caro, pues asoló la Mesopotamia, fué arrollando cuanto le salia al encuentro, señoreó las grandes ciudades de Seleucia y Ctesifonte (que se rindieron al parecer sin resistencia), y llevó sus armas victoriosas allende el Tígris (74). Favorable fué la coyuntura,

pues desavenida y malparada la Persia, tenia sus principales fuerzas empleadas por el confin de la India. Roma y todo el Oriente aclamaron tan faustas nuevas, y la lisonja y la esperanza estaban ya presajiando el derribo de la Persia, la conquista de la Arabia, el avasallamiento del Ejipto y el rescate de las correrías de las naciones escitas (75). Pero el reinado de Caro estaba destinado para poner de manifiesto la vanidad de las predicciones, pues quedaron al punto desmentidas con su muerte; acontecimiento tan acompañado de estrañezas que será mas oportuno referirlo con la carta de su mismo secretario el prefecto de la ciudad: « Caro, » dice (A. 283, diciembre, 25), « nuestro amadísimo emperador, se hallaba doliente en su lecho, cuando estalló una tormenta sobre el campamento. Tal era la lobreguez, que ni nos divisábamos unos á otros, y relampagueando sin cesar, andábamos todos á ciegas. Tras un agudo estallido de un rayo, sonó repentinamente el alarido de haber muerto al emperador, y luego se echó de ver que sus camareros, en la desesperacion de su quebranto, habian incendiado el pabellon real, particularidad que dió márjen á la voz de que habia fenecido Caro de un rayo; mas en cuanto hemos podido rastrear, fué su muerte efecto natural de su dolencia (76).

No acarreó trastornos la vacante, pues atajaron mutuas zozobras la ambicion de los jenerales; y el jóven Numeriano, con su hermano ausente Carino, quedaron unánimemente reconocidos por emperadores romanos. Esperábase que el sucesor de Caro, siguiendo las huellas del padre, y sin dar tregua á la Persia despavorida, se adelantaria blandiendo el acero hasta los alcázares de Susa y de Ecbátana (77). Mas las lejiones, fuertes en número y disciplina, desmayaron con su rastrera supersticion. Por mas ardides que se idearon para encubrir el jénero de la muerte desastrada del emperador, no fué dable desimpresionar á la muchedumbre, y su opinion es siempre incontrastable. Horrorizábanse relijiosamente los antiguos con todo individuo ú paraje acentellado, como reservado á la ira del cielo (78), y se recordó un oráculo apuntando el Tígris como límite infausto de las armas romanas. Clamaron las tropas, aterradas con el fracaso de Caro y su propio riesgo, al jóven Numeriano para que obedeciese á la voluntad de Dios y las acaudillase á largo trecho de aquel suelo malhadado para la guerra. No alcanzó el débil emperador á arrollar tan obstinada preocupacion, y quedaron atónitos los Persas con la retirada imprevista de una hueste victoriosa (79).

Voló el parte (A. 284) del fracaso misterioso del difunto emperador de la raya de Persia hasta Roma, y el senado y las provincias dieron sus parabienes á los hijos de Caro. Carecian sin embargo estos mozos encumbrados de aquel engreimiento de cuna ó de prendas que allana y casi conjenia la posesion del solio. Nacidos y criados en esfera privada, ensalzó-

los el nombramiento del padre á la jerarquía de príncipes, y su muerte, sobrevenida á los diez y seis meses, les dejó la inesperada herencia de un dilatadísimo imperio. Suma cordura y virtud escelsa se requerian para connaturalizarse sin destemple á encumbramiento tan repentino, y escaseaba Carino, el mayor de los hermanos, de tan peregrinas prendas. Habia acreditado algun denuedo en la guerra de la Galia (80); mas llegado á Roma, engolfóse con desenfreno vanaglorioso en un mar de liviandades. Agradable pero cruel, sensual, pero estragado, era vanidoso en estremo, aunque indiferente para el aprecio del público. En pocos meses se desposó y se divorció con nueve mujeres, dejándolas por lo mas embarazadas, y sobre esta voluntariedad legal, allá se encenagaba en términos que se deshonró á sí mismo y á las primeras casas de Roma. Odiaba de muerte á cuantos podian recordar su antigua llaneza y zaherir su conducta presente, y fué desterrando ú dando muerte á los consejeros que el padre le puso al lado para despejar su bisoñez, y anduvo persiguiendo con ruin venganza á los condiscípulos y compañeros que no habian debidamente respetado la majestad latente de todo un emperador. Aparentaba Carino encumbrado y rejio porte con los senadores, espresando á menudo y sin rebozo que sus haberes irian á parar al populacho de Roma, entresacando desde luego de sus heces sus privados y ministros. El palacio y aun la mesa imperial eran un hervidero de cantores, bailarines, mancebas, y de toda la bulliciosa comparsa del vicio y del devaneo. Encargó á uno de sus porteros el gobierno de la ciudad (81). En reemplazo del prefecto del pretorio, que mandó matar, colocó Carino á uno de los ministros de sus torpezas, revistiendo del consulado á otro que era al par, ó en mayor grado acreedor, á tan infame privanza. Un secretario interno, diestro en remedar firmas, descargó al desidioso emperador, con su anuencia, de la obligacion enojosa de firmar su nombre.

Al emprender el emperador Caro su guerra pérsica, se esmeró, á impulsos de su afecto y de su prevision, en afianzar la suerte de su familia, poniendo desde luego en manos de su primojénito los ejércitos y provincias del Occidente. Apesadumbrado y corrido con los informes que le llegaron luego de la conducta de Carino, manifestó su ánimo de desagraviar la república con actos de severa justicia, adoptando, en lugar de aquel hijo indigno, al valiente y pundonoroso Constancio, á la sazon gobernador de Dalmacia. Mas dilatóse el plazo para el ensalzamiento de Constancio, y desahogado Carino con la muerte del padre de todo miramiento pusilánime ó decoroso, desplegó ante los Romanos las estravagancias de Eliogábalo, acibaradas con las crueldades de Domiciano (82).

El único rasgo de Carino que puede mencionar la historia ó ensalzar la poesía, es el boato con que, en su nombre y el de su hermano, celebró los juegos romanos del teatro, del circo y del anfiteatro, y mas de vein-

te años despues, cuando los palaciegos de Diocleciano manifestaban á su parco soberano la nombradía y popularidad de su antecesor, reconoció que el reinado de Carino habia sido todo de deleites (83). Mas aquella profusion desatinada, que tanto repugnaba á la sensatez de Diocleciano, era el asombro y el regalo del pueblo romano, y los mas viejos ciudadanos, comparando las funciones anteriores, las pompas triunfadoras de Probo y de Aureliano, y los juegos seculares del emperador Filipo, confesaban que la magnificencia de Carino descollaba sobre la de todos sus antecesores (84).

Pueden por tanto particularizarse mejor los espectáculos de Carino parándonos en puntos que la historia nos despeja acerca de los anteriores. Ciñéndonos á la caza de fieras, por mas que vituperemos el devaneo del intento y la inhumanidad de su desempeño, tenemos que confesar que ningun pueblo igualó al romano en cuanto al gasto y al artificio para el recreo del vulgo (85). Desarraigáronse por disposicion de Probo árboles empinados y en gran número, para trasplantarlos al medio del circo. Poblóse la selva frondosa y dilatada con mil avestruzes, mil ciervos, y otros tantos corzos y jabalíes, y toda esta cacería se franqueó á la muchedumbre ansiosa y alborotada. Consistió la matanza del dia siguiente en cien leones, otras cien leonas, doscientos leopardos, y trescientos osos (86). La prevencion del jóven Gordiano para su triunfo, y que ostentó luego el sucesor en sus juegos seculares, sobresalia menos por el número que por la estrañeza de los animales. Ostentaron veinte zebras sus airosos talles y vistosos matices á la vista del pueblo romano(87). Diez alces y otras tantas jirafas, los animales mas crecidos é inocentes que vagan por los páramos de Sarmacia y Etiopía, se contraponian á treinta hienas africanas y á cien tigres indios, los brutos mas implacables de la zona tórrida. En el rinoceronte, en el hipopótamo del Nilo (88) y en el majestuoso escuadron de treinta y dos elefantes (89), se celebró la fuerza inofensiva con que dotó Naturaleza á los mayores cuadrúpedos. Mientras se pasmaba la insensata muchedumbre con el grandioso aparato, acudia el naturalista é iba notando la estampa, contestura y propiedades de tan diversas especies traidas de los estremos del antiguo mundo al anfiteatro de Roma. Mas este beneficio casual que cabia á la ciencia á vueltas del devaneo no alcanzaba seguramente á cohonestar el dispendio disparatado de los caudales públicos. Ofrécese sin embargo en la primera guerra púnica un ejemplar en que el senado acertó á hermanar atinadamente el recreo del jentío con los intereses del estado; pues hizo conducir un crecido número de elefantes, cojidos en la derrota del ejército cartajinés, por algunos esclavos, sin mas armas que unas lanzas embotadas (90); y aquel provechoso espectáculo sirvió para infundir en los soldados romanos sumo menosprecio para con unos animales meramente corpulentos, y así no les asombraron ya en la formacion militar.

Preparóse la cacería ó muestra de fieras con una magnificencia correspondiente á un pueblo que se apellidaba á sí mismo árbitro del orbe, ni desdecia el edificio dedicado al intento de aquella grandiosidad. La posteridad está todavía admirando los restos asombrosos del anfiteatro de Tito, tan debidamente llamado colosal (91). Era una fábrica elíptica de quinientos sesenta y cuatro piés de largo, y cuatrocientos sesenta y siete de ancho, fundada sobre ochenta arcos y elevada sobre cuatro órdenes diversos de arquitectura, hasta la altura de ciento y cuarenta piés (92). Estaba el esterior todo revestido de mármol, y realzado con estatuas. El tendido anchuroso que formaba el interior estaba rodeado de sesenta á ochenta filas de asientos, tambien de mármol, cubiertos de cojines, y capaces de contener desahogadamente mas de ochenta mil personas (93). Sesenta y cuatro *vomitorios* (pues tal era el nombre tan apropiado de las entradas) iban arrojando el inmenso jentío, y entradas, tránsitos y escaleras estaban dispuestas con tan estremado primor, que cada cual, senador, caballero ú plebeyo, se encaminaba y llegaba á su respectivo asiento sin tropiezo ni equivocacion (94). Nada á todas luces se echaba menos que condujese á la comodidad y al deleite de los espectadores. Guarecíalos del sol y de la lluvia un dosel grandioso y corredizo, para tenderlo ú retirarlo oportunamente. Refrescábase el ambiente con volantes y perlados surtidores, mientras lo embalsamaban incesantemente aromas esquisitos. El centro ú la palestra, cubierta toda de finísima arena, se iba alternativamente trasformando en diversas perspectivas, pues ya parecia brotar de la tierra el jardin de las Hespéridas, ya se desencajaba en peñascales y cuevas de Tracia. Aprontaban las cañerías manantiales ó rios, y lo que acababa de ser una llanura espaciosa convertíase de improviso en grandioso lago, surcado por bajeles de guerra y lleno de monstruos marinos (95). Ostentaban los emperadores en aquellas decoraciones su opulencia y liberalidad, y leemos á veces que todo el ajuar del anfiteatro consistia en plata, oro ú ámbar (96). El poeta que describe los juegos de Carino bajo el papel de un zagal atraido á la capital por el eco de su magnificencia afirma que las redes para el resguardo contra las fieras se componian de hilo de oro, que estaban dorados los pórticos, y que la faja ó círculo que separaba las varias clases de los concurrentes estaba cuajada de un mosaico precioso de esquisita pedrería (97).

En medio de boato tan centellante, el emperador Carino (A. 284, setiembre, 12), descuidado de su situacion, se embebia en los vítores del pueblo, la lisonja de sus palaciegos y los cantares de los poetas, quienes, por falta de prendas esenciales, acudian á la gracia sobrehumana de su persona (98). A la misma hora, pero á distancia de trescientas leguas de Roma, estaba espirando su hermano, y una revolucion repentina trasladó á manos de un estraño el cetro de la casa de Caro (99).

Muerto el padre, jamás se vieron ya los hijos de Caro, y el ajuste que requeria su nueva situacion se dilató probablemente hasta el regreso del menor á Roma, donde se les decretó á entrambos el triunfo por el éxito de la guerra de Persia (100). No consta si era su ánimo dividir la administracion, ó bien las provincias del imperio, mas no es verosímil que fuese duradera su concordia, pues, además de la competencia en el poderío, debian sus índoles encontradas desavenirse. Indigno era de vivir Carino, aun en lo mas estragado de los siglos; mas merecia Numeriano reinar en tiempos mas venturosos. Granjeábanle al golpe respeto y afecto sus modales afables y sus virtudes cariñosas. Realzábanle las prendas de orador y poeta que engalanan y condecoran la esfera mas humilde y la mas encumbrada. No campeaba su elocuencia como la de Ciceron, sino mas bien por el rumbo de los declamadores modernos, pero en un siglo muy ajeno de carecer de habilidades poéticas, compitió con sus mas aventajados contemporaneos, quedando siempre amigo de sus contrincantes; particularidad que está evidenciando ú la escelencia de su corazon, ó la superioridad de su talento (101). Mas la sobresalencia de Numeriano se cifraba en estudios amenos mas bien que en la carrera activa. Cuando el ensalzamiento del padre lo sacó de su retiro, ni su índole ni sus desvelos le habilitaban para el mando de los ejércitos. Quebrantóse su complexion con los padecimientos de la guerra pérsica, y habíale el ardor del clima debilitado tanto la vista (102), que le precisó por toda su larga retirada á encerrarse en la soledad y lobreguez de una tienda ó de una litera. El desempeño de todos los negocios civiles y militares paró en manos de Arrio Aper, prefecto del pretorio, quien, al poderío de su cargo trascendental, añadia el realce de ser suegro de Numeriano. Guardábase el pabellon imperial desveladamente por sus mas íntimos allegados, y por espacio de muchos dias, estuvo Aper pasando al ejército los supuestos mandatos del soberano invisible (103).

A los ocho meses despues de la muerte de Caro, fué cuando la hueste romana, regresando á marchas pausadas de las orillas del Tígris, asomó á las del Bósforo Tracio. Hicieron alto las lejiones en Calcedonia de Asia, mientras la corte pasaba á Heraclea sobre la márjen europea de la Propóntida (104). Secreteóse al pronto una hablilla que luego se trocó en recios clamores de la muerte del emperador y de la arrogancia del ministro ambicioso que seguia ejerciendo el poderío soberano cuando el príncipe ya no existia. No se avino la soldadesca á dilatar su incertidumbre, y con desenfadada curiosidad se arrojó á la tienda imperial, donde solo hallaron el cadáver de Numeriano (105). La decadencia sucesiva de su salud podia inclinarlos á creer que era su muerte natural, mas graduóse la ocultacion de testimonio del atentado, y las disposiciones de Aper para afianzar su eleccion le acarrearon inmediatamente su esterminio. Pero aun en su ar-

rebato y congoja, procedieron comedidamente las tropas, demostrando siempre cuan arraigadamente se estableció su disciplina por los sucesores de Galieno. Juntóse todo el ejército en Calcedonia, á donde llevaron aherrojado á Aper, como reo. Levantóse un tablado raso en medio del campamento, y los jenerales y tribunos formaron un gran consejo militar, que participó luego á la muchedumbre como su nombramiento habia recaido en Diocleciano, comandante de los domésticos ó guardias de la persona (A. 284, set. 17), por ser el mas capaz de vengar y suceder á su amado emperador. La suerte venidera del candidato pendia del sesgo que se diese á aquel mismo trance. Enterado de que su destino le habia de esponer á ciertas sospechas, subió Diocleciano al tribunal, y alzando la vista al sol, protestó solemnemente su inocencia ante aquella deidad que lo está viendo todo (106). Entonándose luego á fuer de juez y de soberano, mandó traer á Aper, siempre aherrojado, al pié del tribunal. «Ese hombre,» dijo, «es el matador de Numeriano.» Y sin darle tregua para entablar un descargo aventurado, tiró de su espada, y la hincó en el pecho del malaventurado prefecto. Recibióse sin oposicion un cargo acompañado de prueba tan terminante, y las lejiones vitorearon repetidamente la justicia y autoridad del emperador Diocleciano (107).

Mas antes de hablar de su memorable reinado, tenemos que castigar y despedir al hermano ruin de Numeriano. Tenia Carino armas y caudales para sostener su título lejítimo al imperio; mas sus torpes vicios desequilibraban todas las ventajas de goce y nacimiento; y los sirvientes mas leales del padre menospreciaban la negadez y temian la arrogancia sanguinaria del hijo. Inclinábase el pueblo á su competidor, y hasta el mismo senado anteponia el usurpador al tirano. Fomentaban los ardides de Diocleciano el descontento jeneral, y empleóse el invierno en maquinaciones recónditas y preparativos manifiestos para la guerra civil. Encontráronse á la primavera (A. 285, mayo) las fuerzas de Oriente con las de Occidente, en las llanuras de Margo, pueblecillo de Mesia, por las cercanías del Danubio (108). Las tropas recienvenidas de Persia cuanto medradas en gloria, habian menguado en número y sanidad, ni podian contrarestar el brio cabal de las lejiones europeas. Arrolladas aquellas al pronto, ya desesperaba Diocleciano de púrpura y vida, cuando toda la ventaja granjeada por Carino con el denuedo de su soldadesca quedó malograda con la alevosía de su oficialidad. Un tribuno, cuya esposa habia pervertido, se abalanzó á su desagravio, y de una estocada apagó la guerra civil en la sangre del adúltero (109).

NOTAS

correspondientes al capítulo duodécimo.

(1) Vopisco, Hist. August., p. 222. Menciona Aurelio Víctor una diputacion solemne de la tropa al senado.

(2) Vopisco, nuestra autoridad principal, escribia en Roma, tan solos diez y seis años despues de la muerte de Aureliano; y además de la notoriedad reciente de los hechos, está siempre sacando sus noticias de los diarios ó actas del senado y de los documentos orijinales de la librería Ulpiana. Zósimo y Zonaras aparecen tan atrasados en este punto, como lo estaban jeneralmente sobre la constitucion romana.

(*a*) No pudo ser el interregno mas que de siete meses, pues asesinaron á Aureliano á mediados de marzo del año de Roma de 1028, habiendo sido nombrado Tácito el 25 de setiembre del mismo año.—G.

(3) Liv., I, 17. Dionisio Halicarn., l. II, p. 115. Plutarc., in Numa, p. 60. Refiere el primero aquel caso como orador, el segundo como abogado, y el tercero como un moralista, y quizá ninguno de ellos sin sus rasgos fabulosos.

(4) Vopisco (in Hist. August., p. 227) lo llama «primæ sententiæ consularis;» y luego despues *princeps senatus*. Se deja suponer que los monarcas de Roma, desentendiéndose de aquel dictado ya humilde, lo traspasaban el senador mas antiguo.

(5) La única objecion contra etimolojía se reduce á que el historiador se llamaba Cornelio y el emperador Claudio; pero ya en el Bajo Imperio variaban y se trasponian sin cesar los sobrenombres.

(6) Zonaras, l. XII, p. 637. La Crónica Alejandrina, con equivocacion muy obvia, traspone esta edad á Aureliano.

(7) Era, en el año 273, cónsul ordinario; pero debió ser sufecto muchos años antes, y probablemente con Valeriano.

(8) *Bis millies octingenties*. Vopisco, in Hist August., p. 229; suma que, segun la norma antigua, equivalia á ochocientas y cuarenta mil libras romanas de plata, cada una de valor como de una onza de oro; pero estaba muy adulterado el cuño en peso y ley por el tiempo de Tácito.

(9) A su advenimiento mandó que anualmente se trasladasen hasta diez copias y se fuesen colocando en las librerías públicas. Fenecieron hace largo tiempo las librerías romanas, y lo mas apreciable de Tácito se conservó en un solo manuscrito descubierto en un monasterio de Westfalia. Véase Bayle, Diccionario, Art. *Tácito*, y Lipsio, en los Anales, II, 9.

(10) Vopisco, in Hist. August., p. 227.

(11) Hist. August., p. 228. Trató Tácito á los pretorianos con el dictado de *sanctissimi milites*, y al pueblo con el de *sacratissimi Quirites*.

(12) Nunca se escedió en sus manumisiones de un centenar, ceñidas así por la ley Cania, actuada por Augusto, y al fin revocada por Justiniano. Véase Casaubon, sobre el paso de Vopisco.

(13) Véanse las vidas de Tácito, Floriano y Probo en la Historia Augustana; pero podemos contar con que cuanto dió el soldado lo tenia ya concedido el senador.

(14) Vopisco, in Hist. August., p. 216. El paso está despejado, mas Casaubon y Salmasio tratan de enmendarlo.

(15) Vopisco, in Hist. August., p. 230, 232 y 233. Solemnizaron los senadores tan feliz restablecimiento con hecatumbas y regocijos públicos.

(16) Hist. August., p. 228.

(*b*) Sobre los Alanos, véase el capítulo XXVI, nota 55.—M.

(17) Vopisco, in Hist. August., p. 230. Zósimo, l. I, p. 57. Zonaras, l. XII, p. 637. Dos pasos en la vida de Probo (p. 236 y 238) me convencen de que los Escitas invasores del Ponto eran Alanos. Si cabe el creer á Zósimo (l. I, p. 58), los fué persiguiendo Floriano allá hasta el Bósforo Cimerio; mas escasamente tuvo tiempo para espedicion tan larga y trabajosa.

(18) Eutropio y Aurelio Víctor dicen tan solo que murió; Víctor Menor añade que fué de calenturas. Zósimo y Zonaras afirman que le mató la soldadesca. Menciona Vopisco entrambas relaciones, y al parecer titubea; pero cabe hermanar obviamente opiniones tan encontradas.

(19) Segun los dos Víctores, reinó redondamente doscientos dias.

(20) Hist. August., p. 231. Zósimo, l. I, p. 58 y 59. Zonaras, l. XII, p. 637. Dice Aurelio Víctor que Probo se posesionó del imperio en Ilírico; opinion que (si bien seguida por un grande erudito) enmarañaría este trozo de historia con dificultades inesplicables.

(21) Hist. August., p. 229.

(22) Estaba para enviar jueces á los Partos, Persas y Sármatas, un presidente á Taprobana, y un procónsul á la Isla Romana (supuesta por Casaubon y Salmasio ser la Bretaña). Una historia como la mia (dice Vopisco modesta y decorosamente) no ha de durar mil años para desairar ó sincerar la prediccion.

(23) En cuanto á la vida privada de Probo, véase Vopisco, in Hist. August., p. 234-237.

(24) Segun la Crónica Alejandrina, murió de cincuenta años.

(25) Iba la carta para el prefecto pretoriano, á quien (bajo el concepto de su desempeño) prometió conservar en su encumbrado cargo. Véase Hist. August., p. 237.

(26) Vopisco, in Hist. August., p. 237. Está seguramente equivocada la fecha, pues en lugar de *Non. Februar.*, hay que leer *Non. August.*

(27) Hist. August., p. 238. Estraño se hace que el senado tratase á Probo menos favorablemente que á Marco Antonino, quien recibió, aun antes de la muerte de Pio, el *Jus quintæ relationis.* Véase Capitolino, in Hist. August., p. 24.

(28) Véase la carta atenta de Probo al senado, tras sus victorias jermánicas. Hist. August., p. 239.

(29) Despeja el cardenal de Noris positivamente la fecha y duracion del reinado de Probo en su obra erudita De Epochis Syro-Macedonum, p. 96-105. Un paso de Eusebio enlaza el año segundo de Probo con las eras de varias ciudades de Siria.

(30) Vopisco en la Hist. August., p. 239.

(31) Zósimo (l. I, p. 62-65) nos cuenta una historia tan frívola como larga de Licio, el salteador isaurio.

(32) Zósimo, l. I, p. 65. Vopisco, in Hist. August., p. 239 y 240. Pero se hace increible que la derrota de los salvajes de Etiopía doliese tanto al monarca persa.

(33) Además de estos caudillos tan conocidos, nombra Vopisco á otros varios (Vopisco, Hist. August., p. 241), cuyas jestiones no han llegado á nuestra noticia.

(34) Véanse los Césares de Juliano y la Hist. August., p. 238, 240 y 241.

(*c*) Ocurrió tan solo con los emperadores Diocleciano y Maximiliano el invadir los Borgoñones, mancomunados con los Alemanes, el interior de la Galia; en el reinado de Probo no hicieron mas que atravesar el rio que los deslindaba del Imperio romano, y fueron rechazados. Supone Gatterer que el rio seria el Danubio, pero un paso de Zósimo, en mi concepto, apunta el Rin. Zósimo, l I, p. 37, edic. de H. Estéfano, 1581.—G.

Consúltese Malte Brun sobre el oríjen de los Borgoñones, Jeograf., VI, p. 396 (edic. de 1831), quien advierte que todos los restos del idioma borgoñés denotan que hablan un dialecto godo.—M.

(35) Zósimo, l. I, p. 62. Hist. August., p. 240: pero el último supone el castigo impuesto con anuencia de sus reyes; en cuyo caso, fué parcial como el desman.

(36) Véase Cluver., Germ. Antiq., l. III. Trae Tolemeo en su pais la ciudad de Calisia, probablemente Calish en Silesia (*).

(37) *Feralis umbra* es la espresion, seguramente arrojada, de Tácito.

(38) Tacit., Germ. (c. 43).

(39) Vopisco, in Hist. August., p. 238.

(40) Hist. August, p. 238 y 239. Cita Vopisco una carta del emperador al senado, en que le manifiesta su intento de allanar la Jermania y reducirla á provincia.

(41) Estrabon, l. VII. Segun Veleyo Patérculo (II, 108), Marobodeo acaudilló sus Marcomanos á Bohemia. Cluver. (Germania Antiq., III, 8) prueba que fué desde Suabia.

(42) Sus empadronadores para el pago de los diezmos se llamaban *Decumates*. Tacit., Germ., c. 29.

(43) Véanse las notas del abate de la Bleteria sobre la Jermania de Tácito, p. 183. Su relacion de la muralla está sacada, como él mismo lo dice, de Schæpflin, *Alsatia Illustrata*.

(44) Véanse las Investigaciones sobre Chinos y Ejipcios, tom. II, p. 81-102. El autor anónimo está muy enterado del globo en jeneral y de la Jermania en particular. En cuanto á la última, cita una obra de M. Hanselman; mas equivoca al parecer la valla de Probo contra los Alemanes con las fortificaciones de los Matíacos, construidas en las cercanías de Francfort contra los Catos (**).

(45) Fué repartiendo de cincuenta á sesenta bárbaros en cada *Número*, como á la sazon se llamaba un cuerpo cuya fuerza lejítima no consta.

(**) Luden, t. II, 501, supone que estos Λωγίωνς se han equivocado con los Lijios de Tácito. Quizás ha sido un manantial de yerros el hacer los Romanos de meros apellidos nombres de pueblos. Advierte Malte Brun de los Lijios que su nombre parece esclavon y significa habitantes de las llanuras; son probablemente los Lieches de la edad media y los antepasados de los Polacos. Nos encontramos entre los Arios con el culto de los dos dioses mellizos de la mitolojía esclavona. Malte Brun, t. I. p. 278 (edic. de 1831).—M.

(*) Es muy notorio que de Pauw es el autor de esta obra, como de la intitulada Investigaciones sobre los Americanos, recieucitada. El concepto de M. Remusat sobre este escritor es muy diverso y me temo que sea mas atinado: Cuando en vez de investigar, escudriñar y estudiar, está siempre sentenciando» y decidiendo, desentendiéndose de la historia, de los idiomas y de los manantiales, sin ni siquiera saber su existencia, cabe el embaucar por algun tiempo á lectores preocupados ó poco instruidos; pero el menosprecio que va siempre en pos de aquel embeleso acude con su desengaño á dar al traste con asertos tan aventurados, y lo sima todo en el olvido con tanta mayor prontitud cuanto se han cacareado con mayor presuncion y temeridad.» *Sobre las lenguas tártaras*, p. 231.—M.

(46) Britania de Camden, Introduccion, p. 136, pero se funda en conjeturas muy dudosas.

(47) Zósimo, l. I, p. 62. Segun Vopisco, no fué tan leal otro cuerpo de Vándalos.

(48) Hist. August., p. 240. Fueron probablemente arrojados por los Godos, Zósimo, l. I, p. 66.

(49) Hist. August., p. 240.

(50) Panegyric. Vet., V, 18. Zósimo, l. I, p. 66.

(51) Vopisco, in Hist. August., p. 245 y 246. El desventurado orador habia estudiado la retórica en Cartago, y por tanto seria probablemente Moro (Zósimo, l. I, p. 60), y no Galo, como lo llama Vopisco.

(52) Zonaras, l. XII, p. 638.

(53) Se cuenta un ejemplar muy estraño de las proezas de Próculo. Habia cojido hasta cien doncellas sármatas; lo demás del paso hay que referirlo en su propio idioma: Ex his una nocte decem inivi; omnes tamen, quod in me erat, mulieres intra dies quindecim reddidi. Vopisco, in Hist. August., p. 246.

(54) Próculo, que era natural de Albenga en la costa de Jénova, armó hasta dos mil esclavos suyos. Eran crecidas sus riquezas, pero granjeadas con sus salteamientos, y fué despues un dicho en su familia, sibi non placere esse vel principes vel latrones. Vopisco, in Hist. August., p. 247.

(55) Hist. August., p. 240.

(56) Zósimo, l. I, p. 66.

(57) Hist. August., p. 236.

(58) Aurel. Víctor in Prob. Pero tal política en Anibal, callada por todos los demás escritores, no concuerda con la historia de su vida. A los nueve años dejó el Africa y regresó á los cuarenta y cinco, y en seguida perdió su vida en la batalla decisiva de Zama. Livio, XXX, 37.

(59) Hist. August., p. 240. Eutropio, IX, 17. Aurel. Víctor in Prob. Victor Junior. Revocó la veda de Domiciano y otorgó el permiso jeneral de plantar viñedos en la Galia, Bretaña y Panonia.

(60) Estrema su censura Juliano contra los rigores de Probo, quien casi mereció en su concepto tanto fracaso.

(61) Vopisco, in Hist. August., p. 241. Derrama sobre esta esperanza desvariada un raudal de elocuencia.

(62) Turris ferrata. Parece que era una torre movediza, chapeteada de hierro.

(63 Probus, et vere probus situs est; victor omnium gentium Barbararum: victor etiam tyrannorum.

(64) Cabe hermanar todo esto. Nació en Narbona de Ilírico, equivoca

da por Eutropio con la ciudad mas conocida de aquel nombre en la Galia. Pudo ser su padre africano y su madre una matrona romana. El mismo Caro fué educado en la capital. Véase Escalíjero, Animadversion. ad Euseb., Chron., p. 241.

(65) Tenia pedido al senado un palacio de mármol con una estatua ecuestre, á costa del público, como galardon debido al mérito de Caro. Vopisco, in Hist. August., p. 249.

(66) Vopisco, in Hist. August., p. 242 y 249. Escluye Juliano al emperador Caro y á entrambos sus hijos del banquete de los Césares.

(67) Juan Malala, tom. I, p. 401, pero muy leve es la autoridad de aquel Griego ignorante. Deriva ridículamente de Caro la ciudad de Carras y la provincia de Caria, que suena ya en Homero.

(68) Hist. August., p. 249. Congratuló Caro al senado por haber salido á emperador uno de su propio cuerpo.

(69) Hist. August., p. 242.

(70) Véase la primera égloga de Calpurnio, cuya planta antepone Fontenelle á la del Polion de Virjilio. Véase tom. III, p. 148.

(71) Hist. August., p. 353. Eutropio, IX, 18. Pagi, Anal.

(*d*) Habian intervenido tres monarcas, Sapor (Shahpur), Hormisdas (Hormooz), Varanes ó Baharam I.—M.

(72) Agathias, l. IV, p. 135. Hallamos uno de sus dichos en la Biblioteca Oriental de M. D'Herbelot: «La definicion de la humanidad abarca todas las demás virtudes (*).»

(73) Sinesio refiere esta historia de Carino, y es mucho mas obvio el entenderla de Caro que (como Petavio y Tillemont prefieren hacerlo) de Probo.

(*) El modo de salvarle la vida el Sumo Pontífice en una conspiracion de sus nobles se hace no menos reparable que su dicho. «Con dictámen (del Pontífice) se desviaron de la corte todos los nobles. Vagaba el rey solitario por su alcázar, á nadie veia, todo estaba silencioso. Se sobresalta y se acongoja; asoma por fin el Sumo Pontífice, inclina la cabeza en ademan de quebranto y enmudece. Instale el rey para que le esplique aquella novedad. Aquel varon pundonoroso le refiere denodadamente cuanto está pasando, y suplica encarecidamente á Bahram, en nombre de sus esclarecidos antepasados, que varie de conducta y se salve del inminente esterminio. Conmuévese el rey, se muestra entrañablemente arrepentido, y protesta que su vida en lo sucesivo acreditará su sinceridad. El Sumo Pontífice, ufano con su logro, hace una señal, á la cual nobleza y palaciegos acuden como por majia á sus destinos. Entónces el monarca se hace cargo de que reina una misma opinion acerca de su conducta pasada; por tanto, repitiendo á sus nobles cuanto ha dicho al Sumo Pontífice, su reinado posterior quedó exento de crueldades y opresion.» Persia de Malcolm, I, 79.—M.

(74) Vopisco, in Hist. August., p. 250. Eutropio, IX, 18. Entrambos Víctores.

(75) Refiero á la victoria pérsica de Caro el diálogo de *Philopatris*, que ha sido larguísimo punto de contienda entre los eruditos, pero requeriria una disertacion el ir fundando mi concepto (*).

(76) Hist. August., p. 250. Pero Eutropio, Festo, Rufo, entrambos Víctores, Jerónimo, Sidonio, Apolinar, Sincelo y Zonaras, todos atribuyen la muerte de Caro á un rayo.

(77) Véase Nemesiano, Cinojético, V, 71, etc.

(78) Véase Festo con sus comentadores á la palabra *Scribonianum*. Vallaban los sitios *acentellados*, enterrando *cosas* con un ceremonial misterioso.

(79) Vopisco, Hist. August., p. 250. Aurelio Víctor parece que cree en la prediccion, aprobando la retirada.

(80) Nemesiano, Cinojético, V, 69. Era contemporáneo, pero poeta.

(81) *Cancelario*, voz tan humilde en su oríjen, ha logrado la suerte de encumbrarse á dictado de empleo sumo en el estado por las monarquías de Europa. Véanse Casaubon y Salmacio ad Hist. August., p. 253.

(82) Vopisco, in Hist. August., p. 253 y 254. Eutropio, IX, 19. Victor Junior. A la verdad que fué el reinado de Diocleciano tan próspero y dilatado, que pudo favorecer poquísimo el concepto de Carino.

(83) Vopisco, in Hist. August., p. 254. Le llama Caro, mas el sentido es obvio, y solian equivocar los nombres.

(84) Véase Calpurnio, Eglog., VII, 43. Podemos advertir que estaban todavía recientes los espectáculos de Probo, y que el poeta vuela en alas del historiador.

(*) Niebuhr, en la nueva edicion de los Historiadores Bizantinos (tom. IX), atribuye resueltamente el Philopatris al siglo diez y al reinado de Nicéforo Focas. Opinion tan terminante de Niebuhr, y recibida favorablemente por Hase, el sabio editor de Leon Diácono, impone respeto. Pero todo el contesto de la obra se me hace incompatible con una temporada en que la filosofía no corria parejas con el cristianismo. Se saca á relucir por escarnio la doctrina de la Trinidad, mas bien como estrañeza de una relijion nueva, que como dogma ya corriente de una fe universalmente arraigada. El argumento alegado de Solano relativo á la fórmula del procedimiento del Espíritu Santo es nulo, reduciéndose á una cita con las palabras del Evanjelio de san Juan, XV, 26. El único argumento de algun valor es el histórico, por la alusion al atropellamiento recien sucedido con varias vírjenes en la isla de Creta; pero ni los términos de Niebuhr son despejados, ni satisface su referencia al Acroasis de Teodosio. ¿Cuándo pues pudo acaecer aquel fracaso? ¿Porqué no en la asolacion de aquella isla por los piratas godos en el reinado de Claudio? Historia August. in Claud., p. 814, edic. Var., Lugd. Batav. 1661.—M.

(85) El filósofo Montaigne (Ensayos, l. III, 6) rasguea una perspectiva cabal y espresiva de la magnificencia de aquellos espectáculos.

(86) Vopisco, in Hist. August., p. 240.

(87) Se llaman *Onagros*, pero su número es cortísimo para meros asnos monteses. Cuper (de Elephantis Exercitat., II, 7) ha demostrado, por Opiano, Dion y un Griego anónimo, que se habian visto zebras en Roma. Trajéronlas de alguna isla del Océano, acaso Madagascar.

(88) Carino presentó un hipopótamo (véase Calpurn., Eglog. VI, 66). En los últimos espectáculos no recuerdo cocodrilos, de los cuales Augusto patentizó de una vez hasta treinta y seis. Dion Casio, l. LV, p. 781.

(89) Capitolin. in Hist. August., p. 164 y 165. No estamos enterados del animal que apellida *arqueleonte*; algunos leen *argoleontes*, otro *sagrio leontes*; pero necias en estremo son las enmiendas.

(90) Plin., Hist. Nat., VIII, 6, por los anales de Pison.

(91) Véase Maffei, Verona Illustrata, p. IV, l. I, c. 2.

(92) Maffei, l. II, c. 2. Abultaron estremadamente los antiguos su altura, pues se encumbraba casi al cielo, segun Calpurnio (Eglog. VII, 23), y sobrepujaba el alcance de la vista humana, segun Amiano Marcelino (XVI, 10); pero cuán menguada para la gran pirámide de Ejipto, que se remonta allá hasta mas de 500 piés perpendiculares.

(93) Segun los diversos manuscritos de Víctor, leemos 77,000 ú 87,000 espectadores; pero Maffei (l. II, c. 12) no halla sitio en el tendido mas que para 34,000. Los demás se colocaban por las galerías ó aposentos altos y cubiertos.

(94) Véase Maffei, l. II, c. 5-12. Desempeña el arduo asunto con sumo despejo, ya como arquitecto, ya como anticuario.

(95) Calpurn., Eglog. VII, 64 y 73. Curiosísimos son estos renglones, y toda la Egloga ha servido infinito á Maffei. Poeta era Calpurnio, como tambien Marcial (véase el primer libro), mas al describir el anfiteatro, se atenian á lo que estaban presenciando al par de los Romanos.

(96) Consúltese Plin., Hist. Nat., XXXIII, 16, XXXVII, 11.

(97) Balteus en gemmis, en inlita porticus auro
Certatim radiant, etc. Calphurn., VII.

(98) Et Martis vultus et Apollinis esse putavi, dice Calpurnio; pero Juan Malala, quien quizás habia visto retratos de Carino, lo espresa bajo, grueso y blanco; tom. I, p. 403.

(99) En cuanto á la temporada en que se celebraron aquellos juegos romanos, Escalíjero, Salmasio y Cuper se han afanado en estremo para enmarañar un asunto de suyo muy patente.

(100) Nemesiano (en el Cinejético) parece que está allá con su fantasía anticipando aquel dia venturoso.

(101) Fué arrebatando todas las coronas á Nemesiano, on quien competia en la poesía didáctica. Erijió el senado una estatua al hijo de Caro, con una inscripcion harto ambigua: « Al orador mas poderoso.» Véase Vopisco, in Hist. August., p. 251.

(102) Causa por lo menos mas natural que la atribuida por Vopisco (Hist. August., p. 251), llorando sin cesar la muerte del padre.

(103) En la guerra de Persia, se malició en Aper el intento de traicionar á Caro. Hist August., p. 250.

(104) Debemos á la Crónica Alejandrina el conocimiento del tiempo y sitio donde fué Diocleciano elejido emperador.

(105) Hist. August., 251. Eutropio, IX, 88. Hieronym., in Chron. Segun tan *atinados* escritores, se descubrió la muerte de Numeriano por el hedor de su cadáver. ¿No cabia el llevar aromas en el repuesto imperial?

(106) Aurel. Víctor. Eutropio, IX, 20. Hieronym., in Chron.

(107) Vopisco, in Hist. August., p. 252. El motivo de matar Diocleciano á *Aper* (un jabalí) se fundaba en una profecía y un equívoco tan mentecato como notorio.

(108) Puntualiza Eutropio su situacion hasta lo sumo, y estaba entre el monte Auro y Viminiaco. D'Anville (Jeografía Antigua, tom. I, p. 304) coloca á Marco en Kastolatz (*) de la Servia, poco mas abajo de Belgrado y Semendria.

(109) Hist. August., p. 254. Eutropio, IX, 20. Aurelio Víctor. Víctor in Epitome.

(*) Kullicza. —Atlas de Eton.—M.

CAPITULO XIII.

Reinado de Diocleciano y de sus tres asociados Maximiano, Galerio y Constancio. — Restablecimiento jeneral del órden y el sosiego. — Guerra pérsica, victoria y triunfo. — Renuncia y retiro de Diocleciano y Maximiano.

Cuanto fué el reinado de Diocleciano mas esclarecido que el de todos sus antecesores, tanto mas ruin y rastrero habia sido su nacimiento. Pren-

das sobresalientes ó la violencia arrolladora solian arrinconar las prerogativas mas ó menos soñadas de la nobleza; mas deslindaba siempre una alta valla la parte libre de la servil en todo el jénero humano. Esclavos habian sido los padres de Diocleciano en la casa de Anulino, senador romano, ni se le apellidaba á él mismo de otro modo que por el oríjen de su madre en un pueblecillo de Dalmacia (1). Es no obstante probable que logró el padre la libertad de la familia, y que luego obtuvo para sí el cargo de notario, ejercido jeneralmente por sujetos de su clase (2). Oráculos propicios, ó mas bien concepto íntimo de su propia sobresalencia, incitaron el engreimiento del hijo para seguir la carrera de las armas y volar tras sus esperanzas de engrandecimiento; y seria curiosísimo el ir notando la gradería de amaños y acasos que le proporcionaron al fin el cumplimiento de aquellos oráculos y la manifestacion pública de tan eminentes prendas. Fué Diocleciano sucesivamente promovido al gobierno de Mesia, á los honores del consulado, y al mando importantísimo de la guardia del palacio. Sobresalió con su desempeño en la guerra pérsica, y muerto Numeriano, el esclavo, á juicio y voz de sus competidores, quedó declarado el mas acreedor al trono imperial. La hiel del celo relijioso, al zaherir la adustez de su compañero Maximiano, se ha esmerado en hacer sospechoso el valor personal de Diocleciano (3). Arduo fuera el empeño de persuadirnos la cobardía de un soldado ansioso, que jamás desmereció el aprecio que se habia granjeado con las lejiones, ni la privanza con tantos príncipes guerreros; mas ya sabe la calumnia descubrir sagazmente los flacos y asaltarlos. Correspondió siempre el denuedo de Diocleciano á los trances, mas no sobresale en él aquel empuje osado y heróico que se apersona con los riesgos en pos de la nombradía, se desentiende de dobleces, y está allá retando la competencia de sus iguales. Eran sus alcances mas provechosos que centellantes: entendimiento cabal realzado con la práctica y el estudio del pecho humano; despejo y ahinco, en los negocios; una alternativa atinada de liberalidad y economía, de agrado y de entereza; disimulo recóndito bajo el disfraz de militar desembozo; teson en pos de sus miras; flexibilidad para variar los medios, y antetodo una maña sin par en doblegar sus propios afectos al igual de los ajenos para el logro de sus intentos; y en cohonestar su ambicion con vistosas galas de justicia y de utilidad pública. Puede considerarse á Diocleciano, al par de Augusto, como fundador de un nuevo imperio. Descolló tambien á su semejanza, mas como estadista que como guerrero, y así ni el uno ni el otro acudieron á la violencia, mientras alcanzaban sus fines con la política.

Sobresalió la victoria de Diocleciano por su estremada mansedumbre; y aquel pueblo, avezado á encarecer la clemencia del vencedor cuando las penas corrientes de muerte, destierro y confiscacion se iban imponien-

do con visos de recato y equidad, miró con halagüeño asombro la llamarada asoladora de la guerra civil apagada toda en el campo de batalla. Admitió Diocleciano en su privanza á Aristóbulo, ministro principal de la casa de Caro, respetó vidas, haberes y dignidades en sus contrarios, y aun continuó en sus colocaciones respectivas á la mayor parte de los sirvientes de Carino (4). Es muy verosímil que acudiesen motivos estudiados al arrimo de la humanidad del mañoso Dálmata, pues varios de los sirvientes habian comprado sus favores con alevosías, y apreció en otros la recomendable lealtad con un dueño desventurado. El tino perspicaz de Aureliano, Probo y Caro habia ido dotando los varios ramos del estado con oficiales consumados, cuya separacion dañaba al servicio público sin favorecer al sucesor. Manifestó pues su conducta al orbe romano vistosa perspectiva para el nuevo reinado, y el mismo emperador se esmeraba en corroborar aquel concepto favorable, espresando que, entre todas las virtudes de sus antecesores, deseaba ante todo imitar la humana filosofía de Marco Antonino (5).

Su primer acto de importancia vino á evidenciar ya su sinceridad y su moderacion, pues se acompañó, á ejemplo de Marco, al pronto bajo el dictado de César y despues de Augusto, con la persona de Maximiano (6) (A. 286, abril 1.°). Pero el motivo de su disposicion y el objeto de su preferencia fueron muy diversos de los que movieron á su decantado antecesor. Al investir con la púrpura á un mancebo liviano, cumplió Marco con los deberes de agradecimiento privado á costa lastimosamente del interés del estado; cuando, al asociar á un amigo y camarada á los afanes del gobierno, Diocleciano providenció al par en defensa del Oriente y del Ocaso. Habia nacido Maximiano en el territorio de Sirmio, y campesino é idiota como Aureliano (7), ajeno de toda ley, sus modales ordinarios, aun en medio de su encumbramiento, estaban manifestando la bajeza de su alcurnia, y que la única profesion que alcanzaba era la guerra. Habia descollado en su larga carrera por todas las fronteras del imperio, y aunque su desempeño cuadraba mejor para súbdito que para caudillo, y si bien quizás nunca llegó á consumarse en el mando, su denuedo, teson y esperiencia le habilitaban para la ejecucion de las mas arduas empresas, y hasta sus vicios vinieron á redundar en ventaja de su bienhechor. Empedernido para toda compasion y prescindiendo de cualquiera resulta, era instrumento ejecutivo de cuantas crueldades pudiera sujerirle, y luego desmentir la doblez de aquel príncipe finjido. En atravesándose un sacrificio sangriento á la política ó la venganza, Diocleciano, acudiendo oportunamente, ponia en salvo los restos escasos que jamás intentó maltratar, tachaba la severidad de su adusto compañero, y se gozaba en el parangon de la edad de oro con la de hierro que solia aplicarse á sus máximas encontradas de gobierno. En medio

de sus índoles tan diversas, conservaron ambos emperadores en el solio la idéntica intimidad que contrajeron en su vida privada. La altanería turbulenta de Maximiano, tan perniciosa luego á él mismo y al sosiego público, se doblegó siempre ante el talento de Diocleciano, y reconoció el predominio de la razon sobre la violencia irracional (8). Tomaron entrambos, por altivez ó por superstícion, los dictados, el uno de Jovio, y el ótro de Herculio, y mientras la próvida sabiduría de Júpiter sostenia el jiro del orbe (tales eran las alabanzas de sus oradores venales), iba el brazo incontrastable de Hércules despejando la tierra de monstruos y de tiranos (9).

Mas no alcanzó la omnipotencia misma de Jovio y de Herculio á sobrellevar la mole de la administracion pública. Hízose cargo el tino de Diocleciano de que el imperio embestido de bárbaros por donde quiera requeria tambien en torno la presencia de un emperador con su poderosa hueste. Acordó con esta mira subdividir tan descomunal poderío y encargar, con el dictado de *Césares (a)* (A. 292, marzo 1.°), á dos jenerales de notorio desempeño igual cabida en la autoridad soberana (10). Galerio, apellidado Armentario, por su profesion primitiva de vaquero, y Constancio, llamado Cloro (11) á causa de su palidez, fueron los dos personajes revestidos en segundo lugar con la púrpura imperial. Al retratar á Herculio, quedan ya estampadas la patria, alcurnia y modales de Galerio, á quien solian apellidar el menor Maximiano impropiamente, pues en varios lances se sobrepuso al mayor por sus virtudes y habilidad. Menos arrinconado fué el nacimiento de Constancio que el de sus compañeros, pues era su padre Eutropio el principal mas acaudalado de Dardania, y su madre sobrina del emperador Claudio (12). Aunque de mocedad aguerrida, tuvo una índole mansa y cariñosa, y ya mucho antes el eco jeneral lo estuvo aclamando acreedor al solio. Para fortalecer mas y mas sus vínculos políticos, cada emperador se constituyó padre de su respectivo César; Diocleciano de Galerio, y Maximiano de Constancio, y precisándolos al par á repudiar sus consortes, enlazó la hija cada uno con su hijo adoptivo (13). Vinieron los cuatro príncipes á repartirse los ámbitos del imperio romano. Confióse á Constancio la defensa de la Galia, España (14) y Bretaña: colocóse Galerio á la orilla del Danubio, como antemural del Ilírico; cupieron la Italia y el Africa á Maximiano, reservándose Diocleciano, como suyas, la Tracia, el Ejipto, y los ricos paises del Asia. Era cada cual soberano en su pertenencia, pero su autoridad unida se dilataba por toda la estension de la monarquía, y cada cual estaba siempre alerta para acudir á los compañeros con su presencia y sus consejos. Aunque encumbrados los Césares, seguian reverenciando la majestad de los emperadores, y los tres príncipes mozos reconocian inalterablemente con su gratitud y rendimiento al padre y ensalzador de

su existencia. No desafinaban los zelos su armonía, y la dicha singular de su concordia se comparaba á un coro de música, cuya melodía estribaba toda en la maestría del sumo concertante (15).

Este arreglo tan trascendental no tuvo cabida hasta unos tres años despues de la incorporacion de Maximiano, y no careció aun aquel plazo de novedades memorables; mas hemos querido despejar el asunto encabezando el sistema certero de Diocleciano, y refiriendo luego las jestiones de su reinado por su órden natural mas bien que por las fechas de una cronolojía harto mal segura.

Merece recordarse por su estrañeza en la historia de las costumbres humanas el primer rasgo de Maximiano, apuntado únicamente por nuestros escasos escritores. Esterminó á los campesinos galos, que con el distintivo de Bagaudos (16) se habian sublevado por entero, muy semejantes á los que en el siglo catorce fueron sucesivamente plagando la Francia y la Inglaterra (17). Parece que muchas de estas instituciones, apropiadas obviamente al sistema feudal, procedian de los bárbaros célticos, pues al sojuzgar César la Galia, dividíase ya aquella grandiosa nacion en las tres clases de clero, nobleza y plebe. Mandaba con lo supersticion la primera, y la segunda con las armas, sin que tuviese cabida la tercera en las decisiones jenerales. Era naturalísimo en la plebe, acosada por deudas ó temerosa de tropelías, el acudir al amparo de algun caudillo prepotente que se iba granjeando sobre sus personas y haberes el absoluto señorío de un dueño sobre sus esclavos, que prevalecia entre Griegos y Romanos (18). Vino así á reducirse lo mas de la nacion á mera servidumbre, teniendo que trabajar noche y dia en los estados de los nobles Galos, clavados al terron, ya materialmente con grillos, ó ya con los lazos no menos crueles y violentos de las leyes. En el dilatado vaiven de turbulencias que atropellaron la Galia desde el reinado de Galieno hasta el de Diocleciano, la suerte de aquellos siervos era en estremo lastimosa, y se veian acosados á diestro y siniestro por la tiranía de sus dueños, de los bárbaros, de la soldadesca y de los cobradores públicos (19).

Acarreó tanto padecimiento el estremo de la desesperacion, agolpándose á millares por donde quiera, armados á lo montaraz y desenfrenados en su saña. Paró el labriego en soldado de infantería, el pastor se hizo de caballería, incendiaron pueblos y aldeas, y los estragos del paisanaje corrieron parejas con los de unos bárbaros horrorosos (20). Volvian por los derechos naturales con la crueldad mas bravía, y la nobleza gálica ó se guareció por las fortalezas, ó huyó á carrera de aquel teatro de atroz anarquía. Campeaban sin contraste los sublevados, y aun dos de sus caudillos mas osados incurrieron en el devaneo temerario de tremolar las insignias imperiales (21). Falleció su potestad al asomo de las lejiones, pues la prepotencia de la armonía y disciplina fácilmente dió al través con una

muchedumbre dividida y desmandada (22). Escarmiento ejemplar con los armados bastó para arrinconar á los demás, todos despavoridos, en sus hogares, y su malogro redundó en mayor recargo de servidumbre. Tan fuerte y uniforme es el raudal de los ímpetus populares, que pudiéramos, aun con escasísimos materiales, ir particularizando el pormenor de esta guerra, mas no propendemos á creer que dos de sus principales motores, Eliano y Amando, fuesen cristianos (23), ni á insinuar que la sublevacion, como sucedió en tiempo de Lutero, procediese del abuso de los principios benévolos del cristianismo, que está proclamando la libertad natural del linaje humano.

Recien rescatada la Galia de manos de los campesinos, perdió Maximiano la Bretaña (A. 287) por usurpacion de Carausio, pues tras la empresa temeraria y acertada de los Francos en el reinado de Probo, sus osados paisanos construyeron escuadrillas de bergantines, con las cuales andaban de continuo infestando las provincias marítimas del Océano (24). Fuerza fué crear una potestad naval para contrastar aquellas piraterías, y este atinado pensamiento se puso desde luego en planta. Escojió el emperador á Jesoríaco ú Bolonia, sobre el canal de Bretaña, para el apostadero de la escuadra romana, encargando su comandancia á Carausio, Menapio de ruin alcurnia (25); pero descollante en valor, como soldado, y en marinería como piloto. No correspondió sin embargo la lealtad del almirante con su desempeño, pues al salir los piratas jermanos de sus ensenadas, desatendió su tránsito, mas estuvo alerta para apresarlos á su regreso, apropiándose en gran manera los despojos que llevaban consigo. Conceptuóse en tal caso fundadamente el caudal de Carausio como testimonio de su ruindad, y ya Maximiano habia decretado su muerte; mas el astuto Menapio, antevió y evitó la providencia del emperador, pues comprometiendo con sus dádivas la chusma que estaba mandando, se afianzó el partido de los bárbaros. Da la vela de Bolonia para Bretaña, cohecha á la lejion y á los auxiliares que guarnecian la isla, y tomando atrevidamente el dictado de Augusto con la púrpura imperial, reta la justicia y las armas de su ofendido soberano (26).

Desmembrada la Bretaña del imperio, percibióse sobremanera su importancia, y lamentóse su pérdida. Ponderaron los Romanos y quizás engrandecieron la estension de esta isla apreciable, favorecida en torno con ventajosos fondeaderos, temple benigno y suelo pingüe, tan adecuado para sementera como para viñedo, sus cuantiosos jéneros de metales, sus praderías cuajadas de innumerables rebaños, y sus bosques exentos de fieras y de culebras. Doliáles ante todo el crecido rédito de Bretaña, puesto que graduaban aquella provincia acreedora á poseer el solio de una monarquía independiente (27). Obtúvola Carausio por espacio de siete años, y la suerte seguia abrigando una rebeldía defendida con brio y acierto. Res-

guardaba el emperador breton su lindero contra los Caledonios del norte, brindó á varios artífices del continente, y estuvo luciendo en los diversos cuños, que permanecen todavía, su gusto y su opulencia. Nacido al confin de los Francos, galanteó á pueblo tan formidable, imitando su traje y costumbres. Alistaba sus mozos mas valientes en sus fuerzas de mar y tierra, y en pago de su alianza provechosa, fué instruyendo perniciosamente á los bárbaros en las artes militares y navales. Seguia Carausio en posesion de Bolonia y su comarca triunfante, surcaban sus escuadras el canal, señoreaban las embocaduras del Sena y del Rin, talaban las costas del Océano, y voló el terror de su nombre allende las columnas de Hércules. Bajo su mando, la Bretaña, destinada para imperar los mares allá en lo venidero, se encumbró ya á la jerarquía natural de potencia marítima (28).

Dueño de la escuadra de Bolonia(A. 289), tenia imposibilitado á su señor de perseguirle y castigarle, y cuando, tras largo desperdicio de tiempo y gasto, logró botar al agua un nuevo armamento (29), las tropas imperiales, bisoñas en aquel elemento, quedaban burladas y vencidas por la marinería veterana del usurpador. El paradero de este malogro fué un tratado de paz, pues Diocleciano y su compañero, temerosos cuerdamente de la osadía arrojada de Carausio, le traspasaron la soberanía de Bretaña, y lo abrigaron como partícipe, muy á su pesar, en los timbres imperiales (30). Mas restableció nueva pujanza á las armas romanas la adopcion de entrambos Césares, y mientras resguardaba Maximiano el Rin con su presencia, se encargó su valeroso asociado Constancio de la guerra de Bretaña. Entabló la campaña con el sitio de la plaza importante de Bolonia, y atajando el emboque de su bahía con un malecon descomunal, la desesperanzó de todo auxilio. Rindióse tras porfiada defensa el pueblo (A. 292), y cayó parte considerable de la fuerza naval de Carausio en manos de los sitiadores. En los tres años que empleó Constancio en disponer una escuadra cabal para la conquista de Bretaña, anduvo afianzando la costa de la Galia, invadió el pais de los Francos, y defraudó al usurpador de aquel arrimo poderoso.

Constancio, antes que redondease sus preparativos, quedó enterado de la muerte del tirano (A. 294), y se conceptuó como presajio positivo de la cercana victoria. Imitaron los sirvientes de Carausio el ejemplar de alevosía que les habia dado, y habiéndole muerto su primer ministro Alecto, sucedióle el asesino en la potestad y en el peligro. Mas carecia de igual desempeño para ejercitar aquella y rechazar las contingencias; así que luego estuvo viendo con angustioso pavor las playas opuestas del continente cubiertas todas de armas, tropa y bajeles; pues habia Constancio atinadamente dividido sus fuerzas para dividir igualmente la atencion y la resistencia del enemigo. Dióse por fin el avance por el tercio principal

(A. 296), bajo el mando del prefecto Asclepiodato, oficial de esclarecido mérito, y que se habia reunido en la embocadura del Sena. Hallábase á la sazon tan en mantillas el arte de marear, que se encareció por los oradores el brioso denuedo de los Romanos en arrojarse á dar la vela con un viento de travesía y en dia tormentoso. Favoreció el temporal el intento, pues en medio de una lóbrega cerrazon, se soslayaron de la escuadra de Alecto que cruzaba sobre la isla de Wight para atajarlos; aportaron en salvo hácia la costa de poniente, y desengañaron á los Bretones de que no siempre la superioridad naval alcanzará á resguardar su patria de toda invasion enemiga. Desembarca Asclepiodato, incendia sus bajeles, y por cuanto prospera su espedicion, celébrase jeneralmente su heroismo. Espera el usurpador, colocado junto á Lóndres, el avance formidable de Constancio, que estaba mandando personalmente la escuadra de Bolonia; mas el desembarco del nuevo enemigo requiere su presencia en el occidente; atropéllase tanto en la marcha, que, escaso de fuerzas competentes y animosas, tropieza con el cuerpo entero del prefecto; y el paradero de la breve refriega es la derrota y muerte de Alecto. Una sola batalla, como se ha repetido ya varias veces, decide al golpe de la suerte de tan grande isla, y al asomar Constancio por las playas de Kent, corre el jentío desaladamente, le vitorea en coro, y las prendas del conquistador nos inclinan á creer que todos se regocijaron con una revolucion que, tras una separacion de diez años, reincorporó la Bretaña con el Imperio romano (31).

Solo tenia que temer la Bretaña enemigos internos, pues con gobernadores leales y tropas disciplinadas, las correrías de los montaraces desnudos de Escocia é Irlanda leve era la mella que le pudieran causar contra su resguardo. Abultaban infinitamente mas la paz del continente y la defensa de los rios principales, por su dificultad é importancia, y dirijia Diocleciano las providencias jenerales de todos, encaminadas al afianzamiento del sosiego público, ya desaviniendo á los bárbaros entre sí, y ya robusteciendo las fortalezas de la línea romana. Fué en el Oriente planteando un cordon de campamentos desde el Ejipto hasta los dominios persas, y fundó para cada punto su cuerpo permanente, bajo el mando de sus jefes respectivos, y municionados de los depósitos recien formados en Antioquía, Emesa y Damasco (32). No se cauteló menos desveladamente el emperador contra el denuedo de los bárbaros europeos, pues se fueron restableciendo eficazmente las antiguas ciudades, fortalezas y campamentos desde la embocadura del Rin hasta la del Danubio, y en los puntos mas amagados, se levantaron nuevas y estudiadas fortificaciones, disponiendo suma vijilancia por toda la raya, y echando mano de cuantos arbitrios conducian para su resguardo (33). Respetóse inviolablemente tan poderosa valla, y los bárbaros tuvieron que desfogar mutuamente su

frustrada saña. Anduvieron desangrándose entre sí Godos, Vándalos, Lépidos, Borgoñones y Alemanes, y los vencedores venian en suma á serlo de los enemigos de Roma. Los súbditos de Diocleciano contemplaron gozosos el espectáculo sangriento, congratulándose todos de que la plaga de la guerra civil se vinculase únicamente entre los bárbaros (34).

No cabia, en medio de tan esmerado tino, conservar, por un reinado de veinte años y una raya de centenares de leguas, aquel sosiego bonancible y perpetuo; pues á veces los bárbaros se hermanaban, y la vijilancia adormecida de las guarniciones facilitaba tránsito á su maña ó su fuerza. Mas al asomo de la novedad, alzando Diocleciano su faz serena, reservaba su presencia para los sumos trances, sin aventurar su persona ni su concepto, afianzaba el éxito por cuantos medios aconseja la cordura, y luego ostentaba las resultas grandiosas de la victoria. En guerras mas arduas é intrincadas empleaba el denuedo bronco de Maximiano, y el soldado leal se avenia á rendir sus triunfos á las plantas de su consejero, maestro y bienhechor. Mas nombrados los Césares, los mismos emperadores, fuera ya de la palestra, pusieron en manos de sus hijos adoptivos la defensa del Rin y del Danubio. Jamás el desvelado Galerio tuvo que vencer ejército alguno de bárbaros en el territorio romano (35); mas el ahinco del valeroso Constancio libertó la Galia de una embestida horrorosa de los Alemanes, pues aparecen sus victorias de Langres y Vindonisa como refriegas peligrosas y de trascendencia. Atravesando un terreno despejado con poco acompañamiento, se vió repentinamente en medio de un sinnúmero de enemigos. Rompió trabajosamente hácia Langres, pero en medio de la consternacion jeneral, le cerró el vecindario las puertas, y subieron al príncipe herido desde la muralla colgado de una cuerda. Noticiosa la tropa de su conflicto, voló por todas partes en su auxilio, y antes del anochecer, quedó de sobras desagraviado con la muerte de seis mil Alemanes (36). Rastréanse por los monumentos de aquella época algunas otras victorias contra los Sármatas y Jermanos, mas esta pesquisa improba redundaria en poquísimo recreo y menos instruccion.

Imitaron Diocleciano y sus asociados la conducta del emperador Probo acerca de los vencidos. Repartiéronse los bárbaros cautivos, que compraron sus vidas con el cautiverio, por las provincias y distritos (especificándose en la Galia los términos de Amiens, Beauvais, Cambray, Tréveris, Langres y Troyes) (37), reducidos casi á yermos por la guerra. Pastorearon y armaron provechosamente, escluyéndolos del ejercicio de las armas, escepto en los trances de alistarlos para el servicio militar, sin que dejasen de admitirse como hacendados ajenos de aquel feudo cuantos bárbaros acudian al padrinazgo de Roma. Recibiéronse como pobladores de varias colonias los Carpos, Bastarnos y Sármatas, y con espuesta condescendencia se les consintieron sus costumbres y su independencia nacio

nal (38). Celebróse con júbilo esta novedad en las provincias, pues ya los bárbaros tan aterradores se trocaban en labriegos ó en mayorales conductores de los rebaños á las ferias, y fomentaban con sus faenas la abundancia. Parabien merecia aquel refuerzo de súbditos y soldados, mas tanto ciudadanos como emperadores olvidaban que estaban internando en las entrañas del imperio millares de enemigos secretos que se insolentarian con los beneficios ó se rebelarian con la sujecion (39).

Mientras se hallaban los Césares ejercitando su denuedo por las márjenes del Rin y del Danubio, tuvieron que acudir imprescindiblemente los emperadores á los confines meridionales del orbe romano. Alborótase el Africa desde el Nilo hasta el Atlante, y desemboca el desierto sobre las provincias pacíficas cuatro naciones moriscas (40); revístese Juliano la púrpura en Cartago (41), y Aquileo en Alejandría, y aun los Blemios, renuevan, ó mas bien continúan sus correrías por el Alto Ejipto. Apenas queda tal cual particularidad acerca de las hazañas de Maximiano por la parte occidental del Africa; mas aparece por el éxito que guerreó veloz y decisivamente, que venció á los bárbaros mas cerriles de la Mauritania, y que los derrocó de los riscos inaccesibles, cuyo encumbramiento les daba alas para ejercer una vida de robos y tropelias (42). Abrió por su parte Diocleciano la campaña con el sitio de Alejandría, cortó las cañerías que aguaban los barrios todos de aquella ciudad inmensa (43), y haciendo su campamento inespugnable para las salidas de la sitiada muchedumbre, ejecutaba sus ataques con cautelosa pujanza. Alejandría, acosada á hierro y llama, imploró á los ochos meses la clemencia del vencedor, quien la trató con severísima violencia. Fenecieron millares de ciudadanos en una matanza jeneral, y apenas hubo algun culpado en Ejipto que se eximiese de la muerte ó por lo menos del destierro (44). Suerte mas aciaga cupo todavía á Busiris y Coptos con todo su boato, la primera de su antigüedad, y la segunda por el tránsito del comercio de la India, pues quedaron arrasadas enteramente por las armas y las órdenes terminantes de Diocleciano (45). Solo cabe sincerar tantísima pena con la índole ejipcia, de suyo tan ingrata como medrosa. Solian las sediciones de Alejandría comprometer el sosiego y aun la subsistencia de Roma, y desde la usurpacion de Firmo, reincidiendo en su rebeldía de continuo el Alto Ejipto, se habia enlazado con los salvajes de Etiopia. Corto era el número de los Blemios desparramados entre la isla de Meroe y el mar Rojo, y luego desaguerridos todos y toscamente armados (46); mas en los trastornos públicos, aquellos abortos á quienes la antigüedad, horrorizada con su monstruosidad, casi escluia de la especie humana, se envalentonaron é irguieron como enemigos de Roma (47). Tales habian sido los ruines aliados de los Ejipcios, y embargado el gobierno en guerras mas trascendentales, seguian siempre atropellando á la provincia. Con la mira de contrarestar

dignamente á los Blemios recabó Diocleciano de los Nobatos, ó pueblos de la Nubia, que emigrasen de sus desiertos de Libia, cediéndoles un territorio dilatado, pero inservible, sobre Siene y las cataratas del Nilo, con el bien entendido de que siempre habian de respetar y defender la raya del imperio. Muy duradero fué el tratado, y hasta que el Cristianismo fué introduciendo especies mas puras en el culto relijioso, ratificábanse anualmente con un sacrificio en la isla Elefantina, donde Romanos y bárbaros adoraban las idénticas potestades visibles é invisibles del universo (48).

Mientras estaba Diocleciano castigando delitos ya anteriores de los Ejipcios, les providenció para su resguardo y felicidad venidera varios reglamentos que se fueron revalidando y robusteciendo en los reinados siguientes (49). Publicó en especial un edicto, que en vez de conceptuarse como hijo de zozobras tiránicas, merece al contrario celebrarse como un acto de cordura y de humanidad. Dispuso que se hiciesen las mas eficaces pesquisas de cuantos libros antiguos tratasen del arte de fabricar plata y oro, y los arrojó sin conmiseracion á las llamas, «temeroso, dicen, de que la opulencia de los Ejipcios viniera á engreirlos y alborotarlos de nuevo contra el imperio (50).» Mas si Diocleciano viviera convencido de la realidad de aquel arte imponderable, bien ajeno de decretar su esterminio, aplicara sus cuantiosos productos al aumento del erario público. Aparece mucho mas verosímil que su tino natural le puso de manifiesto el devaneo de tan grandiosas pretensiones, y que estaba deseoso de retraer á los súbditos de aquel irracional y lastimoso conato. Hase de notar que los libros antiguos, atribuidos sin reparo á Pitágoras, á Salomon ó á Hermes, eran abortos místicos de creyentes mas modernos, pues los Griegos desatendieron siempre el ejercicio como el abuso de la química. En aquel repertorio inmenso donde Plinio depositó los descubrimientos, artes y errores del jénero humano, no se hace mencion alguna de trasmutacion de metales, y la persecucion de Diocleciano es el primer suceso auténtico en la historia de la alquimia. La conquista del Ejipto por los Arabes fué derramando aquella vana ciencia por el orbe, codicioso todo y sediento de aquel cebo que cundió por la China y por la Europa, con idéntico afan é igual malogro, por el achaque innato del corazon humano. La lobreguez de la edad media, que abortó tantas patrañas, y luego el renacimiento de la literatura, esperanzaron aquel anhelo, apuntando arbitrios para el engaño. La filosofía y la esperiencia han desterrado por fin la alquimia, y la edad actual, harto enamorada de las riquezas, se aviene á galantearlas por la carrera llana y segura del comercio y de la industria (51).

Avasallado el Ejipto, se emprendió la guerra de Persia, reservándose para el reinado de Diocleciano el vencer á aquella nacion poderosa, y reducirla á confesar, por los sucesores de Artajérjes, la majestad predominante del imperio romano.

Ya se espresó en el reinado de Valeriano que la Armenia quedó sojuzgada por la alevosía y las armas de los Persas, y que asesinado Cosroes, la lealtad de sus privados puso en salvo al niño Tirídates, su hijo y heredero, educado luego bajo le tutoría de los emperadores. Logró Tirídates con su destierro la sobresalencia que jamás le cupiera en el trono de Armenia, por su temprano conocimiento de la adversidad, del jénero humano y de la disciplina romana. Descolló su mocedad con valentías, y ostentó su gallardo brio y primor en todos los ejercicios marciales, y aun en las contiendas menos honoríficas de los juegos olímpicos (52). Lució mas noblemente sus prendas batallando por su bienhechor Licinio (53), el cual, en la sedicion que acarreó la muerte de Probo (A. 282), se espuso á sumo peligro, y la sañuda soldadesca estaba ya allanando su tienda, cuando el brazo único del Armenio atajó el torrente. Aquel agradecimiento de Tirídates contribuyó luego para su restablecimiento, pues en todos sus ascensos fué siempre Licinio camarada de Galerio, de cuyo mérito, aun mucho antes de su encumbramiento á la jerarquía de César, vivió siempre muy enterado Diocleciano. Por fin, en el tercer año del reinado de este emperador, quedó Tirídates investido con el reino de Armenia, en cuyo paso militaban al par la razon y la política, pues era ya hora de rescatar de la usurpacion del monarca persa un territorio de suma entidad, que, desde el reinado de Neron, se concedia siempre bajo el resguardo del imperio á la rama menor de la casa de Arsáces (54).

Al asomar Tirídates sobre la raya de Armenia (A. 286), fué recibido con raptos de júbilo y lealtad, pues en aquellos veinte y seis años habia estado el pais aguantando todas las tropelías reales ó imajinarias de un yugo estranjero. Engalanaban los monarcas persas su nueva conquista con edificios ostentosos; pero levantados á espensas del pueblo, aborrecíalos este como prendas de esclavitud. La zozobra de rebeldía acarreaba cautelas estremadas, y agravada la opresion con el insulto, el concepto del odio público habia ido abortando providencias que lo enconaban hasta lo sumo. Ya tenemos manifestado la implacable intolerancia de la relijion maga, y así las estatuas de los endiosados reyes de Armenia y las imájenes consagradas del sol y de la luna quedaron estrelladas por los conquistadores, y se encendió y conservó el fuego perpetuo de Orsmud en el ara encumbrada sobre la cima del monte Bagavan (55). Haciase muy obvio que un pueblo airado con tantas violencias se armase acaloradamente en defensa de su relijion, su independencia y su soberano hereditario. Allá se arrojó pues el raudal, y las guarniciones persas se salvaron á carrera de su incontrastable saña. Voló la nobleza armenia al estandarte de Tirídates, alegando méritos anteriores, brindando con nuevos servicios, y aspirando ahora á los timbres y galardones de que altaneramente se le habia defraudado bajo el gobierno estranjero (56). Dióse el mando del ejér-

cito á Artavasdes, cuyo padre fué el salvador de la niñez de Tirídates, y cuya familia habia sido asesinada por accion tan jenerosa. Cupo al hermano de Artavasdes el gobierno de una provincia, y al sátrapa Otas un cargo militar encumbrado, como sujeto moderado y pundonoroso que presentó al rey con un tesoro cuantioso la hermana conservada é intacta en una fortaleza lejana (57). Asomó entre la nobleza armenia un aliado cuyos hechos no son para callados. Mamgo era su nombre *(b)*, de oríjen escita, y la ranchería que encabezaba se habia, pocos años antes, acampado sobre los estremos del imperio chino (58), que se estendia por entónces hasta las inmediaciones de la Sogdiana (59). Mamgo, en desgracia con su señor, se retiró con sus secuaces á las orillas del Oxo, implorando el amparo de Sapor. Reclamó el emperador de la China al fujitivo en virtud de su derecho de soberanía. Abogó el monarca persa por las leyes de la hospitalidad, y trabajosamente pudo evitar la guerra, prometiendo desterrar á Mamgo á los estremos del occidente, castigo, segun su descripcion, no menos horroroso que la muerte. Elijió Mamgo la Armenia por sitio de su destierro, y señalóse para la ranchería una rejion anchurosa, donde pudiera pastorear sus ganados lanares y vacunos, é ir trashumando segun la variedad de las estaciones. Empleáronla en el rechazo de Tirídates, pero el caudillo, contrapesando finezas y agravios de parte del monarca persa, acordó desviarse de su partido. Enterado el príncipe armenio del mérito y potestad de Mamgo, lo agasajó sobremanera, y admitiéndolo á su privanza, se granjeó un servidor valeroso y leal, que contribuyó eficazmente á su restablecimiento (60).

Risueña se mostró la suerte por algun tiempo con la esforzada valentía de Tirídates, pues no solo arrojó á los enemigos de su familia y patria de todo el ámbito de Armenia, sino que, en el afan de su desagravio, se internó con sus correrías hasta el corazon de la Asiria. El historiador que rescató del olvido la memoria de Tirídates va describiendo con entusiasmo nacional sus proezas personales, y orientalmente anovelado, vuelca jigantes y elefantes bajo las descargas de su invicto brazo. Cónstanos por muy diverso conducto el trastorno de la monarquía persa, que favoreció en gran manera al rey de Armenia. Aspiraban reñidamente al solio dos hermanos, y Hormuz, tras de echar malogradamente el resto de sus conatos, acudió al arrimo espuesto de los bárbaros inmediatos al mar Caspio (61). Terminóse sin embargo en breve la guerra civil, ya mediante una victoria ó un convenio, y reconocido jeneralmente Narses como rey de Persia, agolpó todas sus fuerzas contra el enemigo estranjero. Desniveló se entónces la contienda, ni cupo en la valentía del héroe armenio el contrarestar el poderío del monarca. Arrojado Tirídates del trono de Armenia por segunda vez, tuvo tambien que acudir de nuevo á la sombra de la corte imperial *(c)*. Allanó luego Nárses la desmandada provincia, y claman-

do contra el amparo concedido por los Romanos á los rebeldes y fujitivos, aspiraba á la conquista del Oriente (62).

Pundonor y provecho se daban la mano para empeñar á los emperadores en la causa de Armenia, y así se dispuso echar el resto en la demanda (A. 296). Diocleciano, con la sosegada dignidad que de continuo le acompañaba, se situó en la ciudad de Antioquía, desde donde ideó y dispuso las operaciones militares (63). Encargóse el mando de las lejiones al denuedo gallardo de Galerio, trasladado al intento desde las orillas del Danubio á las del Eufrates. Encontráronse luego los ejércitos en las llanuras de Mesopotamia, donde se trabaron dos refriegas con éxito vario y dudoso; mas el tercer choque fué mas formal y aun decisivo, pues quedó la hueste romana totalmente arrollada por la temeridad de Galerio, que con un cuerpo escaso embistió á la muchedumbre innumerable de los Persas (64); mas la delineacion del terreno suministra causal mas obvia para la derrota. Memorable era ya el sitio mismo del encuentro por el fallecimiento de Craso y la matanza de diez lejiones. Erase una llanura de veinte leguas, tendida desde la serranía de Carra hasta el Eufrates, todo arenal desierto, todo aridez lisa y estéril, sin una loma, sin un árbol y sin un manantial de agua fresca (65). La maciza infantería romana, exánime de calor y de sed, ni podia aspirar á la victoria conservándose cerrada, ni abrir sus filas esponiéndose á un esterminio. Fuéla en tal conflicto acorralando el número superior, hostigándola mas y mas con sus rapidísimos jiros, y asaeteándola con su caballería. Descolló el rey de Armenia en la batalla, y realzó su timbre personal con el quebranto público. Perseguido hasta el Eufrates y herido su caballo, parecia imposible que se libertase del enemigo victorioso. En aquel trance, acude Tirídates al único arbitrio que tenia á la vista; se apea y se arroja á la corriente; pesada es la coraza, el rio caudaloso y anchísimo por aquella parte (66); mas tal era su brio y tal su destreza, que llegó en salvo á la opuesta márjen (67). En cuanto al jeneral romano, estamos á oscuras sobre las particularidades de su salvamento; mas al asomar á Antioquía, recibióle Diocleciano, ya no con el cariño de un amigo y un compañero, sino con la ira de un soberano agraviado. Aquel personaje tan altanero, revestido con la púrpura, pero agoviado con el quebranto de su yerro y su fracaso, tuvo que seguir la carroza del emperador mas de un tercio de legua á pié, y estar allí mostrando ante la corte y el ejército el espectáculo de su desventura (68).

Desahogado su íntimo pesar, accedió Diocleciano á las rendidas instancias de Galerio, y le facilitó volver por su honor y el de las armas romanas (A. 297). En vez de las tropas endebles del Asia que componian probablemente su primera espedicion, planteóse un segundo ejército con los veteranos y reclutas de la raya ilírica y un cuerpo considerable de auxi-

liares godos al sueldo del imperio (69). Galerio, acaudillando una hueste selecta de veinte y cinco mil hombres, repasó el Eufrates; pero en vez de ir tendiendo sus lejiones indefensas por las llanuras de Mesopotamia, fué monteando por las sierras de Armenia, donde halló los moradores afectos á su causa, y el pais tan favorable para los movimientos de la infantería como adverso para las operaciones de la caballería (70). Entonó la adversidad la disciplina romana, al paso que los bárbaros, engreidos con sus triunfos, se relajaron y adormecieron en tanto grado, que cuando menos lo presumian, fueron sorprendidos por Galerio, quien, sin mas escolta que la de dos mil caballos, habia ido reconociendo todo su campamento. Solia toda sorpresa, y mas nocturna, ser fatalísima para toda hueste persa. «Atados tenian los caballos, y aun trabados para evitar su escape, y en sobreviniendo un arrebato, tenia el Persa que afianzar su morrion, que embridar el caballo y que ponerse su coraza antes de poder montar (71).»

En este lance, la embestida repentina de Galerio desbarató y desalentó el campamento entero de los bárbaros. Tras una leve resistencia, se encrudeció mas y mas la matanza, y en el desconcierto jeneral, herido el monarca (pues mandaba Nárses sus ejércitos en persona), huyó hácia los desiertos de la Media. Sus tiendas lujosas y las de sus sátrapas fueron el despojo inmenso del vencedor, y aun se recuerda cierta particularidad que demuestra la ignorancia rústica, pero marcial, de las lejiones en los acicalados primores de la vida. Cayó en manos de un soldado un saquillo de tafilete atestado de perlas, y guardó esmeradamente el saco y arrojó su contenido, conceptuando de ningun valor lo que no era de provecho (72). Pero la pérdida principal de Nárses era mas sensible, pues quedaron cautivas en la derrota varias mujeres suyas, hermanas y niñas que iban en la comitiva; mas aunque la índole de Galerio guardaba poquísima semejanza con la de Alejandro, imitó sin embargo, tras su victoria, la amable conducta del Macedon con la familia de Darío. Resguardadas de todo saqueo y tropelía, escoltadas á buen recaudo las mujeres y niños de Nárses, se las trató con todo el respeto y agasajo debidos por un enemigo jeneroso á su edad, su sexo y su rejia jerarquía (73).

Ansioso y colgado estaba el Oriente del paradero de tan gran contienda, cuando el emperador Diocleciano, reuniendo en Siria un ejército poderoso de observacion, estaba allá ostentando el poderío romano y reservándose á sí mismo para el postrer empeño de toda la guerra. Noticioso de la victoria, tuvo á bien adelantarse á la raya para enfrenar con su presencia y consejos el engreimiento de Galerio. El avistamiento de los príncipes romanos en Nisibis fué acompañado de respeto por una parte y de aprecio por la otra; y luego dieron allí mismo audiencia á los ministros del Gran Rey (74). Quebrantado el poderío, ó á lo menos el ánimo

de Nárses con la postrer derrota, conceptuó imprescindible una paz inmediata. Comisionó á su privado Afarban para negociar un tratado, ó mas bien avenirse á cualesquiera condiciones que impusiera el vencedor. Encabezó su conferencia Afarban espresando el agradecimiento de su dueño por el jeneroso agasajo que merecia su familia, y solicitando la libertad de tan ilustres cautivos. Engrandeció la valentía de Galerio sin ajar el concepto de Nárses, y no tuvo á desdoro el reconocer la superioridad del César victorioso para con un monarca que sobrepujaba en gloria á todos los príncipes de su alcurnia. En medio de la justicia de la causa pérsica, traia credenciales para poner todas sus diferencias en manos de los mismos emperadores, hecho cargo de que no trascordarian, aun en medio de su prosperidad, las vicisitudes de la suerte. Terminó Afarban en el estilo de las alegorías orientales, espresando que las monarquías romana y persa eran los dos ojos del mundo, el cual se descabalaba y oscurecia en quitándole uno de ellos.

« Corresponde por cierto á los Persas, » contestó Galerio con un rapto de saña que le estremeció todo su cuerpo, « correspóndeles el esplayarse sobre los vaivenes de la suerte y venir sosegadamente á aleccionarnos en punto á moderacion. Recuerden allá su *moderacion* preciosa con el desventurado Valeriano; pues lo vencieron con acechanzas y lo trataron indignisimamente. Aherrojáronlo afrentosamente por todo el espacio de su vida, y luego fueron mostrando su cadáver con incesante oprobio. » Amainando luego Galerio, apuntó al embajador que nunca la práctica de los Romanos habia sido el hollar al enemigo postrado, y que en el caso presente procederian con su acostumbrado decoro, y no segun el merecimiento de los Persas. Esperanzaron á Afarban de que luego se enteraria á Nárses de las condiciones que pudiera alcanzar de la clemencia de los emperadores para firmar una paz duradera, con la restitucion de sus mujeres y niños. Échanse de ver en esta conferencia el arrebatamiento adusto de Galerio y su acatamiento á la sabiduría y autoridad superior de Diocleciano. Abalanzábase ya el primero á la conquista del Oriente, y proponia el engarzar la Persia á las demás provincias, mas la cordura del otro, adicto á la política moderada de Augusto y de los Antoninos, afianzó la coyuntura propicia de coronar una guerra venturosa con una paz honorífica y aventajada (75).

Los emperadores, en desempeño de su oferta, nombraron luego despues á Sicorio Probo, uno de sus secretarios, para informar á la corte de Persia su resolucion terminante. Agasajáronle, como númen de paz, estremadamente; mas á pretesto de proporcionarle descanso competente tras su dilatado viaje, la audiencia de Probo se fué emplazando de dia en dia, y siguiendo los pausados movimientos del rey, hasta que por fin fué admitido á su presencia junto al rio Asprudo en la Media. El motivo

reservado de Nárses para la demora habia sido el ir juntando fuerzas para autorizarse algun tanto, aunque sinceramente ansioso de la paz, á fin de negociar con mas poder y señorío. Componíase la grandiosa conferencia de solos tres individuos, el ministro Afarban, el prefecto de la guardia, y un oficial que habia estado mandando en la raya armenia (76). No cabe el enterarnos ahora despejadamente de la primera condicion propuesta por el embajador; pidió que se nombrase la ciudad de Nisibis para punto de mercado mutuo, ú, como pudiéramos llamarlo, para emporio del comercio entre ambas naciones. Alcánzase el intento de los príncipes romanos en mejorar sus rentas con algunas alcabalas sobre el comercio, mas comó Nisibis estaba en sus dominios, y eran dueños de entradas y salidas, parece que tales trabas córrespondian mas bien á una ley nacional que á un tratado estranjero; y para realizarlas se requerian probablemente ciertos pactos por parte del rey de Persia; mas parecieron tan opuestos á sus intereses y su decoro, que no se pudo absolutamente recabar la firma de Nárses para el intento; y como este fué el único artículo á que negó su beneplácito, no se puso en él mas ahinco, y los emperadores franquearon el comercio por sus conductos naturales, ó se contentaron con irlo coartando como cabia en su propia autoridad.

Allanado este tropiezo, concluyóse solemnemente la paz, y quedó ratificada entre ambas naciones. En tratado tan glorioso para el imperio y tan preciso para la Persia, merecen las condiciones particular atencion, por cuanto la historia de Roma no suele ofrecer transacciones de tanto bulto, habiéndose terminado jeneralmente las guerras, ya en conquistas absolutas, ó ya sojuzgando á pueblos idiotas y sin conocimiento de letras. I. Deslindaba el Abora, ó como le llama Jenofonte, el Araxes, entrambas monarquías (77). Este rio, nacido junto al Tígris, recibia á poco mas abajo de Nisibis el riachuelo Migdonio, bañaba los muros de Síngara y desaguaba en el Eufrates en Circesio, pueblo fronterizo, fortificado con esmero por Diocleciano (78). Quedó la Mesopotamia, objeto de tantas guerras, incorporada en el imperio, y los Persas, en este tratado, renunciaron á toda pretension sobre aquella gran provincia. II. Cedian á lós Romanos cinco provincias allende el Tígris (79), cuya situacion formaba una valla provechosa, y mas con las mejoras que el arte y la práctica militar añadieron á sus ventajas naturales. Cuatro de ellas, al norte del rio, se reducian á unos distritos escasos y arrinconados, y eran Intilino, Zabdiceno, Arzaneno y Moxveno (*d*); mas granjeaba el imperio, al oriente del Tígris, el territorio grandioso y quebrado de Cardueno, el solar antiguo de los Carducios, que estuvieron varonilmente conservando por largos siglos su libertad en el mismo corazon de las monarquías despóticas del Asia. Atravesaron su pais, tras una marcha tra-

bajosa, ó mas bien refriega de siete dias, los diez mil Griegos, cuyo caudillo está confesando, en su relacion incomparable de la retirada, que padecieron mas por los flechazos de los Carducios que por todo el poderío del Gran Rey (80); y su posteridad, los Curdos, con poquísima alteracion en nombre y costumbres (e), están reconociendo nominalmente la soberanía del sultan turco. III. Es casi por demás añadir que Tirídates, el aliado leal de Roma, quedó restablecido en el solio de sus padres, y que los derechos de la supremacia imperial quedaron despejados y airosos. Alargáronse los linderos de Armenia hasta la fortaleza de Sinta en la Media, y este aumento de señorío fué mas bien obra de justicia que de liberalidad, puesto que de las provincias ya citadas allende el Tígris, las cuatro primeras se habian desmembrado por los Partos de la corona de Armenia (81), y al posesionarse de ellas los Romanos pactaron, á costa de los usurpadores, una compensacion muy amplia que engrandecia á su aliado con la comarca dilatada y pingüe de Atropatene. Su ciudad principal, quizás en el propio solar de la moderna Tauris, solia lograr la presencia de Tirídates, y como á veces se apellidaba tambien Ecbátana, remedaba el dueño en edificios y fortificaciones la esplendorosa capital de los Medos (82). Estéril era el pais de Iberia, y sus naturales broncos y bravíos; mas eran tambien aguerridos y separaban el imperio de otros bárbaros aun mas feroces y formidables. Las gargantas del monte Cáucaso estaban en sus manos, y eran árbitros de admitir ó desechar las tribus errantes de Sarmacia, cuando su afan robador las incitaba á internarse por los climas pingües del mediodía (83). El nombramiento de los reyes de Iberia, cedido por el monarca persa á los emperadores, redundó en fortaleza y seguridad del poderío romano en el Asia (84). Disfrutó el Oriente profundo sosiego por espacio de cuarenta años, y obsérvose puntualmente el tratado entre las monarquías competidoras, hasta la muerte de Tirídates, cuando una nueva jeneracion, á impulsos de miras y anhelos diversos, asomó en el gobierno del mundo, y el nieto de Nárses emprendió una guerra larga y memorable contra los príncipes de la casa de Constantino.

Completóse ya el arduo intento de rescatar el imperio acongojado de manos tiránicas y bárbaras por una serie de campesinos ilíricos; y al entrar Diocleciano en el año vijésimo de su reinado (A. 303, nov. 20), solemnizó aquella época memorable, como tambien el éxito de sus armas, con el boato de un triunfo romano (85). El promediador de su poderío, Maximiano, fué su compañero único en aquel dia esplendoroso. Habian peleado y vencido los Césares, mas el mérito de sus hazañas, segun las máximas rigurosas y antiguas, se cifraba todo en los auspicios benéficos de sus padres y emperadores (86). Menos aparatoso fué quizás el triunfo de Diocleciano y Maximiano que los de Aureliano y Probo, mas realzóse

con particularidades de mayor nombradía y ventura. Suministraron sus respectivos trofeos Africa y Bretaña, el Rin, el Danubio y el Nilo, mas su gala descollante era de mayores quilates, á saber, una victoria pérsica acompañada de grandiosa conquista. Enarbolábanse ante la carroza imperial las representaciones de rios, montes y provincias, y las imájenes de las mujeres, hermanas y niños del Gran Rey, cautivos todos, cebaban placenteramente la gloria del pueblo (87). Hácese este triunfo mas reparable para la posteridad por una especialidad menos honorífica, á saber, que fué el postrero que vió Roma; pues tras esta temporada, dejaron ya de vencer los emperadores, y dejó Roma de ser la capital del imperio.

Consagróse el solar de la gran Roma con ceremonias antiguas y milagros soñados, y un dios, un héroe vivificaba cada punto de la ciudad, y sonaba prometido al Capitolio el imperio del orbe (88). Percibian y exhalan los Romanos el halagüeño embeleso, heredado ya de sus abuelos, engrandecido con los arrullos de la niñez, y hasta cierto punto abrigado en el concepto de su trascendencia política. Hermanábanse la planta y la colocacion del gobierno, ni se les hacia asequible trasladar la una sin dar al través con la otra (89). Mas aquella soberanía de la capital se fué desplomando con la estension de las conquistas; vinieron las provincias á nivelarse con ella, y las naciones vencidas adquirieron el dictado y las prerogativas, sin engreirse con las preocupaciones peculiares de Romanos. Custodió sin embargo por dilatado tiempo el residuo de la constitucion, al arrimo de la costumbre, el decoro de Roma, y hasta los emperadores, aunque tal vez de alcurnia africana ó ilírica, acataban su patria adoptiva, como el solio de su poderío y el centro de sus grandiosos dominios. Solian los trances de la guerra requerir su presencia por los estremos, mas fueron Diocleciano y Maximiano los primeros príncipes romanos que se avecindaron en las provincias, y su conducta, aunque movida de razones personales, se ajustaba á los dictámenes de la política. La corte del emperador de Occidente solia residir en Milan, cuya situacion á la falda de los Alpes pareció mas adecuada que la de Roma para el intento fundamental de acechar los movimientos de los bárbaros de Jermania. Sobresalió luego Milan con los realces de ciudad imperial, pues celébranse sus palacios como crecidos y galanos, y los modales del vecindario como finos y esplendorosos. Circo, teatro, casa de moneda, alcázar y baños que se apellidaban por su fundador Maximiano, pórticos adornados de estatuas, y un recinto doble de murallas hermoseaban la nueva capital, sin que al parecer la desairase la misma Roma con su cercanía (90). Era tanto el afan de Diocleciano de competir con la majestad de Roma, que dedicó sus ocios y las riquezas del Oriente al realce de Nicomedia, ciudad colocada en el confin de Asia y Europa, casi á igual

distancia entre el Danubio y el Eufrates. Con la aficion del monarca y á espensas del pueblo, descolló Nicomedia en pocos años con tan esclarecida magnificencia, que vino á ser una segunda Roma, Antioquía ó Alejandría en estension y vecindario (91). Activa fué la vida de Diocleciano y de Maximiano, y empleada por lo mas en sus campamentos, ó en sus largas y frecuentes marchas; mas en franqueándoles los negocios algun desahogo, parece que se holgaban sobremanera en sus residencias predilectas de Milan ó de Nicomedia. No consta que Diocleciano, hasta el año vijésimo de su reinado en que celebró su triunfo romano, hubiese jamás asomado por la antigua capital del imperio, y aun con tan plausible motivo no pasó su mansion de dos meses. Mal hallado con la familiaridad desmandada de la plebe, dejó atropelladamente á Roma, trece dias antes que, segun se esperaba, se apareciese en el senado revestido con las insignias de la dignidad consular (92).

Procedia el desagrado que manifestó Diocleciano con Roma y con su libertad, no de un antojo momentáneo, sino de su estudiada política, pues como astuto, habia formado un nuevo sistema de gobierno imperial, acabalado luego por la familia de Constantino; y así como se conservaba en el senado la estampa casi sagrada de la constitucion antigua, acordó privar á aquel cuerpo de los escasos residuos de su realce y poderío. Podemos aquí recordar, ocho años antes de la elevacion de Diocleciano, la grandeza pasajera y las esperanzas descompasadas del senado romano. Mientras prevaleció aquel entusiasmo, varios nobles ostentaron su afan en la causa de la libertad, y luego que los sucesores de Probo se soslayaron del partido republicano, no pudieron los senadores disimular su desvalida pesadumbre. Encargóse Maximiano, como árbitro en Italia, de enfrenar estos anhelos, mas bien incómodos que temibles, y su destemple nativo era harto adecuado para el intento. Acusó de tramas soñadas á los prohombres del senado que Diocleciano trataba con esmerado aprecio, y la posesion de una quinta primorosa ó de una campiña amena equivalia á un testimonio terminante de algun delito (93). El campamento de los pretorianos que por largo tiempo habia estado oprimiendo la majestad de Roma trató de apadrinarla; y por cuanto aquella tropa altanera se hacia cargo de la decadencia de su potestad, se manifestaba desde luego propensa á hermanarse con el senado. Diocleciano, con acertado acuerdo, fué imperceptiblemente minorando el número de los pretorianos y aboliendo sus privilejios (94), para luego reemplazarlos con dos lejiones leales del Ilírico que, bajo los nuevos dictados de Jovianos y Herculios, se destinaron á desempeñar el servicio de los guardias imperiales (95). Mas la herida mortal, aunque encubierta, que recibió el senado de mano de aquellos emperadores, consistió en el resultado inevitable de su ausencia, pues mientras moraban los soberanos en

Roma, podia aquella gran junta quedar atropellada, mas no desatendida. Los sucesores de Augusto esplayaron su poderío, dictando allá cuantas leyes les aconsejaba su sabiduría ó su antojo, mas ratificábalas siempre la sancion del senado. Amoldábase esta en deliberaciones y decretos al dechado antiguo, y aquellos príncipes cabales que se avenian á las preocupaciones del pueblo romano tenian que conformarse hasta cierto punto con el lenguaje y el comportamiento del jeneral y primer majistrado de la república. Ostentaban en el ejército y en las provincias el boato de monarcas, y en planteando su residencia distante de la capital, prescindian siempre del disimulo que habia recomendado Augusto á sus sucesores. En el ejercicio de su potestad lejislativa, como en el de la ejecutiva, el soberano se aconsejaba con sus ministros, en vez de consultar con la gran junta de la nacion. Mencionábase honoríficamente el nombre del senado hasta los postreros tiempos del imperio, y la vanagloria de sus vocales se pagaba de sonoros distintivos (96); pero la reunion que fué por tanto tiempo el manantial y luego el instrumento del poderío, vino á hundirse en el olvido: y así el senado, totalmente desenlazado ya de la corte imperial y de la constitucion reinante, quedó como un monumento venerable, pero inservible, de antigüedad en el cerro Capitolino.

Los príncipes romanos, traspuesto una vez el senado con la capital, trascordaron desde luego el orijen y el jaez de su potestad legal, pues los cargos civiles de cónsul, de procónsul, censor y tribuno, por cuyo medio se habia labrado, estaban manifestando al pueblo su principio republicano. Orilláronse estos dictados vergonzantes (97), y si acaso señalaban su encumbramiento apellidándose aun emperadores, *imperator*, se sobreentendia otro sentido mas realzado, y no espresaba ya el jeneral de los ejércitos romanos, sino el soberano del conjunto, ú sea del orbe romano. Enlazóse al dictado de emperador, que fué al pronto meramente militar, otro mas rendido y servil, cual fué el de *dominus* ó señor, que primitivamente no significaba la autoridad de un príncipe sobre los súbditos ó de un caudillo con sus guerreros, sino la autoridad despótica de un amo sobre sus esclavos domésticos (98). Mirado á esta luz tan odiosa, quedó airadamente desechado por los primeros Césares; mas luego fueron amainando en su repugnancia, al paso que se cohonestaba su odiosidad; hasta que por fin el encabezamiento de *nuestro amo y emperador*, no solamente fué tributado por la lisonja, sino que vino á quedar corriente en las leyes y monumentos públicos. Adjetivos tan altisonantes debian encumbrar y saciar la mas descompasada vanagloria, y si los sucesores de Diocleciano se desentendieron siempre del dictado de rey, mas parece que fué por delicadeza que por moderacion. Por donde quiera que se estilaba la lengua latina (y aquel era el idioma del gobierno por

todo el imperio), el dictado imperial llevaba consigo otro concepto mas grandioso que el nombre de rey, en el cual tenian que alternar con un sinnúmero de caudillos bárbaros, ó que por lo mas podia derivar de Rómulo ú de Tarquino. Mas abrigábanse otros afectos allá en Oriente que por acá en el Occidente, pues desde los tiempos primitivos los soberanos del Asia se habian titulado en el idioma griego con el dictado de *basileus* ó reyes, y conceptuándose como el sumo predicamento entre los hombres, usáronlo aquellos rendidos súbditos del Oriente en sus rastreros recursos al solio romano (99). Usurparon tambien Diocleciano y Maximiano los atributos ó á lo menos los dictados de la Divinidad, traspasándolos á una serie de emperadores cristianos (100). Cesó luego la profanacion con el significado de tan desatinados obsequios, y en habituándose los oidos al eco, vienen á sonarles indiferentemente como muestras vagas, aunque escesivas de respeto.

Conversando los príncipes romanos, desde Augusto hasta Diocleciano, familiarmente con todos sus conciudadanos, cabíales el mismo saludo que á los senadores y majistrados. Su distintivo principal era un manto imperial ó militar de púrpura, y el traje senatorio llevaba una tira, ó mas bien cenefa ancha, y el de los caballeros una muy angosta del mismo color. El engreimiento ú sea la política de Diocleciano le indujo á introducir estudiadamente el boato ostentoso de la corte de Persia (101). Aventuróse á ceñir su sien con la diadema, adorno abominado de los Romanos como insignia rejia, y cuyo uso se habia conceptuado como el rapto mas frenético de Calígula. Reducíase á una redecilla blanca y ancha con perlas engarzadas, que abarcaba la frente de los emperadores. Los ropajes lujosos de Diocleciano y sus sucesores eran de seda y oro, y aun se notó indignadamente que hasta el calzado iba todo claveteado de pedrería. Dificultábase mas y mas por cada dia el acercarse al sagrado de su persona con nuevas formalidades ceremoniosas, y hasta las cercanías del palacio se guardaban desveladamente por varias *escuelas*, como dieron en llamarlas, de oficiales palaciegos. Confióse el resguardo de las estancias interiores á la esmerada vijilancia de los eunucos, cuyo aumento en número y en privanza era la muestra mas terminante de la preponderancia del despotismo. Cuando un súbdito asomaba por fin á la presencia imperial, tenia que postrarse, sin escepcion de jerarquías, para adorar á la moda oriental la divinidad de su amo y señor (102). Sensato era Diocleciano, y en el discurso de su vida pública y privada, no pudo menos de justipreciarse á sí mismo y aun á todo el linaje humano; así que no se alcanza cómo el móvil tan rastrero de la vanagloria pudo moverle con tantas veras á sustituir las costumbres de Persia á las de Roma. Lisonjeábase de que el boato de aquel lujo esplendoroso embargaria la fantasía de la muchedumbre; que el monarca viviria en salvo del bronco desenfreno del populacho y la

soldadesca, por cuanto se trasponia á la vista del público, y que el ejercicio del rendimiento debia al fin tener por paradero cierto impulso de veneracion. Tanto el comedimiento aparentado por Augusto como el boato introducido por Diocleciano eran una representacion teatral; mas en suma, de ambas farsas, la primera venia á ser de temple mas ameno y varonil que la segunda; era aquella todo disfraz, y la otra llevaba por tema el ostentar el poderío ilimitado que estaban los emperadores ejerciendo sobre todo el orbe romano.

Ostentacion era el móvil fundamental del sistema planteado por Diocleciano, así como la division el segundo. Fué pues dividiendo las provincias con el imperio, y luego todos los ramos del réjimen civil y militar. Añadió ruedas á la máquina del estado, y entorpeció, aunque afianzó al mismo tiempo su desempeño; y así ventajas y nulidades de aquellas innovaciones deben achacarse en gran parte á su autor; mas como el sistema se fué por grados estendiendo y completando en manos de los sucesores, será mas acertado el considerarlo cuando llegue á la cumbre de sus aumentos y mejoras (103). Reservando pues para el reinado de Constantino el cuadro mas esmerado del nuevo imperio, nos ceñirémos á deslindar un diseño, cual vino á delinearlo Diocleciano con su propia mano. Asocióse tres compañeros para el desempeño de la potestad suprema, y convencido de que la suficiencia de un solo individuo no alcanzaba al afianzamiento del imperio, conceptuó el conjunto de cuatro príncipes, no como un resguardo temporal, sino como ley fundamental de la constitucion. Fué su ánimo que los dos príncipes mayores se ciñesen esclarecidamente la diadema con el dictado de *Augustos*; que, segun su afecto ú su aprecio, acudiesen invariablemente á auxiliarse con dos compañeros á sus órdenes; y que los *Césares*, encumbrados luego á la suma jerarquía, fuesen suministrando una sucesion incesante de emperadores. Dividido el imperio en cuatro porciones, eran las del Oriente y de Italia las mas honoríficas, y las del Danubio y del Rin las mas trabajosas. Requerian las primeras la presencia de los *Augustos*, y se encargaban las segundas al réjimen de los *Césares*. La pujanza de las lejiones paraba en manos de los cuatro partícipes de la soberanía. En cuanto al gobierno civil, suponíase á los emperadores desempeñando la potestad individible del monarca, y sus edictos, encabezados con los nombres de todos, se recibian en todas las provincias como promulgados por su mútuo dictámen y predominio. En medio de tan suma cautela, se fué relajando la union política del mundo romano, y se entrometió un móvil de desavenencia que á pocos años acarreó la separacion terminante de los imperios oriental y occidental.

Llevó consigo el sistema de Diocleciano otro achaque que no debe ahora mismo desatenderse, y fué un gobierno mas costoso, y de consiguien-

te recargo de impuestos y desangramiento del pueblo. En vez de una familia decorosa de esclavos y libertos, cual dejaba satisfechos á Augusto y á Trajano, planteáronse tres ó cuatro cortes lujosísimas en varios puntos del imperio, y otros tantos *reyes* romanos iban á competencia entre sí y con el monarca persa sobre la insensata superioridad en boato y magnificencia. El número de ministros, majistrados, oficiales y sirvientes que fueron acudiendo á los varios ramos del estado creció sin ejemplar, y (si podemos usar la frase espresiva de un contemporáneo), « cuando la porcion agraciada sobrepujó á la contribuyente, se desplomaron las provincias con el peso de los tributos (104). Desde aquel punto hasta el remate del imperio, sonaron incesantemente ayes y clamores. Cada escritor, segun su creencia ó su colocacion, toma por delante á Diocleciano, ú á Constantino, á Valente ó á Teodosio, por blanco de sus vituperios, mas todos se uniforman en graduar los impuestos, especialmente el territorial é individual, de gravámen redoblado é insufrible (*f*). Fué ciertamente Diocleciano el autor de aquel sistema, mas durante su reinado se mantuvo el daño en los límites de la regularidad y el miramiento, y merece la nota de establecedor de ejemplares perniciosos mas bien que de opresor efectivo (105). Se debe añadir que sus rentas se manejaban con discreta economía, y que despues de cubiertas las atenciones corrientes, todavía quedaba en el erario una reserva cuantiosa para acudir á larguezas atinadas y á cualquier apuro inesperado.

A los veinte años de su reinado fué cuando ejercitó Diocleciano su resolucion memorable de renunciar el imperio ; rasgo mas propio del mayor ó del menor de los Antoninos que de un príncipe ajeno de toda filosofía, así en la carrera como en el desempeño de su autoridad suprema. Granjeóse Diocleciano el timbre de dar al mundo el primer ejemplo de una renuncia (106), cuyos imitadores han ido escaseando sobremanera. Ocurre sin embargo inmediatamente á nuestro ánimo el cotejo de Cárlos Quinto, no solo desde que la elocuencia de un historiador moderno ha connaturalizado á todo lector inglés con aquel nombre, sino tambien por una semejanza idéntica en la índole de ambos emperadores, cuyos alcances políticos descollaban sobre los militares, y cuyas prendas relumbrantes eran mas bien hijas del estudio que de la naturaleza. Parece que reveses de fortuna anticiparon la dimision de Cárlos, y que el malogro de sus planes predilectos le movió para abandonar un poderío que no abarcaba los ámbitos de su ambicion. Mas el reinado de Diocleciano fué todo una próspera oleada, y hasta que dejó vencidos sus enemigos y redondeados sus intentos, no parece que formalizó su pensamiento de renunciar al imperio. Ni Cárlos ni Diocleciano se hallaban en edad avanzada, pues que la del uno era de cincuenta y cinco años, y no pasaba la del otro de cincuenta y nueve ; pero la vida atareada de entrambos, sus guerras,

viajes, desvelos del solio y ahinco en los negocios, les habian quebrantado ya sus naturalezas, y acarreado los achaques de una vejez anticipada (107).

En el rigor de un invierno lluvioso y crudo (A. 304), dejó Diocleciano la Italia á poco de su triunfo, y se fué encaminando por las provincias ilíricas hácia levante. La intemperie y el cansancio le acarrearon una dolencia lenta, y aunque á marchas pausadas y cerrado en su litera, se fué agravando sobremanera al asomo de la otoñada y antes de llegar á Nicomedia. Encerrado en su alcázar por todo el invierno, adolecia jeneralmente condolido, y el pueblo venia á rastrear las alternativas de su indisposicion por el gozo ú el desconsuelo que se retrataban en los semblantes de su servidumbre. Cundió la voz jeneral de su muerte, y se conceptuaba que los palaciegos la estaban ocultando para precaver los disturbios que pudieran sobrevenir con la ausencia del César Galerio. Salió por fin á luz Diocleciano el 1.° de marzo, pero tan descarnado y macilento, que apenas podian conocerle sus inmediatos. Habia ya llegado el caso de zanjar la lid con que batallaba hacia mas de un año entre el desvelo por su salud y por su dignidad. Requeria la primera desahogo y distraccion, y el afan del mando le precisaba a manejar desde el lecho de su dolencia las riendas del estado. Acordó terminar holgadamente sus dias, retraer ya su esclarecida gloria de los alcances de la suerte, y traspasar el teatro del mundo á sus lozanos y activos asociados (108).

Celebróse la ceremonia de su renuncia en una llanura anchurosa, como á una legua de Nicomedia. Subió el emperador á su encumbrado solio, y en un razonamiento despejado y grandioso, manifestó su ánimo al pueblo y á la hueste que se habian agolpado con motivo tan estraordinario. Desnudóse de la púrpura, se traspuso á la muchedumbre absorta, y atravesando la ciudad en un carruaje cubierto, se adelantó sin demora (A. 301, mayo 1) hácia el retiro predilecto que habia escojido en Dalmacia, su patria. En el mismo dia, Maximiano (109), como estaba ya de antemano convenido, orilló la dignidad imperial en Milan. En medio del boato de su triunfo, estuvo Diocleciano ideando su renuncia, y con el afan de afianzar la obediencia de Maximiano, le requirió una protesta jeneral de sujetar todas sus jestiones á la autoridad de su bienhechor, ó bien el comprometimiento individual de apearse del trono, al punto de participarle el encargo y el ejemplo. Frájil estorbo era este compromiso, aunque juramentado solemnemente ante el ara de Júpiter Capitolino (110), para el desenfado jenial de Maximiano, cuyo afan era el poderío, sin apetecer ni sosiego actual ni nombradía venidera. Avínose sin embargo, aunque muy á su pesar, al predominio que su sensato compañero le merecia, y se retiró al punto, tras su renuncia, á una quinta de Lucania, donde se hacia imposible que ánimo tan fogoso hallase jamás sosiego duradero.

Aquel Diocleciano, que de alcurnia esclava se encumbró al solio, pasó los nueve años últimos de su vida en esfera privada, y encaminado por su tino y acompañado por el recreo, estuvo largo tiempo disfrutando el respeto de aquellos príncipes á cuyas manos traspuso la posesion del orbe (111). Por maravilla los hombres embargados en negocios se amañan á conversar consigo mismos, y al verse apeados del dominio, su mayor tormento se cifra en el ocio. El embeleso del estudio ú de la devocion, tan socorrido en la soledad, no hablaba con Diocleciano; mas conservaba ó recobró muy pronto su aficion á los deleites mas inocentes y mas naturales; y empleaba de sobras su ocio en construir y hortelanear. Encarécese muy fundadamente su contestacion á Maximiano, quien hostigándole, á impulsos de su inveterado desasosiego, á que reempuñase las riendas del gobierno, desechó, sonriéndose de lástima, el intento, y le añadió plácidamente, que si pudiera enseñarle la hermosura de los repollos que por sus propias manos habia plantado en Salona, nadie le estimularia ya á abandonar los regalos de la felicidad por los afanes del poderío (112). Solia confesar, en sus coloquios con los amigos, que de todas las artes, la mas ardua era la de gobernar, y prorumpia sobre este su punto predilecto en raptos que no podian menos de ser hijos de la esperiencia. « ¡ Cuántas veces sucede, » andaba repitiendo, « mancomunarse tres ó cuatro ministros por su interés en engañar al soberano! Aislado de los hombres por su elevacion, la verdad no llega á su noticia, pues solo mira con ojos ajenos; y todo lo desoye menos sus falsías. Suele conceder los destinos de mayor entidad á los menos acreedores por sus maldades, y ajar á los súbditos mas cabales y beneméritos; y por tan infames ardides, » añadia Diocleciano, « los príncipes mas sanos y atinados quedan vendidos á los cohechos de sus palaciegos (113). » Quien justiprecia la verdadera grandeza y se afianzó inmortal nombradía se aficiona á los recreos del retiro; pero aquel emperador romano habia desempeñado en el mundo un papel grandiosísimo, y no le cabia el disfrutar los regalos y el ensanche de una vida particular; no le cabia desentenderse de las turbulencias que sajaron el imperio despues de su renuncia, y no le cabia desconocer y trascordar sus consecuencias. Zozobras, desconsuelos, enfados le andaban acosando por la soledad de Salona. Llagaban entrañablemente á su cariño, ó al menos á su altanería, las desventuras de su mujer y su hija, y acibararon los postreros instantes de Diocleciano desacatos que Licinio y Constantino pudieran escusar al padre de tantos emperadores y al fundador de su engrandecimiento. Cierta especie, aunque mal averiguada, ha llegado á nuestros tiempos, y es que se libertó cuerdamente de ellos con una muerte voluntaria (114) (A. 313).

A nuestra despedida de Diocleciano, hagamos algun alto en el solar de su retiro. Salona, ciudad principal de Dalmacia, su provincia nativa,

estaba á mas de sesenta leguas (segun la medicion de las carreteras) de Aquileya y el confin de Italia, y á noventa de Sirmio, residencia habitual de los emperadores, cuando asomaban por la frontera ilírica (115). Apellídase todavía Salona una ruin aldehuela, pero aun hasta el siglo diez y seis, los escombros de un teatro y un hacinamiento revuelto de trozos de arcos y columnas de mármol seguian testimoniando su esplendor antiguo (116). Como á dos leguas de la ciudad construyó Diocleciano un palacio suntuosísimo, y por su grandiosidad se deja inferir cuan despacio habia estado ideando su renuncia del imperio. En cuanto al solar, aun prescindiendo del afecto nativo, hermanaba la sanidad y la lozanía. «Enjuto y fértil el suelo, puro y provechoso el ambiente, y aunque en estremo ardiente en el estío, no suele adolecer el pais de aquellos vientos abrasadores y ponzoñosos que padecen la costa de Istria y otros parajes de Italia. La perspectiva desde el palacio corresponde á la hermosura del suelo y la templanza del clima. Tiéndese al occidente la playa florida que baña el Adriático, salpicado de islillas, en términos que el mar aparece como un gran lago por aquella parte. La ensenada perteneciente á la antigua Salona cae al norte; y el pais que yace á la traspuesta se contrapone al golfo anchuroso que ofrece el Adriático al oriente y al mediodía. Cierran por el norte la perspectiva picachos empinados é irregulares, situados á diversas distancias y faldeados de pueblecillos, bosques y viñedos (117).»

Por mas que Constantino, con preocupacion muy obvia, aparente su menosprecio del alcázar de Diocleciano (118), sin embargo, un sucesor suyo que solo pudo verlo desatendido y desmoronado encarece con asombro su magnificencia (119). Seria su solar como de diez yugadas, de forma cuadrada y realzado con diez y seis torres. Median dos de sus costados cada uno setecientos piés, y ochocientos los otros dos. La fábrica era de piedra tersa y hermosa, cortada en las canteras inmediatas de Trau ó Tragucio, y se equivocaba en calidad con el mármol mismo. Dividian las diversas partes de aquel grande edificio cuatro calles, que se cortaban mutuamente en ángulos rectos, y la lonja ante la vivienda principal era un atrio grandioso llamado todavía la Puerta Dorada. Cerraba el atrio un peristilo de columnas de granito, á cuyo lado por una parte se está viendo el santuario cuadrado de Esculapio, y por la otra el templo octágono de Júpiter, cuyas deidades reverenciaba Diocleciano, aquella por conservadora de su salud, y la otra como engrandecedora de su existencia. Aplicando á los restos actuales las reglas de Vitruvio, se describen y deslindan con probabilidad las diferentes partes del edificio, como baños, dormitorio, atrio, basílica y salas cizicena, corintia y ejipcia. Varia era su forma y arregladas sus proporciones, mas con dos nulidades harto clásicas para nuestro concepto moderno de gusto y de comodidad; pues

aquellos grandiosos salones carecian de ventanas y de chimeneas. Alumbrábanse por la techumbre (pues no habia al parecer mas que un alto) y se templaban por medio de tubos ó cañerías que ceñian por donde quiera las paredes. Resguardaba por el sudoeste las estancias principales un pórtico de mas de quinientos y veinte piés de largo , que proporcionaria un paseo capacísimo y delicioso , y mas con el realce de pinturas y esculturas para completar la perspectiva.

Si hubiese estado situado este magnífico edificio en algun yermo, quedaba espuesto á los embates del tiempo , mas tal vez se salvara de la rapiña solícita del hombre. Creciendo fueron de sus ruinas , primero la aldea de Aspalato (120), y mucho despues Spalatro , ciudad de provincia. Abrese ahora la Puerta Dorada sobre el mercado ; ha desbancado San Juan Bautista á Esculapio , y Júpiter ha tenido que ceder su templo para catedral, bajo la denominacion de la Virjen. Debemos tantos pormenores acerca del palacio de Diocleciano principalmente á un artista contemporáneo y paisano nuestro , arrebatado por su fina curiosidad hasta el corazon de la Dalmacia (121) ; mas hay motivo para presumir que el primor de sus dibujos y grabados ha venido á realzar algun tanto los objetos representados , pues nos cerciora otro viajero mas moderno y muy juicioso que los escombros grandiosos de Spalatro están retratando al vivo el menoscabo de las artes , al par que el siglo de Diocleciano representaba la grandeza del imperio romano (122). Si tal era con efecto el estado de la arquitectura , debemos naturalmente suponer que la pintura y la escultura habian padecido aun mayor decadencia , pues la práctica de la arquitectura estriba en algunas reglas jenerales y casi mecánicas , al paso que la escultura , y ante todo la pintura , proceden no solo de la imitacion idéntica de la naturaleza , sino de los raptos y afectos del ánimo. Y así en estas artes sublimes la soltura de la mano es de poca monta, mientras la entone la fantasía, y la guien el gusto fino y el discernimiento.

Por demás será el advertir que las guerras civiles del imperio , el desenfreno de la soldadesca, las correrías de los bárbaros y el estremado despotismo redundaron en menoscabo del númen y de la instruccion. El eslabonamiento de los príncipes ilíricos reentonó el imperio sin rescatar las ciencias, pues su educacion militar no se encaminaba á enamorarlos del estudio, y aun el entendimiento de Diocleciano , tan eficaz y abarcador en los negocios, carecia de toda lectura y amenidad. Son tan provechosas las profesiones de letrado y de médico y tan obvias en todo tiempo , que siempre les acudirán aspirantes dotados con ciertos quilates de suficiencia y desempeño ; mas no parece que los cursantes en estas facultades nos recomienden maestros eminentes que hayan florecido en aquel plazo. Enmudeció la poesía ; redújose la historia á meros compendios despegados é inconexos, tan faltos de recreo como de instruccion. Asalariaban los em-

peradores una oratoria apocada y mimosa, sin que se fomentase mas arte que el de incensar el orgullo ó engrandecer el poderío (123).

Señálase la decadencia de letras y de hombres por el asomo y progreso repentino de los nuevos platónicos. Enmudeció la escuela de Aténas ante la de Alejandría, y las sectas antiguas acudieron á alistarse bajo las banderas de moda, realzando su sistema con la novedad de su método y la austeridad de sus costumbres. Varios de sus catedráticos, Amónio, Plotino, Amelio, y Porfirio (124), fueron hombres de trascendencia y ahinco; mas equivocando el verdadero objeto de la filosofía, sus tareas fueron mas bien estragadoras que provechosas para el entendimiento humano. Desatendieron los nuevos platónicos los conocimientos adecuados á nuestra situacion y alcances, que es todo el ámbito de las ciencias morales, naturales y matemáticas, al paso que se engolfaron y desvivieron tras contiendas metafísicas verbales, intentaron desentrañar lo mas recóndito del mundo invisible, y se empeñaron en hermanar á Aristóteles con Platon sobre asuntos que ignoraban uno y otro tan absolutamente como todo el linaje humano. Cavilando insustancialmente en estas profundas meditaciones, allá se arrojaban sus entendimientos en alas de sus fantásticas ilusiones. Lisonjeábanse de atesorar el secreto de desencarnar el alma de sus corporales apegos; se desalaban tras sus coloquios con espíritus diabólicos, y, por una revolucion singular, trocaron el estudio de la filosofía en el de la majia. Escarnecieron los antiguos sabios las supersticiones populares; y los discípulos de Plotino, disfrazando sus desatinos con la futil gasa de la alegoría, se declararon sus mas acalorados campeones. Acordes con los cristianos en ciertos puntos misteriosos de fe, embestian lo demás de su sistema teolójico con todo el enfurecimiento de una guerra civil. Ningun bulto harian los nuevos platónicos en la historia de la ciencia, mas tropezarémos con ellos á menudo en la parte histórica de la iglesia.

NOTAS

correspondientes al capítulo décimotercio.

(1) Eutropio, IX, 19. Víctor in Epitom. Parece que el pueblo se llamaba propiamente Doclia, por una tribu reducida de Ilírios (Véase Celario, Geograph. Antiq., tom. I, p. 393), y el nombre lejítimo del es-

clavo venturoso era probablemente Docles, y lo fué alargando primero con el eco armónicamente griego de Díocles, y luego hasta la majestad romana de Diocleciano. Tomó igualmente el apellido patricio de Valerio, como se lo suele dar Aurelio Víctor.

(2) Véase Dacier sobre la sexta sátira del libro segundo de Horacio. Cornel. Nepos, in Vit. Eumen., c. 1.

(3) Lactancio (ó quien quiera que sea el autor del tratadillo de Mortibus Persecutorum) tacha de *pusilanimidad* á Diocleciano en dos pasos, c. 7 y 8, diciendo de él, en el 9, «erat in omni tumultu meticulosus et animi disjectus »

(4) Parece que Aurelio Víctor, en esta alabanza, apunta un tiro fundado, aunque indirecto, contra la crueldad de Constantino. Asoma en los Fastos que Aristóbulo siguió de prefecto de la ciudad, y terminó con Diocleciano el consulado que habia empezado con Carino.

(5) Aurelio Víctor apellida á Diocleciano, «Parentem potius quam Dominum.» Véase Hist. August., p. 30.

(6) Discuerdan los críticos modernos y batallan erudita y obstinadamente sobre la fecha en que Maximiano recibió los timbres de César y de Augusto. Sigo á M. de Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. IV, p. 500-505), que habia pesado las razones con su esmerada escrupulosidad (*).

(7) En una arenga declamada en su presencia (Panegyr. Vet., II, 8), manifiesta Mamertino duda sobre que su héroe, al remedar la conducta de Anibal y de Escipion, hubiese oido nunca sus nombres; de donde podemos sencillamente colejir que Maximiano apetecia mas las ínfulas de soldado que las de literato, y por este rumbo cabe el trasladar el lenguaje de la lisonja en el de la verdad.

(8) Lactancio, de M. P., c. 8. Aurelio Víctor. Como entre los Panejíricos, hay oraciones en alabanza de Maximiano, y otras que á costa suya lisonjean á sus contrarios, se rastrea algun conocimiento por la contraposicion.

(9) Véanse el segundo y tercero panejírico, particularmente III, 3, 10 y 14; pero seria molesto el ir copiando las espresiones difusas y afectadas de su elocuencia huera. En cuanto á los dictados, acúdase á Aurelio Víctor. Lactancio, de M. P., c. 52. Spanheim, de Usu Numismatum., etc., Disertacion XII, 8.

(*a*) Sobre la potestad relativa de los Augustos y los Césares, véase una Disertacion al fin de la vida de Constantino el Grande, por Manso.—M.

(10) Aurelio Víctor. Víctor in Epitome. Eutrop., IX, 22. Lactanc., de M. P., c. 8. Hieronym. in Chron.

(*) Concuerda sobre este punto Eckhel, VIII, p. 15.—M.

(11) Tan solo entre los Griegos modernos pudo Tillemont descubrir el nombre de Cloro. Una palidez reparable desafina con el *rubor* mencionado en el Panejírico, V, 19.

(12) Juliano, nieto de Constancio, blasona de que su alcurnia descendia de los belicosos Mesies. Misopogon, p. 348. Habitaban los Dárdanos al estremo de la Mesia.

(13) Galerio se casó con Valeria, hija de Diocleciano; hablando en rigor, Teodora, mujer de Constancio, es únicamente hija de la esposa de Maximiano, Spanheim, Disertac. XI, 2.

(14) Concuerda esta division con la de las cuatro prefecturas, mas hay motivos para dudar de que España no fuese provincia de Maximiano. Véase Tillemont, tom. IV, p. 517 (*).

(15) Julian. in Cæsarib., p. 315. Spanheim, notas á la traduccion francesa, p. 122.

(16) El nombre jeneral de *Bagaudæ*, significando rebeldes, siguió en la Galia hasta el quinto siglo. Algunos críticos lo derivan de la voz céltica *Bagad*, asonada. Escalíjero á Euseb. Du Cange, Glosar. (Compárese S. Turner, Anglo-Sax.), Historia, I, 214. —M.

(17) Crónica de Froissart, tom. I, c. 182, II, 73 y 79. Desaparece el *desafeite* de su relacion en nuestros escritores modernos ma sobresalientes.

(18) Cæsar, de Bell. Gallic.; VI, 13. Orjentoriz, helvecio, pudo armar hasta diez mil esclavos para su defensa.

(19) Eumenio está reconociendo su opresion y desamparo. (Panegyr., VI, 8). Gallias efferatas injuriis.

(20) Panegyr. Vet., II, 4. Aurelio Víctor.

(21) Eliano y Amando. Tenemos medallas acuñadas por ellos. Goltzio in Thesaur. R. A., p. 117 y 121.

(22) Levibus præliis domuit. Eutrop., IV, 20.

(23) El hecho estriba realmente en autoridad muy endeble, una vida de San Babolino, que será probablemente del siglo séptimo. Véase Duchesne, Scriptores Rer. Francicar., tom. I, p. 662.

(24) Llamólos Aurelio Víctor Jermanos. Eutropio (IX, 21) les da el nombre de Sajones. Vivia Eutropio en el siglo siguiente, y usa al parecer el habla de su propio tiempo.

(25) Las tres espresiones de Eutropio, Aurelio Víctor y Eumenio, «vellissime natus,» y «Bataviæ alumnus,» y »Menapiæ civis,» nos dan unas señas muy equívocas del nacimiento de Carausio. Sin embargo el doctor Stukely (Hist. de Carausio, p. 62) prefiere el hacerlo natural de

(*) Segun Aurelio Víctor y otras autoridades, pertenecia la Tracia á la division de Galerio. Véase Tillemont, IV, 36. Pero las leyes de Diocleciano van por lo mas fechadas en Ilíria ó Tracia.—M.

San David, y príncipe de la sangre real de Bretaña, sacando lo primero de Ricardo de Cirencester, p. 44 (*).

(26) Panegyr., V, 12. Segura estaba por entónces la Bretaña y con muy corto resguardo.

(27) Panegyr. Vet., V, 11, VII, 9. Ansiaba el orador Eumenio ensalzar la gloria de su héroe (Constancio) con la importancia de aquella conquista; pero á pesar de nuestra parcialidad recomendable para con la patria, se hace muy arduo el conceptuar que á principios del cuarto siglo mereciese la Inglaterra *tantísimo* realce, pues siglo y medio antes apenas rendia para sus propios gastos. Véase Apiano in Prœm.

(28) Conservándose todavía muchísimas medallas de Carausio, ha venido á ser objeto predilecto de curiosidad anticuaria, y todo el pormenor de su vida y jestiones se ha ido escudriñando con ahinco, pues en particular el doctor Stukely ha dedicado un tomo abultado al emperador breton. Me he valido de sus materiales, orillando sus soñadas conjeturas.

(29) Al pronunciar Mamertino su primer panejírico, tenia Maximiano ya corrientes sus preparativos navales, y el autor estaba presajiando una victoria indefectible. Nos consta el malogro de la espedicion únicamente por su silencio.

(30) Aurelio Víctor, Eutropio y las medallas (Pax Aug.) nos enteran de la reconciliacion temporal, mas no me adelanto (como el doctor Stukely, Medallic History of Carausius, p. 86, etc.) á insertar los artículos idénticos del tratado.

(31) En cuanto al recobro de Bretaña, se rastrean algunos apuntes por Aurelio Víctor y Eutropio.

(32) Juan Malala, in Chron. Antiochen., tom. I, p. 408 y 409.

(33) Zósimo, l. I, p. 3. Este historiador parcialísimo va como encareciendo los desvelos de Diocleciano, con el intento de zaherir el abandono de Constantino; cabe sin embargo el oir á un orador: «Nam quid ego alarum et cohortium castra parcenseam, toto Rhemi et Istri et Euphratis limite restituta.» Panegyr. Vet., IV, 18.

(34) Ruunt omnes in sanguinem suum populi, quibus non contigit esse Romanis, obstinatœque feritatis pænas nunc sponte persolvunt. Panegyr. Vet., III, 16. Mamertino despeja el hecho con el ejemplo de casi todas las naciones del mundo.

(35) Quejábase, mas no con verdad cabal: «Jam fluxisse annos quindecim in quibus, in Illyrico, ad ripam Danubii relegatus cum gentibus barbaris luctaret.» Lactant., de M. P., c. 18.

(*) Estaban los Menapios avecindados entre el Escalda y el Mosa, en la parte del norte del Brabante. D' Anville, Jeogr. Antig., I, 93.—G.

(36) En el texto griego de Eusebio, leemos seis mil, número que prefiero al de sesenta mil de Jerónimo, Orosio, Eutropio y su traductor griego Peanio.

(37) Panegyr. Vet., VII, 21.

(38) Habia un establecimiento de Sármatas en las cercanías de Tréveris, desamparado al parecer por aquellos bárbaros haraganes. Habla Ausonio de ellos en su Mosela:

Unde inter ingrediens nemorosa per avia solum,
Et nulla humani spectans vestigia cultus;
. . . .
Arvaque Sauromatum nuper metata colonis.

Habia una poblacion de Carpos en la Baja Mesia.

(39) Véase el alborozo retórico de Eumenio, Panegyr. VII, 9.

(40) Escalíjero (Animadvers. ad Euseb., p. 243) corta y zanja, como suele, que los Quinquejencianos, ó cinco naciones africanas, eran las cinco ciudades populosas, el Pentápolis de la provincia inocente de Cirene.

(41) Juliano, tras su derrota, se traspasó con una daga, y se arrojó en seguida á las llamas. Víctor in Epitome.

(42) Tu ferocissimos Mauritaniæ populos inaccessis montium jugis et naturali munitione fidentes, expugnasti, recepisti, transtulisti. Panegyr. Vet., VI, 8.

(43) Véase la descripcion de Alejandría en Hircio, de Bell. Alexand., c. 5.

(44) Eutrop., IX, 24. Orosio, VII, 25. Juan Malala in Chron, Antioch., p. 409 y 410. Pero Eumenio nos asegura que el Ejipto quedó pacificado por la clemencia de Diocleciano.

(45) Euseb. (in Chron.) anticipa de algunos años el esterminio, cuando el mismo Ejipto se hallaba rebelado contra los Romanos.

(46) Estrabon, l. XVII, p. 1 y 172. Pomponio Mela, l. I, c. 4. Son curiosas sus palabras: «Intra, si credere libet, vix homines magisque semiferi; Ægipanes, et *Blemmyes*, et Satyri.»

(47) Ausus sese inserere fortunæ et provocare arma Romana.

(48) Véase Procopio, de Bell. Persic., l. I, c. 19 (*).

(49) Planteó el abasto de trigo, para el vecindario de Alejandría, á dos millones de *medimnos*, ó medio millon de fanegas. Chron. Paschal., p. 276. Procop, Hist. Arcan., c. 26.

(*) Compárese, sobre el plazo del esterminio total del paganismo y sus ritos de la isla de Fila (Elefantina) que subsistió hasta el edicto de Teodosio en el siglo sexto, una disertacion de M. Letronne sobre ciertas inscripciones griegas; como que contiene varias observaciones en estremo interesantes sobre el desempeño y la política de Diocleciano en Ejipto. Mater, para la historia del cristianismo en Ejipto, Nubia y Abisinia, Paris, 1832.—M.

(50) Juan Antioch., in Excerp. Valesian., p. 834. Suidas in Diocletian.

(51) Véase una historia breve y refutacion de la alquimia en las obras de aquel recopilador filosófico, La Mothe le Vayer, tom. I, p. 327-353.

(52) Véase la educacion y pujanza de Tirídates en la Historia de Armenia por Moses de Chorene, l. II, c. 76. Afianzaba dos toros bravíos por sus astas y se las arrancaba con sus manos.

(53) Si damos crédito al Víctor Menor, quien supone que en el año de 323 tenia Licinio tan solos sesenta años, apenas cabe que fuese el mismo individuo que el ayo de Tirídates, mas nos consta por mucho mejor autoridad (Euseb., Hist. Eclesiast., l. X, c. 8) que Licinio se hallaba á la sazon en el postrer período de la ancianidad, pues diez y seis años antes se le retrata ya como cano y contemporáneo de Galerio. Véase Lactant., c. 32. Nació probablemente Licinio por el año de 250.

(54) Véanse los libros 62 y 63 de Dion Casio.

(55) Moses de Chorene, Hist. Arm., l. II, c. 74. El erijidor de las estatuas habia sido Valarsaces, quien reinó en Armenia por los años de 130 antes de Cristo, siendo el primero de la familia de Arsáces (véase Moses, Hist. Armen., l. II, 2 y 3); Justino (XLI, 5), y Amiano Marcelino (XXIII, 6) mencionan la deificacion de los Arsácides.

(56) Crecida y poderosa era la nobleza armenia; pues menciona Moses varias alcurnias distinguidas en el reinado de Valarsaces (l. II, 7), y que subsistian aun en su tiempo, á mediados del siglo quinto. Véase el prólogo de sus editores.

(57) Llamábase Chosroiduchta, y no era tan *boquiabierta* como otras. (Hist. Armen., l. II, c. 79) No entiendo aquella espresion (*).

(*b*) Mamgo (segun San Martin, nota á Le Beau, II, 213) correspondia al linaje imperial de Hon, que habia estado ocupando el solio de la China por cuatro siglos. Destronado por la alcurnia usurpadora de Wei, halló Mamgo agasajo en Persia, durante el reinado de Ardeschir, y habiendo el emperador de la China pedido la entrega del fujitivo con sus parciales, el rey, á la sazon Sapor, amagado de guerra por Roma y por la China, aconsejó á Mamgo que se retirase á Armenia. «Lo he arrojado de mis dominios, contestó á los embajadores chinos, lo he desterrado al estremo de la tierra donde se pone el sol, donde seguramente va á parecer.» Compárense las Memorias sobre la Armenia, II, 25.—M.

(58) En la Historia de Armenia (l. II, c. 78), como tambien en la Jeografía (p. 367), llaman á la China Zenio ó Zenastan, caracterizándola con

(*) Boqui-abierta, os *patulum*, significa meramente una *bocaza* grandísima. Ovid. (Metam. XV, 513), dice, hablando del monstruo matador de Hipólito, patulo partem maris evomit ore. La boca muy rasgada seria probablemente un defecto jeneral en las mujeres armenias.—G.

el producto de la seda, la opulencia de los naturales y amor á la paz, sobre todas las demás naciones de la tierra (*).

(59) Vu-ti, el primer emperador de la séptima dinastía, que estaba reinando á la sazon en la China, estaba relacionado con Fergana, provincia de Sogdiana, y se dice que habia recibido una embajada romana (Historia de los Hunos, tom. I, p. 38). Por entónces tenian los Chinos guarnicion en Kashgar, y uno de sus jenerales, por el tiempo de Trajano, se adelantó hasta el mar Caspio. Sobre la comunicacion de la China con los paises occidentales, se puede acudir á una memoria curiosa de M. de Guignes, en la Acad. de Inscrip., tom. XXII, p. 355 (**).

(60) Véase Hist. Armen., l. II, c. 81.

(61) Ipsos Persas ipsumque Regem ascitis Saccis, et Russis, et Gellis, petit frater Ormies. Panegyr. Vet., III, 1. Eran los Sacas nacion de Escitas errantes que acampaban hácia los manantiales del Oxo y del Ixartes. Los Gelos eran los moradores del Ghilan por las playas del Caspio, y los mismos que estuvieron por tanto tiempo infestando, con el nombre de Dilemitas, la monarquía persa. Véase D'Herbelot, Biblioteca Oriental.

(c) Trae esto M. San Martin de diversos modos. El rey de Persia... se aprovecha de un viaje que Tirídates habia hecho á Roma para invadir aquel reino. Esto suena como efujio de los historiadores nacionales para cohonestar un hecho desairado para su héroe. Véanse Mem. sobre la Armenia, I, 304.—M.

(62) No trae Moses de Chorene la menor especie de esta segunda revolucion, la cual he tenido que rastrear de un paso de Amiano Marcelino (l. XXIII, c. 5). Habla Lactancio de la ambicion de Nárses, «Concitatus domesticis exemplis avi sui Saporis ad occupandum orientem magnis copiis inhiabat.» De Mort. Persecut., c. 9.

(63) Desde luego creerémos que Lactancio achaca á cobardía la conducta de Diocleciano. Dice Juliano, en su oracion, que se quedó con todas las fuerzas del imperio, espresion sumamente hiperbólica.

(64) Nuestros cinco abreviantes, Eutropio, Festo, los dos Víctores y Orosio, todos refieren la última y reñida batalla; pero tan solo Orosio habla de las dos primeras.

(65) Describe Plutarco lindamente la traza del pais, en la vida de Craso; como tambien Jenofonte en el libro primero del Anabasis.

(*) Véase San Martin, Mem. sobre la Armenia, I, 304.

(**) Los anales Chinos mencionan, para el año noveno de Yan-hi, que corresponde al de 166 de J. C., una embajada que llegó de Ta-thsin, enviada por un príncipe llamado An-thun, que no puede ser mas que Marco Aurelio Antonino, que imperaba á la sazon en los Romanos. San Martin, Memorias sobre la Armenia, II, 30. Véase tambien Klaproth, Cuadros Históricos del Asia, p. 69. Llegó la embajada por Jy-nan, Tonquin.—M.

(66) Véase la Disertacion de Foster en el tomo segundo de la traduccion del Anabasis por Spelman, la cual no puedo menos de recomendar como una de las mejores versiones que se conocen.

(67) Hist. Armen., l. II, c. 76. He trasladado la hazaña de Tirídates de una derrota imajinaria á otra positiva de Galerio.

(68) Amian. Marcel., l. XIV. La *milla* única ha ido creciendo hasta muchas en manos de Eutropio (IX, 24), de Festo (c. 25), y de Orosio (VII, 25).

(69) Aurelio Víctor. Jornandes, de Rebus Geticis, c. 21.

(70) Dice Aurelio Víctor: «Per Armeniam in hostes contendit, quæ ferme sola, seu facilior vincendi via est.» Seguia el sistema de Trajano y la máxima de Julio César.

(71) Jenofonte, Anabasis, l. III. Por esta razon acampaba la caballería persa á dos ó tres leguas del enemigo.

(72) Refiere el lance Amiano, l. XXII. En vez de *saccum*, leen algunos *scutum*.

(73) Confesaban los Persas la superioridad romana en armas como en pundonor. Eutrop., IX, 24; pero este aprecio y agradecimiento escasea en sus relaciones.

(74) El pormenor de la negociacion se ha sacado de los fragmentos de Pedro Patricio, en la Excerpta Legationum, publicada con la Coleccion Bizantina. Vivió Pedro con Justiniano; pero se evidencia, por el jaez de sus materiales, que los estractó de escritores auténticos y muy respetables.

(75) Adeo victor (dice Aurelio) ut ni Valerius, cujus nutu omnia gerebantur; abnuisset, Romani fasces in provinciam novam ferrentur. Verum pars terrarum tamen nobis utilior quæsita.

(76) Habia sido gobernador de Sumio (*) (Pet. Pat. in Excerpt. Legat., p. 30). Menciona al parecer esta provincia Moses de Chorene (Jeograf., p. 360) y cae á levante del Monte Ararat.

(77) Por yerro del jeógrafo Tolemeo, el solar de Singara queda trasladado del Aboras al Tigris, y habrá ocasionado la equivocacion de Pet. Patricio en colocar el lindero sobre el segundo rio en vez del primero. La raya romana atravesaba, mas no iba siguiendo el cauce del Tigris (**).

(*) El Siunikh de los escritores armenios. San Martin, Mem. sobre la Armenia, I, 142.—M.

(**) Hay aquí varias equivocaciones, pues confunde Gibbon rios y poblaciones por donde pasa el Aboras, ó mas bien Chaboras. El Araxes de Jenofonte tiene su manantial sobre Ras-Ain ó Re-Saina (Theodosiopolis), á unas treinta y siete leguas del Tigris; recibe las aguas del Migdonio ó Saócoras, como á treinta y tres leguas debajo del Nisibis, junto á un pueblo llamado Al Nahraim; no pasa bajo los muros de Singara, siendo el Saócoras quien los baña; este úl-

(78) Procopio, de Edificiis, l. II, c. 6.

(79) En cuanto á las tres provincias Zabdicena, Arzanena y Carduena, están todos conformes; pero en vez de las otras dos, Pedro (in Excerp. Legat., p. 30) añade Rehimena y Sofena. He antepuesto Amiano (l. XXV, 7), por cuanto cabe probar que nunca Sofena estuvo en manos de los Persas, ni antes del reinado de Diocleciano, ni despues del de Joviano. Por falta de mapas esmerados como los de D'Anville, casi todos los modernos, con Tillemont y Valesio á su frente, se han figurado que las cinco provincias estaban situadas allende el Tigris respecto á la Persia, y no á Roma.

(*d*) Véase San Martin, nota sobre Le Beau, I, 380. Opina por leer, en vez de Intilino, Injelemo, nombre de una pequeña provincia de Armenia cerca de los manantiales del Tigris, y mencionada por San Epifanio (Hæres, 60). Por el nombre desconocido Arzacena, lee, con Gibbon, Arzanena. No parece que eran estas provincias parte integrante del Imperio Romano, pues las guarniciones romanas reemplazaron á los Persas, mas la soberanía permaneció en manos de los príncipes feudales de Armenia. Un príncipe de Carduena, aliado ú dependiente del imperio, con el nombre romano de Joviano, asoma en el reinado de Juliano.—M.

(80) Jenofonte, Anabasis, l. IV. Tenian sus arcos tres codos de largo, sus flechas dos, y derrumbaban peñascos tales, que uno solo cargaria un carro. Hallaron los Griegos un sinnúmero de aldeas en aquel pais tan cerril.

(*e*) Viaje por aquel pais en 1810, y puedo conceptuar, por cuanto he leido y visto de sus moradores, que permanecen inalterables en su índole y traza, desde mas de veinte siglos. Malcolm, nota á la Hist. de Persia, tom. I, p. 82.—M.

(81) Segun Eutropio (VI, 9, cual consta el texto por los mejores manuscritos), la ciudad de Tigranocerta estaba en Arzanena. Apenas cabe rastrear los nombres y situacion de las otras tres.

(82) Compárese Herodoto, l. II, c. 97, con Moses Choronens., Hist. Armen., l. II, c. 84, y el mapa de Armenia publicado por sus editores.

(83) Hiberi, locorum potentes, Caspia via Sarmatam in Armenios rap-

timo rio nace junto á Nisibis, á cinco leguas del Tigris. Véase D' Anville, el Eufrates y el Tigris, 46, 49, 50 y el mapa.

A levante del Tigris hay un riachuelo llamado tambien Chaboras, al qué D' Anville llama el Centrites, Khabur, Niceforio, sin citar las autoridades por donde le va dando estos nombres; mas no trató Gibbon de citar este rio, que ni pasa por Singara ni desagua en el Eufrates. Véase Michaelis, Supp. ad Lex. Hebraica, 3.ª parte, p. 664 y 665.—G.

tim effundunt. Tacit., Anal., VI, 33. Véase Estrabon, Jeograf., l. XI, p. 764 (edic. Casaub.).

(84) Pedro Patricio (in Excerp. Leg., p. 30) es el único escritor que menciona el artículo íbero de aquel tratado.

(85) Euseb. in Chron.: Pagi ad annum. Hasta el descubrimiento del tratado de Mortibus Pesecutorum, no constaba que el triunfo y los Vicenales se celebrasen al propio tiempo.

(86) Durante los Vicenales, parece que Galerio se mantuvo en su apostadero del Danubio. Véase Lactancio, de M. P., c. 38.

(87) Eutropio (IX, 27) los menciona como parte del triunfo. Como las *personas* se habian devuelto á Nárses, tan solo podian ostentar sus *efijies*.

(88) Trae Tito Livio una arenga de Camilo sobre este asunto (V, 51-55), rebosante de afectuosa elocuencia, contraponiéndose al intento de remover el solio del gobierno de Roma á Veyas en la cercanía.

(89) Tacharon á Julio César el intento de trasladar el imperio á Ilio ú Alejandría. Véase Sueton., in Cæsar., c. 79. Segun la conjetura injeniosa de Le Fevre y Dacier, la tercera oda del tercer libro de Horacio se encaminaba á retraer á Augusto de la ejecucion de aquel pensamiento.

(90) Véase Aurelio Víctor, quien menciona tambien los edificios levantados por Maximiano en Cartago, probablemente durante la guerra Mauritania. Vamos á insertar algunos versos de Ausonio, de Clar. Urb., V.

Et Mediolani mira omnia: copia rerum;
Innumeræ cultæque domus; facunda virorum
Ingenia, et mores læti, tum duplice muro
Amplificata loci species; populique voluptas
Circus; et inclusi moles cuneata Theatri;
Templa, Palatinæque arces, opulensque Moneta,
Et regio Herculei celebris sub honore lavacri.
Cunctaque marmoreis ornata Peristyla signis;
Mænique in valli formam circumdata labro,
Omnia quæ magnis operum velutæmula formis
Excellunt: nec juncta premit vicinia Romæ.

(91) Lactant., de M. P., c. 17. Libanio, Orac., VIII, p. 203.

(92) Lactant., de M. P., c. 17. Menciona Amiano en coyuntura semejante el *dicacitas plebis*, como poco halagüeña á los oidos imperiales (Véase l. XVI, c. 10).

(93) Lactancio acrimina á Maximiano el ir acabando con fictis criminationibus lumina senatus (De M. P., c. 8). Aurelio Víctor deja en duda la lealtad de Diocleciano para con sus amigos.

(94) Truncatæ vires urbis, imminuto prætoriarum cohortium atque in armis vulgi numero. Aurelio Víctor. Achaca Lactancio á Galerio la continuacion del idéntico plan (c. 26).

(95) Eran cuerpos antiguos apostados en el Ilírico, y segun la planta antigua, constaba cada uno de seis mil hombres. Se habian afamado con el uso de las plomadas ó dardos cargados con plomo. Llevaba cada soldado hasta cinco, y los disparaba desde larga distancia con suma pujanza y maestría. Véase Vejecio, I, 17.

(96) Véase el Código Teodosiano, l. VI, t. 2, con el Comentario de Gofredo.

(97) Véase la disertacion 12ª. en la escelente obra de Spanheim, de Usu Numismatum. Con medallas, inscripciones é historiadores, va escudriñando cada dictado en particular, y lo va acompañando desde su primer asomo con Augusto hasta su postrera desaparicion.

(98) Plinio (in Panegyr., c. 3, 55, etc.) habla del *Dominus* con execracion, como sinónimo de tirano, y contrapuesto á príncipe. Y el mismo Plinio suele dar este dictado á su amigo mas bien que amo, el virtuoso Trajano. Esta contradiccion, harto estraña, atasca á los comentadores que recapacitan, y á los traductores capaces de escribir.

(99) Sinesio, de Regno, edic. Petav. Debo esta cita al abate de la Bleteria.

(100) Véase Vandale de Consecratione, p. 354, etc. Era de rúbrica entre los emperadores, al encabezar las leyes, mencionar su *númen*, *sagrada majestad*, *oráculo divino*, etc. Segun Tillemont, Gregorio Nacianzeno se queja amarguísimamente de tamaña profanacion, con especialidad en practicándola algun emperador arriano (*).

(101) Véase Spanheim, de Usu Numismat., Disert. XII.

(*) En tiempo de la república, dice Hegewisch, en saliendo los cónsules, pretores y demás majistrados al público en desempeño de sus funciones, anunciaban su dignidad, ya los símbolos vinculados con el uso, ya el espléndido acompañamiento que llevaban. Pero aquella dignidad era toda del empleo, y nunca del individuo, correspondiendo el boato á la majistratura, y no al hombre. Al cónsul, seguido en los comicios por todo el senado, pretores, cuestores, ediles, lictores, anunciadores y heraldos, en volviendo á casa, servíanle únicamente los libertos y sus esclavos. No se propasaron los primeros emperadores, pues Tiberio tenia para su servidumbre un número comedido de esclavos y algunos libertos (Tacit., Anal. IV, 7). Mas al paso que las formas republicanas iban una tras otra desapareciendo, la propension de los emperadores á ostentar boato fué mas y mas en aumento. Diocleciano planteó la magnificencia y el ceremonial del Oriente, y Constantino vino como á endiosarse con su imperial y constitutivo ejercicio. Desde entónces, palacio, mesa, corte y servidumbre personal, todo sobrepuso al emperador á los súbditos, aun mas que su encumbrado señorío. Con aquella planta de Diocleciano, la jerarquía descollaba en honores y distinciones sobre cuantos servicios se pudieran tributar á los mismos individuos de la alcurnia imperial. Hegewisch, Ensayo Histórico sobre la Hacienda Romana.

(102) Aurelio Víctor. Eutropio, IX, 26. Se está viendo por los Panejíricos cuán pronto se avinieron los Romanos al nombre y el ceremonial de la adoracion.

(103) Se colijen principalmente la innovaciones introducidas por Diocleciano: 1°. de pasos muy espresivos de Lactancio; y 2°. por los varios y nuevos empleos que asoman en el Código Teodosiano, como *ya* en ejercicio desde el principio del reinado de Constantino.

(104) Lactant., de M. P., c. 7.

(*f*) El documento mas curioso que ha salido á luz, desde la publicacion de la Historia de Gibbon, es el edicto de Diocleciano, impreso por una inscripcion hallada en Eskihisar (Stratoniceia) por el coronel Leake. Copióla al pronto Sherard, y despues mas cabalmente Bankes. Se corrobora é ilustra con una copia mas escasa del propio edicto hallada en Levante por un caballero de Aix, y traida á este pais por M. Vescovali. Encabezan el edicto los cuatro Césares, Diocleciano, Maximiano, Constancio y Galerio. Es una tasa para todo el imperio sobre abastos y consumos. Se recalca infinito el preámbulo sobre las estorsiones y la inhumanidad de los logreros y vendedores. Quis enim adeo obtunisi (obtusi) pectores (is) et a sensu inhumanitates extorris est qui ignorare potest imno non senserit in venalibus rebus quæ vel in mercimoniis aguntur vel diurna urbium conversatione tractantur, in tantum se licentiam defusisse, ut effrænata libido rapien-rum copia nec annorum ubertatibus mitigaretur. Publicóse el edicto, como lo demuestra á las claras el coronel Leake, en el año 303. Entre los renglones tasados ó sujetos al máximo, suenan aceite, sal, miel, carne, aves caseras y monteses, pescado, hortaliza, fruta, jornales de labradores y artesanos, maestros de escuela y oradores, ropa, pieles, botas y zapatos, jaeces, madera, trigo, vino y cerveza (zyto). El menoscabo en la moneda y aumento en el precio de los abastos habian sido tan sumos en el siglo anterior, que la carne, que estaba en el segundo siglo del imperio á dos dineros la libra, se tasa aquí á ocho: el coronel Leake supone que el precio positivo no podia ser menos de á cuatro, y al mismo tiempo que el costo de los jornaleros de labranza era de veinte y cinco. El conjunto del edicto es quizás el arranque mas disparatado de un despotismo ciego, aunque bien intencionado, para atajar lo que es y debe ser ajeno de las providencias del gobierno. Véase el edicto de Diocleciano por el coronel Leake. Lóndres, 1826.

No advirtió Leake que el edicto suena espresamente en el tratado de

Pocos historiadores han acertado á despejar mas filosóficamente el influjo de un instituto nuevo.—G.

Es muy reparable que el hijo de un esclavo viniese á doblegar la altanera aristocracia de Roma al ejercicio de tan rendida servidumbre.-G.

Mort. Persecut., c. VII. Idem cum variis iniquitatibus immensam faceret caritatem, legem pretiis rerum venalium statuere conatus est.—M.

(105) Indicta lex nova quæ sane illorum temporum modestia tolerabilis, in perniciem processit. Aurel. Víctor, quien ha descifrado atinadamente la índole de Diocleciano, aunque en mal latin.

(106) Solus omnium, post conditum Romanum Imperium, qui ex tanto fastigio sponte ad privatæ vitæ statum civilitatamque remearet. Eutrop., IX, 28.

(107) Se han tomado de Lactancio las particularidades del viaje y la enfermedad (c. 17); quizá puede admitirse á *veces* como testimonio de hechos públicos, pero rara vez de anécdotas privadas.

(108) Achaca Aurelio Víctor la abdicacion, muy variamente interpretada, á dos causas: 1ª. el menosprecio de Diocleciano para con toda ambicion; 2ª. Su zozobra de turbulencias inminentes. Uno de los panejiristas (VI, 9) menciona la edad y los achaques de Diocleciano, como razon naturalísima para su retiro (*).

(109) Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. IV, p. 525, nota 19) despeja cabalísimamente las dificultades y equivocaciones que hay sobre las fechas de año y dia de la abdicacion de Diocleciano; y luego véase Pagi, al mismo año.

(110) Véase Panegyr. Vet., VI, 9. Pronuncióse la arenga despues de recobrar Maximiano la púrpura.

(111) Eumenio le tributa un fino agasajo: «At enim divinum illum virum, qui primus imperium et participavit et posuit, consilii et facti sui non pænitet; nec amisisse se putat quod sponte transcripsit. Felix beatusque vere quem vestra, tantorum principum, colunt obsequia privatum.» Panegyr. Vet., VII, 15.

(112) Debemos al Víctor Menor el ponderado chiste. Menciónalo Eutropio con jeneralidades.

(113) Hist. August., p. 223 y 224. Sabia Vopisco por su padre esta conversacion.

(114) Víctor Menor apunta levemente la hablilla; mas como Diocleciano habia lastimado á un partido poderoso y predominante, han llovido quebrantos y maldades sobre su memoria. Se afirmó que habia muerto

(*) Constantino (Orat. ad Sanct., c. 401) está mas que insinuando que el trastorno de entendimiento y la quema de su palacio en Nicomedia por un rayo fueron los móviles de su renuncia. Pero Heinichen, en una nota interesantísima sobre este paso de Eusebio, al conceder que su dilatado achaque pudo tenerle el ánimo quebrantado, acude victoriosamente á la conducta de Diocleciano en su retiro y al influjo que conservó siempre en los negocios públicos.—M.

loco rabioso, y que el senado habia llegado á condenarle como criminal, etc.

(115) Véase el Itiner., p. 269 y 272, edic. Wess.

(116) El abate Fortis, en su viaje á Dalmacia, p. 43 (impreso en Venecia en 1774, en dos cortos volúmenes en cuarto), cita una relacion manuscrita de las antigüedades de Salona, compuesta por Juan Bautista Giustiniani, como á mediados del siglo XIV.

(117) Adam, Antigüedades del palacio de Diocleciano en Spalato, p. 6. Podemos añadir una ó dos circunstancias del abate Fortis; el arroyuelo Hyader, mentado por Lucano, cria esquisitas truchas, las que un escritor agudo, quizás fraile, supone haber sido uno de los principales motivos que determinaron la eleccion de Diocleciano para su retiro. Fortis, p. 45. El mismo autor (p. 38) advierte que revive cierta aficion á la agricultura en Spalato; y que se ha planteado un cortijo de esperimentos junto á la ciudad por una sociedad de caballeros.

(118) Constantino, Orat. ad Cætum Sanct., c. 25. En esta plática, el emperador, ó el obispo que la compuso por él, se empeña en circunstanciar el paradero lastimoso de todos los perseguidores de la iglesia.

(119) Constantin. Porphyr., de Statu Imper., p. 86.

(120) D'Anwille, Jeograf. Ant., tom. I, p. 162.

(121) Los señores Adam y Clerisseau, acompañados de dos dibujantes, visitaron á Spalato en el mes de julio de 1757. La magnífica obra, parto de su viaje, se publicó á los siete años en Lóndres.

(122) Voy á copiar las palabras del abate Fortis: «È bastevolmente nota agli amatori dell'Architettura, e dell'Antichità, l'opera del Signor ADAMS, che a donato molto a que' superbi vestigi coll' abituale eleganza del suo toccalapis e del bulino. In generale la rossezza dell' scapello, e'l cattivo gusto del secolo vi gareggiano colla magnificenza del fabricato.» Véase Viaje á Dalmacia, p. 40.

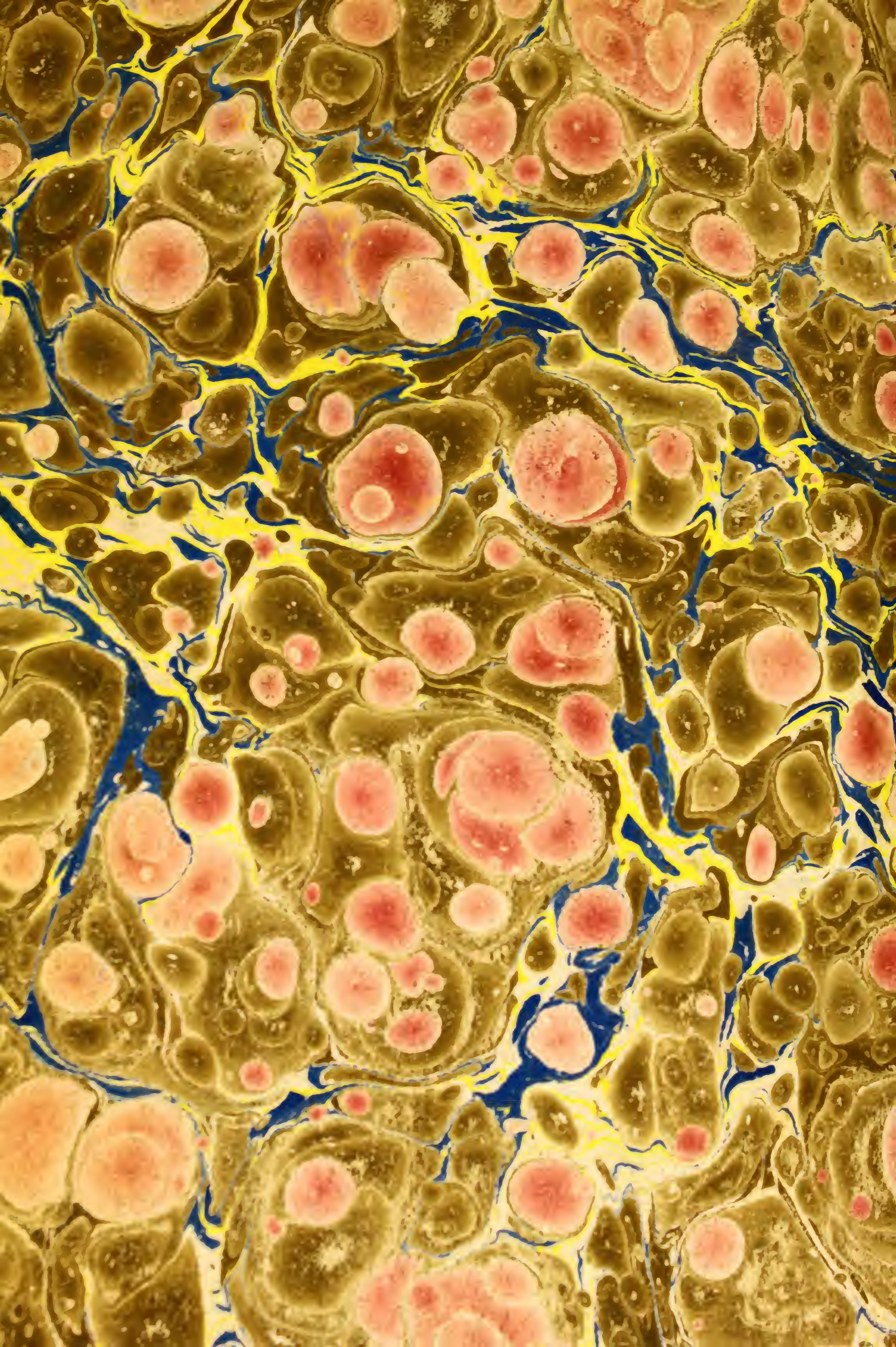
(123) El orador Eumenio era secretario de los emperadores Maximiano y Constancio, y catedrático de retórica en el colejio de Autun. Era su dotacion de seiscientos mil sextercios, que, segun el cómputo ínfimo de aquel tiempo, debió pasar de quince mil duros al año. Solicitó jenerosamente el permiso de emplearlos en reedificar el colejio. Véase su oracion De Restaurandis Scholis, que con sus resabios vanidosos tal vez lo desagravia de sus panejíricos.

(124) Falleció Porfirio por el tiempo de la abdicacion de Diocleciano. La vida que compuso de su maestro Plotino no da concepto cabal de la índole de su secta y de las costumbres de sus profesores. Esta pieza curiosísima se halla en Fabricio, Biblioteca Græca, tom. IV, p. 88-148.

INDICE

de las materias contenidas en este tomo.

FIN DEL TOMO I.




1 035(312)/198-1
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BUS
600159918
i 25370327